

LA VERDAD DE LAS MUJERES

Víctimas del conflicto armado en Colombia
Tomo I



En esta guerra ha habido innumerables víctimas, mujeres y hombres. Todos han sufrido y han experimentado enormes impactos traumáticos y pérdidas irreparables. Sin duda, muchos más hombres que mujeres han perdido el bien más importante: la propia vida. Pero cuando nos aproximamos a las lógicas de la guerra, encontramos diferencias significativas en las formas concretas en cómo han sido afectadas las mujeres.

La lógica de la guerra, donde la cultura patriarcal halla su expresión más violenta en el militarismo, no hace sino profundizar el control y la dominación sobre la vida y los cuerpos de las mujeres, restringiendo su libertad y autonomía, y lo hace no sólo en los escenarios propios del conflicto armado, sino en todos los espacios donde las mujeres viven, se relacionan y se movilizan.

La Verdad de las Mujeres es un logro y a la vez parte de un proceso más amplio que apunta hacia una Comisión de Verdad en el país en donde las voces de las víctimas sean escuchadas y sus experiencias tenidas en cuenta para la necesaria transformación social y la paz que Colombia necesita.

Esta iniciativa de la Ruta Pacífica de las Mujeres hace un camino para la recuperación de la memoria histórica de las mujeres víctimas del conflicto armado, desde la perspectiva de acompañamiento, con un enfoque feminista, a través de la documentación de las historias y hechos contados por las mujeres. A través del análisis y narraciones de las mujeres se construye una historia colectiva en la que las mujeres puedan dejar oír su voz y reconocerse.

Esta investigación es parte de un proceso colectivo llevado a cabo por más de mil mujeres en todo el país, que han dado sus testimonios de la barbarie sufrida y de su resistencia y demandas. También es un proceso desde la base de un movimiento mujeres y con una confianza única de mujeres hablando con mujeres.

Es precisamente el hecho de comunicar ese algo irrepetible lo que hace posible “tocar” a otra u otro con las palabras de la verdad. Poner esa verdad en el mundo tiene la función de hacer posible el encuentro, la conexión, entre subjetividades. Un encuentro que mueve algo relacionado con lo que compartimos, como mujeres o como seres humanos, y modifica la percepción y la comprensión de los hechos ocurridos.

LA VERDAD DE LAS MUJERES

Víctimas del conflicto armado en Colombia

Tomo I



Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero OXFAM y de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), con cargo al Convenio “Formación y Empoderamiento de mujeres populares y diversas para la Construcción de nuevas ciudadanías en Colombia, Perú, Ecuador y Brasil”. El contenido de esta publicación es responsabilidad de la Ruta Pacífica de las Mujeres y no refleja necesariamente la opinión de la AECID”.

Edita:



Ruta Pacífica de las Mujeres
Carrera 35 No. 53 A – 86
Tel: +57 1 2 229145 /46
www.rutapacifica.org.co
rutapacifica@rutapacifica.org.co
Bogotá, Colombia

Colombia, noviembre 2013

Portada: Ilustración realizada por Ana Yennifer Baena, documentadora de la Ruta Pacífica de las Mujeres, regional Risaralda. Dibujada en los Cuadernos “Tejedoras del recuerdo - Hilando la Vida”, de la Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas.

Impresión: G2 Editores

Diseño y Maquetación: Marra, S.L.

ISBN Obra completa: 978-958-98619-7-4

ISBN Tomo I: 978-958-98619-8-1

 Except where otherwise noted, this work is licensed under <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Colombia

Este documento está bajo una licencia de Creative Commons. Se permite libremente copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>

A word cloud visualization of Spanish text, primarily centered around the theme of violence against women. The words are arranged in a roughly circular shape, with the largest and most prominent words being 'mujeres' (women) at the bottom, 'vida' (life) at the top, and 'violencia' (violence) in the middle. Other significant words include 'casos' (cases), 'hechos' (facts), 'miedo' (fear), 'hijos' (children), 'parte' (part), and 'tener' (to have). The background is white, and the words are in various shades of gray, with some words appearing in a larger font size than others. The overall composition is dense and visually striking, emphasizing the central themes of the text.

iba siento familiar humanos testimonio pasado posibilidad social hijo vivir siempre persona familia relaciones sé pareja aquí vez relación derechos armado formas vida pues dolor decir bien Chocó después día víctimas usted hija hombre nunca hijas vidas años tiempo supone madres caso hecho cosas entrevistas pueden va veces madre medio cabeza misma violencia mismo sino casos da Si apoyo cosa muerte voy impacto ser proceso días solo contexto hacer ser días testimonios familiares violaciones van problemas impactos hechos sentido allá gente cada desplazamiento trabajo digo sexual hombres santander duelo casa pérdida experiencia amenazas control así decía muchas forma hacia lugar Antioquia cuerpo cómo todas san consecuencias si miedo sentimiento propia situación dos podía duro rabia dijo falta ver salir Bolívar ahí frente hijos situaciones ahora parte hace momento responsabilidad tener salud daba armados nadie mamá

Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas

La verdad de las mujeres .Víctimas del conflicto armado en Colombia

Coordinación General

Marina Gallego Zapata

Asesores

Carlos Martín Beristaín

Alejandro Valencia Villa

Coordinaciones regionales

Sandra Liliana Luna Delgado

Ana Mendoza Díaz

Sonia Pachón Fernández

María Teresa Arizabaleta de García

Teresa Aristizabal Sánchez

Kelly Echeverry

Alejandra Miller Restrepo

Amanda Lucía Camilo Ibarra

Claudia Patricia Palacios Parra

Nubia Castañeda Bustamante

Dunia León Fajardo

Documentadoras

Albinia Arias

Audrey Robayo

Graciela Terraza

Sory Viviana Acero

Liliana Andrea Salamanca Aragón

Gina Marcela Arias Rodríguez

Ana Yeniffer Bahena Obando

Erika Tobón Gonzáles

Martha Elena Giraldo Mendoza

Gloria Emilse Rodríguez Meneses

Yajaira Gaviria Almeida

Lisinia Collazos

Juliana Rodríguez López

Ana Ximena Quigua Ruiz

María Oneida Andrade Vallejo

Diocelina Mazo Conde

Nereida Ibarra Ibarra

Johana Victoria Bohórquez Rosero

Juana Francisca Mosquera M.

Magnolia América Mena

Celina Mosquera Mosquera

Lilian Rosa

Johana Saavedra Arias

Nuris del Carmen Sánchez Martínez

Kelly Echeverry Alzate

Teresa Aristizabal Sánchez

Laura Zuleta

Beatriz Helena Saldarriaga Gómez

Blanca Liliana Córdoba Muñoz

María Miralba Ibarra Hernández

Ana Consuelo Reinoso Ariza

Clara Hernández

Elvira Peña

Viviana Pedroza

Marleny Segura

Modesta Alexandra Ariza Guerra

Investigadoras

Alejandra Miller Restrepo
Marina Gallego Zapata
Alejandra Coll
Consuelo Arnaiz Pedroza

Socorro Corrales Carvajal
Silvia García
Olga Lucía Ramírez
Elena Grau

Asistente de Investigación

Carla Afonso Pedrosa

Digitadoras

Diana Karime Luna Delgado
Sara Lucía Ochoa Correa
Jenny Tatiana Osorio
Alva Milena Camilo Ibarra
Teresa Casas Robledo

Kelly Echeverry Alzate
Blanca Liliana Córdoba Muñoz
Modesta Alexandra Ariza Guerra
Jennifer Vanegas
Ana Ximena Quigua Ruiz

Codificadoras y sistematizadoras

Salomé Gómez Corrales
Andrea Bastidas
Diana Karime Luna Delgado
Estefanía Guzmán

Martha Lorena Parada
Jennifer Vanegas
Carla Afonso Pedrosa

Colaboradoras externas

Laetitia Bonnet
Marcela Rodríguez Díaz
María Lucía Gómez

Maitane Arnosó
Manuel Cárdenas

Equipo técnico administrativo

Shidhmatnj Pardo – Comunicaciones
Viviana María Wilches – Asistente Administrativa
Martha Bravo – Contadora
Harvey Rodríguez Rincón – Sistemas
Diego Andrés Galindo – Sistemas
Oliver Mazariegos – Base de datos

Índice

Introducción	17
Capítulo 1. Mujeres víctimas y sobrevivientes del conflicto armado colombiano	23
I. Experiencia de mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano	27
II. Verdad y Memoria de mujeres	32
- Memoria de la verdad	32
- Verdad fáctica y verdad narrativa	33
- Las violaciones de derechos humanos contra las mujeres en las Comisiones de la Verdad	35
- El “plus” feminista de la Comisión de Verdad y Memoria de las Mujeres	36
III. Los marcos conceptuales. Algunas reflexiones	39
- El Continuum de las violencias	39
- La violencia patriarcal y militarista	43
- Los estereotipos de género	46
- Identidades que se cruzan construyendo a las víctimas de la violencia	48
- El doble círculo de confirmación de la violencia y el necesario re-cuento de la violencia contra las mujeres	50
IV. Mujeres víctimas del conflicto armado	53
- Las violencias físicas, psicológicas y sexuales padecidas por las mujeres víctimas del conflicto armado interno	54
- Las pérdidas experimentadas por las mujeres víctimas	58
- El control sobre las mujeres víctimas	65
V. Mujeres sobrevivientes de violaciones de derechos humanos	69
- Resistir y movilizarse en nombre de los vínculos	71
- Rehacer las condiciones de humanidad	73
- Tejer la vida colectiva	75
Capítulo 2. Consecuencias de las violaciones de derechos humanos en Colombia	79
Impactos en la vida de las mujeres	
Introducción	83
I. Impactos de la violencia en las mujeres	84

- El mayor impacto de la pérdida de seres queridos: ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas	86
- Relación entre las violaciones sufridas y las consecuencias en las mujeres	87
II. Vivir en medio del miedo	88
- Ese miedo que nos quedó sembrado en el alma	88
- La muerte inminente	90
- El terror ejemplificante	91
- La extensión de la amenaza: incertidumbre y sin sentido	93
- El territorio como fuente de peligro	96
- Las secuelas del miedo	99
- La ruptura de vínculos sociales	101
- La familia como objetivo	104
- No como mujer sino como mamá	105
- El miedo en niños y niñas	109
- Enfrentar el miedo	111
- No hablar, no denunciar	112
- Borrar las huellas	114
- Manejo de las amenazas	116
- Relación con las instituciones y exigibilidad de derechos	117
- El miedo frente al retorno	118
III. Procesos de duelo. Haciendo frente a las pérdidas	120
- Procesos de duelo alterados	121
- En la desaparición forzada	124
- Sin poder expresar el dolor	126
- Imposibilidad de recoger o identificar los cuerpos	128
- La alteración de los rituales	129
- El duelo entre las crueldades	136
- El manejo del impacto del duelo	138
- La relación con los ausentes	139
- Explicaciones sobre la muerte y la desaparición	141
- El duelo en el destierro	142
IV. El impacto que no puede quedar atrás	142
- Reexperimentar el horror	143
- No dejar de pensar	144
- El sueño que deja de serlo	147
- Testigas de la violencia	149
- Buscando un por qué	151
- Camino a la afectación de salud	152
- Tratando de enfrentar la situación	153

V. Tristeza e impotencia en el contexto de impunidad	155
- El fin de una vida	156
- Llorar en silencio	160
- ¿Hay un camino para salir de aquí?	162
VI. El impacto en los proyectos de vida	164
- ¿Qué realidades vivía antes de los hechos de violencia? ¿Quién eras?	164
- Se quebró la vida	167
- El proyecto de cambio social	168
VII. Indignación frente a la injusticia	173
- La injusticia de la guerra	173
- Nunca nos iba a tocar	175
- Entre la responsabilidad y el buen nombre	177
- El manejo de la rabia	179
- El maltrato del Estado: necesidad de reconocimiento	187
- Injusticia en el trato a victimarios y víctimas	190
- Un desafío para el futuro	191
VIII. Los sentimientos del sin sentido	192
- La culpa en la búsqueda de sentido	192
- Mirando hacia atrás	194
- Culpabilizando a las víctimas	197
- Falta de respuesta del Estado como fuente de culpabilidad	200
IX. Impactos en la salud de las mujeres	202
- La vida enferma	202
- Alto estrés permanente y problemas de salud	206
- Dejar de comer	210
- Los dolores que no se pueden expresar	211
- Las secuelas de la violencia indiscriminada y masiva	213
- Hospitalizaciones	216
- Nivel de atención y salud integral	219
Capítulo 3. Consecuencias e impactos específicos en las mujeres	225
I. El impacto traumático en la vida de las mujeres	230
- Se le parte la vida en dos	231
- Toda una en sí	232
- No tengo ya vida	234
- No ser la misma	236
- Vivir sin el calor	237
- Pasar de rey a sapo: estatus y posición social	238

- Estar como alejada de todo: aislamiento social	241
- Llevamos las riendas del sufrimiento	243
II. Impactos en el cuerpo y la sexualidad	246
- Cuando duele el alma también duele todo	246
- Siempre le hace falta a una esa parte de una	249
- El impacto de la violencia sexual en el cuerpo y la identidad	250
- Embarazos forzados y dilemas éticos	253
III. Consecuencias en las relaciones entre mujeres y hombres	256
- Cada persona es irremplazable	256
- Cada quien coger su camino: separaciones y relaciones conflictivas	259
- Marcada para toda la vida: la extensión a las relaciones con los hombres	261
- A veces una se obliga a hacer cosas que una no quiere	265
- Presión sexual y prostitución	267
- Aislamiento social y estereotipos sexistas	270
- Conclusiones	273
IV. Consecuencias en la sexualidad	274
- No era lo mismo	275
- No he podido tener una vida normal	279
- Dificultades en las relaciones de pareja	281
- Volver a empezar	283
- Esclavitud sexual y violencia contra las mujeres	288
- Un repudio a los hombres	289
V. Consecuencias en la maternidad	292
- Dejarnos el recuerdo del hijo	293
- Tenía mi embarazo	298
- Fue mucha lucha: el peso de la responsabilidad en las mujeres	302
- El dolor de una madre	305
- Conclusiones	306
VI. Impactos intencionales contra los hijos	306
- Se desquitan con lo que una más quiere	308
- Siempre ha sido ese temor	310
- Enfrentar el reclutamiento	312
- Ellos me pidieron una plata: chantajes con los hijos e hijas	314
- Acusación de colaborar	315
- Desplazamiento forzado: antes que maten a mis hijos	317
- Atacar a los hijos para golpear a las mujeres	319
- Persecución de la resistencia	323
- La pérdida traumática de hijos e hijas	326

VII. Impactos familiares	329
- Relaciones, proyectos, roles y subsistencia	329
- Las amenazas y el hostigamiento familiar	331
- Mal vivir: los impactos hacia dentro de las familias	336
- Dificultades económicas y sobrecarga de roles	340
Capítulo 4. La violencia sexual contra las mujeres	347
Un hecho devastador	349
Los datos de la violencia y tortura sexual	350
Abordar la violencia sexual	353
Reconocimiento y respuestas a la violencia sexual	354
Los significados de la violencia sexual	357
Atravesar el silencio	360
Militarización de la vida cotidiana, antesala de la violencia sexual	363
Por las buenas o por las malas	366
La violación sexual	368
Insinuaciones sexuales a mujeres menores: entre la seducción y la amenaza	372
Tortura durante el embarazo y aborto forzado	377
Esclavitud sexual y prostitución	380
Resistencia frente a la violación	383
No sé de qué grupo era	386
El imaginario de poder de los perpetradores	388
Completar el rompecabezas de la violencia sexual	393
Capítulo 5. Afrontamiento y resistencia de las mujeres	403
De la protección a la reconstrucción de sus vidas y la transformación de su rol	
Introducción. Afrontando el horror	405
Cómo han enfrentado la violencia las mujeres	406
Los patrones de afrontamiento	407
Relación entre las formas de afrontamiento y las consecuencias sufridas	408
I. Vivir como propio el dolor de las demás	410
Las motivaciones de la solidaridad	411

Luchar por las víctimas, reconstruir, mantener viva la memoria	414
Experiencias solidarias vividas por las mujeres	417
II. Organizándose como mujeres	419
Del apoyo mutuo a la organización	419
Las organizaciones como apoyo	423
Venir a la organización es como la libertad	425
De la protección a la resistencia	427
III. Transformaciones en su rol e identidad: familia y nuevos roles	429
No podía quedarme ahí en el dolor	429
Tratar de vivir el presente	433
Nadie más lo va a hacer por mí	436
Responder por esos niños	437
El apoyo familiar	441
Vea, esta es mi casa	442
IV. Ocupar nuevos espacios, transformarse como mujer	444
Conseguir trabajo para empezar de nuevo	445
La posibilidad de estudiar	450
El liderazgo de las mujeres	453
Una mujer totalmente diferente	457
¿Cuál era tu sueño?	465
La oportunidad de vivir otro futuro	468
V. Tengo que cuidarme. Precaución, autocuidado y seguridad	472
Estrategias de precaución, cuidado, vigilancia y seguridad	473
Cuidarse de la calle y de la noche	475
Desconfiar... de todo y de todos	476
Autocuidarse, denunciar, pedir la protección del Estado	477
Huir, huir, huir	479
La denuncia pública y la visibilización como estrategia de protección	481
Bajar el perfil... por un tiempo	482
Esconderse, encerrarse, hacerse invisibles	483
Algunos hallazgos	486
VI. La religión en la búsqueda de sentido	489
La experiencia de “no poder”	489
¿Qué será de la vida mía? La plegaria como recurso	490
El gobierno no nos ha cuidado. La experiencia de la desprotección	491
Oración para la resistencia	492
Ritos y prácticas tradicionales	493

Las mediaciones: instituciones y personas de referencia	494
Las actitudes: entre la resignación y la liberación	498
Abandono y ocultamiento	499
Reflexiones finales sobre los afrontamientos religiosos	500
VII. La fuerza de las mujeres	502
La fuerza de los afectos enfrentando el miedo	503
Arrebatárselos a la guerra	505
Evitar la violencia sexual	507
Buscarlos sin cesar	508
Encontrar la verdad	509
Los efectos de la desobediencia y la confrontación	512
Conclusiones	513
VIII. Denunciar para vivir	513
Denunciar para proteger la Vida	514
Acompañamientos y soledades en la denuncia	516
Presiones para no denunciar y amenazas posteriores	519
La lucha de las sobrevivientes contra la impunidad	521
Conclusiones	523
IX. Búsqueda de apoyo psicosocial	523
De dejarse ayudar a buscar apoyo	524
¿Qué buscan las mujeres en esa atención?	526
Llegando al límite	529
La razón de los hijos e hijas	531
Apoyo psicosocial en el contexto de la denuncia	533
Cuando el apoyo no sirve	534
Construyendo la confianza	536
Apoyo psicosocial y participación en grupos de mujeres	537
¿Quién proporciona la atención psicosocial?	541
X. Conciencia política y construcción de identidad de las mujeres	544
Desinvertir de la guerra	544
Nuestras políticas como mujeres	546
La apuesta por la paz	550



Introducción

La Verdad de las Mujeres

La Verdad de las Mujeres constituye un esfuerzo colectivo por recoger una memoria de las víctimas del conflicto armado, y una verdad que trata de abrirse paso en el país, entre los discursos políticos, los análisis académicos o los enfoques jurídicos cuando se habla de las violaciones de derechos humanos. Este esfuerzo es parte de la búsqueda de salidas políticas al conflicto y la transformación de las condiciones de vida de la población civil afectada por la guerra.

El informe da cuenta de una experiencia. Como investigación en el campo de derechos humanos que pone el énfasis en la experiencia de las víctimas, esta es una sistematización que describe un proceso realizado por más de mil mujeres y coordinado por la Ruta Pacífica de las Mujeres. En el contexto de las Comisiones de la Verdad que se han hecho en el mundo, el informe muestra una experiencia hecha desde la base, protagonizada por las mujeres víctimas y que pone sus voces en el centro del proceso de construcción de una verdad colectiva narrada por ellas y que forma parte de la historia reciente de Colombia. El valor de esta memoria no es la constatación del horror, sino que la palabra que lo cobija encuentre un sentido y sea compartida con la sociedad a la que se dirige.

Esta Verdad no es única, pero tampoco es una versión más de la historia. La experiencia que emergió en las entrevistas recorre las biografías femeninas desde los hechos de violencia que quebraron sus vidas hasta el presente de mujeres sobrevivientes. Es importante señalar que este informe trabaja con las palabras de la experiencia porque además de registrar hechos, se centra en cómo las mujeres han vivido estos hechos, qué consecuencias tuvieron para ellas, cómo los han afrontado, cómo han rehecho, o no, sus trayectorias, cómo miran e interrogan el futuro. El informe reúne pues los relatos producidos por las subjetividades femeninas como fuentes de conocimiento de la realidad del conflicto armado colombiano.

Esta experiencia de mujeres contada en primera persona a otra mujer que acoge y acompaña, cobra el sentido de hacer emerger una Verdad de mujeres no dicha hasta ahora. No dicha porque muchas de las mujeres entrevistadas no habían hablado nunca de sus experiencias de la violencia. No dicha porque la experiencia femenina de la guerra no había sido interrogada con esa amplitud.

El informe tiene dos partes. El primer tomo incluye un análisis de la experiencia de las víctimas a partir de los marcos conceptuales que han dialogado con ellas y que provienen de un feminismo emancipador. La experiencia de las víctimas y sobrevivientes se cuenta a partir de las voces de más de mil mujeres mestizas, afrodescendientes e indígenas que han sufrido los horrores de la guerra y guardado esas memorias rotas, durante años o décadas, en su cuerpo y su corazón. Las consecuencias de la violencia en las mujeres no son daños colaterales de un conflicto armado. Son impactos que necesitan escucharse y exigen un reconocimiento; son memorias fragmentadas que pasan por el cuerpo y vida de las mujeres; son parte de la historia colectiva, de una verdad social que quiere ser compartida.

Las consecuencias en las mujeres pasan por los efectos intencionales del terror y el duelo. La vida de las víctimas queda atada al pasado de experiencias traumáticas que quiebran el sentido de continuidad de sus vidas. El miedo. En este querer dejar atrás el dolor y no poder olvidar. La memoria trata de abrirse un camino entre el recuerdo del dolor y la dignidad de los que ya no están. El impacto del terror en una población perseguida por su participación en organizaciones sociales o simplemente por estar en medio del territorio de la guerra que se hace tratando de ganar control sobre el tejido social, y con ello sobre la vida de las mujeres. El duelo por las pérdidas de los afectos, por la tierra y la vida que fue. Esa pérdida como herida permanente por la incertidumbre en el caso de los desaparecidos. Se abordan los sentimientos que afrontan las víctimas, la rabia y la injusticia, o la culpa y el sin sentido. El daño a los proyectos de vida que eran chiquitos pero lo eran todo, la casa, los animales, la organización, los sueños de una profesión o un trabajo que permitiera salir adelante. Las consecuencias en la salud y el impacto psicosocial son secuelas profundamente marcadas en los relatos de las mujeres.

También las consecuencias se abordan desde los impactos específicos como mujeres y de las relaciones que sostienen con sus familias y comunidades. Hablan de una *zona cero* en sus vidas. Como una de ellas refiere: *nosotras llevamos las riendas del sufrimiento*. Los impactos en el cuerpo y la sexualidad muestran un lenguaje propio de ese sufrimiento. En el cuerpo se hacen visibles las huellas de sus experiencias que muchas veces no se han podido poner en palabras. Las mutilaciones, la violencia sexual, los embarazos forzados, las consecuencias en la maternidad y los impactos en las relaciones entre hombres y mujeres por la violencia sufrida y cometida por *hombres*. Todos esos impactos son frecuentemente invisibilizados o quedan en la trastienda del dolor de cada una, y sin embargo ponen en cuestión un sistema, una ideología y una cultura dominante que considera a las mujeres objeto de control, de violencia o de desprecio.

Posteriormente se aborda la violencia sexual, y las experiencias dolorosas y estigmatizantes que supone, y que han sido compartidas a través de la confianza. Probablemente la violencia sexual sea una de las violencias contra las mujeres de las que más se ha escrito y que sigue sin embargo siendo invisibilizada. Una violencia que supone un ataque a la intimidad y muestra de forma descarnada el control del cuerpo como objetivo del poder. No solo en el contexto del conflicto armado, sino en el ámbito privado de una violencia que tiene también una dimensión política y que el feminismo ha señalado como un *continuum de violencias* contra las mujeres. Se abordan las secuelas de esa violencia y los distintos *modus operandi* de los perpetradores, que sin embargo casi nunca reconocen su acción. Esta violencia marca la vida de las víctimas con un silencio que busca su palabra, y que se reconstruye en las cosas dichas y en los relatos incompletos, en los temas que vuelven o en la necesidad de parar la grabadora en la entrevista.

Pero las mujeres no solo han sufrido las violaciones de derechos humanos o sus consecuencias. También han resistido. Y esa resistencia se basa en reconocerse con las otras como iguales, en la solidaridad, el apoyo mutuo y la organización. En el silencio y la autoprotección. En la búsqueda de apoyo para sus familias, y especialmente sus hijos

e hijas que son su máxima preocupación y también una fuente de sentido para seguir con sus vidas. Las formas de afrontamiento suponen también maneras de poner en cuestión sus roles establecidos socialmente. Tomar protagonismo público y organizarse como mujeres; reivindicar su papel en la defensa de la vida y los cambios en las relaciones de subordinación que la cultura patriarcal ha mantenido. La denuncia y la reivindicación de sus derechos supone no solo el aprendizaje de las leyes y sus derechos, sino sobre todo el ejercicio de la persistencia y una reconceptualización de sí mismas como sujetas de derechos y no como objeto de ayuda o de consuelo.

El segundo volumen de este informe recoge los relatos de las mujeres sobre los hechos de violencia. Las ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas que han afectado a la mayoría de las mujeres entrevistadas. El desplazamiento forzado ha supuesto una violación masiva que incluye en ella otras violaciones más, como al derecho a la tierra y al trabajo, a la cultura. La tortura ha tenido en Colombia una dimensión colectiva, ha sido parte del terror ejemplificante para generar parálisis o desplazamiento, y también la tortura física contra las mujeres ha sido frecuente en detenciones y secuestros. Estas formas de violencia directa aparecen junto a las amenazas y el hostigamiento como formas de control del territorio y de la vida, y las iniciativas organizativas de las mujeres. Otras violaciones han sido el confinamiento, la detención arbitraria, la toma de rehenes, el reclutamiento forzado que aunque relatadas menos frecuentemente han impactado de forma importante en las mujeres y sus hijas e hijos. Las pérdidas materiales han estado asociadas a diferentes violaciones y han producido un grave impacto económico y psicosocial que ha seguido siendo parte de sus vidas.

La segunda parte de dicho volumen analiza 9 casos colectivos, donde la violencia contra las mujeres se dio de diferentes maneras. A veces como parte de una comunidad o un barrio que sufrió masacres y desplazamiento. En otras, las propias experiencias de violencia unieron a las mujeres en un destino colectivo, como en casos de secuestros o detenciones arbitrarias. En otros casos, la defensa de la vida y el territorio ha llevado a experiencias colectivas de las mujeres que han enfrentado la violencia reconstruyendo sus relaciones y protegiendo sus familias y comunidades con respuestas noviolentas.

Las reflexiones de las mujeres sobre la reparación incluyen la conciencia de la irreparabilidad de los sufrimientos vividos, las vidas perdidas y los proyectos de vida truncados. Sin embargo, esta conciencia de irreparabilidad es precisamente por eso movilizadora. Plantea la importancia de la verdad y el reconocimiento como parte de una cultura de derechos humanos en la que debe basarse la reconstrucción del tejido social.

Las mujeres tienen una concepción estructural de la reparación como un conjunto de medidas que cambien sus condiciones y ofrezcan oportunidades para retejer sus vidas. Es vista como parte de un cambio de la relación del Estado con las víctimas, dejando de verlas bajo la óptica del estigma para pasar al reconocimiento, dejando de ver sus necesidades como de ayuda sino como un ejercicio de sus derechos. Las medidas educativas, la salud, y la atención psicosocial suponen un conjunto de medidas orientadas a retomar sus vidas

con nuevos instrumentos de promoción humana y recuperación de los impactos sufridos. La casa y el trabajo son parte de los derechos económicos y sociales resignificados desde la perspectiva de la reparación, como contextos favorables para que ellas mismas puedan retomar su rol activo en la sociedad y con sus familias.

La reparación como forma de revertir los efectos y la propia invisibilidad de la violencia contra las mujeres, poniendo en cuestión los estereotipos de género y las condiciones de discriminación de las mujeres que genera la cultura patriarcal.

El primer derecho que reivindican las mujeres es el derecho a vivir sin miedo. Y a pesar de la desconfianza, las mujeres reclaman al Estado su papel en la prevención de la violencia, señalando sus responsabilidades, por acción y por omisión, en la violencia política en Colombia. La reparación asociada a la prevención, el desarme y la superación del conflicto armado hacia un proceso de paz y solución política que ponga las condiciones de vida de la gente frente a un nuevo ciclo. Este sí, un ciclo de la vida.

Las conclusiones y recomendaciones resumen las ideas centrales del informe y las demandas hacia el Estado, la sociedad y la comunidad internacional. Esta Verdad de las Mujeres ha llegado para quedarse. Y empujar la agenda del cambio en Colombia, donde el enorme sufrimiento y la gran capacidad de las mujeres debe ser tomadas en cuenta para la transformación social que el país necesita.



Capítulo 1.

Mujeres víctimas y sobrevivientes del conflicto armado colombiano

I. Experiencia de mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano	27
II. Verdad y Memoria de mujeres	32
- Memoria de la verdad	32
- Verdad fáctica y verdad narrativa	33
- Las violaciones de derechos humanos contra las mujeres en las Comisiones de la Verdad	35
- El “plus” feminista de la Comisión de Verdad y Memoria de las Mujeres	36
III. Los marcos conceptuales. Algunas reflexiones	39
- El Continuum de las violencias	39
- La violencia patriarcal y militarista	43
- Los estereotipos de género	46
- Identidades que se cruzan construyendo a las víctimas de la violencia	48
- El doble círculo de confirmación de la violencia y el necesario re-cuento de la violencia contra las mujeres	50
IV. Mujeres víctimas del conflicto armado	53
- Las violencias físicas, psicológicas y sexuales padecidas por las mujeres víctimas del conflicto armado interno	54
- Las pérdidas experimentadas por las mujeres víctimas	58
- El control sobre las mujeres víctimas	65
V. Mujeres sobrevivientes de violaciones de derechos humanos	69
- Resistir y movilizarse en nombre de los vínculos	71
- Rehacer las condiciones de humanidad	73
- Tejer la vida colectiva	

Me siento liviana porque acabo de hablar, de contar esas cosas que me han pasado, me siento realizada y siento como que descansé de poder sacar todo ese dolor que sentía adentro. Saber que alguien lo escucha, sin juzgarlo, porque lo que ha pasado no es solamente la violencia con todos estos grupos, mire que ha habido violencia familiar y todo. Asumir todo eso y aguantar y tenerlo aquí dentro oprimido. No todos los días de la vida uno habla de lo que hablamos hoy. Yo desde que declaré allá, solamente declaré lo que fueron las muertes y todo eso, pero mi vida nunca, a mí nunca me preguntaron por mi vida. Primavera, Arauca, 2007, P.693.

Este capítulo aborda la experiencia en general de las mujeres víctimas. El informe de esta comisión no comienza hablando de los hechos, sino de las víctimas. De las mujeres afectadas por el conflicto armado y la violencia y los efectos que este ha tenido en sus vidas, como punto central para la reconstrucción de una memoria colectiva. En los primeros apartados se plantean los marcos conceptuales sobre la verdad y la memoria desde una perspectiva feminista, y la manera en cómo esta Comisión de Verdad y Memoria de las Mujeres ha concebido su trabajo, centrado en la escucha y la sistematización de las narraciones de las experiencias de las mujeres víctimas. Posteriormente se aborda la experiencia de violencia contra las mujeres, las pérdidas sufridas y el control sobre sus vidas y sus cuerpos. Incluyendo una visión activa de las mujeres víctimas y sus formas de resistencia.

I. Experiencia de mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano

El presente informe se basa en la experiencia de más de 1000 mujeres entrevistadas en el proyecto de Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas¹. Experiencia de mujeres colombianas víctimas de violaciones de derechos humanos, en el contexto del conflicto armado interno que desde hace cinco décadas tiene lugar en este país. En la idea del proyecto estaba recoger la subjetividad de las mujeres, creando un espacio de narración y de escucha, de descarga y de acompañamiento en el que no se hicieran juicios y en el que el centro de la narrativa fuera la vida de las mujeres.

Se trata de experiencias narradas en primera persona de un grupo muy amplio de mujeres de diferentes regiones del país, parte de la población civil, que han sido víctimas de graves violaciones de derechos humanos y que han sobrevivido en un contexto histórico de guerra interna.

La verbalización de la memoria de esta experiencia tiene así una doble intención: decir “lo que ocurrió” dando a conocer “lo que me ocurrió”. Es decir, no se trata sólo de dar testimonio sobre los hechos acaecidos, sino de contar la vivencia subjetiva de estos hechos en la experiencia única e irrepetible de cada mujer entrevistada, de recoger las

¹ Se recogieron 933 testimonios de mujeres víctimas, y se realizaron 9 grupos focales con participación de entre 8-12 mujeres para el estudio de los casos colectivos.

consecuencias en sus vidas, sus visiones de la violencia, sus demandas y propuestas. Las mujeres víctimas no solo hablan de su sufrimiento, sino también de sus esperanzas y sus ideas para hacer posible otra Colombia. Esta es una verdad y una memoria que no solo dan cuenta de lo que han vivido las mujeres, sino que se orientan a la transformación de sus vidas y de la sociedad.

¿Qué información emerge de las entrevistas realizadas en el proyecto de Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas? Lo primero que emerge en la experiencia recogida en los testimonios es que se trata de mujeres muy diversas por edad y por etnia (ver cuadro). Mujeres localizadas territorialmente en diversas regiones del país, aunque prevalecen las mujeres campesinas y aquellas que habitan en cabeceras municipales rurales. Mujeres trabajadoras. Mujeres que cuidan su casa, sus bienes y su familia. Algunas de ellas son lideresas comunitarias y/o sociales; muy pocas revelan su afiliación política.

Las mujeres víctimas entrevistadas

La mitad de las mujeres se identifican a sí mismas como mestizas (46.8%; n=438), una de cada cuatro son afroamericanas (26.3%; n=246). Una minoría (5.7%; n=53) se identificó como indígena, mientras que el restante 21.2% de las mujeres se consideró con otras identidades étnicas.

La edad de las mujeres entrevistadas oscila entre los 17 y los 83 años, con una edad media de 45.86 años (DT = 12.96) para el conjunto de la muestra. Respecto del estado civil, una de cada dos mujeres entrevistadas tiene pareja estable, en un 31.9% (n=245) en unión libre, y en un 17.6% (n=135) casada, mientras que el 22.9% (n=176) es soltera, un 16.9% (n=130) es viuda y el 10.7% (n=82) está separada. Tres de cada cuatro mujeres entrevistadas (75.2%) tiene hijos o hijas, con una media de tres (Media = 3.03 y DT = 2.64).

Las experiencias de violencia de estas mujeres han sido múltiples. La media de violaciones referidas por cada mujer está entre cuatro y cinco, y más de un 25% de las mujeres sufrieron más de seis tipos distintos de violencia. Las mujeres entrevistadas hicieron referencia a entre una y dos víctimas más en su entorno familiar en cada testimonio.

Algo más de la mitad de las mujeres entrevistadas (53.8%) participa en alguna organización de la sociedad civil, principalmente en la *Ruta Pacífica*, aunque también en otras organizaciones. Estas agrupaciones se constituyen como redes de mujeres, víctimas y desplazadas, campesinas, religiosas, Organizaciones No Gubernamentales, organizaciones comunitarias, cooperativas, ambientalistas, de ahorro, de adultos mayores o municipales o departamentales, entre otras².

2 Los testimonios se recogieron en 11 departamentos y más de 80 municipios donde hay organizaciones de Ruta. Las mujeres relatan hechos también de otros departamentos pues muchas de ellas fueron desplazadas.

Las mujeres experimentan un profundo sufrimiento y enormes pérdidas. Dolor y renuncia es el lenguaje común de todas las historias reveladas en estas entrevistas. En esta historia, aparece de manera recurrente el control masculino sobre los cuerpos, los proyectos y las vidas de las mujeres.

Una constante que atraviesa sus relatos es la perplejidad, la incompreensión, la ajenidad de las mujeres con respecto al conflicto. En las narraciones de las mujeres en raros casos se observa una clara identificación de los actores armados perpetradores de violencia. La confusión es bastante común en los relatos. Cuando las entrevistadoras indagan acerca de la identidad de quienes llegaron a la finca, al pueblo, a la casa, y cometieron toda clase de abusos contra la población y contra las mismas mujeres, las respuestas, casi siempre, muestran dudas, inseguridad, contradicciones, que expresan tanto el miedo frente a los perpetradores como la violencia cruzada de que han sido objeto.

¿Quieren las mujeres protegerse? Es posible. El conflicto está aún vivo en muchas regiones del país; todavía no hay seguridad suficiente para contarlo todo. Muchas mujeres experimentan la necesidad de proteger a sus familias, y prefieren callar detalles que resulten peligrosos. Pero el análisis de múltiples respuestas hace evidente que aunque viven diariamente el conflicto armado, lo que no alcanzan a explicarse es lo absurdo y la degradación que acarrea. No entienden las razones de los actores porque no les parecen justas pasadas por el tamiz de su propia experiencia.

Fue un día muy doloroso, muy horrible para mí; siendo el 4 de febrero de 1984, llegaron muchos hombres armados a mi casa, cosa que nunca había visto. Nos encañonaron, nos hicieron tirar al piso, lo amarraron sin saber los motivos, ni el por qué. Vereda Bellavista, Antioquia, 2004, P.76.

En muchos casos, da la impresión de que esta “locura colectiva” que sembró de muerte y sufrimiento la geografía colombiana –otra vez- en los años recientes, surgiera de la nada. “Llegaron por el río...”; “aparecieron de noche...”; “ellos andaban por ahí...” Las descripciones antes del momento de los hechos muestra el carácter súbito de una violencia en que lo que identifica a los perpetradores es su capacidad de producir terror.

Las mujeres se ven atrapadas en una telaraña de complicidades. Muchos de los relatos revelan claramente la irracionalidad de estos hechos. Aunque la violencia responde a la racionalidad que busca el control de la población civil y del territorio como parte de la guerra, dicha lógica es ajena a la experiencia de la mayor parte de las mujeres que no entienden lo que pasa o de qué les están hablando. Se ven así envueltas en un conflicto incomprensible, en el que ellas son acusadas de ser cómplices:

- Pero ¿por qué nos vamos a ir?
- Porque ustedes son cómplices.
- Cómplices... ¿de qué?

No hay respuesta. Sólo una orden: “*¡Ya les dije que me tienen que desocupar!*”. En este caso, les dieron 24 horas para desalojar la vereda Casa Blanca, en La Jagua de Ibirico, Cesar, 1998, P.711.

La experiencia del sin sentido de sufrir amenazas y desplazamiento forzado, al ser acusada de “colaborar con” por vivir en una determinada zona, queda recogida en el testimonio de una mujer desplazada desde Florencia a la ciudad de Neiva, a quien su esposo abandonó porque “*no quería seguir huyendo detrás de ella*”. La mujer que da testimonio expresa esta perplejidad respecto del conflicto armado: “*¿Por qué a mí me pasó esto? Es lo que nos preguntamos todos ¿por qué a nosotros, si nosotros no hacemos daño a nadie?*” Y ella misma ensaya una respuesta que muestra la conciencia de la afectación, a la vez que la insensibilidad de una buena parte de la sociedad: “*Así es la vida, así es la violencia en Colombia. Uno sufre, uno es el que está atemorizado, uno es el que está viviendo todo esto, la gente que no lo está viviendo es normal, porque para ellos es como si no pasara*”. Sufrimiento, soledad y sin sentido recorren el vivir de estas mujeres atrapadas en el fuego cruzado de unos y otros. Sus voces hablan de una cotidianidad invadida por la presencia de actores armados cuyas explicaciones y argumentos de su accionar violento, en pocos casos son conocidas por las mujeres víctimas. Al menos no aparecen referencias claras en este sentido. Solamente mujeres de regiones con historia de luchas sociales y políticas relevantes, identifican características diferenciadas en la irrupción de actores armados. Piamonte, Antioquia, 1998, P.219.

¿Qué significa ser mujer víctima y sobreviviente del conflicto armado?

Padecer en carne propia el sufrimiento que deja la violencia. El sin sabor, el dolor. Soy víctima porque en primer lugar me desplazaron de mi ciudad, donde vivía, donde tenía todas mis cosas, donde tenía una vida realizada con mi esposo y con mis cinco hijos. Ese fue el inicio de mi sufrimiento, de mi dolor, de mi viacrucis.
San Onofre, Bolívar, 1999, P.192.

En esta guerra ha habido innumerables víctimas, mujeres y hombres. Todos han sufrido y han experimentado enormes impactos traumáticos y pérdidas irreparables. Sin duda, muchos más hombres que mujeres han perdido el bien más importante: la propia vida. Pero cuando nos aproximamos a las lógicas de la guerra, encontramos diferencias significativas en las formas concretas en cómo han sido afectadas las mujeres. En su caso, opera de manera implacable la razón patriarcal que genera y legitima la subordinación de las mujeres. La lógica de la guerra, donde la cultura patriarcal halla su expresión más violenta en el militarismo, no hace sino profundizar el control y la dominación sobre la vida y los cuerpos de las mujeres, restringiendo su libertad y autonomía, y lo hace no sólo en los escenarios propios del conflicto armado, sino en todos los espacios donde las mujeres viven, se relacionan y se movilizan.

No obstante, incluso en esos escenarios en los que la violencia cierra los espacios de libre expresión y movimiento de las mujeres, ellas, aun a costa de grandes sufrimientos, logran

mantener rendijas de resistencia y dibujan nuevos caminos para ser y recrear los vínculos que configuran el tejido social.

Pues bueno, como le digo, en el sufrimiento ya uno tiene que ayudarse. Como en el hecho de ser desplazado, como le digo yo a mis compañeras: no es que porque fuimos desplazadas todo el tiempo nos vamos a quedar ahí desplazados, no, siempre busquemos los medios de salir y que ya no digan soy desplazada, sino uno mismo buscar las formas e ir saliendo adelante. Hay mucha gente que se encuentra ahí con ese miedo; digamos no. Nosotras las mujeres podemos y tenemos el valor y si nos toca enfrentarnos, enfrentémonos sin miedo, porque el temor es que lo tiene uno ahí que no lo deja hacer nada ni seguir adelante. Sucre, Cauca, 2002, P.390.

Sí, yo me he sentido fuerte, porque a veces desmayo. Y yo digo, hasta cuándo serán estas necesidades, hasta cuándo será esto. Pero al mismo tiempo reacciono y digo, por mis hijos tengo que salir adelante. Yo tengo mis hijos, tengo todavía mi hijo de ocho años. Yo le tengo que terminar de educar a mi hijo. Y yo misma a veces me regaño y me doy fuerzas, y así orándole a Dios. Pivijay, Magdalena, P.259.

Es importante que la experiencia de mujeres víctimas sea expresada en palabras para dar forma a su diferencia con respecto a la experiencia masculina de la guerra y denunciar los hechos específicos de violencia contra las mujeres. También lo es la recepción, en sus propias palabras, de las estrategias, las transformaciones y los aprendizajes de mujeres que han sobrevivido a ellos, porque su experiencia aporta perspectivas, percepciones y saberes diferentes a los de los hombres sobrevivientes.

Porque, primero lo necesitaba, y me centré demasiado en el trabajo, entonces eso me ayudaba a disipar el dolor y a disipar todo lo que estaba pasando. Pero nunca me enfermé, yo nunca me enfermé, yo no sé qué es ir a un hospital para nada. Porque yo he sido fuerte, y yo lloraba un ratito y listo, se acabó pues y limpiaba mis lágrimas y párese porque es que la vida sigue, ese era mi lema. Entonces no, cuando tenía que llorar lloraba y cuando tenía que reír yo reía, y trataba de hacerles la vida feliz a mis hijos. O sea que yo pienso que yo no me dejé derrotar por el dolor ni por nada. Primavera, Arauca, 2007, P.693.

En la memoria de las mujeres entrevistadas hallamos hechos denunciados, experiencias extremas y dolorosas, quebranto personal y también formas de afrontar la violencia y la aflicción derivada de ella. Se narran las estrategias de reconstrucción de la propia vida y del tejido afectivo y social que la sostiene. Se relatan experiencias de solidaridad, organización, resistencia y denuncia. Y no sólo hallamos memoria en las entrevistas, también hay proyección de futuro enraizada en esa memoria, demandas que surgen como forma de reparar el daño y de asegurar que no se repita.

Los planes que tengo hoy de pronto son de seguir adelante con mis hijos ya que Dios nos dio la oportunidad. Aunque fue con lucha y dificultades, pero gracias a Dios aquí estamos vivos y pasando. Porque, la verdad, desde que salimos de esas

veredas nosotros hemos sufrido. Porque algunos de nosotros como desplazados, principalmente yo, no hemos recibido nunca una ayuda de nada. Entonces todo eso lo hemos sufrido, pero mis planes es seguir adelante y que de pronto Dios más adelante me dé un mejor futuro. Macayepo, Sucre, 1998, P.236.

La memoria va más allá de la mera reconstrucción del recuerdo³. Es una reelaboración, una reconstrucción de las emociones pasadas, para explicarse a sí mismas, ubicarse en el presente y proyectarse hacia el futuro.

La propuesta de la Ruta pacífica de recoger la verdad de las mujeres ha sido la mediación necesaria para que las mujeres entrevistadas decidieran compartir su propio testimonio, dando cuenta de todas esas dimensiones de la memoria.

II. Verdad y Memoria de mujeres

Establecer una verdad de mujeres supone que haya coincidencia entre los hechos experimentados –lo que ellas han vivido- y lo que se dice de esta experiencia. Que las palabras digan fielmente la experiencia de sufrir violencia y sobrevivir a ella, que tantas veces ha sido cancelada, tapada, silenciada. Esta verdad se puede establecer a través de las narraciones de mujeres, de su memoria.

Las mujeres entrevistadas hicieron memoria de su experiencia de víctimas y de su recorrido de afrontamiento para sobrevivir al horror de la violencia, por mediación de otras mujeres –las documentadoras- que en el espacio de la entrevista, acompañaron el emerger de la verdad de cada mujer. Ellas atravesaron el silencio de tanto tiempo apoyadas en la confianza de quienes tomaron su testimonio desde el respeto y la valoración de la credibilidad de su palabra. En este proceso se recogieron verdades subjetivas que, entrelazadas, crean un mapa verdadero de experiencia femenina en el escenario del conflicto armado en Colombia.

Memoria de la verdad

Utilizamos la expresión memoria de la verdad y verdad de mujeres para nombrar el ejercicio de traer al presente una experiencia vivida, con palabras capaces de decirla fielmente desde la subjetividad de las mujeres que dan su testimonio. Se trata de una verdad que hasta ahora no ha sido indagada, a la que no se ha dado un espacio para decirse y por tanto todavía no ha sido escuchada. Una verdad referida a hechos pasados que se alarga en el tiempo hasta ahora, que necesita de la memoria de mujeres que la han preservado para ser dicha y escuchada. Verdad y memoria se entrelazan en este proyecto.

3 Teresa del Valle, “Interpretaciones de ciertos mecanismos del recuerdo”, *Ankulegi, revista de Antropología social*, n° 10, 2006, pp. 11-18.

Establecer la memoria de la verdad desde las mujeres es una ganancia de libertad porque ellas se han hecho dueñas de la propia memoria para que ésta no se instrumentalice. Esto significa que han sido amas de los silencios y las palabras, al volver a pasar por el cuerpo y el corazón la experiencia vivida. Quiere decir también que las mujeres han dado significado, sentido propio, a esta experiencia sustrayéndose al orden de interpretación de los hechos establecido por el patriarcado que confirma una y otra vez la victimización de las mujeres, incluso cuando pretende denunciar la violencia contra ellas.⁴

La memoria de la verdad, en su dimensión colectiva, hace que la narración sea puente entre una experiencia íntima de dolor y un daño colectivo que debe ser reconocido en una nueva memoria compartida. La memoria de la verdad de mujeres reabre la pugna por la significación y la apropiación del discurso histórico como memoria colectiva. Al sacarla a la luz, se pone de manifiesto que una parte de la memoria no se había incorporado a la historia común. Se hace evidente la parcialidad de la narración histórica escrita por el sujeto masculino, mayoritariamente occidental y de clase dominante. También se hace visible la distorsión de la memoria colectiva que ha supuesto la operación de hacer pasar la historia de ese sujeto masculino por la de la totalidad de los seres humanos.

La memoria de la verdad habla desde subjetividades hasta ahora mantenidas en la subalternidad, creando un espacio de intersubjetividad que ofrece más Verdad puesto que cada narración parcial constituye un componente de la misma, sin querer cancelar las otras subjetividades. Con esta verdad se abre, por una parte, la posibilidad de que las experiencias de la diferencia sean nombradas y escuchadas y, por otra, se enriquecen los significados de la experiencia humana que va conformando el discurso histórico. Rehacer la memoria colectiva con nuevas miradas no previstas es un proceso sanador que contribuye a la transformación de la sociedad poniendo las bases para la no repetición de hechos violentos.⁵

Verdad fáctica y verdad narrativa

En los procesos de transición desde situaciones de violencia política o de guerra se han llevado a cabo indagaciones alrededor de la memoria y la verdad: las Comisiones de la Verdad ponen el acento en los hechos, en los testimonios como fuentes de información que puedan dar lugar a procesos en los que se conozcan, y se sancionen, hechos comprobados, combatiendo así la impunidad; los trabajos de la memoria quieren recoger el testimonio de vidas invisibilizadas o episodios que han querido ser cancelados de la historia por las narrativas dominantes.⁶

4 Desde el feminismo se ha observado que el excesivo énfasis en la violencia sexual contra las mujeres puede acabar creando un nuevo estereotipo de las mujeres en contextos de guerra. Marta Grau, *La memoria histórica, ¿activo transformador de la desigualdad de género? Análisis crítico del discurso del Centro de Memoria Histórica en Colombia a partir de una mirada de género e interseccionalidad*, 2013, pág. 16. (trabajo en proceso de publicación)

5 *Ibidem*. Grupo de Memoria Histórica, *La memoria histórica desde la perspectiva de género. Conceptos y herramientas*, Bogotá, 2011.

6 Alejandro Martínez Rodríguez, *La paz y la memoria*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2011.

Por medio de estas indagaciones se obtienen una “verdad fáctica” y una “verdad narrativa”.⁷ En el tratamiento de los testimonios recogidos en el proyecto de esta Comisión se ha trabajado con esas dos verdades.

La verdad fáctica tiene que ver con lo que ocurrió, a quién, dónde, cuándo, cómo y quién se vio involucrado. Esta verdad intenta captar los contextos, las causas, los patrones, los impactos de las violaciones de DDHH. Desvela la naturaleza de la violencia y las violaciones de DDHH. Esta es una forma de presentar la experiencia de las mujeres que han dado su testimonio. Una forma que es imprescindible para captar la magnitud y la naturaleza de los hechos y también, probablemente, para sostener procesos de denuncia. Desde el punto de vista judicial, la recuperación de la memoria y los testimonios de los hechos, permiten establecer una verdad que sea la base para realizar justicia a unas víctimas que merecen respeto, y así podrán recibir una reparación por el daño sufrido.

La verdad narrativa tiene que ver con la experiencia subjetiva y los significados que se dan a la misma. Se la podría denominar también verdad experiencial. Esta verdad proporciona un conocimiento sobre historias personales, sobre creencias y valores, de los impactos y resistencias, sobre el sistema sociosexual de géneros y el orden sociosimbólico del patriarcado. Da cuenta de situaciones anteriores afirmando la dignidad de las víctimas y sobrevivientes. Tiene que ver con la dimensión “sanadora” –individual y colectiva- de la verdad. Para cada una de las víctimas que habla se abre la posibilidad de dar sentido propio a lo vivido, de expresarlo y darlo a conocer a las demás. Este puede ser un hecho terapéutico porque pone orden en una experiencia sin sentido que ha sido traumática. Puede ser un hecho reparador porque supone el reconocimiento del valor y la credibilidad de la palabra de la víctima. También es reparador a escala comunitaria porque permite hacer visibles pedazos de la realidad que habían sido borrados. Que se escuche la experiencia de las víctimas mitiga la violencia simbólica que supone la imposición del discurso sobre los hechos por parte de quien ejerce poder.

Igual que el trabajo con la verdad fáctica está reconocido como método de investigación y obtención de conocimiento, la investigación sobre memoria colectiva e historia, y especialmente las investigadoras feministas, han propuesto la Narrativa como método de investigación. La premisa de la investigación narrativa es que no hay una única verdad absoluta en la realidad humana. Contar la propia historia es, pues, una fuente de conocimiento acerca de la sociedad y también acerca de la propia posición dentro de la sociedad. Las narrativas personales no sólo se refieren a los hechos, sino que también constituyen reflexiones sobre los mismos hechos.

En el proyecto de esta Comisión cada mujer ha aportado, además de una información sobre hechos, una experiencia única e irreducible a otras, cada mujer ha dado un significado, un sentido propio a esta experiencia. Y es precisamente el hecho de comunicar ese algo

7 Rina Kashyap, “Exploring the Narrative of Truth: a Feminist Critique of the South African Truth and Reconciliation Commission”, *Contemporary Justice Review*, 12 (4):449-467.

irrepetible que hace posible “tocar” a otra u otro con las palabras de la verdad. Poner esa verdad en el mundo tiene otra función distinta a la de la verdad fáctica: la de hacer posible el encuentro, la conexión, entre subjetividades. Un encuentro que mueve algo relacionado con lo que compartimos, como mujeres o como seres humanos, y modifica la percepción y la comprensión de los hechos ocurridos.

Las violaciones de derechos humanos contra las mujeres en las Comisiones de la Verdad (CV)

La incorporación de la experiencia de las mujeres en los informes sobre períodos de violencia política o de conflicto armado en el marco de lo que se ha llamado como procesos de Justicia Transicional, ha ido siendo el resultado de las iniciativas y las presiones de los movimientos feministas y de mujeres de los países en los que dichos procesos de transición tenían lugar. Así las feministas sudafricanas fueron las primeras en plantear esa demanda y lo hicieron presentando un informe que era, en sí mismo, una petición de incorporación de la perspectiva de género en el informe final elaborado por la Comisión de Verdad y Reconciliación de este país.⁸

Otros trabajos de memoria y comisiones de la verdad, como en el caso del proyecto REMHI de Guatemala,⁹ promovido por la Iglesia Católica, y la Comisión de Esclarecimiento Histórico del mismo país,¹⁰ incorporaron el concepto de género y recogieron en diversos capítulos la experiencia de las mujeres en el contexto de violencia política vivida en este país. Unos años después, la CV de Perú estableció el género como concepto operativo e inició la sistematización de los patrones de violencia contra las mujeres.¹¹

No obstante, en ninguno de los casos mencionados se incorporaban inicialmente en el mandato de la CV las violaciones de derechos humanos relativas a las mujeres o la violencia contra ellas, siendo su incorporación fruto de la presión del movimiento feminista

8 Beth Goldblatt y Sheila Meintjes elaboraron en 1996 un documento específico para presentarlo a la Truth and Reconciliation Commission (TRC) con propuestas para que ésta incorporara la perspectiva de género cuyo título es, *Gender and the Truth and Reconciliation Commission: a submission to the Truth and Reconciliation Commission*.

9 Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), *Guatemala nunca más*, hecho público en enero de 1998. Este informe, que no tiene el carácter institucional de las CV, dedicó uno de sus capítulos a la violencia contra las mujeres: en el tomo I, *Impactos de la violencia*, encontramos el capítulo sexto: “Enfrentando el dolor. De la violencia a la afirmación de las mujeres”; también hay referencias a la experiencia de las mujeres en el capítulo dedicado a las “Consecuencias familiares de la violencia”.

10 Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) de Guatemala, *Guatemala: memoria del silencio*, febrero 1999. En el capítulo II, volumen 3, Violaciones de los derechos humanos, está el apartado “La violencia sexual contra la mujer”.

11 Comisión para la Verdad y la Reconciliación (CVR) del Perú, *Informe final*, publicado en 2003. En el tomo VI, capítulo 1. Patrones en la perpetración de los crímenes y de las violaciones de derechos humanos, está el apartado 1.5. “Violencia sexual contra la mujer” y en el tomo VIII, Segunda parte: Los factores que hicieron posible la violencia, capítulo 2. El impacto diferenciado de la violencia, está el apartado “Violencia y desigualdad de género”.

o de la sensibilidad de las personas que realizaron el informe. A partir de estas experiencias iniciales, nuevas comisiones de la verdad incluyeron en sus mandatos lo que se ha denominado “perspectiva de género” dando lugar a una institucionalización de esta perspectiva, aunque adoptando formas muy diferentes, como distintos son los mandatos de las diversas comisiones de la verdad. Así, progresivamente pero de manera muy desigual, las CV han adoptado en sus marcos de interpretación el concepto de género y alguna de las perspectivas aportadas por el feminismo.¹²

Los aspectos indagados en las diversas CV que han contemplado la perspectiva de género han sido: la construcción de los géneros en la cultura y la sociedad estudiada, a veces conectada a la historia de colonización o a estructuras específicas como el *apartheid*; el tratamiento de la violencia contra las mujeres y específicamente la violencia sexual con el establecimiento de patrones de violencia y tipificaciones detalladas de abusos contra las mujeres; otros impactos de la violencia en las dimensiones cultural, política, socioeconómica, etc.; las posiciones que las mujeres han ocupado en los contextos de violencia, ampliándose progresivamente desde sólo la experiencia de las mujeres víctimas, directas e indirectas, a la de las mujeres perpetradoras y también a la de las mujeres que han resistido, han sido activistas o líderes.

En conjunto se puede decir que la presencia de la experiencia de las mujeres en contextos de violencia política o conflicto armado ha ido creciendo y ganando en riqueza de matices en los informes de comisiones de la verdad, para dar cabida a la diversidad del padecer y el hacer femenino en los contextos de guerra y violencia. Sin embargo, no se ha dado todavía la experiencia de una comisión de la verdad creada y realizada por mujeres como espacio simbólico abierto a la subjetividad femenina.

El “plus” feminista de la Comisión de Verdad y Memoria de las Mujeres

En la publicación *Memoria para la vida. Una comisión de la verdad desde las mujeres para Colombia*¹³, se sitúa la naturaleza del proyecto CVMMC en relación a las Comisiones de la Verdad atendiendo a las similitudes y diferencias entre ellas. Algunas de las singularidades de la CVMMC tienen que ver con el hecho de ser promovida por un movimiento social feminista y no violento.

La naturaleza de la Ruta pacífica de mujeres colombianas, como movimiento feminista y red de organizaciones de mujeres, ha permitido generar la confianza necesaria para obtener el testimonio de mujeres que han sido víctimas de violaciones de derechos humanos y que, dada la situación actual de conflicto armado, corren un peligro real. La experien-

12 Documento de Vasuki Nesiah, *Comisiones de la verdad y género: principios, políticas y procedimientos*, International Center for Transitional Justice, julio de 2006 Priscilla B. Hayner, *Unspeakable truths. Transitional Justice and the Challenge of Truth Commissions*, Nueva York, Routledge, 2011.

13 Se trata de la sistematización y la metodología de esta experiencia de la Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres de Colombia. Ver *Memoria para la Vida*. Ruta Pacífica de las Mujeres, Carla Afonso y Carlos M. Beristain. Hegoa, 2013. Accessible en: <http://publicaciones.hegoa.ehu.es/publicaciones/290>

cia de organización, de movilización y de acompañamiento a víctimas ha proporcionado conocimientos necesarios para la realización de este proyecto que, además, se han completado con formación específica. Es decir, es precisamente el hecho de que la Ruta sea conocida por su compromiso con la paz y con las mujeres, pero también por su capacidad de protección y acompañamiento de las mujeres, lo que ha facilitado el acceso a mujeres cuyos testimonios constituyen el centro y dan sentido a un proyecto de recuperación de la memoria y establecimiento de la verdad desde ellas.

La Ruta ha promovido un proyecto de investigación realizado con los estándares de otras comisiones de memoria y verdad, poniendo en marcha no obstante mecanismos propios de acceso a las protagonistas del estudio y una metodología de recogida de información que difieren de las comisiones institucionales. También la finalidad de unir conocimiento riguroso e incidencia política a favor de los derechos de las mujeres, los derechos humanos y la paz, es específica. El proyecto de Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas es en este sentido un proyecto singular que aúna la producción de conocimiento y la significación política.

Por lo que se refiere a la investigación, este estudio parte de la premisa que la epistemología no es neutral. El feminismo ha mostrado que la posición en la sociedad de quien investiga permea el proceso de investigación. Consciente de este hecho, la metodología feminista ha tomado abiertamente la experiencia de las mujeres como fuente de conocimiento y ha declarado como principio su compromiso con el empoderamiento de las mujeres.¹⁴ En el proyecto de CVMMC, las narraciones en primera persona de la experiencia de mujeres colombianas se han tomado como fuente de conocimiento. La narrativa de mujeres se ha generado a través de una mediación femenina en un espacio de significación de la experiencia y de acompañamiento para las mujeres participantes. En este trabajo de investigación, los marcos conceptuales que ha aportado el feminismo orientan la mirada sobre los datos y dan herramientas para su interpretación. Se adoptan también los enfoques y las metodologías que aporta la investigación en derechos humanos.

El *plus* feminista del proyecto de CVMMC se asienta además en una práctica cuya dimensión política ha puesto de relieve el feminismo al afirmar que lo personal es político. El proceso de trabajo ha descansado sobre una red de relaciones de confianza entre mujeres. Confianza entre las coordinadoras de la Ruta y las mujeres de la misma que han hecho las entrevistas; entre las mujeres de la Ruta y aquellas mujeres a las que se ha propuesto testificar. Entre la Ruta y las otras organizaciones de mujeres o de víctimas del conflicto armado que han facilitado el contacto con otras víctimas. La confianza de las mujeres que han dado testimonio hacia el movimiento de la Ruta Pacífica, un movimiento para el que están dispuestas a testificar, finalmente se ha materializado en la confianza generada entre las entrevistadoras y las mujeres entrevistadas en el momento de dar el testimonio.

14 Carmen Magallón, "La perspectiva de género en los estudios sociales de la ciencia" en *Pioneras españolas en las ciencias*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998.

La forma en que se han llevado a cabo las secuencias de trabajo a lo largo del proceso, muestra así mismo la importancia que se confiere a todas las mujeres que lo han hecho posible. Se considera “mujeres que hacen posible el proyecto” a todas las que han tenido que ver con él a lo largo del proceso, empezando por aquellas que han dado su testimonio y siguiendo por las documentadoras, hasta llegar a las coordinadoras, digitadoras, codificadoras, investigadoras, etc. Las participantes han configurado el estilo de trabajo, un estilo que ha incluido el cuidado mutuo, la reflexión individual y colectiva. Todo ello ha sido reflejado en la publicación *Memoria para la Vida*, puesto que se da un significado también político a la forma en que se ha desarrollado el proceso.

En el centro de todo el proceso está la narrativa como hecho relacional puesto que la narración de una historia involucra tanto el habla como la escucha. La escucha juega un papel clave para crear un espacio de acogida, de seguridad, para la mujer que cuenta su historia; es una acción que requiere concentración y energía. Quien escucha es una observadora participante¹⁵ que no sólo accede al conocimiento de la historia, sino que la acoge y la reconoce en su integridad. La entrevistadora, que recibe el testimonio, se convierte a su vez en testimonio de la experiencia de otra. En esa naturaleza relacional, intersubjetiva, de la narrativa reside la posibilidad de que emerja una verdad de mujeres comunicable a mujeres y hombres.¹⁶

Precisamente en el patriarcado se han cancelado sistemáticamente los significados femeninos, la experiencia de mujeres ha sido interpretada y significada, por hombres o por mujeres, según los estereotipos de género y al servicio de la dominación masculina. Decir y escuchar la experiencia de mujeres sin tomar el género como referente, ya sea para adecuarse a él o para transgredirlo, es estar dispuestas a acoger todos los significados que una mujer pueda dar a la misma, es aceptar la significación libre de esa experiencia. En este proyecto, partiendo de la confianza y construyendo confianza, la mediación femenina –el hecho que sea otra mujer quien acoge el testimonio para un proyecto de una organización de mujeres- ha sido la que ha permitido crear un espacio de palabra verdadera que ha facilitado, en la mayoría de los casos aunque tal vez no se haya conseguido en todos, poner palabras a la experiencia íntima del dolor y su afrontamiento.

Se ha trabajado también con la circulación de un saber compartido de mujeres. Nancy Harstock afirma que las mujeres son más perspicaces cuando investigan las vidas de otras mujeres debido a su colocación en la división sexual del trabajo y a su experiencia de la opresión.¹⁷ El saber de las distintas manifestaciones e intensidades de la violencia no es sólo de la otra mujer-víctima cuya experiencia es ajena. Este saber circula entre mujeres porque en alguna medida todas estamos inmersas en el Continuum de las violencias. En

15 Funtowicz, S. y Ravetz, J. R., *Ciencia postnormal*, Barcelona, Icaria, 2000.

16 Rina Kashyap, “Exploring the Narrative of Truth: a Feminist Critique of the South African Truth and Reconciliation Commission”, *Contemporary Justice Review*, 12 (4):449-467.

17 En Rina Kashyap, “Exploring the Narrative of Truth: a Feminist Critique of the South African Truth and Reconciliation Commission”, *Contemporary Justice Review*, 12 (4):449-467.

particular, todas conocemos la experiencia de ser presa porque vivimos en un orden sociosimbólico que nos hace habitar un cuerpo violable.¹⁸ El dolor de la otra nos toca a todas a través de ese saber compartido.

Para acabar, el hecho de que mujeres víctimas de violaciones de DDHH hayan narrado su historia para darla a conocer públicamente a través del informe de la CVMMC ha significado un empoderamiento. Porque el mismo hecho de narrar la propia experiencia ayuda a transformar a la víctima en sobreviviente y la narración es un acto político que empieza a cambiar las condiciones que hicieron posible el abuso. También porque en esta construcción colectiva del conocimiento se quiere que haya caminos de ida y vuelta que pasan por la devolución a las mujeres participantes de los resultados del estudio, una devolución que dé la fuerza de la voz recobrada.

El conocimiento de la realidad que el informe aporta constituye un input para la práctica política de la Ruta Pacífica, y más ampliamente del movimiento de mujeres en Colombia, porque la presencia pública de una narrativa de mujeres sobre los hechos de violencia en Colombia es una forma de intervención política. El aporte de la CVMMC a la transición hacia un escenario de post-conflicto armado es tanto la visibilización de la experiencia de mujeres en el escenario de la guerra, como las expectativas y las demandas que ellas ponen al futuro. Esta aportación abre la posibilidad de impulsar cambios en el nuevo escenario de paz, en particular por lo que se refiere a las relaciones entre los sexos y al discurso sobre la diferencia sexual. Discurso que no traduzca la diferencia de los sexos en desigualdad, sino en disparidad enriquecedora, contribuyendo así a acabar con la relación de poder entre hombres y mujeres.

III. Los marcos conceptuales. Algunas reflexiones

De la escucha de los testimonios de mujeres víctimas de violaciones de derechos humanos emerge una realidad que causa una profunda desazón: una práctica sistemática de la violencia por parte de hombres que la dirigen deliberadamente contra las mujeres. Porque son hombres quienes pretenden controlar las vidas de las mujeres. Son actores armados mayoritariamente hombres los que se ensañan contra los cuerpos femeninos y quienes se afanan en destruir las condiciones de humanidad que son obra mucho más de mujeres que de hombres.

El Continuum de las violencias

Desde el análisis y la reflexión feminista se ha tratado de entender los mecanismos de la violencia y de dar explicación a esta realidad tan dolorosa para las mujeres. Una de las herramientas útiles para analizar los tipos de violencia y los ámbitos en los que ésta se da, es

18 Alessandra Bochetti, "Discurso sobre la guerra y las mujeres" en *Lo que quiere una mujer*, Madrid, Cátedra, 1996. Elena Grau, "Vivir en un cuerpo violable", revista *En pie de paz* 28, 1993.

el llamado Continuum de las violencias. La idea de Continuum de las violencias responde a la pregunta ¿Por qué para las mujeres la frontera entre guerra y paz no es tan significativa? Hemos visto una y otra vez que la violencia contra las mujeres no se termina cuando se acaba la guerra. Y a su vez, vemos como en los conflictos armados contemporáneos la violencia contra las mujeres es una continuación del control y la violencia que se ejerce sobre las mujeres en tiempos de paz. Para las mujeres sería significativo en cambio hablar de la paz como situación contrapuesta no a la guerra, sino a la violencia.¹⁹

El Continuum de las violencias ayuda a entender cómo la violencia específica de la guerra entronca con las violencias presentes en la relación de dominación entre hombres y mujeres vigentes en épocas de paz. Para ello, Caroline Moser propone distinguir entre tres categorías de violencia –económica, política y social- que se manifiesta a diferentes escalas: individual, interpersonal, comunitaria y estructural atravesadas todas ellas por sesgos de género que conforman los modos en que mujeres y hombres se hallan implicados y experimentan la violencia.²⁰

La idea de Continuum de las violencias facilita percibir cómo en el patriarcado la violencia permea todos los ámbitos de la vida y las relaciones atravesando divisorias sociales e instituciones. Es también una herramienta que nos ayuda a describir cómo y dónde actúan e interactúan las violencias de la guerra situando el papel de la violencia contra las mujeres en cada conflicto armado.

Para la realidad colombiana, los testimonios ponen de manifiesto cómo la dominación masculina sobre las mujeres, que está en la raíz de las múltiples violencias que se ejercen contra ellas, se plasma en un continuum de violencias que opera en todos los ámbitos. Mujeres víctimas de los actores del conflicto armado son, de manera simultánea, o a lo largo de sus vidas, víctimas del control y la violencia física o psicológica de sus compañeros en el espacio doméstico, o en las relaciones afectivas. Más de una cuarta parte de las mujeres entrevistadas declara haber sufrido violencia siendo niñas; casi la tercera parte afirma haber sido víctima de violencia por parte de su pareja y un 15,2% ha sufrido violencia sexual a lo largo de su vida. Además buena parte de las mujeres que fueron maltratadas en la niñez recibieron también maltrato por parte de su pareja (43,7%) o violencia sexual durante su vida (36,6%). Vemos pues cómo múltiples violencias –psicológica, física, sexual, económica, cultural- se cruzan en la vida de muchas mujeres víctimas del conflicto, profundizando su discriminación y subordinación.

En algunos casos, las víctimas reportan violencia sexual desde su adolescencia. El testimonio de una mujer desplazada del Tolima (P249) es muy elocuente en este sentido. La extrema pobreza de su familia la lleva a casarse recién cumplidos los 16 años: “*qué puedo*

19 Irantzu Mendiá, “Estrategias de organizaciones de mujeres por una paz con justicia de género”, Seminario *Mujeres en situaciones de conflicto*, Hegoa, Bilbao, 19-21 de febrero de 2008.

20 Caroline O. N. Moser, “The Gendered continuum of Violence and Conflict. An operational framework” en Moser, C.; Clark, Fiona (eds.), *Victims, Perpetrators or Actors?: Gender, Armed conflict and Political Violence*, Londres- Nueva York, Zed Books, 2001, pp. 30- 51.

decir, no sé, era una niña muy ingenua, mi marido era una persona de mucha experiencia y fui violada por él, porque yo entiendo que eso se llama violación, agarrar un hombre a una mujer, así, a las malas y más a una niña”. Ella recurre a su madre en busca de ayuda, pero la mentalidad de su madre está marcada por creencias culturales que operan de forma violenta controlando la vida de las mujeres: *“ella me dijo que no me podía separar de él, porque yo era casada y tenía un hijo, y que la gente podía decir...”* A la experiencia de violación sucede la durísima experiencia del aborto. La mujer vive embarazos sucesivos trabajando de sol a sol en condiciones muy difíciles: *“él fue el que me puso a trabajar en la finca, yo sembraba plátano, sembraba yuca, cogía café, yo embarazada hacía todo, así embarazada yo sacaba el café, lo cargaba, sacaba la mula al pueblo con cinco arrobas a cada lado, embarazada...”*. La extrema violencia a la que se ve sometida esta mujer en su vida doméstica no termina con el asesinato de su marido. La violencia que ejercen actores armados se ceba en ella.

En la finquita heredada de la madre, donde intenta reconstruir la vida, irrumpe la guerrilla y el terror la domina: *“allá la guerrilla se me iba a llevar las niñas, y me tocó volarme...”* sin embargo, la guerrilla alcanza a secuestrarle dos de sus hijas: *“se las llevaron, se las llevaron como a las diez de la mañana supuestamente a una reunión, se las llevaron a las malas, yo me desmayaba gritándole a la gente, por favor que no hicieran eso, yo lloré para que a esas niñas no se las llevaran...”* Sus hijas no le son devueltas, y ella debe vivir en silencio la peor humillación, puesto que se ve obligada a cocinar para la guerrilla que se ha llevado a sus hijas para reclutarlas: *“con rabia le daba de comer a ese comandante”*. Ella sigue rogando por la liberación de sus hijas, y al fin consigue que se las devuelvan, *“ahí me trajeron las niñas y me dijeron ¡corran!, y aruñadas, arrastradas, peladas las nalguitas de correr, de los golpes... salimos a un pueblito llamado Monte Loro, de ahí cogimos al Cóndor, de Cóndor a Planada y de Planada a Neiva, nos vinimos gratis porque no teníamos ni un peso, yo les lloraba a los chóferes que me trajeran”*. Desde entonces, vive en una constante angustia: *“esa es la amenaza ahora, porque la guerrilla me busca”*.

El epílogo de esta vida marcada por todo tipo de violencias es la afectación sobre sus hijas: *“una se tiró a la bebida, al trago, se ponía a tomar y la otra se la pasaba detrás. Eso fue duro, ver a esa niña en trago y como con odio, ese odio, ese rencor de ella, como que la vida no valía nada...”* Natagaima, Tolima, 1978-2009, P.159.

Buscando explicar el horror vivido, una mujer (P.419) se refiere a este continuum de violencias en los siguientes términos:

Pues uno ve que la vida de una mujer siempre históricamente va como una cadena, que es casi parecida la violencia que llevaba allá a la que estoy viviendo. Ahora incluso es más por el desplazamiento, por todo, pero la violencia hacia la mujer históricamente siempre ha existido. Auro Buey, Chocó, 2005, P.419.

En el conflicto armado colombiano el Continuum de las violencias contra las mujeres cobra formas específicas que tienen que ver con los intereses encontrados que en él se

dirimen. En este conflicto, los intereses económicos, sociales y políticos se juegan alrededor de la tierra y a través del control del territorio: las actividades extractivas y los cultivos a gran escala que responden a los intereses de grandes empresas multinacionales; la construcción de infraestructuras para facilitar esas actividades; la ocupación del territorio en la pugna política entre el Estado y las fuerzas guerrilleras insurgentes. Todo ello con el trasfondo de desigualdad social en el reparto de la tierra. En casi todos los conflictos que se desarrollan en el territorio colombiano, la clave es separar a las poblaciones de la tierra.

Así lo han constatado los testimonios del gran número de mujeres campesinas, indígenas o afrodescendientes víctimas de una violencia brutal que han sufrido el desplazamiento forzado de ellas y de sus familias. La violencia no sólo empuja a las poblaciones al desplazamiento, también quiere acabar con la posibilidad de retorno y de reconstrucción de las comunidades. Tiene por objetivo destruir el arraigo de las poblaciones a su medio para dejar vía libre a la explotación de los recursos naturales con elevados niveles de beneficio. Esta violencia que pretende separar a la población civil de la tierra actúa deliberadamente contra las mujeres porque ellas son una pieza clave para que la vida pueda tener lugar en condiciones de humanidad.

Para conseguir ese objetivo, la violencia se focaliza en las mujeres porque son ellas las que históricamente han mantenido, y siguen manteniendo, las condiciones de humanidad entendidas como los estándares mínimos de calidad de vida (cobijo, alimentación, higiene, educación, etc.) necesarios para sostener a las personas. Y más allá de las condiciones materiales de vida, aunque no separadas de estas, son sobre todo mujeres las que crean y recrean relaciones que humanizan y civilizan dando identidad, reconocimiento y valor a las personas; anudando relaciones familiares y comunitarias que conforman el tejido social. La violencia contra las mujeres tiene pues por objetivo socavar las condiciones de humanidad de las poblaciones, puesto que la obra femenina de cuidado de los cuerpos, de las relaciones y de los espacios de vida es la que crea esas condiciones.

Se puede hablar, en el caso del conflicto armado colombiano, de una política sexual de socavación continuada de las prácticas que hacen y rehacen las relaciones y las condiciones que sostienen la vida individual y colectiva de las poblaciones, que son prácticas más de mujeres que de hombres. Se trata de una política sexual porque es una actuación sistemática y preparada contra las mujeres que toma la forma de violencia destructiva contra el hacer de las mujeres y que actúa con ensañamiento violento contra los cuerpos de las mujeres, para dejar una marca de dominio que perdure. El ataque contra los cuerpos femeninos, contra la red de relaciones que ellas tejen y cuidan y contra los espacios en los que se desarrollan sus formas y sus medios de vida, persigue acabar con la tarea de creación social que anuda la vida colectiva un día tras otro, dando continuidad a la vida de las poblaciones y las comunidades.

La violencia de la guerra, no obstante, no hace sino continuar, como hemos visto en el testimonio citado, recrudeciendo y amplificando la violencia que está presente en las vidas de las mujeres colombianas al margen del conflicto armado. Esta violencia en todos

los ámbitos y a lo largo de sus vidas tiene que ver con el acoso, el abuso, el maltrato y la violación presente en las relaciones de convivencia en el hogar, en el trabajo, en el pueblo o comunidad.

La idea de Continuum de las violencias se ha utilizado a lo largo del informe como una lente que permite hacer visibles las interacciones de la violencia física, psicológica, económica, social y política y describir sus manifestaciones de manera simultánea o secuencial en las vidas de las mujeres, en los ámbitos de relación público y privado. No obstante, esa capilaridad de las violencias que tiende a hacerlas omnipresentes, encuentra también resistencias. La frenan las prácticas y los espacios de mujeres y hombres que se mueven en la lógica del respeto y el cuidado hacia los seres humanos.

La violencia patriarcal y militarista

El Continuum de las violencias quiere desvelar pues las formas que adopta la violencia inherente al patriarcado como sistema de dominación. La violencia como práctica habitual y legitimada en el sistema patriarcal tiene su origen en cómo resuelve las relaciones con la alteridad, y en el lugar que los cuerpos ocupan en este orden sociosimbólico.

El patriarcado que se ha configurado en occidente resuelve la pulsión de la incertidumbre, el miedo o la amenaza que supone la relación con la alteridad, lo irreducible e inclasificable que hay en las otras o los otros, deshumanizándolas/los. Es decir, no reconociéndoles iguales en naturaleza y valor, aunque diferentes. Esta traducción de la diferencia en desigualdad ha permitido establecer relaciones instrumentales que prescinden del respeto hacia la dignidad de quien es diferente. Uno de los mecanismos que han funcionado bajo estas premisas, confirmándolas, ha sido la disposición y el uso de otras y otros en beneficio propio. Otro elemento crucial ha sido la negación de la palabra, la cancelación de la palabra otra. Todo ello ha coadyuvado, en fin, a convertir al otro o la otra diferente en un objeto mudo que se puede destruir. La práctica de la violencia está legitimada en este marco de relación instrumental; y el uso de la misma contra los otros y las otras les reconfirma en su condición de objetos.²¹

Esta relación de naturaleza instrumental, cosificada, es la que los hombres aprenden a establecer con las mujeres que son “las otras” por excelencia del hombre; aunque bajo el patriarcado occidental esta operación se ha dado repetidamente también con otros pueblos y culturas a los que se ha encerrado en identidades subalternas justificando así su discriminación.²² Se han normalizado así en la socialización de los varones, las prácticas abusivas, vejatorias y violentas contra las mujeres, como otras diferentes a las que no se debe respeto pues no son iguales en humanidad. Incluso, dentro de la dinámica de violencia contra los cuerpos, en una práctica como la violación o cualquier otra forma de tortura, cualquier manifestación de humanidad por parte de la víctima debe ser acallada, elimina-

21 Simone Weil, “La Ilfada o el poema de la fuerza” en *La fuente griega*, Madrid, Trotta, 2005.

22 M. Rivera, “La cólera masculina ante a lo otro”, revista *Duoda*, n° 29, 2005, pp. 81-94.

da, para poder llevarla a cabo con firmeza; lo que implica un mayor encarnizamiento en la agresión para evitar esa posibilidad.²³

Algunos de los testimonios narran hechos que ponen en evidencia esta operación de deshumanización que además ha tenido una función de terror ejemplificante, por parte de grupos paramilitares.

A ella le pegaban palo, la cogían por ejemplo en un atijo la cogían uno por allá y la cogía el otro por acá y la jalaba y le metían como es los pulsante esos que traen las armas; la hurgaban (le introducían los accesorios de las armas por sus partes) y había otra señora que también la cogieron también la hurgaron lo mismo, le pegaban con palo, le metieron un palo por la vulva, había otra muchacha que decían que era novia de él, Mario, que era guerrillero y a ella la torturaron también, también le hicieron lo mismo, le dispararon, la arrastraban, le pegaban palo, y también en la vulva le metieron una lima. El Salado, Bolívar, 2000, P.252.

Por otra parte, en el patriarcado, el cuerpo se ha banalizado toda vez que lo ha convertido al mismo tiempo soporte insignificante de la vida humana y territorio de ejercicio de poder.²⁴ La banalización del cuerpo en la cultura patriarcal forma parte de la relación de explotación que el patriarcado, en particular el patriarcado capitalista, ha establecido con la naturaleza. Una relación que da por descontados e inagotables los recursos y servicios que la naturaleza proporciona a la especie humana, sin considerar que ésta forma parte de la misma naturaleza. Del mismo modo, el patriarcado ignora todo aquello que tiene que ver con los cuerpos de los seres humanos en su dimensión dependiente y necesitada de cuidados. Así los cuerpos, situados en el lado de la naturaleza, han sido confiados al cuidado de las mujeres cuyo trabajo también se ha dado por descontado negándole valor económico o cultural. La base material de la vida como parte de la naturaleza ha sido ignorada y, por ello mismo, saqueada. El trabajo realizado por mujeres que se sitúa en el nexo entre naturaleza y cultura se ha mantenido en la parte invisible de la actividad económica y por tanto los hombres se lo han apropiado sin coste alguno.²⁵

Las atrocidades cometidas contra los cuerpos de mujeres y su capacidad de dar vida son una muestra extrema de banalización de los cuerpos, como puede verse en este caso de nuevo llevado a cabo por grupos paramilitares.

23 Anne Michaels, *Piezas en fuga*. Alfaguara, Madrid, 1997.

24 María Vilellas, *Cuando los cuerpos no importan. Una mirada feminista sobre el impacto de los conflictos armados en la población civil*, Trabajo final del Postgrado sobre Género e Igualdad, Universidad Autónoma de Barcelona, 2007; Olga Amparo Sánchez Gómez, *Las violencias contra las mujeres en una sociedad en guerra*, Bogotá, Ruta Pacífica de las mujeres, 2008.

25 A. Bosch; C. Carrasco; E. Grau, "Verde que te quiero violeta." En *La historia que cuenta*. E. Tello. El Viejo Topo, 2005.

Aquí en las mujeres había una muchacha, ella no era de aquí, el hermano tenía un negocio aquí en la comunidad y tenía siete meses de embarazo. Mataron al hermano y a ella se la llevaron encuerquita (sin ropas) envuelta en una toalla. Y ella decía que no, que ella estaba embarazada, y la empujaron. Y esa mujer gritaba en la calle no me maten, yo no tengo la culpa, yo no he hecho nada, y se la llevaron, y en la entrada de Sucre la mataron y le rajaron la barriga y le sacaron el bebé y se lo pusieron encima de ella. San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 2002, P.207.

En los escenarios de guerra estas asunciones patriarcales son el trasfondo que legitima prácticas atroces avaladas por una de las manifestaciones más descarnadas de la cultura patriarcal: el militarismo.²⁶

El militarismo fomenta aquellos valores y comportamientos más agresivos que dan lugar a lo que se ha denominado hipermasculinidad. Asegura la adhesión a un modelo de hombre que encarna, de la forma más rotunda, la dominación patriarcal. El modelo de héroe hipermasculino se caracteriza por el desprecio hacia lo femenino, la criminalización de lo diferente y la desvalorización de la vida propia y ajena; y también por la promoción de las jerarquías de poder y la obediencia ciega que imposibilitan la autonomía y el pensamiento propio. Quienes asumen los valores y los comportamientos hipermasculinos son precisamente hombres cuya masculinidad es subalterna en la jerarquía patriarcal, y que son utilizados instrumentalmente para llevar a cabo las atrocidades que les encomiendan otros hombres hegemónicos que ocupan las esferas del poder y se benefician de las cadenas de subordinación de las masculinidades.²⁷

De este modo, en la cultura militar la relación con los otros en conflicto se traduce en la construcción de la figura del enemigo que, articulada con otras expresiones desvalorizadas de la alteridad, autoriza y fomenta la violencia y el ensañamiento en su contra. La salida habitual a los conflictos desde esta cultura se busca por medio de la destrucción, la muerte y la consecución de la victoria sobre el enemigo. En el contexto de la guerra, como se ve continuamente, los actores armados, legales o ilegales, tratan de destruir las bases materiales y sociales de la vida humana para vencer y controlar territorios y poblaciones.

Otro que estuvo preso y que hoy en día se ha volado de la cárcel, un tal William. Ese William sigue haciendo, y la gravedad de casi todos los genocidios que han habido, violaciones de las muchachas, desapariciones que ha habido ahora, están comandados por él, y por un tal "Power" que sigue todavía en la comunidad operando, y uno gordo que le dicen la "Motosierra". Porque allá todavía, sigue habiendo de estos delincuentes, haciendo de las suyas y violando muchachas y secuestrándolas. Bolívar, 2007, P.784.

26 Virginia Woolf, *Tres guineas*, Barcelona, Lumen 1977. V. Woolf fue la primera autora que identificó las conexiones entre el patriarcado y el militarismo reflejadas en la masculinidad de los hombres occidentales.

27 Janie Leatherman, *Sexual Violence*, Cambridge - Malden, Polity Press, 2011; Carol Cohn (ed.), *Women and Wars*, Cambridge, Polity Press, 2013.

En estos escenarios, las mujeres se convierten en objetivos militares por ser tejedoras de vida colectiva, por contrarrestar con sus prácticas la destrucción necesaria para vencer, por resistir en nombre de los vínculos frente a los actores armados. Y los cuerpos femeninos, a pesar del empeño del militarismo patriarcal en banalizarlos y mantenerlos en la insignificancia, imponen su potencia simbólica adquiriendo múltiples significados en el entramado de la guerra. Son objetos mudos a destruir por parte de los varones que las torturan y asesinan; son el territorio en el que queda la huella de humillación y sufrimiento infligido por los vencedores; son el lenguaje entre hombres armados que se miden en un pulso de protección y agresión a través de los cuerpos femeninos; son el espacio simbólico en el que se ejerce el poder de vida y de muerte sobre las poblaciones.

Así, las violencias contra las mujeres inherentes a la dominación patriarcal se materializan en una larga cadena jerárquica en la que unos hombres cuya masculinidad es hegemónica fomentan e instrumentalizan la hipermasculinidad de otros hombres subalternos. Las violencias patriarcales se extienden asimismo con otras formas por todo el cuerpo social, el tejido económico y las representaciones culturales, en los ámbitos de relación público y privado, en un continuo también temporal, antes, durante y después de los conflictos armados.²⁸

Los estereotipos de género

La naturalización y reproducción de la violencia en el patriarcado se da por medio de un sistema de géneros que establece el valor de “ser” mujer u hombre y también las formas de “hacer” de hombre o de mujer. El valor del ser –mujer u hombre- se establece por medio de atribuciones a lo femenino y masculino (emocional/ racional; activo/ pasiva) organizadas en una jerarquía que da la superioridad a las atribuciones masculinas y subordina las femeninas. Las formas de hacer se convierten en roles, en comportamientos adecuados y aceptables para mujeres y hombres. Este sistema trata de asegurar la reproducción de la relación de dominación jerarquizando el valor del ser en dicotomías, y asignando comportamientos apropiados al hacer. La interiorización de los valores y los roles, por medio de la socialización, aseguran la reproducción de la relación de poder de los hombres sobre las mujeres.

El patriarcado como sistema sociosexual y simbólico crea un sistema de géneros que establece dos identidades asociadas a la sexuación del cuerpo, la femenina y la masculina, negando la posibilidad de dar un sentido libre al hecho de nacer en cuerpo de mujer o de hombre. Legitima la violencia contra las mujeres y, a través del sistema de géneros, crea estereotipos que la naturalizan y la fomentan particularmente contra los cuerpos femeninos en contextos de guerra.

28 Cynthia Cockburn, “The gendered dynamics of armed conflict and political violence”, en Moser, C.; Clark, Fiona (eds.), *Victims, Perpetrators or Actors?: Gender, Armed conflict and Political Violence*, Londres-Nueva York, Zed Books, 2001, pp. 13- 29.

Las violencias contra las mujeres tienen pues su soporte histórico y cultural en lo que conocemos como estereotipos de género. Estos estereotipos son creencias fuertemente dogmáticas y naturalizadas que inferiorizan y subvaloran a las mujeres y les impiden el ejercicio de sus derechos. Estos estereotipos se reproducen y recrudecen en el conflicto armado, debido a las condiciones de mayor vulnerabilidad de las mujeres, por ejemplo en condiciones de desestructuración familiar o social. Cuando las mujeres se quedaron solas a cargo de sus hijos, muchas de ellas fueron objeto de nuevas formas de violencia por parte de actores armados. En condiciones de fuerte precariedad, desplazamiento forzado y pobreza, teniendo las mujeres que responder por sus hijos e hijas, las condiciones sociales y la necesidad de apoyo económico o protección las ha llevado a numerosas nuevas situaciones de riesgo y/o exclusión social

Yo estaba haciendo quinto cuando eso y llegó mi papá y nos sacó. De ahí nos fuimos, ni escuela, ni nada. A mí me echaron para abajo, para la costa. Y ahí me insultaba mi papá. De ahí para adelante comencé yo a sufrir porque mi papá me trataba mal, o sea, era como que yo era la que hubiera buscado eso (sollozos) mi papá me trataba mal y me echaba a cada rato de la casa. Murillo, Supía, Caldas, P.639.

En Colombia, los estereotipos persisten no obstante los avances jurídicos para sancionar y erradicar las violencias contra las mujeres, se refuerzan o legitiman en el ámbito de la pareja y forman parte de una cultura dominante en la que el deseo de las mujeres o su sensibilidad han quedado marginadas incluso de sus propias relaciones afectivas. El modelo masculino dominante a través de estos estereotipos, ejerce un papel de control de la vida de las mujeres. Estereotipos de género o sexistas de los que se valen los actores armados, en muchas ocasiones, especialmente cuando las mujeres están solas, sin pareja; o tienen compromiso público.

Que haya sido víctima no, pero sí han tratado, inclusive después ya de yo ser adulta ha habido hombres que creen que porque uno es una mujer sola, que porque uno anda en proceso social, que porque uno va a eventos es a buscar macho, sí, ... ¡se ve! Si lo hacen con uno, cómo será con una pelada. Han tratado, se le meten a la cama de uno a forcejearlo, a tocarlo, ¡claro que sí he sido víctima de eso! Pero es más como por ese lado, de que los hombres creen que las mujeres cuando estamos solas y hacemos trabajo social es porque andamos buscando macho. Urabá, Chocó, 1995, P.169.

Así, la violencia o el maltrato forman parte de la vida de muchas mujeres, sin posibilidad de que otros familiares denuncien; y las instituciones sancionen el ejercicio de la violencia.

Bueno pasó eso, se llegaba el matrimonio de mi hermano y yo le regalé el vestido de mi matrimonio para la novia de él y había que cogerle un poco porque yo era más altica. Por la tarde venía yo con el vestido cuando me salió del camino, de la nada y me cogió a golpes; cuando llegué a mi casa me golpeó delante de mi

mamá, y mi madre no dijo nada, mi papá si no quiso meterse para nada porque dijo que era mi esposo. Callo Embarrado, El Castillo, Meta, 2002, P.152.

Este silencio e invisibilización de las violencias contra las mujeres en la vida cotidiana, se exagera en el marco de la guerra e intensifica la violación de los derechos humanos.

Identities que se cruzan construyendo a las víctimas de la violencia

Como ya se señaló anteriormente, el patriarcado resuelve la relación con la *alteridad* deshumanizando a la otra o el otro diferente. Esta operación se ha llevado a cabo a través del establecimiento de identidades subordinadas y desvalorizadas a partir de condiciones como el sexo, la etnia/raza, la edad o la clase que han permitido justificar la discriminación y el desprecio hacia ellas. Cuando las identidades subordinadas se cruzan en una existencia concreta, la persona sufre una discriminación articulada que redobla su situación de vulnerabilidad.

Habitar una zona de conflicto armado es un factor que incide en la profundización de la discriminación de las mujeres. En efecto, las mujeres que se han visto involucradas de manera forzada en el conflicto, por vivir en determinados territorios, refieren experiencias que configuran discriminaciones múltiples. El contexto del conflicto genera circunstancias en las que se profundiza la discriminación puesto que se cruza, entra en intersección, con estructuras básicas de desigualdad que hacen a las mujeres más vulnerables por su clase social, su raza o su edad.

Reflexionando acerca de las causas que pueden estar en el origen de las múltiples violencias vividas por ella, una mujer señala: *A veces pienso que fue por mandado de Dios o prueba que Dios le da a uno... también creo que me pasó por el hecho de ser pobre, negra y mujer.* Orogadó, Chocó, 1997, P.477.

El enfoque de interseccionalidad posibilita, al examinar las múltiples identidades que habitan en las mujeres víctimas del conflicto armado, el descubrimiento de diversas discriminaciones presentes en los cuerpos femeninos. Precisamente, este enfoque reconoce que son los cuerpos, sobre todo los cuerpos de mujeres jóvenes, de mujeres campesinas, populares, negras e indígenas, los que operan como lugares de intersección y encuentro de identidades discriminadas, que caracterizan los fundamentos de la exclusión.

Es importante prestar atención a las formas cómo determinadas políticas o prácticas –en este caso las vivencias asociadas a las dinámicas del conflicto armado- pueden moldear o modificar las vidas de las mujeres que viven en contextos de guerra de manera diferente, no sólo a la experimentada por los varones, sino también a la de aquellas mujeres que no están expuestas a la misma combinación de factores. Ver cómo se produce la intersección entre la dimensión de género y la localización territorial en zonas de conflicto, y cómo, en esta interacción, son influenciadas por otras formas de opresión y subordinación.

La interacción entre la categoría mujer y la condición de víctima del conflicto visibiliza discriminaciones múltiples padecidas por muchas mujeres y niñas en el país, y permite entender que las mujeres experimentan la discriminación y exclusión porque son portadoras de múltiples identidades. El sistema de género se articula así con otros sistemas que generan condiciones de discriminación, no sólo por la localización territorial en zonas de conflicto y el consiguiente desplazamiento forzado, sino con identidades étnico/raciales, etarias, de clase y otras.

En la identificación de las causas de este horror vivido por las mujeres víctimas del conflicto en Colombia, ellas señalan la intersección de identidades como un hecho que profundiza la violencia y el control sobre sus vidas. Las mujeres enumeran múltiples identidades en intersección, y señalan cómo la violencia y dominación experimentada por ellas se explica por la discriminación que se origina no sólo en su género, sino también por su raza, etnia, edad y clase social.

La interseccionalidad de la identidad de las víctimas

Ser mujer/joven (intersección de género y edad) incrementa la violencia y el acoso masculino en la guerra.

Ellos no podían ver que las jóvenes estaban solas e iban hasta las casas o ranchos y se metían como fuera a buscarlas a la fuerza. Yo estaba joven y sola... Belén de Guajirá, Antioquia, 1992, P.19.

Ser mujer/negra pone en relación dos identidades discriminadas que incrementan los niveles de violencia y control.

Nosotros como afros, en nuestra comunidad hemos sido discriminados y por el solo hecho de ser negras y mujeres todo nos sale mal (Quibdó, Chocó, 2001, P.472.); en nuestro medio por ser mujer y ser afro, todo se nos dificulta (Quibdó, Chocó, 2001, P.472.); “usted sabe, como mujer y como afro las cosas se nos han hecho muy difíciles (Neguá, Chocó, 1995, P.474).

Las mujeres indígenas han sido uno de los grupos más golpeados por la violencia.

Nosotros como indígenas decimos, resistencia, la resistencia. Como personas campesinas, como mujeres que nos ha tocado todas estas cosas que hemos tenido que soportar esto. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381

La identidad de clase, interactuando con el género y la etnia/raza configura, en el marco del conflicto armado, situaciones de extrema discriminación. Varias mujeres, hablando de las posibles causas de la violencia sexual afirman que la relación entre esos hechos y su

vida tiene que ver con su condición de mujeres afrodescendientes y pobres “*creo que me pasó por el hecho de ser pobre, negra y ser mujer*” Quibdó, Chocó, 2008, P.497.

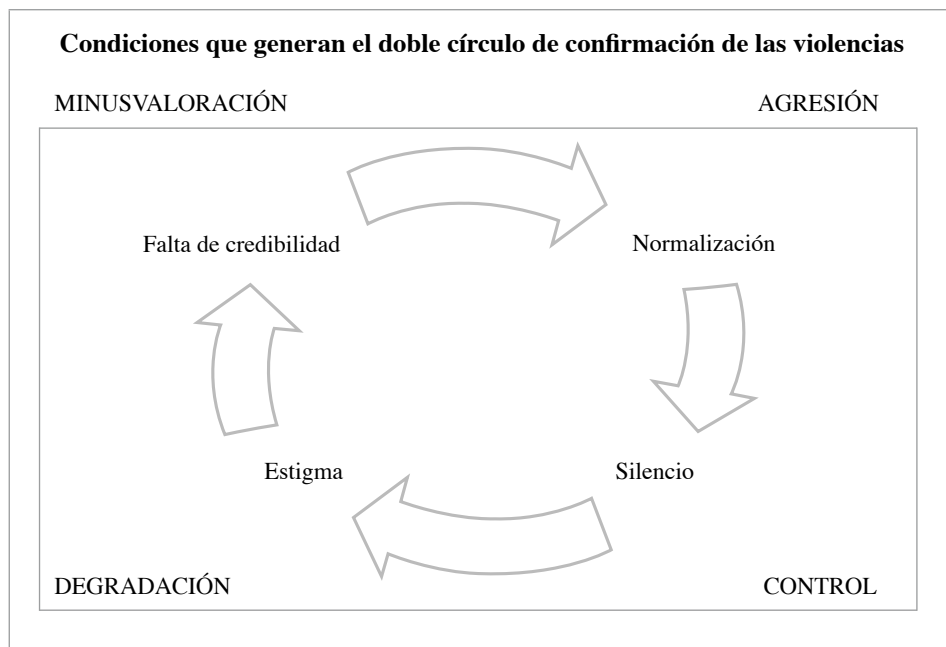
Es importante destacar este enfoque interseccional presente en la reflexión de las mujeres víctimas del conflicto. La Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y otras formas conexas de Intolerancia, realizada en el año 2001 en Durban, Suráfrica, plantea la interseccionalidad como “discriminación compuesta, doble o triple discriminación”, que se refiere a dos o más formas de discriminación. Esta discriminación se produce en el marco de un determinado contexto histórico y cultural, y en una concreta dinámica que atraviesa sus vidas: el conflicto armado y la relación con los actores armados ilegales y de los militares o policías que actúan como agentes del Estado.

El análisis feminista de esta llamada interseccionalidad señala que estas identidades múltiples están atravesadas por diferentes lógicas de inclusión/exclusión, y que el género se cruza con otras dimensiones constitutivas de la identidad como la raza, la etnia, la edad, la localización territorial, la orientación sexual, etc. Se trata pues de entender lo que sucede en esa intersección. Precisamente, uno de los ejes centrales en los estudios de género en la actualidad es analizar cómo las diferencias presentes en las identidades de las mujeres se construyen, experimentan y modifican conjuntamente, es decir, cómo interseccionan entre sí. La interseccionalidad es una estrategia que sirve para vincular las bases de la discriminación (por género, raza, edad...) con entornos sociales, económicos y políticos que alimentan la discriminación y estructuran experiencias de opresión.

El doble círculo de confirmación de la violencia y el necesario re-cuento de la violencia contra las mujeres

La violencia deshumaniza a las personas de dos modos: la violencia física las convierte en objetos que se pueden destruir; la violencia simbólica les priva de palabra original y propia. Violencia física y simbólica se aúnan reforzando sus efectos: la violencia directa impone el miedo a hablar, la ausencia de palabra confirma la cosificación. Es fácil ejercer violencia contra quien es considerado un objeto y, a la vez, la práctica de la violencia ayuda a no acceder a su humanidad, a no establecer contacto con ella. De lo contrario, sería mucho más difícil sostener la práctica de la violencia contra otras personas, mujeres y hombres.

Los mecanismos que pone en marcha la violencia se retroalimentan confirmando a las víctimas como merecedoras de violencia y negándoles la palabra para recobrar su valor humano. En los testimonios se percibe la existencia de lo que hemos llamado el doble círculo de confirmación de las violencias contra las mujeres en el contexto del conflicto armado colombiano. (Ver diagrama).



Por una parte, aparecen los pilares sobre los que asienta la legitimación de la violencia contra las mujeres: la minusvaloración de las mujeres permite la agresión por medio de la cual se ejerce el control sobre sus cuerpos y sus vidas, degradándolas como seres valiosos y confirmando por tanto su minusvaloración y la posibilidad de agredirlas.

Por otra, en el funcionamiento social hallamos una normalización de la violencia contra las mujeres y un silenciamiento de la misma, sea por que no se visualiza o porque se teme denunciarla ya que se estigmatiza y culpabiliza a las mujeres, lo que a su vez les resta credibilidad cuando denuncian la violencia de la que han sido víctimas.

En contrapartida se genera la necesidad de contar y volver a contar -el re-cuento- la experiencia de sufrir violencia, puesto que los elementos que la invisibilizan y la confirman se imbrican, complementan y acrecientan, dificultando abrir el espacio social de escucha hacia este hecho.

Es una cosa que nos afecta a todas las mujeres y que siempre callamos, porque nos da pena, porque nos da miedo, porque hay mil prejuicios contra la violencia sexual en la familia. Tenemos que aprender y tenemos que saber que las cosas deben ser contadas. Sotará, Cauca, 2005, P.387.

La normalización e invisibilización de la violencia contra las mujeres ha sido un factor clave para mantener el Continuum de las violencias. El hecho de que no se valore la palabra de las mujeres víctimas de violencias y que aún ellas mismas no se reconozcan

como víctimas, conlleva que sus relatos sobre los hechos de victimización se pongan en entredicho.

Eso siempre pasa. Claro, porque uno cree que como es mi pareja ¡entonces es una obligación! Y algunas veces uno se pone a pensar que uno vive así sin valorarse un poquito. Guarne, Antioquia, 2009, P.670.

La normalización de la violencia contra las mujeres se ha producido sobre todo en tiempo de paz, pues las violencias intrafamiliares hasta hace relativamente poco tiempo eran catalogadas como asuntos privados o de parejas, en las que el Estado no debía intervenir. Por tanto no existían leyes específicas ni mecanismos de alerta, protección o actuación en estos casos.

Cuando él iba borracho, me pegaba, me podía ver chorreando sangre y encima ¡quería estar conmigo!, y yo que no, pues imagínese y no, él lo cogía a uno a la brava: “Es que usted tiene que estar conmigo”. Putumayo, 1990, P.575.

Las mujeres, además, por lo general prefieren callar las violencias sufridas, ya sea porque desconocen cómo denunciar o porque, aun sabiéndolo, no creen que les sirva de protección y se haga justicia. La intimidación también hace parte de las violencias intrafamiliares, pues los agresores amenazan a sus víctimas para que no hablen de lo sucedido. Amenaza que las mujeres víctimas acatan para evitar que sus hijos, hijas o familia se enteren o, para supuestamente, evadir la censura o control social o evitar problemas mayores. Ellas también se guardan estas violencias porque en la guerra los actores armados imponen su propia ley al intimidar y obligar a las mujeres a que no hablen.

Como esos, los milicianos, ellos dicen que ellos mandan, que la que ponga la queja tiene problemas. Con usted, entonces, venga se lo arreglamos. Nosotras les dijimos a ellos y no hicieron nada y ya para ir a la policía, porque no había pasado nada. Briceño, Antioquia, 2000, P.10.

El silencio como resultado de las amenazas de los violentos se impone porque ellas temen por su vida o las de su familia. Pero además, el silencio se convierte en una especie de vergüenza individual, censura social y de impunidad colectiva.

Hay unos casos que son denunciados, otros no porque que amenazan a los familiares, lo que hacen es huir, irse de aquí de Buenaventura; se van a pasar trabajo a Medellín, al mismo Cali y dejan todo abandonado y se van. Pero qué van a ir a denunciar, allá no se puede decir nada. Allá no se puede, o no se podía, decir nada, porque allá el que abría la boca, ahí mismo le iban dando plomo. Y de una vez, que por sapo, entonces quién quiere... Barrio Nayita, Buenaventura, Valle de Cauca, 2004, P.824.

Numerosas formas de violencia contra las mujeres tienen un carácter estigmatizante. El estigma supone una marca moral que identifica de forma negativa a las mujeres que han sufrido distintas formas de violencia, y frecuentemente las culpabiliza por ello dejándolas en situación de mayor vulnerabilidad.

Mataron mujeres, mataron niños, una cosa muy impactante que me dejó muy marcada a mí, era que... había mujeres que trabajaban lo que era vender chance y decían: a ellas las matamos porque son mujeres de la calle, porque son prostitutas y les hacían muchos oprobios, mataban las mujeres, les dañaban los senos, las encontraban violadas, o sea, pasó mucha cosa que no se denunciaba, no salía a la luz pública, sino que como quedaba en el anonimato... Granada, Antioquia, 1999, P.895.

Finalmente, cuando las mujeres se deciden a hablar, tienen que “contar” y volver a “contar” para lograr ser oídas, creídas y/o atendidas.

Como muchas mamás no le creen a uno, le creen más al compañero. Entonces cuando yo le decía ella no me creyó, pero cuando Rosa le dijo ahí sí creyó. Él nos pegaba más que todo que porque no le decíamos papá sabiendo que nosotras sabíamos que él no era el papa. Bogotá, D.C., 1986, P.3.

Cuando se escuchan las voces de mujeres se descubren historias tan terribles que a menudo parecen increíbles. La dimensión y extensión de la violencia genera ante todo asombro y estupor. Estas experiencias de violencia deben ser escuchadas y reconocidas pues no se pueden poner en tela de juicio los testimonios de mujeres contados con tanta claridad y contundencia. En los testimonios, las mujeres piden repetidamente atención y apoyo para afrontar y superar los impactos de la violencia. El re-cuento de las violencias contra las mujeres ha sido y es necesario para que se hagan visibles e inaceptables.

El proyecto de esta Comisión, desde el reconocimiento entre mujeres y el empoderamiento que genera, pretende poner en el espacio público y común una subjetividad femenina que habla del conflicto armado colombiano, desde la experiencia de las mujeres, haciendo así una contribución al desbaratamiento del doble círculo de confirmación de las violencias. Este doble círculo se puede desarticular empezando por la creación de espacios en los que se dé credibilidad a la palabra femenina, dando así valor y reconocimiento a la experiencia de las mujeres y abriendo brechas de denuncia, desafío y trasgresión a la imposición del silencio.

IV. Mujeres víctimas del conflicto armado

¿Cómo han vivido las mujeres la experiencia del conflicto? Los testimonios de mujeres que narran su experiencia del conflicto permiten identificar tres dimensiones de la misma que las configuran como víctimas y asimismo contribuyen a profundizar la discrimina-

ción, opresión y subordinación de género. Estas dimensiones son: la violencia física, psicológica y sexual experimentada por las mujeres; las pérdidas y renunciadas sufridas por las mujeres; y el incremento del control masculino sobre las vidas de las mujeres.

Las violencias físicas, psicológicas y sexuales padecidas por las mujeres víctimas del conflicto armado

Aparecen en los relatos de las mujeres, de manera recurrente, experiencias de violencia física, psicológica y sexual, que producen un sufrimiento inmenso. La palabra sufrimiento abarca una multitud de experiencias vividas por las mujeres. Comporta pérdidas, renunciadas, abandonos, confusión, inseguridades, miedo, humillaciones, violación, torturas, soledad. Es inenarrable todo lo que las mujeres han sufrido en este conflicto, creando una inmensa deuda con las mujeres campesinas, indígenas, negras, en todas las regiones del país.

Violencia que produce un sufrimiento psicológico profundo

Se trata de un sufrimiento que se traduce en tristeza, y que en muchos casos, conduce a la muerte. Echarse a morir, morir de tristeza, morir de pena moral son experiencias que las mujeres refieren en sus testimonios.

Mi mamá sufrió tanto -porque la iban a matar, por la violación de su nietecita y el posterior desplazamiento- que de tanto ella pensar, murió en La Virginia. Porque ella decía: perder uno sus cosas por esta gente, y una acá pasando trabajos, entonces eso la mató. La verdad es que eso es muy duro, sí, eso es muy duro. Es que tener uno de qué vivir y tener que desplazarse, llegar a un punto donde le miren a uno mal, donde lo rechacen, eso es muy duro. Tadó, Chocó, 2002, P.666..

El acoso permanente de uno o varios actores armados sobre los caseríos y las familias, ha sido vivido por las mujeres como una amenaza constante, que las violenta y las atemoriza. No lograr identificar los grupos que incursionan en sus territorios y llegan a sus casas demandando toda suerte de servicios, desde la información hasta la preparación del sancocho, produce en ellas sentimientos de angustia, terror e inseguridad. Sus vidas se ven envueltas de manera abrupta en un conflicto incomprensible, que altera su vida cotidiana y destruye sus referentes. No es fácil saber “quién es quién” y “con quién está cada uno” en esta telaraña amenazante.

La obligatoriedad de ser testigos de atrocidades para producir un terror ejemplarizante ha sido en muchos casos una forma de violencia psicológica que deja profundas marcas. Más de la mitad de las mujeres sufrieron diferentes formas de tortura psicológica (54.4%; N=509), tales como seguimientos o ser obligadas a presenciar torturas de otras personas. Todos los actores armados recurren a ella, en mayor o menor medida, como escarmiento para las y los jóvenes, los niños y las niñas que habitan las zonas de conflicto.

Nos llevaron (los soldados) a la montaña (a los niños y niñas de la escuela). Allí había un muchacho, era un guerrillero, pero le habían herido una pierna y no podía caminar. Yo creo que eso es tener mucha maldad en el corazón, llevarnos a nosotros, que éramos unos niños a ver cómo lo mataban, ¡era muy horrible! Le volaron la cabeza con una granada ¡eso no tiene perdón! Nos decían que así íbamos a quedar nosotros cuando creciéramos. ¿Usted se imagina a un niño creciendo con esa mente? Samaniego, Nariño, P.338.

La tortura psicológica es sobre todo reportada por mujeres mestizas, afrodescendientes e indígenas y, principalmente, en las zonas de Chocó, Santander, Valle y en las mujeres desplazadas en Bogotá.

El miedo es otra expresión de violencia psicológica que las mujeres relatan una y otra vez. Los disparos, los enfrentamientos entre los actores armados, generan miedo permanente. Los muertos que bajan por el río, los que dejan en las canoas o amarrados a las sillas donde los mataron, o desparramados por el monte a merced de las aves carroñeras, producen terror. El lenguaje deshumaniza frecuentemente a la víctima y justifica la violencia con expresiones como “falsos positivos” o “limpieza social”. Bajo estas expresiones se ejecuta a personas consideradas “indeseables”. Las llamadas intempestivas a la puerta de la casa, las arengas amenazantes en las plazas, los anuncios de reclutamiento forzado, alteran la vida cotidiana y forman parte de la misma dinámica. Las mujeres viven experiencias aterradoras, que les generan un profundo sufrimiento psicológico. Temen por ellas, y temen por sus familias: “Sí, por este conflicto a veces una no podía salir tarde por la noche, había muchos muertos por el río, cada rato, a uno a veces le tocaba ver los muertos, veía que los sacaban de las canoas, y eso me daba miedo...”, refiere una de ellas, desplazada de Puerto Nare.

La violencia física

Las mujeres refieren patadas, golpes, insultos, heridas producidas por los actores armados, incluido el ejército. El relato de una niña habla por sí mismo:

Era lunes, había una montaña, la carretera, y yo entraba con mi profesora que era para mí la mamá que nunca tuve, y esos soldados ¡le dieron tantas patadas a mi profesora!, ella tenía una operación y se la reventaron, ella botaba sangre y yo les gritaba duro: ¡ustedes son unos animales, igual a la guerrilla, que matan y no se dan ni cuenta! Samaniego, Nariño, P.338.

La tortura física que encontramos de manera recurrente en los testimonios de las mujeres es una práctica brutal e inhumana que quiebra su dignidad y destruye su integridad personal. Además de ser testigos de las torturas de otros, casi una de cada seis mujeres entrevistadas reportó haber sufrido torturas físicas (15%; n = 140). La tortura física fue más frecuentemente reportada por mujeres de los grupos de entre 30 y 49 años, y sobre todo en las regiones de Antioquía, 25, Chocó y Santander.

Llegaron y se metieron por la ciénaga de Río Viejo y mataron ocho personas, entre ellas cayó una compañera que estaba haciéndole de comer a los trabajadores, porque estaban echándole una cosecha de maíz, y fue cuando empezaron a matar a esa compañera, brutalmente le partieron los pezones, le arrancaron los pezones, le metieron los pezones en la boca, le cortaron la lengua y le arrancaron las uñas. Barrancabermeja, Santander, 161.

Son prácticas evocadoras de otras épocas de “violencia”, recurrentes en la historia del país. Se convierten en terror ejemplarizante para el resto de pobladoras y pobladores de los territorios en disputa. Un terror que impide la denuncia, y refuerza la ley del silencio.

Nos quedamos calladitas, en el silencio, porque nos daba miedo en el sitio en que estábamos y por el temor de que esa gente fuera más adelante y nos acabara a todos, nos asesinara, y por eso no lo divulgamos, no nos atrevimos a decir nada. Barrancabermeja, Santander, 161.

Prácticas que en muchos casos, como ha sucedido en otros conflictos recientes en el mundo, convierten el cuerpo de las mujeres en territorio de guerra, en el cual se concretan venganzas o exterminios selectivos que destruyan la moral del enemigo.

A raíz de ese desplazamiento que hubo aquí en Barranca donde sale toda mi familia, una de mis hermanas estaba recién parida, había parido el 3 de enero y el 24 de febrero es cuando le caen a asesinarla, y le buscaban la bebé que tenía para asesinarla porque decían que esa niña era un huevo de guerrillero. Barrancabermeja, Santander, 1993, P.759.

La violencia sexual

En todos los casos y circunstancias, sea ejercida por hombres conocidos o desconocidos, en escenarios domésticos o públicos, en tiempos de paz o de guerra, la violencia sexual se constituye en una agresión, un atentado contra la integridad y la autonomía física de las mujeres. Representa la apropiación violenta y directa de sus cuerpos y de su sexualidad.

Numerosas mujeres refieren que la experiencia de abuso sexual a niñas y adolescentes es bastante común en el espacio doméstico y se reproduce de generación en generación. Hombres de la familia suelen ser los abusadores (tíos, padrastros, papás...). En los escenarios y territorios donde opera el conflicto armado este tipo de violencia propia del sistema sociosexual patriarcal, se incrementa y se agudiza. Un 15% de las mujeres entrevistadas señalaron violencia intrafamiliar en algún periodo de sus vidas, incluyendo la mayor parte violencia sexual. Los actores armados profundizan la violencia sexual (Barrancabermeja, Santander, 161.) puesto que es una violencia que humilla, que destruye la seguridad y estima propia de las mujeres víctimas que habitan territorios en guerra facilitando la sumisión o la expulsión de los territorios. En nuestro estudio, un 12% de las mujeres declararon haber sufrido violencia sexual por parte de actores armados. La

tortura sexual se asocia al reporte de mujeres afrodescendientes y mestizas, así como de las regiones de Antioquía, Bogotá, Chocó y Valle.

A la muchacha la tuvieron en un plantón 24 horas, de día y de noche, con ocho meses de embarazo la violaron, 14 soldados de esa base la violaron. La muchacha no quiso denunciar, no quiso decir nada, la mamá fue a la base con la niña que tenía, una niña de cuatro añitos y les dijo que, por favor, no fueran a matar a la muchacha, que la entregaran, que ella se la llevaba. La muchacha estaba desmayada en sangre. Ella la trajo y se la llevó, inmediatamente la echó en una chalupa y se la llevó al médico.” Barrancabermeja, Santander, 161.

En algunos casos, la violación sexual está asociada a la muerte. Son numerosos los testimonios de las mujeres que hacen referencia a ello: “*subieron esos muchachos allá y las violaron, y enseguida, pues, las asesinaron*”, testimonia una mujer (Antioquia, 2007, P.1.).

Zenaida tenía 40 en ese entonces cuando la asesinaron el 22 de noviembre del 2003. A ella la sacaron de la casa el 22 de noviembre como a las diez de la mañana, vivía en el barrio 16 de marzo. Ella tenía una cuenta de ahorros, tenía una casita en el 16 de marzo, un hijo que era soldado profesional y el otro tenía un trabajo por Boyacá, y ellos le mandaban plata a la mamá para que ella fuera ahorrando. La llevaron al cajero, le sacaron la plata de la cuenta, y de ahí la llevaron a un motel que hay por allá la tuvieron desde las once hasta las dos de la tarde, a las dos de la tarde la sacaron y la asesinaron en toda la entrada, y según Medicina legal a ella la violaron antes de asesinarla. ¡Ella era muy bonita! Líbano, Tolima, 2006, P.154.

Como Zenaida, mujeres de diversas edades han sido víctimas de violación sexual en el marco del conflicto: niñas, adolescentes, jóvenes y mujeres adultas: “*cuando no violaban a la mamá, violaban a la niña*” cuenta una mujer. En muchos casos el desplazamiento se da precisamente por eso, para evitar una amenaza de violación o para huir de los violadores que ya la consumaron.

Los relatos confirman que la violencia y el abuso sexual en el marco del conflicto armado configuran la máxima expresión de la dominación masculina sobre los cuerpos femeninos. Una violencia que no distingue entre actores armados, pues según diversos testimonios, todos los ejércitos han abusado sexualmente de las mujeres. En el estudio cuantitativo, no se detectaron asociaciones estadísticamente significativas entre tortura sexual y alguno de los grupos sindicados como responsables, lo que confirma el uso por parte de todos y aún con diferentes acciones o modus operandi, de dicha violencia sexual.

Yo no sé qué decir, si eran guerrilla o eran paras, o eran soldados, ahí uno no sabe nada, porque usted debe saber que los soldados también cometen barbaridades, eso lo hemos sabido siempre. Entonces ahí yo no sé lo único que le sé decir es que fui violada como por diez o quince tipos de esos, delante de mi niño. Y mi niño

por eso tiene ese trauma, el que tiene hace 20 años, porque a mí me violentaron delante de él. (P249)

La violación sexual ha dejado profundas marcas y secuelas en las vidas de muchas mujeres y niñas víctimas del conflicto. *“Hubo muchos psicólogos tratándola a ella, pero ella a veces se acuerda y se pone a llorar, la verdad no es que esté muy animada, ella se acuerda todavía de todo, es muy duro, muy duro”* Tadó, Chocó, 2002, P.666..

Las narraciones de las mujeres revelan el uso de la violencia en el marco del conflicto como una forma de control que destruye su integridad física, psicológica y sexual. Infligir este sufrimiento parece ser la expresión del poder y del dominio absoluto sobre las mujeres o niñas por parte de los actores armados de todo signo. La fuerza, la violencia contra las mujeres es una herramienta poderosa de sometimiento que tiene como resultado un sufrimiento difícil de narrar.

Las pérdidas experimentadas por las mujeres víctimas

Nosotros teníamos ganado, marrano, gallina, perros, todo eso quedó tirado, una roza de maíz, una roza de arroz, colino, todo eso quedó botado por allá, imagínese Sur de Bolívar, P.175.

Como señala una mujer de Papayal (Bolívar), tocó salir de allá dejando todo. La experiencia de dejarlo todo es muy recurrente en los testimonios de las mujeres. Esta experiencia de desposesión de la propia vida, de sus casas, sus pertenencias, sus relaciones y amistadas, supone una dimensión trágica de pérdida. La violencia contra las mujeres también conllevó pérdidas materiales en cuatro de cada diez casos (42%), ya sea como resultado de la destrucción de sus bienes (19.7%; n=184), debido a la destrucción provocada durante los allanamientos (11.9%; n=111) o mediante la requisita (10.5%; n=98) de los mismos. Estas pérdidas fueron más frecuentemente reportadas por mujeres de entre 30-59 años, en mujeres que se identificaron como mestiza, indígena y afrodescendiente, así como de las regiones de Bogotá, Chocó, Putumayo, Santander y Valle.

Eran como las seis de la tarde, tocaron y nos dijeron: tienen que salir, les damos tantas horas, y tienen que salir. Y nosotros dejamos todo. Mercaderes, Cauca, 2006, P.830.

En muchas ocasiones las mujeres habían sido víctima de sucesivos desplazamientos entre diferentes regiones del país.

Ahí me quedé, poquito tiempo me quedé, y de ahí nos sacaron otra vez. Otra vez desplazados. Cañas Gordas, Antioquia, 1998, P.7.

Una mayoría abrumadora de mujeres se refiere a la experiencia de la “pérdida” como el hecho más doloroso e injusto vivido por ellas y sus familias en el contexto del conflicto armado. “*Desde ese momento, se me acabó la vida*”, afirma una mujer de la comunidad de Bojayá (Chocó, 2002, P.83). En efecto, las mujeres víctimas lo han perdido todo en esta guerra. Han perdido sus raíces, han sido despojadas de vinculaciones importantes a un territorio, a un lugar propio o su cultura. El desplazamiento forzado las obliga a abandonar los lugares amados, pacientemente contruidos, los lugares de vida y trabajo: la casa, la finca, la tierra, los animales.

La pérdida de la casa es muy dolorosa para las mujeres. La casa está ligada a los afectos, a los hijos e hijas, a los bienes pacientemente adquiridos, a la armonía y belleza que las mujeres logran imprimir a sus hogares.

Después del entierro, que fue el domingo 25, yo salí de mi pueblo dejando mis cosas, dejando mi casa. Lo que más me extrañó a mí es que esa gente atacó mi casa, me robaron, prácticamente sacaron mis cosas ¡muchas cosas! Me atacaron mi casa, la puerta me la tumbaron a patadas. El Tambo, Cauca, 2001, P.320.

Estas huidas, forzadas por el conflicto armado, son especialmente duras para mujeres indígenas, profundamente ligadas al territorio.

Las circunstancias de la continua guerra que ha vivido el país han sido las que nos han obligado, a mí y a mi familia, a prescindir de lo que los abuelos y los mayores que lucharon y trabajaron para el bienestar de sus descendientes, entre esos nosotros. A los dos meses de nacida, ya con mis padres y mis cinco hermanos mayores nos tocó huir de Natagaima. En el resguardo indígena El Tambo, dentro del territorio nos adjudicaron una hectárea para hacer nuestras viviendas y allí vivíamos... Pues principalmente me ha afectado a mí, a toda mi familia, creándome un desapego, una separación de todos ellos, abandonar el territorio, venir a la ciudad a pasar necesidades... Natagaima, Tolima y San Onofre, Sucre, 1997, P.255.

Muchas refieren también haber perdido el apoyo económico y la estabilidad que proporcionan los hijos y compañeros.

Me afectó terrible, porque es el hijo de uno, y perdí la estabilidad, perdí todo, porque él era el que me ayudaba económicamente. Me ayudaba a pagar el arriendo, se rebuscaba para la comida de los dos, y a él me lo mataron, y ahoritica yo estoy sin ningún apoyo, mi vida cambió totalmente. Mesetas, Meta, 2007, P.191.

La pérdida de la salud y la movilidad hace parte de esta dolorosa experiencia. Especialmente en el numeroso colectivo de las víctimas de minas, constituido en su mayoría por población civil. Las minas anti-persona producen enormes secuelas y discapacidades, con el consiguiente impacto psicológico y sobrecarga para sus familias.

Yo caí el 11 de junio de 1992 en una mina antipersonal, eran poco más o menos las cinco de la tarde, estaba trabajando porque yo era madre cabeza de hogar, estaba con mis hijos alzando madera, yo los había mandado adelante a la casa mientras que yo llegaba, le dejé el camino al macho y yo me salí del camino, ahí fue cuando pisé la mina. Y ahí caí al piso y volé más o menos 12 metros. Cuando fui a pararme, yo ya no pude, me miré y ya mi pierna izquierda no la tenía, y mi pierna derecha fracturada, partida completamente. El Tambo, Cauca, 2004, P.303.

Otra pérdida irreparable son los proyectos de vida en la comunidad, paciente y amorosamente contruidos por las mujeres.

Yo tenía muchos planes allá en mi comunidad donde estaba, pero a raíz de este conflicto, tuve que desplazarme de allá, renuncié a mi trabajo que tenía con la comunidad... Vereda El Recreo, Antioquia, 1991 y 2006, P.54.

Estos procesos de despojo generan mayor pobreza en las mujeres; la autonomía económica difícilmente lograda por ellas, se ve amenazada por los efectos del conflicto.

Eso me trajo muchas cosas, porque la familia se desbandó toda, muchos tuvieron que salirse del río Bebará, y a mí me generó más pobreza de la que podía tener, porque ya yo no podía manejar mis cosas; me faltaba la fuerza de él, yo tenía épocas que vivía enterradita en la mina, solita para cuidar los peladitos y para darles la libra de arroz, a veces también nos tocaba aguantar porque había días que no teníamos plátano y por no comerlo vacío nadie comía... necesitábamos la platica para comprar la liga [la carne], ya no chinchorriábamos [para pescar] porque estábamos solos, aburridos, estresados, y vivíamos así. Zaragoza, Antioquia, 1998, P.65.

Pero, sin duda, la experiencia de pérdida más dolorosamente vivida por las mujeres es la de las personas amadas, hijos e hijas, compañeros de vida, padres, madres, hermanas y hermanos, novios. Tres de cada cuatro mujeres entrevistadas señalaron la pérdida de sus seres queridos ya fuera como ejecuciones extrajudiciales (54.1%, n = 506) o desapariciones forzadas (18.7%, n = 174). Estos datos dan cuenta de la severidad y masividad de las pérdidas humanas. Si bien estas pérdidas afectaron a mujeres de todas las edades y etnias, estadísticamente las mujeres más afectadas fueron mujeres indígenas y afrodescendientes, y se dio especialmente en regiones de Antioquía, Chocó y Putumayo, y de los grupos de edad correspondientes a 50-59 y mayores de 60 años.

La pérdida de la familia y el horror asociado a las circunstancias en las que se produce, comporta un grado de sufrimiento muy profundo para las mujeres víctimas de este conflicto. El relato de una mujer de El Carmen de Bolívar revela esta dolorosa experiencia en la que ella llega al límite de sus fuerzas, pero se sobrepone una y otra vez ante la adversidad. Es una mujer emprendedora que negocia con tabaco y con ganado. Su finca, asentada en las montañas de El Carmen de Bolívar, es próspera. Varios días transcurren desde que tiene noticia, que según el ejército, toda su familia habría sido asesinada por la guerrilla. Ella no logra

comprender: “cuando quise regresar para mi casa, me dijeron que no podía subir para allá arriba, porque había enfrentamientos”. La mujer no entiende estas razones: “Yo les decía, ¿pero enfrentamientos con quién?”. Entonces es cuando le informan que, en su ausencia, toda su familia ha sido asesinada en la finca. El dolor es insoportable: “en ese momento no supe del mundo, yo me tiré al suelo, yo no supe de nada”. La mujer se sobrepone y hace varios intentos por subir a su finca. Experimenta la soledad, la falta de apoyo: “entonces me dejaron sola, me quedé debajo de un palo de ceiba, pensando qué podía hacer...” Decide recurrir a la policía en Sincelejo, pero las condiciones no permiten el acceso a la montaña. Entonces inicia sola esa subida, y es agredida por actores armados: “me encontré a los guerrilleros allá, pero yo no los identificaba, no sabía qué grupo era, cómo se llamaban. Me dijeron: ‘pa donde sube, chismosa’, y me dieron con la cachaca del fusil en la cabeza, yo sentí un tormento, caí privada, me dejaron como si fuera muerta, botando sangre por la nariz, por la boca, por los oídos...” La mujer no se rinde: “volví, me quité la blusa, y me ceñí la cabeza con ella, y seguí”. No puede llegar a su finca, y esta vez decide poner la denuncia. Pero la policía no se decide aún a intervenir. Es el alcalde de Bosconia, quien al fin ordena que una comitiva llegue a las montañas de Bolívar. “La comitiva era como de 14 policías y un camión, y los cajones. Me dijeron que cuantos cajones eran y les dije que eran 9, y metieron 9”. Nueve son las personas de su familia asesinadas: “fue una matanza tan grande... mi papá, mi mamá, mis cuatro hijos, mi abuela, mi abuelo y mis tíos, que quedaron enterrados en Bosconia, Cesar”. El dolor, el horror, la violencia experimentada por esta mujer es inenarrable. Su relato culmina con una frase que expresa el estado de aturdimiento y enajenación al que ha llegado: “qué más podía yo decir, yo no supe más, salí corriendo y me estrellé contra las rejas del cementerio...” María La Baja, Bolívar, 1991, P.225.

Hasta el sol de hoy. La experiencia de la desaparición de personas amadas

En la aproximación a las historias vividas por las mujeres colombianas en el marco del conflicto, la desaparición de las personas amadas se configura como una de las más duras experiencias traumáticas que marcan un antes y un después en sus vidas. Son inevitables las preguntas: ¿Dónde están...? ¿Quién les da razón...? Una de cada cuatro mujeres denunciaron la desaparición forzada de algún familiar (18.7%). Muchos relatos reflejan esta situación de vacío permanente.

La hermana desapareció y hasta el sol de hoy no sabemos dónde está. A ella como que la cogieron y ella alcanzó a volársele a ellos (paramilitares) y no sabemos dónde está... No sé si estará muerta o estará viva. Bogotá, D.C., 1986, P.3.

Muchas mujeres recuerdan los últimos instantes en los que vieron a sus seres queridos, como una memoria vívida, un destello que les acompaña desde entonces. Como en este caso, en el que la mujer que dio testimonio, entonces niña, recuerda aún las últimas palabras de su madre desaparecida: “cuando empiece a llover vuelvo”. La dura experiencia de la pérdida de la madre, es vivida por dos niñas desplazadas a Villavicencio. Su madre decide arriesgarse e ir a recoger las cosas al lugar de donde habían sido desplazadas. Recomienda a su hermana que cuide de sus niñas: “cuídemelas, no haga preguntas, cuídemelas, aquí le dejo diez mil

pesos para su mecato, yo vengo pasado mañana por ellas". Sus dos pequeñas hijas cuentan que ella, al despedirse, les dijo *"mamitas, se portan juiciosas, que yo voy y en el invierno vuelvo, cuando empiece a llover vuelvo..."* Ella nunca regresó. A ellas, sus niñas, no se les olvida que se fue dejando todas sus cositas: *"las traía en una tula y se fue"*.

El desplazamiento forzado

Mi vida ha sido traumática por los desplazamientos continuos que he tenido. Florencia, Caquetá, 2003, P.108.

El desplazamiento es la máxima expresión de la pérdida. Salir huyendo, salir corriendo, dejar todo atrás. Muchas mujeres manifiestan haber sufrido múltiples desplazamientos. El desplazamiento forzado afectó a tres de cada cuatro mujeres entrevistadas (76.2%; n = 711). La mayor cantidad de los casos corresponden a desplazamientos familiares (61.7%), seguidos de desplazamientos colectivos (8.7%) y desplazamientos individuales (5.8%). La mayor parte de los desplazamientos reportados se producen entre zonas urbanas y entre distintas zonas rurales. El desplazamiento familiar se asocia de forma significativa con el lugar de residencia de las mujeres y el desplazamiento colectivo con la etnia. En el primer caso los desplazamientos familiares fueron más frecuentes en las zonas de Bogotá, Bolívar, Risaralda y Santander, mientras que los desplazamientos colectivos se asocian a la identificación con etnias indígenas y con afrodescendientes.

Debido a la violencia me tocó abandonar esa vereda e irme para otra de donde también tuve que desplazarme, por otro caso de violencia que me tocó ver matar a un familiar, me dio mucha nostalgia, mucho guayabo, me fui para otra parte y me tocó ver matar a un amigo... Bajo Atrato, Chocó, 1998, P.139.

No siempre los actores armados que los provocaron fueron los mismos. Es más, varias mujeres cuentan que fueron víctimas de dos o más actores, mostrando la violencia cruzada de la que han sido objeto. En la mayoría de los casos, las víctimas refieren que el desplazamiento fue directamente ordenado por los actores armados, incluso poniendo plazos definidos. Pero en algunos casos este desplazamiento forzado es parte, como último recurso, de las acciones para enfrentar los hechos: *"para huir del dolor de los recuerdos"*, expresa una mujer. Girón, Santander, 2001, P.127.

Mamá, aquí no hay más de otra

La irrupción del conflicto en la vida de las mujeres campesinas trastoca sus vidas cotidianas, sus proyectos de vida construidos alrededor de la casa, los hijos e hijas, el trabajo en la parcela... La pérdida de los bienes y proyectos construidos que comporta el desplazamiento forzado, ha obligado a las mujeres a hacer todo tipo de tareas, trabajos precarios o subalternos. Incluso en algunos casos documentados por la Comisión, incluso a prostituirse contra su voluntad como una opción extrema con el fin de obtener recursos económicos para ellas o sus familias.

Uno de los testimonios, que evoca la experiencia vivida por una joven mujer responsable del sustento de su madre y su pequeño hijo, ejemplifica estas situaciones. Desplazada de manera forzada toda la familia, después de vivir una madrugada de terror en una precaria vivienda de una vereda caldense, la mujer descrita como “*tímida, a quien no gustaba estar por ahí en bailes ni parrandas*”, siente que sobre ella recae ahora la supervivencia de la familia. Analiza las opciones que ofrece la nueva situación y concluye: “*mamá, aquí no hay más de otra, hay que hacer esto*”. La madre, rota de dolor, solo acierta a responder: “*Hija, eso lo decide usted, eso es problema suyo, usted lo decide*”.

Esta forma de prostitución, forzada por el desplazamiento, incrementa de manera dramática la subordinación y discriminación de las mujeres víctimas del conflicto armado, y configura nuevas formas de control sobre los cuerpos femeninos y de violencias a que son sometidas en el ejercicio de la prostitución, especialmente de mujeres jóvenes en situación de desplazamiento y precariedad absoluta. San Sebastián, Buenos Aires, Cauca, 2007, P.328.

Yo tenía una buena vida... o lo irreparable en la vida de las mujeres víctimas

Al hilo de la lectura de los relatos de las mujeres surge una inevitable pregunta: ¿cómo reparar, cómo restituir tantas pérdidas vividas por las víctimas? En general se habla de reparar o de restituir, en casos de violación, de asesinatos de familiares, de pérdida de tierra, pero lo que develan y revelan las entrevistas es que detrás de esos hechos impactantes y dolorosos, hay pérdidas irreparables, que tienen que ver con la vida construida en relación con un territorio, con unas costumbres y rituales, con unos afectos.

Tuvimos que salir (del Jardín de las Peñas, en Meta, a Bogotá) *con el solo vestido que teníamos encima, y pues eso fue lo más duro que nos pudo pasar porque nosotros teníamos muy bien de qué vivir, vivíamos super bien y desde ese día la vida de nosotros se volvió un caos porque uno sufre muchísimo acá, la vida acá es muy dura, y hemos aguantando hambre, hemos llevado, mejor dicho, del bulto.* Jardín de las Peñas, Meta, 1998, P.114.

Diversos testimonios hacen referencia a la “vida buena” que las mujeres tenían antes de los hechos de violencia.

Antes de desplazarme, mi vida era muy buena porque yo vivía muy tranquila, vivía en un pueblo llamado Opogadó que era corregimiento de Bojayá. Nosotros allá permanecíamos en la orilla del Atrato, cultivábamos comida, de allá salíamos al pueblo. Lo que es su plátano, su banano, su maíz, su arroz... eso uno lo cultivaba... Mi marido hacía oficios varios, él era pescador, era cazador, de todo, un tipo que mantenía la carne del monte ahí, el maíz... Opogadó, Chocó, 1987, P.488.

Yo vengo de Riosucio, Chocó, vivía tranquila, empiezo por ahí, vivía tranquila, tenía mi trabajo como mujer, tenía mi compañero, vivía alrededor de mi familia y mis hijos, y esa tranquilidad se rompió cuando un día cualquiera ya se venía rumoreando que las autodefensas iban a entrar a Riosucio... Dabeiba, Antioquia, 1988, P.84.

Esta “vida buena” de la que muchas mujeres hablan en sus testimonios se caracteriza por el trabajo familiar compartido, la posesión de bienes (finca, tierra, animales...), la posibilidad de sostenerse económicamente, de tener un hogar unido, por los afectos (de los hijos, de los compañeros, de los vecinos...), la vida en comunidad, la vinculación a las raíces, a los ancestros y, en particular por la tranquilidad, la normalidad.

La vida mía era una vida normal, era una persona alegre, trabajadora, comprometida con mi familia, mi comunidad; era una persona que irradiaba demasiada alegría. Vivía en la comunidad del 18, Carmen de Atrato, Chocó. Medio Atrato, Chocó, 1999, P.420.

Mi vida era muy activa, amigable, muy sociable, compartía mucho, yo salía a cualquier hora, no le temía a nada, era una vida normal, de una persona que no ha sufrido ningún tipo de maltrato. Grupos al margen de la ley, que sus nombres les desconocemos, llegaron el 2 de mayo del 2002 a las diez y cuarenta y cinco de la mañana y tiraron una pipeta a la capilla donde murieron muchas personas inocentes, ahí empezó algo crucial en mi vida, como un viacrucis, desde ese momento se me acabó la vida, las ganas de seguir, las ganas de luchar... Medellín, Antioquia, 2002, P, 83.

Es importante señalar que la estrecha vinculación de las mujeres con sus hijos e hijas, con la tierra, con la casa y sus bienes, con los animales, con la comunidad profundiza el sufrimiento que comportan las innumerables pérdidas.

Esa vida buena que las mujeres víctimas evocan, ¿cómo podrá restituirse? ¿cómo podrá repararse la pérdida del saludo mañanero a los que van a trabajar la tierra, del tinto compartido junto a la cerca de la finquita, de los atardeceres largos contando historias mientras llega la noche, de las fiestas comunitarias, de los amores ocultos?

Perder todo para ganar la vida. Significados asociados a la pérdida

Tal vez lo más impactante es que, a pesar de las incontables pérdidas y los inenarrables sufrimientos, las mujeres logran otorgar un significado a esta experiencia de la pérdida. Podríamos sintetizarlo en una frase: perder todo para ganar la vida, como lo expresa la mujer vecina de una vereda de San Roque, después de ser desplazada por paramilitares.

Llegaron por allá a amenazar y a decir que si no nos íbamos, nos asesinaban. Entonces usted sabe que cuando uno quiere mucho la vida, toca más bien bregar a salir de ese lugar... San Roque, Antioquia, 2001. P.656.

Este “poner la vida por encima de todo” se hace evidente en una experiencia límite vivida por una mujer en Tadó (Chocó). Ella narra la presión ejercida por la guerrilla para que les entregue a su hijita de 6 años:

La niña era blanquita, bajita y gordita, y una de las mujeres de la guerrilla me la quería quitar a las malas. Yo le dije que a mi hija no se la podía entregar, y entonces ella me dijo: ¿qué quiere, perder la vida o entregarme la niña? Y le dije yo: ni perder la vida ni entregarle mi hija. Cuando ellos se fueron, arrancamos nosotros... Lo perdimos todo. Tadó, Chocó, 2002, P.666..

Esta decisión de las mujeres de proteger la vida, se hace muy explícita en las narraciones que muestran cómo muchas de ellas lo perdieron todo por salvar a sus hijos de la muerte, del reclutamiento forzado, del abuso. Por ejemplo, una mujer Callo Embarrado, El Castillo, Meta, 2002, P.152 narra cómo al regresar al barrio de invasión en que vivía después de participar en un evento conmemorativo del Día de la mujer, encuentra su cambuche rodeado de hombres armados que quieren llevarse a sus tres hijos. La mujer piensa: “ante todo, primero mis hijos”. Renuncia a su vida; rechaza el compromiso que las AUC le proponen, que consiste en seguir viviendo tranquila en su vereda a cambio de entregarles sus hijos y sale, de noche, huyendo hacia un futuro incierto.

El control sobre las mujeres víctimas

Las entrevistas realizadas muestran de manera recurrente el terror experimentado por las mujeres ante la presencia amenazante de los actores armados. Estos guerreros despliegan actitudes, lenguajes, signos y símbolos asociados al poderío masculino que producen temor y temblor en las mujeres. La máxima expresión de ese poder son, sin duda, las armas, que exacerban la violencia masculina contra las mujeres.

La militarización de amplios territorios genera formas de dominación y control sobre las vidas de las mujeres, y exacerba la superioridad masculina que está en la base del sistema sociosexual patriarcal. Esta dominación es tan profunda que los guerreros que desplazan y ejercen control llegan a convertirse en “la ley” en la vida de las mujeres.

Pues yo, cuando estuve en Sánchez, Nariño, me desplazé por el movimiento ese que se dice... “la ley”. De ahí nos sacaron otra vez, otra vez desplazados. Lo mismo, “la ley”, sí, y esta vez... cilindros, tiraron cilindros y todo eso, y... sí, “la ley” otra vez. Samaniego, Nariño, 2004. P.280.

El testimonio de una mujer santandereana evoca vívidamente el terror y el horror experimentado por ella y su pequeña hija en uno de sus desplazamientos.

El primer desplazamiento fue en Sabana de Torres, que unos enmascarados me iban a matar a mí. Yo tenía mi niña pequeña, la niña tenía como seis años, y me apuntaban y yo ponía la niña al frente porque yo decía, si yo pongo mi niña al frente no me

hacen nada. Entonces yo era esperando el bus y temblaba, y ellos apuntándonos, y entonces yo abrazaba a la niña, y a lo último me pude ir en el bus, tenía que ser rápido y si no me mataban... Sabana de Torres, Santander, 1997, P.184..

La exhibición grosera del poder masculino es una constante en los testimonios; las mujeres experimentan ese poder como una amenaza que las constriñe e inhabilita. Los relatos revelan que los grupos armados ejercen un poderoso control sobre las vidas de las mujeres que habitan los territorios en conflicto, un control que se expresa de muy diversas maneras.

Una de ellas es el control sobre los movimientos de las mujeres, que son tildadas de “sapas” y chismosas”. Los movimientos de población, ya sea para comercializar sus productos o para sus relaciones sociales, son frecuentemente vistos con sospecha por actores armados que siguen la lógica del control de las fronteras que establecen en los territorios y la búsqueda del enemigo entre la propia población civil.

Sí, sí, usted tiene que irse porque usted está al contrario y usted no tiene que estar pa' arriba y pa' abajo... , usted está llevando y está trayendo. Usted tiene que irse de aquí. Mejor dicho, si no te querés morir, te tenés que ir. Barrio la Cruz, Antioquia, 2010, P.8.

Otras formas de control que repercuten en las mujeres y en ocasiones les han costado la vida, son las que se ejercen sobre ellas a través de los vínculos familiares o sentimentales, como si ellas quedaran contaminadas con las actuaciones de los demás.

A veces, las mujeres se ven constreñidas por las políticas de los grupos armados ilegales o del propio Estado, por ejemplo la proliferación de “informantes” y/o “colaboradores” en sus zonas de control. No es fácil negarse a “colaborar”, y eso va tejiendo una red asfixiante alrededor de las mujeres, que se ven más y más implicadas, en la mayoría de los casos por las vinculaciones casi siempre forzadas, o por decisiones de sus padres y hermanos, esposos o compañeros sentimentales. En algunos casos, ellas pagan con su vida y, en general, no encuentran otra salida que el exilio forzoso. La Jagua de Ibirico, Cesar, 1998, P.738..

Los actores armados ejercen también control sobre la vida afectiva de las mujeres. Hay un relato emblemático (Medellín, Antioquia, 1996, P.81) de una joven mujer chocoana, promotora rural, que tenía una buena vida. Los *elenos*, en este caso, se sienten con autoridad para controlar las relaciones afectivas de esta mujer y, en un gesto de poder, la retienen como castigo por amar a un policía. “*Me tuvieron castigada*”, afirma ella. Las lógicas de presencia militar y control del territorio suponen un riesgo específico contra las mujeres por sus relaciones afectivas.

Es una situación que se repite con bastante frecuencia. Todos los actores armados, incluyendo agentes del Estado implicados en este conflicto, en un claro ejercicio de poder y

dominación patriarcal, se sienten con derecho a controlar los sentimientos y elecciones amorosas de las mujeres e, inclusive, a asesinarlas si esas elecciones no son de su agrado. El relato de una mujer de Barrancabermeja ilustra estas prácticas de control.

En esa época en Barranca fue mucha la niña que murió por el sólo hecho de que hablara con un soldado y un miliciano la estaba viendo, ahí mismo asesinaba a la niña. Barrancabermeja, Santander, 161.

Son relatos reveladores de cómo el cuerpo de las mujeres se convierte en territorio de disputa entre los actores armados. Es en los cuerpos femeninos donde se define, también, el control territorial. Las mujeres son despojadas de su autonomía física y convertidas en propiedad de los armados que disponen de ellas y las utilizan para “marcar” territorio frente al adversario.

Del mismo modo, la vida privada y cotidiana de la gente se vio invadida y sometida al control de los actores armados que, en ocasiones, intervinieron con sus amenazas para doblegar la voluntad de las mujeres en conflictos concernientes al ámbito personal.

En ese tiempo, allá en Pitalito (Huila) funcionaba una organización que era el Ejército de Liberación Nacional, ellos eran los manejaban allá, funcionaban allá en ese pueblo...; mi madre se había separado del marido con el que vivía, el padre de mis hermanos, y este hombre quería quedarse con los niños, entonces debido a que mi mamá no se los quiso entregar, inmediatamente esta gente fue y la amenazó; sencillamente le dijeron que si no entregaba los niños, ellos le iban a sembrar una mata de plátano encima. Pitalito, Huila , 1998, P.912.

También las amenazas sirvieron para conseguir controlar en general el comportamiento de las mujeres.

A ella la amenazaron que si no se manejaba bien la mataban o tenía que largarse. Bogotá, D.C., 1986, P.3.

El reclutamiento forzado de mujeres jóvenes ha sido otra expresión extrema del control sobre las vidas de las mujeres y su libertad de movimiento, en este caso por parte de grupos paramilitares.

Yo llego y les digo: ¿qué hacen ahí? “No mami, que mi amiguito me dijo que había visto a Eduardo, uno de los muchachos que habían mandado para reclutar a mis hijas, se había subido a Luisa y a Brigith en un campero”. Cuando me dijo eso, yo automáticamente dije: ¡“las reclutaron”! No me acuerdo el nombre del comandante, yo me volví como loca, se me olvidó hasta cómo me llamaba, en ese momento yo entré en shock, en pánico, eran mis dos hijas, al día siguiente anduve toda la noche, preguntaba, nadie me daba razón, le dije a un señor de los patrulleros, él me acompañó a buscar a mis hijas a los botaderos, donde los paramilitares botaban los cuerpos... Piñique, Atlántico, 2004, P.257.

En muchas circunstancias, el control de las vidas femeninas condujo al secuestro de mujeres jóvenes para uso de los guerreros: “Yo me vine en el 2001, me tocó venirme el 28 de diciembre porque se querían llevar a mi hija, un comandante supuestamente...” (Valle del Cauca, 1990, P.131) puesto que los hombres armados de cualquier signo actuaron disponiendo de los cuerpos de las mujeres como si fueran de su propiedad.

Por otra parte, abundan los relatos testimoniales que dan cuenta de abusos y violaciones sobre los cuerpos de mujeres de todas las edades, desde niñas a mujeres mayores.

Fueron muchas las mujeres, mire que yo le voy a contar un secreto que tengo muy oculto... a una sobrina mía, estando la base allá, la base militar, la cogieron y la violaron... Venía con la mamá, a la mamá la cogieron, le pusieron la pistola en la cabeza y le dijeron siga usted y deje la china... Barrancabermeja, Santander, 161.

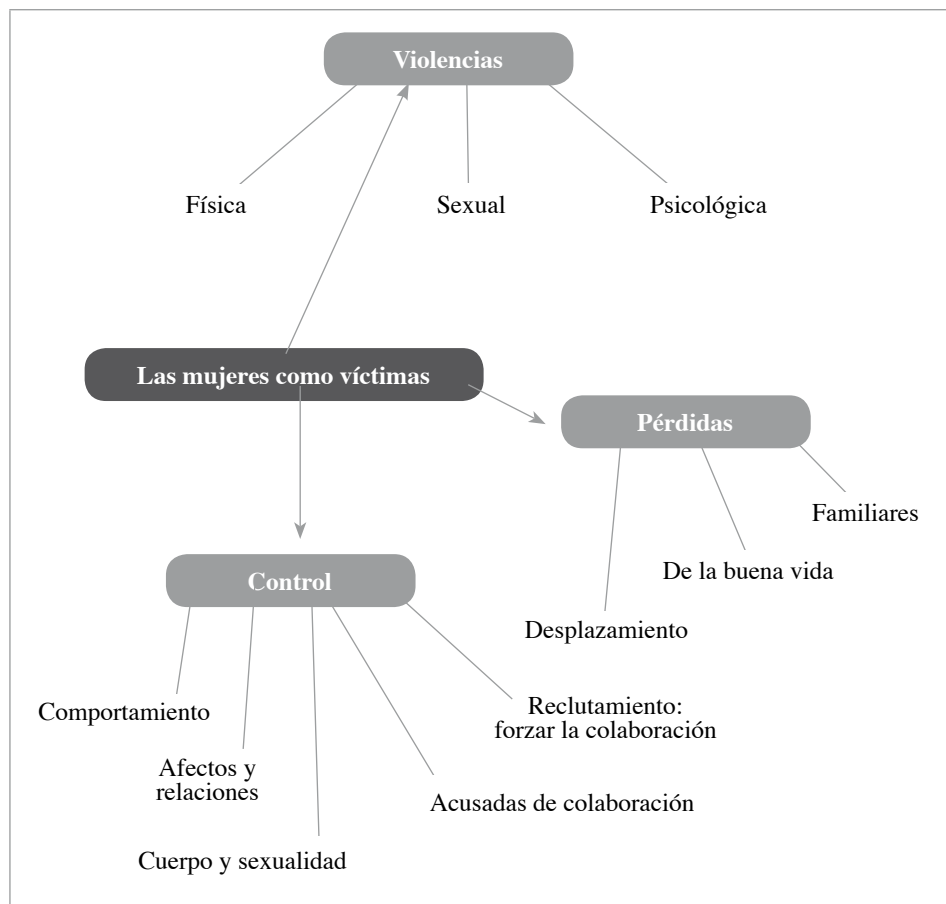
Una mujer violada y amenazada por paramilitares (P.60), interpreta así el hecho:

Digo yo que me pasó esto a mí porque me vieron sola, porque en ese momento yo era la única mujer que había allí. De pronto ellos estaban acostumbrados, digo pues yo, entonces por eso me lo hicieron a mí. El Jardín, Antioquia, 2001, P.60.

Ese “estar acostumbrados” remite a construcciones e imaginarios culturales patriarcales que legitiman las prácticas de la dominación masculina en todas las esferas de la vida. Estos testimonios develan que las mujeres son, en medio de este conflicto, víctimas del control masculino por parte de grupos armados ilegales y legales, pero también por parte de los hombres con los que se relacionan a lo largo de sus vidas. La desconfianza y el intento de control de las parejas de las mujeres entrevistadas es una constante en las narraciones: “Ya le he dicho que deje de machoniar [buscar hombres]”, le dice su compañero a una mujer señalada por un grupo armado como supuesta informante (Barrio la Cruz, Antioquia, 2010, P.8.).

El ejercicio del control sobre el cuerpo y la vida de las mujeres y sus relaciones afectivas, se extiende, como hemos visto repetidamente, a lo largo del tiempo y en todos los ámbitos en ese Continuum de violencias patriarcales que se ha señalado con anterioridad.

Las mujeres víctimas narran una experiencia marcada por una violencia sin sentido que se manifiesta en todas las dimensiones y que les ha infligido graves daños físicos y psicológicos. Los hechos de violencia han conllevado grandes pérdidas en la vida de las mujeres entrevistadas; pérdidas tanto materiales como afectivas que han destruido o llevado al abandono del modo de vida en el que ellas ocupaban un lugar y desempeñaban unas funciones con sentido. También la violencia generalizada y focalizada en las mujeres ha supuesto una pérdida de autonomía y un mayor control de sus vidas por parte de los actores armados.



IV. Mujeres sobrevivientes de violaciones de derechos humanos

Me siento un poquito triste porque al recordar pareciese que está uno viviendo los hechos. Pero la realidad es otra y por lo menos sé que se va a conocer mi testimonio y espero que les sirva de consuelo a otras personas, a otras compañeras. Santander de Quilichao, Cauca, 1980, P.526.

Pienso que la historia hay que conocerla para que no se repita, de pronto este aporte que estoy dando es para que las generaciones que vengan tengan planteamientos mejores, no vayan a sufrir todo lo que uno sufrió. Popayán, Cauca, 1987, P.315.

La opción de tomar la palabra para dar testimonio indica la existencia de una conciencia de mujer sobreviviente que quiere hacerse sujeta de discurso narrando una experiencia en primera persona. Manifiesta el deseo de rehacer la memoria de los hechos y contar la

verdad para que se sepa. Las mujeres entrevistadas para la CVMMC han sobrevivido a las violaciones de derechos humanos sufridas y decidieron contar su experiencia porque tiene sentido para ellas poner su verdad al alcance de otras y otros.

Que este testimonio sirva para que haya mujeres que se les oriente y se les ayude, para que no pasen por lo que nosotras estamos pasando con esta cadena de amargura y dolor. Cali, Valle del Cauca, P.163.

¿Cómo han transitado las mujeres del lugar de la víctima al presente de la sobreviviente? En el apartado anterior se han señalado tres dimensiones de la experiencia de la víctima –la violencia, la pérdida y el control– que quebraron no sólo su recorrido de vida seccionándolo en un antes y un después, también ellas mismas sufrieron un quebranto en su ser mujeres. Las voces de mujeres que dieron su testimonio refieren múltiples procesos personales de afrontamiento y recuperación que parten de una experiencia común a todas ellas: el quebranto provocado por la violencia que las convirtió en víctimas de graves violaciones de derechos humanos.

En la experiencia del quebranto, según su narración, las mujeres se mueven fluyendo entre contraposiciones: se sienten morir pero siguen viviendo; manifiestan su impotencia pero siguen pudiendo; dicen que no tienen fuerzas pero sacan fuerzas de donde no las hay. En muchas narraciones, de la fragilidad sale la fuerza para hacer frente a situaciones extremas.

Se siente rabia, se siente impotencia, se sienten ganas, muchas veces, hasta de acabar uno con la misma vida de uno, porque uno dice: no voy a ser capaz. El cambio para una madre cuando pierde a su hijo en las circunstancias que yo perdí a Julián. ¿Cómo lo he afrontado? Yo creo que con mucho valor. Tibú, Norte de Santander, 2000, P.778.

Pero mira que te digo, cuando uno está, uno lo ve difícil afuera, o sea mientras no sos la víctima, pero si tú eres la víctima tú sacas valor y fuerza de donde no la tengas. Pero yo, en mi sentir, yo quería mucho mi hija y así me mataran, pero yo dije mi hija no la dejo aquí. El Tambo, Cauca, 2001, P.308.

A través de esas contraposiciones se transmite la complejidad de la experiencia de sobrevivir afrontando los impactos de la violencia. En el relato del proceso de tránsito desde el quebranto a un nuevo enraizamiento en la vida, a través de los testimonios recogidos, se detecta que el valor de la vida es central para las mujeres. En las narraciones de las mujeres víctimas del conflicto emergen, a veces tímidamente, y otras de manera explícita, múltiples iniciativas para reconstruir la vida personal, casi siempre asociada a la vida de la familia. Seis de cada diez mujeres entrevistadas optaron por centrarse en su familia (64.9%; n = 607), convirtiéndose muchas veces en el principal sostenimiento económico y afectivo.

En nuevos y difíciles contextos, las mujeres afrontan la situación de pérdida. Es esta decisión profunda de preservar la vida la que, seguramente, explica su capacidad, su fortaleza para reconstruir una y otra vez, desde las cenizas, todo lo que ha sido destruido en este

conflicto: la casa para habitar, las relaciones y los afectos, las fuentes de subsistencia, los medios básicos de protección, las formas organizativas, etc.

En su recorrido de víctimas a sobrevivientes hubo anclajes que les dieron el sentido y la fuerza necesaria para no abandonarse al dolor y seguir adelante recomponiendo lo que la violencia había destruido. En los testimonios distinguimos tres ámbitos de acción en los que se focaliza el empeño de las mujeres por preservar la vida frente a la violencia de los actores armados: resistir y movilizarse en nombre de los vínculos; rehacer las condiciones de humanidad; tejer la vida colectiva.

Resistir y movilizarse en nombre de los vínculos

El vínculo con las personas queridas, y muy en especial con las hijas y los hijos, es un elemento tan significativo en la vida de las mujeres que está presente en todos los estadios de la narración.

Frente a la violencia, ellas hicieron estrategias de prevención y protección de sus criaturas para evitar que recibieran daños. Como se puede ver en los testimonios siguientes, las mujeres buscaron formas de eludir la persecución a los hijos y estuvieron dispuestas desplazarse, aun perdiéndolo todo, para protegerles del reclutamiento o de los peligros de la violencia.

En ese punto se llamaba Hernán Darío, pero hoy no se llama Hernán Darío, porque hubo que cambiarle el nombre porque a nosotros nos martirizaba mucho porque él se voló amarrado, entonces hubo que cambiarle el nombre por protección de él y de la familia porque a mí me preguntaban por Hernán Darío todos esos grupos armados, me preguntaban. No yo no tengo ningún hijo que se llame Hernán Darío. Tarazá, Antioquia, 1996, P.51.

Entonces, para evitar que se los llevaran, yo hablo como mi papá y mi mamá ¿Si?, ellos empezaron a irse mejor por salvar la vida a los hijos, para que no se los llevaran para el monte. Primavera, Arauca, 2007, P.693.

Los pensamientos míos fue salir y deja y dejar todo, para yo salir de allá no tuve que ver con nada si no yo salí con mis hijos y ya que se perdiera todo, pero menos que se perdiera un hijo mío. Chalán, Sucre, 1990, P.210.

Yo no me voy a quedar aquí, no sea que de pronto aquí empiecen hasta matar a los hijos de uno por ahí inocentemente. Entonces así fue que nosotros nos vinimos para Bucaramanga. Vereda Zapatero, Huila, 2000, P.747.

En ocasiones las mujeres se enfrentaron directamente a los victimarios poniendo en riesgo la propia vida para defender a las hijas, los hijos y otros seres queridos del abuso de los victimarios o el reclutamiento por parte de actores armados.

¡Hay Dios santo bendito! Yo me dí cuenta que él había entrado a mi casa y me lo encuentro un día y le dije hasta por donde salía el sol. Después yo decía de dónde saqué tanta fuerza. Él es de un grupo armado que matan a una persona y se sientan y celebran y se ríen. A ellos no les importa nada la vida. Y yo le dije vuélvame a pisar mi casa y verá, y a mi hija me la deja en paz. Le dije muchas cosas delante de mucha gente y yo le decía y máteme y voy a dejar una carta, si a mí me pasa algo a usted única y exclusivamente va mi muerte y usted la paga. Medellín, Antioquia, 1995, P.47.

Las personas lo único que me dijeron fue que reclutación [reclutamiento], pero nunca se identificaron que grupo era, si era guerrilla, si era AUC o era ejército, porque ellos me hablaban de reclutación, más no llevaron algo que los identificara. Entonces, me opuse rotundamente, le dije: si se llevan a mi hermano, si llevan a mi hijo, tienen que llevarnos a todos. Sucre, Cauca, 2002, P.390.

La mayoría de las mujeres afirman que, después de los hechos traumáticos, siguieron adelante por sus hijas e hijos. Las criaturas a su cargo fueron el motor que las impulsó para sobreponerse a la aflicción, resistir y activarse para darles un futuro.

Pues que la vida no es de los que sufren, sino de los que luchan, y que tienen que luchar por sus hijos, como sea sacarlos adelante. Barrio Cerros de Maracay, Valle del Cauca, 2002, P.879.

A veces se llega como a situación hasta de quitarse la vida, entonces dice yo cojo y me mato o yo cojo, me voy y dejo todo tirado, mi mamá verá si ella cuida a mis dos hijos. Pero mentiras, una piensa eso pero al momentico una reacciona ya y dice no pero por qué tengo que dejar mis hijos botados o por qué tengo que quitarme la vida, entonces eso lo hace como afirmar un poquito. Mocoa, Putumayo, P.374.

De nuevo en las narraciones se escuchan los sentimientos contrapuestos, en este caso el peso de la responsabilidad abrumadora y a la vez la voluntad incontestable de responder por los hijos e hijas. Las mujeres sienten un compromiso tan grande de sacar adelante a sus criaturas que a veces lo hacen a costa de ellas mismas.

Desde que él murió, siempre fue trabajar, estudiar y cuidar a mis hijas, siempre muy protectora de ellas. Pensar en relaciones amorosas para mí era violentar a mis hijas y además no entrarlas en riesgos, de decir yo entro aquí a alguien y qué tal que de pronto ese vaya a hacerles daño a mis hijas. Yo no permitiría que les digan una sola palabra, uno siempre va a estar defendiéndolas. Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

Pero también los y las hijas son expectativa y esperanza de futuro. Se proyecta en ellas y ellos la posibilidad de una mejora, de una hipotética realización de lo que a ellas no les fue concedido. En cierta medida también constituyen una esperanza de sentido, de que el propio sufrimiento no haya sido en vano, que haya servido para otros.

Seguir adelante, que mis hijos sigan adelante. Quiero que ellos sean alguien en esta vida. Para que lo que yo no alcancé, ellos alcancen. Tengo mis niños ya todos estudiando, aunque pasando trabajo sea, pero ahí estoy pendiente a ellos. Carmen de Bolívar, Bolívar, 1987, P.231.

Lo que me sucedió a mí yo no lo esperaba, pero ya me pasó y ¿Qué tengo que hacer? Buscar pues como la solución a que las cosas se mejoren. Cambiar el estilo de vida. Apoyar a mis hijos para que no vayan a coger un mal camino, porque al menos no les pase lo mismo que me pasó a mí. Bellavista, Bojayá, Chocó, 2002, P.468.

La búsqueda de familiares desaparecidos o la lucha por el esclarecimiento de los hechos, como en el caso de los “falsos positivos”, es una muestra de la fuerza de los vínculos que unen a las mujeres con las personas queridas. El significado de las relaciones afectivas en las vidas de las mujeres se traduce en estas ocasiones en movilización y denuncia, o en una tarea incansable para esclarecer los hechos y restaurar la dignidad de las víctimas. Por ejemplo, un 63.2% (n = 590) realizó alguna denuncia de los hechos ante distintas instancias, aunque la práctica totalidad de estas denuncias no conllevaron investigaciones judiciales efectivas.

Lo hago por ellos, lo hago por Andrés porque donde quiera que él esté pueda saber que yo no lo dejé solo, ni siquiera estando muerto. Para que ellos crezcan sabiendo que yo defendí a su papá hasta el último momento. Y cuando yo no pueda más y cuando todo esto termine, ellos puedan seguir con la memoria de su papá. Yo creo que los falsos positivos, lo que pasó y lo que va a pasar, cuando los condenen, creo que esto va a quedar en la historia de Colombia. Desaparición forzada, Bogotá, D.C., 2008, P.771.

Eso me activó como madre a luchar por la memoria de mi hijo, a demostrarle al mundo entero, tanto nacional como internacional, de que mi hijo no era ningún delincuente, que él fue una persona apta para una sociedad, que no había queja alguna de él. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Todo ese atropello que hicieron con mi familia: a este hermano mío me lo desaparecieron, me lo picaron y me lo tiraron ahí; hubo otro hermano que también me lo tiraron al mar, me lo picaron. De ahí tomé yo la bandera de que ser la voz de cada una de esas víctimas que no pueden denunciar. Yo soy una persona como piedra entorpecedora a que los procesos no queden como tan impunes. Permito que otras mujeres se abran, se llenen de coraje y puedan también presentar sus casos. Bolívar, 2007, P.784.

Rehacer las condiciones de humanidad

En estrecha relación con la importancia de los vínculos, pero también como afirmación de la propia dignidad, está el empeño de las mujeres por rehacer una y otra vez las condiciones de vida necesarias para el desarrollo de las criaturas humanas. En los testimonios se

pone un gran énfasis a la importancia que tuvo para ellas poder recomponer los elementos básicos para una vida digna, en el proceso de recuperación después de la desposesión y la pérdida que supusieron los hechos violatorios. Las mujeres aportan con sus prácticas civilizadoras una lógica de sentido común según la cual existe una prioridad absoluta de restablecer unas mínimas condiciones para satisfacer las necesidades humanas elementales que hacen que las personas puedan serlo con dignidad. Ello supuso también un cambio de ellas mismas y sus roles, transformándose estos al interior de la familia en más de la mitad de las mujeres entrevistadas (57.4%; n = 536) y convirtiéndose en el principal sostenimiento económico y afectivo (54.5%; n = 509) de la misma.

Esta lógica la encontramos en la gran importancia que ellas conceden en los testimonios a la consecución de una vivienda después de un proceso de desplazamiento forzado. En algunos casos las condiciones iniciales fueron de una gran precariedad, siendo el objetivo el acceso a una vivienda decente y propia.

Yo ya estaba viviendo arrimada, fue cuando me metí a la invasión ¿sí? Me metí a la invasión de verme ya en la situación que estaba porque yo necesitaba una casa. Urabá, Antioquia, 1982, P.697.

Me salió un empleo con el Minuto de Dios, temporal por dos meses, le doy muchas gracias a él y compré el patio donde estoy viviendo actualmente y ahí al paso granito a granito hemos construido una casita. María La Baja, Bolívar, 2004, P.216.

Otro elemento de recomposición fue la obtención de unos ingresos para subvenir las necesidades básicas.

Cuando llegamos aquí a Cartagena, porque como eso fue tan rápido y uno alcanzó a salir gracias a Dios con vida. Llego sin conocer a nadie y conseguimos trabajo, gracias a Dios. Conseguimos trabajo que fue lo primordial y así hemos podido salir adelante. Corregimiento de Canucal, Ovejas, Sucre, 1994, P.289.

Las mujeres narran sus estrategias de supervivencia poniendo en juego las habilidades adquiridas muchas veces con otra finalidad. De sus testimonios se desprende la gran capacidad de adaptación y de movilización de recursos propios para un fin que se considera absolutamente prioritario.

Yo trabajaba en la casa de una muchacha y me regaló una máquina de coser familiar, para que yo le hiciera unos arreglos a ella que es diseñadora de modas. Ahí empecé a hacer esas cosas de costura porque yo allá también trabajaba la costura, pero yo hacía cosas muy diferentes. Caicedonia, Valle del Cauca, 2001, P.664.

Un señor me dijo que cogiera un pedacito de tierra ahí en Tóez y que sembrara un frijol. Ese frijol se daba muy bonito y mi cuñado me ayudó a hacer una hectárea de frijol. Lo sembramos y la semilla también me la dieron y ya con eso me fui como parando. Me saqué como unas 40 arrobas de frijol, yo ya vivía a lo bien. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.310.

Siguiendo la misma lógica de restablecer las condiciones e humanidad, ellas fueron muy activas en los asentamientos creados por población en situación de desplazamiento forzado. En el esfuerzo por conseguir condiciones higiénicas, servicios de educación y salud en esos nuevos barrios se convirtieron muchas veces en líderes de los procesos de urbanización y dignificación de los mismos al desplegar grandes habilidades de organización, reivindicación y negociación.

Recién llegada a la Divisa había un programa disque desarrollo social y yo pedí material para las escalas y empezando a hacer eso yo resulté metida en cosas de todo el barrio, entonces se hicieron escalas, se pidió el alcantarillado, hice que llevaran el refrigerio para los niños, en ese momento no había escuela allá. Entonces yo empecé un liderazgo muy fuerte allá y eso fue creciendo. Frontino, Antioquia, 1990, P.57

Tenemos una escuelita y tenemos setenta niños y Dios va a dar que tenemos que tener los cien y necesitamos mucho para esos niños. Yo cocino porque nosotros no tenemos fuerza para pagar una cocinera, así que nos turnamos. María La Baja, Bolívar, 1991, P.221.

Nos conseguimos un lotecito ahí y yo me hice una líder. Nos metimos a ver cómo era que íbamos a luchar por este espacio donde sobrevivir. Empezaron haciendo unos Cursos de Primeros Auxilios para uno estar prevenido y preparado allá para cuando los niños o las personas se accidentaran o se enfermaran. Zaragoza, Antioquia, 1998, P.65.

Tejer la vida colectiva

A lo largo del relato del recorrido de afrontamiento de las violaciones de derechos humanos, las mujeres entrevistadas narran cómo, a pesar de haber sido despojadas de sus medios de vida o arrancadas de los lugares donde ellas desempeñaban un papel en el tejido social y comunitario, su capacidad de tejer relaciones les ayudó a rehacerse como mujeres, recomponiendo a su vez el entramado afectivo cercano y participando muchas veces en organizaciones y proyectos comunitarios. Entre las mujeres que dieron su testimonio, más de una de cada tres mujeres se organizaron para defender sus derechos (35.9%; n = 335) o hacen parte de alguna organización de mujeres (34.6%; n = 323).

Ese retejer las relaciones se dio a veces a través de grupos o corporaciones que dieron apoyo a las mujeres víctimas. Numerosas veces ellas encontraron nuevas relaciones y espacios de actuación en grupos de mujeres o entidades de defensa derechos humanos que les ofrecieron acompañamiento y formación.

Hablé con un sacerdote y él me orientó y me decía que la vida seguía, que había que seguir luchando, y los de Justicia y Paz también. Ya me comencé a integrar a esas capacitaciones, y uno como que comienza a tomar ese rumbo, que una es víctima, que hay otros pueblos que sufren más que uno. Entonces uno comienza a

integrarse, y la cosa comienza como a cambiar, no a olvidar, pero da un cambio. Peruanza de Garzón, Huila, 2006, P.859.

Yo estaba sola hasta que encontré a esas personas y me llevaron a conocer a otras más. Y me dio mucha alegría, me solidaricé mucho compartiendo como con ellas ese dolor. Yo sé qué sentía esa mamá y ella sabía qué sentía yo, y eso me alegró porque ya no estoy sola, ya somos un grupito, así seamos poquitas. Y qué bueno, que la voz de una llegue a otra y que sean muchas, porque si no van a seguir abusando de nosotras. Zarzal, Valle del Cauca, 2005, P.599.

De estas experiencias surgieron un buen número de grupos de mujeres que pusieron en marcha desde actividades productivas a asociaciones con finalidades culturales, de apoyo a otras mujeres o en los que proyectaron sus deseos de cambio.

Entonces todas pensamos que el nombre fuera Mujeres Creativas con Esperanza. Entonces yo llegué a pensar: “creativas”, nosotras creamos, pensamos, trabajamos, nos movemos por ahí eso sería como el crear. Y con “esperanza”, porque nosotras alimentamos la idea de que algún día nosotras salgamos de este trauma, de esta situación, eso fue lo que yo pensé. Argelia, Antioquia, 1990, P.85.

Para muchas de las mujeres entrevistadas el encuentro con otras mujeres supuso un cambio importante en sus vidas. La creación o la participación en grupos de mujeres ha sido un modo de hallar apoyo y darlo, de crear espacios para compartir la experiencia y darle sentido.

Yo llegué a ese grupo como desubicada porque yo no tenía amigas, no tenía nada. Yo era una mujer muy casera, muy esclava del marido. Yo no podía salir tenía problemas con el marido: que las mujeres en la calle aprendían muchas cosas y que la mujer tiene que ser de la casa y no sé qué. Hasta que empecé a estar en reuniones, en talleres y entonces esta mariposa como que al sol vuela y dejó atrás la esclavitud. Medellín, Antioquia, 2002, P.88.

Espacios en los que han adquirido instrumentos para repensarse y repensar sus vidas, para entender los mecanismos de subordinación de las mujeres, han experimentado la fuerza de actuar juntas y se han comprometido con otras para intervenir.

Trabajamos para que la mujer reconozca cuándo hay violencia en su casa, para que la mujer reconozca que tiene unos valores y que la sociedad, el marido, sus hijos, tienen una obligación con ella. Entonces, es simplemente eso, que las mujeres que son empujadoras de la casa, pero que también sean respetadas. Granada, Antioquia, 1999, P.895.

Las que marchamos y nos unimos a fines de año nos reunimos y hacemos movilización. Día a día se van sumando otras personas. Y cuando hablo del movimiento hay muchas que les gusta y dicen que ¿cómo hacen para unirse? y entonces yo les digo que apenas necesitan es las ganas. Quibdó, Chocó, 2001, P.472.

Entre las mujeres desplazadas la resocialización se dio en muchas ocasiones en el contexto de creación de asentamientos para ubicarse alrededor de las grandes ciudades a las que ellas debieron trasladarse huyendo de la violencia. Como se ha señalado más arriba, en esos procesos las mujeres jugaron papeles clave por su compromiso con el bienestar colectivo y se convirtieron en nudos relevantes de la red de relaciones entre los vecinos y vecinas.

Ya acá en la ciudad era diferente porque yo veía que era difícil a veces conseguir las cosas por la falta de información. Entonces, empecé a colaborarle a la gente en traerles la información y sin pensarlo empecé a ejercer un liderazgo sin nombre. Lo que quiero es que se les respeten los derechos a las mujeres y a la población en general ¿sí? No a base de peleas, ni de violencia, sino con argumentos jurídicos y teniendo bien claro hasta qué punto podemos llegar y en qué punto nos tenemos que limitar. Betulia, Antioquia, 2002, P.708.

En esa implicación de las mujeres en el tejido social hallamos sus deseos de proyectar hacia los y las demás sus aprendizajes fruto de la experiencia vivida; el deseo de revertir en otras personas la ayuda recibida.

Bueno primero como organización seguir trabajando por los derechos de las mujeres; hacer que más mujeres entren y creen conciencia de que nosotras tenemos unos derechos especiales; que las mujeres no se sigan dejando maltratar, que sean capaces de denunciar. Yo por todo lo que pasé del desplazamiento y eso, me he dado cuenta que son cosas que vale la pena conocer porque es que muchas personas por ignorancia mueren o se desaparecen. Carmen de Bolívar, Bolívar, 1996, P.222.

Aunque mi familia, después de haber encontrado a César, me dice que ya no tengo nada que hacer acá. Yo siempre he hecho un trabajo social desde niña y yo sé que las mujeres me necesitan, que los hombres y que todas las familias de los desaparecidos me necesitan y que como sea no puedo botar esto que he construido yo misma. La Jagua de Ibirico, Cesar, 1998, P.711.

Las mujeres muestran empatía con otras que puedan estar viviendo situaciones similares a la que ellas han atravesado y creen que su ayuda es importante como lo fue para ellas el apoyo recibido en momentos de gran aflicción.

Con desplazados, a muchas personas como en mí caso que llegué aquí y no tenía conocimiento ni nada. Nosotros cuando llega alguien aquí, que viene desplazado, nosotros les decimos cuáles son sus derechos, los dirigimos, les colaboramos, los llevamos a las partes para que declaren. Bogotá, D.C., 2007, P.136.

Gracias a muchas cosas que hicieron por mí y que me hicieron ver lo valiosa que soy, por eso estoy acá, para poder de pronto ayudar a otras mujeres a que no les pase lo mismo. La idea no es que nosotras nos callemos, sino que ayudemos entre todas a salir adelante. Pereira, Risaralda, 2003, P.692..

En sus procesos de afrontamiento de las consecuencias de los hechos violentos, y a pesar de los enormes sufrimientos y dificultades que debieron superar, las mujeres hicieron hincapié en la protección y preservación de la vida, su propia vida y la de las personas que formaban parte de su entorno afectivo y relacional. Sus prácticas como sobrevivientes se centraron en reconstruir las condiciones materiales para poder llevar una vida digna, o recuperar la vida buena. Ellas también se esforzaron por retejer lazos comunitarios y colectivos con otras y otros, con la finalidad de sentirse útiles interviniendo para ayudar a otras víctimas o mejorar la vida social. Pero el sentido de su vida como sobrevivientes lo han dado sobre todo los vínculos con las hijas y los hijos; sus mayores empeños se han destinado a que ellos y ellas pudieran tener una vida mejor y un futuro esperanzador.



Capítulo 2.

Consecuencias de las violaciones
de derechos humanos en Colombia

Impactos en la vida de las mujeres

Introducción	83
I. Impactos de la violencia en las mujeres	84
- El mayor impacto de la pérdida de seres queridos: ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas	86
- Relación entre las violaciones sufridas y las consecuencias en las mujeres	87
II. Vivir en medio del miedo	88
- Ese miedo que nos quedó sembrado en el alma	88
- La muerte inminente	90
- El terror ejemplificante	91
- La extensión de la amenaza: incertidumbre y sin sentido	93
- El territorio como fuente de peligro	96
- Las secuelas del miedo	99
- La ruptura de vínculos sociales	101
- La familia como objetivo	104
- No como mujer sino como mamá	105
- El miedo en niños y niñas	109
- Enfrentar el miedo	111
- No hablar, no denunciar	112
- Borrar las huellas	114
- Manejo de las amenazas	116
- Relación con las instituciones y exigibilidad de derechos	117
- El miedo frente al retorno	118
III. Procesos de duelo. Haciendo frente a las pérdidas	120
- Procesos de duelo alterados	121
- En la desaparición forzada	124
- Sin poder expresar el dolor	126
- Imposibilidad de recoger o identificar los cuerpos	128
- La alteración de los rituales	129
- El duelo entre las crueldades	136
- El manejo del impacto del duelo	138
- La relación con los ausentes	139
- Explicaciones sobre la muerte y la desaparición	141
- El duelo en el destierro	142
IV. El impacto que no puede quedar atrás	142
- Reexperimentar el horror	143
- No dejar de pensar	144
- El sueño que deja de serlo	147
- Testigas de la violencia	149

- Buscando un porqué	151
- Camino a la afectación de salud	152
- Tratando de enfrentar la situación	153
V. Tristeza e impotencia en el contexto de impunidad	155
- El fin de una vida	156
- Llorar en silencio	160
- ¿Hay un camino para salir de aquí?	162
VI. El impacto en los proyectos de vida	164
- ¿Qué realidades vivía antes de los hechos de violencia? ¿Quién eras?	164
- Se quebró la vida	167
- El proyecto de cambio social	168
VII. Indignación frente a la injusticia	173
- La injusticia de la guerra	173
- Nunca nos iba a tocar	175
- Entre la responsabilidad y el buen nombre	177
- El manejo de la rabia	179
- El maltrato del Estado: necesidad de reconocimiento	187
- Injusticia en el trato a victimarios y víctimas	190
- Un desafío para el futuro	191
VIII. Los sentimientos del sin sentido	192
- La culpa en la búsqueda de sentido	192
- Mirando hacia atrás	194
- Culpabilizando a las víctimas	197
- Falta de respuesta del Estado como fuente de culpabilidad	200
IX. Impactos en la salud de las mujeres	202
- La vida enferma	202
- Alto estrés permanente y problemas de salud	206
- Dejar de comer	210
- Los dolores que no se pueden expresar	211
- Las secuelas de la violencia indiscriminada y masiva	213
- Hospitalizaciones	216
- Nivel de atención y salud integral	219

Introducción

Yo pensaba que el hombre no era capaz de hacer tanta maldad. Bajo Atrato, Chocó, 1998, P.139.

En este apartado se analizan las consecuencias que las violaciones de derechos humanos y la violencia contra las mujeres han tenido en sus vidas. El análisis del impacto de la violencia es parte de lo que nos acerca a la experiencia de las víctimas. Las violaciones de derechos humanos no pueden ser consideradas como una epidemiología de los hechos, donde se contabilizan los muertos o las violaciones de derechos humanos como una estadística del horror. Todos esos hechos son vidas truncadas, dolores e impactos que deben ser escuchados para tratar de entender el alcance y las secuelas que esa violencia ha dejado en las mujeres víctimas y sus familias y comunidades.

Se analizan el impacto del miedo como consecuencia de la violencia sufrida y las estrategias de terror utilizadas en la guerra y la represión política, con una grave afectación a la población civil y especialmente a las mujeres.

Las víctimas más afectadas según este estudio son aquellas que han perdido a sus seres queridos. Un capítulo aborda los desafíos y consecuencias de estos procesos de duelo alterados desde el inicio por el carácter traumático y súbito de la muerte violenta o la desaparición forzada, su carácter intencional y el bloqueo de muchas de las formas en que las mujeres, sus familias y comunidades han construido en la historia para llevar a cabo esos procesos.

Más adelante se abordan las consecuencias de los hechos traumáticos en las mujeres, el impacto de la tristeza y el dolor, los impactos traumáticos que suponen experiencias de ruptura de la propia existencia y numerosos problemas como recuerdos traumáticos y afectaciones psicosociales consecuencia de la pérdida, la tortura o el desplazamiento. Se abordan también cómo los proyectos de vida de las mujeres quedaron truncados como consecuencia de la violencia sufrida.

Los sentimientos de injusticia y culpa por lo sucedido son otras afectaciones con un fuerte impacto psicosocial en las mujeres y su entorno. Dichas consecuencias deben ser entendidas reacciones normales frente a las experiencias anormales y extremas vividas por las mujeres, pero también nos hablan de la importancia de encontrar un sentido a los hechos, de la dignidad de las víctimas y de la necesidad de reconocimiento y justicia.

Por último se analizan los impactos en la salud de las mujeres. Las secuelas de la violencia se inscriben en el cuerpo de las mujeres dándose numerosas afectaciones a su salud como consecuencia directa de los hechos el empeoramiento de sus condiciones de vida. Dichos impactos tienen secuelas a largo plazo que se siguen dando años después y muestran la importancia de los programas de atención en salud para las víctimas. Además, junto con eso se analizan los problemas graves de salud mental que se han dado en una minoría importante de las mujeres entrevistadas.

I. Impactos de la violencia en las mujeres

Ocho de cada diez mujeres que dieron su testimonio señalaron el enorme impacto afectivo que tuvieron los hechos. También en la misma medida el gran impacto económico, en sus condiciones materiales de vida (80.73%; n=754). Casi en la misma medida, las mujeres señalaron que sus proyectos de vida se habían visto truncados (76.45%; n=714) y un grave deterioro en las condiciones de vida (74.52%; n=696). Además, más de la mitad de las mujeres vieron afectadas sus condiciones sociales (53.43%; n=499).

Con la situación que sucedió pues la vida mía cambio mucho porque, perdí parte de mi trabajo de tantos años y también mi cuerpo deprimido, de no haber podido alcanzar mis metas propuestas debido a la violencia. Riosucio, Chocó, 1991, P.496

Cambió todo totalmente, todo, todo, cambié psicológicamente, socialmente, porque ya yo no soy la misma persona que era anteriormente, en todo cambié, económicamente todo. Samaniego, Nariño, 2001, P.437

Casi la mitad de las mujeres expresaron que la violencia tuvo consecuencias sobre su rol en la vida pública o privada (48.72%; n=455), y en su identidad como mujeres (47.22%; n=441). Este fuerte impacto señalado muestra las consecuencias no solo en su estado de ánimo o su situación económica, sino en su identidad, la percepción de sí mismas o su vida en relación.

Las consecuencias en la salud han sido también muy frecuentes. Más de la mitad de las mujeres entrevistadas expresaron haber tenido alteraciones en la alimentación como pérdida de apetito o insomnio (61.78%; n=577), dificultades para conciliar el sueño o pesadillas. Las secuelas personales más importantes son pues las consecuencias en la salud. Los problemas de salud se señalaron de forma grave en cinco de cada diez mujeres, correspondiendo a enfermedades relacionadas con la experiencia de violencia vivida (46.04%; n=430) y un empeoramiento de la situación de salud como consecuencia. Una de cada tres tuvo dolores físicos inmediatos como consecuencia de las violaciones sufridas tales como tortura y agresiones físicas (29.44%; n=275), pero a largo plazo las secuelas en la salud fueron más graves, siendo señaladas por cuatro de cada diez mujeres con dolores crónicos (39.72%; n=371).

El empeoramiento en la situación de salud en algunos casos llevó a que una de cada cinco mujeres tuviera que ser hospitalizada (19.49%; n=182). Además, las consecuencias en la salud conllevaron discapacidades físicas o sensoriales en un 12.85% (n=120), un 7.07% (n=66) refirió heridas y un 4.18% (n=39) fracturas causadas por la violencia. Casi una de cada diez, un 9% (n=83) expresó adicciones relacionadas con la experiencia vivida.

Respecto su vida y salud sexual, casi una de cada tres mujeres víctimas describe un fuerte impacto sobre su sexualidad (28.91%; n=270), como consecuencia de las violaciones de

derechos humanos. Si bien la frecuencia de violencia sexual es menor (13.2%; n=123) estos datos muestran el fuerte impacto de otras violaciones de derechos humanos, el duelo, estrés y sufrimiento vivido por las mujeres en su sexualidad.

Más de cuatro de cada diez mujeres refirieron separación y abandono como consecuencia de la violencia sufrida (41.86%; n=391) que ha tenido secuelas a largo plazo. Los impactos negativos en su situación social conllevaron una fuerte estigmatización social en casi cuatro de cada diez víctimas (37.69%; n=352).

Respecto al impacto en la actualidad más de seis de cada diez mujeres expresaron sentirse todavía emocionalmente muy afectadas (63.60%; n=594), lo que muestra el impacto a largo plazo de la violencia y las secuelas psicosociales. Así mismo estos datos refuerzan la necesidad de contar con mecanismos de apoyo psicosocial a pesar de que hayan pasado varios años desde los hechos sufridos.

Con el conjunto de las consecuencias descritas se realizó un análisis factorial que agrupó las respuestas en 3 factores²⁹. Estas agrupaciones muestran cómo se asocian las consecuencias en los testimonios de las víctimas.

El primer factor incluye las *consecuencias socioafectivas y en el proyecto vital*, y es referido por el 91.6% (n=856) de las mujeres. En dicho factor se asocian las condiciones afectivas, económicas y en su proyecto de vida. Las consecuencias que conllevaron un deterioro en las condiciones de vida, y en sus consecuencias en su rol como mujeres, en la esfera pública o privada.

El segundo factor, más centrado en *consecuencias específicas como mujeres* incluye el impacto en la sexualidad, la identidad de género, la estigmatización y la soledad o el abandono, y fue referido por un 74% (n= 691) de las mujeres.

Finalmente, el tercer factor hace referencia a *consecuencias en la salud y en el cuerpo de las mujeres* que conllevó tanto lesiones físicas producidas por las violaciones de derechos humanos, y que en ocasiones requirieron de hospitalizaciones, como las consecuencias en la salud y enfermedades que han condicionado y lastrado sus vidas. Este tercer factor fue mencionado por un 79.3% (n=741) de las mujeres.

29 Los tres factores realizados con la rotación varimax explicaron el 46.27% de la varianza. El primer factor explica el 26.37% de la varianza, el segundo factor el 12.10%, y finalmente, el tercer factor el 7.78%. Ver tabla II en el anexo.

Impactos de las violaciones de los derechos humanos contra las mujeres		
Consecuencias socio-afectivas y proyecto de vida	Impactos específicos como mujer	Consecuencias en la salud y el cuerpo
Condiciones afectivas	Estigmatización social	Hospitalizaciones
Condiciones económicas	Identidad como mujer	Discapacidad física o sensorial
Se trunca el proyecto de vida	Sexualidad	Heridas
Deterioro en las condiciones de vida	Separación familiar abandono	Fracturas
En las condiciones sociales		Dolores crónicos
Consecuencias en vida pública o privada		Adicciones
		Enfermedades
91.6%	74%	79.3%

El mayor impacto de la pérdida de seres queridos: ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas

Para ver la relación entre las diferentes formas de violencia con las secuelas producidas, se cruzaron las violaciones sufridas por las mujeres con los factoriales de las consecuencias señalados anteriormente. Este análisis muestra el mayor impacto de las violaciones del derecho a la vida y sus mayores secuelas en la vida de las mujeres.

La pérdida violenta de seres queridos ($r=.095$) supone tener más consecuencias en el plano *socio-afectivo* y *del proyecto vital*, comparativamente con las otras violaciones. También supone sufrir más *consecuencias específicas como mujer*, en su sexualidad e identidad de género, así como de estigmatización o separación familiar o aislamiento social, que se relacionan con tener familiares asesinados ($r=.082$) o desaparecidos ($r=.116$). Igualmente, un mayor *impacto en la salud y el cuerpo de las mujeres* se asocia con tener familiares asesinados ($r=.141$) o desaparecidos ($r=.082$), que supone la mayor pérdida traumática. Finalmente, la percepción de estar todavía en la actualidad emocionalmente muy afectadas (63.60%) se da más en las mujeres que tienen familiares asesinados ($r=.135$) o desaparecidos ($r=.065$). Es decir, las ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas son las violaciones de derechos humanos con mayor impacto y en todas las áreas de vida de las mujeres.

Relación entre las violaciones sufridas y las consecuencias en las mujeres

Por otra parte, se cruzaron los dos factoriales (violaciones e impactos) o formas de agrupar tanto los hechos violatorios como las consecuencias en las mujeres.

La comparación global de las violaciones con las consecuencias sufridas mostró que el mayor *impacto socioafectivo y en el proyecto de vida* se relaciona con haber sufrido violaciones asociadas al primer factor de *hostigamiento y destrucción* (atropellos, amenazas, vigilancia o requisas) ($r = .218$). También dicho impacto se relaciona con haber mostrado más consecuencias en los otros dos niveles, tanto en el plano físico de *secuelas en la salud y el cuerpo* ($r = .353$) como en el *efectos específicos como mujer* ($r = .359$).

Más *consecuencias específicas como mujer*, en su sexualidad e identidad de género, así como de estigmatización o separación familiar o aislamiento social se relaciona con haber sufrido *hostigamiento y destrucción* asociadas a atropellos, amenazas, vigilancia o requisas ($r = .203$), *torturas* ($r = .160$) o *violaciones contra el derecho a la vida* ($r = .098$). Es decir, las consecuencias como mujer están ligadas al conjunto de las violaciones de derechos humanos sufridas. También las consecuencias y efectos como mujer están relacionadas con más consecuencias en el plano socio-afectivo ($r = .359$) o físico ($r = .330$), lo que significa que se asocian las secuelas en el cuerpo y enfermedades a las consecuencias y efectos como mujeres.

Igualmente, un mayor *impacto en la salud y el cuerpo de las mujeres* se asocia también con haber sufrido *hostigamiento y destrucción* y las violaciones asociadas a atropellos, amenazas, vigilancia o requisas ($r = .186$), *torturas* ($r = .164$) o *violaciones al derecho a la vida* ($r = .141$) y con más consecuencias en los otros planos ya descritos. Es decir, también dichas consecuencias en la salud y el cuerpo se asocian al conjunto de las violaciones descritas, reafirmando la importancia de dichas consecuencias en la vida de las mujeres.

Finalmente, estar todavía en la actualidad emocionalmente muy afectada (63.60%) se relaciona con el *hostigamiento y destrucción* de haber sufrido violaciones asociadas a atropellos, amenazas, vigilancia o requisas ($r = .126$), *torturas* ($r = .116$) o *violaciones contra el derecho a la vida* ($r = .098$).

También las mujeres que se encuentran emocionalmente más afectadas en la actualidad refieren *más consecuencias socioafectivas* en sus vidas ($r = .302$) y en la *identidad como mujeres* ($r = .373$) y en el *plano de la salud y el cuerpo* ($r = .295$).

Asimismo, se encontró una correlación negativa entre haber sido desplazada y estar en la actualidad aun emocionalmente afectada ($r = -.092$), lo que parece indicar una mejor situación emocional en las mujeres desplazadas que fueron entrevistadas para el estudio que el resto de las mujeres que siguen viviendo en medio de la violencia.

II. Vivir en medio del miedo

Me tocaba dormir en la casa de los vecinos por el miedo, porque amanecía la casa con un poco de flores y me decían que me iban a matar. Entonces yo desplazé a mis hijos. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

Ese miedo que nos quedó sembrado en el alma

El impacto más repetido en los testimonios de las mujeres es el miedo. Un miedo permanente a consecuencia de los eventos violentos o de las situaciones asociadas con el conflicto y presentes en los territorios que habitan. Un miedo que se asocia a la desesperación, la angustia y la impotencia frente a una situación incontrolable que amenaza y golpea sus vidas.

Un desespero, angustia de no poder hacer nada para devolverle la vida a alguien que uno quiere, ese dolor se queda mucho tiempo en el pecho y los sustos, porque por cualquier cosa uno está alerta de pensar que van a colocar otra bomba en cualquier parte. La Hormiga, Putumayo, 1998, P.548.

Ser testigo de los hechos o del dolor de otras mujeres y familias, hizo que en muchas comunidades con casos de ejecuciones extrajudiciales o desapariciones forzadas, la extensión del dolor llevara a una situación de terror.

Pues duro para mí, eso es una cosa dura que uno mirar los vecinos, las mamás llorando, cosa aterradora, entonces yo seguí otra vez, tres años más aguantando... San Antonio Getuchá, Caquetá, 2000, P.549.

Uno de los impactos más negativos del miedo es la inseguridad permanente que supone en la vida de las víctimas. Después de sufrir hechos traumáticos, el miedo a la posibilidad de nuevas amenazas y violaciones se cierne sobre la vida de las víctimas. En las comunidades directamente afectadas por el conflicto armado, en ningún caso las mujeres señalaron contar con medios de protección o defensa del Estado. Más bien el Estado se convirtió en parte del problema considerándolas bajo sospecha o como parte del enemigo. O alguien ausente frente a la dinámica marcada por quienes controlaban el territorio o hacían incursiones en las comunidades.

Uno queda como marcado de uno sentirse así, como ya los veía a ellos o veía un grupo y ya no se sentía seguro, por eso fue que más bien cerré los ojos y me vine de por allá. Corregimiento Belén de Bajirá, Antioquia, 1992, P.19.

El sentimiento de inseguridad se traduce en aislamiento. Mantenerse lejos de todo y de todos es un indicador del nivel de terror sufrido, lo que hizo que las mujeres dejaran de participar en actividades de la vida comunitaria o en organizaciones sociales.

Yo ya no me sentía muy segura, estaba en un grupo por ejemplo y ya tenía miedo siempre me quería ir por miedo, como que uno tiene algo de persecución. No me sentía estable en ninguna parte, empecé a decaer, uno como que no estaba en ninguna parte, no quería salir. Corregimiento Belén de Bajirá, Antioquia, 1992, P.19.

Esa percepción de vulnerabilidad extrema se traduce en las mujeres en una vivencia de mayor riesgo por el hecho de ser mujeres.

Al ser mujer piensas que te van a hacer más daño o que eres más vulnerable a que te hagan más daño. Creo que esa afectación emocional fue fuerte para esa época. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

A mí me da hasta temor la violencia social, de que te roban en la calle también. Es impresionante. Este país, para nosotras las mujeres, resulta muy inseguro, en toda parte... A raíz de eso, como que, yo siento temor, como que todo el tiempo estoy como insegura en la calle. Solo uno se siente seguro en su casa, y se encierra, pero el tema no es encerrarse. Vereda el Manco, Huila, 2005, P.874.

Las reacciones corporales, el sentimiento de angustia y nerviosismo permanente, interfieren también en cualquiera de las cosas que nos hacen sentir bien o recuperarnos en la vida. Los afectos, la alimentación, el descanso o el sueño se vieron interrumpidos en la mayor parte de los casos. Estos impactos del miedo y la sensación permanente de incertidumbre, suponen un estado de alerta siempre presente en los testimonios de las mujeres afectadas.

No dormía, no comía bien sino que yo era inquieta, los nervios, la niña herida de los nervios, el niño. Me sentía muy intranquila, todo me tenía intranquila por lado y lado. Y yo lo mismo, sin saber qué me iba a pasar. Puerto Berrio, Antioquia, 1999, P.21.

Muchos nervios, paralizada dormida, como encalambrada, como entumecido el cuerpo. ¡Una cosa más maluca! Yo no sé. Puerto Berrio, Antioquia, 1999, P.21.

Otro de los impactos vinculados con el miedo es el sentimiento de persecución, la sensación de que en cualquier momento pueden suceder de nuevo actos de violencia y un estado de alerta permanente. Esa alerta, que es un mecanismo de protección frente al peligro, pierde su función defensiva cuando se convierte en un estado tal que genera enormes consecuencias negativas en la salud y la vida de las mujeres. Un tiempo especialmente vulnerable en los relatos de las mujeres es la noche, que pasa así de ser un tiempo de descanso y recuperación, a convertirse en fuente de tensión permanente. El lugar de la vida convertido en territorio del miedo

Mi hija venía en embarazo y ella se mantenía asustada y preocupada, nerviosa. A veces ni dormíamos porque nos daba miedo que de pronto llegaran a tocar la puerta. Barrio Miraflores, San José del Guaviare, 2007, P.35.

En mi salud, entré en un choque demasiado nervioso, tanto yo como mis hijos de todo sentíamos miedo, y llegamos a una etapa que le teníamos miedo a la oscuridad. Ya llegar para nosotros las seis de la tarde ya era algo... o sea, ya nos entraba como ese desasosiego, mirar hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia al frente, hacia atrás de pronto no estuviéramos perseguidos o algo. Eso fue fatal, fatal. Callo Embarrado, El Castillo, Meta, 2002, P.152.

En ese estado de alerta, cualquier detalle o ruido se hace sospechoso y se transforma en el signo de que algo malo puede suceder. Muchos de esos signos están asociados al modus operandi de los perpetradores.

Qué cambio en mi vida eso, tener la guerrilla de aquel lado. Así que imagínate, aquí la gente todo lo tenía que hacer era con miedo. Tú sentías una moto y tu decías ya vienen a matar, sentías un carro entrar y ya vienen a matar. O sea eso fue horrible, horrible. San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 1999, P.203.

La muerte inminente

La incertidumbre permanente en las zonas de conflicto se refiere en muchos testimonios como una sensación de muerte inminente, o la muerte como una amenaza sobre la gente en cualquier momento. Esa angustia, alerta y temor suponen un desvalimiento frente a lo que puede suceder sin aviso. Las mujeres no relataron otros medios propios de protección que aislarse o esperar, mientras en muchos casos tuvieron posteriormente que huir como única salida.

De lo más horrible en la vida es que usted esté así, con un desasosiego, con una cosa que si usted cree que la van a matar, entonces usted se siente como oprimida, una cosa aquí tan grande. Corregimiento Piamonte, Caucasia, Antioquia, 2005, P.201.

Algunas mujeres incluso dan cuenta de un sentimiento de pérdida de interés por la vida como consecuencia del miedo. El miedo extremo, más allá de la amenaza vital supone, para esas mujeres un sinsentido tal de la vida que refieren el deseo de morir, para evitar seguir viviendo lo que pasa a su alrededor o en sus familias.

Bueno la verdad es que a mí se me bajó tanto la moral como mujer que yo ya ni quería seguir pa'lante, quería morirme, porque la verdad es que mantenía un miedo que yo no lo soportaba, todo lo que veía era la muerte. Cucal, Bolívar, 1996, P.202.

El miedo y las amenazas cotidianas, limitan las actividades básicas y suponen una situación de desánimo y tristeza.

Uno iba pasando y se encontraba la balacera, y uno tenía que devolverse, con dos o tres muertos en el camino. Ya uno se ponía triste y así se le quitaban a uno

las ganas de trabajar. Trabajaba uno con miedo y todo eso, y así sucesivamente pasaba. Bolívar, 2005, P.205.

En otros casos, el sentimiento de impotencia frente a las amenazas o impactos sufridos y la inseguridad generaron un fuerte impacto psicológico, sentimiento de pérdida y tristeza permanente, incluso un cuestionamiento de sí mismas entre las mujeres.

Como mujer, me sentía como impotente... tenía como el temor de que me iban a matar a mí. En ese entonces muy débil, impotente, por eso me vi en la necesidad de que me baje la autoestima, estaba muy deprimida y me tocó salir de la comunidad. Arjona, Bolívar, 2001, P.237.

El terror ejemplificante

La extensión del miedo como una estrategia de control social en el conflicto armado interno colombiano ha superado, como indica el testimonio citado, no solo la lógica incluida en el Derecho Internacional Humanitario, con sus reglas de protección a la población civil o la “prohibición” de atrocidades. También ha cuestionado el sentido de humanidad de los perpetradores y llevado hasta el extremo el sinsentido de la guerra.

Y nosotros con ese temor y ese miedo, y decíamos: “Pues, hasta aquí nos llegó ya el día... aquí nos vamos a morir todos”. Y como cuando esa gente llega es a acabar con todo, hasta con el nido de la perra... Vereda Siberia, Corinto, Cauca, 2010, P.314.

Las descripciones de las mujeres sobre el actuar de los actores armados en sus territorios de vida muestran un modo de acción cruel, violento y repetido que, una vez cometida la acción, puede regresar a repetir la destrucción. Este temor permanente supone un contexto de arbitrariedad, donde la persona no puede protegerse porque percibe que cualquier acción que lleve a cabo no tiene capacidad de disuadir a quien golpea.

Esa gente no tiene piedad. A ellos usted les puede clamar, se les puede arrodillar, usted les puede hablar... ¡Bendito mija!, eso lo mechonean a uno, esa gente es mala. Esa viejita murió al poquito tiempo, de las 14 personas que yo le digo. Resguardo Mosoco, Páez, Cauca, 1986, P.302.

Esta aparente irracionalidad de la violencia con atrocidades y crueldades terribles, tiene sin embargo una racionalidad interna. La de transmitir una idea de control total y de que el otro está en las manos del perpetrador. La idea del desprecio máximo por la vida y por los muertos.

Yo me desplacé porque se metió la guerrilla y uno allá vivía con mucho miedo, porque uno que no estaba enseñado a estar viendo esos muertos así, esas cabezas

de muerto, yo pues vivía con mucho miedo y yo por eso me desplacé de allá. Bogotá, D. C., 2007, P.126.

La sevicia es uno de los actos que más terror transmite a los sobrevivientes y familiares, como una extensión paralizante del destino que les espera, y una forma de tortura psicológica sobre el sufrimiento de la persona asesinada y de anticipar su propio sufrimiento si no siguen las órdenes.

Pero siempre a uno le daba miedo por allá mataron tres, o sea, los picaron, esa gente a esos tres los picaron, los enterraron en un mismo hueco, todos picados y entonces a nosotros nos dio miedo. Casi la mayoría de la gente, porque toda esa gente se salió y quedamos nosotros solos. El Cedral, Neiva, 2011, P.177.

Y ahí quedaba la carne así moviéndose. Como cuando pican leña así que amontonan encima los brazos, las piernas, así. Roncesvalles, Tolima, 2000, P.184.

Estas atrocidades tienen un enorme impacto en los sobrevivientes y en la sociedad, dado que transmiten un poder omnímodo y generan un horror que paraliza. En algunos casos, las acciones pueden ser vistas como realizadas por sádicos que sacan placer patológico de hacer sufrir al otro.

Son, en todo caso, mecanismos de deshumanización entrenados y reforzados por las prácticas de control de grupos armados, especialmente en Colombia por parte de grupos paramilitares, como en este caso donde al terror se suma el desconcierto y la burla del sufrimiento de la mujer.

Entonces llegó el paramilitar y me dijo: “que saludes le dejó su marido, que se acabó despedir de este mundo”. Y riéndose dijo “la niña la dejó donde una evangélica, que vaya por ella, usted a buscarla”. Me dijo así. Entonces yo, yo no supe dónde quedé, yo me quedé... no, yo no supe, yo no supe, yo me quedé como hipnotizada, yo no hallaba si preguntarle a él... cómo lo habían matado, ni nada, ¡no! yo me quedé como... como hipnotizada. Roncesvalles, Tolima, 2000, P.184.

Esas atrocidades tienen un efecto paralizante, utilizado de forma intencional y mostrando no solo el poder sobre la vida de quienes tienen las armas, sino el grado de deshumanización al que han llegado.

Las mujeres no pudieron hacer nada porque les dio temor. Eso por más que sea uno, cuando uno no sufre en carne propia las cosas... está como quietico más bien. Murillo, Tolima, 2010, P.144.

Pasándose de bando

En algunas ocasiones miembros de los grupos armados pasan de un bando al otro, lo que hace la situación más peligrosa para las víctimas y poblaciones afectadas, dado que cualquier contacto supone la posibilidad de una futura nueva amenaza, más aún cuando existe tanta “movilidad” entre los diversos actores armados.

Este tipo pues al final, en esos días, ya habían más denuncias sobre el tipo, entonces la guerrilla lo llama a juicio y el tipo huye, entonces ya no me extorsionaron más, el tipo huye, entonces después es que apareció con un comando de las AUC, que se metió allá. Este también fue un hecho que me tuvo preocupada y sobre todo sin saber qué hacer, porque pues dependía de la plata. Si no entregaba el dinero, perdía mi vida, y la de mis hijos y mi hija. Corregimiento Bayano, Bolívar, 2000, P.218.

La extensión de la amenaza: incertidumbre y sin sentido

La incertidumbre impide continuar con la cotidianidad e introduce un temor permanente sobre la seguridad propia y de los seres más cercanos. La casa, vecinos y territorio adquieren un halo de riesgo porque de cualquier lugar o persona puede provenir el peligro. Se trata de una de las ideas más potentes para inhibir la acción, interrumpir la cotidianidad, atemorizar y someter las voluntades.

Yo si vivo ahí con los otros pequeños, pero con mucho miedo y mucho temor porque uno no sabe qué día les dé las ganas de volver a hacer lo mismo con cualquiera de nosotros. Chigorodó, Antioquia, 2001, P.56.

Muy triste, porque en esos casos uno vive muy acongojado y con miedo que vengan a abusar con nosotros también, muchas cosas. El Castillo, Meta, 2005, P.130.

Las mujeres insisten en la dimensión personal, la más íntima de las emociones, afectos, sentimientos, producidos por el trauma en sus vidas que implica el acontecimiento violento. El acto violento, que supone en muchas ocasiones el abandono de los territorios, básicamente altera la vida de los afectos. “A uno le cambia la vida” es una de las expresiones con las cuales las mujeres dan cuenta de los efectos que en diversos aspectos, suscitan las violaciones de derechos humanos.

Los efectos traumáticos se hacen notables en la pervivencia del suceso en la memoria, en la imposibilidad de hablar del mismo, en el sentimiento de permanente amenaza.

Ya no veo la vida como la veía antes, ya para mí todo es temor, ya yo no salgo de noche, ya me da temor salir a la calle, me da pánico todo. Yo veo un uniformado y para mí es como si se me acabara la vida en ese instante, me siento mal psicológicamente. Medellín, Antioquia, 2002, P.83.

Del tema no podía hablar. Ahora es que hablo del tema, porque cada vez que hablaba de él me ponía a llorar, me ponía muy nerviosa. No salía a la calle por miedo. Florencia, Caquetá, 2003, P.108.

Sentimientos de desconcierto e inseguridad se hacen notables en buen número de los testimonios. El desconcierto viene de la falta de sentido de proporcionalidad o de poder dar sentido a la arbitrariedad de la violencia en sus vidas. Especialmente en las zonas de conflicto armado, la inseguridad se extiende en todas las áreas de la vida.

Entonces esa violencia hace que...desconcierta a uno, lo traslada a vivir como todo nervioso, inseguros de tener una tranquilidad. Guaquira, Putumayo, 2007, P.132.

Las mujeres que dieron su testimonio relataron una y otra vez, y en todas las regiones del país donde se tomaron testimonios, el quiebre del sentido de seguridad y de las creencias básicas que nos permiten estar en el mundo. Aquellas que ven un sentido de proporcionalidad en las acciones, que suponen que el otro no es directamente una amenaza o que el mundo es algo con propósito y con sentido.

Después de los hechos no hice nada porque a mí prácticamente se me fue el mundo. Bogotá, Guaquira, Putumayo, 2007, P.132.

El fuerte impacto del terror cuestiona la validez de esas creencias o presunciones y genera un estado de zozobra con la intencionalidad de controlar la población y el territorio.

O sea, yo creía que eso nada más le pasaba a gente que se las debía, pero es que uno, sabiendo que uno no le debía nada a nadie, entonces uno piensa: “Estos hijuemadres son muy animales, por qué primero no averiguan bien, para uno poder...para estar seguro, y no tirar. Es que la sorpresa es saber que le tiran a uno la puerta, y que no tiene tiempo sino de sentarse, y uno temblando ahí ya parado, ya no había posibilidad de nada. Belacazar, Cauca, 2009, P.302.

De la extensión de la amenaza a la violencia indiscriminada contra cualquiera ya sea por desobedecer sus mandatos, por estar en el lugar considerado sospechoso, por cerrar la puerta, por abrir las ventanas o por cualquier otra razón absurda.

Entonces cuando ya duraron como dos horas en eso, ahí mismo llegaron y claro uno del miedo cerraba las puertas y ahí comenzaron a darle patada a las puertas, que abrieran, y uno con semejante... “y métase debajo de las camas y cúbrase con los colchones”, nos decían “ustedes ¿por qué se encierran?, ustedes algo deben”. Barrio Nelson Mandela, Cartagena, Bolívar, 2004, P.271.

Un caso especialmente duro es el de las personas que fueron testigos de hechos de violencia. El miedo en estos casos viene no solo de las imágenes aterradoras de lo sucedido, sino del hecho de que son consideradas las siguientes que pueden ser asesinados para evitar que se conozcan o se denuncien los hechos.

Nosotros le contamos el caso a un familiar y él nos ayudó a conseguir una casa en invasión, o sea, sobre todo por proteger a los niños. Ya estando... en Cimitarra, nunca nos llegamos a ver así de frente pero, siempre el miedo, porque eso es como usted llegar y en este momento mirar que alguien que mató, y usted sabe quién fue el que lo mató. Entonces obvio que eso le van a cargar el tique a usted. Bogotá, D.C., 2007, P.195.

En otros casos esa extensión se dio con el uso de listas con nombres de personas a ser asesinadas, confeccionadas por los mismos perpetradores o sus informantes, y que extienden la amenaza hasta los aspectos más íntimos de la persona.

Siempre eran los paracos, que los paracos decían, que mira que los paracos mataron en tal parte a fulano de tal, o que mira que es que allá los encontraron en tal camino, o que vayan al cementerio para que reconozcan ese montón de cadáveres, como cuando llamaron que se murieron esas 14 personas. Entonces uno era ahí, todo pendiente... es que uno hasta miedo le daba salir ese día. Oriunda, Zambraño, Bolívar, 2001, P.296.

Ya estaba el rumor de que andaban los paras y que, todo esto de que andaban con una lista... Y entonces, pues uno está con temor, porque llegaron mucha gente, al que no le quitaban los carros, le quitaban las motos y se las llevaban. Entonces... Dagua, Valle del Cauca, 2000, P.863.

En otros, el ataque indiscriminado se dirige contra toda una vereda o comunidad, por el hecho de ser de tal lugar controlado por otro actor armado. Estas acciones se han dado también en la extensión del terror por parte del ejército colombiano.

Uno estaba pues, en la casa, por ejemplo, yo estaba así sentada en la casa, cuando el helicóptero bajaba bombardeando, tiraban bombas por ahí en partes donde pues... no sé si les tirarían a la guerrilla o no le tirarían bombardeo, bueno, y enseñada ese miedo que uno mantenía que ya el Ejército bajaba, porque la bulla era que el Ejército iba a bajar e iba a acabar con el campesino. Algarrobo, Villanueva, Bolívar, 2005, P.297.

La persistencia de los rumores, ya sea como fenómenos de comunicación grupal que se aceleran y distorsionan en contextos de violencia o por el uso de dichos rumores como una forma más de amenaza contra la gente, ha generado también un enorme impacto en las mujeres y sus familias.

El miedo, sí, porque nosotros ya hemos escuchado rumores que ellos se mantienen todo el tiempo, y que mantienen rondando y vigilando, y que de un momento a otro, pues también andan con listas y fotografías, entonces ese es el temor de nosotros, es el temor ¡Mucho!, porque inclusive esta semana tuve una compañera que también fue amenazada y todo, y ella me dice: "Esa gente no perdona, esa gente cuando... deja pasar el tiempo y cuando menos piensa ¡Tenga, lleve! y no

vuelven a avisar. Ellos ya no avisan más, ya les avisaron la primera vez, ya la última no, ya el golpe avisa”. Santander de Quilichao, Cauca, 2000, P.316.

El territorio como fuente de peligro

Toda esta situación de alerta permanente, inseguridad, aislamiento o desconfianza como parte de los efectos del miedo, y la propia peligrosidad y estrategias de control de los actores de la guerra, ha convertido en muchos lugares del país la vida de la gente, y su relación con el territorio, en una fuente de peligro. Hay toda una resignificación de los lugares y de los espacios sociales que se convierten así en marcados por la violencia.

A mí me parecía que esa gente iba a llegar por mí y me iba a matar, yo allá con mis dos hijos, yo le pedía mucho a Dios y ese día el bus me parecía una eternidad que se demoraba en pasar, yo era ese miedo, ese miedo que a mí me parecía que iban a venir por mí y me iban a llevar. Castilla, Meta, 1998, P.160.

Demoré tres meses así con esa psicosis que yo iba caminando y a mí me parecía que alguien iba detrás, y yo miraba para atrás, así demoré tres meses, que gracias a Dios tuve que ir a psicología y todo eso. Montería, Córdoba .1996, P.160.

Pienso que algún día esa gente me llegue a encontrar a mí, o a mis hijos, entonces yo todavía me da mucho miedo e inclusive en este barrio que es tan inseguro, no hay autoridades, ni nada, solamente Diosito que es el que nos protege. Roncesvalles, Tolima, 2007, P.187.

Los caminos en donde hubo capturas o ejecuciones, el lugar donde quedaron los cuerpos, la Iglesia donde fue el atentado, la escuela utilizada como centro de torturas. Esas y otras circunstancias frecuentes en la guerra han cambiado la relación con el territorio de una buena parte de la población, especialmente de las víctimas del conflicto. El propio territorio se vuelve fuente de peligros y riesgos por la presencia de actores armados en disputa. Si bien en algunos lugares esa presencia era de vieja data, no se daba en la dinámica de disputa y afectación a la población civil posterior. Dicha presencia y acciones, lo constituye en extraño y ajeno. La resignificación a causa de su crueldad, se extiende al territorio mismo, y el hecho de vivir en él genera un sentimiento de terror.

Pues cuando... a mi papá lo mataron, vuelvo y le repito, fue algo que me dejó a mí desubicada, totalmente porque uno siente miedo, ya de por sí uno sentía miedo, uno no podía dormir, sentía en las noches esas balaceras, esas cuestiones, esos gritos. Eso que todos los días amanecían muertos, descuartizados, mejor dicho gente vuelta nada. Sentía uno miedo ;solamente por vivir ahí ya sentía miedo! Coyaima, Tolima, 2009, P.142.

Hay una transformación del territorio como fuente de vida al del peligro cuando acecha la guerra, y al territorio marcado por el terror cuando se es objeto de los actos violentos. Este

carácter de territorio de peligro insospechado, impredecible y desconocido, se traslada frecuentemente a la ciudad u otras zonas, tras el desplazamiento o la huida.

Estamos enseñados al campo donde todo es libre, llegamos a acá a una ciudad donde uno no puede ni salir, porque me daba mucho miedo que me quitaran los niños, y todavía me da mucho miedo, o sea nos afectó mucho. Vereda San Cristóbal, San Jacinto, Bolívar, 1989, P.214.

Aquí uno se siente como más extraño, la libertad de los niños, todo, uno también, porque yo duré como unos 6 meses que yo no salía, yo no salía ni al parque ahí, nada, yo no salía, a mí me daba miedo. Retiro Nuevo, Bolívar, 2001, P.246..

Lo que pasa es que como acá uno se mantiene encerrado no le matan, pero yo sí temo diariamente. Cualquier cosa le puede pasar a uno. Riosucio, Chocó, 1997, P.250.

También la cotidianidad y los hábitos se alteran de manera considerable a consecuencia del miedo. Lo que en otros momentos eran hechos de la vida cotidiana normales, quedan marcados por el significado que tienen para los actores armados que controlan el territorio y se convierten entonces en cuestiones a evitar o dejar de hacer, para evitar ser nuevamente objeto de violencia.

Uno siente que le afectan porque ya uno no sigue siendo lo mismo. Se levanta con más temor, ya no sale a la calle, no sale uno a caminar por ejemplo el domingo. Siempre uno acostándose temprano, no prendiendo el radio porque si iban a coger a alguien y escuchaban los radios, llegaban a mirar quién estaba despierto, entonces no podía haber luces prendidas, nada. Entonces todo eso lo llenaba a uno de miedo. No podía gozar lo mismo, ya se mantenía con ese temor a toda hora, así donde estuviera. Mi casa era al aire libre, para mí fue muy tenaz porque yo decía, a qué horas llegan y me matan aquí. Buenos Aires, Cauca y Montería, Córdoba, 2003, P.353.

El sentimiento de ser perseguida perdura aun cuando se abandona el territorio donde sucedieron actos violentos o en el cual se fue víctima de uno de ellos. La amenaza del territorio y las percepciones de las mujeres se trasladan con ellas. Los nuevos territorios de desplazamiento pueden ser también lugares de control o de otras dinámicas del conflicto, en la que se reproduce el impacto del miedo.

Mucho desespero, y como mucha ansiedad, como el temor, uno siente como que le va a salir alguien, le va a llegar con insultos. Entonces, mandar uno a los hijos a la calle... por ejemplo acá se le ha dicho mucho, no le vaya recibir nada a nadie, si va por la calle que sea rápido y no decir ninguna clase de datos, si lo asedian cuente en la casa todo lo que pase. Como ellos no solamente están allá en esa tierra, ellos tienen mucha conexión... Unguía, Chocó, 2002, P.264.

El temor a ser localizada se sitúa en la misma lógica de tratar de evitar el peligro, pasar lo más desapercibida posible y evadir cualquier situación que puede llevarle de nuevo a ser perseguida.

Me ha tocado estar trasteándome de lado a lado, muy rara la persona a la que le dé la dirección donde vivo, porque me da temor de que lleguen a mi casa, porque vivo con mi hijo menor de 23 años, y me da pavor que le suceda algo más a la familia. Barrio Nelson Mandela, Cartagena, Bolívar, 2003, P.243.

En esos nuevos contextos, las alteraciones en las actividades cotidianas como el trabajo se suscitan, no solo por los riesgos que supone salir a la calle, sino por el temor de dejar solos a los hijos mientras se labora.

Me han afectado porque yo quisiera trabajar como lo hacía en mi pueblo aquí no lo puedo hacer porque aquí me siento insegura aquí, yo siento de que si yo encargo a mis hijos para yo irme a trabajar. Pienso que me le puede pasar algo, no sé, siento como un temor de dejarlos solos a ellos. Pivijay, Magdalena, P.259.

Terror en detalles de la vida cotidiana

Un aspecto que resulta sobresaliente, es la resignificación de los detalles como lugares, objetos o ruidos que antes eran cotidianos, y que adquieren un halo terrorífico a partir del evento violento.

Esa violencia comenzó en el año 2000, de ahí para acá eso fue horrible, esas motorizadas daban miedo. Yo corría a esconderme, y mis hijos también cuando oíamos una motorizada. Turbo, Antioquia, 2002, P.240.

No me gusta escuchar, por ejemplo en la Navidad, cuando echan voladores y tiros al aire, me afecta. Pienso que es lo mismo que pasó en 2000, cuando se tomaron el pueblo y lo dañaron y tumbaron la casa. Hubo muchas de esas cosas allá. Acandí, Chocó, 2006, P.242.

Ella actúa muy nerviosa, oye sonidos de motos y ella queda espantada, como muy asustada, entonces yo sí creo que necesitaría un muy profundo apoyo psicológico. Santiago de Tolú, Sucre, 1999, P.247.

Esos territorios siguen generando miedo mucho tiempo después, cuando algún familiar tiene que desplazarse a ellos. El mantenimiento del conflicto armado y los impactos del terror sufrido conllevan en estos casos un proceso entre las medidas de seguridad, el manejo del peligro y los efectos del miedo, que necesitan comprensión y apoyo mutuo.

Mira que, o sea yo no puedo quedarme aquí en mi casa sola, cuando mi esposo no está, yo tengo que llamar a un familiar para que venga y me acompañe, o sea tengo un miedo terrible cuando mi esposo sale a una vereda, hay ocasiones que me dice: ... yo estoy bien, no canse tanto; pero yo sigo, túbmele, o donde está, o si se hizo de noche. En mi vida no he de volver a la montaña, no, nunca más. El Tambo, Cauca, 2001, P.341.

Las secuelas del miedo

Las secuelas de ese terror se han prolongado en la vida de las mujeres durante mucho tiempo, no solo en las situaciones de mayor peligro en el momento de los hechos. Ya sea por el control territorial de actores armados, o por el impacto a medio plazo de la violencia, el miedo ha acompañado durante años a las mujeres que dieron su testimonio. Las memorias recurrentes e imágenes del terror forman parte de la vida de muchas supervivientes.

Todo lo que veía en mi mente eran esos recuerdos, con decirte que tenía miedo de salir, de hacer una cosa o la otra, porque todo lo que veía eran esos personajes aquí en mi memoria. San Jacinto, Montes de María, Bolívar, 2002, P.284.

Y esos impactos del terror impiden que algunas mujeres tengan una recuperación. La sensación de quedar marcadas o de imposibilidad de recuperarse después de las terribles experiencias vividas, está presente en muchos relatos de las mujeres.

Y uno nunca se recupera de eso porque siempre está porque uno queda traumatizado cualquier, cualquier sonido que se escuche ya uno piensa que o sea que son cosas malas, que a uno le va a pasar algo. Sapzurro, Chocó, 1998, P.288.

Esos impactos posteriores marcan la cotidianidad de las mujeres víctimas, asociando situaciones frecuentes en la vida cotidiana con los hechos de violencia sufridos, generando miedo y sensación de peligrosidad permanente. Además de las estrategias de la guerra y cómo estas utilizan perversamente a la población civil, esos impactos muestran que el miedo termina alterando el sentido de la realidad que se vuelve totalmente amenazante, incluso en aspectos que para otras personas serían considerados menores o sin importancia.

Acá ni en las fiestas uno tiene tranquilidad porque si echan un tiro artificial uno cree que es una bomba y que esa puede ser una estrategia para que en ese bullicio entrase la otra gente. Uno no tiene tranquilidad ni en las fiestas, ni a ninguna hora. Puerto Colón, San Miguel, Putumayo, 2000, P.536.

El sentimiento de persecución se traduce en aislamiento, en una vigilancia constante del entorno. El miedo transforma así la vida cotidiana en una posibilidad de amenaza permanente, especialmente cuando se realizan ciertas actividades como salidas de la comunidad o la casa, o momentos en que la persona se encuentra sola.

A mí me ha afectado demasiado, o sea a veces uno hasta se desespera, uno quiere salir, pero quiere salir con toda la familia, le da miedo dejar... Yo siento miedo, pienso que me siguen, que me van a exigir, que de repente lo van a matar. Vereda Capilla, Samaniego, Nariño, 2004, P.368.

En el pueblo, después de las cuatro de la tarde, ya no podían salir, porque ya eran ráfagas encima. Encontrábamos cocas de bala en el patio de la casa, porque el helicóptero se paraba ahí en un barranco a dar bala. Del ejército, con el avión fantasma, no se podía dormir, era tan bajitas las balaceras, y se sentía el impacto tan duro, que se caían los platos de los loceros, las ollas de la cocina. Eso fue algo que no... no lo supera uno. Granada, Antioquia, 1999, P.895.

Uno de los efectos sociales más negativos del miedo es la desconfianza frente a los otros. Si bien la desconfianza puede ayudar a las víctimas a enfrentar las situaciones de peligro tratando de prevenir nuevos actos de violencia, supone también un indicador del impacto del terror. Por una parte, la desconfianza limita las posibilidades de solidaridad o de relaciones sociales significativas o de apoyo, que se van reduciendo cada vez más, hasta quedarse solamente en el ámbito más cercano de la propia familia. Por otra parte, el contacto con otras personas se vuelve más amenazante y estresante.

Yo ya no confié en nadie yo vivo en una urbanización y a mí me ven salir y entrar. Yo no hablo con nadie. Corregimiento Nutibara, Frontino, Antioquia, 1990, P.57.

El miedo además de producir la huida de los territorios, sustrae las condiciones para el restablecimiento de los vínculos sociales, incluso con los más cercanos. Los actos violentos marcan a quienes habitaban los territorios y se produce el temor de no ser bien recibidos a donde llegan luego de la huida o el desplazamiento.

Después del desplazamiento lo que uno vivió fue crítico sobre todo por ese, ese miedo que nos quedó sembrado en el alma y que hasta hoy todavía tenemos miedo. Teníamos tanto miedo que casi no nos atrevíamos ni a salir a calle a visitar al vecino y si lo hacíamos, lo hacíamos de forma rápida y casi de noche, si nos reuníamos en las tres o cuatro familias que quedamos en cada calle. San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 1999, P.203.

Las reacciones de desconfianza extrema no son solo de parte de las víctimas que han sufrido hechos traumáticos. Forman parte del clima de miedo que se vive en muchas comunidades.

Ese barrio donde yo vivo, en el entorno donde yo estoy, está muy, muy opaco. Muy triste. Yo converso mucho con ellas, y ellas lloran y cuentan, les da miedo hablar. Vergel, Valle del Cauca, 2009, P.888.

El hecho de haber sufrido directamente la violencia puede convocar la solidaridad de otros, pero también la desconfianza es un indicador del grado de penetración del terror. Romper las formas de solidaridad y aislar a las víctimas de su contexto es parte de los

objetivos de una estrategia de terror y control social, pero también el aislamiento como una forma de protección es una respuesta normal frente al peligro por parte de quienes no han sido “directamente” afectados. El contacto con la víctima puede ser visto por otros, como vecinos o amigos, como una fuente de peligro.

Ellos nos dejaron solos porque les daba miedo, les daba miedo ayudarnos, acompañarnos. A las personas, a los vecinos les daba miedo. Clemencia, Bolívar, P.234.

El aislamiento por parte de vecinos y conocidos produce un sentimiento de desamparo. El quiebre de la comunicación y las relaciones de apoyo es un indicador de la profundidad de las fracturas producidas por el miedo.

Nos sentíamos desamparados, porque nadie nos quería acompañar ni nadie nos quería ayudar porque tenían como miedo. Clemencia, Bolívar, P.234.

La ruptura de vínculos sociales

Uno de los efectos colectivos del terror es la ruptura de los lazos sociales. Esa ruptura no tiene que ver solamente con la tensión de la violencia o el clima de inseguridad. En muchos casos en Colombia es parte de un objetivo intencional de romper las dinámicas colectivas o acabar con organizaciones sociales.

Entonces nosotros estábamos muy preocupados, porque en esos días había muchas amenazas, contra muchos compañeros e incluso a la organización a la cual pues yo pertenezco todavía. María La Baja, Bolívar, 2005, P.254.

Cuando llegaron las amenazas de que no podíamos trabajar en las veredas en el pueblo, para nosotros fue muy duro porque las personas que estaban trabajando en la asociación que habíamos conformado, que era la asociación de ganaderos, mataron muchos, muchos socios de ahí. Entonces sentimos miedo, más sin embargo nos quedamos en el pueblo. Granada, Antioquia, 1999, P.895.

Por vínculos sociales entendemos las relaciones con los otros miembros de la comunidad o los grupos de referencia, que proporcionan apoyo social, información, apoyo material o un sentido de vida compartido. La presencia de actores armados y la extensión de actos violentos, sumado a la idea referida por las mujeres de la falta de sentido o proporcionalidad de la violencia contra los suyos, transforman al cercano en riesgoso, y este carácter supone un sentimiento de pérdida de vínculos, de tristeza frente a los hechos y las consecuencias en sus relaciones sociales.

Un efecto de tristeza, de romper cadenas de amistad con muchas personas, porque aprende uno a tener miedo, entonces muchas veces se rompen lazos de amistad porque usted no quiere arrimarse a nadie porque le da miedo que toda persona

que se le arrime le vaya a hacer daño. Entonces psicológicamente lo afecta demasiado a usted y afecta a su familia. Andes, Antioquia, 2010, P.81.

Las mujeres dan cuenta de la vivencia de un riesgo permanente proveniente del otro en tanto no saben quiénes pueden actuar violentamente. La extensión de la sospecha a través del modus operandi de los perpetradores quiebra las relaciones de confianza al interior de las comunidades.

Usted a todo momento usted tiene miedo de todo, ya uno no es sociable, porque ya no soy sociable, ya uno no tiene amigos, porque no sé quién es. Por eso digo que es muy fundamental la familia, la unión familiar, entonces estando reunida mi familia yo soy feliz, así no tenga uno muchas cosas, pero ya uno no es la misma persona que era antes, con muchos proyectos. Cesar, 1991, P.237.

En otros casos, como en el siguiente testimonio, además del control territorial de distintos actores armados, estos pertenecen a la misma familia de la víctima, con lo que las consecuencias de cualquier gesto pueden convertirse en una amenaza cruzada sobre su vida, además de la ruptura de la mínima confianza al interior de dichas relaciones de parentesco.

A raíz de eso yo me vine, cuando salí, a Dios gracias salí, sale uno con un doble miedo, porque se vuela de la guerrilla, sale de allí, y dos pueblos más abajo están los paramilitares, que también son familiares, pero que están en el otro bando. De pronto tal vez uno se ha relacionado con ellos por alguna cosa, así sea porque te hallan obligado y vos estés compartiendo una gaseosa, y te dicen siéntese aquí y tómese la gaseosa conmigo, entonces cuando vos vas a salir, vos ya... Vereda el Manco, Huila, 2005, P.874.

Por ejemplo, la estrategia del Estado colombiano de generar una red de informantes de un millón de personas por todo el país, extendió la sospecha de que cualquiera puede denunciarte y una situación de tensión frente al uso de dichas denuncias para ganar otro tipo de beneficios. Como una forma de mantener a la población bajo su control, tanto la guerrilla como los grupos paramilitares han intentado contar con informantes dentro de las comunidades. Todo ello ha generado en muchas de ellas, una situación de profunda desconfianza en la que el miedo quiebra los lazos sociales y comunitarios.

Uno no sabe estos de qué, de donde son, entonces uno pues vive de la zozobra porque hasta para hablar en la calle o en una reunión es la desconfianza porque uno no sabe con quién está reunido socialmente. Montería, Córdoba, P.86.

Tenemos miedo, vivimos como asustados en el pueblo, aquí andamos caminando, pero vivimos asustados, tememos que nos vayan a ver por ahí y nos vayan hacer alguna maldad. A pesar de que nosotros no sabemos quiénes son ellos, ellos pueden saber quiénes somos nosotros. Belmira, Antioquia, 1986, P.90.

Los vínculos sociales son también la posibilidad de transformar las condiciones de vida. Están vinculados a la lucha contra la injusticia, la mejora de las condiciones de vida o el logro de la participación social y política orientada al cambio social. El miedo se percibe como el mayor obstáculo extendido en el país para ese cambio.

Yo vivo con mi hijo, ahorita, pero con ganas también de marchar, pero no quiero marchar porque yo pienso que Colombia es muy linda y bella, si uno vence el miedo puede hacer algo más. Lo que a veces nos aterra es el miedo, el miedo no nos deja actuar, ni nos deja hacer las cosas para que esto cambie algún día. Co-regimiento Bayano, Bolívar, 2000, P.218.

Incluso muchas mujeres han sido amenazadas por pertenecer a organizaciones de víctimas, como en el caso de familiares de desaparecidos o de personas ejecutadas, en donde son evidentes las responsabilidades de agentes del Estado, quebrando los lazos sociales como consecuencia del miedo y la criminalización de las víctimas.

Le afecta a uno al contorno con sus vecinos, con sus compañeros de trabajo, incluso con sus compañeros de estudio, y todo esto hace que la gente con esta problemática se retire de uno, tengan miedo, porque como para nadie es un secreto de que las madres estamos amenazadas, y yo nuevamente digo, qué triste ver que nosotras, fuera de que somos víctimas, somos revictimizadas. María La Baja, Bolívar, 2005, P.258.

Uno de los efectos del miedo es la desvinculación de los procesos organizativos. Ese es parte del objetivo del terror, cuando se dirige contra personas u organizaciones que tienen un rol social importante en la defensa de los derechos humanos o formas de participación política para el cambio social. Pero también frente a pequeños procesos organizativos considerados un obstáculo para el control social propiciado por los perpetradores.

No me vinculo a nada, no trabajo en lo social en nada, en nada, para bajar el perfil, para evitarme eso, y los señalamientos. Sigo temiéndole a todo, yo no puedo ver nada uniformado porque no sé... sigo con el temor de que de pronto esa fue una detención, y que de pronto después puede ser una desaparición. Pues me da miedo, me da miedo todo eso. Urabá, Antioquia, P.275.

Si bien la mayoría de las veces, la familia aparece como el único núcleo de apoyo en las situaciones más dramáticas, también en los casos de mujeres lideresas, esta puede verse afectada por la polarización social o el miedo. En el siguiente caso, el rechazo de la familia por las consecuencias que mostrar apoyo a la mujer podría traer, fue la causa de un profundo sentimiento de soledad y la huida.

El alcalde se compromete a brindarme unas garantías de protección, pero finalmente yo salgo de ahí, y empiezo pues a esconderme. Lo más triste es que mi familia, todo el mundo me dio la espalda, porque tenían miedo, yo siempre lo he

entendido. Entonces fui y me escondí en Barranquilla, por allá donde unas compañeras, y estuve ahí un tiempo escondida. María La Baja, Bolívar, 2005, P.254.

La familia como objetivo

En contextos donde el conflicto armado ha penetrado en el tejido social de forma importante, las consecuencias de la violencia en la víctima directa se extienden frecuentemente a la familia. Con demasiada frecuencia, en los testimonios de las mujeres la amenaza se extiende hacia otros miembros de la familia, especialmente cuando quieren denunciar, o cuando se muestran acciones de solidaridad con los afectados. El siguiente caso es de una mujer lesbiana, amenazada.

A mí me dijeron: ¡se va y por acá no queremos verla o si no la matamos! ¡Si no asesinamos a su familia! ¡Si no tomamos represalias contra su madre! Por ser lo que soy, homosexual. Por ser lo que soy. Me parece injusto que ellos como paramilitares y guerrilla no tienen por qué tomar esas represalias porque ellos no son nadie para hacer todas esas cosas, yo se los dije en la cara ese día por eso me dieron también tan duro. Bogotá, D.C., 2008, P.198.

Un ejemplo de esta extensión del miedo se da en los casos de amenazas, donde no solo la víctima directa, sino su familia o sus hijos son considerados frecuentemente como objetivo para aumentar el sentimiento de inseguridad y paralizar a la persona. Por ejemplo, las amenazas a defensoras de derechos humanos frecuentemente se extienden de forma explícita o implícita hacia sus familiares, que viven la zozobra del ataque a su familiar, pero también el riesgo de la extensión de la acción como una forma de golpear a la víctima directa.

A esto se debe el miedo expresado por muchas mujeres según el cual a partir del ataque a uno de los miembros de la familia, tienen un temor permanente de que otros de sus allegados sean igualmente objeto de amenazas. Todo ello supone una evaluación permanente de sus condiciones de seguridad y el manejo del miedo frente a un estado de cosas ante el que no cuentan con protección.

Como en abril yo le dije que mejor no se metiera a eso, porque nos siguieron las amenazas, nos mandaron a decir que a él no lo dejaban subir, que ni creyera que iba a negociar el barrio, que ni creyera que iba a llegar a presidente [de la organización], entonces yo escuché en varias ocasiones, y le dije que él seguía en eso, que yo no vivía más con él, porque yo no quería más problemas, que no quería estar huyendo más, ni con tanto temor. Vereda Mundo Nuevo, Bolívar, 2001, P.226.

Las mujeres dan la impresión generalizada, según sus testimonios, de temer más por la vida de los miembros de la familia que por la vida e integridad propia. En todas estas circunstancias son especialmente afectadas, como si dicha afectación fuera proporcional al sentimiento de responsabilidad con sus familias y seres allegados.

Ellos me dijeron que si me veían hablando con él, o me veían reunida con él, veían y me mataban a mi familia. Andes, Antioquia, 2010, P.81.

Tenemos miedo porque así como mataron mi hijo nos pueden seguir matando a nosotros. Porque ese día mataron a mi hijo y mataron al papá, entonces tenemos miedo que nosotros también nos pueden matar, entonces nosotros estamos huyendo. Montería, Córdoba, P, 90.

No como mujer sino como mamá

La familia es el eje de muchas de las reacciones de miedo asociadas con actos de agresión sufridos por las mujeres y las consecuencias de las pérdidas o la violencia. Es el motivo del resguardo, pero también de la disposición de exponerse a situaciones peligrosas si es necesario para salvaguardar al otro, sobre todo a los hijos e hijas.

Yo no pienso si no en ese niño, donde me quiten ese niño vea yo le digo algo que lloro ahí, me expongo a que me quiten mi vida. Porque donde me quiten el único retoño que tengo... ¡hay Dios! Barrio la Cruz, Antioquia, 2010, P.8.

El miedo de que a los hijos les pase algo violento es permanente en las mujeres, lo que se traduce en una zozobra y sentimientos cercanos al pánico.

Yo le tengo mucho agüero, porque tengo muchos amigos que les han matado a los hijos después de estar acostados. Yo salir de mi casa después de estar encerrada ya no salgo. Entonces ella se fue hacer la llamada y no se demoró para sonar una balacera. Yo me bajé de la cama y era aquí pegada: “Dios mío me dejaste sola, pero yo qué he hecho?” y yo sentí que sonó la puerta y que mataron a mi hija, cuando ella me dijo: “no mami soy yo”. Barrio Popular, Medellín, Antioquia, 1998, P.66..

El miedo de las madres por los hijos se hace también notorio en las ciudades. En ese contexto, el miedo apunta a paralizar la vida de los hijos por el temor materno de que algo les suceda cuando salen a realizar las actividades cotidianas.

Yo me pegué una enfermada. Me dio daño de estómago, me dio vómito. Yo no me podía mover de la cama, era en un temblor. Yo le decía no se vaya a trabajar y ella me decía pero como no voy a ir. Se quedaron dos hijas aquí conmigo. Porque a mí me parecía que la iban a matar. Yo le decía: “después de que esté aquí no salga”. Me da unos nervios porque vivimos en un barrio muy horrible. Barrio Popular, Medellín, Antioquia, 1998, P.66.

Estos y otros muchos testimonios dan cuenta de una diferencia sustancial entre el impacto del miedo como mujer y como madre. Es en la actitud como madre, en el sentimiento de amor y de protección de los hijos e hijas, el ámbito en el cual se suscitan los mayores

efectos de miedo y temor por lo que les pueda ocurrir en el contexto de conflicto armado. Las mujeres expresan muy frecuentemente el temor por los riesgos y peligros que corren hijos e hijas, más que por ellas mismas.

Yo tenía una paz y cambió por la intranquilidad... No como mujer sino como mamá, mi estado de ánimo cambiaba, en tal punto que llegó un momento en que yo le dije a Dios "te lo entrego, vos sabrás que haces con él porque yo ya no puedo hacer nada". Porque a los jóvenes por un lado les entra y por el otro les sale, ellos no ven la magnitud del problema. Corregimiento Versalles, Santa Bárbara, Antioquia, 1997, P.74.

Si me van a matar a mí, que me maten a mí, pero pues no a mi familia. Caserío La Bonga, Achi, Bolívar, 2008, P.294.

En ello influye la centralidad de la maternidad para la mayor parte de las mujeres entrevistadas, que se extiende como un intento de protección y preocupación por sus hijos, más allá del lugar de vida. Todo ello incide también en las pautas de comunicación en la familia. Las evaluaciones de lo que contar o no a la madre para no preocuparla, suponen inversamente, una percepción de que probablemente no le cuentan las cosas para que no se preocupe. Si bien esos mecanismos son comprensibles y están muy extendidos en general en la vida cotidiana, también pueden llevar a situaciones en las que la comunicación trata de evitar los aspectos problemáticos, en lugar de abordarlos en una medida que permita tener una mejor evaluación de la realidad o enfrentarla de forma conjunta.

Entonces todos y todas conocemos cómo es el sentimiento de protección y de querer el bienestar para sus hijos y para sus hijas, que hace que mi madre se descomponga mucho, se angustie mucho, el pánico que ella vive, sobretodo porque no puede hacer un seguimiento de nuestra vida porque está por fuera de la ciudad. Y también es el pensar que nosotros le podemos estar mintiendo por no preocuparla a ella, entonces es como la angustia diaria. También es mi abuela, es mi tía, son mis primas, son todas las que me rodean que tienen la misma angustia. Cauca, 2006, P.307.

Una de las preocupaciones que manifiestan algunas mujeres son los efectos que, en términos de creencias y decisiones en los hijos menores, se derivan de los conflictos vividos en los sectores urbanos. La posibilidad de verse involucrado con grupos o pandillas, que puedan llevarles a una implicación en situaciones de mayor riesgo, es vivido con angustia por muchas madres con hijos e hijas adolescentes.

Que ellos se metan a su cuento, que ya cuando sean mayores de edad que ya ellos verán si sí. Uno les advierte las cosas, pero si a ellos les va a gustar esa vaina pues entonces ya, pero como ellos estaban menores... El papá decía que temía mucho porque los muchachos jóvenes son muy atravesados y consiguen amistades que no deberían tener, y entonces él se mantenía psicosiado, y yo también me mantenía muy nerviosa. Barrio Santo Domingo, Medellín, Antioquia, 1997, P.88.

El sentimiento de incertidumbre con los seres queridos se toma las relaciones, sobre todo de las mujeres para con los hijos y compañeros. De manera permanente las habita el sentimiento de que algo puede sucederles, como la muerte y la agresión.

Pero cuando el hombre sale a trabajar, cuando eran como las dos, ya yo estaba que no cabía en mi casa, pensando que de pronto lo mataron, que le habrán hecho... Cucal, Bolívar, 1996, P.202.

Las madres, igualmente, albergan el temor de que algo les suceda a ellas debido a que dejarán a sus hijos solos, alterando su vida, sus relaciones sociales o la búsqueda de satisfacción de las necesidades familiares, cuando por ejemplo salen a trabajar fuera de su casa o a participar en actividades sociales u organizaciones.

En lo primero que yo pienso es en mis hijos, porque qué tal que uno vaya a seguir con eso y que lleguen y pues vengan a buscarlo a uno y lo maten, y dejar mis hijos tan pequeños... Putumayo, 2002, P.397.

El temor a perder a su familia está en la base de sus estrategias de protección y supervivencia, como las que se asocian al desplazamiento. Buscar un contexto algo más seguro, o al menos salir del lugar de mayor peligrosidad para la familia es la motivación central en esos casos, aunque suponga perderlo todo.

Yo dije pues que mejor me voy para el pueblo. Perdí a mi esposo y ahora qué tal que me cojan mis hijos también. Entonces dije mejor me voy y por eso me vine para el pueblo. Orito, Putumayo, 2000, P.514.

El temor por los hijos, es entonces uno de los impactos más notables del miedo en las mujeres. Se podría decir, que conservar la vida de sus hijos e hijas se convierte en un mandato autoimpuesto, en un sentido afectivo y de responsabilidad por los otros, y las mujeres se disponen a hacer lo que sea necesario para lograrlo. Las estrategias de autoprotección en la familia deben considerar algo más que los momentos de estar juntos, para tener reglas claras con los hijos e hijas que permitan tener seguridad sobre el comportamiento que tendrá cada quien en situaciones de peligro. En caso contrario, como señala el siguiente testimonio, la preocupación se extiende frente a cualquier posible circunstancia.

Aquí hay gente muy afectada. Hay niños muy afectados que oyen un tiro y se caen, les da ataque, porque todos esos tiros los tenemos en la mente. Uno estar de pronto desayunando o almorzando o en cualquier momento cuando ¡pum! una bomba, y correr a esconderse. Pero, lo que es en el día por lo menos, imagínese que los hijos están estudiando y yo me estoy escondiendo. Entonces también mi pensamiento está en cómo estarán mis hijos allá en el colegio ¿será que se bajaron?, ¿no será que van a coger por allá una esquirla o algo? Esto es muy, muy duro, duro, duro, duro. Puerto Colón, San Miguel, Putumayo, 2000, P.536.

Además del impacto del miedo, la adaptación a las situaciones de peligro permanente supone también admitir que hay situaciones que no pueden evitar o controlar de tal manera que se garantice su seguridad y protección.

Pero más que todo yo digo me voy a cuidar, pero mis hijos no. Yo tengo una niña estudiando, tengo un nieto de dos añitos y de pronto uno por mucho cuidado que tenga, en cualquier momento se escapa y uno no sabe qué puede suceder. Yo vivo muy afectada en ese aspecto. Puerto Colón, San Miguel, Putumayo, 2000, P.536.

Un miedo específico y que genera una enorme preocupación a las mujeres es el gran temor de que sus hijas sean violentadas sexualmente en el contexto del conflicto. Ese miedo no es genérico, pensando en una posible agresión, sino que se basa en numerosas experiencias vividas por las mujeres en numerosas regiones del país, donde el control de actores armados legales o ilegales, vuelve la vida de las mujeres en una condición de vulnerabilidad frente a los comportamientos violentos y el control de la vida y el cuerpo de las mujeres.

Tengo miedo que cualquier ratico entran, ese es el miedo que yo tengo y pasa que uno tiene las muchachas de así que estén señoritas, y eso que las ven, por eso es que se entran a violarlas. Y yo tengo la muchacha, por ella me da miedo. Samaniego, Nariño, P.338.

En otros casos los miedos por los hijos e hijas es a que sean asesinados o que sean objeto de reclutamiento forzado. También el miedo de que se vean envueltos en un nuevo ciclo de violencia, tomando venganza contra otros o los responsables de la violencia sufrida.

Yo sólo pensaba, en que me llegaran a quitar mis hijos, se los llevaran, me los mataran. Eso era lo que yo más pensaba de mis hijos. Riosucio, Chocó, 1998, P.171.

Mi esposo murió por los paramilitares, en el año 2005. Tengo 3 hijos, entre ellos hay dos varones, los muchachos ya se hicieron jóvenes, pero pues ellos seguían sintiendo esa presión. Es zona donde existía el paramilitarismo y guerrilla, entonces, por causa de esas presiones, yo me sentí obligada a que mis hijos salgan de allá, porque pues había la amenaza de que mis hijos se vengaran la muerte del papá. Eso me causó a mí ese terror para sacarlos de allá de esa zona. San Miguel, Putumayo, 2005, P.894.

La protección de los hijos e hijas es considerada como una prioridad absoluta. Las mujeres muestran siempre sus valoraciones de las alternativas para manejar el riesgo o evitar el peligro. Una de las medidas más extendidas de protección de los hijos es abandonar el territorio.

De todo eso tenía miedo, de que mis hijos crecieran porque cuando las niñas que se iban levantando también se las llevaban. Entonces de eso me dio miedo, prime-

ro se vino el papá de mis hijos a trabajar acá... yo salía de allá a acá a buscar el mercado aquí... Chigorodó, Antioquia, 2010, P.55.

Todo lo de la ida para España, era una manera de proteger a mi hija... fue una manera de proteger a mi hija porque yo estaba muy nerviosa y con mucho temor de que me la fueran a desaparecer también. Frontino, Antioquia, 1990, P.53.

Sin embargo, la salida de una parte de la familia no disminuye siempre el impacto del miedo por los otros. Como muestra el siguiente caso, uno de los impactos del desplazamiento es la separación forzada y el miedo por la familia que quedó en el lugar de los hechos.

Entonces llamé a preguntar cómo está eso, cómo había quedado mi mamá, y todos, porque nosotros y ellos quedamos también muy preocupados. Acababan de enterrar unos, y salimos los que estábamos amenazados, estaba la gente azorada... Caserío La Bonga, Achi, Bolívar, 2008, P.294.

El miedo en niños y niñas

Niños y niñas son particularmente afectados por la violencia que viven sus familias. Algunas de ellas, ya mujeres, dieron su testimonio recordando los momentos en que pasaron miedo en su infancia en los momentos de ausencia de la madre.

Recuerdo que nosotros llorábamos mucho, me acuerdo que mi mamá empezó a trabajar y a ella le tocaba dejarnos solos. Si mamá se demoraba más de lo que decía, nos encontraba en la casa llorando a todos y entonces nos decía: “ustedes por qué lloran que yo no sé qué”. Nosotros le decíamos: “donde le pase algo a usted qué”. El Jardín, Antioquia, 1993, P.31.

En los jóvenes también se sienten los efectos de los miedos de las madres. Las mujeres que han sido víctimas tienden a tener una actitud de mayor control y miedo frente a la situación de sus hijos y los riesgos en general de la vida cotidiana. Se altera su vida social y relacional, permanentemente refieren miedo de que algo les suceda y ese temor se traduce en aislamiento

Siento que yo estoy perjudicando a mi hijos porque vea sale mi hijo que tiene 26 años a estudiar y le digo que me llame. Si él no me llama, me estoy muriendo de angustia. Yo los aprieto mucho. La niña que tiene quince años, no la dejo tener vida propia, ni la tengo yo. Corregimiento Nutibara, Frontino, Antioquia, 1990, P.57.

Niños y niñas son espectadores de actos violentos o de las consecuencias de los mismos en sus familias, situación a partir de la cual se instala también un sentimiento de miedo por circunstancias que no alcanzan a comprender. En estos casos se puede ver un cruce de

impactos. Además de los temores y miedos suscitados en sus familiares adultos, en niños y niñas igualmente se instala un sentimiento de desconcierto e incompreensión.

Bien asustados, estaban pequeños. Estando ahí en la puerta, ellos veían gente pasar y les preguntaban qué pasa y la gente se asustaba y se abrazaba a uno. Estaba el papá y estaba yo ahí y la gente huyendo y corriendo, y mi mamá decía vámonos, vámonos... San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 1999, P.203.

Los niños y niñas, padecen sus propios impactos por la violencia cuando son testigos de hechos traumáticos, afectados directamente o por vivir en contextos de tensión y miedo. Por otra parte, sufren otros impactos mediados sobre todo por las madres, la información que tengan y si son tenidos en cuenta por quienes enfrentan la situación al tomar decisiones. En muchas ocasiones, se alteran de manera radical la cotidianidad y los hábitos de sus hijos e hijas. El miedo se da como una consecuencia directa en niños y niñas a partir de la presencia de actores armados que perciben como amenazantes.

La niña cuando los veía se escondía, decía “mami, mami, allá vienen los hombres”. Yo le dije “no mija ellos no te van hacer nada, vente vámonos para el cuarto”. Nos metíamos en el cuarto. Cuando yo veía por la rendija que ya se iban lejos, entonces nosotras salíamos y siempre vivíamos con esa sensación. Corregimiento del Camarón, Bolívar, 1993, P.223.

Los niños y niñas también sienten el impacto del terror y muestran el pánico como una respuesta de miedo extremo a las acciones violentas en los territorios que habitan, con alteración del sueño y miedo constante.

Porque ya mis hijas no dormían, no comían, me decían “mami vámonos” porque cuando llegaban las noches lloraban, se me metían debajo de la cama, me decían: “mami van a venir a matarnos vámonos, nos van a venir a matar” y yo a ellas les decía que se calmaran que de ahí nos íbamos a ir. De ahí decidí venirme. Unguía, Chocó, 2000, P.263.

En la cotidianidad de niños y niñas se siente una alteración a partir de las decisiones y medidas que toman las madres como protección, medidas que alteran la vida social y los vínculos de los más jóvenes.

Les afecta a mis niñas porque pues tenerlas como tan encerradas. Las llevo a mi colegio donde trabajo, en las tardes, para que ellas patinen, para que jueguen, pero no es lo mismo, pues ellas a veces quieren salir a la calle, quieren irse a pasear con las amigas. El Tambo, Cauca, 2001, P.341.

Es recurrente el temor por los hijos, por lo que pueda sucederles, a ello se asocia un sentimiento de impotencia en tanto no pueden protegerlos totalmente, situación que se traduce en un miedo permanente.

Vivo atacada de nervios porque tengo más hijos, ya no tengo confianza, gracias a Dios sé que mis hijos no están haciendo nada malo, pero en esta situación no importa que ellos sean buenos. Cuando sale a jugar fútbol me atacan los nervios y me trato de controlar, que Dios me lo bendiga y que nada malo me le pase. Antes de sucederme esto, yo era más tranquila, salían ellos y los encomendaba a Dios, y no estaba pensando que les podía suceder algo así. El Bagre, Antioquia, 2002, P.557.

Los efectos que se producen en los niños y niñas, a su vez repercuten en las mujeres que son quienes más se hacen cargo de su cuidado y están más atentas a sus reacciones y necesidades emocionales.

Cuando yo veía las lágrimas de mis hijos, el llanto de mi hija pequeña sí, porque pues mi hijo el mayor no, pero mis hijos pequeños cuando yo los veía llorar, cuando yo veía la preocupación de la noche, de que ellos temían, que ellos temían un atentado, de algo en la casa y que ellos en ese miedo permanente, eso sí lo desmorona sí lo desmorona a uno, lo hace como más frágil, las situaciones emocionales... Corregimiento Carmelo, Cajibío, Cauca, 2006, P.371.

Enfrentar el miedo

Ante las situaciones de riesgo, algunas mujeres dan cuenta de medidas de protección, sobre todo materializadas por ellas mismas, para tratar de ganar control sobre el miedo y la vivencia del riesgo. Todas estas maneras de enfrentar los hechos, con medios precarios y sin embargo con fuerte compromiso de protección de la vida, se basan en un uso positivo del miedo. Aquél que ve en el miedo un mecanismo de defensa frente al peligro y lo usa como una manera de percibir el riesgo y tratar de tomar decisiones para manejarlo de forma más adecuada o disminuir el peligro.

Con una disciplina muy cuidadosa de decir dónde estaba, para dónde iba, siempre dejaba una agenda: de tal hora a tal hora voy a estar en una parte, de ahí voy para tal parte. Entonces siempre dejaba el itinerario de donde iba a estar y en qué horarios. Comuna 1, Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

El abandono de los territorios y el sacar de los mismos a las personas que corren riesgos, es una de las medidas que señalan las mujeres.

Una vez, yendo para el trabajo, yo trabajaba donde mi hermana, entrando a la casa mi hermana vio cuando él iba en un taxi y me iba a disparar, yo no vi pero mi hermana sí, y ahí fue cuando se reunió toda la familia y llamaron a esa belleza que era el esposo mío a decidir para donde me mandaban. Entonces mi hermana ya les contó todo lo que había pasado. Zaragoza, Antioquia, 1998, P.69.

Otra de las medidas de protección es el encierro. El aislamiento social para tratar de protegerse de la violencia puede verse como un indicador de impacto, pero también como una manera de evitar el peligro, aunque esta situación tiene efectos negativos cuando permanece en el tiempo.

Yo estaba en mi casa encerrada, yo me quedo en mi casa encerrada, yo me estoy volviendo loca. Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.79.

Otras mujeres reportan que la protección la dejan “en manos de Dios”. La explicación es que “no hay nadie por encima de Él”, pero también puede conllevar pasividad o falta de acciones que permitan disminuir la exposición al riesgo o puede fácilmente funcionar como una idea mágica frente la inminencia del peligro. En otras, esta forma religiosa de afrontar el miedo se dirigió a tratar de mantener la unidad y la calma antes de salir.

Nosotros no hicimos nada, nos protegió sería Dios, porque nosotros no hicimos nada para buscar una protección. Macayepo, Sucre, 1998, P.236.

Entonces dije, me voy a ir, esto es un aviso, me voy, me metí, yo dije Dios mío, cogí a mis dos hijas, y me hice en un rincón, en la casa donde estábamos, una como de 19 años, y la otra tenía 14 añitos, y dije “vamos a orar, vamos a orar, porque hoy tenemos que salir de aquí”. Cartagena, Bolívar, P.244.

Las formas de apoyo mutuo incluyen también formas de darse cobertura con otras personas para afrontar el miedo. Por ejemplo, frente al riesgo mayor percibido, de ser víctima de violencia sexual en una situación no acompañada.

Como yo en ese tiempo estaba soltera... a mí me daba miedo que esos manes me fueran a violar por ahí, en esos caminos. Entonces yo a cualquiera, al primero que me cogía por ahí yo decía que este es el marido mío, para que ellos no me fueran a hacer nada. Varias personas me ayudaban, tranquila, tranquila doña no se asuste que nosotros le ayudamos. San Jacinto, Montes de María, Bolívar, 2002, P.284.

No hablar, no denunciar

El silencio es parte del impacto del terror cuando se impone como una forma de destruir el tejido social, pero en otras ocasiones el silencio se convirtió en algo activo, como una forma de protección para no exponerse al peligro.

Me afectó porque a mí me daba miedo hasta salir al patio de mi casa a mí me daba mucho miedo inclusive yo callé. Hasta el año antepasado nadie sabía mis cosas, porque yo era calladita, porque nos dijeron “en 24 horas tienen que desocupar la vereda”. Urrao, Antioquia. 1998, P.52.

El no hablar como forma de defenderse en un territorio hostil también ha llevado a muchas víctimas a no denunciar lo sucedido. En ello hay que considerar no solo el impacto del miedo o las formas de autoprotección de las mujeres, sino sobre todo la falta de garantías para la denuncia en un país como Colombia, donde muchas mujeres y hombres han sido asesinados por denunciar a los perpetradores o reclamar sus derechos. El silencio es una estrategia para protegerse, no solo porque el otro prohíba explícitamente hablar, sino por temor a las consecuencias en términos de su actuar violento.

Cuando yo llegué y vi esa gente allí, pues todo el mundo se me vino encima porque dije yo qué más puedo hacer aquí, si les hago reclamos me toca es... me causa es la muerte. Natagaima, Tolima, 1998, P.141.

No denunciar por temor a las consecuencias constituye un intento de protegerse de ser nuevamente agredidas, a costa de la impunidad de los perpetradores y frecuentemente del aislamiento social de las víctimas. En algunos casos como los relatados a continuación, las mujeres víctimas señalan la connivencia de las autoridades.

La muerte de papá a mí me dio muy duro. Soy muy nerviosa, y no he ido de pronto a poner denuncias o algo así, por el mismo temor por lo que le pasó a mi hermana. Porque mi hermana, ella... eso sí hacía ella, se dedicó a denunciar, a averiguar cuáles fueron los motivos... Líbano, Tolima, 2006, P.154.

...y cuando nosotros les dijimos a ellos, que mi hermano les dijo quiénes se los habían llevado, ¡mire que a mi papá y mi hermano se los llevó fueron Los Masetos esos, y que ellos los mataron o los van a matar! Y el man nos miraba y le daba risa, y la policía decía ¿qué, cuáles?... bueno, creo que ellos ya sabían que nosotros lo estábamos buscando. La Pedregosa, Norte de Santander, 1995, P.743.

Otra estrategia de protección es no hablar de la situación con personas extrañas, porque no se sabe quién es el otro. El silencio puede traducirse igualmente en no denunciar.

Nosotros duramos dos años para contar en la casa dónde estábamos, dos años para contarle a un mismo hermano porque hasta me daba miedo, a pesar de que era mi hermano, me daba miedo que de pronto lo cogían y lo torturaran por ahí... Oriunda, Zambrano, Bolívar, 2001, P.296.

Más vale callados, porque es que uno por allá, uno reconoce que se queda como... o sea, no habla por miedo de que si la gente se da de cuenta, entonces matan a uno por eso. Algarrobo, Villanueva, Bolívar, 2005, P.297.

Los espacios más familiares, como la propia casa, se constituyen en fuentes de peligro debido a acciones violentas sucedidas a otros en dichos espacios “*mataban la gente en la cama, hasta a uno le da miedo por eso de la casa*”. Urrao, Antioquia, 1996, P.72.

Los barrios, en las ciudades, se constituyen en fuentes de riesgos por los enfrentamientos entre grupos, situación que motiva la decisión de quedarse encerrados en las casas. Los enfrentamientos entre grupos armados en los barrios producen una sensación de pánico y un constante temor por la seguridad y protección de los hijos.

Me acuerdo que a mí me agarraba como una confusión cuando yo sentía los enfrentamientos y si los hijos míos estaban ahí al pie mío yo sentía esa tiramenta, y yo muchas veces viendo como pasaban esos soldados heridos. Argelia, Antioquia, 1990, P.85.

Borrar las huellas

Sin embargo, la mayor parte de las veces la huida no es la única manera de evitar el peligro. Las mujeres describieron todo un conjunto de maneras de tratar de borrar las huellas de su destino, de forma que minimizar el riesgo de frecuente control territorial de actores armados en el lugar de posible desplazamiento.

En ese momento llamó mi papá, entonces cuando contestó... él no contestó, le pasó un celular a otro señor: "Que ¿qué quiere?", entonces dijo: "no, que soy el papá de Amparo", y si, habló conmigo, entonces yo le dije: "me tocóirme porque se me iban a llevar al chino", entonces le dije a mi papá: "no vaya a decir allá, para dónde nos fuimos y todo, porque si no, vienen a buscarnos". Vereda Albania, Villagarzón, Putumayo, 2005, P.306.

No contesté porque pueden ser los paracos o la guerrilla... a dónde... ellos están llamando para saber dónde está uno". Vereda Albania, Villagarzón, Putumayo, 2005, P.306.

La huida está asociada al impacto del terror, pero supone una postura de evaluación más activa de las mujeres frente al empeoramiento de la situación y el riesgo de verse directamente afectada.

Al otro día le dije que me venía y me vine. A mí ellos no me dijeron váyase ni nada, pero yo del pánico dije me voy porque sinceramente me sentí muy acobardada. Como me cayeron así de sorpresa me pueden caer otro día y me pueden salir matando. Entonces cogí mis dos chinos y arranqué, me subí a mi bus, me vine y aquí estoy. No quiero volver más allá porque ellos siempre están en la misma parte de donde yo salí. Cuanambí, Nariño, 2002, P.512.

La asociación de la vida en el área rural y el miedo a la violencia hace que muchas mujeres señalen que no quieren que sus hijos regresen a sus lugares de origen para no verse afectados por el conflicto que todavía continúa. Las zonas rurales adquieren una significación de peligro a partir de los eventos violentos vividos en ellas, y que conduce a la aspiración de que los hijos adquieran una formación que les permita no vivir en el campo.

Irme del campo y más que todo que fuera así, estudiar, el estudio de ellos porque eso es lo que yo más deseo para que ellos no vuelvan al campo, esos serían los deseos más grandes que tengo yo, que mis hijos no vuelvan al campo, sino que se salgan a la ciudad a trabajar por cuenta de ellos y no tengan que sufrir lo que uno... El Tambo, Cauca, 2004, P.304.

La pérdida del espacio de vida y del territorio, ahora ya conquistado por el miedo, hace que el trabajo y el habitar zonas rurales se pierdan como una aspiración y se asocie con el sufrimiento.

De todas maneras por allá yo no vuelvo. Allá nosotros mejor dicho tierra era lo que había, pero de nada sirve. Para qué uno se va a agarrar a irse a sufrir, de ninguna manera uno tras irse por allá tiene que anhelar antes es salirse donde uno pueda tener una solución. Vereda Albania, Villagazón, Putumayo, 2005, P.306.

La huida de los territorios es una decisión que toman algunas mujeres con el propósito de sustraerse de los riesgos que supone habitar un espacio en el cual son frecuentes los actos agresivos y como una consecuencia directa del miedo.

Yo quedé con la sensación que yo estaba mal, por eso ya yo en últimas le dije a mi a mi compañero: "bueno la verdad es que si tú no te vas yo me voy porque yo aquí me siento mal yo no duermo ni como bien, siempre que pasa esa gente yo estoy mal". Yo vivía con un bolsito metido debajo de la cama con mi hija que tenía seis años, para engancharmelo aquí e irme enseguida. Corregimiento del Camarón, Bolívar, 1993, P.223.

La decisión de huir de su casa y territorio sigue siendo en muchos casos un aspecto abierto y una opción obligada por las circunstancias en muchos casos. Todo ello muestra el desplazamiento no solo como una situación del pasado, sino como un problema ligado a las formas de control del territorio por actores armados en la actualidad y la persistencia de la violencia contra la gente.

A mí me tiene estresada, eso es horrible, por ejemplo yo estar aquí en la casa y que en cualquier momento sigan y escuchar las balas ahí, eso es horrible. Irme, cambiar, irme definitivamente, poderme llevar mi familia y salir de aquí, aunque es triste. Es como muy triste uno dejar su terruño, su gente, su pueblo que lo vio nacer, que lo vio crecer, que compartió tantas cosas maravillosas, eso es muy triste. Pero si a uno la situación lo obliga, le toca. Vereda Siberia, Corinto, Cauca, 2010, P.314.

En otras muchas ocasiones, la decisión de huir es de pocas horas, ante la inminencia del peligro. El desplazamiento, se asocia, las más de las veces, con amenazas de grupos armados que explicitan la voluntad de que los pobladores desalojen un territorio. Las amenazas contra los hijos e hijas han sido utilizadas como una potente estrategia de desplazamiento forzado contra las mujeres.

Ocurrieron que ellos llegaron diciéndonos que teníamos que desocupar la zona, nos daban 2 horas de plazo para que le desocupáramos eso porque ellos iban a tomarse eso para ellos y nos vinimos, nos embarcamos en bote y nos vinimos, aguantando hambre y sin nada, no trajimos nada, todo quedó allá; porque que le digan a uno de una hora a otra “desocupa” uno se va y con ese miedo, porque a esa gente no hay quien no les tenga miedo Riosucio, Antioquia, 1992, P.99.

“Señora, si usted no quiere que su hijo aparezca por ahí muerto ¡Tiene que irse!, mire a ver qué va a hacer”, entonces, yo ya me tomó la angustia... esa angustia, esa preocupación, esa desesperación, que qué iba a hacer. Santander de Quilichao, Cauca, 2000, P.316.

Manejo de las amenazas

Para las mujeres que viven directamente la amenaza contra su vida, por ejemplo lideresas de procesos comunitarios, el miedo transforma todo en la existencia, cobrando singular importancia la preservación de quienes son más cercanos. La doble preocupación por sí misma y por los suyos, genera mayor tensión porque las estrategias más efectivas para cada uno muchas veces pueden aparecer como contradictorias, y por lo tanto más estresantes.

Cambiar tu estilo de vida, ya no preocuparte solamente por tu vida, sino por la vida de las personas que te rodean, porque indiscutiblemente cuando estás en el estatus de amenazado...pones en riesgo a tu vínculo más cercano, eso implica familia, compañera, amigos y amigas. Entonces digamos que es una doble preocupación, no solamente preocuparte por tu vida, por tu bienestar, por tu integridad, sino también por el de las personas que te rodean. Es pensar que te están siguiendo, es la zozobra y sentir que hay hostigamientos reales, personas tomando fotos, sentir que tienes que cambiar tu cotidianidad... no puedes salir incluso desde cierto horario, que ya no puedes andar a pie por la ciudad, son muchos elementos que te cambian a ti. Cauca, 2006, P.307.

La intimidación y la amenaza malogran la vida aunque haya pasado el período de riesgo. El sentimiento de vulnerabilidad de haber estado amenazado y la indeterminación que supone siempre el origen o el fin de la situación de amenaza hace para las mujeres amenazadas difícil evaluar cuándo esta terminó, cuándo puede retomar su vida con tranquilidad debido a que no se ha dado un cambio en las condiciones del contexto, ni existe aún un proceso de paz definitivo en el país que ofrezca condiciones de protección para las víctimas.

Había constantes amenazas, constantes seguimientos, igual después de una amenaza de esas uno no vuelve a tener digamos una vida tan normal como el resto de la gente. Me refiero a que si tú estás amenazada, alguna vez en tu vida has estado amenazada, siempre vas a estar pensando que algo te va a pasar, entonces no vas disfrutar de los espacios tan libremente como una persona que nunca le ha sucedido algo así. Popayán, Cauca, 2006, P.363.

En algún caso excepcional una de las mujeres relató cómo conseguir instrumentos para la defensa personal, se convirtió en una manera de manejar su miedo, dando al menos un sentido de costo para los perpetradores que querían asesinarla y la tenían amenazada.

Me compré unas botas de seguridad, de esas botas que tienen hierro y andaba diario con botas de seguridad, y en mi mochila cargaba un destornillador y a ese destornillador le había sacado punta porque yo salía a la calle y sentía que a cualquier hora me cogían y me echaban a un carro. Entonces yo decía, a mí aunque sea con estas botas de seguridad yo les doy pata por las canillas, y con ese destornillador con punta yo les doy chuzo para dónde les quepa, pero a mí fácilmente no me van a llevar, alguna cosa tengo que hacer. Urabá, Chocó, 1995, P.169.

Relación con las instituciones y exigibilidad de derechos

Ese miedo teje también las posibles gestiones ante las instituciones. Ya sea para hacer una denuncia o para registrarse para la ayuda humanitaria, la necesidad de dar datos sobre lugares de nacimiento o de vida, la familia o los hechos sufridos supone para las mujeres víctimas una nueva vivencia de peligro que tratan de limitar al máximo, ante el temor de que los datos proporcionados ante instancias estatales sean revelados a actores armados, o porque algunos de sus agentes son percibidos como agresores.

Y así fue que yo me vine, recogí el pasajito [dinero de transporte] y me vine, como me daba miedo ir a pedirle plata allá donde le dan a uno los alcaldes para que se venga, a mí me daba miedo, porque eso allá, lo avientan [delatan] a uno. San Diego, Cesar, P.295.

Hay unos registros, en la red de desplazamientos, y esa gente se coge todo, entonces ya deben de saber que nosotros denunciarnos, que nosotros fuimos desplazados. Entonces, ahí está el problema, nosotros ¡Tememos por eso!, nosotros tememos, nosotros todo el tiempo... yo temo qué puede suceder con eso y entonces, pues, no sé qué hacer. Santander de Quilichao, Cauca, 2000, P.316.

Lo que para un funcionario de la Personería o la Defensoría son informaciones estadísticas o datos para verificar la situación, se convierten para la víctima en preguntas peligrosas y sospechas sobre donde puede terminar esa información, y el nivel de relación de las instituciones con algunos de los actores armados.

Queda uno muy traumatizado, yo salí traumatizada, cualquier cosa, uno no quiere saber nada de eso, cualquier cosa que le miente, o que le dicen que esto es zona roja y uno dice no. Carmen de Bolívar, Bolívar, 1990, P.266.

En otros casos porque esos lugares donde se concentran las demandas de las víctimas pueden ser espacios donde encontrarse de nuevo con personas de las que se quiere estar lejos, y una amenaza para el anonimato o el aislamiento social que se quiere mantener.

Entonces un amigo que me dijo, “por qué no va a la Personería, que están ayudando a los desplazados”, pero yo le dije “¿no es peligroso?”. Iban a hacer entrevista, y yo nunca estuve en las grabaciones, porque como ahí dizque le tomaban fotos a uno, entonces yo no. Quebrada Seca, Sucre, 2000, P.251.

A mí me da miedo de pronto vengan otra vez, a mí me da miedo decirles, uno se los encuentra por allá cuando va a Acción Social y encuentra gente de la vereda. Montes de María, Sucre, P.269.

En otros muchos casos las mujeres víctimas no hacen sus denuncias porque los únicos organismos del Estado donde poder denunciar, son aquellos que han estado implicados en las agresiones contra la gente. Como se recoge en este testimonio del Putumayo, otras autoridades del Estado conocen la situación pero hay una falta de acción para investigar los casos, cuando no una complicidad con los mismos. Todo ello hace que muchas mujeres víctimas no tengan confianza en el Estado a la hora de denunciar los casos o realizar gestiones ante la justicia.

Mamás que han perdido sus hijos, que la misma policía los ha matado. Ellas no hablan, por miedo. Porque cuando yo puse la demanda aquí en la estación de Los Mangos, la fiscal me dijo que yo era una mujer de mucho valor, porque tuve el valor de ir a denunciar el caso. Yo le dije a ella, “doctora, los policías corruptos, están matando los jóvenes. Los jóvenes de donde yo vivo”. Y ella me decía, “pero yo no puedo creer que un policía haga eso”. Yo le dije “si doctora, usted no me va a creer a mí, pero si yo se lo digo es porque yo lo he visto con estos ojos. Hay mamas, que no vienen a denunciar, porque le da miedo, que los policías las amenacen, y las maten”. Vergel, Valle del Cauca, 2009, P.888.

La búsqueda de asistencia o de justicia se ve bloqueada entonces por el impacto del miedo. El miedo es la reacción más frecuente de las mujeres víctimas en el contacto con las instituciones y tiene que ser comprendido y aceptado como parte de la aceptación de la persona y de la comprensión de los desafíos que genera el proceso de ayuda. La obligación de los sistemas de ayuda es entender esas respuestas como normales, no otorgando a las respuestas de las mujeres significados negativos, y buscando que el miedo no se convierta en un obstáculo para respetar o hacer valer sus derechos.

Ese desplazamiento pues le deja un trauma psicológico y eso es una máscara que uno dura mucho tiempo con ella, o yo personalmente hablo, duré mucho tiempo con esa máscara de terror. Pues gracias a Dios con el tiempo nos fuimos quitando esa máscara, ya sabiendo reclamar los derechos, sabiendo que es lo mío, que es lo que me pertenece. Mampuján, María La Baja, Bolívar, 2000, P.232.

El miedo frente al retorno

Por último, en las condiciones actuales otro miedo presente en las mujeres desplazadas es el miedo al retorno. Por una parte la posibilidad de retornar supone confrontarse con

los recuerdos traumáticos de la violencia sufrida y probablemente una mayor conciencia de las pérdidas.

Y entonces pues, eso fue ¡horrible, horrible! Yo pues, no quisiera ni acordarme del día en que fue eso. ¡Me da nostalgia! ¡Me dan como ganas de llorar!, cuando me acuerdo. Desde eso yo no he vuelto por allá, y no pienso volver... yo no pienso volver... El Tambo, Cauca, 2004, P.303.

Muchas de las mujeres entrevistadas no evalúan siquiera la posibilidad de retornar por el enorme terror vivido y el miedo a que dichas agresiones puedan volverse a producir, en un contexto de control militar del territorio o disputa entre actores armados.

No volver por allá, no me dan ganas de volver, protegerse de no contar que es desplazado ni nada de eso. San Jacinto, Montes de María, Bolívar, 2002, P.284.

No, yo no me vuelvo para allá, porque a mí me da mucho miedo. Uno no debe nada, pero por lo menos yo ya no pienso volver. Principalmente, porque ya esas tierras se quedaron, donde me mataron mi marido yo no quiero volver. Donde yo vivía, eso es zona roja. Pues, eso se mantenía la guerrilla. Ya ahora, llegó el ejército, entonces, ya está el ejército, y la mayoría ya está allá. Puerto Caicedo, Putumayo, 2008, P.845.

O frente a rumores o informaciones sobre nuevas agresiones que se han dado contra campesinas que están en su proceso de demanda de tierras.

A mí me da miedo volver por allá, a mí me da miedo porque dicen que esa gente, no sé si será verdad, que comentaban que el que vuelva no sé... y que no se ven, esos sí se ve, yo digo que esa gente, eso no se pierden, entonces uno le da temor volver por allá, a mí me da temor. San Diego, Cesar, P.295.

Hasta el pueblo, pero para allá para la finca no, porque a mí me daba miedo, porque uno oye comentarios: “Que la gente que sea desplazada, y que vuelven a sus tierras, la matan”, entonces a uno le da miedo y yo por allá no bajo. Algarrobo, Villanueva, Bolívar, 2005, P.297.

El retorno supone para las personas un nuevo desplazamiento, y no tanto la vuelta a un lugar que dejaron. Es decir, pueden darse frecuentes problemas familiares por la evaluación de la situación de los hijos e hijas y sus expectativas, pero también por el miedo dado que los retornos se hacen, todavía en la actualidad, sin las condiciones políticas y de protección necesarias por parte del Estado.

Esa es la visión mía, volver a mi territorio pero uno ve que eso es una meta imposible de cumplir porque con este Estado tan corrupto, y estos medios tan degradantes que lo rodean a uno que no sabe si está hablando con el mismo enemigo. Uno no puede, ya con toda las experiencias que he vivido no. Sur de Bolívar, P.278.

No me interesa volver, pienso que es miedo de... de volver a vivir algo similar, puede ser miedo. Cauca, 2001, P.300.

Esas experiencias de las mujeres muestran el necesario compromiso del Estado para ofrecer a la población desplazada que quiere retornar y/o recuperar sus tierras, condiciones de seguridad y protección para hacerlo. La participación de las víctimas y especialmente de las mujeres en esos procesos de retorno y reconstrucción de sus vidas es fundamental.

Decimos nosotros por allá, es que si vamos, ¡nos ponen a abonar un palo, porque a veces la familia no lo entierra a uno, ¡lo entierran ellos mismos por ahí, a abonar un palo! Porque hay mucha gente que no aparece, hay mucha gente que se la llevan y uno tiene la esperanza que si van a encontrar a un familiar vivo y nada... Samaniego, Nariño, P.338.

III. Procesos de duelo. Haciendo frente a las pérdidas

No comía, no dormía, me mantenía llorando, porque es muy cruel. Yo decía, o sea, hicieron eso, y que al menos uno hubiera encontrado el cuerpo para poderle dar cristiana sepultura a su ser querido. Pero es muy doloroso que el día de mañana, así como ahora, no sepan mis hijas donde irle a llorar o irle a llevar un ramo de flores al papá. Eso fue frustrante, eso fue duro, parte el alma. Buenos Aires, Cauca, 2000, P.329.

La pérdida de seres queridos en contextos de violencia política o conflicto armado, desata en los familiares y sobrevivientes un sentimiento de tristeza permanente y un dolor profundo, de incertidumbre cuando se trata de desaparición, y de desconcierto cuando resulta incomprensible la causa de la muerte. El proceso de hacer frente a esas pérdidas de vidas humanas, de afectos, de amores y vínculos significativos es lo que se llama duelo. Un proceso que está totalmente alterado en los casos de violencia política, y que alcanza proporciones gigantescas en el caso de Colombia, con decenas de miles de muertos y desaparecidos en las últimas décadas. En algunos casos, los familiares conocieron los hechos o han tratado de hacer los rituales de duelo aún en formas precarias. En la mayoría no se han investigado los hechos. Mientras muchas mujeres reflejaron esas experiencias de una forma amplia en sus testimonios, otras solo han podido hacer una referencia escueta en los mismos.

Lo enterraron como N.N. y ya no se nada más de él más nunca. Apartadó, Antioquia, 1997, P.128.

Como ya se señaló en la introducción, según los datos de este estudio, comparando el conjunto de violaciones de derechos humanos y las consecuencias en la vida de las mujeres, la pérdida violenta de seres queridos conlleva tener más consecuencias en el plano *socio-afectivo y del proyecto vital*, comparativamente con las otras violaciones. También

supone sufrir más *consecuencias específicas como mujer*, en su sexualidad e identidad de género, así como de estigmatización o separación familiar o aislamiento social, que se relacionan con tener familiares asesinados o desaparecidos. Igualmente, un mayor *impacto en la salud y el cuerpo de las mujeres*.

La percepción de estar todavía en la actualidad emocionalmente muy afectadas se da más en las mujeres que tienen familiares asesinados o desaparecidos. Es decir, las ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas son las violaciones de derechos humanos con mayor impacto, y éste se da en todas las áreas de vida de las mujeres.

Procesos de duelo alterados

Si bien los procesos de duelo son procesos normales en situaciones de pérdidas de vidas, afectos y amistades, en los casos de violencia política y conflicto armado como en Colombia esos procesos están alterados desde el inicio. Las consecuencias de la violencia generan procesos de duelo traumáticos, con un enorme sentimiento de injusticia y miedo. El carácter súbito y sin sentido hace más difícil entender o aceptar la pérdida, y asimilarla en la vida de las personas sobrevivientes. La participación de agentes del Estado o grupos armados, y la falta de seguridad o de protección para la población civil, generan en las mujeres un enorme dolor e impotencia.

Acababan de matar a Eusebio Toro. Lo mataron en la casa dos policías, dos fulanos dijeron que venían de parte de la autoridad, le tocaron en la casa y lo mataron en el patio de la casa. Nos tocó verlo ahí, su familia le puso una sábana. Eso fue una cosa aterradora que me dolió a mí en el alma, porque le hicieron como una zanjita que para que no se mojara, porque estaba lloviendo. Entonces, yo digo: “Ay! ¿Cómo es esto? Un hombre que acaba de participar en una actividad política y a las tres horas ya está muerto” ¿Cierto?... también de la Unión Patriótica él. Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

Las muertes violentas y desapariciones forzadas cuestionan o hacen mucho más difíciles y complicadas las tareas de duelo. Es decir, suponen enormes dificultades para aceptar la irreversibilidad de la pérdida o poder expresarse sobre ella. Hacen que los familiares tengan que enfrentar el proceso de duelo en condiciones muy estresantes y precarias, aprendiendo a vivir en medio del dolor y la tristeza con esa pérdida, pero también tratando de sobrevivir y apoyar a los suyos. Las mujeres son las más afectadas por estas condiciones de enfrentar la vida cotidiana con una enorme sobrecarga afectiva y social. Por último cuestionan la forma en cómo se recuerda al familiar, o hacen mucho más difícil el restablecimiento de vínculos afectivos.

Entonces... una muerte marca muchísimo, o sea, es algo que es... yo aceptaría la muerte, todavía hubiera aceptado mejor la muerte de mi hijo si hubiera sido una

muerte natural... y dice uno bueno, Dios se los da, pues Dios se los quita... pero en la forma que fue mi hijo muerto, no. La Granja, Barrancabermeja, Santander, 1996, P.709.

En la mayoría de los casos, una de las fuentes de mayor impacto es no poder comprender cuál fue la motivación de la muerte del ser querido, es el carácter súbito, traumático y sin sentido de su pérdida, en tanto se tenía de él una imagen que no es coherente con los hechos violentos asociados con su muerte.

El dolor porque él era tan sano, obediente en la casa, a pesar de que era de poca edad de 19 años era muy responsable, es una cosa muy dura y no se la deseo a nadie, y quitarle la vida a una persona por chisme o por no investigar, ni pedir papeles. A mi hijo lo mataron inocentemente y al otro joven también, no eran dañinos; el mío no era dañino y un niño de 14 años que podía hacer, estudiaba. Espinal, Tolima, 1990, P.533.

La tristeza se asocia con la pérdida intempestiva y violenta de un ser querido y es una reacción normal frente a la misma. Aunque en muchas mujeres, la vida entera se impregna de esta tristeza haciendo que el ser querido perdido sea evocado constantemente, y sin poder hacer ese proceso de duelo que permanece dolorosamente estancado o revivido durante años.

La tensión que yo sufrí era por muerte de mi hijo, mucho sufrí, hasta ahora sufro yo mejor dicho adónde mirarlo. Esa cédula que cargo por ahí, la miro y le digo: mijo a donde te fuiste. Y llego allá donde trabajaba y digo buenos días hijo. Yo lo veo a él donde estaba trabajando, ahí lo veo. He sufrido mucho y sufriré también, hasta que yo me muera será. Puerto Colón, San Miguel, Putumayo, 2001, P.537.

Todo ello hace que el tiempo de esos procesos se alargue y sea vivido de una forma traumática.

Ahí una vida muy triste, muy azarada, hasta los tres años casi de muerto, yo lloraba, yo no hacía sino pensar prácticamente en esa persona, me ha ido muy duro. Quibdó, Chocó, 2001, P.472.

Los pensamientos repetitivos y preocupaciones constantes en relación a la persona fallecida, el desear fuertemente su presencia, el sentirse fuertemente impactado o con estupor por la muerte, el llanto repetido o el rechazo a aceptar la muerte son a la vez experiencias frecuentemente descritas por las mujeres y algunos de los indicadores psicológicos del duelo complicado³⁰.

30 Bacqué, M-F. (1997). *Deuil et Santé*. Paris: Eds. O. Jacob.

Estos hechos... cómo le dijera, muy angustiados. Yo todos los días pienso en mi hijo, desde que me levanto estoy con el recuerdo, con todo, todo lo que hago tengo que estar pensando en él. Yo me levanto pensando en él... digo ¿hijo te acuerdas cuando tal cosa? Y entonces hablo hasta sola, hablo mucho con él. Ahí voy miro las fotos y las acaricio así, cualquier cosa hago, pero yo me mantengo siempre con él en la cabeza. Soacha, Cundinamarca, 2008, P.781.

En otros casos el no poder ver el cuerpo debido a la descomposición en la que se encuentra, produce sentimientos de tristeza. La pérdida súbita y violenta da lugar a sentimientos de desconcierto que resultan muy difíciles de resolver, y que muchas veces se instalan a veces de manera permanente en la vida.

El cuerpo estaba dañado y ya a él lo entregaron fue con el ataúd ya asegurado, ya no había cómo verlo, no lo pudimos ver. De ahí en adelante, para mi han sido momentos duros, no sé, yo ando pero no ando. Ahora se me olvidan las cosas, no sé qué estoy haciendo, como unos nervios. Ando como por andar y ha sido muy duro para mí. Naya, Cauca, 2001, P.327.

También ponen de manifiesto un modus operandi por parte de los perpetradores. Esta deshumanización de las víctimas y ausencia de sensibilidad y empatía por los familiares y su dolor, caracteriza el modo de acción de todos los actores armados en estos casos.

Cuando llegando arriba, en toda la escuela de Santa Clara, mi tío iba con el camión que venía llevándolo para arriba. Al llegar allá dizque un guerrillero de esos dijo: “qué ya vienen con ese perro que murió ayer, no hay que enterrarlos, hay que mandarlos por un hueco, que no lo van a velar, es un perro que murió” y que no iba a pasar para arriba, que se regresen. Vereda Santa Clara, Putumayo, 2002, P.524.

La mayor parte de las ejecuciones o desapariciones forzadas se hicieron estigmatizando a las víctimas, criminalizándolas, como una forma de justificar la acción. Muchos familiares reivindican el buen nombre de sus fallecidos o desaparecidos y cuestionan las versiones justificadoras de esas violaciones de derechos humanos.

Bueno, ese día que los estábamos enterrando a ellos también mandamos a hacer la misa del primer año de muerto de papá y de Moncho. Eso fue muy, muy duro, ya nos fuimos al sepelio de ellos a enterrarlos... Una señora me dice: “mamita es que sus hermanos salen en la prensa como si fueran... que dicen que matados subversivos”. Todavía los desgraciados los matan y los sacaron en la prensa dizque como subversivos. Con razón que había ese poco de ejército en el momento del entierro. Le cuento que eso fue más duro todavía y más rabia. La Pedregosa, Norte de Santander, 1995, P.743.

Ahí empieza la lucha por demostrar que él no es un guerrillero. Entonces, yo me desespero, empiezo a llamar a todo el mundo en Bogotá, mire que a Andrés le pasó esto, apareció muerto, dicen que es guerrillero, ¿yo qué hago? Contratamos

un abogado, pero entonces a mí no me querían entregar el cuerpo. Bogotá, D.C., 2008, P.771.

Las mujeres establecen una diferencia entre el asesinato y la desaparición. Las diferencias entre un suceso y el otro se establecen a partir de si pueden o no recuperar el cuerpo del ser querido asesinado o desaparecido. El cuerpo opera a la manera de un punto clave que permite iniciar el proceso de duelo, aunque este sea muy doloroso y traumático.

En la desaparición forzada

En caso de desapariciones, el manejo de la pérdida incierta es muy difícil. Un 18% de las mujeres entrevistadas tenían familiares desaparecidos. Entre la esperanza y la lucha por encontrar a sus seres queridos, la vida de las familiares de personas desaparecidas transcurre muchas veces en un difícil y tortuoso proceso de búsqueda, plagado de riesgos y situaciones de tensión para las mujeres.

Por otra parte, con el paso del tiempo o los signos en otros casos de que pueda haber fallecido, el duelo muchas veces no se resuelve psicológicamente debido a la imposibilidad de constatar la muerte del ser querido. Predomina una situación de incertidumbre y de búsqueda, y la ausencia de información y la negación de las autoridades en otros casos sobre el destino de la persona querida, generan un malestar permanente. Incluso en las situaciones en que la mujer puede empezar a pensar que su familiar está muerto, la esperanza aunque pequeña de que sobreviviera, de que se encuentre en algún lugar inhóspito, genera una situación psicológica muy difícil de manejar entre la certeza y la incertidumbre.

Ella todavía se mantiene muy enferma, dice que no, que ella de todas maneras tiene fe de que algún día vuelva o que... claro que ella en estos días ya me dijo que ahora si ya no lo esperaba, que ella de todas maneras estaba ahí como si volvía o no, así... Dabeiba, Antioquia, 1998, P.23

Quedó desaparecido y ese trauma nunca se le borra a uno. Riohacha, Guajira, 2007, P.102.

Entonces el no tener certeza de si efectivamente se produjo la muerte del ser querido o no, supone frecuentemente un estado de zozobra permanente en las mujeres entrevistadas.

Hasta el año pasado fue que yo me enteré de la muerte de él, porque yo andaba todavía como que... yo todos los diciembres, hasta el año pasado, lo esperaba a él. Vereda Patio Bonito, Líbano, Tolima, 2001, P.153.

Un aspecto clave de esta dificultad, incluso cuando la mujer tiene la certeza de la pérdida, es la imposibilidad de poder hacer el ritual de entierro.

Cuando me avisaron, yo me fui enseguida e hice las vueltas, conseguí el cajón, la comadre me ayudó, lo llevamos al cementerio. No lo pudimos ni velar, lo tenían

en cuarto frío, no lo velamos sino en el cementerio y el mismo día lo enterramos porque no se podía hacer velorio. No se podía llevarlo a la casa porque lo mataban a uno, mataban a la familia. Barrio Mandela, Cartagena, Bolívar, 1998, P.248.

Uno de los elementos indispensables para la elaboración del duelo es la constatación de la pérdida como definitiva y para ello tiene una función básica ver el cuerpo y constatar su fallecimiento. En este conflicto armado colombiano y en el contexto de la represión política iniciada en los años '80, la desaparición forzada ha ido haciéndose una estrategia cada vez más masiva. Una estrategia para invisibilizar los hechos, para pretender eliminar o diluir la responsabilidad de los perpetradores en la niebla del silencio, y sobre todo para prolongar el dolor de la familia. Se trata de una de las estrategias más eficaces para mantener un estado de dolor psíquico permanente, de doblar las voluntades, como parte de una estrategia de terror, asimilándose a una forma de tortura psicológica.

Tenemos una esperanza de que algún día se pueda saber la realidad de mi hijo, que pasó o puede también llegar, como en muchas ocasiones hay. Me he dado cuenta por televisión que a los treinta, cuarenta años han llegado sus hijos a la casa. Yo guardo esa esperanza de que algún día pueda encontrarlo. Samaniego, Nariño, 2001, P.348.

La desaparición de un ser querido, con las imposibilidades que esta situación supone en términos de no poder realizar los rituales asociados culturalmente con la muerte, instala la permanente esperanza de que la muerte no se haya producido o incluso que el ser perdido vuelva mágicamente.

Hoy en día el sueño mío es que yo de pronto vaya por ahí en el camino con mis hijos y que de pronto Pedro resucitará. Tierralta, Córdoba, 1993, P.82.

Las mujeres, y especialmente las madres, son quienes más alientan los procesos de recuperar los cuerpos o los restos, con la intención de preservar algo del ser querido perdido, como un punto de partida de un proceso que haga posible el desprendimiento afectivo del que ya no está.

Mi mamá nunca ha podido superar eso, mi mamá nunca superó, mi mamá siempre decía: "es que yo tengo que ir por los restos", pero siempre todos se opusieron. Belmira, Antioquia, 1986, P.90.

En otros casos, las mujeres han hecho su propio proceso de despedida y de asimilación de ese duelo traumático. Si bien no se pueden establecer formas positivas o negativas de enfrentar esa pérdida, que depende de múltiples factores, un aspecto clave a considerar es la voluntad de la persona y respetar su propio proceso.

¿Sabes qué hice con la ropa de él, las cosas de él? Las metí en una caja, las mantuve guardadas durante muchos años, hasta hace tres años que las regalé. Las

guardé porque pensaba que iba a volver. Pero ya yo no creo, ya di eso por perdido, o sea ya di el caso, ya lo di, ya no está vivo. Buenos Aires, Cauca, 2000, P.329.

En general son las mujeres quienes más frecuentemente muestran ese impacto, en un profundo malestar y dolor, pero también la lucha por encontrar una respuesta. Las denuncias de las mujeres que han formado parte del movimiento de familiares de desaparecidos en Colombia muestran ese papel activo y cómo sus denuncias han contribuido a presionar a las autoridades y grupos armados, y denunciar internacionalmente dichas prácticas. Dichas demandas se asimilan también a las que tienen algunos familiares de personas secuestradas por la guerrilla y que murieron durante el cautiverio.

Escuchó el 18 de junio, por las emisoras, que las familias de los secuestrados pedían que por favor les devolvieran, aunque fuera los cuerpos, para hacer el duelo y darles una sepultura digna. Barrio Cerros de Maracay, Valle del Cauca, 2002, P.879.

Sin poder expresar el dolor

Uno de los impactos más negativos después de la pérdida traumática de seres queridos es la imposibilidad de expresarse sobre la pérdida de la persona, el llanto o la rabia en contextos donde todo eso se vuelve peligroso, o donde no hay condiciones ni apoyo para poder hacerlo. El hecho de que la pérdida no se puede expresar o compartir abiertamente, porque la persona está estigmatizada, la negación social de los hechos y la ausencia de apoyo social constituyen factores de riesgo de duelo complicado muy frecuentes en los casos de violencia política en Colombia.

A la muerte violenta de un ser querido, que tiene una causa social y política, se suman factores como el no poder llorar, no poder recoger los cuerpos ni expresar públicamente el dolor suscitado por el hecho. Todas esas cosas, que en los contextos de las diferentes culturas forman parte del proceso de duelo normal, se hayan en estos casos alteradas. Los ritos o las denuncias resultan peligrosos para los familiares, porque no se pueden hacer ceremonias en condiciones, ni expresar la solidaridad con los otros. La expresión puede hacer que las mujeres sobrevivientes sean de nuevo golpeadas, identificadas o señaladas. Esta imposibilidad de expresarse sobre la pérdida agrava el proceso de duelo.

Me volví como al dolor. Uno allá se pone que uno no podía ir a enterrar a nadie, no podía llorar a ningún muerto. Montería, Córdoba, P.86.

La falta de registro e inscripción del cuerpo, bien por desaparición o porque se impide recogerlo luego del asesinato, ocasiona un efecto de suspensión que impide el “cierre afectivo”, incluso la expresión sobre esa pérdida incierta. En otros casos esa negación de la expresión tiene incluso que ver con la imposibilidad de recuperar los cuerpos, debido al control que tienen los perpetradores sobre el territorio o las amenazas explícitas de no

recoger los cadáveres, como frecuentemente en el caso de los grupos paramilitares. También numerosos enterramientos hechos sin conocimiento de los familiares han sido parte de la reciente historia de Colombia.

Después, nos contaron que unos vecinos habían pasado por allá y lo habían encontrado muerto en la orilla del caño y ellos, como para que los gallinazos no acabaran con él, hicieron un hueco al pie de un limonero y ahí lo metieron. O sea que nosotros como familiares no pudimos entrar a cogerlo ni nada. Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.877.

El control de las zonas por los actores armados, en este caso grupos paramilitares todavía hoy en día, limita la posibilidad de acceso de los familiares a lugares de entierro y la posibilidad del duelo o la investigación de los hechos.

Para colmo a mi hermano lo torturaron, le arrancaron las uñas, le quemaron los testículos, lo rajaron los brazos y las piernas... lo torturaron muchísimo. Al hermano que lo reconoció ya la policía le dijo que era mejor que dejara eso quieto para que no se calentara él, que hiciera de cuenta que no había pasado nada, que está aquí enterradito en el cementerio. Mi mamá y nosotras nunca pudimos ir por allá porque eso es zona de conflicto. Por televisión dicen que se desmontaron las autodefensas, pero eso son mentiras, esa gente sigue ejerciendo su poder. De hecho nadie de la familia nos asomamos por allá, porque nos dijeron que no podíamos entrar. Belmira, Antioquia, 1986, P.90.

Sin embargo, en algunos pocos casos las comunidades y familias afectadas confrontaron a los perpetradores, como en este caso a un grupo del ejército en Huila, por los asesinatos cometidos.

Cuando arrastraban a mi hija, les pusieron una barrera ahí, para no dejar pasar la gente, entonces él se pasó a quitarle el arma a uno de ellos, que qué pasaba, que nos explicaran. Entonces uno de ellos se agarró a disparar al aire, a dispararle a la gente, pues como había gente tomada y la gente muy brava, que dijeran por qué los habían matado y que explicaran. Entonces ellos, recogieron los cuerpos y los trasladaron al departamento del Huila. Los botaron a la orilla de un río, ahí los dejaron, y dijeron que ahí los fueran a recoger. Peruanza de Garzón, Huila, 2006, P.859.

La limitación de las formas de duelo comunitario supone una ruptura de las tradiciones y de la cohesión alrededor de los ritos de despedida, donde se expresa la solidaridad con los deudos y familiares. Esa limitación de la expresión de la solidaridad hace que los ritos pierdan su función de apoyo mutuo.

Que sí, contestó uno y dijo: “lo pueden recoger de ahí, le pueden hacer su velorio pero no lo vayan a hacer con bulla”. Belmira, Antioquia, 1986, P.90.

También el miedo limita en general la expresión del duelo. En algunos casos por el ambiente de terror, en otros por las amenazas explícitas sobre su expresión.

La reacción de nosotros fue pues ahí donde estábamos llorar y no nos dejaban ni llorar, que si llorábamos pues mejor dicho. Entonces uno amenazado tiene que estar calladito, no tuvimos ninguna reacción ahí, asustados ahí muertos del miedo. Timba, Cauca, 1999, P.436.

En otros casos, los cuerpos tuvieron que ser llevados fuera del lugar de los hechos, en medio de condiciones precarias y de extrema peligrosidad. El riesgo asumido por muchas personas en el transporte de personas gravemente heridas o muertas, muestra la solidaridad mutua y la importancia de recuperar los cuerpos para las familias y comunidades afectadas.

Cuando nosotros veníamos en el camino, todos juntos veníamos con la muerta porque nosotros no la dejamos, ella venía dejando su charco de sangre en todo el camino. La traían en hamaca. Entonces como no era a ella sola que iban a matar, iban a matar a otros más, los que pudieron se fueron. Y nosotros, mejor dicho, llorando, dando gritos por todo el camino con esa señora muerta en el camino. Ahí en la carretera la recogió un carro y la dirigió hasta arenal. Corregimiento Bayano, Bolívar, 2000, P.218.

Imposibilidad de recoger o identificar los cuerpos

La imposibilidad de expresión llegó al extremo de no poder recoger los muertos, o incluso no poder recoger siquiera sus nombres como en el caso de la Comuna 13 de Medellín tras el control de grupos paramilitares a partir de 2002. En otros casos, el hecho de no poder recoger los cuerpos hizo que se los comieran los animales.

Me tocó en Riosucio, ver bajar balsas de hombres de tres, de dos, de cinco y los gallinazos, ir allí sobre las barrigas de esos señores picándolos. Mataron a un señor que era comerciante muy trabajador y nadie, nadie tenía derecho a cogerlo pero allí dieron la orden como de cinco que bajaron muertos que los cogieran. Los cogieron y los arrimaron allí a la orilla de esas casetas que utilizan en las aguas para lavar y bañarse, y los gallinazos allí les rompieron la barriga. Riosucio, Chocó, 1991, P.496.

La recogida e identificación de los cuerpos es parte del proceso de duelo bloqueado por distintos actores armados. El reconocimiento es parte del derecho de los familiares para poder identificar y tener certeza de la muerte de sus seres queridos. También supone exponerse al horror de las muertes, la descomposición de los cuerpos o las lesiones de tortura y mutilaciones frecuentes, pero es también el medio para confirmar su muerte. Hay que tener en cuenta que la falta de claridad sobre la muerte o las dudas sobre la identificación de los cuerpos suponen tareas inacabadas o inciertas que pueden tener un impacto a largo plazo negativo.

Sobre todo el físico, porque no poderla ver en un ataúd, como que duele, como que usted llega y decir bueno traen a mi suegra, vamos a verla, vamos a hacer el velorio. Pero tenía el ataúd sellado por la sangre que derramó o estaba derramando de lo reventada que estaba por dentro, no se podía ver. Eso duele, duele porque uno no puede ver esa persona, ni por última vez decir ¡bueno ya esta es la última vez que la veo! Fue un shock de que a usted le borraron a alguien de un momento a otro, ya, así. Y eso duele mucho. Sellado el ataúd con bolsas. Imagínese usted la magnitud de eso. Bolívar, 2007, P.784.

En otros casos las mujeres han tenido que seguir un tortuoso camino de contactos con testigos, visitas a la morgue, al cementerio, conversaciones con vecinos y responsables de funerarias o cementerios para tratar de identificar signos que coincidieran con días en que fueron llevadas personas muestras u otros detalles de los hechos que pudieran ponerles sobre la pista de sus familiares.

El panteonero le había dicho que habían enterrado tres muchachos que estaban como de NN porque no tenían papeles, y por las circunstancias de la vida, ese día como a las seis y media de la noche se habían llevado a uno. Y allá ya entregaron que miren la ropa y después que si lo reconocían. Entonces ya habían visto la camisa y que sí que él. Entonces que ya sacarlo, ya ir al cementerio a sacarlos para lavarlos y entregarlos. Túquerres, Nariño, P.508.

La alteración de los rituales

El ritual del entierro “humaniza” la muerte, hace posible un proceso de asimilación en términos psíquicos, facilitando el desprendimiento afectivo y la continuación con la propia existencia. En condiciones “normales” estos rituales tienen una dimensión comunitaria, y siguen ciertas reglas y usos tradicionales. En estos casos de muertes violentas, los rituales pueden mostrar la solidaridad con los familiares y también constituyen lugares de recuerdo colectivo o incluso de denuncia de los hechos.

Cuando se da el bloqueo o el impedimento de estos rituales se produce una suerte de suspensión de un proceso que no puede culminarse. También la ausencia de información o las amenazas implican impedir el proceso de búsqueda, lo que tiene efectos muy negativos en estos procesos.

Lo que más me duele es que nunca lo pudimos encontrar y lo que más quería era haberlo encontrado para haberlo enterrado, porque esa gente, en ese entonces, no dejaba que la gente fuera a buscar su duelo sino que se oponían a uno. Según lo mataban, amenazaban que nos iban a matar. Entonces por eso no lo pudimos encontrar nunca para enterrarlo, sino que quedó desaparecido y ese trauma nunca se le borra a uno. Riohacha, Guajira, 2007, P.102.

Numerosos relatos de las mujeres señalan las órdenes bajo amenaza de muerte de no recoger los cuerpos. En ocasiones, con la intención explícita de hacer un mayor daño a los sobrevivientes. En otros, para poder retirarse a sus zonas de retaguardia. Sin embargo, el impacto en los familiares conlleva en ambos casos impedir encontrar el cuerpo y poder hacer los rituales de entierro. Muchos ríos en regiones como el Chocó y otras zonas de selva, se convirtieron en fosas comunes.

A él lo mató la guerrilla porque, según ellos, era colaborador de los paracos. Quienes lo mataron dijeron que no lo podía coger hasta dos días. Pero llovió mucho y el aguacero se lo llevó, no lo pudimos enterrar. Tolima, 1960, P.121.

Que se consuma, en el río, en el agua. Es muy duro. Tolima, 1960, P.121.

A ello se suma la alteración de los procesos personales como la expresión del dolor y el dominio que ejerce el otro, tanto en el ámbito social, como territorial, comunitario y personal, dominio derivado del poder que se impone por las armas. Además, el control de los actores armados se continúa luego del asesinato y entierro del ser querido, mediante acciones de seguimiento y hostigamiento a la familia y dolientes.

Bueno de ahí lo se recogió porque ni la policía quiso irlo a recoger, lo recogieron sus hermanos lo enterraron y a los tres días del velorio nos tuvimos que salir, o sea prácticamente huyendo porque se oían rumores de que ellos nos iban a coger a todos en el velorio. El velorio fue suspendido y se le terminó de hacer en Mangará. Carmen de Bolívar, Bolívar, 1990, P.266.

También me dijeron que desocupara porque si no me pasaba lo mismo que a ellos, así que tuve que salir a duras penas con lo que tenía, no pude enterrar a mis seres queridos, esto me dio muy duro. San Bernardo del Viento, Córdoba, 1994, P.267.

Varias son las circunstancias que conducen a la alteración de los rituales de entierro en los casos referidos por las mujeres entrevistadas, como la imposibilidad de recuperar los cuerpos, de realizar su entierro en condiciones dignas o el hecho de que los cuerpos fueran comidos por los animales.

Mi papá no podía venir porque lo mataban y nosotros estábamos muy pequeños, ahí lo dejaron... subió un primo de nosotros y lo recogió y lo enterró pero los huesitos porque se lo habían comido los gallinazos. Barrio Miraflores, San José del Guaviare, 2007, P.35.

En otras, las amenazas de muerte llevan incluso a no poder participar en los rituales de duelo o despedida, como en este caso al tener que huir antes incluso de poder enterrar a su hermano.

El papá llegó, como a las doce del día de Saravena, el vio a su hijo, nos los llevamos para la iglesia, para el sepelio... llegaron unos manes, un señor alto que yo la

realidad no le pude mirar la cara. Vi al man hablando con mi hijo, pero no supe más nada. Pero le dijo: “¿si usted no se va dentro de 24 horas, o sea, usted tiene que desocupar Barrancabermeja antes de que entierre a su hermano porque no respondemos por su vida!” Las Granjas, Barrancabermeja, Santander, 2004, P.748.

En algunos casos, grupos paramilitares incluso han sido parte del negocio de las funerarias en ciertas regiones, con lo cual convirtieron a estas en mecanismos para ocultar los hechos, conocer las respuestas de los familiares y hacer negocio, en un ejercicio de perversión, control y crueldad.

Ellos la velaban y todo y le daban el cajón, pero le cobraban a uno más de un millón de pesos. La funeraria era de ellos, de los paracos. Fueron paracos los que la mataron, las autodefensas... ellos mismos la recogieron. Entonces no me la dejaron velar porque yo la saqué de donde ellos, donde la funeraria y la llevé a donde otra funeraria de la Candelaria y entonces ellos... porque yo no tenía plata y todavía la estoy debiendo. Ocaña, Norte de Santander, 2004, P.777.

Otra de las dificultades asociadas con la imposibilidad de los rituales es que, en ocasiones, la familia no tiene manera de enterarse de la muerte y cuando saben la noticia, ya está sepultado el cuerpo

Explicaciones a nadie, ni que escuchara a nadie, entonces yo la pasaba llorando ahí ocho días. A los ocho días me llevaron al cementerio para que supiera donde estaba él. Fui y lo habían puesto en una tumba muy bonita y ahí me di cuenta donde estaba él y ya, ya me vine para acá. Urabá, Antioquia, 1985, P.42.

Las mujeres parecen en los testimonios como las más frecuentemente encargadas de los ritos de duelo, quizá como una función profundamente articulada al cuidado de la vida y de los cuerpos de sus familiares. Se trata de una tarea de cuidado que se prolonga más allá de la existencia y que cumple con una función comunitaria particularmente importante, en tanto permite la inscripción de la muerte y de la pérdida en la red simbólica colectiva.

Yo así me toque velarlo en la calle, pero que me maten con él ahí, porque para mí era muy duro salir y dejarlo ahí, sin saber si le daban sepultura. Entonces el papá decía que no, que mirara a lo que nos estábamos exponiendo y yo, que nos expongamos o lo que sea, pero yo no lo dejo sino enterrado, inclusive es una cosa muy triste, y esas son cosas que a uno nunca se le olvidan, porque eso fue tirándole la última palada de tierra y nosotros saliendo en un carro para acá. Vereda Loma, Urrao, Antioquia, 1996, P.70.

En la mayor parte de los casos analizados, las mujeres no pudieron hacer sus ritos en condiciones mínimamente aceptables. Las referencias a ceremonias en medio del miedo, sin tiempo para su despedida, sin poder llevar a cabo las prácticas tradicionales, tejen la experiencia de las mujeres. Por ejemplo, en este caso por las amenazas de grupos paramilitares y el temor a las consecuencias hacia los familiares.

Lo enterramos el dos, yo le hice las vueltas a los dos días, cuando me avisaron. Conseguí el cajón, la comadre me ayudó, lo llevamos al cementerio, no lo pudimos ni velar, lo tenían en cuarto frío. No lo velamos sino en el cementerio y el mismo día lo enterramos porque no se podía hacer velorio. No se podía llevarlo a la casa porque lo mataban a uno, mataban a la familia”. Apartadó, Antioquia, 1997, P.128.

Algunas mujeres dan cuenta de que al dolor e impacto producido por la muerte de un ser querido, se suman múltiples dificultades económicas para llevar a cabo el entierro.

No teníamos plata para velarlo, eso costaba mucho. Entonces ¿qué me tocó hacer? Pasar por el dolor de que mis hijos no lo vieran y sacarlo de ahí en una funeraria que la alcaldía de Medellín me regaló. Sector Maruchenga, Bello, Antioquia. 1992, P.78.

En diferentes regiones del país, las referencias al entierro son variadas aunque conservan un significado común en relación a los fallecidos. Las referencias a la sepultura como un descanso y respeto con la persona fallecida son generales.

Yo quedé en un hueco total, que lo único que me importaba era encontrarlos y darles una cristiana sepultura; y luché, y luché y nos metimos y nos decían que no nos metiéramos allá porque nos mataban, a mí no me importaba eso. En ese momento para mí no había lágrimas, lo importante era salvarle la vida a los que quedaban y enterrar a mi papá y encontrar a mi hermano, que esa era la otra meta mía. Encontrar a mi hermano porque yo sabía que no podía descansar en paz hasta que él no estuviera en cristiana sepultura. Palmira, Valle del Cauca, 2007, P.167.

La expresión “descansar en paz” habitualmente se dirige a los muertos, sin embargo la mujer que reporta este testimonio da cuenta de cómo la propia paz depende de llevar a cabo un ritual definido por la cultura para cerrar el vínculo con el otro, se supone que el alma del difunto no descansa si no se hacen dichos rituales.

En ningún momento vi su cuerpo. Yo simplemente llegué allá, me mostraron el certificado de defunción y pasó todo esto que le acabo de contar. Y gracias a la buena generosidad de este señor de la funeraria de Cúcuta, nos salvó la vida a mi hermano y a mí, pero regresé con las manos vacías a enfrentar un mundo distinto. San Onofre, Bolívar, 1999, P.192.

El proceso de búsqueda de los desaparecidos, de los cuerpos o posibles lugares de entierro clandestino, supone para las mujeres arriesgar su propia vida.

Ese día, todos llegamos con machete y azadón. Eran las cinco de la tarde y no la encontrábamos, decíamos que era una trampa, que en cualquier momento nos iban a matar a todos. Yo lloraba y rezaba. Hasta que nos sentamos en un barranquito y cosas de Dios, yo solté el machete, lo clavé en la tierra y el machete se fue hasta la

cache. Dijo el sobrino quítense de ahí que ahí hay algo, dije ¡ay, Dios mío! pasar tanto tiempo por acá y estaba ahí. Carmen de Bolívar, Bolívar, 1990, P.266.

En los casos donde los restos de sus seres queridos fueron localizados, la demanda central de las mujeres es ir a recogerlos, recuperarlos a pesar de las enormes dificultades y aunque sea tiempo después. Las demandas de recuperación no caducan para las mujeres y tienen siempre una función dentro del proceso de duelo, aunque puedan vivirse de diferentes maneras según el tiempo transcurrido desde los hechos. Las mujeres muestran su firme voluntad y la necesidad de hacerlo por encima de cualquier peligro, dificultad económica o práctica para llevarlo a cabo.

De ahí pues nosotros no pudimos ir a recogerlos, como que llamaron helicópteros de Granada y de ahí se llevaron un poco de gente y los niños míos. Ahorita estaban diciéndome que de pronto hay una Comisión para entregarnos los restos. Clemencia, Bolívar, 1996, P.268 .

Me dijo que él se encontraba allí, yo le dije afanosamente que como así para recuperar el cadáver de él, ella me dijo que tenía que esperar porque la Fiscalía y los juzgados se encontraban en paro y que pues valía cuatrocientos mil pesos la exhumación del cadáver. Le dije a mí no me importan los cuatrocientos mil pesos, yo miro cómo los consigo, quiero que me diga qué requisitos necesito para traer. San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 1999, P.258

Sin embargo, los entierros de forma precaria, sin participación de los familiares o hechos de cualquier manera sin respetar sus tradiciones ni el sentir de los familiares son vistos después como un nuevo impacto.

Terrible, eso cada una cogió por su lado, ni el entierro les dejaron hacer a ninguna de esas personas, eso lo que hacían eran unos pozos y échelos ahí como caiga, eso es muy terrible, yo no me quisiera ni acordar de eso. Carmen del Bolívar, Bolívar, P.279.

Numerosos rituales y entierros se hicieron en condiciones de riesgo y en medio de fuertes peligros para los familiares, como en el siguiente caso.

Llegamos a acompañar a nuestra hermana y enterrar a nuestro sobrino y enterrándolo llega la guerrilla a la casa de mi mamá a preguntar quiénes han venido. Mi hermana, a la que la buscaba la guerrilla, no pudo ir a enterrar al sobrino. Teníamos un primo que es policía y está en Ibagué, y tampoco pudo ir, a mis hermanas las afectó mucho. Mi hermana perdió su bebé y encima a su otro hijo, las otras, venirse a una ciudad sin nada, sin ayuda económica como empezar de nuevo. Santa Cruz de Lorica, Córdoba, P.282.

En otros, se trataron de hacer incluso en medio de enfrentamientos o acciones armadas, como en el caso de la masacre del Naya.

Eso es cerca del Naya. Lo estuvimos allí velando un rato y ahí lo echamos para allá y ese día mismo, como estaban peleando por allá, llegamos e hicimos un medio entierro, pues no lo pudimos enterrar bien. Cuando estábamos en el cementerio empezó una plomacera [disparos] y pues nos tocó dejarlo ahí como más se pudo y correr para la casa otra vez. Barrio El Porvenir, Santander del Quilichao, Cauca, 2001, P.326.

Lo íbamos a velar allá cuando en esas empezaron que es que, los paracos estaban así al frente y la guerrilla así al frente y empezaron el tiroteo y nosotros quedamos en el medio de ellos con el cadáver de mi hermano allí, o sea nosotros estábamos ahí en el cementerio y empezó esa balacera así, se veían balas cuando pasaban y nosotros en el medio. Ya la mayoría de los acompañantes se fueron atemorizados y nosotros solo los que quedábamos allí, enterrando, la pura familia. Naya, Cauca, 2001, P.327.

En los casos de masacres, dichos entierros colectivos en medio del terror fueron la experiencia más común, marcando la vida colectiva.

Si así en el camino donde lo habían tirado, ellos habían ido y lo habían tirado barranco nomás encima, lo taparon así nomás tapado, porque se mantenían caminando perros y gallinazos, entonces se lo comían, y por eso lo han tapado, mientras llegaban los familiares. Ese día nosotros fuimos por la noche y fuimos poquito, ¿cómo íbamos a hacer para destapar si no habíamos llevado pala ni nada, así como hacíamos? Llegamos y más de uno, pues el temor y el lloramiento viendo ahí qué hacíamos, y nos devolvimos en las mismas. Barrio El Porvenir, Santander del Quilichao, Cauca, 2001, P.326.

No poder tener el cuerpo para darle sepultura, bien sea por desaparición, porque se impida recuperar el cuerpo o por secuestro, obstaculiza la elaboración del duelo, dejando un sentimiento de permanente incertidumbre y sentimiento de vacío. La demanda de las mujeres familiares con personas asesinadas o desaparecidas es que en Colombia pueda darse un proceso de reconocimiento, investigación de los hechos e información sobre el destino de sus familiares.

Que ninguna mujer pase por el dolor de ser desplazada, de tener un hermano secuestrado, de no saber qué le pasó. Y acostarse todos los días con esa incertidumbre de lo que le pasó. Porque si está muerto uno sabe dónde está enterrado. Yo ese duelo ya lo hubiera cerrado, pero como no sé dónde está, ese duelo no lo he podido cerrar. Porque nadie me ha dicho lo que pasó con mi negro. Porque si me hubieran dicho “mire, su hermano está en tal parte, váyase”. Uno cierra y uno se conforma, porque está enterrado en alguna parte. En este caso no sé absolutamente nada. Eso le pido, eso yo quisiera ver algún día en este país. Segundo Nuevo, Bolívar, 2002, P.293.

Las mujeres entrevistadas hicieron lo imposible por tratar de rescatar los cuerpos de sus seres queridos asesinados y darles una digna sepultura. En muchas ocasiones les tocó gastar lo que no tenían para pagar traslados, certificados o gestiones para los funerales o

sepultura, tratando de buscar apoyos solidarios de diferentes personas o instancias, como en este caso, para sacarlo de una fosa común y llevarlo o enterrarlo dignamente.

Para mí fue muy duro saber que mi hijo estaba enterrado allá, no era mi hijo de sangre, pero era mi hijo de crianza. Empecé en Cúcuta, yo iba a la Fiscalía, yo iba a derechos humanos y ninguno me colaboraba, aquí monseñor me ayudaba, a lo último pero contadito. Un señor de la vereda al verme desesperada me dijo tranquila, consígase 300 mil pesos y yo le ayudo a sacar los huesitos, ya con cuatro años, seis meses que tenía mi chino enterrado y la Fiscalía aquí, por medio de monseñor él me... me ayudó a enterrarlo, pero mi vida de ahí para acá ha sido... Vereda Campo Seis, Santander, 2003, P.775.

En otros casos, frente a la imposición de los perpetradores y el miedo que impide buscar a la persona, y desobedeciendo ese mandato, las comunidades y familias afectadas hicieron sus ritos en base a su cultura aún sin la presencia del cuerpo, como una forma de despedida. Estas tradiciones que pudieron expresarse de forma parcial y fragmentada han sido sin embargo un soporte para los familiares.

Nadie podía ir a buscar nada, no pudimos irlo a buscar y entonces ya yo me vine para acá para Quibdó y allí la gente como hacían sus novenas, se le hizo la última novena ahí, y pues me vine. No hicimos nada de irlo a buscar ni nada, porque esa gente reaccionaba tan duro que nadie podía ir a buscar su deudo. Riohacha, Guajira, 2007, P.102.

El impacto cultural

En lugares de fuerte cultura afrodescendiente o indígena, la dimensión colectiva de las pérdidas o la imposibilidad de recoger los cuerpos, tienen un fuerte impacto cultural. Las reglas y normas sobre el duelo ayudan a reestructurar la relación entre los vivos y los muertos, y en muchos de estos casos la imposibilidad de recuperar los restos, de saber dónde están o la destrucción de los cuerpos, pueden tener diferentes sentidos en el marco de la cultura. En el caso de Chocó son frecuentes expresiones como “el aguacero se lo llevó”, o “que se consuma, en el río, en el agua, es muy duro”, para señalar de qué manera los cuerpos quedan a disposición de los elementos naturales ante la imposibilidad de recogerlos y darles entierro.

Estas circunstancias alteran el proceso de duelo, tanto en lo personal o familiar como en lo comunitario y social, en tanto se impiden los rituales que permite inscribir en lo simbólico la muerte de los fallecidos y reestructurar las relaciones de apoyo y solidaridad. Además, las muertes han tenido en muchos contextos una dimensión masiva, con un fuerte impacto comunitario. El duelo puede tener en esos casos también una dimensión colectiva, como en el caso de las masacres. La movilización colectiva en algunos de estos casos supone una forma de afrontar estos duelos colectivos, pero el significado y los impactos culturales son aspectos claves a considerar.

Se los llevaron los paramilitares, regresó uno solo y después aparecieron los otros. Mataron a un amigo que no fue enterrado, se consumió en el río Atrato. Después aparecieron otros, había siete en esa fosa común. Se dieron cuenta porque el uno sacó un pie y una mano porque no los pisaron bien, hicieron el hueco y los metieron ahí y llovió. En esos días estaba lloviendo mucho, entonces sacó una rodilla y una mano. Riosucio, Chocó, 1991, P.496.

El duelo entre las crueldades

Otro aspecto que aparece vinculado con las dificultades para la elaboración de los duelos y el manejo de las pérdidas afectivas es la crueldad con que se realizaron numerosos actos de sevicia y masacres. Además del acto mismo del asesinato, se añade aquí la crueldad expresada por tortura o despedazamiento del cuerpo, prácticas que se refieren especialmente en los casos de grupos paramilitares.

Así no se mata ni a un animal. No pude ni acercarme al ver a mi papá en el estado en que lo mataron, porque así no se mata a un animal. Santiago Pérez, Ataco, Tolima, 2007, P.125.

Mi hijo lo mataron e iba bajando por el río, agua abajo, sin cabeza, con los brazos amarrados por detrás. El Castillo, Meta, 2005, P.130.

Esa crueldad resulta insoportable. Las atrocidades cometidas con torturas hasta la muerte o posteriormente en las mutilaciones de los cuerpos muestran el máximo desprecio por la vida y por el dolor de las víctimas

Pero usted no se imagina en las condiciones que estaba mi papá, tremendo, terrible. Yo nunca pensé ver a mi papá en un cajón, pero que se muriera de viejito, no en una situación como yo lo encontré. A mi papito le habían quemado la carita con ácido, lo habían rajado de extremo a extremo... una cosa muy, muy horrible. Palmira, Valle del Cauca, 2007, P.167.

Estos actos de sevicia suponen una expresión del horror hasta el que se está dispuesto y transmiten un significado de terror y de dominio sobre los afectados. El aparente exceso de crueldad inmotivada, incluye una racionalidad de difundir el terror de forma ejemplificante, paralizar a las familias o comunidades afectadas, y llevar a cabo el desplazamiento forzado o la sumisión total. También supone el máximo desprecio de destruir hasta la propia imagen del ser querido. Otras “razones” de estas atrocidades son el ocultar los actos evitando el ruido de las armas. Otras aparecen como absurdas y a la vez racionales, como por ejemplo hacer enterramientos clandestinos en lugares más reducidos, lo que muestra el grado de deshumanización de los perpetradores.

Es así para que la gente no escuche disparos ni nada, que a la gente la pican porque así es más chiquitico el huequito, mientras que el cuerpo entero se lleva más. Yo ese día en medio del dolor decía, gracias a Dios no la encontramos ese día. Hubiera sido más duro recién. Fue muy doloroso. Carmen de Bolívar, Bolívar, 1990, P.266.

En el caso de los llamados *falsos positivos*, de ejecuciones extrajudiciales llevadas a cabo por miembros del ejército colombiano, no solo se trata de una muerte a la que no es posible dar una explicación dado que se trata de ejecuciones presentadas de forma manipulada como enfrentamientos, sino que al tratarse de la actuación de representantes públicos que tienen la obligación de proteger a la gente, se resignifica la acción del Estado, de ser teóricamente protector a ser agente del terror.

Lo señalan como un narcoterrorista, donde dicen “ah, ustedes vienen por el narcoterrorista”. Entonces hubo una controversia, donde demostraba que mi hijo era de educación especial, pero el juez dijo “es el reporte del ejército”. Le dije “sí señor es la palabra de ellos contra la mía, pero puedo demostrar que mi hijo permanecía en la casa ya que era de educación especial, no entiendo por qué lo tildan de pertenecer a un grupo al margen de la ley”. Yo creo que esa palabra nunca la podría entender mi hijo. María La Baja, Bolívar, 2005, P.258.

A esta circunstancia se suma una expresión de irrespeto por los cuerpos y de los sobrevivientes, dado el control, la sospecha, o la estigmatización intencional de víctimas y sobrevivientes llevados a cabo. Al igual que el ritual, demostrar respeto por el cuerpo del otro se encuentra asociado a los procesos de duelo y cuando esto no está presente se suma como elemento que dificulta el proceso. Parte del ceremonial de entierro, supone la importancia de transformar el NN en un nombre propio que recupera la identidad y singularidad. Esto impide que los cuerpos sean tratados como desechos, como basura que se arruma y se desecha.

Miedo y terror en exhumaciones de ejecuciones extrajudiciales

Dije “¿por qué están separados así, no están en el mismo cementerio? Dijo: “señora es que acá la masividad de cadáveres que llega es mucha, el cementerio se saturó, no tenemos espacio para meter N.N. No llega nadie a reclamar así gente, entonces tocó alquilar un cementerio comunitario y abrir fosas más grandes para que quepan quince cadáveres, porque el cementerio tiene capacidad para seis cadáveres. Él preguntaba cuál cadáver queríamos exhumar primero. Yo le dije que quería que el de mi hijo fuera muy temprano, antes de que los medios de comunicación hicieran el rastreo, porque yo realmente me siento incómoda. Tengo una familia que proteger y no sé a qué nos estamos enfrentando. Nos dijo, “si usted está a las cuatro de la mañana, iniciamos a las cuatro de la mañana”, le dije listo.

Yo aún, entre todo lo que estaba pasando, no podía creer que mi hijo estuviera muerto, no entendía la magnitud del problema al que nos estábamos enfrentando. Ya habían sacado a mi hijo, sacaron un cadáver, el segundo y el tercero era mi hijo. No me dieron la oportunidad de identificarlo porque los del Ejército nos rodearon y mandaron a un señor de civil para que le tomara fotos a mi hijo. Mi hijo mayor se enojó mucho, le botó la cámara para que no se llevara las fotos de su hermano. Estábamos muy enojados, porque nos estaban irrespetando nuestro duelo, nuestro dolor. Nos obligaron a que diéramos un reporte. Les dijimos que solamente queríamos el cadáver de mi hijo y ya nada más. Entonces ellos llegaron a presionarnos que quién era la persona que estaban exhumando. Ya a él lo embalsamaron, lo metieron en el cofre. No tuve la oportunidad de mirar a mi hijo, lo llevamos a la funeraria, de ahí quedó en la funeraria en velación. María La Baja, Bolívar, 2005, P.258.

El manejo del impacto del duelo

Algunas mujeres dan cuenta de la diversidad de los duelos cuando se trata de la muerte de los hijos y de los compañeros afectivos, o de las distintas relaciones que tenían con los fallecidos y de sus distintas maneras de manejar la pérdida. No se trata del mismo dolor ni de la misma pérdida por la diversidad de significaciones que tienen las relaciones, las características personales o el grado de apoyo social y formas de afrontamiento diferentes.

Me afectó horriblemente cuando mi esposo murió, fue muy duro, muy duro. Pero cuando me mataron mi hijo... se acabó, ya no, ahí nada. Yo cantaba: sin tu amor ya no hay alegría... y son 17 años ¿y usted cree que soy capaz? No, porque es que él y yo no éramos como mamá e hijo, éramos como dos amigos, él y yo éramos amigos. Sabaneta, Antioquia, 1974, P.75.

La muerte de un ser querido produce impactos en los vínculos familiares, y en la vida que las mujeres podrían tener o imaginan con sus seres queridos vivos. El apoyo afectivo y económico que proporcionarían a sus vidas hoy en día, actualizan el sentimiento de pérdida.

Ella llora su hermano: “si mi hermano viviera esto aquí no estaba así, si mi hermano viviera ¿te imaginas cómo te tuviera la casa de linda? porque él era muy trabajador”. Yo delante de ella no lloro ni hablo cosas malucas, porque la afecto más. Sabaneta, Antioquia, 1974, P.75.

Igualmente, algunas mujeres dan cuenta de una referencia permanente al ser querido que han perdido, se trata de un sentimiento de añoranza y de constante evocación de su presencia por la significación que tenía para la familia o la mujer.

Entré a la universidad, no he sido de las mejores estudiantes pero tampoco mala. De pronto en las exposiciones que me tocaba hacer en clases a veces las palabras

no me salían o me distraía mucho, no era como muy buena para expresarme, se me dificultaba mucho. A veces estaba en clases y como que pensaba en otras cosas, me ponía a pensar en él o a veces me ponía a escribir en el cuaderno. Recuerdo que comenzando los primeros semestres, mis compañeros me decían que dejara de pensar en el novio. Y lo que ellas nos sabían era quién era, pues estaba pensando en mi papá y que las cosas que escribía eran para él. Santander de Quilichao, Cauca, 2000, P.316.

Sin embargo, en la práctica totalidad de las situaciones, y a veces al margen del impacto afectivo, las mujeres han tenido que adaptarse a la situación, a vivir sin la persona y centrarse en la vida cotidiana. Algunas mujeres dan cuenta de estas tareas y a la vez estrategias para enfrentar los duelos, como ocuparse del cuidado de sus hijos

Buscar la comida para los niños que decían: “ay mamá yo tengo hambre”, y no había nada. Eso como que me distraía, me cambiaba lo que me había sucedido a mí y me hacía como pasarme a otro plano de mirar una necesidad que estaba presente. Usted se puede imaginar yo tal vez por allá encerrada llorando y la gente con hambre. No, yo no era como de esas personas. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.310.

Muchas mujeres no han tenido otro remedio que adaptarse a la situación sin ningún tipo de apoyo. Las tareas de adaptación se hacen en estos casos de forma mucho más precaria y estresante. Las mujeres tienen que enfrentar el cuidado de las hijas e hijos, la sobrevivencia económica o hacer de padre y madre a la vez con sus hijas e hijos, en un contexto difícil y sin apenas apoyo.

De ese tipo, y aquí, por lo menos en esos tiempos, a uno nunca lo ayudaron. Decir tal vez las autoridades: “llevemos la señora, ella tiene un trauma porque pasó por eso”, no a uno no le ponían un psicólogo. Uno tenía que pasarlo así, únicamente que la gente le decía: “tenga mucho valor hija, usted tiene sus niños pequeños”, pero no saben lo que uno tiene por dentro que eso le está trabajando a uno. Uno lleva eso y nunca se olvida, eso es un trauma horrible. Vereda Piedra de Bolívar, El Tambo, Cauca, 2001, P.324.

La relación con los ausentes

Las formas de recuerdo de sus familiares fallecidos o desaparecidos son muy importantes para las víctimas. Si bien esas formas de relación con los ausentes pueden ser vistas en ocasiones como barreras para el proceso de duelo y despedida, más bien suponen en general formas adaptativas y positivas de mantener un lazo afectivo distinto con los que ya no están, y que frecuentemente las mujeres señalan que les ayuda a enfrentar el duelo o superar la tristeza.

Yo después de la muerte de mi hijo soñé un día que estábamos en un campo así todo verdecito, todo bonito, y yo estaba de la mano con él, conversando. Entonces él me dijo: “yo me voy, me tengo que ir ya, cuídese mucho que la Virgen las acompañe y siga en su camino, trabaje, capacítese”. Me dijo muchas cosas. Entonces yo le dije: “no se vaya, me voy con usted”. Y me dijo “usted no se puede ir conmigo usted se tiene que quedar yo en voy solo”. Y salió y se fue. Antioquia, 2007, P.1.

Numerosas mujeres compartieron en las entrevistas sus sueños con los ausentes. Algunos sueños tienen una función claramente adaptativa en ese proceso de duelo y tienen como “tema” la relación con la persona y el desprendimiento, a la vez que el recuerdo y frecuentes mensajes para su vida.

Para mí es como si mi esposo se hubiera ido y ya va a llegar. Me sueño a mi esposo y me dice que no le gustó que hubiera hecho aseo y sacado a botar cosas de él. Y me dijo que me iba a dejar y que para siempre. Me lo soñé delgadito. Bucaramanga, Santander, P.571,

Todo cambió porque imagínese cuando me acuesto tengo presente mi hijo, me coloco a servir la comida tengo presente mi hijo y así eso no se me sale de la mente. En el sueño, parece que lo veo desnudito y se me para y se me presenta sí en sueños. Mocoa, Putumayo, P.449.

A veces he tenido sueños de que lo miro a él y que me quiere decir algo, no sé si será psicosis mía o es real que me quiere decir algo, cuando me pongo a hablar de él, siempre lo miro en la noche o no sé si es por lo que cuento. Puerto Guzmán, Putumayo, 2011, P.572.

El recuerdo de los seres queridos es un aspecto clave en los procesos de duelo. También en muchos casos de la violencia en Colombia, dichas formas de recuerdo se encuentran distorsionadas por la incertidumbre sobre la pérdida, el recuerdo traumático de las atrocidades o la falta de espacios sociales de recuerdo colectivo. Para las mujeres que han perdido a sus familiares, mantener una imagen positiva de ellos es muy importante. Integrar esa imagen y recuerdo de la persona ausente en la dinámica familia, poder hablar de él, sus aficiones, cómo era o incluso las ambivalencias es un aspecto positivo para el proceso de duelo.

Ella, para tomar, toma al escondido de mí y pone su música y eso. Es ahí donde mi hermano viviera porque ella ya tiene tres nietos y de esas tres nietas hay dos que son mellizas una es blanca, y una negra pero negra y las llaman las nucas. Entonces me dice, mami te imaginas donde mi hermano viviera ¿cómo estaría de matado con estas muchachas? y le digo yo pues imagínate, y si mi hermano viviera nosotros no pasábamos por esta, porque él vivía pendiente de que a ella no le faltara nada y de que a la otra tampoco le faltara nada y cuando son groseros los nietos conmigo les dice: “denle gracias a mi Dios que mi hermano no está vivo, porque si no otro gallo les cantaba”. Sabaneta, Antioquia, 1974, P.75.

Explicaciones sobre la muerte y la desaparición

Una parte de las dificultades que numerosas madres especialmente tienen en la relación con sus hijos e hijas, es cómo explicar la muerte violenta, sus porqués, o la desaparición forzada. La falta de sentido de las muertes, su carácter intencional, la acción de los perpetradores y el nivel de desarrollo cognitivo y moral de los niños y niñas condicionan el tipo de explicaciones y el nivel de comprensión de ellos.

Cuando ella tenía como 7 añitos es donde ella veía de que la gente que muere los entierran en el cementerio y un día me dijo, que yo le decía que el papá estaba muerto pero que yo nunca la llevaba al cementerio a visitarlo, que si era que él estaba en el cementerio o dónde era que estaba. Entonces es algo que, a mí me dolió mucho cuando ella me habló de esa manera, cuando era muy niña, todavía está muy niña. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.318.

Las explicaciones aparentemente sencillas que pueden dejar los niños y niñas un tiempo tranquilos frente a la eventualidad de un regreso, como que se ha ido de viaje o que regresará pronto, suponen con el tiempo nuevos impactos dada la ausencia de relación la explicación y la experiencia directa. Por otra parte conlleva la búsqueda de explicaciones alternativas que pueden relacionarse más con su conducta: “si mi papá no vuelve debe ser que yo hice algo malo, o si no me llama por mi cumpleaños es que no me quiere”.

Yo me había hecho a la idea que él se había ido de viaje y que en cualquier momento podía llegar. Yo no había trabajado el duelo y eso fue lo más duro. Popayán, Cauca, 2001, P. 323.

En el caso de los desaparecidos o de las personas cuyos cuerpos no pudieron ser recuperados, la falta de sepultura, de lugar de encuentro simbólico, de referencia para la relación con los deudos tiene un impacto también en el duelo de los niños y niñas, que tienen mayores dificultades para asimilar la pérdida y contar con explicaciones que les ayuden a entender lo sucedido.

Es muy doloroso que el día de mañana, así como ahora, no sepan mis hijas donde irle a llorar o irle a llevar un ramo de flores al papá. Eso fue frustrante, esa cosa acá, eso fue duro, parte el alma. Buenos Aires, Cauca, 2000, P.329.

La posibilidad de mantener el diálogo con los niños y niñas, responder a sus preguntas honestamente en la medida de lo posible y no darles explicaciones simplistas que generen mayor malestar o preocupación, es parte del camino que muchas mujeres han tratado de hacer, en medio de enormes dificultades, y que puede ayudar a un acompañamiento en estos procesos. La peor estrategia en estos casos es el silencio o pensar que los niños y niñas no se enteran de lo que sucede a su alrededor o que no son tan sensibles a la pérdida, aunque la expresen de otras maneras, especialmente a través de su comportamiento.

El duelo en el destierro

Una de las consecuencias de las que dan cuenta las mujeres como resultado del asesinato de un ser querido es la necesidad de abandonar el territorio dado, que probablemente se encuentra expuesta al mismo riesgo de ser asesinada.

Después de eso no esperé novenas ni nada, me tocó huir porque pensaba que lo mismo que le había pasado a él me iba a pasar a mí, porque yo aún conocía a las personas que le hicieron eso a él. Entonces me tocó huir para donde mi papá y mi mamá. Guaquira, Putumayo, 2007, P.132.

Ello supone que a la pérdida violenta del ser amado, se suma el duelo que deberá enfrentar a consecuencia de no poder seguir viviendo en su territorio o de no poder participar en los rituales o volver al lugar de entierro, ceremonias de aniversario y otras formas de recuerdo. No solo pierde al ser amado como consecuencia de un acto violento, sino su comunidad y territorio. Si bien el desplazamiento aparece como una posibilidad de salvaguardar la propia vida, se trata de una sumatoria de duelos con un efecto acumulativo.

Después ya la familia hicieron muchas cosas para enterrarlo, colaboraciones de los vecinos, familiares y después de eso no espere novenas ni nada, me toco huir porque pensaba pues lo mismo que lo mismo que le había pasado a él me iba a pasar a mí, porque yo aún conocía a las personas que le hicieron el hecho a él, y entonces como familiares y todo eso cerca yo me todo huir para donde mi papá y mi mamá. Buey, Chocó, 2005, P.462.

También supone que hay que vivir duelos en un contexto de separación familiar forzada. Frecuentemente el desplazamiento forzado lleva a la desestructuración familiar, bien por falta de recursos, problemas de seguridad o diferentes alternativas de vida posterior, especialmente cuando se trata de personas jóvenes o adultas.

El muchacho me dijo: “estoy amenazado, si yo hablo a mí me matan”. Imagínese el chino ya tenía 16 años, él un pelado, ya un hombre y me dijo “no mami, ¡váyase para Cúcuta! Y yo me voy donde mi tío”. Bogotá, D. C., 2008, P.200.

IV. El impacto que no puede quedar atrás

Usted se acuesta, y ya tiene eso en la cabeza ya está pensando, ¿por qué sucedió esto?, ¿por qué nos tuvimos que venir?, ¿por qué dejamos todo tirado? Antes uno tiene es trauma ahí, así usted se esté riendo o esté en medio de la gente, usted tiene eso como fue hace diez años. Samaná, Caldas, 2002, P.120.

Una de las características de los hechos traumáticos es que se re-experimentan de múltiples formas tiempo después de los hechos. En el caso de Colombia, hay que tener en

cuenta que además los hechos de violencia han seguido produciéndose y muchas mujeres han vivido diferentes episodios de terror y violencia que potencian sus efectos. Más de seis de cada diez mujeres entrevistadas (62%) señalaron tener problemas de sueño como pesadillas o insomnio, y no poder dejar de pensar en los hechos vividos, sus seres queridos o el impacto de la pérdida.

Reexperimentar el horror

En muchos casos, la re-experimentación se da a través de ruidos, situaciones o lugares que hacen que la víctima vuelva al escenario del horror. Muchas mujeres hablan en ese sentido de “trauma” como una herida que no termina de curar, y que se realimenta con las cosas que siguen sucediendo a su alrededor.

Yo tuve un trauma que todavía lo siento. Voy caminando por una parte y se me pone como angosto el callejón, se me pone angosto y pienso que vienen persiguiéndome. Siento los pasos y todo. Volteo para atrás y no viene nadie. Y yo todavía veo la candela y la gente gritando, yo la tengo aquí en la cabeza. Piñique, Atlántico, 2004, P.257.

Muchas mujeres han vivido esas reacciones no solo de forma individual, sino con sus familias y sus hijos e hijas, lo que es también una fuente de tensión.

Yo llegué donde mi suegra a sufrir mucho, mis hijos no podían ver una moto porque corrían para meterse debajo de la cama, se despertaban llorando y yo con pesadillas, mi marido no quería ir al trabajo. Él decía que no se atrevía a recibir una mala noticia. La familia se desestabiliza, mis hermanas se fueron para otros barrios a sufrir también. Barrio Mandela, Cartagena, Bolívar, 1998, P.248.

Muchos de esos pensamientos o imágenes tienen un carácter intrusivo, es decir, le vienen a la persona en cualquier momento y se vuelven incontrolables, ocupando toda su mente y no dejándole pensar en otra cosa.

Las enfermedades que he tenido han sido muy graves, porque se le enferma a uno la mente, el corazón porque uno piensa mucho, esos pensamientos se le vienen, uno busca para no pensar y de momento se le meten las cosas a la mente. Yo estoy comiendo y desde que se me vienen las cosas a la mente, hasta allí llego la comida. Eso es como no sé... Alto Baudó, Chocó, 2003, P.414.

En el caso de las personas con impactos físicos severos como discapacidades (amputaciones, problemas sensoriales, etc.) las propias secuelas físicas hacen difícil mantener la mente alejada del impacto de la violencia. Las marcas en el cuerpo mantienen en muchos casos el impacto psicológico que las personas tienen que aprender a manejar.

Me afectó en lo psíquico porque siempre lo tengo presente, siempre lo vivo recordando, o sea como que todo lo que pienso generó en mí eso de violencia; y en lo

físico porque tengo las secuelas o sea tengo las pruebas en mi cuerpo. Bojayá, Chocó, 2002, P.478.

En otros casos, hay hechos que reactualizan el impacto y convierten la cotidianidad en algo controlado por la violencia. Especialmente donde la presencia de actores armados o la disputa del territorio está activa, y la posibilidad de sufrir directamente nuevos hechos algo que se da todos los días, la vida de la gente se transforma en una presencia permanente de pensamientos negativos que anticipan la acción y son una muestra del nivel de terror que viven.

Me he sentido muy mal, mal, mal, yo vivía muy bien, sabrosa con mis hijos y desde que se metió la guerrilla a ese río, desde ahí el corazón mío no me para y la cabeza no me descansa; cuando es de pensar una cosa, pienso es en muerto ¿cómo fue que lo mataron? Y pienso también en los que están ahí porque no sé qué ha pasado. Puerto Asís, Putumayo, 2005, P.446.

Vivir en el lugar en que se han producido los hechos convierte la realidad cotidiana en más amenazante. Para muchas mujeres la vereda o el lugar donde se criaron o vivieron se convirtió de repente en fuente de tensión, de recuerdos traumáticos o de nuevos peligros. Tratar de vivir una cierta normalidad es mucho más difícil cuando todo a tu alrededor te lleva a los hechos violentos, o el modus operandi y el control de los perpetradores vuelve la casa, o el barrio en un escenario en el que ya no se puede estar tranquilo. En esos contextos, el desplazamiento forzado puede ser también un intento de disminuir la tensión.

Con solo pensar, yo no soy capaz de dormir allá... a mí me parecía que ya me iban a sacar, que ya llegaban y me decían, o sea yo sentía como esas voces, se va o la matamos y yo no, no, yo aquí no soy capaz. Y al otro día en la primer línea me vine, yo descansé, yo dije gracias a mi Dios llegué al pueblo, porque en el pueblo no me da miedo. Vereda Loma, Urrao, Antioquia, 1996, P.70.

Nos vinimos porque había mucha violencia, igual, en el barrio, en la casa en la cual yo vivía, que era mi casa, vivía muy aterrorizada, cualquier ruido, yo ya me, si?, yo no me podía ni dormir, era como celadora, como vigilante de la casa. No dormía por ese motivo, porque muchas matanzas en esa cuadra en Tumaco. Entonces nos tocó venirnos. Barrio Ciudadela, Tumaco, Nariño, 1992, P.875.

No dejar de pensar

Aún tengo en mi pensamiento ese avión fantasma en mi memoria, a mí me afecto psicológicamente, en nunca jamás volver a ese pueblo porque igual ya usted de querer tanto su pueblo, de haber vivido en ese pueblo desde pequeña, ver esa guerra, ver esas muertes, ese miedo, esa zozobra, entonces a mí me afectaron muchísimo. Han pasado años y aún tengo en mi memoria eso, aun ahorita recordando a uno lo afecta. Cali, Valle del Cauca, P.163.

En muchas ocasiones las imágenes repetitivas se refieren al sufrimiento de la víctima y se mantienen durante mucho tiempo. La frecuencia de atrocidades y crueldades como la tortura que se dan en Colombia, ha hecho que muchas mujeres sobrevivientes se vean afectadas por imágenes del horror y el pensamiento obsesivo sobre el sufrimiento padecido por sus seres queridos.

Yo no podía dormir porque yo me imaginaba un vacío así en el cuerpo. Yo me sentía vacía. Me lo imaginaba a él cómo amarrado en un árbol haciendo frío y que esa pierna le dolía bastante en invierno, y no eso no me dejaba dormir. Medellín, Antioquia, 2001 y 2011, P.50.

No me da hambre, me duele mucho la cabeza, me duele mucho el cerebro, y todo el tiempo paso con la película. Todo... todo... todo... todo el tiempo. San Félix, Caldas, 2002, P.644.

Este “qué le harían” ha sido el horizonte de muchas noches e insomnios para las mujeres entrevistadas.

Uno ya muere con esto uno tiene sus noches que no duerme de pensar tantas cosas que le harían cómo lo maltratarían, adónde lo tirarían. Puerto Boyacá, Antioquia. 2002. P.30.

En la mayor parte de las ocasiones, el fuerte sentimiento de injusticia respecto los hechos o la víctima hace que dichos pensamientos repetitivos se mantengan durante más tiempo.

Así, sufrimiento de un pensamiento que no he podido borrar porque yo todo el tiempo estoy pensando que cómo murieron ellos voy a morir yo, porque mire que uno no vale ser inocente de las cosas. Vereda la Balsita, Dabeiba Antioquia, 1995, P.2.

Si bien pensar sobre los hechos de forma reiterada es una respuesta normal frente a hechos traumáticos, y por tanto una forma también adaptativa de tratar de afrontarlos, el pensamiento obsesivo sobre los mismos, o dar vueltas en su cabeza siempre de la misma manera sin conseguir poner distancia de los hechos o entenderlos de alguna forma, se convierte en una experiencia retraumatizante para muchas mujeres.

Desde el primer día fue un desespero, no dormía al no saber qué había pasado con él. Porque todavía estaba desaparecido, eso es una zozobra que mis hijos y yo no dormíamos pensando dónde estará, si estaba vivo, si estaba muerto, si lo estaban torturando o qué habían hecho con él. Y todavía sigo... quiero saber qué fue lo que pasó, porque ya está enterrado y quiero saber qué pasó, porque es con algo que yo vivo. Mis hijos y yo vivimos con eso todo el rato, porque no sabemos qué fue lo que pasó. La Calera, Cundinamarca, P.504.

Algunas mujeres entrevistadas relataron los detalles del horror que aún les han seguido torturando durante mucho tiempo. Especialmente los casos de torturas y crueldades, suponen para las mujeres sobrevivientes un horizonte en el que las barreras entre la fantasía

y la realidad se borran, y en el que las marcas, recuerdos o comentarios de otras personas generan siempre nuevas preguntas y malestares.

Todos los días soñaba, yo no podía dormir, yo me acostaba a dormir y me levantaba desesperada, sentía una cosa horrible en la cabeza, como una desesperación, como ganas de salir corriendo, un guayabo, recuerdos que le quedan a uno de él, y todo. Y yo decía ¡huy no! si se lo echaron a los caimanes, yo me ponía a pensar ¿cómo lo matarían? ¿Qué le harían? ¿Cómo lo torturarían? Qué le comió el caimán vivo, qué le hicieron ¡huy! Yo pensaba tantas cosas. Yo decía, ¡huy no! Si hubiera estado yo en ese momento, que yo hubiera tenido con qué defenderme, si hubiera sido gasolina y fósforo para haberlo echado, yo pensaba... Simití, Bolívar, 1999, P.760.

Para muchas mujeres esta incertidumbre se convirtió en una tortura psicológica, como en el caso de las personas desaparecidas.

Yo por ejemplo, me levantaba todos los días, y le decía “Señor que hoy corra con mejor suerte”. (Llanto) Uno como madre es difícil perder un hijo en esa situación, en esa forma. Se levanta uno y ve su cama vacía, va uno a comer y no está él, está comiendo y tendrá hambre. Se va uno a acostar a dormir, y dice yo acá en una cama limpia, mi hijo estará en el piso, en qué condiciones se encuentra. Yo creo que esos ocho meses de búsqueda de mi hijo fue una tortura muy dura. (Llanto). Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Además, en los contextos donde la situación de peligro y violencia, se mantiene el impacto de dichos pensamientos negativos por el nivel de riesgo y temor de pasar por lo mismo, de que los hechos vuelvan a producirse.

No dormía tranquila, ni vivía tranquila, pero al estar aquí ahora sí puedo dormir tranquila, no siento miedo, no está uno pensando mire que de pronto allá en el monte, haya alguien que lo esté viendo a uno. Melgar, Tolima, 2004, P.147.

Dicen que persisten más no los conocemos, y tememos siempre la sombra de la noche, con el temor de que vuelvan a atacarnos. Es algo que uno nunca más tiene un sueño profundo, siempre que los perros ladran hay alguien en el pueblo caminando. Cesar, Bolívar, 1991, P.237.

Las vivencias amenazantes aumentan el pensamiento repetitivo, muchas veces sin poder hacer nada para enfrentar la situación, especialmente cuando las víctimas se enfrentan a situaciones respecto las cuales no tienen ninguna posibilidad de control y no existen medios de protección por parte del Estado para la seguridad de las víctimas.

Yo no dormía, la cabeza daba unas vueltas y unas vueltas y uno acababa de pensar una cosa y pensaba la otra, y volvía y terminaba esa, y volvía y pensaba que por qué había pasado todo eso, todo. Vereda El Rayo, Tarazá, Antioquia, 1996, P.51.

Una de las características del impacto traumático es que este se repite en el tiempo a partir de estímulos o cosas que lo recuerdan y reactualizan el malestar. La asociación de hechos actuales con la violencia sufrida es un mecanismo que aumenta ese impacto.

Y de noche no dormía. No era sino pensar y pensar en el momento como me fui, y por eso hoy en día, cuando suena el celular un sábado o domingo, pienso que algo está pasando o cuando escucho de pronto sonidos de escopeta o alguna bulla por ahí, ¡por allá mataron una persona! lo primero que pienso es eso. Corregimiento Cristiania, El Jardín, Antioquia, 2009, P.25.

Bueno yo entré como en crisis nerviosa, no podía dormir siempre escuchaba las voces de esas personas o sea eso es algo que tú tienes permanente en tu corazón, a cada rato se te viene a la mente lo que viviste eso es como un espejismo que tú siempre tienes ahí presente. Carmen de Vereda Mundo Nuevo, Bolívar, 2001, P.226.

También el aislamiento emocional, es decir la imposibilidad de compartir sus experiencias y sentimientos con otras personas de confianza, hace que los pensamientos repetitivos sean más negativos para la víctima, que no encuentra así la posibilidad de descargar, de expresar lo que le sucede y disminuir así la tensión. Muchas víctimas refieren ese pensamiento permanente como fuente de enfermedades hasta la actualidad.

Me enfermo de la pura tensión, no puedo dormir, y no hay ni con quién hablar con quién decir: estoy sola ayúdeme. Ni para la remesa, para a quién esperar, para nada. Vereda Tamavioy, Putumayo, 1994, P.521.

En medio de las situaciones de tensión la permanencia de las amenazas hace que las personas tengan que gastar toda su energía psicológica en identificar el peligro y en un estado de máxima alerta frente a la acción de diferentes actores armados. Para muchas mujeres esto supuso evaluar permanentemente las situaciones de peligro, el riesgo de verse comprometidas o atacadas por diferentes grupos, y un alto estrés permanente que afectó de forma muy negativa su vida y su salud.

Muchas enfermedades y mucho estrés, en ese tiempo por la noche yo no podía dormir, en el día no podía comer y me la pasaba solo mire para los caminos, como un guarda asustado, a ver quién llegaba, en qué forma. Si llegaba la guerrilla, si llegaba el ejército, porque estábamos como en medio de dos fuegos. Puerto Guzmán, Mocoa, Putumayo, 2005, P.530.

El sueño que deja de serlo

Y en cuanto esto... que nos ha afectado, a todos nos ha afectado la tranquilidad para dormir, uno se duerme como sobresaltado. No dormimos como dormíamos antes y le da a uno como un nerviosismo. Al rato le da a uno como una angustia, como un estrés, no sé, por épocas nos da. Bellavista, Magdalena, 1996, P.791.

Las pesadillas suponen un indicador de malestar e impacto traumático importante. Pueden considerarse como formas de re-experimentar el trauma de nuevo a través de sueños con un componente amenazante o aterrorizante.

Eso es lo que más a uno lo estresa porque como le digo, los sueños son los que más vuelven a hacer recordar. Lo que ha pasado y lo que ha dejado botado. Vereda La Playa, El Tambo, Cauca, 2001, P.321.

Así como otras personas re-experimentan el miedo o el impacto vivido en situaciones que les recuerdan lo sucedido, las pesadillas son maneras de hacerlo durante el sueño e impiden también que este pueda tener un efecto relajante o reparador.

Porque las pesadillas mías eran muy duras porque para mí eran unos monstruos muy grandes, muy gigantes que volaban estilo murciélagos y ellos me perseguían y yo corría y corría y nunca los enfrentaba. Barrios Aures, Medellín, Antioquia, 2006. P.58.

En muchos casos son la causa de buscar tratamiento farmacológico, aunque estos pueden generar dependencia y convertirse en parte del problema cuando se usan de forma crónica.

Yo no dormía, a mí tenían que dar pastillas para dormir porque yo lloraba día y noche, hay yo no sé y ahora para acabar de completar este otro también... yo he sufrido tanto. Frontino, Antioquia, 1996, P.49.

Horrible. Horrible. Porque yo, yo he estado, en tratamiento con un psiquiatra. Me pongo a llorar, para poder dormir me tomo una pasta, yo no duermo, yo me sueño con ellos, yo me he soñado con ellos, ahí sentado a un lado, y yo les digo, ahí mijitos, esto no es vida. Barrio Aranjuez, Antioquia, 2003, P.872.

Los problemas de sueño, ya sea en forma de insomnio, un sueño superficial o pesadillas afectaron a más de seis de cada diez víctimas entrevistadas. En medio de las situaciones de tensión, el insomnio es parte de los mecanismos de alerta frente a la preminencia de las amenazas y la mayor vulnerabilidad en la noche, pero frecuentemente esos problemas son persistentes en el tiempo, incluso cuando la persona ya dejó de vivir en el lugar de mayor tensión.

De miedo uno no duerme. Uno cuando le pasa una cosa de esas, uno pasa mucho tiempo que uno no duerme. Uno se la pasa esperando, a qué hora van a llegar a matarlo, así viva en otro lugar. Florencia, Caquetá, 1998, P.866.

La vivencia de la tensión y zozobra permanente produce problemas de sueño que tienen consecuencias también negativas en la salud de las personas. La falta de descanso cierra el círculo aumentando la tensión, generando mayor cansancio y malestar en las víctimas que no encuentran mecanismos compensadores o un sueño normalizado en el que puedan compensar de la tensión diaria.

Yo no podía dormir, yo no dormía ni en el día, ni en la noche, yo pensaba, yo oía, sentía que me tocaban la puerta, sentía que me tocaban la ventana, sentía que había gente por alrededor de la casa, o sea, me mantenía como yo no sé, y cuando eso el marido estaba vivo, él se acostaba a dormir, él se despertaba y me regañaba que por qué no dormía. Yo le decía por ahí hay gente, él salía para afuera y él decía ¡por ahí no hay nada! Antioquia, 1997, P.753.

Si bien durante las situaciones de gran tensión, el insomnio es parte de los mecanismos de alerta frente al peligro, también se mantiene hasta mucho tiempo después. En sobrevivientes de tortura y violencia política, el insomnio y las pesadillas son uno de los impactos más persistentes en el tiempo. A pesar de haber disminuido la tensión, esos síntomas no solo mortifican a la persona, sino muestran la persistencia del impacto a medio o largo plazo, confirmando a la persona la dificultad de dejar atrás el hecho traumático, o al menos poner una distancia psicológica frente al mismo. Otras mujeres, con el paso del tiempo y la mejora de su situación, han podido ir normalizando su sueño mostrando su capacidad de recuperación.

Uno allá lloraba mucho, uno casi no podía dormir... pues, yo casi no podía dormir, me levantaba, me ponía a andar por ahí adentro, y me volvía y me acostaba... uno no es capaz de dormir, como lo hace ahora ¡No! Mistrató, Risaralda, 2002, P.669.

Muy tranquila por acá y por allá se sentía muy mal, muy... intranquila, no dormía, por allá, mire que una noche es súper cortica, uno se acuesta y enseguida amanece... una noche era como, como tres noches, uno no veía las horas de que amaneciera. Vereda de San Pedro, Nariño, P.595.

Si bien en muchos casos esa recuperación ha sido espontánea, en otros casos la víctima necesitó de acompañamiento terapéutico para enfrentar el impacto de la violencia, en donde los problemas de sueño son un síntoma más, pero a la vez hacen que otras dificultades y malestares se hagan más persistentes debido al bloqueo de la capacidad de recuperación.

El psicólogo lo tuve por meses, le agradezco mucho a él porque hasta ahora es que estoy volviendo a comer, a dormir porque de lo que lo mataron a él, yo no sabía qué era dormir. Yo me acostaba así y permanecía así y decía donde hubiera un velorio para irme, porque yo no podía dormir. Mi hija me puso en manos del psicólogo y eso me sirvió harto, bendito sea mi Dios, ya medio duermo. Puerto Inírida, Guainía, 2007, P.588.

Testigos de la violencia

Además de las personas afectadas por las pérdidas familiares o las víctimas de tortura o daños físicos, uno de los grupos más afectados por la violencia es el de las mujeres que fueron testigos de los hechos. Los pensamientos repetitivos e imágenes traumáticas les

afectan especialmente a ellas. En los casos de violencia masiva o generalizada como la vivida en Colombia, numerosas mujeres o niñas y niños fueron testigos de lo sucedido.

A los dos años de haber matado a mis dos primos mataron a mi hermano y lo mataron delante de mí. Así que los dos episodios fueron muy cerca de mí y es difícil, es difícil, no duerme uno más nunca un sueño profundo. Cesar, 1991, P.237.

Las imágenes de las atrocidades cometidas suponen un enorme impacto emocional que puede acompañar a las víctimas durante mucho tiempo.

Yo de ahí duré como tres meses que no comía porque veía todas las barbaridades que habían hecho, las torturas que habían hecho a esas personas ahí muertas cómo las habían hallado, y quiere decir que casi no dormía, y cerraba los ojos y veía patente ahí todo ese poco de muerto. Iba al médico, me llevaban, me traían y yo no tomaba sino agua y cuando me provocaba decía que un tinto así calientico y ya. Quibdó, Chocó, 2001, P.472.

Las mujeres que fueron testigos se han visto más afectadas por estas imágenes del horror vivido, así como por confrontarse con sentimientos de responsabilidad o culpa al haber estado en medio de la situación y no haber podido hacer nada por las víctimas.

Ha quedado psicológicamente como enferma. Yo creo que ella de ver que a todos los estaban matando, ella también tiene una cosa que ella dice “que la van a matar, que no sale a la calle porque la matan” o sea que también está enferma. Alto Atrato, Quibdó, 2000, P.495.

Mi hijo al que le tocó ese caso, a él le quedaron muchas secuelas porque me tocó llevarlo a diferentes lugares porque él no dormía, como el señor era su amigo y él lo vio matar... el niño no dormía. Tuve que ir donde los médicos para que le dieran drogas para poder dormir los primeros meses hasta que ya... Y quedó con muchos nervios, a veces habla de noche. Riosucio, Chocó, 1991, P.496.

Aunque muchas víctimas han tratado de borrar eso de los recuerdos, los esfuerzos por olvidar pueden tener más bien un efecto rebote, dado que la persona gasta mucha energía en una tarea imposible que le hace estar focalizada todo el tiempo sobre lo mismo. Son muy duros los recuerdos de atrocidades, crueldades y exposición al horror, tan frecuentes en las masacres y ejecuciones especialmente en el modus operandi de los grupos paramilitares.

Ay no, yo no sé, en todo. En todo, porque es que yo prácticamente, de esa historia, quisiera como borrarla de mi mente, pero es algo que está, está ahí, ahí. Y no se me puede borrar. Yo a cada momento, miro a mi hermano muerto, ahí con la cabeza en dos, ahí no, no. Horrible. (Llanto). Olaya Herrera, Nariño, 2006, P.838.

El recuerdo de las personas fallecidas o desaparecidas tiene un enorme sentido para sus familiares, pero en algunos casos también lleva a un aumento del malestar, cuando la persona no encuentra la manera de darle un sentido o tener un recuerdo positivo. Como en este caso, la mera presencia de imágenes o fotografías de la víctima, lleva a la mujer a una situación de descontrol y malestar.

En mi vida esos hechos me han afectado muchísimo, porque yo siempre tengo la foto de mi hermanito en la casa. A veces siento como ese ánimo de estar como tranquila, como en paz, pero cuando lo veo, eso de una vez me lleva al piso porque es algo que nunca lo he podido superar, ni creo que lo superaré. Es como un recuerdo que yo tengo en la mente, que yo siempre tengo ese trauma de lo que viví. Quibdó, Chocó, 2000, P.472.

Buscando un porqué

Si bien hay un núcleo de inexplicabilidad en la violencia y las atrocidades cometidas contra la población civil, y específicamente contra las mujeres, la búsqueda de sentido, de tratar de entender los hechos, es un mecanismo positivo de afrontamiento. Una forma de tratar de asimilarlos. Sin embargo, la mayor parte de las mujeres entrevistadas señalan en sus testimonios una enorme confusión y sin sentido, sin posibilidad de tener una respuesta a esas preguntas.

De pronto la pensadera me dio si yo nunca he sufrido de dolores de cabeza, eso sí. Pero la pensadera de quien fue, cómo fue, por qué fue, dónde fue. Si esto es para siempre. Iba al médico y decía: “tienes mucho estrés, piensas mucho, deja de pensar”. A nadie le contaba que yo me la pasaba en esas pensando por qué, quienes serían, por qué le hicieron eso. Entonces yo creo que ahí están las consecuencias. Mocoa, Putumayo, 2005, P.531.

La búsqueda de una explicación, puede ayudar a la persona a entender mejor la situación a la que se enfrenta o la pérdida, y puede ayudar a evitar respuestas culpabilizadoras que son más negativas e injustas con ella. Esta necesidad de encontrar respuestas y no poder hacerlo, aumenta las formas de pensamiento obsesivo y la preocupación y ansiedad en muchas mujeres entrevistadas.

Yo creo que lo que afecta es el alma, el corazón y la mente, por lo mismo que te digo, son tantas cosas y uno se queda con tantas preguntas, y ¿por qué! ¿dónde y cuándo? ¿y si hubiera hecho?, ¿y si no hubiera hecho?, ¿y si por esto o si por aquello?. Landázuri, Santander, 2004, P.103.

Ese permanente cuestionamiento puede también afectar a las creencias básicas sobre la seguridad o el sentido del mundo, y las creencias religiosas, que cuestionan cómo ha sido posible lo sucedido.

Hay noches que no puedo dormir, sufro de insomnio, de tanto pensar, pero por qué nosotros tenemos que... ni que fuéramos gente mala o asesina. Pero venimos, gracias a Dios, Él lo sabe, de una familia muy humilde y venir a pagar semejante cantidad de consecuencias que hemos sufrido nosotros, por qué me pregunto yo. Castilla, Meta, 1998, P.160.

Camino a la afectación de salud

La persistencia de ese tipo de pensamientos repetitivos y la imposibilidad de una desconexión psicológica de la pérdida o el horror puede hacer que la persona sienta que ha perdido el control de su vida, un sufrimiento que tiene un punto de inicio en los hechos y que sigue y sigue dándose con un recuerdo persistente. La sensación de “enloquecer” fue referida por muchas mujeres entrevistadas.

Me siento traumatizada, porque hay veces que yo digo “ahí señor ¿será que me voy a enloquecer?” porque hay cosas que yo las hago como cuando una persona que no tiene el sentido como completo. Yo antes decía que los que hablaban solos eran locos, y pues hay veces que yo hablo cosas como personas cuando no tienen la cabeza buena. Solo le pido a Dios que me ayude y que permita que todas estas cosas puedan desaparecer de mí. Villagarzón, Putumayo, 2002, P.445.

Muchas mujeres señalan la frecuencia en que el personal de salud con el que han consultado sus problemas, incide en estos pensamientos persistentes como fuente de su malestar y de su afectación en la salud.

Hay veces vivo muy enferma. Entonces pienso demasiado, y de lo que pienso me siento a veces maluca y todo. Los médicos me dicen, que no puedo estar pensando y todo. Me ha afectado demasiado la salud. Olaya Herrera, Nariño, 2008, P.878.

Para muchas víctimas, estos pensamientos han sido el camino a la afectación en salud. La relación con el nivel de estrés y las secuelas del mismo en la salud física son importantes. La investigación en psicología de la salud muestra, como lo apoyan los testimonios de numerosas víctimas, que el impacto del estrés permanente termina teniendo efectos en la salud física muy negativos, siendo causa frecuente de problemas de tipo psicossomático o cardiovascular.

Probablemente el efecto más repetido en los testimonios de las mujeres afectadas por estos pensamientos repetitivos sea el dolor de cabeza. Diferentes tipos de cefaleas o migrañas forman parte de los efectos de la tensión psicológica.

O sea a mí me dio muy duro, primero que todo a mí me da mucho dolor de cabeza. Me he envejecido mucho de tanto pensar, dejar mi finquita allá botada, eso es muy doloroso para mí. Cada vez que pienso en mi mamá o en la finquita de dejarla botada, venirme para acá fue muy duro, me duele la cabeza. Pitalito, Huila, 2009, P.123.

Mucho (llanto). Mucho porque de ahí quedé sufriendo de la presión. Se me durmió la boca, del susto en la noche no dormía, tenía sueño y no dormía, todo lo tenía en la cabeza, todo lo que había pasado. San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 2002, P.207.

Para muchas mujeres afectadas, estos pensamientos repetitivos fueron convirtiéndose en nuevas fuentes de malestar, como un nudo sin solución en el que las sucesivas vueltas no hacen sino generar mayor enredo y preocupación.

Tratando de enfrentar la situación

Para muchas mujeres víctimas, las imágenes de lo vivido proyectan el pasado como único horizonte en el presente e impiden tener otra perspectiva de la vida. Muchas víctimas necesitan un acompañamiento individual o colectivo, pero también un marco social de reconocimiento que ayude a ir dejando atrás el impacto traumático. Cuando los hechos no se reconocen y las mujeres han tenido que guardar en su corazón o su pensamiento muchos de estos hechos, el impacto psicológico es mayor, un dolor lacerante que todavía muchas viven.

Mi sueño es... no sé ni cual será mi sueño porque no tengo cabeza para pensarlo, todo lo que pienso es malo, o sea como que todo se me viene, en el momento que quiero pensar algo bueno se me viene todo el recuerdo de Bojayá, y como que todo se me mezcla allí y entonces lo que hago es desesperarme y en estos momentos no sé cuál será mi sueño. Bojayá, Chocó, 2002, P.478.

La necesidad de ser consciente de estos impactos también puede llevar a cambiar la forma en cómo se afrontan. Por ejemplo, dejar de luchar contra esos pensamientos negativos es una estrategia más efectiva que seguir buscando una salida inexistente.

La consecuencia que uno siempre vive pensando lo de atrás, vive, ay no, pero si vivía yo, cómo me pasó esto, yo qué hice, entonces uno vive, martillándose, pensando, todo el tiempo lo mismo, y nunca le encuentro la solución. Bocas de Satinga, Nariño, P.877.

Por último, un aspecto clave tanto para las mujeres víctimas como para el acompañamiento psicosocial, es entender estas formas de impacto como reacciones normales frente a experiencias a normales, y sobre todo evitar estar buscando formas de sentido que se convierten más bien en pensamiento obsesivo. Como muestra el siguiente testimonio, la búsqueda permanente de una explicación a algo que no lo tiene puede aumentar el malestar en la persona, e incluso generar mayor estrés pensando en que no se puede superar la situación, en lugar de tener una postura más flexible que permita ir asimilando el impacto y enfrentar la situación de forma más activa.

Siento que ahorita lo hemos superado y como que no lo he masticado bien, el por qué, por qué la vida se ensañó conmigo desde que nací y hasta la fecha y se sigue ensañando cada día más. No lo entiendo, no me lo explico, me duele demasiado la cabeza, pienso que es debido a que pienso demasiado lo que ha pasado y lo que quién sabe que más pueda pasar. Icononzo, Tolima, 1999, P.166.

Si bien algunas mujeres pueden estar mucho tiempo después afectadas por ese tipo de problemas, otras han logrado ir dejándolos atrás, a pesar de que aparezcan en momentos concretos como pensamientos intrusivos o pesadillas. Lo importante es poder retomar la vida y evitar que esos problemas interfieran de forma permanente la vida o el bienestar de la persona. La existencia de pesadillas o problemas esporádicos puede ser normal, más allá de la preocupación que generen, o la constatación, como hace esta mujer, de que “eso vive en la cabeza de nosotros”.

Bastante, o sea la verdad que me afectaron mucho. A pesar de los años, todavía no he podido superar eso. A veces de repente duermo y recuerdo en la madrugada y me acuerdo todos esos momentos. Lloro, a veces se me alteran los nervios a pesar de que hace mucho tiempo. Eso es difícil. Una cosa que yo creo que nunca la voy a poder superar porque eso vive en la cabeza de nosotros. San Jacinto, Bolívar, 1994, P.204.

Si bien los testimonios de las mujeres muestran el nivel de impacto de la violencia y la importancia del acompañamiento psicosocial a las víctimas, también señalan algunas experiencias de aprendizaje. Más que enfrentar directamente esos pensamientos traumáticos, se trata de tener una postura flexible con los mismos. A veces dejarlos pasar, y ser consciente de que pasarán. En otros casos, mantener la mente con pensamientos positivos o imágenes diferentes que puedan ayudar a poner distancia. En otros, las mujeres han tratado de mantenerse activas de forma que las situaciones de la vida cotidiana u otras experiencias positivas puedan ayudarles a tener la mente ocupada en otras cosas, a distraerse, centrarse en otros aspectos de sus vidas y disminuir el malestar.

Lo único que he hecho es tratar de incluirme en algo, porque eso hace que me olvide de lo que pasó, o sea que no esté en la mente, porque olvidarme, uno no se olvida, porque esas cosas era como si estuviera pasando, no me salían, solo era en la cabeza esas cosas, entonces yo dije: yo voy salir de esto y voy a incluirme en algo, entonces siempre he pensado en estar con la mente ocupada, ya bien sea capacitando, asistiendo a algún taller que me invitan y haciendo los trabajos de la casa, porque si uno se queda de pronto en la casa sin ocupación, es como que todos los recuerdos de atrás empiezan otra vez a... Villagarzón, Putumayo, 2002, P.345.

En esas maneras de poner una cierta distancia emocional frente al dolor de la pérdida o las imágenes del horror, algunas mujeres han tenido también apoyo familiar, teniendo en la relación con sus hijos experiencias significativas y de sentido que les han ayudado a ir asimilando la situación, en medio de enormes dificultades. Y como señala uno de estos testimonios, no olvidar, pero poder vivir con ese recuerdo.

Yo estaba en mi casa con mis hijos, mis hijos me decían mamá, pues no piense ya, porque ya nosotros ya la perdimos y ya no la vamos a recuperar por más que pensemos ni nada. Entonces pues yo también traté de ir asimilando, ya si pienso, pero no como al principio. Reposo, Chocó, P.412.

Es que de todas maneras uno nunca se olvida de lo que ha pasado, así uno se vaya, siempre está con el suceso, se acuerda de lo que ha sufrido. Puerto Nare, Antioquia, P.665.

V. Tristeza e impotencia en el contexto de impunidad

Imagínese el corazón de mi pobre mamá, el sufrimiento de ella, si yo, que aparento ser fuerte, que yo nunca lloro por él, siempre estoy pensándolo y extrañándolo, pues para ella, que vivía con él, lo era todo. Él fue el apoyo, por eso nunca se casó, por eso nunca tuvo hijos, y él le decía eso: “mamá yo no me voy de esta casa por usted. El día que usted se muera y yo estoy vivo, ese día yo me voy, porque yo aquí en esta casa no me quedo ni por mi papá ni porque no tenga donde entrar, yo me quedo es por usted”. Todo esto, es muy difícil de superar, imposible digo yo. Cuando me veo agobiada de todas las cosas, de todas las necesidades, pienso en él y digo: si estuviera aquí, todo sería diferente, pero ya no. Ya nunca va a estar. Entonces ha sido muy duro. La Florida, Nariño, 2008, P.369.

Como señala este testimonio no se puede imaginar ese dolor. El dolor y la profunda tristeza son los sentimientos más frecuentemente señalados por las mujeres cuando hablan de los impactos de la violencia en sus vidas. Tristeza y dolor que están relacionados con la pérdida de familiares y con el desplazamiento forzado.

Como mujer me ha afectado mucho porque perdimos muchas vidas, vivíamos en una zozobra, sufrimos mucho porque de todas maneras, cuando uno pierde a una persona sufre mucho. Eso y que uno nunca espera esto. Pero las cosas se dan, será el destino o los grupos que hay, muchas cosas. Sincelejo, Sucre, 2007, P.276.

Hay que recordar que, en relación a las consecuencias que tuvo la violencia en las mujeres entrevistadas, destaca un fuerte impacto afectivo en ocho de cada diez mujeres entrevistadas (80.7%), así como un severo impacto en sus condiciones económicas (80.7%) y de vida (74.5%). También tres de cada cuatro señalaron un quiebre y pérdida de su proyecto vital por los hechos de violencia (76.4%).

Por otra parte, tres de cada cuatro mujeres que dieron su testimonio habían sufrido desplazamiento forzado (76.2%). Por otra parte, la violencia contra las mujeres también conllevó pérdidas materiales en más de cuatro de cada diez casos (42%), ya sea como resultado de la destrucción de sus bienes (19.7%), debido a la destrucción provocada durante los

allanamientos (11.9%) o mediante la requisita (10.5%) de los mismos. Todo ello supone un enorme impacto de pérdidas masivas y múltiples.

El sentimiento de tristeza está relacionado con el desplazamiento y la pérdida de seres queridos. Por verse obligadas a abandonar su territorio, los animales, la vivienda, los amigos y los lazos establecidos en el pueblo. Por la pérdida de familiares, la ruptura de los lazos afectivos y en la mayor parte en que se trataba de varones desaparecidos y/o asesinados que ocupaban el rol de proveedor y guía de la familia, el vacío de la pérdida se asocia al empeoramiento de las condiciones de vida, la desestructuración familiar y la sobrecarga de roles en las mujeres. Como características generales, pueden señalarse que:

- Existen añoranzas de pensar cómo sería la vida si el familiar estuviera vivo, que al contrastarlas con la realidad generan dolor.
- El hecho violento irrumpió en la forma como las personas experimentaban su vida cotidiana, de tal forma que este se ha convertido en el referente central para explicar su realidad.
- La tristeza, en la mayoría de los casos, se mantiene afectando de forma significativa su estilo de vida y su identidad, y es más fuerte cuando no se sabe el paradero de los familiares y cuando no se ha podido enterrar.
- El dolor y la tristeza se relacionan con pensamientos y deseos de muerte.
- En el caso del desplazamiento, la tristeza y el dolor por las pérdidas se asocia tanto a las pérdidas materiales, como consecuencia de verse obligadas a abandonar sus viviendas y pueblos, así como los medios de subsistencia, como de apoyo social.

El fin de una vida

Las mujeres que dieron su testimonio mostraron un profundo dolor porque toda su vida se acabó, lo que más se quería les fue arrebatado. El asesinato o la desaparición forzada de sus seres queridos, la masacre en muchas comunidades, supuso la pérdida de los afectos que daban sentido o con los que mantenía esa otra vida que habita en el tiempo de vivir. Mientras este siguió existiendo para las sobrevivientes, la vida que lo habitaba se acabó en muchos casos.

Mucho porque prácticamente de ahora en adelante yo no he tenido ni sosiego para mí, ni para mis nietos. Ni para mis hijos, porque prácticamente se acabó todo. Te puedo decir que prácticamente lo que yo más quería y más cuidaba, no lo tengo. San Carlos, Antioquia, 2001. P.4.

El carácter súbito de esas pérdidas, marca un antes y un después en la vida de las mujeres afectadas y sus familias en el que hay que empezar todo de nuevo, desde los pedazos en que quedó convertida su vida tras sufrir los hechos.

Los hechos me afectaron muy duro como mujer, me dolió bastante, perdí todo de la noche a la mañana, no tengo nada. Estoy nuevamente saliendo a flote. Es como si comenzara de nuevo y me siento totalmente triste, agobiada porque lo perdí todo. Santa Rosa, Bolívar, 2007, P.274.

Esas pérdidas tienen día y hora. Son memorias frescas como una fotografía del momento en que recibieron la noticia, en que vieron cómo se lo llevaron, en que fueron testigos de los hechos. Conservan detalles del día, los colores, la ropa, el olor que caracterizan el dolor de su ausencia.

Yo digo que las angustias sí deterioran porque cuando estás en una fiesta estás alegre y sonriendo y llegas a tu casa y así estén tus hijos, tu familia, siempre hay alguien que falta. Y así uno aunque no comunique verbalmente, siente el altibajo en comidas que uno hace. Yo me acuerdo de la última comida que mi hijo se comió un ajiaco que él mismo fue por las guascas que era para el cumpleaños de mi sobrina mayor. Esa fecha para mí es inolvidable porque mi sobrina mayor cumplía años y por la muerte de mi hijo. Manrique, Antioquia, 2002. P.16.

El dolor del desplazamiento tiene que ver con la pérdida de un modo de vida. Es difícil imaginar lo que eso supone para una persona. Habitualmente, por parte del Estado, el desplazamiento forzado tiende a verse como un problema de ayuda humanitaria y no como una violación de derechos humanos. En los programas de reparación, la población desplazada es vista por una parte como un problema inabordable, dada la enorme cantidad de desplazados en conflictos armados como el colombiano; y por otra, como algo que puede enfrentarse con algunas medidas limitadas de ayuda humanitaria por un corto tiempo. Sin embargo, los desplazados como la población refugiada, arrastran un pesar y una tristeza fruto de esa pérdida que tiene enormes efectos a largo plazo. Ese sentimiento de pérdida es fácilmente visto como nostalgia por el pasado o con una actitud de pasividad por buena parte de la sociedad o el Estado, que no responde ni al dolor ni a la experiencia sufridas, ni a los derechos humanos que fueron violados y sus consecuencias actuales. Hay veces que los detalles de esas estrategias explican mejor que cualquier análisis el impacto en las víctimas.

Yo siento tristezas al ver que no tengo a quién pedirle una libra de panela, ni unos zapatos, mal vestido y no tener a quien pedirle nada. Alberto destapó la bolsa, metió las manos, y era puro papel higiénico. Se le salieron las lágrimas esa noche. Uno acostumbrado a vivir bien y tener que venir a recoger basura aquí, para poder sobrevivir. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

Además, el desplazamiento conlleva la mayor parte de las veces la soledad de la pérdida de una red de relaciones sociales en la que construimos nuestra identidad como personas. Este sentimiento de soledad y abandono estuvo presente en tres de cada cuatro mujeres entrevistadas (74%).

Hay unas que se tuvieron que venir desplazadas para Medellín y no pudieron volver por la tristeza porque se quedaron solas, se les desapareció el esposo, el hijo y desplazadas. Entonces la casita se quedó sola. Yolombó, Antioquia, 2000, P.73.

El escenario más inhóspito del desplazamiento probablemente sea la estación de buses. En numerosos relatos, las mujeres llegan con sus familias con el miedo y lo poco que pudieron sacar, y toda su tristeza a flor de piel, en un contexto de ires y venires en el que ellas están a mitad de camino hacia ninguna parte. Acaban de ser expulsadas de su tierra y no tienen siquiera donde ir a pasar la noche muchas veces.

Muy triste al llegar a la Terminal. Yo llegué a pensar que nunca iba ser capaz de superarme, salir del trauma, al llegar a la Terminal y ver esa carramenta, eso a mí me estresaba eso me daba nervios. Salir a la calle era como con ese miedo que la gente nos mirara, que la gente nos viera en la forma que nos había tocado salir. Ana estaba esperando una hija y al hijo. Llegamos allá y nos trajeron a un ranchito en la torre. Un ranchito de tablas. Sufrimos mucho porque la alimentación que daba la Cruz Roja era mucha lenteja. El mercado pues a veces muy pasado, como gorgojeado. Y uno ver esa situación y acostumbrado a que tenía las gallinitas, los cerdos, que a uno le daba por comerse un huevo y no tenía que comprarlo, sino que lo recogía del nido. Argelia, Antioquia, 1990, P.85.

En camión para acá, a Bucaramanga. Luego pedirles a los conductores, comentarles el caso, que nos trajeran acá a Bucaramanga porque nos había pasado esto, y llegar aquí al centro y pedirle a alguien ayuda, para que nos echaran por allá para el Norte. Los primeros días duros porque llegar a una parte donde uno no tenga, ni para comer, ni para nada. Barrio Alfonso López, Bucaramanga, Santander, P.726.

Para muchas mujeres el hecho de haber dejado todo, y especialmente el marco de sus relaciones y afectos construido por ellas como un espacio propio se resume en una pérdida central en sus vidas: la casa.

Y mucho dolor porque todo lo que habíamos construido se quedó allá, eso sí bastante porque no sabíamos, solamente la esperanza de que nos iba a recibir mi mamá pero pues, en esas circunstancias todo lo que construimos se quedó allá; eso es un dolor horrible porque uno tiene sus cosas y para dejarlas botadas así. Jordan Guisia, Putumayo, 2000, P.352.

Pero para las mujeres desplazadas las pérdidas no son solo hacia atrás, también suponen barreras y dificultades añadidas a las normales para cualquier otra persona de su condición o estatus social. Estas barreras para tener un desarrollo personal y familiar son referidas por las mujeres desde lo que supone para sí mismas, y también para el país, en el acceso a los derechos sociales básicos, como la salud o la educación.

Siempre dicen que yo tengo una mirada muy triste, que en mi corazón hay mucha tristeza, yo he tenido momento depresivos, acabo de salir de ese momento de luto que fue muy duro para mí, duro, duro, duro. De querer a veces como hasta desobligarme con mis propios hijos y hasta morir. O sea como que uno a veces pierde ese ánimo de salir adelante, porque uno ve que tienen tantas barreras en este país, que no son solamente las barreras normales, cotidianas, porque uno sabe que tiene que afrontar la vida como llegue, pero a veces no sé, yo siento que acá en Colombia hay barreras para la salud, la educación, hasta en la cultura. Siento que aquí todo es demasiado difícil, tener un médico es difícil, que me hagan un diagnóstico es difícil, que pueda tener mis hijos en la universidad es difícil, que pueda exigir mis derechos es difícil. Así lo siento. Aunque en este momento digamos como que estoy renaciendo, y sé que mi activismo no se va a acabar con tantos obstáculos. Fusagasugá, Cundinamarca, 2004, P.140.

Otra fuente de dolor y tristeza en las víctimas es la ausencia de justicia y la impunidad de los hechos. Tener que adaptarse a un contexto local o una sociedad donde su dolor no es reconocido y la convivencia con los victimarios hace que tengan que agachar la cabeza en un contexto donde las amenazas y el poder de coacción siguen vigentes. En el siguiente caso, madre e hija reconocen al responsable del asesinato de su hijo (y hermano) que además trata de coaccionar a la muchacha para que se vaya con él, sin posibilidad de denunciar o hacer algo frente a las amenazas.

Veníamos caminando cuando yo vi que había una gallada de muchachos y yo estaba toda cabeciagachada, imagínese lo habíamos acabado de enterrar. De pronto vi que mi hija miró a uno de ellos y volteó la cara, ella no me dijo nada, pero dentro de los tipos estaba el que lo había matado a él. Como a los dos días veníamos en un taxi cuando otra vez nos encontramos al tipo y ella bajó la cabeza. Ella me dijo: “sí mamá es él”. A mí me dio una lloradera. Fuera de eso, el muy descarado vivía echándole los perros a la muchacha. Dízque como que le gustaba ella. Yo me volví un mar de lágrimas. Me acuerdo que me bajé de ese taxi aquí en la esquina llorando. Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 2001, P.37.

En otros casos, las mujeres están tan centradas en la pérdida que, en ausencia de apoyo, se quedan en su propio dolor y tristeza. Sin otro remedio que la aceptación de la situación, muchas mujeres se centran en su vida cotidiana, resignándose a vivir solas el impacto sufrido.

Obligada hice esas vueltas en la policía porque mi sentir no me daba. Púes a mí en ese momento no me importaba esa parte del dinero de lo legal y todo eso. No, la vida siguió como normal entre comillas. Atendiendo a mi hijo, mi casa, mis cosas. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

Sufrir y sufrir, derramar lágrimas, ya hasta el momento me he cansado de llorar, porque con llorar no los revivo, pero sigo pensando que la vida sigue, y que tengo que seguir luchando para y por mí, y por mis hijos, pero que eso fue muy duro. Y el

vacío que hay en mi corazón, que yo ya no soy la misma, no soy la misma. Caseríos de Frías, Tolima, 2000, P.164.

Llorar en silencio

Muchas mujeres llevan ese dolor guardado en su corazón, y tratan de no expresar su pesar. La mayor parte de las veces, las mujeres tratan de evitar que otros les vean llorar para mostrar una imagen fuerte de sí mismas ante la familia, y evitar que los hijos e hijas se sientan más afectados. Ese sentimiento de responsabilidad con los otros se deriva aquí incluso hacia el control de sus propias necesidades psicológicas.

Si entonces cuando lloro, lloro en silencio para que no me vean, ni mi mamá, ni la sobrina mía, ni los hermanos, más lloro por la noche que todos están dormidos, me salgo para el patio, me prendo un cigarrillo y me pongo a llorar, a recordarlos a ellos. Chigorodó, Antioquia, 1989, P.36.

Sin embargo, este ejercicio de guardar la tristeza para no afectar a los otros, tiene también un costo emocional para muchas mujeres. Si bien la contención emocional puede ayudar a centrarse en la vida cotidiana, la represión de esa expresión no es positiva para su situación psicológica ni para la salud.

Yo trato de hacer fuerza como para no desesperarnos pues, yo lloraba mi tristeza, mi angustia en las noches. En el día trataba de estar bien, para que ellos tampoco como que se desesperaran. Aparentemente se vio la situación como normal pero cada uno era con su tristeza. Granada, Antioquia, 2002, P.46.

El cambio que hubo fue sufrimiento mucho sufrimiento porque comenzando yo miraba que mis hijos sufrían mucho por la muerte de la abuela porque ella era casi la que los crió, la que los manejaba a diario, mis hijos sufrieron mucho por eso. Entonces yo sufría moralmente porque no podía comentarles a ellos que yo sufría, porque ellos se recordaban más y lo otro también es por el hecho de que mi mamá era la que me cuidaba mis niños para que yo pudiera trabajar. En este momento, después de lo sucedido, yo ya quedé amarrada de manos y pies. Puerto Asís, Putumayo, 2006, P.515.

Sin embargo, otras mujeres han vivido ese dolor como algo íntimo que tiene que ver con su duelo como una forma de amor por su ser querido que es un espacio propio que quieren mantener. Guardar el dolor como un espacio en el que estar una misma y, por otra parte, difícil de compartir con otras. Respetar las diferentes maneras de asumir o expresar ese dolor es importante, evitando juzgar o señalar a las mujeres víctimas las maneras cómo tienen que manejar la situación.

Yo no quería, yo quería mi dolor para mi sola. Yo decía que ese era un dolor mío y no era de nadie, y que yo no lo iba compartir con nadie. Barrio Popular, Medellín, Antioquia, 1998, P.66.

Si bien las actitudes frente a ese dolor pueden ser diferentes según la persona, la relación con la víctima y otras cuestiones, la mayor parte de las veces la ausencia de un reconocimiento público y de un contexto social favorable hace que las mujeres tengan que guardar su dolor y vivirlo de forma contenida. Pero en el caso de los familiares de personas desaparecidas, el dolor es aún mayor debido a la incertidumbre sobre su destino, y la impotencia frente a los hechos.

Un dolor inmenso, porque no saber qué hicieron con él, si lo echaron al río o lo echaron a las fosas, no saber nada de él, si siguió nada, que yo sé que él murió, porque yo salí a hacer las averiguaciones, y me dijeron que sí, que lo habían matado, que lo habían echado a una fosa. No podía hacer nada en ese momento, eso es una frustración que uno siente muy... El Tambo, Cauca, 2004, P.373.

Muchas mujeres asocian la tristeza también a un dolor que no les deja ser ellas mismas, que afecta su propia estima, su capacidad de acción y su identidad como mujeres. También a ciclos de cambios profundos en el estado de ánimo que desestabilizan sus vidas.

Lo que sucedió se refleja en mi cuerpo porque yo siento un vacío, me siento sola, vacía, mucha tristeza, mucho dolor con lo que pasó. Autoestima muy baja, mucha tristeza, muy triste a veces me encuentro. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.452.

Hoy estoy contenta, estoy bien, y mañana de pronto me agarra la tristeza más terrible, la desesperación. Ya visto todo eso. Me dijeron que me saliera de allá, pero yo decía, si me van a venir a acabar aquí, pues que vengan y me acaben a mi también, o que no acaben a todos, ¿debemos algo? pues que nos maten a todos. Aun sabiendo que no teníamos nada que ver con esa gente, ni con los unos ni con los otros. Caseríos de Frías, Tolima, 2000, P.164.

En otros casos, la tristeza es también por no haber podido evitar una violencia que se acercaba y parecía inminente. Esta impotencia frente al horror, que supone muchas veces confrontarse con los momentos anteriores a los hechos, las decisiones, las cosas que no se pudieron hacer o la acción de los perpetradores como factores que marcan el pesar de la pérdida.

Ya llegué a mi casa, lloraba y lloraba y lloraba, impresionante... la impotencia, se indignaba uno de rabia, de todo, de ver que eso estaba sucediendo, y sobre todo que habíamos quedado que nos veníamos para acá, para que no pasará nada... (llanto) y pasó... yo llegue a mi casa, no sabía qué hacer, y sobre todo para que mis hijos supieran, porque les daba mucho miedo de que a su papá le pasara algo. Cali, Valle del Cauca, 2002, P.891.

En el escenario de las masacres, las personas que sobrevivieron y fueron testigos de los hechos hablan de la tristeza profunda que les produjo el horror. Más allá del miedo y del terror de esos escenarios de atrocidades, la tristeza es el poso que queda después de haberlo visto todo, de haber traspasado los límites del terror, donde las imágenes de los

pedazos, de los cuerpos fragmentados y de los niños asesinados detienen el aliento de la vida. Como muestra el siguiente testimonio de la masacre de Bojayá.

Como mujer, los hechos me afectaron mucho porque no estaba acostumbrada a ver esas cosas. Uno se paraba y por donde se paraba había pedazos de carne pegados. Lo que uno pisoteaba era sangre y carne, donde niños inocentes, que no deberían de haber muerto, murieron. Medio Atrato, Chocó, 2002, P.471.

Además, la violencia se ha ejercido en esos casos como parte de la rapiña y de la destrucción con un beneficio para los perpetradores que genera mayor impacto y tristeza en los sobrevivientes.

La cuestión que a uno le duele en el alma, es que no hay consideración para una persona civil, no hay una persona que respete. Van barriendo con todo lo que se les enfrente y como para ellos había propina entonces lo hacían, eso era lo que se miraba, mucho robo, mucho atraco. Los paracos se infiltraban, asesinaban y se entraban a robar a las casas y hacían lo que querían con las personas y por eso uno tenía que irse. San Marcos, Putumayo, P.540.

¿Hay un camino para salir de aquí?

Frente al enorme impacto de la tristeza, muchas mujeres se debaten entre la inevitabilidad del dolor y de la pérdida, y la necesidad de reconstruir sus vidas y recuperar un estado de ánimo que se lo permita. Sin embargo, el profundo pesar de la tristeza y del mayor dolor que han provocado las atrocidades, hace que tengan una sensación de imposibilidad y de impotencia.

Lo cierto es que yo no he podido superar todavía nada. A veces me pongo a pensar que yo hablo y demás, pero me quedó como mucho, mucho, mucho dolor que me causó ver todo lo que le hicieron. Si le hubieran dado dos tiros uno ya se hubiera conformado, pero no todo lo que le hicieron a él sin merecérselo. Eso es lo que más me afecta, me ha afectado mucho mucho. Turbo, Antioquia, 2002, P.240.

Aún siento todo eso porque como no he tenido una ayuda psicológica, no sé hasta donde me vaya a durar esto, pero creo que esto no se lo borran a uno así. Carmen de Atrato, Chocó, 1994, P.475.

Muchas mujeres compartieron en las entrevistas cómo la tristeza les ha llevado a pensar en quitarse la vida, y también las cosas que les han atado de nuevo a la vida. Sin embargo, el dolor de la pérdida parece para muchas de ellas algo a lo que no le ven salida.

Se siente rabia, se siente impotencia, ganas, muchas veces, hasta de acabar con la misma vida porque uno dice: “no voy a ser capaz”. Yo soy una que a veces entro en una depresión y digo: “¡Dios mío, yo no voy a ser capaz de superar la muerte

de Julián! ¡No voy a ser capaz! ¡Ayúdame Diosito!” . Porque me siento agotada. No sé si sea capaz. Entonces el cambio es drástico, muy, muy fuerte el cambio para una madre cuando pierde a su hijo en las circunstancias que yo perdí a Julián. Ocaña, Norte de Santander, 2008, P.788.

Si bien el dolor de la pérdida y los impactos en sus vidas tienen una dimensión irreparable, esta conciencia de la irreparabilidad no es una confirmación de la impotencia. Las mujeres víctimas también han desarrollado muchas formas positivas de enfrentar los hechos. Junto a esas fuerzas positivas, es importante ser consciente de los impactos y de las cuestiones que aumentan el dolor de las víctimas. Tanto para las propias mujeres afectadas y sus familias, como para los equipos de apoyo y para quien desde el Estado tiene la obligación y la responsabilidad de llevar adelante una política que ayude a enfrentar estos impactos en sus vidas.

En síntesis puede decirse que algunos de los hechos que aumentan el dolor y la tristeza son:

- Verse presionadas a mantener silencio por el miedo a identificar los culpables, pues conviven con ellos en el contexto local.
- En razón de proteger a sus hijos e hijas, se guarda silencio sobre el dolor que se siente. Si bien muchas de estas maneras de enfrentar el dolor dependen de variables individuales, se necesita un contexto social positivo de reconocimiento y de seguridad que permita a las mujeres expresarse sobre lo sucedido y las pérdidas, de forma que tenga sentido para ellas.
- Cuando las autoridades no realizan la gestión de búsqueda, ni aplican justicia el impacto es mayor. La responsabilidad del Estado en estas prácticas es una denuncia generalizada en los testimonios analizados.
- La forma como fue realizado el hecho violento impacta de manera significativa y diferencial. Dichas afectaciones dependen de las características de la persona, el grado de apoyo que haya tenido, o la relación con la víctima, la edad, etnia y otras variables. Eso lleva a tener una visión amplia de las víctimas y sus diferentes necesidades y afectaciones.
- La angustia y preocupación por la situación económica de la familia y la manutención de los hijos. El desamparo que se experimenta como mujeres al asumir roles de proveedor y buscar recursos económicos para sostener a sus hijos, al tiempo que continuaban con su rol de crianza. Estas necesidades y los derechos económicos y sociales asociados a ellas deben formar parte de la atención a las víctimas y las políticas de reparación.
- La impunidad producto de no aplicación de justicia no permite que los familiares puedan elaborar una historia digna y así sea posible liberar a las víctimas de buscar su propia explicación. La lucha contra la impunidad y contar con las víctimas en los procesos de investigación es un aspecto básico para promover su seguridad y evitar que queden de nuevo en la cuneta de la historia.

- En muchas ocasiones, las gestiones para denunciar y pedir ayuda o respaldo de parte de las autoridades aumentan la victimización secundaria. La obligación del Estado es evitar esta victimización en los procesos de investigación y la carencia de atención psicológica que aumentan los efectos de la violencia.

VI. El impacto en los proyectos de vida

Mi sueño antes de ser desplazada era llegar a tener mi finca bien bonita, con buenos animales porque teníamos poquitos, pero llegar a tener mi finca, con buenos animales, bien organizada, inclusive la casa tenerla de material, ese era mi sueño porque mi casa estaba a orilla de carretera, y colocarla de material, y aparte de eso montar un negocito donde yo pudiera ayudar a mi marido. Y que mis hijos vivieran bien y brindarles un futuro a mis hijos, que no tuvieran problemas, que no tuvieran nada que envidiar. Vereda La Esperanza, Bolívar, 2000, P.742.

¿Qué realidades vivía antes de los hechos de violencia? ¿Quién eras?

La mayoría de las mujeres entrevistadas llevaban una vida que describen como tranquila y estable. Vivían en una vereda con su marido o compañero, sus hijos, y en ocasiones con otros familiares, en un terreno propio que fue adquirido con mucho trabajo familiar y que se fue convirtiendo en una finca durante varios años de trabajo. Una finca cultivada por el hombre, con productos de pancoger, para la alimentación de la familia, y a veces con productos para la venta. Tenían animales pequeños de engorde y a veces algunas vacas. Estos animales estaban bajo el cuidado de la mujer, quien no trabajaba en algo distinto que el sostenimiento de la misma finca y de la propia familia. Se disponía de alimento suficiente para todos y, en ocasiones, se obtenían ingresos adicionales con la venta de los excedentes de la finca. Los hijos estudiaban en la vereda, podían correr tranquilamente por la finca, en un escenario de libertad y un modo de vida que se perdió. La finca representaba el patrimonio que garantizaría el sostenimiento presente y futuro de la familia, así como la posibilidad de continuidad de los estudios de los hijos en el pueblo o en la ciudad.

Igual una madre comunitaria, una mujer que recién estaba en la coordinación de mujeres de la zona nororiental, ya tenía los vínculos con Convivamos desde que se inició prácticamente. Yo ya era como se dice una líder comunitaria. Porque a mí siempre me ha gustado trabajar por la comunidad de hecho por Dios yo como he trabajado con tantísimos niños no me he portado mal con nadie ¿por qué me dieron a mí ese golpe tan grande? ¿Quién era yo? Era una mujer feliz alegre. Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 2001, P.37.

Otras mujeres vivían junto con su familia y su marido que sembraba en otras fincas o también recolectaban café u otros productos agrícolas en la zona. Algunas mujeres vivían en un barrio en el pueblo, en su propia casa o en proceso de construcción. Otras se describen como “amas de casa”, estudiaban o eran profesionales, hacían parte de una organización

social, en algunos casos un grupo político, eran de la Junta de Acción Comunal, de una asociación, alguna era gobernadora de un resguardo, otra madre comunitaria, otra miembro del comité de salud, de la cooperativa, catequista en la parroquia

Lo que nosotros hablábamos con mi marido era que, yo terminaba el periodo de ser gobernadora y quería seguir trabajando para poder llegar a estar en una asociación de cabildos y poder en algún momento hacer parte del CRIC y poder direccionar a todos los cabildos, ser una persona que demostrara el trabajo que se había hecho en lo local, poder hacerlo en otros cabildos, que vieran también o que tuvieran esa misma dificultad y que uno pudiera aportar en ese momento. Servir de ejemplo o la experiencia que uno ha tenido en el cabildo poderlo aportar con otros cabildos para que asuman también esa posibilidad de llegar al trabajo que ellos necesitan. Ese era el sueño de poder estar trabajando para todos los cabildos. Vereda Panamericana, Cauca, 2002, P.312.

Todas estas situaciones suponen el marco de la diversidad de vidas y sus proyectos de futuro. Todo eso se destruyó con la violencia sufrida, con el desplazamiento, las masacres, las ejecuciones y desapariciones forzadas, con la tortura. Muchas mujeres respondieron con la espontaneidad y la frescura de sus recuerdos cuando le preguntamos qué hacías en la vida:

- Tenía una vida normal, estable, o con estabilidad económica con su pareja o familia, con “estabilidad” emocional, un trabajo, sin violencia, se veía un futuro.
- Tenía un negocio.
- Se dedicaba al trabajo doméstico.
- Tenía muchas amistades.
- Le gustaba ayudar a la gente.
- Cultivaba un saber o sabiduría que se desarrollaba y compartía con la comunidad y en el territorio (ancestral, plantas medicinales, cantaba).
- Era alegre, animada, bailadora, jugaba, inocente, feliz, le sobraba moral para hacer las cosas, dinámica, emprendedora.
- Era admirada por su padre.
- Se dedicaba a la minería artesanal, a la modistería, a la peluquería.
- Se “enredó” con el papá de su hijo... Era madre y padre a la vez...

Todas esas cosas que no aparecen en las historias de la violencia ni en los casos de violaciones de derechos humanos. También les preguntamos ¿qué sueños tenían las mujeres antes de los hechos de violencia? La mayoría de las mujeres respondieron a esa pregunta hablando de sus hijos e hijas. El 75.2% de las mujeres entrevistadas tiene hijos o hijas, con una media de 3 hijos/as por mujer y un máximo de 15 hijos/as. El principal sueño o

proyecto de vida de las mujeres era darles estudio para que salieran adelante y tuvieran un “buen vivir” dedicándose a actividades menos duras que las del campo en un lugar sano para ellos.

Otras tenían proyectos personales como estudiar o seguir estudiando y hacerse profesional, por ejemplo: enfermera, docente, psicóloga, médica, abogada, periodista, policía, secretaria, técnica en computación, azafata. Esas miradas que cada oficio tiene sobre la vida, y una fuente de ingresos suficiente para sostener a los hijos e hijas.

La conciencia del desarrollo humano y social, la posibilidad de tener un mejor estatus y una vida mejor que la que tuvieron ellas, como todas las madres y padres que no pudieron ir a la escuela, y se pasaron la vida trabajando con escasos recursos. Si no se había podido estudiar, soñaban con dar estudio a los hijos para que fueran “alguien en la vida” y “no se queden como uno”.

Acá llegaron muchas, que después de eso hubo un desplazamiento de 8.000 personas. Y llegaron acá, que se encontraba con mucha gente, por eso, empecé a trabajar con gente del municipio acá, porque yo no quería ya saber nada del liderazgo. Granada, Antioquia, 1999, P.895.

Otros proyectos eran trabajar en un buen empleo, con estabilidad y capacidad de ahorro para sacar adelante a los hijos y a la madre y padre, las responsabilidades hacia arriba y hacia abajo que asumen tantas veces las mujeres. Adquirir una casa propia en el pueblo o mejorar la casa, y conseguir cosas para compartir con los hijos y la familia en general. Esta dimensión del compartir ligada a la vida campesina y en general a la vida en una cultura colectivista como en Colombia. Envejecer en el territorio con su pareja, ver crecer los hijos e hijas. Vivir en un país tranquilo, en paz, con equidad, sin que nadie discrimine.

En el campo todos se conocen, todos se hablan, todos se tratan. Aquí, si unos te hablan otros no, otros te corren, y hasta por el color de piel, yo he vivido discriminación acá, racial, étnica, yo y mi hija. Como que uno encajar en una cosa, donde no estaba prevista para esto. Bajo Atrato, Chocó, 1998, P.139.

Otras señalaron participar con liderazgo en la organización social para sacar adelante el barrio, conscientes de que el desarrollo humano y el cambio social van juntos en un país con la enorme desigualdad que tiene Colombia. En algunos casos, poder desarrollar las propias aspiraciones personales de tener una proyección política y liderazgo.

Bueno pues, creo que renunciar un poco a mis aspiraciones políticas, porque me hubiese gustado hacer mucho más. Eso coartó un poco las capacidades políticas que se pudieron haber dado en esa época, en ese entonces, aspirar de pronto a un espacio de representación popular o alguna cuestión que creo que mis aspiraciones iban un poco hacia allá, no solamente quedarme en el tema participativo

universitario, sino también de tener aspiraciones en el ámbito político local, creo que eso se vio totalmente frustrado. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

Este es el escenario de los proyectos de vida que vino a afectar la violencia contra la población civil y que destruyó tantos proyectos de vida de las mujeres.

Se quebró la vida

Las mujeres víctimas, vivieron el impacto de la violencia como la interrupción “total” de su proyecto de vida y la imposibilidad para realizar otro, en medio de precarias condiciones de vida, la inseguridad y el miedo. Si bien hablan del pasado, los hechos que sufrieron, también la vida que tenían era su futuro y el de sus hijos. Todo eso se vio interrumpido, y las mujeres desplazadas que además habían perdido a sus familiares, tuvieron que tratar de ganarse la vida en condiciones de precariedad absoluta.

Ellos se aprovecharon de uno porque uno tenía ganado, tenía de todo y podían arrancar bultos de yuca o sea uno tenía que darles cosas a ellos... Siempre me acuerdo y no se me quita eso de la cabeza, porque ese era el futuro de mis hijos que yo tenía, que me quitaron... y yo pasé trabajo cuando llegué aquí... buscando ropa para planchar, batea para lavar, lo que fuera... San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 1980, P.206.

La descripción de las pérdidas de esa vida incluye la tierra, la casa y los objetos que hacían parte de ella, el ritmo del tiempo y de los días. Pero también llegar a un territorio inhóspito donde la población desplazada era vista con sospecha, y donde las justificaciones de la violencia pasan por estigmatizar a las víctimas en lugar de reconocer su sufrimiento. Los ejemplos de todo lo que era su vida, una forma de todo, a menudo precaria pero suya y en la que tenían una vida bajo su control; a un lugar donde el cemento, la desconfianza y el estigma hacían parte del paisaje. Un proceso que muchas describen como un calvario.

Ahí comenzó mi calvario más terrible... En ese momento sentía morirme, dejar todo lo que había trabajado, llegar con una mano atrás y otra adelante es muy duro... con niños pequeños sobre todo... desarraigarse de su tierra, botar mi territorio... es duro... salir llorando de su territorio. Ahogada en un vendaval donde lo iba a botar... dejar todo, llegar a donde a uno nadie le va a tender la mano, porque llegar uno desplazado creen que lo sacaron... por ladrón, por matón o no sé qué... lo peor que es el campesino y el indio, eso es lo que dice el Estado... Vereda Porvenir, San Sebastián, Cauca, 1983, P.299.

Todo se acabó. Los que quedamos vivos no podíamos dormir. Dejamos la finca botada. Haber dejado a mi familia muerta, y todo botado, digamos más me dolía... Yo decía Dios mío quisiera que la tierra se abriera y me tragara para no vivir más... Pero mis dos niños son los que se quedan sufriendo... Mi mamá

quedó muy mal. Perdí la mente por unos días, yo no sabía ni qué día era, ni nada... para mí era como si se hubiera acabado el mundo... no sabía para dónde coger ni nada.. Llegar a una ciudad y hasta para uno comerse un plátano, tiene que uno comprarlo... Me pareció muy duro... vivir encerrado. No tener trabajo, no tener amigos, no tener una salida... eso es como que lo afecta demasiado. Bojayá, Chocó, 2002, P.410.

Para las mujeres eso supuso tener que salir a trabajar fuera de la casa, en condiciones precarias, buscando cualquier tipo de trabajo que les ayudara a sobrevivir. En un medio distinto, donde debido a las barreras culturales y la discriminación, las mujeres negras o indígenas tuvieron todavía un impacto mayor.

Trabajé en construcción, trabajé en casa de familia, lavé ropa. Someter mi cuerpo a trabajos duros. Todas esas cosas se truncan, uno... busca como sobrevivir, no vivir mendigándole la libra de arroz... el pedacito de jabón. Esto se dificulta a uno con la cosa que es madre de familia... es mujer... porque es negra y a veces consigue muchos, muchos escalones en el camino, muchos travesaños que para uno como mujer y negra le es muy difícil cruzar. Putumayo, 2000, P.439.

En otros casos, donde ya se había empezado a dar la instauración de los cultivos de coca y la economía ilegal en las condiciones de vida en el campo, las consecuencias de las políticas contrainsurgentes incluyeron fumigaciones de comunidades enteras con las consiguientes consecuencias para la salud y la vida comunitaria. Los proyectos colectivos de la escuela, las asociaciones comunales o agrarias se terminaron con la represión vivida. La pérdida de liderazgos, la militarización de esos territorios hicieron que se acabara con la vida comunitaria que existía.

Tenía muchos ideales allá, porque mire mucha miseria, mucho dolor, la gente pobre, aguantando quizás hambre, porque todo este sitio eran tierras donde abunda mucho la coca, y la gente prácticamente vivía era de eso, cuando habían fumigaciones del gobierno, a la gente les mataban sus sembríos con la fumigación, el plátano, sus animales, prácticamente de lo que ellos dependían era de su siembra de su coca y de las gallinas, y de lo que tenían de sus sembríos. A mí me afectó haber dejado todo inconcluso allá, los ideales para ayudar a las personas, estas mujeres, a los niños con las escuelitas. Logramos solamente una escuela para ellos, y todo esto se acabó cuando yo salí de allá, la gente no siguió trabajando. Bogotá, D.C., 2008, P.193.

El proyecto de cambio social

Otro aspecto del proyecto de vida de las mujeres tiene que ver con sus aspiraciones de cambio social, compartidas en el medio comunitario, participando en asociaciones u organizaciones sociales o de mujeres, y en su participación política en distintos proyectos de cambio social.

En algunos casos, la ruptura de su proyecto de incidencia social se quebró por las amenazas frente a mujeres que ya estaban adquiriendo un protagonismo social y que fueron amenazadas por ser mujeres líderes de sus comunidades.

Como les comento yo era madre comunitaria, y entonces a mis representante legal, que sería mi jefa inmediata, también la abordaban y le decían que me presionara, y que hiciera que yo renunciara como madre comunitaria, que ellos necesitaban sacarme. Pero ella no me sacó, pero si empezó a complicarse mi vida laboral, porque eran llamadas. A la directora del ICBF de Bucaramanga le llegó un fax, donde decía que si no me echaba, la cabeza de ella corría peligro. Girón, Santander, 2001, P.127.

En muchos casos la causa del desplazamiento estuvo ligada a la participación en estructuras comunitarias como las Juntas de Acción Comunal.

Ese fue el motivo del cual me desplazé porque yo hacía parte de la comunidad, también de la Junta de Acción Comunal de la comunidad y por eso hubo amenazas contra mí. Eso fue en Truandó y todo ese sector fue de comunidades que desplazaron. Llegamos a Pavarandó, éramos cinco mil desplazados. Riosucio, Chocó, 1996, P.217.

La criminalización de la participación en estructuras comunitarias, especialmente como parte de la política contrainsurgente, ha conllevado también un impacto en el papel de las mujeres y su identidad social.

Mi vida cambió toda... (sollozos) todo porque yo era una mujer que era muy activa, a mí me gustaba participar en comités, en Junta de Acción Comunal, participaba mucho ayudando a hacer bazares y todo para recolectar para escuelas y todo. Pero desde que todo eso pasó ya a mí me cortaron esas alas... Cimitarra, Santander, 2000, P.721.

En algunos casos, la pérdida vivida como más traumática fue la de las formas de apoyo mutuo y de sentido del trabajo colectivo que constituía la participación en organizaciones con otras mujeres. Muchas de estas pequeñas organizaciones fueron el soporte de proyectos colectivos para las mujeres y sus familias, programas de salud, educación, cooperativas que vieron la luz debido a esta capacidad e iniciativa de las mujeres, hasta que sus líderes o las propias organizaciones se convirtieron en objetivo militar.

Me dio muy duro cuando me separé de la asociación de mujeres. Estuvimos nueve años. Fue terrible para mí eso, porque... quedamos cinco socias. Y esas cinco socias, mejor dicho, éramos amigas del alma. Y ver acá todo mundo lo señalaba a uno... Todo mundo decía: "ay pero mira que esta vieja, desplazada ¿de dónde será que viene?". Santa María de Dagua, Valle del Cauca, 2001, P.831.

Las organizaciones de mujeres también han sido víctimas directas de la represión del Estado, como las mujeres de la Comuna 13 en Medellín en el marco de la operación Orión en 2001. Las consecuencias de dichas acciones no solo fueron las acusaciones infundadas contra organizaciones de mujeres, o el impacto de la detención arbitraria o el encarcelamiento injusto, sino también en su medio local. Las actitudes de rechazo propiciadas por la estigmatización de que fueron objeto y la reorganización forzada del tejido social que se dio en varias de esas comunidades, instauró el terror y nuevas formas de control social.

Nosotras quedamos libres pero nos marcó porque siendo líderes comunitarias éramos muy reconocidas, entonces en el momento que salíamos de la cárcel que llegamos a esos espacios conocidos uno sentía el rechazo incluso en realizaciones de sueños como fue el Concejo Comunitario que nosotros creamos. Un compañero dijo “no a esas mujeres no las metamos acá porque ellas están acabadas de salir de la cárcel y entonces eso es un mal ejemplo para la corporación”. Y empezamos nosotros a ir alejándonos de ese trabajo social, porque nos veíamos discriminadas donde llegábamos. Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.79.

Uno de los procesos en que la violencia contra la gente tuvo mayor impacto fue el llevado a cabo contra la Unión Patriótica a partir de su constitución en 1984. La persecución sistemática de que fueron objeto por parte del Estado y de grupos paramilitares conllevó la muerte y desaparición también de muchas personas. En ese contexto, para muchas mujeres que tenían una participación activa junto con sus esposos o familiares, la pérdida de seres queridos aumentó el temor y el desánimo, también del proyecto compartido. Numerosas mujeres dejaron de participar activamente en la vida social y política del país por el impacto de la pérdida de sus seres queridos y el terror, o incluso la culpabilización de que fueron objeto. Algunas de ellas fueron retomando después su participación, que en la mayoría de los casos quedó truncada hasta hoy en día debido a la ausencia de garantías para sus vidas.

Antes de lo de mi hija, yo tenía mucha actividad con el partido... Después yo no volví a nada... Nosotros hablamos con los del partido y yo fui muy sincera y les dije: “yo quedé destrozada, no tengo ni fuerza, ni disposición, ni ánimo de nada, sigo siendo una revolucionaria, confíen en nosotros, pero no vamos a volver a asistir ni yo, ni mi esposo, nosotros no vamos a volver a asistir a nada”. Guadacá, Cesar, 2000, P.672.

Él siempre nos llevaba a nosotros a reuniones y todo eso, inclusive yo estuve en la Juventud Comunista mientras él estuvo vivo, yo estuve yendo... lo que sí cambió, fue que después de que él se murió nosotros tampoco... quizá, porque en nuestro inconsciente pensábamos que eso le había pasado por haber estado en esas organizaciones, entonces yo no volví a la Juventud Comunista. Después de eso, nosotros nos alejamos totalmente del partido al que pertenecíamos junto con él, nos alejamos, no queríamos nada que ver con... No había caído en cuenta de eso. Hasta después de cuatro años empezamos de nuevo a asistir a reuniones hasta que

ya nos involucramos nuevamente como militantes del partido. Pereira, Risaralda, 1999, P.600.

El nivel de terror vivido por las mujeres puede verse en el siguiente ejemplo, como un intento de borrar todas las huellas que pudieran identificarlas con la UP, y por tanto ser también objeto de represión política y violencia.

No nos retiramos de todo, porque cuando hablamos con la Doctora Claudia nos dijo que los carnés que teníamos como miembros de la UP, todo eso había que desaparecerlo, que debíamos quemar todo lo que nos relacionara con la UP. Hasta que al año empezamos a sentir seguimientos a ver cosas raras, entonces tomamos la determinación de irnos para Villa Nueva. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

A pesar del terror vivido, las mujeres que tenían una participación política en el pasado y que dieron su testimonio, señalan cómo la destrucción de ese proyecto tuvo una clara intencionalidad y dirección política, así como la responsabilidad del Estado. La dimensión de dicho impacto no puede verse solo en el asesinato de líderes o candidatos presidenciales o cargos políticos, sino en la desestructuración de todo un tejido social del que esas personas eran expresión, y de las aspiraciones colectivas que subyacían al movimiento. Todo ello sigue pendiente de reconocimiento en la Colombia actual.

Con el propósito de aglutinar fuerzas, de que este país siga soñando siempre, “Venga esa mano país” decía Bernardo Jaramillo con mucha ilusión. Recuerdo un acto que se hizo el 22 de octubre del año 88, en el Meta, después de haber hecho una manifestación grandísima en Pereira. Se le hizo un acto de desagravio a Bernardo y eso era... es que eso se notaba la alegría de la gente, para que después vinieran estás porquerías y de manera sistemática a acabar con todas las cabezas. Por eso yo digo que eso fue del Estado, bien planeado, porque le dieron a las cabezas puntualmente. Ellos sabían dónde iban desbaratando, a quién tenían que matar para poder ir desbaratando ese trabajo que se venía haciendo de manera tan rápida y de manera organizada como se venía haciendo en este país. Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

Muchas mujeres dejaron de participar políticamente por el nivel de riesgo que sufrían, el peligro y las amenazas que se cernieron sobre sus vidas. El retiro y el descompromiso político son formas de evitar el peligro comprensibles en esa situación.

Yo estuve a punto de irme del país. Me retiré de la política, unos años, quise irme del país. La casa que estaba construyendo con él la dejé tirada. Cali, Valle del Cauca, 2002, P.892.

En otros casos, las mujeres han tenido que tomar medidas para seguir activas en el plano social pero disminuir el riesgo que manejan por su dedicación. No se trata de una pérdida

de sentido de la acción social y política, sino una evaluación del riesgo y las formas de mantener el trabajo de promoción social en el que las organizaciones de mujeres juegan un papel clave.

De ahí ya volví, termine materias, me gradué. Tomé la decisión de bajar el perfil por así decirlo, de no meterme como en más cosas. No porque haya dejado de creer, sino porque, considero que no quiero volver hacer pasar a mi familia, ni yo misma por ese tipo de situaciones. Bajé el perfil completamente, creo que me alejé absolutamente de muchas cosas. Ahora estoy acompañando la Ruta muy feliz del trabajo que estoy haciendo acá, y defendiendo los derechos de las mujeres. Esperamos que con eso no tenga mayor problema como los anteriores. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

En otros casos, algunas mujeres han decidido seguir valientemente adelante con sus proyectos sociales o políticos, la participación o liderazgo en organizaciones de derechos humanos, de personas desplazadas, de lideresas en los procesos de demanda de restitución de tierras o de lucha contra la impunidad, aunque ese trabajo sigue siendo peligroso y necesiten en ocasiones medidas extremas de protección. Todo ello muestra cómo las amenazas sobre la participación política siguen siendo muy relevantes en Colombia, y que cualquier proceso de paz y de reconstrucción del tejido social debe propiciar espacios de libertad y garantías para la participación que han seguido sin darse hasta la actualidad.

¿Qué ha cambiado?... que me quitaron la libertad. La libertad de movilidad, de expresión no porque yo hablo lo que siento porque ya...lo digo dónde sea, pero de movilidad sí, me quitaron esa libertad, y sí, le quitan a uno los sueños, le quitan... la alegría. Ya uno a veces ríe, canta, pero como que no es igual, ya esa alegría que uno tenía antes, usted sale para donde quiere, va a donde quiere, habla con quien quiere, se sienta a la hora que quiere donde sea, yo no puedo hacer eso. Mi vida ha sido una vida de encierro, durante ese 2001 y de ahí para acá yo no he sabido lo que es tener libertad, yo puedo salir a la calle con alguien, irme sola, irme a la tienda, ir al mercado, ir a donde uno...¡no! yo ya no puedo hacer eso. Tengo que valerme para todo de terceros, y si quiero ir a un sitio tengo que ir con los dos señores armados a la pata mía, ¡eso es muy horrible! San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

En el momento actual, todo ello tiene también enormes desafíos para el país y para las mujeres que fueron víctimas por su participación política. El desafío probablemente más importante es asumir un rol de liderazgo y participación sin negar el pasado. Integrando su experiencia y reivindicando su papel activo. A pesar de que frecuentemente las formas de autoprotección de muchas mujeres haya sido dejar de hablar, evitar tocar ese pasado o no hablar de su participación en diferentes grupos u organizaciones política, para evitar ser de nuevo señaladas o golpeadas por la violencia.

Porque es de la única manera que uno conoce a alguien, brindándoles como la confianza. Si uno dice, bueno vamos hacer un proyecto, pues yo era una de las personas, vamos a averiguar, vamos a hablar, vamos a la gobernación, vamos

a la alcaldía. Yo ahora no soy eso. Ese era mi sueño, y no se me cumplió. Ahora me da miedo que me nombren, porque, pues uno está como con esa cosita de que de pronto hay alguien que me conoce, o se acuerda de mi nombre, y pues ahora le toca a uno tratar de salir adelante. Vereda Rico Arriba, Caquetá, 2006, P.119.

VII. Indignación frente a la injusticia

Estar en una parte en paz, que no haya rencor, para mí quiero... que no hubiera más derrame de sangre que lo que uno ha vivido. Entonces veo que no se hace mucho porque para mí todas las ilusiones ya se me están apagando. Todo lo que yo quiero soñar y seguir hacia delante, siempre esa gente me las pagan de una manera que yo no veo, porque... como yo les dije a ellos: las autodefensas me matan a mí esposo, ahora ustedes siendo la guerrilla vienen a quitarme los hijos que es lo único que yo tengo para seguir hacia delante. Ahora ustedes vienen a apagar esa ilusión. ¡Ya no más! Yo le dije a ellos, ¡ya no más, yo he sufrido mucho! Que usted no sabe qué es el sufrimiento de uno de mujer. Vereda la Petronila, Quindío, 1997, P.776.

La injusticia de la guerra

La injusticia del abandono del Estado y de la dinámica de la guerra teje los hilos de los testimonios de las mujeres entrevistadas. Muchas de ellas hacen reflexiones sobre el costo de la violencia para las mujeres, y de la injusticia de los hechos sufridos. También en algunas ocasiones incluyen reflexiones más generales sobre el impacto de la guerra en sus comunidades y en el país, donde sucesivas generaciones, muchas veces de las mismas familias, han sido afectadas. Y donde las mujeres han enfrentado sus consecuencias de manera dramática una y otra vez.

Y en estos días que yo hablaba con ella, yo le decía, mami, porque será la vida así tan terrible, tan dura, mira que tú fuiste sacada de allá de tu familia, te alejaron de tu familia de una manera miserable, por quitarte tus hijos. Y mire, se repite nuevamente ahora, matándome mi esposo, y alejándolo de mis hijas. Mire que es algo que de alguna manera se ve diferente, pero a la final, termina con lo mismo: el conflicto armado. Termina en las mismas personas. Entonces ella me decía, hija hay que seguir adelante, mire yo como he luchado, los crie a ustedes, les di estudio, mire aquí estoy. Ella ha sido una mujer muy fuerte, muy valiente, muy trabajadora. El Dovio, Valle del Cauca, 2010, P.828

La amplitud de la violencia sufrida, las violaciones y abusos de derechos humanos cometidas por los distintas partes del conflicto y la represión contra la población civil, suponen

un cuestionamiento general del país y de la descomposición del conflicto y del sin sentido al que ha llegado la guerra.

Lo que menos esperábamos nosotros como comunidad o el país colombiano de que en una casa santa como esa, iba a haber un desastre como el que hubo, matar semejante cantidades de niños, adultos y no sabemos él por qué. Mocoa, Putumayo, P.449.

También reivindican un papel activo de las mujeres para enfrentar las situaciones de marginación e injusticia que están en la base de la guerra y de las violaciones de derechos humanos cometidas hasta hoy en día. La esperanza de muchas de ellas es que estas situaciones se conozcan. Que las mujeres puedan contar sus experiencias y denunciar la violencia de que han sido objeto. Y que eso contribuya al cambio social en Colombia.

Creo que es necesario que muchas mujeres nos levantemos porque esa es la injusticia que hay en el país. A mí me han pasado todas las situaciones de violencias de violaciones de derechos humanos, las formas habidas y por haber me han pasado. Pero eso que siento que le ha pasado a muchas mujeres que quizá son mucho más vulnerables, porque no han podido siquiera hablar o decir la verdad. Tierradentro, Cauca, 2008, P.317.

Las mujeres que viven especialmente en las zonas de mayor presencia del conflicto armado, señalan también algunos de los mecanismos que han seguido haciendo posible esta violencia que para muchas carece de sentido. En sus explicaciones se mezclan la necesidad de tener un desarrollo y una buena vida en sus comunidades con la falta de expectativas de los jóvenes, y cómo las estrategias de la guerra han supuesto un mayor involucramiento de la población civil, a través del reclutamiento, los medios proporcionados por los actores armados o el uso de la violencia en el medio local como una forma de poder.

Me afectaron mucho porque en el mundo que vivimos uno lucha por una causa. Uno no quiere que nuestros hijos, ni el vecino ni aquel pelado se meta en el conflicto, ni que los utilicen por su situación económica que allí les dan 20 mil que allí 50 mil, porque en la casa tiene muchas necesidades y uno los levanta con un respeto y una prudencia. Y luego se le salen de las manos y la mamá, por la situación económica, acepta que el hijo le traiga muchas veces cosas que no están contempladas trabajando honradamente. En estos barrios populares llegan y utilizan estos pelados y los ilusionan. Son muchachos que no tiene cultura, viven en una situación económica de pobreza por falta de oportunidades. Entonces el pelado se involucra en cosas. En mi caso yo decía uno sí es bobo fortalecer una familia en la vida y decirles que al ejército al que cumplirle la ley. Y mi hijo fue al estadio y se lo llevaron en un carro a prestar servicio militar porque “era la ley”. Manrique, Antioquia, 2002. P.16.

Frente a esa situación, las mujeres reclaman justicia como un mecanismo de prevención. En este caso se trata de los casos de ejecuciones extrajudiciales llevadas a cabo por

miembros del ejército, y publicitadas posteriormente como “falsos positivos”. Parte de los mecanismos que hacen posible el horror sigue siendo el uso del lenguaje para tapan las responsabilidades o minimizar los hechos. Hubieran sido “positivos” si eran guerrilleros muertos en combate, aunque ese lenguaje minimiza el hecho de que pudieran ser ejecutados cuando estaban detenidos o indefensos. Fueron “falsos” porque fueron civiles secuestrados y ejecutados después de ser vestidos y aparecer como guerrilleros para cobrar las recompensas y mejorar las estadísticas de la guerra. Todo ello produce también un cuestionamiento del Estado y de la confianza de la gente en las autoridades, que tiene efectos a largo plazo. En este caso se señala la limitación de la investigación, en un contexto donde miembros del ejército simulaban pruebas y donde había numerosos testigos de los hechos.

Entonces, yo no creo, en justicia no creo. No. Pero yo lo único que pido es justicia. Porque yo sé que, que a uno le den plata, la vida de mi hija no valía la plata, y nunca va a valer, yo sé que la plata se gasta, pero no, yo pido justicia, que haya justicia para todos los treinta. Porque no es el que los tres que dispararon, que no sé qué, que no sé cuántos. El comandante no está incluido, ni el teniente, ni el sargento, que comandaba ese grupo, nada, entonces ¿cómo es eso? Simplemente son los campesinos, a los que les obligan hacer eso, los que tiene que pagar, y las grandes cabezas se quedan riéndose, entonces, pues... Peruanza de Garzón, Huila, 2006, P.859.

Esta ignominia, que parece sacada de una película de terror, es parte de lo sucedido en Colombia, y de lo que, más allá de los responsables de menor nivel, las víctimas reclaman que el país tiene que investigar y cambiar para prevenir la violencia.

Nunca me imaginé que me iba a encontrar en esta situación, pero desafortunadamente esa es la vida que estamos llevando en Colombia y...aquí estoy en una lucha para demostrarle al mundo entero y a Colombia que mi hijo no era un subversivo, que mi hijo no era ningún guerrillero, que mi hijo era un joven como cualquier joven de Colombia, lleno de ilusiones, lleno de proyectos de vida, pero estos militares...primero, estás personas sin escrúpulos, eh...los reclutadores sin escrúpulos, personas que de pronto no tienen hermanos, no tienen sobrinos, no tienen nada, eh...sacaron a estos chicos con engaños y luego traerlos a Ocaña, entregárselos a los...a los militares para que ellos hicieran con estos muchachos lo que ellos quisieron. Qué triste. Ocaña, Norte de Santander, 2008, P.788.

Nunca nos iba a tocar

A pesar de que el conflicto armado colombiano lleva activo desde hace cinco décadas, una buena parte de la población no se vio afectada directamente por el mismo hasta la generalización de la guerra, el uso de estrategias de implicación de la población civil, las masacres colectivas y el desplazamiento forzado especialmente de los últimos quince años.

La injusticia de la violencia contra la población civil se dio durante muchos años contra miembros de colectivos políticos, sindicatos u organizaciones que luchaban por un cambio social.

Empieza a funcionar la UP con un comité aquí, en el departamento de Risaralda, muy bien. Se hacían actividades diversas, movilizaciones, encuentro con los campesinos, con los trabajadores de las fábricas, con los maestros... los estudiantes también en las Universidades. Hubo mucho entusiasmo. En 1987, el 11 de octubre, fue el asesinato de Jaime Pardo Leal. Para mí, fue el primer hecho donde, mejor dicho, me dolió el alma, no solamente desde el punto de vista político sino personal. Jaime Pardo Leal ya había estado con nosotros en estas tierras, un hombre profundamente alegre, visionario, un hombre que sabía y que tenía metido el país en su cabeza, que sabía qué era lo que se quería, que venía haciendo una denuncia de una serie de funcionarios y de personas militares, del cuerpo... de la élite militar de este país, ¡Hijepúchica! Y cuando el 11 de octubre lo asesinan, ¡Eso fue un golpe aterrador! Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

El desplazamiento de la guerra a múltiples lugares y regiones del país, las estrategias de control territorial y de la población civil, y la generalización de la violencia especialmente en las áreas rurales, hizo que cada vez una mayor parte de la población se viera directamente afectada. Mientras otros sectores de la población han visto la guerra como “cosa de otros”, que se ve en la televisión o que sucede en lugares lejanos de la propia cotidianidad.

Creo que lo que sucedió fue por el conflicto que estamos afrontando aquí en el país, y que a nosotros nos tocó vivir. Vivir esa situación que nunca uno pensó que le iba a tocar, pero nos tocó. Eso sí me cuestiono yo, y uno dice cómo es que nos pasa a nosotros, esto a mí por qué. Uno veía las noticias y veía que le pasaba a los demás, pero uno nunca piensa que le va a pasar a uno y de eso que uno está prevenido. Yo me volví más prevenida y desconfiada. Entonces ya cuando los muchachos van salir, les dice: acuérdense muchachos, vayan acompañados, no estén solos mire tal cosa. Granada, Antioquia, 2002, P.46.

Muchas víctimas nacieron en contextos donde esa violencia, a pesar de que se fue agudizando, llevaba décadas, y vivieron con el riesgo y la amenaza durante años. Otros muchos, han ido sufriendo sus consecuencias y la sevicia y amenazas contra la población de forma creciente, sin ser consciente de lo que pasaba en el país. Los estereotipos sobre los “terroristas” que se utilizaron en el pasado para criminalizar o justificar la represión contra diferentes sectores de oposición o grupos de población, se han ido generalizando como parte de los mecanismos que contribuyen a justificar la violencia.

Claro, eso nos afectaba mucho porque las compañeras, por ejemplo, empezaron a preguntarme y a decirme: “Ay, pero mire lo que está diciendo el periódico, que ustedes tenían armas guardadas, que ustedes eran guerrilleros, que ustedes estaban

apoyando los miembros de las FARC, y nosotros pensando pues que ustedes eran personas honorables”, entonces, para desmentir eso es una cosa muy tremenda, como decía mi mamá: “Después de la calumnia, queda la duda”, y entonces para uno volver a que le devolvieran su buen nombre ¡Eso costó mucho! Para que las personas volvieran a creer en nosotros, porque nosotros hacíamos parte de la Unión Patriótica, pero de manera legal, siempre tuvimos nuestros trabajos legales, o los unos eran maestros, otros ingenieros, u otros profesores universitarios... Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

La insensibilización frente al sufrimiento de otros sectores genera una justificación de las agresiones y una falta de respeto a los derechos humanos que pierden su valor en una sociedad. Esta insensibilización es parte de la deshumanización que conlleva la guerra, pero también es utilizada políticamente para justificar las acciones. Para mucha gente estos estereotipos incluyen etiquetas que suponen una marca moral sobre las víctimas, y formas de sospecha o justificación.

Todo eso a nosotros nos tocó porque eso desorganiza una familia desde abajo hasta arriba y uno no sabe en ese momento cómo responder, qué decir, porque lastimosamente estamos en una sociedad donde a veces le matan a uno un ser querido y la respuesta de la gente es: ¡por algo sería! ¡Por algo sería que se lo mataron! Pero cuando le toca a uno, le toca a uno la carne que le duele a uno, que sabe que es sangre de su sangre, cuerpo de su cuerpo, ahí es donde llega uno a preguntar y uno dice: ¿por qué? (sollozos). Barrancabermeja, Santander, 1999, P.719.

Entre la responsabilidad y el buen nombre

Al referirse a sus seres queridos asesinados, muchas mujeres señalaron esa injusticia diciendo “era una buena persona”. En esa expresión se concentra el cariño por sus hijos e hijas o esposos, pero también el sentido de injusticia y la reivindicación de su buen nombre. Expresan la percepción de que sus vidas estaban al margen de la guerra, y de que quien no está involucrado directamente no debería verse afectado por sus consecuencias.

Si me acuerdo de él como que me da tristeza. Cuando una persona es mala y está en algún grupo armado, uno espera la muerte, pero una persona que no se meta con nadie simplemente no, no. Mi hermano no se metía con nadie. Una muerte inocente a uno le duele mucho eso. Turbo, Antioquia, 2002, P.240.

El impacto del sentimiento de injusticia es mayor también en los procesos de duelo, dado que supone una mayor conciencia de lo absurdo y sin sentido de los hechos.

Mi vida cambio mucho después del asesinato de ellos, porque nunca pensé en la muerte de mi papá ¡tan triste! un hombre que era trabajador honrado, nunca se robaba nada, eso es muy duro para uno. Y mi hermanito también era un hombre

trabajador, no le quitaba nada a nadie y quitarle la vida así no más. Chigorodó, Antioquia, 1989, P.36.

Estas percepciones y experiencias ponen al descubierto la falta de “proporcionalidad” o de relación entre la conducta propia y el riesgo vital en un contexto como el colombiano. Estos sentimientos se centran entonces en la reivindicación de la inocencia de la persona, aunque la injusticia de las violaciones de derechos humanos va más allá de la relación de las mismas con una posible conducta de la víctima. Esta falta de sentido, a pesar de los intentos de entender lo inexplicable, aumenta la frustración y el impacto de los hechos.

Pues rabia con ellos cierto, pero pues uno no puede hacer en ese momentico ahí nada porque como esa gente todo es que ellos cogen la gente y no se ponen a preguntar esta persona si es buena o es mala si no que ellos de una lo van desapareciendo porque si a mi hermano le hubieran dado una oportunidad que él hubiera hablado pues alguien había dicho: no este es un buen muchacho; pero mi hermano no tenía vicios, mi hermano era un hombre trabajador. Jamundí, Valle del Cauca, 2000, P.372.

En otros casos, las mujeres reivindican el sentido de justicia, y que esta opere como mecanismo para enfrentar en todo caso el delito si se trata de investigar a sus familiares, pero que se aplique también contra los perpetradores de tan graves hechos. Muchas víctimas esperan una explicación de los perpetradores que les ayude a salir del sin sentido, aunque tales expectativas no sean realistas ni respondan a otra razón más allá de las acusaciones o señalamientos que ya conocen.

Me gustaría saber por qué me tocó salir así, por qué mataron mi hermano, qué era lo que él debía porque para mí era un muchacho muy trabajador, juicioso, nosotros no nos metíamos con nadie, entonces si sería bueno que le digan a uno y que le hagan entender las cosas, bueno esto pasó por esto y por esto. Y que los juzguen también, porque mire que, uno paga cosas que uno nunca ha hecho y se quedan por ahí riéndose, no más no es justo, es bueno que los juzguen también, que tengan sus sufrimientos como uno también ha sufrido, porque yo digo que si una persona de esas la mandan a una cárcel, la familia sufre y eso que una cárcel no es que sea bueno para lo que ellos han hecho tampoco. Sucre, Cauca, 2002, P.390.

Todo ello supone para muchas mujeres ampliar también su visión de la violencia y sus causas, pasando de una mirada centrada en su propia experiencia y en la búsqueda de una lógica a los hechos que no comprenden, a una visión más amplia que les ayude a ver cómo la guerra se hace tratando de ganar control sobre el tejido social, y en muchos casos las “razones” para convertirse en una víctima más, y también en una víctima única, sean más bien banales o absurdas: “nos dijeron que eran guerrilleros”, “fue casualidad”, “cosas que pasan en la guerra”, son explicaciones frecuentes por parte de los perpetradores, como mostraron las llamadas audiencias libres de paramilitares bajo la Ley de Justicia y Paz.

Tuve mis hijos, para que me colaboraran a mí, me acompañaran, para muchas cosas, nunca para que los tuvieran en ese conflicto que hay aquí en Colombia, como lo hay en otros países. ¿Por qué tiene que ser así? Y que llegaran y los matan, inocentes los matan, y las muertes se quedan así. No le reparan a uno, si viene uno a pedir una ayuda se la niegan ¿por qué eso así? Caseríos de Frías, Tolima, 2000, P.164.

En otros casos, la reivindicación del buen nombre de muchas de las víctimas conlleva no solo algo centrado en el carácter de la persona o el sinsentido de los hechos, sino también un reconocimiento de su contribución a la sociedad. Como señala el testimonio de la esposa de un militante de diferentes organizaciones sociales en Medellín, la huella que los muertos y desaparecidos dejan, también tiene a veces una dimensión colectiva. Y esas muertes, que tienen el mismo valor que todas las demás como misma es la dignidad de la persona, tienen un enorme significado colectivo que atentan contra el sentido de la humanidad.

Creo que eso siempre va a doler, eso no es fácil de decir que ya pasó y listo. No, eso no es cierto. Cuando una persona dejó una buena imagen, una huella linda y positiva y no solamente en mí, sino que dejó impacto en la comunidad. Fue un daño muy grave a la sociedad. Yo creo que fue un crimen contra la humanidad, porque es que no afectaron a él y a su familia solamente. Comuna 1, Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

El manejo de la rabia

La rabia y la cólera por lo sucedido son reacciones muy frecuentes y normales frente a los hechos traumáticos sufridos. Se relacionan con el sentido de injusticia y la arbitrariedad de los hechos, así como con la incomprensión del por qué los mismos. Hay un abismo entre la vida antes y el impacto de los hechos, en el que las mujeres se hacen muchas preguntas hacia los perpetradores.

Porque nosotros quisiéramos saber que la persona que lo mató, aparezca o no sé y diga: bueno lo maté por una equivocación, pues uno para sentir como esa tranquilidad del por qué, porque es una pregunta que nosotros como hijos... porque realmente eh...la muerte de mi papá destruyó mucho la familia, mucho, mucho. Barrancabermeja, Santander, 1999, P.719.

La rabia también se relaciona con el contexto social, especialmente con la impunidad. Cuando no hay justicia, los sentimientos de rabia y cólera aumentan, debido a la ausencia de castigo a los culpables, y por la indignación del trato por parte de las autoridades y de los actores armados. En el “no hay derecho” habita no solo la respuesta airada, sino la conciencia de sus derechos como mujeres. La rabia toma un sentido de dignidad, que surge cuando las mujeres ubican la responsabilidad de los hechos fuera de sí mismas, en los victimarios y, en esa medida, es más probable que recuperen su lugar como sujeto de derechos.

Al principio yo tenía mucha rabia, mucha rabia pues con... porque yo decía: "Es que no puede ser posible de que a una persona, que porque vele por los derechos..." ¿Cierto?... que por eso lo tengan que asesinar. ¡Es que no hay derecho! Pereira, Risaralda, 1999, P.609.

Sin embargo, la rabia no es solo una reacción en los primeros momentos después de los hechos. Se puede convertir en un problema a largo plazo, cuando genera cambios en la persona, en su comportamiento, en su actitud ante la vida, manteniendo una actitud negativa, distante o defensiva, cuando no agresiva frente a otros.

Tengo un hermano que vive con mucho rencor, con mucha soberbia y él vive como... ¿él vive contra el mundo! Porque dice que es malo. Malo en el sentido de que es muy amargado, a él no le importa lo de los demás, es como muy seco. A raíz de ese hecho, se volvió un niño muy duro. Y dice que si a él no le pasa nada, es porque es malo ¿por qué a su papá que era bueno lo mataron? Barrancabermeja, Santander, 1999, P.719.

La rabia surge de la pérdida y el trato injusto. El desprecio por la vida de la gente que supone la violencia contra la población civil conlleva sentimientos de cólera y rencor.

En mi vida, uno como que siente mucha rabia como mucho rencor, ya no es lo mismo que antes. Porque es la muerte del papá que nunca tuvo nada que ver, él no tenía culpas. ¿Por qué no atacaron a las guerrillas? Yolombo, Antioquia, 2001. P.28.

La vivencia de un trato indigno, del desprecio del otro es con mucha frecuencia lo que mayor sentimiento de rabia genera en las víctimas.

Fue muy doloroso y a la vez humillante que lo sacaran a uno de su casa o de donde estuviera trabajando, humillación, ellos se sentían grandes, todos déspotas porque tenían un fusil en las manos. Y entonces eso fue duro. Buenos Aires, Cauca, 2000, P.329.

La violencia no solo supone en estos casos acabar injustamente con la vida de alguien, sino también conlleva la justificación de la acción, la criminalización de la víctima y sus familiares, y el desprecio por sus vidas.

Pues como mujer duele, porque saber que no se les respetan los derechos a una mujer, que la tratan como si fuera cualquier cosa, como un animal. Si los animales tienen derechos, por qué no las mujeres también los suyos, ¡y los tenemos! Lo que pasa es que no nos los respetan. Y los derechos se infringen siempre desde que se le infrinjan a uno en un alzar de voz, en un maltrato psicológico, verbal, no necesita ser siempre el físico. Bolívar, 2007, P.784.

Para muchas mujeres, ese carácter intencional del daño hace más difícil su asimilación e incluso poder dejar la vengatividad reactiva a un lado.

Pues mi hermana guarda mucha venganza, a ella le da mucha rabia, dice que si fuera por ella fuera les hacía lo mismo a ellos. Ella por la desaparición de mi mamá también se desplazó, se fue también con nosotros. Dice que no se aguanta el dolor de lo que le hicieron, la calumnia, que ella perdonaría pero ella no perdona la calumnia que le hicieron. Puerto Asís, Putumayo, 2006, P.515.

A vueltas con la venganza, muchas mujeres se refieren a esta como una vía para el alivio. Las fantasías de venganza son muy frecuentes como una forma de canalizar la cólera, aunque la mayor parte de las veces se quedan solo en pensamientos que pueden tener incluso una función psicológica adaptativa, porque permiten también reestructurar la sensación de impotencia y reivindicar la propia dignidad.

Yo llegué a un estado tan lamentable de odio, de venganza, que decía que yo era capaz de coger esos tipos y pelarlos como se pela un pollo. Yo jamás pensé en un arma, me aterran las armas, pero yo decía que con mis propias manos y mis propias uñas yo los cogía y los pelaba. Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 1995, P.47.

Sin embargo, como señala esta mujer, la reflexión entre el dolor y las consecuencias en los hijos, y el hecho de poder llegar a ser parte de un círculo de la venganza, le llevó a desistir de esas ideas.

Entonces fue una vida muy dura, creo que le negué a mis hijos la posibilidad de crecer como niños en familia, en hogar, en comunidad, de tener libertad, todo eso ellos lo han sentido. En alguna época a mí no me dolía, me daba rabia y les explicaba a ellos por qué había tomado esta decisión, porque yo sentía deseos de vengarme. Algún tiempo pensé en armarme, yo no sé de qué manera, pero pensaba acabar con muchas vidas. Después, con el tiempo, reaccioné y dije: no, no saco nada con eso porque... San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

Esos deseos de venganza también pueden generar cambios en la visión de sí mismas. Algunas mujeres reflexionan sobre los impactos en su propia identidad y valores que produce esta rabia e impunidad.

Me enfermé del corazón, sentía miedo y a veces también como que rencor, rabia. Decía “uy, si yo me encontrara los que le hicieron eso a mis hijos los mataría”. Si uno no era agresivo, uno se vuelve. Natagaima, Tolima, 1998, P.141.

Me hicieron poner el corazón amargo, tomar odio, repugnancia. Un odio con quienes me hicieron tanto daño, con quienes me cierran las puertas. Hay un dile-

ma porque, como dice mi papá, “se me tiraron mi china”. Es difícil volver a ser una persona tranquila y feliz. Caquetá, 2003, P.196.

Sin embargo, la rabia no solo es una respuesta normal. Muchas mujeres han buscado también las maneras de sacarla. La rabia tiene que encontrar maneras de poder canalizarse, aunque, como en este caso, puede salir de una forma impulsiva que, aunque comprensible, puede poner en peligro también a la víctima.

Me decían “es que usted no nos conoce”. Yo les decía “ustedes son una manada de hijueputas, perros ladrones con chapa, se tapan detrás de un uniforme”. Cuando yo fui a la sala donde estaba mi hija acostada me impresionó mucho porque la tenían con las manos metidas dentro de los jeans y ya casi como para irse al suelo medio baldado de sangre con los sesos y todo en el suelo. Y no tenía ni el anillo ni la cadena y ni un peso y papeles tampoco tenía. Entonces yo les dije “¿y la plata que ella tenía?” Ellos dijeron, “¿cual plata?”. Yo le dije ella tenía 200 mil pesos para entregarle a ese malparido. A ese perro. Ellos se azaraban cuando yo decía perro y resulta que a él le decían de verdad El Perro. Entonces a ellos les parecía como raro que yo supiera eso, pero yo les decía perros por insultarlos a ellos. Yo creo que en ese momento yo desprendía hasta candela por los ojos porque estaba loca. Me volví una loca, me provocaba como pegarle a todo el mundo. Barrio Popular, Medellín, Antioquia, 1998, P.66..

Una época especialmente delicada para esos sentimientos de rabia y cólera se da en la adolescencia. El impacto de la pérdida de seres queridos en ese momento, las situaciones de crisis en el desarrollo personal, y la actitud frente a sí misma y/o el mundo que le rodea, puede hacer fácilmente manipulable la situación, como sucede a menudo en los contextos de guerra donde los y las jóvenes son objeto de deseo de grupos armados como parte del círculo de la violencia.

Cuando fui creciendo, fui entendiendo otras cosas, y teniendo un sentimiento de mucha frustración, porque pensaba que mi papá y mi mamá me socializaron y me criaron así, pensando en las cosas que uno podría hacer para que el mundo fuera un poco mejor, un poco más justo, pero hubo un momento, por ejemplo de adolescente, en que no me importaban las cosas... como si todo el sentimiento de rabia por la injusticia me hubiera generado muchos sentimientos de frustración y de mucha rabia con las cosas que pasan en este país. Dos Quebradas, Risaralda, 1987, P. 686.

La rabia supone una carga psicológica que necesita el alivio del respeto y la justicia. Cuando estas no se dan, cuando los perpetradores tienen apoyo o alto estatus, y los casos se mantienen en la impunidad, el impacto psicológico es mayor y otras formas de respuesta o venganza psicológica, pueden tener incluso un efecto de alivio. Si bien esas percepciones pueden ser comprensibles en algunos casos, son peligrosas cuando se generalizan, como pueden verse en el siguiente testimonio, dado que puede llevar a justificar las violaciones de derechos humanos o son fáciles de manipular políticamente.

Indignada, repudio contra esa gente, esa gente tener la ignorancia de desaparecerle el familiar a uno, porque ellos no deben nada, siento ese odio y es algo que nunca voy a perdonarles. Cuando veo que les dan duro o los han matado digo: “¡Dios mío! por fin has hecho justicia”. Sé que algún día Dios, poco a poco, tiene que hacer justicia. Yo estuve con psicólogo porque les tenía mucho odio y rencor. Buenos Aires, Orito, Putumayo, 1999, P.584.

En los testimonios de las víctimas, la rabia y la cólera se dan ante diferentes actores armados, según quienes hayan sido los responsables. En el siguiente testimonio se refiere a cómo los paramilitares encontraron en las llamadas “versiones libres” de la ley de Justicia y Paz, un mecanismo de impunidad, donde no se dieron formas de verificación real de las informaciones, ni una investigación efectiva por parte del Estado.

Mucha rabia siento hacia ellos, aun hasta ahora nosotros sentimos mucha rabia hacia ellos, porque yo digo que por qué le hicieron, por qué dicen mentiras, por qué no confiesan una verdad. Porque ellos hasta ahorita en todas las versiones lo que han dicho es mentira, ellos no han confesado la verdad realmente. Timba, Cauca, 2001, P.335.

O se manifiesta la rabia frente a la ausencia de información sobre los desaparecidos de quienes se beneficiaron de dicha ley. En este caso, la familia siente rabia por no poder siquiera tener la verdad sobre lo sucedido y recuperar los restos de su hijo para poder enterrarlo.

Los responsables de eso fueron los paras, los Paras fueron los responsables de eso, de cogerme mi hijo y masacrármelo así, porque yo quisiera que me hubieran entregado a mi hijo para haberle enterrado bien enterrado y no... además él no era una persona petulante con los vecinos, la comunidad o grosero en la casa, él no se merecía ese trato que ellos le dieron, por eso hasta hoy me duele eso. Curvaradó, Bojayá, Chocó, P.422.

Mientras en otros casos la rabia se dirige hacia la guerrilla como autora de las violaciones como el secuestro. Sin embargo, el siguiente testimonio también muestra como esa rabia puede canalizarse hacia otros colectivos, en base a estereotipos sobre personas que no tienen nada que ver con los hechos.

Con el secuestro de mi esposo, mi corazón se llenó de odio, de rencor, yo hablaba con monseñor, con el de la diócesis de Ipiales, alguna vez le decía que quería confesarme porque en mi corazón había demasiado odio, que yo quería vengarme, que yo los odiaba. O sea yo sentía que uno va y está cerca a ellos, y ellos tienen hasta un olor característico, y yo sentía ese olor en alguna parte y pensaba que había un guerrillero por ahí, y si era alguien de color yo sentía rabia hacia esas personas. Vereda Belén, Cauca, 2006, P.356.

En otros casos, como respuesta a la violencia ejercida por el ejército y las versiones de sus acciones que aparecen como lucha contrainsurgente cuando se dirigen hacia el control de la población civil. Muchas mujeres sienten que quien tiene la obligación de protección a la población la convierte en muchas ocasiones en enemigo.

Siento una, no digamos odio, sino que yo veo un soldado y me trae a la mente... y no quisiera como tener una amistad con un soldado, les tengo desconfianza, me da rabia cuando hablan que son la seguridad. Que hablan de “seguridad democrática”. Creo que ellos están ahí a veces por escalar un puesto o porque le paguen... Urrao, Antioquia. 2007. P.13.

Pues yo lo que pensaba era que se hubieran agarrado a pelear esos borrachos en la fiesta, me imaginé que ella, estando por ahí, la hirieron, pero yo nunca me imaginé que fuera el mismo ejército, porque por esas comunidades nunca se veía ni ejército, ningún grupo armado. Entonces, eso fue una sorpresa muy grande, porque uno supone que la gente dice, o el mismo Estado dice, que el ejército va a cuidar a los campesinos cuando eso es una mentira. Entonces uno no cree. Uno ya se vuelve incrédulo porque cuando a uno le quitan lo que más quiere, entonces dice ¿a quién le creo? Samaniego, Nariño, 2010, P.356.

En otras muchas ocasiones, las agresiones conllevan burlas o acusaciones. Las acusaciones naturalizan las agresiones contra el otro usando para ello estereotipos políticos como “comunistas” o “colaboradores”, y justifican fácilmente las violaciones de derechos humanos. Además suponen un desprecio que es vivido como una agresión a la identidad.

Esa vez me exalté y lloré de rabia porque acusaciones como tan sin fundamento y como tan desfasadas le producen a uno como una especie de impotencia del hecho de que uno siempre tiene que estar supeditado a las acusaciones malintencionadas. Pienso que todo el tiempo ha habido mucha mala intención en mi situación, porque al primer sargento que me hizo el señalamiento más grave, incluso le decía: para mí es muy molesto que yo pase y que agentes de su policía me digan “viva el Polo Democrático” porque ya sabían que yo formaba parte de ese partido comunista. Corregimiento Carmelo, Cajibío, Cauca, 2006, P.371.

Muchas mujeres refieren una rabia por sus hijos, porque sienten que han perdido la posibilidad tener y crecer con un padre. Esta rabia por la ausencia está relacionada con situaciones de vulnerabilidad resultado de las condiciones económicas precarias, de la deserción de los estudios o el ingreso temprano al campo laboral. Es entonces una rabia frente a la posibilidad de tener un futuro que se fue de sus manos.

Unidos sí hemos estado pero como más agresivos todos, personas con rabia hacia todos, de ver lo que nos pasó, que si no nos hubiera pasado eso no esta-

ríamos así en este momento de mal... En todos los sentidos, económico, de ver que allá teníamos un futuro, porque no teníamos problemas ni nada, teníamos un futuro para nuestros hijos, y ese futuro se esfumó. Vereda Alaja, Sucre, 2005, P.115.

En otros casos, como los de violencia sexual, el miedo y la rabia pueden hacerse extensivos no solo hacia los miembros de un determinado grupo armado, sino también hacia los hombres considerándolos como potenciales agresores.

Tengo rabia de los hombres. Incluso de mi hijo. Hace dos meses mi hijo me dijo: “mamá yo no soy un violador ni soy un golpeador. Yo fui víctima como tú. Porque no te olvides que yo siempre he dicho que yo vi que te estaban haciendo todas esas cosas. Tú me has enseñado que a las mujeres ni se las golpea, ni se las rechaza. Entonces no entiendo porque a veces me rechazan”. Entonces la vida me cambió demasiado. Tumaco, Nariño, 2002, P.199.

En mi vida sexual sí, porque... o sea es como que si le hubiera cogido más rabia a los hombres, no sé por qué. Me siento como en esos momentos cuando yo escuché que la niña había sido violada y cuando escucho por la televisión que a muchas niñas también les ha pasado lo mismo, a pesar de que a la niña dicen no la penetró sino que con el dedo la molestaba, pero siente uno como mucha impotencia, como mucha rabia ante los hombres porque habiendo tantas mujeres adultas, porqué un hombre tiene que hacer algo así con una niña. Guayacal, Chocó, P.473.

La rabia se expresa a veces como un sentimiento escondido o un malestar personal, pero en otras en forma de comportamientos agresivos, de irritabilidad o conflictos frecuentes con otras personas en su medio familiar o comunitario. Esa rabia puede llevar a un fenómeno de interiorización del daño, que si bien ha sido producido socialmente, se deriva fácilmente hacia las relaciones afectivas, la propia persona o sus próximos.

Es que hay momentos en que me pongo agresiva, hay ratos que mi hermana me dice algo y yo reconozco que le contesto es gritado. Yo le grito, a veces reacciono y no puedo. Pivijay, Magdalena, P.259.

Me volví como agresiva, yo soy muy tranquila, pero en ese tiempo peleaba con mis cuñadas, con mi suegra. No permitía que me digan nada, pero de pronto yo sé que el estrés que ellas tenían, la angustia mía hacía que si me decían algo yo explotaba, y ellas me decían: “Jenny pero eso no es para que usted se enoje”. Pero no dependía de mí. Y otra cosa que yo le digo a mi esposo es que pienso que en ese año me envejecí lo que nunca, porque me sentía físicamente mal, sin ánimos. Tambo, Cauca, 2001, P.341.

Un caso especialmente negativo es la pérdida de control que afecta relaciones con otros cercanos, especialmente los hijos e hijas, y que puede manifestarse en formas incluso de maltrato.

Me puse muy agresiva con los niños, y ellos... a ellos se les pegó como esa agresividad... nunca me contestan, pero son desobedientes, entonces ahí pues me gustaría como que me apoyaran con mis niños... Les pegó y a veces con nada me altero. De tanto vivir en el conflicto armado se le pega mucho a uno como la violencia intrafamiliar también. Sí, porque yo a veces le pego con rabia y yo sé que eso no está bien hecho, pero a veces... como si me ofuscara con ellos. Puerto Nare, Antioquia, P.665.

La toma de conciencia de las mujeres de esos impactos es parte de lo que puede ayudar a enfrentar esa agresividad, pero necesita también contar con otras formas de descarga y de manejar el dolor y la rabia de formas constructivas. Esas formas de canalizar la rabia, a través de respuestas creativas, incluyen el compromiso en la defensa de derechos humanos y, muchas veces, cambiar el plano del enfrentamiento político frente al control militar o el poder de coacción.

Y cuando escupió ¿qué hizo él? simplemente lo miró y seguimos, seguimos derecho. Él era un hombre muy pacífico, un hombre muy tierno, muy comprensivo, entonces decía: ponerme a decir yo algo es rebajarme a la misma situación de él y yo no soy violento, el violento es él, mis armas es hacerlo público, es acompañarme de la comunidad, es la palabra, es la defensa de los derechos humanos, no es enfrentarme a él agredirlo a él, como él a mí. Comuna 1, Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

Desde otro punto de vista puede diferenciarse entre la rabia como motor de cambio, la indignación y la toma de conciencia de la realidad, y el rencor como estado afectivo negativo que impide a la persona salir de sí misma o tener una evaluación más amplia de la realidad. Algunas mujeres han querido desprenderse de ese rencor o sentimiento de venganza permanente que les afectaba mucho psicológicamente y que se convierte, en últimas, en un nuevo impacto e imposibilidad de reconstruir sus vidas. Sin embargo, también muestran el difícil equilibrio entre tratar de dejar atrás ese rencor y la pasividad frente a los hechos.

No me acuerdo, porque tampoco he tratado de aprendérmelos para no generar todos esos rencores en mí. Es mejor que la justicia haga lo que tenga que hacer, y que el mismo Dios de la vida los castigue, que no tenga que ser yo. Entonces en esa medida no me quiero castigar a mí misma. Entre menos sepa a veces es mejor, menos doloroso. Comuna 1, Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

De la rabia al respeto

Sentía mucha rabia, sentía que tenía que hacer lo mismo que ellos hacían, cuando empezaron a reclutar jóvenes aquí para los paramilitares. Yo decía, me voy porque yo tengo que ganar puntos y saber quién fue el que me la mató, porque si yo me doy cuenta yo lo mato. Y crecí con esa idea. Entonces una vez estábamos en un taller cuando nos pusieron a hacer una frase de lo que nos había pasado. Entonces yo puse “los hijos de la guerra, que guerra somos”. Y me preguntaron que por qué esa frase. Porque muchos de los que somos víctimas antes, queremos ser victimarios hoy, porque nos mataron el papá porque nos mataron la mamá, porque nos mataron el marido, porque nos mataron el hijo. Entonces yo creo pues que hoy la guerra se está dando con las mismas víctimas o sea fueron víctimas y ahora son victimarios. Jóvenes que se han ido allá porque sí, porque a mí me mataron a mi papá y yo también tengo que hacer lo mismo. Porque yo no puedo dejar que la muerte de mi papá quede así. Y yo algún día pensé así. Pero ya en el proceso de IMP aprendí a valorar más la vida, aprendí a quererme, aprendí a respetar y, así sucesivamente, estoy llevando el proceso. Nueva Colombia, Antioquia, 1994, P.17.

El maltrato del Estado: necesidad de reconocimiento

Otro gran grupo de mujeres expresa rabia y sentimientos de injusticia no solo ya por los hechos sufridos, sino por el maltrato posterior de las autoridades, por la ausencia de reconocimiento de su sufrimiento o de su condición de víctimas.

Y nos tratan como lo peor, como las peores personas del mundo como que ellos fueran las víctimas. Yo les he dicho, he venido de Andes muchas veces desde las cuatro de la mañana a pararme ahí, a las tres de la tarde me han atendido a decirme, “no pudimos hacer nada” y que “el comité no ha resuelto nada, nosotros no podemos hacer nada”. Me dirijo al comité de Acción Social en Bogotá, porque no es justo que si a mí me declararon mujer víctima de la violencia, vengan ellos a decir “usted no tiene ningún derecho”. Muchas hambres he aguantado, mi hija me dijo “no siga en eso que usted, se va a acabar”. Pero yo todavía tengo una niña de 17 años, todavía tengo que luchar por ella. Robledo, Antioquia, 2000, P.27.

La falta de consideración frente a sus demandas y de respeto en el trato por parte de funcionarios y mecanismos institucionales del Estado, hace que muchas víctimas se sientan doblemente golpeadas. Primero por la falta del deber de protección. Luego por el trato como personas sin dignidad o sin valor. Dichas quejas son frecuentes en los testimonios y muestran la necesidad de un cambio en las políticas del Estado que tienen la obligación de respetar los derechos de las víctimas y atenderlas de forma que no se produzcan nuevas formas de victimización secundaria.

¿Por qué no nos han prestado la atención?, ¿por qué no nos han dado las ayudas?, ¿por qué cuando uno va a Acción Social, le dicen “es que usted no sale, a usted no le damos ayudas porque no las necesita”? Hacen un papel allá, y espere un año. Al año va usted, porque así es, al año va y “no, todavía no ha salido”, vuelve y pasa otro papel, “vuelva dentro de tres meses” y vuelve uno, y “no, no hay nada”. Cómo no va ser violarle a uno y burlarse de uno. ¿Si uno no necesitara, usted cree que va ir buscando a esa gente que le van a negar las cosas? Samaná, Caldas, 2002, P.120.

Las trabas burocráticas y la falta de empatía con las víctimas son señaladas como nuevas fuentes de frustración y sentimiento de desprecio por parte de las instituciones. Es obligación del Estado tanto promover políticas de reparación hacia las víctimas, como la capacitación de profesionales de la justicia o la atención a las víctimas que tengan formación en la atención a víctimas de violaciones de derechos humanos.

La mayor indignación es el trato que la Fiscalía me dio cuando tuve que ir a indagatoria, porque me citaron y la Fiscalía fue muy grosera. Para entregarme un papel me tuvieron todo el día. Citaron a mi hija para ver si mi hija estaba involucrada, porque de pronto algún novio de mi hija lo había mandado a asesinar. Sabiendo que era una niña que estaba en el colegio y solo se la pasaban estudiando. San Pedro, Sucre, 2008, P.578.

Por otra parte, también numerosas mujeres señalan la ausencia de equidad de trato respecto a víctimas consideradas como más importantes, con mayor apoyo en los medios de comunicación o utilizadas de forma partidista por el gobierno, mientras otras muchas se sienten marginadas y no tenidas en cuenta. Mientras a algunas víctimas se les ha prometido reparación o se les ha indemnizado y reconocido porque eran casos relevantes políticamente, otra gran mayoría las mujeres siente que no ha tenido un trato adecuado a su condición. Esta utilización política del sufrimiento es vivida como una fuerte fuente de malestar por muchas víctimas todavía en la actualidad.

Cuando liberaron a los soldados acusados dijeron que les iban a pagar la indemnización más alta que hasta el momento hubieran pagado por el daño y el mal que le han causado a fulano... y leyeron los nombres. La misma policía... con el respeto que se merecen, les pidieron disculpas a ellos y que les iban a pagar la indemnización más alta hasta el momento que habían pagado por el daño... por la deshonra... ¿Y a nosotros? ¿Quién nos paga indemnización? ¿Quién nos pidió disculpas por el sufrimiento y el mal que le causaron a mis niños y a mí? Porque yo duré dos años que yo lloraba, para mí era como muy difícil la situación, mi niño de 9 años empezó a trabajar y le tocaba (solloza) bastante pesado, mis hijas también trabajaban, y bueno, era ya... pues, un descontrol porque nosotros estábamos enseñados era al campo... Murillo, Tolima, 2003, P.652.

De igual manera, el Estado no nos ha reconocido en lo que sucedió, ¡nada! No hubo ningún tipo de reparación, nada, o sea, la bulla de que secuestrados dos

personas en tal parte, la bulla de la prensa y todo eso, pero nunca nos llamaron ¡vengan ustedes qué perdieron! O cómo se sienten psicológicamente, todas esas cosas nada. Como muchas cosas que suceden en Colombia, todo se queda así ¡impune! No pasó nada. Landázuri, Santander, 2002, P.751.

En otros casos como este, en el que según el testimonio un jefe paramilitar de un pueblo cercano de Bucaramanga que cometió numerosas atrocidades, y al parecer posteriormente eliminado por los mismos paramilitares, la mujer cuya hija había sido víctima de violencia sexual por dicho paramilitar, señala la injusticia del trato dado a él y a sus víctimas.

Tuve la niña, ahorita mi hija tiene 12 años ya... y ahorita, el año pasado volví y vi ese...era un personaje en esa región, lleno de amenazas contra mí hija... (llanto) son situaciones que son muy difícil de contar como sucedió. Yo digo que el gobierno no hace nada, son gentes tan inhumanas, como tan...yo no veo resultado, por ejemplo a “Perra Chiquita” lo pasaron como la gran víctima, él era uno de los que iban en ese día... pero él era un comandante de compañía, pero lo hicieron pasar como una gran persona, mientras todas las personas que mató, que violaron, que... Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.774.

Verdad para poder entender y ¿perdonar?

El proceso de hacer frente al dolor puede llevar a manejar de forma constructiva la rabia o la vengatividad reactiva. En algunas ocasiones, las mujeres tratan de dejar atrás el dolor, poniendo una distancia de estos sentimientos que les hacen daño o que no les dejan ser ellas mismas. Sin embargo, el mandato de perdón es una falacia que hace que muchas víctimas sientan que el peso de la historia se vuelve a poner sobre sus hombros y no sobre los perpetradores. La atención psicosocial no puede reproducir esos estereotipos que en poco ayudan a las mujeres a elegir su propio camino, tiempo y proceso para reconstruir sus afectos y sus vidas.

Yo he estado en muchos procesos donde le dicen a uno que uno debe perdonar ¿si? yo estuve en un taller con la Pontificia Universidad de Bucaramanga y se hizo un proceso donde había que perdonar, había que borrar, que había que empezar de nuevo.

Y yo me acuerdo tanto que se hacía un documento donde uno perdonaba al agresor y se echaba a la candela, y me acuerdo que le dije a la psicóloga eso no es tan fácil, porque el que se murió era mi papá, al que mataron era mi papá, no fue un particular, ni era una porquería con sus hijos para que se muriera y nos lo quitaran, entonces eso no es fácil. Tengo 12 años y el dolor está ahí, no me gusta y yo veo unas carteleras de las organizaciones porque él está en el mapa de las víctimas de Barrancabermeja (sollozos) y solo al ver esa foto a uno le dan muchos sentimientos de rabia, de rencor, de... o sea, son muchos sentimientos encontrados que hasta el momento en la familia hay algo que uno necesita decir, hace falta algo para terminar eso y como para tener esa tranquilidad.

A veces uno se pregunta, si lo mataron por equivocación, está bien ¿alguien que nos diga! Nos diga ¿qué fue lo que pasó? Que nos dé esa palabra que necesitamos para que nuestros corazones a nivel de familia y a nivel personal se calmen ¿sí? Terrazas, Bucaramanga, 2008, P.719.

Injusticia en el trato a victimarios y víctimas

Por último, un aspecto ligado al sentimiento de injusticia, es el relativo al trato hacia los victimarios, especialmente a los grupos paramilitares en los últimos años. Muchas víctimas muestran su frustración, desánimo y cólera por el trato que se da, mientras las víctimas no tienen ningún reconocimiento. Mientras las víctimas y algunos de sus movimientos como el MOVICE denunciaron desde 2005 la negociación con los jefes paramilitares como un mecanismo de impunidad y negaron que esa desmovilización fuera efectiva, varias de las mujeres víctimas entrevistadas señalan que las autoridades siguieron negando los hechos hasta la aparición del escándalo de la parapolítica, la extradición de algunos comandantes paramilitares de la cárcel a Estados Unidos y el mantenimiento posterior de las estructuras con nuevos nombres.

Cómo es posible que hasta ahora los paramilitares, que uno sabía desde el comienzo, cuando ellos hicieron ese arreglo, siempre, yo creo que el Movimiento de víctimas siempre dijo “las armas no las entregaron, acá no hay reinsertados, no hay nada, no hay negociación, esto es un negociado interno que se hace y ahoritica se está saliendo. Por qué hasta ahoritica le están dando un poquito de fuerza a eso que siempre se dijo, uno siempre lo supo. Ese señor que fue el presidente Uribe, violó los convenios o si no los paramilitares tampoco jamás hubieran hablado. Que ellos se han desmovilizado no es cierto, todos trabajan en una secuencia. Bogotá, D. C., 2006, P.109.

Ellos desde la cárcel siguieron delinquiendo, esa es otra verdad. Una vez con mucha rabia le dije yo a la fiscal que cómo era eso que ellos seguían delinquiendo desde la cárcel y me dijo ¿usted por qué asegura? Y le dije: “nosotras estamos seguras”. Y me dijo que eso era una acusación muy grave. Y en menos de un mes se los llevaron porque sabían. Corregimiento Nutibara, Frontino, Antioquia, 1990, P.57.

Esa desmovilización no efectiva, que ha supuesto en muchos lugares del país nuevas formas de control bajo otros nombres, es vivida por muchas víctimas con una nueva injusticia sobre su dolor.

Si el Estado o las personas pensarán lo que uno piensa... Hay veces que aquellos asesinos tienen un sueldo, como las autodefensas, que porque se entregan tienen un sueldo. Mientras que a uno que fue la víctima, la que sufrió nunca le dan una cosa que verdaderamente sirva. Vereda Campo Seis, Santander, 2003, P.775.

Esas valoraciones sobre la ley 975 y la ausencia de una desmilitarización efectiva del conflicto deben estar presentes también en el horizonte de los procesos de negociación más amplios que se dan en la actualidad con las FARC. Por una parte porque las garantías de no repetición tienen que ser efectivas para todos los actores armados y el Estado debe poner toda su maquinaria al servicio de la paz. Por otro, para que las políticas de desmovilización no se conviertan en una nueva ofensa para las víctimas y las mujeres en general.

Bolívar dijo según la leyenda que “Colombia sería una universidad y Venezuela un cuartel” y resulta que fue Colombia la que se convirtió en un cuartel sin principios y sin conocimiento, porque la justicia ha sido ciega, sorda y muda y favorece a quien ellos le da la gana. Porque la ley 975 ¿de qué nos ha servido a nosotros como víctimas? de nada. Les ha dado prebendas a los victimarios, a ellos les dan casa a ellos les pagan. Zambrano, Bolívar, P.227.

Por otra parte, algunos de los avances en la investigación de la parapolítica o la corrupción en el aparato del Estado que se han dado en los últimos años también despiertan la alegría de ver que algunos tribunales respondieron con la independencia que deben tener y que la sociedad colombiana necesita.

Pienso que... desde el punto de vista individual, son muchas las personas que hemos tenido la rabia ahí guardada, esperando que llegue un momento, como pienso que está llegando con toda esta cantidad de investigaciones por la corrupción, que la gente siente como alegría de que a Andrés Felipe³¹ lo hayan metido a la cárcel, de que a Bernardo Moreno también lo hayan mandado para la Picota, a todas estas personas. Con toda esta cantidad de corrupción, yo pienso que es como una liberación, por lo menos, de que esta partecita pequeñita se haya por lo menos... resarcido de alguna manera como todo este dolor en la gente, o por lo menos así lo siento yo. Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

Una desafío para el futuro

En síntesis, los testimonios de las víctimas incluyen una alta frecuencia de sentimientos de rabia o cólera por lo sucedido. Por las pérdidas humanas y la violencia injusta padecida, por el impacto de las atrocidades y del sin sentido de la violencia que las ha tratado como objeto de desprecio, y de un Estado que ha sido agente y cómplice de las violaciones de derechos humanos contra la gente en múltiples ocasiones. El sentimiento de injusticia muestra el impacto en la dignidad de las mujeres, y también la importancia del respeto por su dolor y sus derechos en el trato con el Estado y la sociedad.

31 Andrés Felipe, Ex Ministro de Agricultura, durante el período del Ex Presidente de la República Álvaro Uribe Vélez, es investigado por Agro Ingreso Seguro (AIS). Bernardo Moreno, detenido en ese momento en La Picota, el Centro Carcelario ubicado en Bogotá.

Esta demanda de respeto y dignidad subyace a la cólera y la rabia, y se expresan en la reivindicación del buen nombre de sus seres queridos. En ausencia de justicia y de una investigación efectiva, el dolor de las mujeres víctimas y sus familias es mayor. Un círculo virtuoso del respeto es parte de las demandas y de las obligaciones del Estado que tiene que verse no solo en la prevención de la violencia, sino en el trato con las víctimas, entre ellas las mujeres que tienen mayores riesgos y vulnerabilidades por el hecho de ser mujeres, por parte de la justicia, el acompañamiento o la reparación y la ayuda humanitaria.

La energía que supone la indignación frente a la violencia implica también que son hechos que nos duelen, no solo a las víctimas sino a la sociedad. La insensibilización frente al sufrimiento y la deshumanización, convirtiendo al otro en objeto de desprecio, aparecen con demasiada frecuencia en los medios de comunicación y las políticas de Estado. En muchas de las reflexiones de las mujeres entrevistadas se muestra esta visión del conflicto armado colombiano desde los costes y la injusticia. La injusticia que está en la base del conflicto armado, y se reproduce en las dinámicas de exclusión social de gran parte de la población. Tal vez las mujeres, como ningún otro, han vivido sus consecuencias y hacen su aporte para hacer otra Colombia posible.

Todo esto lo afecta a uno tanto, tanto, tanto. Y lo que le da más duro es el desconsuelo porque yo tengo este país tan metido en mi corazón. Cómo es posible que hayamos perdido tanta gente, tanto mundo ha sido sacrificado, tantas personas, valiosas, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, en pro de cambio, y han trascurrido tantos y tantos años, y todavía falta mucho por verse que algún día se logre. Porque todas las gestas, tienen un punto en que llega el momento en que revientan, pero ¿cuántos miles de años deben pasar? Esa es la desesperanza. Pero lo importante es que uno está dejando un granito. No tendría más que decirte.
Bogotá, D. C., 2006, P.109.

VIII. Los sentimientos del sin sentido

Hasta la fecha todavía me echo la culpa de que a ellos los hubieran matado. Icononzo, Tolima, 1999, P.166.

La culpa en la búsqueda de sentido

La culpa es un sentimiento frecuente entre las mujeres víctimas de hechos traumáticos. Frente al sin sentido de los hechos o la pérdida, la culpa a veces ocupa el espacio de algo que no lo tiene. Cuando se dan hechos o situaciones sin sentido que se han ido produciendo en la vida de las mujeres víctimas, con numerosas consecuencias negativas concatenadas, algunas de ellas tienden a cuestionarse si no habrán sido ellas las responsables, ya que a otras personas no les ha sucedido.

Los dichos, los estereotipos de género o las reacciones habituales en el medio social también pueden llevar a responsabilizar a la víctima. Esta lógica de proporcionalidad, de deber algo por alguna razón, es una manera de mantener un sistema de creencias sobre el sentido del mundo (por ejemplo, siguiendo la lógica de que “si nada debo nada temo”) que está en la base de muchas situaciones como no tomar medidas de protección frente al peligro. Muchas mujeres y hombres han sido víctimas por el control de los recursos o la tierra, por su liderazgo o simplemente porque eran parte de una comunidad o un grupo considerado “enemigo”, sin ninguna relación con su comportamiento. En otros casos, las acciones de la víctima no justifican las violaciones de derechos humanos de los perpetradores. En estos casos más aún, tiende a culpabilizarse a las mujeres de la violencia sufrida por sus próximos, como si ellas hubieran “fallado” en su deber de protección.

Pero, por qué será, qué he hecho un mal, será que mi mamá, como hay veces que dicen que a la mamá le echan alguna maldición... pero considero que no he hecho el mal, antes he tratado de hacer lo mejor, porque yo soy una de las que tiene media panela en este momento y veo una vecina que necesita o alguien que está pidiendo y se la doy. Yo cada rato me pregunto qué estaré pagando, qué hice. Chigorodó, Antioquia, 2001, P.56.

Es decir, sentirse culpable por lo que pasó, a pesar de lo devastador que es, puede ser una forma de ordenar los sucesos, de pensar que se tiene más control del medio y que no se está frente a un mundo impredecible. La culpa a veces es la última explicación posible, en un contexto de impunidad, de falta de investigación o de soledad de las víctimas. En este caso, se trata de una madre de una niña de 13 años víctima de reclutamiento forzado que a los dos meses de integrar el grupo armado ilegal fue asesinada en el Municipio de San Miguel. Las condiciones materiales de pobreza estaban en la base de la vulnerabilidad frente al reclutamiento, pero la madre lo vivía como que ella no había podido darle a su hija lo que pedía.

Desde ese momento mi vida ha cambiado mucho, yo no me olvido de la muerte de mi hija, yo nunca me olvido. Ningún diciembre puedo pasar tranquila y, en parte, yo digo hasta yo tendría la culpa, pero en el caso que mi hija me pedía yo no podía porque todos eran mis hijos; pero de todas maneras me hecho culpa yo. Cabecera de San Miguel, Putumayo, 1995, P.507.

La falta de sentido supone también un peso para las víctimas que buscan un por qué a los hechos que pueda ayudarles a entender o dar sentido a su pérdida. La ausencia de investigación o de reconocimiento de los perpetradores carga sobre las víctimas la búsqueda a un por qué en el que finalmente no encuentran respuesta.

Primero que todo a mí me gustaría saber por qué lo hicieron. En parte me siento culpable de la muerte de mi mamá. Entonces sí me gustaría saber por qué la mataron, ella solo fue a reclamar, no fue porque ella era líder. Con eso yo me

sentiría muy bien. Sería como quitarme un peso de encima. Riosucio, Antioquia, 1999, P.92.

En los casos de secuestros o desapariciones forzadas, los sentimientos de culpa han sido algo que numerosas mujeres han tenido que enfrentar. La situación continua que suponen esas violaciones en el tiempo, también conlleva numerosas ambivalencias y dificultades para sus familiares. Por ejemplo, en el caso de mujeres cuyos esposos fueron secuestrados o desaparecidos, el contraste entre el sufrimiento de la víctima directa, con las situaciones de la vida cotidiana placenteras o positivas para la mujer familiar pueden ser vividas con malestar o culpa. Como una forma de insensibilidad en lugar de como una forma de mantenerse bien y reafirmar la vida frente a las violaciones. La necesidad de espacios personales, de actividades gratificantes o de ocio, pueden verse como una traición a la persona en lugar de ser vistas como algo normal o positivo, que puede además permitir seguir en la lucha por su búsqueda o liberación.

A uno le duele sentarse a comer un plato rico, cuando sabía que ellos estaban aguantando hambre. Irse de vacaciones, cuando sabía que ellos se estaban muriendo en la selva. Pero yo sabía que tenía que darle una vida a Daniela, yo no podía secuestrar a mi hija, y condenarla a más dolor, y muchas cosas que las hice, las hice pensando en ella. Cali, Valle del Cauca, 2002, P.892.

Mirando hacia atrás

Para muchas mujeres víctimas hay una clarividencia retrospectiva sobre las situaciones vividas. Es decir, después de pasados los hechos y afectadas por un fuerte sentimiento de pérdida, algunas víctimas miran hacia atrás pensando que tal vez tenían un control de la situación que no era tal. Otras mujeres buscan así tratar de tener control sobre el pasado y el presente, en un mundo que se ha vuelto más amenazante e impredecible. Pero en muchos casos la culpa está mediatizada por la respuesta de los próximos también. La búsqueda de un hecho que explique el conjunto de la violencia sufrida lleva frecuentemente a la evaluación de la responsabilidad en términos morales. Si bien en esa visión hacia atrás es importante sacar aprendizajes para otras situaciones, existe un filo de la navaja muy fino en el que se puede pasar a culpabilizar a la mujer víctima.

Eso lo desestabiliza mucho a uno, porque así no se quiera, el que haya cometido el error, o sea yo cometí un error para mi marido. Y, entonces, al vernos en esa situación, muchas veces le echan la culpa a uno: si usted no hubiera hecho eso, es que si usted no hace esto. O sea y uno mismo también se, como que se marca: verdad si yo no hubiera hablado con ese tipo, si yo no hubiera salido. Él me apoyó, estuvo allí, porque vivía muy preocupado con lo que me pasara, pero me decía “a la vez, si vos no hubieras hecho eso, no estábamos en éstas”. Naya, Cauca, 2001, P.358.

Incluso frente a circunstancias imprevisibles en su momento, algunas mujeres víctimas han vivido mucho tiempo con un sentimiento de culpa, asociando la violencia sufrida con

dichas circunstancias. Como por ejemplo, enviar al hijo a hacer unos mandados, abrir la puerta ante una llamada o cualquier otro hecho menor que se dio en ese momento.

(Suspiro y llanto) *Fue muy terrible porque mi hijo estaba con mi hermano en la pieza de él. La casa tiene tres habitaciones y mi hijo se había pasado a la pieza de mi hermano a ver una película, me acuerdo muy bien el nombre “Terminator”, con Schwarzenegger. Y yo me siento muy culpable de eso porque cuando tocan a la puerta, estoy haciendo una paella y yo no pregunto, no pregunto quién es. Y yo no pregunto porque lógicamente por mi mente no pasaba tener problemas. Yo no tenía problemas con nadie, él no tenía problemas con nadie, eso suponía yo. Y pues llegan a tocar a la puerta a esa hora.* Tumaco, Nariño, 2002, P.199.

Esta misma clarividencia, mirando hacia atrás, es parte de la experiencia que narra esta mujer que conoció las desapariciones forzadas en los años 80 en la universidad y sintió tiempo después que no fue capaz de evaluar la situación de riesgo de su hijo que era parte de un sindicato. Este no esperarse la violencia, es parte del sentimiento de seguridad que nos permite funcionar en la vida, pero en la dinámica de la represión y la guerra muchas de esas creencias se cuestionan, centrándose en una responsabilidad individual que en realidad no le correspondería.

Creo que el error fue mío, cosa que me tortura, y no me perdono, porque yo sabiendo... Yo también fui estudiante, perdí muchos compañeros de trabajo, muchos compañeros de estudio desaparecidos. La desaparición forzada, en la época que yo era estudiante, era una cosa brava. Entonces yo no me explico por qué yo no apliqué todo ese conocimiento que tenía, con mi hijo, y no le di trascendencia porque, pues yo hacía un análisis de lo que era mi hijo, y decía ¿pero por qué razón! No hay motivo diferente cuando uno está metido en un sindicato. Bogotá, D. C., 2006, P.109.

En otras ocasiones, el comportamiento previo con la víctima directa, la existencia de conflictos o las últimas palabras antes de la desaparición o el asesinato, puede hacer que aparezcan sentimientos de culpa asociándolos como causas de la muerte posterior. En este caso, tras una pelea con el esposo, después la cual ella pensó “ojalá lo maten”, fue asesinado. Si bien no hay ninguna conexión entre ambos hechos, los sentimientos de culpa cuestionan el comportamiento en su momento y lo asocian a la violencia padecida, al margen de la responsabilidad del grupo armado culpable de su muerte.

Cuando a mí me dijeron eso, yo dije: eso es mentira. Pero ya al verlo y asegurar-me la doctora Virginia que sí era cierto que lo habían matado y ella me mostró los negativos... Cuando me dijeron eso, me sentí culpable. Ahí mismo sentí la culpa, pero yo lo dije en un momento de rabia. Entonces usted se puede imaginar el cargo de conciencia de ahí en adelante. Sector Maruchenga, Bello, Antioquia. 1992, P.78.

En otras situaciones las mujeres reevalúan las posibilidades de la acción en el momento de los hechos de una forma poco realista. Muchas de estas reacciones responden al anhelo de creer que se habría podido hacer más de lo que se hizo, aunque una evaluación más sosegada muestre que tal posibilidad es muy remota.

*Pues que yo a veces me recuerdo y digo qué tonta yo no haber hecho esto o enfren-
tarlos o hacer algo físico.* Putumayo, 2010, P. 527.

Por último, en otros casos la reevaluación de la acción conlleva una culpa por haber sentido miedo o haberse quedado paralizada por el terror.

*Ese miedo me frustró, me cerró los caminos, de pronto eso me... si, yo tenía una
capacidad de liderazgo mejor yo hubiera surgido, pero de pronto esas muertes y
ese miedo me aniquilaron un poco. Me creó, como le estaba diciendo, una culpa.
Todo este proceso me ha creado esa culpa, una culpa como si yo hubiera cometido
no sé qué, pero no es así.* Popayán, Cauca, 1987, P.315

En otros casos no se trata ya de una acción en concreto, sino de una autoevaluación de la personalidad. Frente a un mundo impredecible y a hechos sin sentido, algunas mujeres atribuyen a algún elemento de su manera de ser la posible responsabilidad de los hechos, como si eso resituara el orden del mundo. Muchas de estas formas de culpa se asocian a estados depresivos o situaciones de profunda tristeza que genera sentimientos autodestructivos y atribuye a la propia personalidad hechos negativos que le han impactado.

*Se me ha bajado la autoestima, a veces me dan ganas de acabarlo todo, de termi-
nar con mi vida. Es que yo soy la del problema aquí. Si mi mamá me rechazó y si
luego mataron a mi familia, si el hombre que yo escogí no me supo valorar, a veces
yo pienso que yo soy la del problema.* Icononzo, Tolima, 1999, P.166.

Dado que la culpa tiene que ver también con el sistema de valores y el fuerte sentimiento de responsabilidad por los otros de las mujeres, en muchos casos esta responsabilidad por los hijos puede conllevar sentimientos de culpa, cuando estos han tenido que afrontar las consecuencias de la violencia o el desplazamiento que primariamente afectaron a los adultos.

*Yo digo que por lo que yo sufrí es que están pasando las muchachas hoy en día.
Que por lo que yo sufrí, todos esos sufrimientos los llevan los hijos míos.* San
Carlos, Antioquia, 2001. P.4.

*Para la familia un bienestar económico que no estuvieran pasando trabajo que
yo sé que están pasando trabajo por mi culpa, por haberse venido conmigo para
acá, con mis niños para que no estén viviendo lo que están viviendo ahora.* Blas
de Lezo, Antioquia, 1995, P.211.

Culpabilizando a las víctimas

Por otra parte, la culpa también es algo externo, es una reacción social frente a numerosas víctimas. Como una forma colectiva de dar sentido a algo, muchas veces se termina culpabilizando a la víctima. Para ello se utilizan prejuicios o estereotipos sobre su comportamiento o su posición, como en el caso de la violencia sexual contra las mujeres. Frecuentemente las mujeres son culpabilizadas por los otros, en un contexto de cultura patriarcal que ve el cuerpo femenino y el comportamiento de las mujeres como incitación, mientras que asocia la sexualidad masculina con la falta de contención y la fuerza, creando una relación que equivale a la del cazador y la presa.

Se traspa así a las mujeres el deber de prevenir esa violencia y protegerse, mientras a los perpetradores se les juzga minimizando su responsabilidad o atribuyendo ésta a la provocación de la mujer. Esta ideología patriarcal y sus formas de culpabilizar a la víctima son inaceptables y tienen un efecto muy negativo en la estima de las mujeres y en su posibilidad de tener apoyo social, así como reducen también las posibilidades de una investigación efectiva o una respuesta de justicia en estos casos.

Las reacciones de culpabilización pueden incluso tejer las relaciones afectivas más próximas. Por ejemplo, en este caso, la revelación de la violencia sexual sufrida por la hija es considerada, en el marco de la familia, como causa de la muerte de la madre.

Él me culpó de que yo no le debía de haber dicho nada a mi mamá, que por culpa mía mi mamá estaba muerta que yo le había dicho eso, entonces por eso la habían matado. Entonces entonces yo casi no me llevo muy bien que digamos. Riosucio, Antioquia, 1999, P.92.

Estos elementos estigmatizantes muchas veces están mediatizados por discursos religiosos o culturales que al ver los cuerpos femeninos como fuente de “pecado”, de “tentación” o de “mal”, minimizan el crimen de la violación sexual. Estos mismos prejuicios tienen como reverso la idea del honor o de la virginidad que permiten nuevas justificaciones de la violencia o la situación de dependencia y control de las mujeres por parte de los hombres a quienes se considera los garantes de aquellas.

Yo le conté todo a mi mamá y mi mamá dijo: “Deje de ser boba, seguro fue que usted se puso a tomar y lo que hizo fue que... y eso es porque vea, le vino ya la menstruación y uno se pone así, a uno le duele la vagina” (...) Lastimosamente, me hicieron creer que el tipo se había muerto por mi culpa, y no solo eso sino que yo me sentía como si fuera... pues... mi familia es una familia muy católica y muy dada como a lo tradicional. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

En ese sentido, también condicionan la respuesta de las personas cercanas o la familia.

Mucha nostalgia, tristeza, porque mis hijos no están con su padre, y triste porque prácticamente yo salí para acá y mi familia se acabó para mí, ha salido mucho

coraje. Ellos me culpan por lo que me pasó, mi familia, mi padre, eso me repugna. Me da nostalgia. A veces me gustaría irme a otra parte, lejos, que no escuchara esas voces que me dicen “por su culpa, por su culpa y por su culpa”. Caquetá, 2003, P.196.

En un contexto de incomprensión o culpabilización de los próximos, muchas mujeres tienen que guardar sus sentimientos y experiencias como algo negativo, sucio o que hay que esconder. De esta manera, las mujeres se quedan sin un marco social de reconocimiento y empeora su situación psicológica, ya que ni siquiera pueden hablar de lo sucedido.

En este otro caso, la violación sexual por el padrastro cuando la víctima tenía nueve años, fue solamente verbalizada con sus familiares cuando tenía 16 años. La víctima señaló cómo la mala relación familiar hizo que esa revelación terminase culpabilizándola. Como si ella fuese la que tenía que ser perdonada por la agresión sexual sufrida.

Cada vez que me acuerdo de eso ahora que estoy grande, le pido perdón a Dios. No sé si sería que yo tenía la culpa o no la tengo no sé, pero siempre le pido al Señor que me haya perdonado eso que ese señor hizo conmigo y yo no tuve el valor de decirle a mi mamá. Es algo que no se lo deseo que se lo hagan a nadie o que alguien lo acepte porque eso es algo muy pero muy malo porque imagínese siendo el compañero de la madre y tener ese corazón esa persona de hacer eso con uno... Acandí, Chocó, 2002, P.261.

La vergüenza en cambio tiene que ver con la revelación de hechos que pueden tener un componente estigmatizante frente a los otros. Esa revelación puede conllevar una valoración negativa sobre la víctima.

Nunca dije que me habían violado, porque yo sentía pena, eso es muy horrible, para mí era muy terrible decirle a alguien que me habían violado. Tres Curvas, Tibú, Norte de Santander, 2002, P.104

A muchas víctimas, las condiciones de precariedad y necesidad en que quedaron después de la violencia sufrida les generó vergüenza en situaciones vividas como humillaciones o en las que se exponían a una respuesta social negativa, como en el caso del desplazamiento, frente a tener que pedir, acudir a instituciones o hacer demandas.

Entonces yo llegaba y con esa harinita que me daban, les hacía colada a mis hijos, y pasábamos hasta dos o tres días a punta de colada, pero nunca me atrevía como irme a pedir, ¡No!, porque a mí me daba pena, qué diría la gente pues como estar pidiendo, porque uno muchas veces... Urrao, Antioquia, 2005, P.597.

En otros casos, esos hechos estigmatizantes pueden también poner en peligro a la mujer víctima, por lo que son generalmente ocultados para proteger la propia dignidad o mantener una identidad social positiva.

Cuando llegamos por acá me daba pena, porque en ningún momento se sabía que yo tenía un hermano en la guerrilla, a mis vecinos nunca, solamente lo sabía mi esposo y la familia de mi esposo y ya. Cuando esa olla se destapó, yo me sentía mal, a mí me daba pena porque, o yo no sé si serían bobadas mías, pero yo me sentía como mal decir: “María tenía un hermano en la guerrilla y nunca dijo nada”. San Roque, Antioquia, 2001, P.656.

En esa lógica externa, frecuentemente las víctimas pueden ser consideradas sospechosas por los investigadores, ya sea por venir de una determinada localidad, por el tipo de hechos denunciados, o por la propia victimización.

Eso era un tormento. Para mí después de que el fiscal me había dicho que usted es culpable, yo iba llegando a la Alpujarra y me daban ganas de vomitar y de llorar y yo entraba donde el psicólogo llorando y salía llorando, y él me dedicaba hasta dos horas, dos veces por semana. Barrios Aures, Medellín, Antioquia, 2006. P.58.

Por ejemplo, muchas mujeres desplazadas son vistas con sospecha por el sistema de ayudas humanitarias, o por una respuesta social insensible frente a su situación, como alguien dependiente, que busca beneficios secundarios o sobre la que se extiende la sospecha (“en algo estaría”) o se considera exagerada. En el mismo caso anterior, la víctima se refiere a cómo la falta de atención evitó contar con las pruebas de violación.

Le comenté al fiscal que yo había sido violada el día anterior que si por favor me colaboraba para el examen, pero me dijo: es que usted ya fue examinada por el médico. Y yo, sí señor anoche, pero esta otra orden la tengo para dentro de 20 días, pero si usted me hace el favor y me colabora para que me revisen hoy... Me dijo “no es que usted ya fue revisada por el médico legista, ya no puede ser revisada de nuevo”. Y yo me desmoroné, me fui al piso, me puse a llorar y había ido la que dice ser mi mamá, la relación ha sido muy tirante pero yo he procurado llevarla bien con ella. Me cogió de la mano y me dijo “vamos que acá no le van a prestar atención”, cogimos un taxi y nos vinimos para la casa. Con eso me tapan la boca, o sea no me van a prestar atención a lo que yo diga o a lo que yo vaya a demostrar. Barrios Aures, Medellín, Antioquia, 2006. P.58.

Incluso los propios perpetradores son en muchos casos la fuente de la culpabilización hacia las víctimas. Las formas de justificar las agresiones o violaciones de derechos humanos directas conllevan frecuentemente formas de culpabilizar a la víctima. En este caso, la mujer entrevistada fue secuestrada y utilizada como esclava sexual, durante seis meses, por un jefe paramilitar, en Santuario. Dicho jefe paramilitar mandó matar a uno de sus hombres que habló con ella, y miembros del grupo culpabilizaron a la mujer de esa muerte.

Entonces ellos se callaron, entonces uno de ellos no se calló y un día lo enviaron a hacer un mandado y se me metió en la cocina y empezó a charlar conmigo. A

los dos días me di cuenta que lo habían matado, por estarme parando bolas a mí, “A un muchacho lo mataron por culpa suya”, y yo: “¿Cómo así que por culpa mía?”, “Sí, porque usted se acostó con ese man”, y yo: “¿Cómo así?, yo no me he acostado con nadie”, “No mentiras el patrón lo mató porque le paró bolas a usted”... entonces yo me daba cuenta de muchas cosas, entonces ese era el miedo mío, si me volaba, mataban a mí familia. Apía, Risaralda, 2002, P.687.

En muchas de las situaciones de violencia, más aún en un contexto como el del conflicto armado colombiano en el que las estrategias de guerra han tratado de implicar a la población civil, también las reacciones asociadas a la culpabilidad pueden mostrar el miedo o el uso de dichas estrategias de control, en donde el comportamiento de la víctima se ve como riesgo de señalamiento para otros.

Pasó hasta una vecina de Dora a preguntarle que si todo estaba bien, y yo era a los gritos que nos iban a matar, que por culpa mía iba a exponerlos a ellos también imagínese la culpa mía más grande todavía. Barrios Aures, Medellín, Antioquia, 2006. P.58.

Las formas de dar sentido a los hechos también aparecen en un marco comunitario más amplio, en donde se necesitan espacios para procesar las diferentes visiones o percepciones sobre el conflicto, las responsabilidades y las capacidades de acción. Más allá de las respuestas individuales o de las propias víctimas, estos testimonios muestran una forma de insensibilización frente al sufrimiento, desgraciadamente frecuente en el contexto colombiano, por parte de personas o sectores sociales que se consideran lejanos de esas situaciones.

Falta de respuesta del Estado como fuente de culpabilidad

Como se ha visto en estos casos, la culpa aparece tanto como una reacción interna como una respuesta política contra la víctima, o una respuesta social negativa frente a ella. En ambas situaciones, la culpa aparece como consecuencia de la falta de respuesta del Estado y de su incapacidad de protección e investigación. Y de la falta de reconocimiento de la responsabilidad en la violencia por los perpetradores. La impunidad induce a la búsqueda de formas de dar sentido, sin una justicia que equilibre la evaluación de los hechos y muestre una sanción sobre los mismos.

Especialmente en mujeres que son líderes comunitarias o de organizaciones, las respuestas de represión o violencia pueden ser vistas luego por ellas mismas como una respuesta a su compromiso, interiorizando un sentido de responsabilidad por ello. Si bien la lógica de la represión y el terror está dirigida a paralizar a las víctimas, o en este caso al liderazgo de organizaciones, algunas mujeres se ven afectadas por dichos sentimientos de culpa, asociando su compromiso a la violencia de respuesta y por consiguiente a la pérdida de sus seres queridos, como si esta se debiera a aquella y no a la acción de los perpetradores.

Yo no he manifestado a mis hijos ni a nadie pero me siento culpable de lo que le pasa a mi familia, porque por mí liderazgo es que han sido atacados. Y de la muerte de Sebastián me siento muy culpable, mucho. Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.79.

También la reevaluación de las situaciones puede conllevar poner en cuestión el uso perverso de la inversión de la culpabilidad, que traspasa políticamente a las víctimas, la responsabilidad de la violencia que sufrieron invisibilizando a los perpetradores y la responsabilidad del Estado, como muestra el caso de la UP.

He estado en estas terapias con la psicóloga de la Corporación en estos talleres y uno queda como con una culpa. Pero esa culpa no tiene uno por qué cargarla, uno no es el culpable de que esto le haya ocurrido, de que fracasó el movimiento Unión Patriótica. La culpa la tienen ellos, ellos quisieron verlo a uno culpable, de que por abrirle el espacio político a los movimientos insurgentes o por pensar porque nosotros estábamos metidos en el Partido Comunista, se creía que se le iba a abrir el espacio por acá. Samaniego, Nariño, 2006, P.351.

Una visión más flexible de sí mismas es también parte de los aprendizajes que muchas víctimas han tenido para poder entender la profundidad de los dilemas que genera la violencia, y la importancia de tener una visión transformadora de esas situaciones que impliquen una forma de retomar el control de su vida en sus manos.

Ya como que después de transcurridos tantos años, ya a la edad como de 19 años como que le hice el pare a eso y entré ya a la universidad. Porque me puse a pensar que era un persona que no era mala y que... porque yo antes creía eso, que eso me había pasado porque yo era mala o, no sé, porque le había hecho algo a alguien. Y no, yo no, sino que lo que pensé era que debía salir adelante para ayudarme primero a mí a afrontar eso. Aprendí que no por eso yo me tengo que no. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

En uno de los talleres realizado para el análisis de un caso colectivo de esta investigación, una de las líderes de la organización de mujeres, después de una tarde de discusión y diálogo con las otras, en el contexto de la violencia sufrida en la Operación Orión en Medellín, dijo: “*por primera vez en estos diez años he dejado de sentirme culpable de la muerte de mi hijo*”. Este ejemplo muestra la frecuencia con que las mujeres asumen esta forma de tratar de dar sentido a los hechos, más aún cuando hay un fuerte sentido de responsabilidad por las propias acciones y en un contexto de impunidad. Pero también es un ejemplo de la importancia de compartir dichos sentimientos con otras mujeres, reevaluarlos en un contexto de confianza e identificación mutua, flexibilizando la visión de la realidad o las propias tareas asumidas en la vida, y entendiendo cómo estas se ven condicionadas o limitadas por el impacto de la guerra y la acción de los perpetradores, donde se encuentra la responsabilidad de lo sucedido.

IX. Impactos en la salud de las mujeres

Por supuesto que sí, yo creo que indiscutiblemente cualquier trastorno y sobre todo de este tipo que te afecta a ti tanto en tu mente y en tu espíritu indiscutiblemente tiene que pasar por tu cuerpo, el cuerpo como el primer refugio que nosotras tenemos, es también el depositario de todo este tipo de situaciones y bueno los efectos se ven, de hecho, incluso hasta en la cuestión física mínima de cómo vives tu salud, de cómo tu cuerpo se ve golpeado también. Cauca, 2006, P.307.

Las secuelas personales más importantes son las consecuencias en la salud que se señalaron de forma grave en cinco de cada diez mujeres que dieron su testimonio, correspondiendo a enfermedades relacionadas con la experiencia de violencia vivida (46.04%; n=430), con un empeoramiento de la situación de salud como consecuencia de la violencia sufrida. Una de cada tres tuvo dolores físicos inmediatos como consecuencia de las violaciones sufridas (29.44%; n=275), pero a largo plazo las secuelas en la salud fueron más graves, señaladas por cuatro de cada diez mujeres con dolores crónicos (39.72%; n=371).

El empeoramiento en la situación de salud en algunos casos llevó a que una de cada cinco mujeres tuviera que ser hospitalizada (19.49%; n=182) y un 12.85% (n=120) describió discapacidades físicas o sensoriales asociadas a la violencia, un 7.07% (n=66) refirió heridas y un 4.18% (n=39) fracturas causadas por la violencia. Un 8.89% (n=83) expresó adicciones relacionadas con la experiencia vivida.

La vida enferma

Los impactos en la salud suponen un cambio en la manera de estar en el mundo de las mujeres. Por una parte manifiestan directamente el impacto traumático sufrido, ya sea en las heridas, mutilaciones o discapacidades como consecuencia directa de la violencia. La invasión del cuerpo en la violencia sexual con sus secuelas ginecológicas y en la salud sexual y reproductiva. Las consecuencias psicológicas en las que se encuentran la tristeza y dolor, el miedo y el duelo por los familiares perdidos, el estigma y sentimientos de injusticia o culpa, pero también los problemas de salud mental que interfieren de forma grave sus vidas.

Por otra parte, otros problemas de salud vienen de las consecuencias económicas y sociales, el desplazamiento forzado y las pérdidas de la tierra y su modo de vida. Esto último genera peores condiciones de salud, problemas de salubridad, hacinamiento, alimentación y exposición a nuevos riesgos en condiciones precarias en los medios urbanos frecuentemente masificados.

Hace harto que me dijeron que tenía cáncer pero que se me quitó porque me puse en tratamiento y parece que ya he estado un poco mejor. Pero ahora es el

azúcar que me ataca y no me pueden parar. Siento que el cuerpo se me va y me empiezan los dolores de cabeza muy horribles. Hace como cuatro meses que no puedo lavar, no puedo hacer nada porque si me pongo a barrer la casa me da la pálida. Me puse a lavar unos trapitos míos y me cogió un dolor de cabeza, estaba sola y parecía que me iba a morir. Puerto Colón, San Miguel, Putumayo, 2008, P.535.

El impacto de la violencia además se extiende en el tiempo generando nuevos hechos traumáticos muchas veces, problemas de inseguridad y amenazas. Las dificultades de reintegración social, la pérdida de estatus, la discriminación y el racismo marcan las vidas de muchas de las víctimas posteriormente.

Por último otras consecuencias en la salud de las mujeres vienen del fuerte impacto familiar, la sobrecarga de roles y las consecuencias en los hijos e hijas.

	<ul style="list-style-type: none"> • Impacto de los hechos traumáticos • Consecuencias físicas y psicosociales • Problemas graves de salud 	
<ul style="list-style-type: none"> • Empeoramiento de las condiciones sociales. • Exposición a nuevos riesgos para la salud • Disminución de los recursos y apoyo social 	<p>Impacto en la salud y el cuerpo de las mujeres</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Falta de mecanismos de protección. • Inseguridad y miedo
	<ul style="list-style-type: none"> • Impacto familiar • Consecuencias en los hijos e hijas 	

Todo ello genera un profundo malestar y un cambio negativo en la forma de estar en el mundo y en la relación con el propio cuerpo, y se dan numerosos problemas como consecuencia de la falta de apoyo e integración social y de falta de autonomía personal.

Tuve que afrontar un mundo totalmente distinto, estar enferma, porque yo me desmayaba en las calles. Barrancabermeja, Santander, 2000, P.794.

También un cambio en su propia identidad y personalidad en muchos casos. La violencia política, por su carácter súbito e intencional, conlleva un cuestionamiento de la relación con los otros, una pérdida de sentido del mundo e incluso cambios en la visión de sí mis-

mas en muchas víctimas. Las expresiones sobre la enfermedad, son una forma holística de expresar la relación entre el malestar psicológico, las afectaciones físicas y el empeoramiento de las condiciones sociales.

Bueno, en el momento en el que fue el desplazamiento, yo cambié demasiado mi personalidad. Yo era una persona muy dada a la gente, tenía demasiadas amistades, era muy entradora. En ese momento empecé a no creer mucho en la gente, yo empecé a no creer mucho en las personas, como a envolverme más en mi misma. Cuando llegué a Bogotá, me mantenía enferma, porque no podía creer que eso hubiera pasado. Jamundí, Valle del Cauca, 2000, P.113.

Muchas mujeres identifican el momento en que sus condiciones de salud empezaron a hacerse negativas con el inicio de la violencia, los operativos militares, o la pérdida de seres queridos.

Antes de la operación Orión yo jugaba futbol, jugaba lucha americana, corría con los jóvenes, los niños, las niñas y con otras mamás mayores de edad. Ya con esto no soy capaz porque tengo gastritis, depresión, colon afectado por la alimentación que no era la adecuada ahí en la cárcel donde estuve reclusa. La tensión porque mi compañera fue deportada, el pensar en mis hijos... A partir de que salí estoy con la presión alta y tengo una tromboflebitis que por poquito me muero. Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.87.

Otras señalan el momento de la pérdida de sus seres queridos, especialmente de los hijos e hijas, como la marca del tiempo a partir de la cual se da un empeoramiento de situación vital y de salud.

Vea yo sufro de migraña, de los riñones, de artritis y yo digo que todo eso se despertó a raíz de la muerte de mi muchacho. Porque yo antes no era tan enferma. Yo era una mujer que mantenía tantas energías. De hecho, cuando a mí me lo mataron tuve una amiga madre comunitaria que me dijo: "te acabaron la alegría". Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 2001, P.37.

Si bien otras consecuencias son a medio y largo plazo, por el impacto de la tensión y el empeoramiento de las condiciones de vida. Estas situaciones se suman a los problemas normales del envejecimiento. Como señala esta mujer, estas son las consecuencias del conflicto en el cuerpo.

He sufrido, estoy sufriendo las gastritis, a través del estrés, eh...se me rebotó una gastritis crónica que llevo ya más de tres años tratando de salir de ella y trato de recuperarme y vuelvo y recaigo, eh...la bacteria que produce el cáncer se me atisbó en mi estómago, bueno hija, han sido varios los factores que ha ocasionado en mi cuerpo este problema del conflicto... San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

Además, en los casos analizados hay una minoría importante de mujeres que han tenido pensamientos suicidas, intentos de suicidio o incluso consumación del mismo. Estas significativas muertes se refieren como en medio de una gran pena moral. Y las muertes subsiguientes los meses posteriores a los hechos debido al empeoramiento de las condiciones de vida, no integran las estadísticas de la violencia pero deben ser consideradas en la consideración de la misma y de las víctimas.

Se lo llevaron y dijeron que iban hablar con el señor. Hasta el momento no ha aparecido. Muchos en el pueblo comentan que lo tiraron a los caimanes en el pozo de Monte Rey, pero se metieron a la casa de mi hermana buscando ¿Qué buscaban? No sé, ella hizo un infarto, hizo una trombosis. A raíz de eso mi mamá hizo una isquemia que al mes de muerta murió ella, y yo sola quedé. Zambrano, Bolívar, P.227.

Como señala el siguiente testimonio, el conjunto de estresores tiene que ver también con los factores sociales negativos como consecuencia de la violencia y no solo con problemas psicológicos individuales. El análisis de estos estresores debe formar parte de las políticas de prevención del daño como parte de la reparación a las víctimas y comunidades afectadas.

Yo sé que es la situación de estrés que me tiene así, porque por ejemplo, yo cuando cubro todas mis necesidades estoy calmadita, pero cuando hay una situación difícil, ahí mismo se me alborota todo, eso me duele... se me entiesa la columna, se me entiesa este lado, me duelen las piernas... las piernas hay veces que ¡Me enfermo! Eso es como si yo tuviera animales así andándome, y me toca untarme cosas para que se me quite eso, hacerme masajes. Marmato, Caldas, 2002, P.689..

La misma angustia no lo dejaba a uno comer tranquilo. A mí se me comenzó a caer el cabello hasta ahora, y como vivíamos dentro de una carpa con el techo amarillo, entonces a nosotros se nos dañó mucho la vista. Casi que la mayoría de esta comunidad tenemos gastritis. Yo todavía la tengo porque, eso como que va en un tratamiento largo, y he estado hospitalizada dos veces por ese motivo. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.310..

Por último, los problemas de salud aumentan la dependencia en un contexto de pérdida del apoyo social y de mayores dificultades para trabajar y llevar su vida adelante.

Lo que he sentido es que ya no soy la misma de antes, soy una persona amargada, no salgo no me reúno, me rebajó la autoestima, soy una persona que ya no soy la misma de antes, ya hasta he tenido problema con la parejas que he tenido, psicológicamente no me concentro sexualmente, es algo que lo marca a uno para toda la vida y lo destruye. Quibdó, Chocó, 2000, P.479.

Alto estrés permanente y problemas de salud

El cuerpo lo siento, me duele, a mí me han detectado muchas enfermedades. Un dolor de cabeza que a mí no se me quita, todo el tiempo con dolor de cabeza, no sé si es que yo mantengo un estrés, el problema en la columna, la gastritis que a veces me demora para comer, la gastritis a veces busca para matarme. Alto Atrato, Quibdó, 2000, P.495.

Probablemente la causa más frecuente del malestar en el cuerpo de las mujeres deviene de las consecuencias del alto estrés permanente que tiene que enfrentar. Los problemas más frecuentemente referidos por las mujeres como consecuencia de esa tensión permanente son problemas digestivos, cefaleas y migrañas persistentes e hipertensión arterial.

Mantengo mucho dolor de cabeza... y me ha afectado mucho el colon, como la depresión y la ansiedad le afectan a uno el colon, entonces, vivo tomando medicina para eso. Pereira, Risaralda, 2007, P.610.

Después de eso del desplazamiento y eso, yo quedé fue con mucho dolor de cabeza, me duele la cabeza todos los días y por ejemplo, digamos, voy donde al médico y me manda un poco de pastas y no se quita, diario yo mantengo con ese dolor de cabeza en la cabeza, diario, diario y voy [al médico] y unos que migraña y otros que no sé qué, pero yo pienso que eso no es nada porque, yo me hago tratamientos de una cosa y otra y sigo con el dolor de cabeza y sigo y sigo con él. Puerto Asís, Putumayo, 2006, P.655.

Los testimonios de las víctimas muestran numerosos problemas digestivos que si bien pueden estar asociados también a otros factores de riesgo, tienen un fuerte componente psicosomático como gastritis, úlcera o colon irritable, entre otros.

Bastantes consecuencias, el colón, la úlcera, la anemia, psicológicamente estoy remal. En el cerebro tengo una fractura cerebral debido a los golpes... San Miguel, Putumayo, 2001, P.773.

Siento problemas de... me duele la cabeza, la presión, el colesterol y también me molesta la úlcera que se me reventó en estos días. Tadó, Chocó, 1997, P.459.

Los problemas como hipertensión arterial se combinan con otros factores ligados al estilo y condiciones de vida difíciles, así como a las condiciones materiales precarias en las que se encuentran la mayor parte de las víctimas, cambios en la dieta, impacto de la vida urbana marginal y la pobreza. Es decir, un enorme estrés negativo fruto de la precariedad, las experiencias traumáticas, el miedo y las amenazas.

En todo el cuerpo. La cabeza me dolía mucho, cuando me concentraba a pensar así en mi hijo empezaba a llorar y ahí estaba el dolor de cabeza, yo decía “me va abajar algún derrame” y eso fue que me afectó más en todo el cuerpo. Baudó, Chocó, P.469.

En algunos casos esos problemas de hipertensión han llegado a producir daño orgánico en corazón o riñones.

En este momentico tengo un daño renal, entonces imagínese la magnitud de la situación, empecé a sufrir de la presión, se me elevaba, o sea yo a los 24 años tuve problemas de presión, pero la mantenía controlada, a partir de estos problemas, los sustos, o sea a partir de la llegada de los paramilitares aquí, para mí fue, y para mucha gente de la comunidad fue tenaz, porque nosotros aquí no estábamos acostumbrados a ver armas, uno veía a la policía, veía al ejército que pasaba, pero pasaba, aquí a establecerse así como esa gente llegó aquí amedrentando, que tienen que entrarse a tal hora, que tienen que salir a tal hora eso fue tenaz, y después del problema con Richard, la presión se me elevaba, en este momentico tengo el riñón derecho a la mitad, estoy a punto de llegar a una diálisis. Naya, Cauca, 2001, P.358.

También son frecuentes los problemas como accidentes cerebro-vasculares y problemas cardíacos, con fuertes secuelas y problemas crónicos añadidos que necesitan control y tratamiento médico así como cambios en el estilo de vida.

Soy hipertensa, me ha dado ya dos embolias, y aquí me han tenido que rajar. Hace tres años me dio eso de la cabeza. Me rajaron la cabeza. Que me salvé de milagro. Pero entonces he perdido la, (llanto)...he perdido la [...memoria], que se me olvida todo. Se me olvida. Y estoy allí en las danzas, porque el médico me dijo que siguiera que eso me ayudaba. Arauca, Arauca, 2004, P.841.

Numerosos problemas cardiovasculares están ligados al sufrimiento y tensión emocional.

La salud muy mal, supremamente mal porque yo de ahí comencé ya a sufrir del corazón...y muchas cosas (llanto). Me enfermé bastante de la tensión, del corazón, hasta la venas se me han tapado ¿sí? Muchas enfermedades a raíz de eso ¿por qué? porque el estrés, la lucha, el dolor, la tristeza, eso lo mata a uno. Barranca-bermeja, Santander, P.729.

Entre las causas de muerte de algunas víctimas, relatadas como directamente asociadas al impacto de la violencia, están las muertes en medio de un profundo sufrimiento psicológico, tras la pérdida de seres queridos, que se conoce como pena moral, y que se refiere especialmente a madres que han muerto pocos meses o años después de la pérdida traumática de sus hijos, en medio de una profunda tristeza y melancolía de la que no se repusieron, y que entraron en un proceso de deterioro físico, dejadez, falta

de apetito y de alimentación, aislamiento social y emocional profundo, y finalmente muerte en condiciones precarias.

Mi mamá, parte de la muerte de ella, fue de melancolía. Porque ella los quería mucho a ellos, y cuando ellos murieron ella, empezó a enfrenarse, a enfermarse. Ella no quería vivir más, ellas nos decía, que ya quería irse para donde ellos, y enfermó, estuvo un mes enferma, y al mes murió. Buenaventura, Valle del Cauca, 2000, P.849.

Mi mamá se entristeció mucho con la muerte de mi hermano. Ella, siempre ella se mantenía, muy triste, porque pues sabe, que ella veía en mi hermano, como su tabla de salvación, algo así. Entonces al morir, y más en la forma en que murió, ella se sintió, que había perdido el apoyo, la razón de vivir, porque ella vivía por ese hijo. Ella vivía... Sí, era el menor. Entonces ella veía por él, entonces ya al morir él, ya ella sintió que no tenía fuerzas, que no necesitaba vivir, que no sé qué. No salía del cementerio, ya entonces, se fue llenando, de amargura, de tristeza, no sé qué, y fue perdiendo las ganas de vivir. Mi mamá dejó de caminar, perdió las ganas de vivir, perdió todo, ella ya no sentía, deseos de vivir. Buenaventura, Valle del Cauca, 2002, P.852.

La relación de los problemas de salud con los hechos puede verse de forma muy clara cuando estos empezaron justo después de las violaciones, en personas anteriormente sanas, y cuando empeoran en los momentos de mayor tensión.

Pues, y sí, porque yo después del desplazamiento empecé a sufrir del corazón y la presión. Yo antes no sufría de nada, y ahora si vengo sufriendo, lo que hace que llegué aquí y empecé a sufrir de ese problema de la presión. Santa Cecilia, Risaralda, 2002, P.603.

Se me empezó a subir la presión, empecé a tener muchos dolores de cabeza, bueno, cosas así, mi hijo también se empezó a enfermar de asma, uno de los niños y así empezamos, si mal, o sea uno no se siente bien hasta que no, por lo menos ahorita no le puedo decir que estemos seguro, porque como le digo, a veces también aquí se entran y es tenaz, pero pues al menos ahora estoy más tranquila, al menos estoy con mis hijos ahí. El Tambo, Cauca, 2001, P.325.

En otros casos, cuando la situación origen de mayor sufrimiento emocional ha pasado, por ejemplo en los casos de personas secuestradas finalmente liberadas, eso no significa que el impacto psicosocial haya siempre disminuido. El alivio psicológico que supone la liberación, y por tanto la disminución de la tensión, puede venir con otros factores de estrés como al vivir con lo que se ha vivido, el manejo de las relaciones afectivas o familiares, y las frecuentes dificultades para la reintegración social. Por otra parte, el alivio de los efectos psicológicos del estrés puede no conllevar siempre la disminución de los impactos corporales o conductuales a largo plazo.

Cuando ya mi esposo salió, ya lo liberaron, empezaron a darme dolores de cabeza, empezaron a darme infinidad de cosas, que aún no he podido, no sé si esas sean secuelas de ese año, o qué pero yo voy a un médico a otro, a otro, y hay días, semanas, meses enteros que me duele la cabeza, que ya, no que me hecho infinidad de exámenes y siempre me dicen que de pronto no, que son eso que me quedó de allá y que yo todavía no lo he podido superar. Tambo, Cauca, 2001, P.341.

Otros problemas de salud como el cáncer, si bien tienen un origen multifactorial, también se encuentra asociado a situaciones prolongadas de alto estrés negativo y cambios en la inmunidad, como ha mostrado la psicoimmunología.

Mi mamá le salió una masa en el estómago, y de esa masa, cuando la llevamos a hacer la endoscopia, esa masa era cancerosa, y se la detectaron ya tarde. Se quedó con eso allí. Y una tarde, hablando con nosotras, murió. Hablando con nosotras, nos decía que, que nos cuidáramos, que nosotras éramos unidas, y que vivíamos. Y ahí fue muriéndose. Buenaventura, Valle del Cauca, 2000, P.849.

Los problemas menstruales, con dolor largo sangrado durante el periodo de la mujer y fuerte malestar son también lugares en los que se expresa el estrés en las mujeres.

Yo me siento que yo me voy a morir porque me dura más de ocho días, y cada vez que voy donde los médicos me dicen eso mismo, es que usted tiene que, relájese, contrólese, mire que a usted el estrés la va a matar. Es un estrés muy horrible, el cabello se me ha estado cayendo a morir. Barrio la Cruz, Antioquia. 2010. P.8.

Mucho miedo que vea estas venas se me ponían grandes, y me dolía mucho. Y los dedos como todo tieso como que no sentía nada, eso me afecto mucho, mucha fiebre dolor de cabeza malestar. Me dio mucho miedo y me vino la menstruación muy fuerte, casi se me viene la matriz. Puerto Berrio, Antioquia, 1999. P.21.

Estresores e impacto en la salud

La más afectada fue mi mamá. Pues igual ella tiene la enfermedad que es muy dura de la insuficiencia renal. Cuando él desapareció, ella entró en crisis emocional y le afectó, quedó paralizada de una pierna, estuvo en tratamiento como un mes, después le fallaron las defensas y le dio una infección, una peritonitis. No pudo vivir más aquí en Samaniego, le toco irse para Pasto, porque tiene que hacerse sesiones de hemodiálisis y solamente hay máquinas en Pasto. Entonces tras de que el hijo desapareció, todo lo que conllevó, le tocó dejar la ciudad donde siempre había vivido, sus conocidos, sus amigos, enfrentarse a una ciudad, al cambio de clima, a que tienes que pagar pasajes, a que tienes que subirte en un bus y conocer las rutas. Para ella es una tarea titánica, pues uno por que ha vivido en las ciudades sabe, pero fue muy duro. Mi papá no aceptaba la idea, él estaba allá y se venía.

Ellos cuánto lucharon por tener una casa y eso es lo que ella llora tanto, dice: “tantos años que luché por mi casa para que un día a otro yo ya no pueda volver donde ella”.

Entonces, enfrentarse no solamente a esa soledad, no solamente a esos cambios tan nuevos, con esa enfermedad tan terrible. Para ella ha sido muy duro, ella ha estado muy acabada, ya está muy mal, va a cumplir apenas 60 años ahora, pero está muy mal. En estas fechas, el 25 de junio son 3 años de que desapareció. Ella se pone supremamente mal, ella no acepta, ella no procesa la información, pues a ella si le afectó muchísimo físicamente. La Florida, Nariño, 2008, P.369.

Dejar de comer

Más de la mitad de las mujeres entrevistadas expresaron haber tenido alteraciones en la alimentación (61.78%; n = 577) debidas a pérdida de apetito u otras, como consecuencia del impacto psicológico sufrido. La pérdida de peso y de apetito es parte de los síntomas de depresión y de otras afectaciones psicológicas, pero tiene un fuerte impacto también en la salud y en la capacidad de recuperación de la persona.

Yo me adelgace bastante me enfermé de los nervios ante todo yo no dormía, yo no comía eso es horrible. Yo eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Salaminita, Magdalena, 1990, P.262.

En algunos casos extremos, como los que se refieren a continuación, la falta de apetito pasó a problemas más graves como anorexia nerviosa, asociando problemas digestivos con otros de la propia imagen corporal como consecuencia de los fuertes eventos traumáticos sufridos, en un caso la violación sexual de una menor, en otro una mujer víctima de desplazamiento forzado y cuyo esposo fue asesinado por grupos paramilitares.

Yo no comía, o sea, yo... es más, si le preguntan a mi mamá, yo recuerdo que mi mamá llamaba a mi abuela llorando y diciendo: “Ay vea, ella hace días no come”. Yo me volví casi anoréxica, yo tuve un problema por eso porque... yo quedé sufriendo de gastritis, a causa de que hubo un tiempo de que yo... yo era gordita, ¡Pero gordita!, y yo me puse que a esa edad estaba ¡No! ¡Nada!, no sabían qué hacer conmigo. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

Eso realmente porque yo quede mejor dicho mal, ya yo pesaba treinta y tres, treinta y tres kilos después de pesar ochenta y uno, yo dure un tiempo, años, tres años que no me miraba al espejo. Corregimiento Piamonte, Cauca, Antioquia, 2005, P.201.

En algunos casos la situación de las mujeres y su afectación en el cuerpo mejoró después de los primeros meses o años. Sin embargo, en otros el apoyo psicosocial fue parte de lo que ayudó a algunas mujeres a ir superando algunos de esos impactos y síntomas invalidantes.

A mí me afectó mal porque mi hija me tuvo que poner psicólogo, yo me puse flaquita y mi hija la mayor de todas, de verme así, dijo “no mi mamá se va a ir igual que él”. Entonces yo dije eso es una cosa muy dura, el hijo que más me ayudaba me lo tenían que quitar. El psicólogo lo tuve por meses, le agradezco mucho a él porque hasta ahora es que estoy volviendo a comer, a dormir porque de que lo mataron a él yo no sabía qué era dormir, me acostaba y permanecía así y decía dónde hubiera un velorio para irme, porque yo no podía dormir. Mi hija me puso en manos del psicólogo y eso me sirvió hartito bendito sea mi Dios, ya medio duermo, cuando sirvo la comida yo como bien, pero cuando ya me recuerdo de él me pongo mal. Barrio Betania, Bogotá, D.C., P.588.

Los dolores que no se pueden expresar

Las consecuencias del dolor y sufrimiento psicológico tienen también algunos correlatos físicos a considerar. Por una parte, la contención emocional y la ausencia de posibilidades de expresarse en un contexto de confianza, llevan a muchas mujeres a guardar sus emociones o reprimir su expresión, lo que tiene a su vez efectos estresantes. Además, este impacto emocional se manifiesta en muchos casos en la piel, con problemas de salud de carácter psicosomático como alergias, problemas de pigmentación o psoriasis entre otros muchos.

Es una manera de llorar a través de los ojos, de la piel, de todo, me ha dado una alergia súper fuerte, me ha dado dermatitis, conjuntivitis, a veces me pongo muy mal, si yo no expreso lo que tengo que expresar a mí se me sale por los poros. Belén Rincón, Antioquia, 2000, P.12.

A raíz de todos esos problemas a mí me dio el problema en la piel por los traumas, por los nervios, porque a mí me dio la psoriasis. Psoriasis que me dijo el especialista que era a raíz de traumas, yo estuve con esa enfermedad 10 años, que no había posibilidad de cura. San Francisco, Putumayo, 1996, P.564.

El sufrimiento por el dolor del recuerdo se suma a la contención emocional que lleva a guardar esos sentimientos y frecuentemente a que las mujeres gasten mucha energía psicológica en evitar mostrar su afectación para no dañar o preocupar a otros.

Como que me volví o soy tranquila, pero cuando recuerdo eso hechos me duele mucho. Todavía me afecta, pienso que eso me ha afectado porque me duele mucho la cabeza, me duele mucho el cerebro y pienso que de pronto es por eso, o por tratar de ser fuerte cuando mi mamá vivía, pues todas le sonreíamos y tratábamos de que ella no sintiera tanto ese dolor. Urrao, Antioquia, 2007, P.13.

El impacto psicológico como fuente de problemas físicos es causa frecuente de consultas a los servicios de salud.

Me dio gastritis el estado emocional hay momentos que uno está aquí y hay otros que los altibajos... y uno va donde un médico y le dice a tome acetaminofén que

es lo que la salud del Estado le ofrece a uno. La única entidad que me acompañó en ese dolor fue el sacerdote de mi parroquia y la funeraria que le hace a uno un taller déjalos ir y son emociones encontradas. Manrique, Antioquia, 2002. P.16.

También en los impactos en la salud se pueden ver en algunos casos la influencia del continuum de violencias sufridas por las mujeres.

Me daba rabia cada vez que me acordaba de eso, después de ser golpeada me daba mucho dolor de cabeza, entonces yo tuve un tratamiento, dicen que menos mal yo no quedé loca, porque ya antes había sido violentada por mi papá, por eso fue la separación de mi papá de mi mamá. Corregimiento Belén de Bajirá, Antioquia, 1992, P.19.

Otras mujeres se han hecho mayores antes de tiempo, con vejez prematura o signos degenerativos en su salud y limitaciones en su movilidad.

Día tras día va envejeciendo más, los sufrimientos como que lo van envejeciendo más a uno y va cogiendo una vejez prematura. Belén de Bajirá, Antioquia, 2000. P.20.

Otros problemas de salud tienen un correlato directo con la expresión emocional pero se manifiestan en el cuerpo de las mujeres de una forma simbólica. De tanto llorar algunas víctimas han tenido incluso problemas oculares, como sequedad lacrimal, problemas en los párpados, que como en este caso necesitaron incluso una corrección quirúrgica.

Siento tanta tristeza que no quiero recordar. Eso ha sido muy duro, muy horrible, todos los días el sufrimiento. Hacía unos tres años que él estaba secuestrado, cuando se me cayeron los párpados de los ojos de llorar día y noche. Me tuvieron que hacer cirugía porque el parpado tapó las pestañas. Entonces no podía ver, y ya, entonces pues con ejercicios y terapias no fue posible. Entonces tocó cirugía de párpados de urgencia. Cerros de Maracay, Valle del Cauca, 2002, P.879.

En otros casos la conciencia del impacto de la violencia en la salud se ha dado después, cuando las mujeres pueden tener una cierta distancia emocional de los hechos y ver con perspectiva sus vidas. Sin embargo, la falta de conciencia de los impactos también muestra en muchas ocasiones una tendencia a evitar pensar en los impactos cuando la persona está en medio de la situación. Eso tiene una función adaptativa, porque permite en este caso a la mujer concentrarse en su vida cotidiana, pero puede fácilmente llevar a minimizar la amenaza o normalizar las consecuencias de la violencia en sus vidas.

En ese tiempo empezaron a aparecer muchas enfermedades. No lo noté en ese momento, pero ahora mirándome hacia atrás, bajé mucho de peso, estuve en em-

barazo y perdí un bebé en el 2007, no sé si esa sea la causa pero estaba muy débil en ese momento. La verdad es que yo también, intenté tomarme la cosa como relajada o sea como decir: bueno esas amenazas siempre pasan. Cuidarme lo necesario, lo que recomiendan, pero tampoco me sentía yo digamos totalmente vulnerable. Por la historia del país uno lastimosamente se acostumbra, entonces tiende a pensar que una amenaza pues es una más de las que siempre va a haber entonces, como que dejémoslo así. No sentía que pudiera ser tan vulnerable, me parecía que era como una cosa normal. Tampoco era consciente de si eso me afectaba, no era tan consciente de lo que podía suceder en mi cuerpo. Popayán, Cauca, 2006, P.363.³²

Secuelas en la salud de granadas⁴

Luego venían las heridas, las esquirlas que me sacaron en el estómago, la del colon, el hígado, el riñón donde también me cayeron esquirlas y pues esas lograron también curarme y las de las piernas. Mis piernas quedaron totalmente, dañadas, cicatrizadas, porque eran unas heridas muy profundas. Y por la herida de mi oído, perdí mi oído derecho. Aquí en mi brazo izquierdo perdí la movilidad de mis dedos. En el cuello también me cayó una esquirla, también tengo una cicatriz.

Pues esto es molesto, porque después de esto mi vida no ha sido lo mismo, mi vida ha dado un cambio, empezando por el problema psicológico que me trajo esto. A cada momento a mí se me recuerdan las imágenes de aquel hecho, más que todo lo del niño que es lo que a mí más me martiriza, y los problemas de las cicatrices que me quedaron en mi cuerpo. Eso también me ha causado a mí un trauma psicológico. Tambo, Popayán, 2001, P.314.

Las secuelas de la violencia indiscriminada y masiva

Especialmente en el caso de las masacres y bombardeos, las secuelas físicas en la población civil son enormes. Además del enorme impacto de los muertos y destrucción física del hábitat y medios de vida, también las personas sobrevivientes tienen que enfrentar secuelas muy negativas en su salud.

Vea, esa esquirla, me operaron y ahora ya no puedo trabajar, porque tengo dos mayas, y no puedo hacer fuerza. Y aquí no tengo ombligo. De la vesícula. Tengo tres operaciones acá. Yo ya no puedo, mejor dicho, yo ya no puedo, yo no puedo como coger y trapear, ponerme a correr una cama, ponerme a hacer mucho oficio, yo ya no puedo. Yo trabajaba en casas de familia, cuando recién venía acá, lavan-

³² En este caso se trata de una mujer que estaba saliendo de su lugar de trabajo cuando un guerrillero tiró una granada contra una garita de la policía que se ubicaba justo delante del lugar donde estaba. La granada rebotó y explotó casi en su pie. Su hijo se murió como consecuencia de la explosión.

do ropas ajenas, porque él estaba sin trabajo, ya ahora quedé que ya no puedo hacer nada. Cajambre, Hormiga, Putumayo, P.854.

Las descripciones de esquilas, operaciones quirúrgicas, lesiones en extremidades o son las marcas en el cuerpo de esa violencia masiva e indiscriminada pueblan los relatos de las mujeres sobrevivientes de masacres y bombardeos donde la población civil se convierte en objetivo o en escudo entre los contendientes y lleva la peor parte de los ataques.

Estos impactos graves en la salud pueden verse en las profundas huellas físicas y discapacidades que deja la violencia como secuela, especialmente en los casos de tortura, masacres y minas antipersonales. Las consecuencias en la salud conllevaron discapacidades físicas o sensoriales en un 12.85% (n=120), un 7.07% (n=66) refirió heridas y un 4.18% (n=39) fracturas causadas por la violencia.

No sé cómo se reflejará, cómo me lo verán, pero como le digo con tantas limitaciones físicas la vista, sufrí fractura de la rodilla izquierda, fracturas del brazo izquierdo, me han tenido que operar varias veces hasta ahora, la última fue este año. Muy limitada de la vista que eso si se me afectó y sobre todo moralmente porque la hija menor, ella es soltera y ha sido muy afectada. Quibdó, Chocó, 2008, P.497.

En este caso, la mujer quedó gravemente afectada tras caer en una mina antipersona, con amputación de la pierna izquierda, numerosas heridas de esquilas y problemas auditivos crónicos, como sordera y ruidos continuos. Todas esas graves secuelas fueron tratadas en medio hospitalario, pero los problemas crónicos y el seguimiento y rehabilitación se encuentran con innumerables problemas para tener acceso a la asistencia.

A mi esposo en la cabeza le cayó una piedra, tiene un chichote aquí y eso está con dolor de oído, hay días que le ataca durísimo el dolor de oídos. El niño también, unos días se ponen más sordos, y también tiene esquilas en la carita. En el hospital dicen que me iban a sacar cita y no pueden todavía, ni para el esposo tampoco... Florida, Valle del Cauca, 2001, P.322.

Muchas secuelas de la violencia conllevan discapacidades, amputaciones limitaciones físicas para su vida cotidiana. Todo ello supone un impacto para la autonomía y la capacidad de integración social de las víctimas directas, así como una sobrecarga para la familia que tiene que tratar de compensar y reorganizar la vida cotidiana para hacerse cargo de dichas secuelas y el bienestar de la persona directamente afectada. Los impactos son aún mayores cuando estas secuelas y discapacidades se dan en mujeres con cargas familiares.

En lo que uno dice, quedarse si un pie, tiene que ser duro porque es difícil, verdad para uno quedar bien, ya no es lo mismo, uno ya tiene que manejar esas muletas, silla de ruedas, entonces uno ya no puede hacer lo mismo. Vereda La Paloma, El Tambo, Cauca, P.301.

Las esquirlas alcanzaron el niño por el lado que él iba se le llevaron los dos dedos, o sea la mano. La mano derecha quedó totalmente colgando, este dedo estiraba para acá, este dedo para acá, esto para acá, este cuero para acá, todo esto así, el niño le cogieron casi cien puntos en la mano, estos dedos abiertos así, aquí le quedaron pedazos de huesos un pedacito aquí, acá le quedó otro pedacitico que ya se lo amputaron porque para qué. Le amputaron parte de la mano, y en la cara pues que el niño quedo marcado. Mire que hasta ahora yo como le he hecho remedio y al niño se le ven todas las cicatrices en la cara. Santa Bárbara, Pasto, Nariño, 2008, P.305.

A Angie le amputaron la pierna, y a mi hermano fueron quemaduras en el cuerpo, en la espalda, los brazos. Angie tenía como 9 años y mi hermano Luis Fernando tenía como 8 años. Yo quedé muy quemada, o sea, mi rostro, la vista también se me ve bastante defectuosa y todo eso. Yo estaba estudiando y cuando eso pasó de una vez me tocó dejar el estudio. El Diamante, Pamplona, Santander, 2008, P.768.

Las secuelas físicas también suponen marcas en el cuerpo que reactualizan el dolor de la pérdida y los recuerdos traumáticos. El propio cuidado del cuerpo por parte de las mujeres se convierte en una experiencia dolorosa.

Uno está afectado por lo que yo me mantengo muy enferma, cuando lavo los senos se me hinchan, cuando trapeo la espalda como tengo cicatrices en la espalda y todavía tengo esquirlas, en el fémur derecho todavía tengo esquirlas, entonces todas esas cosas van afectando a uno en lo psicológico. Hace nueve años pasó la masacre de Bojayá y yo todavía como que lo tengo ahí, porque escucho un trueno y siento como que me va a matar. Bellavista, Bojayá, Chocó, 2002, P.468.

Una parte de estos impactos son secuelas de la tortura. La tortura como dolor físico o sufrimiento extremo de carácter intencional, deja muy frecuentemente secuelas e impactos en la salud física y emocional persistentes en el tiempo. En la esfera física, numerosas de esas secuelas tiene que ver con problemas osteomusculares o articulares que interfieren enormemente en la vida cotidiana y en las posibilidades de realizar un trabajo físico o manual, incluso en actividades cotidianas ligadas al trabajo relacionado con el rol atribuido a las mujeres en sus casas.

Pues sí porque imagínese los golpes que me daban a mí en la espalda, yo quedé con dolor de espalda de ahí para acá. A mí me daban patadas en los brazos, en el cuerpo y en la cara, se paraban encima de mí con las botas llenas de estiércol de ganado, para que yo me acostara en el piso. De ahí para acá como a mí me golpearon por la cabeza. Siento dolores de cabeza seguidos, a mí se me subió hasta la tensión, a veces me duelen las coyunturas de los brazos. Rio Negro, Antioquia, 2001, P.698.

Desde ahí he quedado muy afectada porque el primer machetazo fue en la cabeza. Estoy así y hay veces que se me va el mundo y también me pega unos picotazos

muy duros. También mal porque, del machetazo que me metieron en la mano izquierda, el dedo del corazón no lo siento, lo mantengo todo el tiempo entumecido... Medio Atrato, Chocó, 1999, P.464.

Las oportunidades de reinserción social a través del trabajo en otros ámbitos de la vida social también se limitan de forma grave en estos casos, donde se necesitan programas de atención a las víctimas que consideren su especial situación, no solo respecto los dolores o limitaciones físicas, sino también en sus necesidades de reintegración social.

Pues yo sigo guardando la esperanza de estudiar en las unidades tecnológicas, de hacer el curso de profesora de niños, pero de todas maneras uno ya, o sea, yo me pongo a pensar que ya por la edad, quién sabe ya por las manos que no pueda manejar un computador, o sea eso es algo triste para uno porque imagínese uno ya discapacitado, prácticamente inválido. Vereda del Indio, Carmen de Chucurí, Santander, 1998, P.757.

Y ahí ya entonces, tuve un año y como tres meses, eh...como 15 meses en silla de ruedas y de ahí me llamaron de la Fundación Desire, entonces, todavía no me podían poner prótesis porque como yo tuve fracturada también la pierna derecha, entonces me pusieron muletas, y ahí sí me quedé allá como siete meses en recuperación, me llevaban por allá a médicos y toda esa cosa. Hasta que ya me pudieron poner la prótesis, pero allá me dieron todo. La Clavelinas, Barrancabermeja, Santander, 1992, P.764.

También las secuelas sensoriales tienen consecuencias en el malestar y la integración social. Los problemas de pérdida de visión y/o de audición como consecuencia del trauma sonoro o esquiras limitan la vida de los sobrevivientes y suponen un largo proceso de búsqueda de atención médica, y especialmente quirúrgica, cuidados de salud, consultas repetidas, evaluaciones de hasta donde se podrá recuperar la funcionalidad que suponen una carga pesada para las mujeres afectadas, en sus propias afectaciones y en las de sus hijos e hijas.

Casi no entiendo escucho un murmullo, hay ocasiones que no escucho bien. Eso me viene sucediendo hace siete años atrás de tantas bombas que han mandado, y eso le afecta mucho los oídos a uno. Lo del nieto si le hicieron una remisión que estuvo en Pasto para operarle los oídos, pero lo mandaron a una parte donde no tenía los aparatos necesarios para hacerle la limpieza y operación del oído quedo ahí. Puerto Colón, San Miguel, Putumayo, 2000, P.536.

Hospitalizaciones

La gravedad de las lesiones producidas o el empeoramiento de la situación de salud de las mujeres conllevaron con gran frecuencia el ingreso hospitalario para el tratamiento de sus problemas de salud. Una de cada cinco mujeres víctimas tuvo que ser hospitalizada (19.49%; n=182) ya fuera inmediatamente después de los hechos para el tratamiento

de sus lesiones. Pero otras muchas fueron hospitalizadas posteriormente por problemas graves de salud, incluyendo con mucha frecuencia problemas de salud mental como depresiones severas, crisis de pánico o de ansiedad.

Yo fui al hospital ese mismo día a las dos de la tarde me tocó a mí coger con ella para Medellín porque tenían que operarla de urgencia. Fui para Medellín con ella, me la operaron, allá me la atendieron muy bien. Apartadó, Antioquia, P.212.

Yo me pasé todo un año, si estaba 8 días en la casa, estaba 10 en el hospital o en la clínica. El primer año, casi todo el año lo pasé hospitalizada. Quibdó, Chocó, 2008, P.497.

Además, un 7% de las mujeres entrevistadas (n=66) refirió heridas y un 4.18% (n=39) tuvo fracturas causadas por la violencia. Estas heridas y fracturas se dieron sobre todo en masacres y como resultado de atentados y minas antipersona.

Yo al momento que caigo, ahí si prácticamente de una no siento los pies, cuando llego al hospital, en ningún momento perdí el sentido, y sabía que los intestinos se me estaban saliendo por este lado de acá del abdomen. Cuando llego al hospital pues directamente me hacen la cirugía, luego me trasladan para Cali...prácticamente estuve 3 meses hospitalizada. Vereda Panamericana, Cauca, 2002, P.312.

En este momento no puedo decir ni qué es lo que tengo, porque ni los médicos saben qué es lo que tengo. Solo sé que tengo algo que no se sabe qué será. Y que a diario estoy hospitalizada, a diario me tienen que llevar por urgencias y dice el médico que es de la preocupación. Vereda de Chontaduro, Antioquia, 2000. P.32.

Muchas víctimas sufren problemas de salud graves como consecuencia del impacto de la violencia, el empeoramiento de las condiciones de vida y el impacto del estrés negativo extremo. Los problemas cardiovasculares ligados al estrés entre otros factores son frecuente causa de hospitalizaciones.

A mí me dio dízque un derrame. Me decían dízque trombosis pero me dijeron que eso fue un derrame. De este lado de aquí como que no estoy bien, no es normal, y ahora para caminar este pie es como inhábil, aquí me tuvieron en mucho tratamiento. Esto me cayó en Cocorna, donde estuve ocho días hospitalizada y después me trajeron para acá par San Vicente y luego para la casa y me siguieron haciendo tratamiento, y así ya me fui componiendo con droga. Vereda El Recreo, Antioquia, 1991 y 2006, P.54.

A los dos años a mí, de tanto llorar, de tanto sufrimiento, me dio un infarto. Estuve bastante mal en Manizales, luego de eso... estuve en el hospital, cuando me dieron salida me trajo mi hija y los médicos le dijeron que la vida mía no valía

cinco centavos, que me trajeran para la casa y que esperaran lo peor... Murillo, Tolima, 2003, P.652.

Las mujeres señalan muy frecuentemente problemas cardiovasculares asociados a la ansiedad y el impacto traumático, como hipertensión arterial, taquicardia, o problemas circulatorios que conllevaron hospitalizaciones hasta ser controladas médicamente.

Tengo que vivir diario tomando droga por que para la presión. Me volví hipertensa, entonces tengo que estar diario en tratamiento. Yo estuve hospitalizada hace como 3 años se me bajó la presión, y el corazón lo tenía a 40 y tenía que estar en 80. Antes de que desapareciera mi hijo no había estado hospitalizada del corazón. Puerto Boyacá, Antioquia. 2002. P.30.

Las hospitalizaciones tuvieron también en muchos casos que ver con problemas graves de salud mental. Por ejemplo, con crisis de ansiedad o depresión grave.

Cuando ya dijeron quien había sido él yo me vine yo no supe qué pasó, me habían traído al hospital y en el hospital se me fue la mente. Me puse a bolear piedra a todos a toda la gente que llegaba porque decía que se llevaban a mi hijo. Después de eso me inyectaron. Cuanto me desperté eran las diez de la noche. Él era padre de cuatro hijos. La Hormiga, Putumayo, 1998, P.544.

Me hospitalizaron, y ya empecé como a normalizarme, porque era mucho agotamiento, mucho estrés, mucho aburrimiento, me iba... (Llorando) como que me iba a matar era la pena moral, y tengo ratos que me siento tan aburrida, tan triste, que yo no sé... pensando en él, pensando en las niñas. Puerto Rico, Risaralda, 2001, P.601.

Numerosos ataques de pánico, pérdida de control, problemas psicológicos o depresión grave, han llevado a hospitalizaciones para tratar de controlar su situación y poner tratamiento, aunque muchos de esos problemas tienen un impacto crónico.

Yo casi me muero hace un año me había desmayado, me caí enferma y me dijo el doctor que yo tenía como algo de pena. Estuve hospitalizada como una semana en la Dorada y me dijeron que había tenido, no sé cómo me dijeron algo así como pena moral o algo así. Bajo Amaron, Ecuador, 2011, P.516.

En otros, después de sucesivas experiencias traumáticas que generaron un impacto acumulativo.

Imagínese que eso me dio tanto que quedé sufriendo y después como a los dos años me enfermé un dolor de cabeza y duré un mes hospitalizada en el FIRE (Cartagena) y ya no contaban conmigo. O sea yo no hablaba, yo no comía, yo no sé de qué me pudo venir eso pero yo digo que eso fue de lo mismo... Clemencia, Bolívar, P.234.

El último me dio más duro porque estando ya con dos desplazamientos y el tercero lo mismo, se me reflejó en mi cuerpo. Yo me agoté. Pasaba el tiempo pensando, la autoestima se me bajó, estuve hospitalizada por eso y me adelgacé demasiado. No me desarmé porque el cuero es de buena calidad. San Jacinto, Bolívar, 1988, P.230.

Incluso estos problemas graves de salud mental afectan a los niños y niñas que han tenido que ser hospitalizados como consecuencia de la violencia. En este caso, la niña perdió a su hermano víctima de desaparición forzada y su padre murió como consecuencia de un atropello cuando se encontraba buscándolo.

Mi niña que ahora estuvo hospitalizada yo creo que es por eso y por el papá, porque yo llegaba al hospital mental y me decía: “vea donde está mi hermanito, yo lo estoy cuidando, yo tengo a mi papá y a mi hermanito yo les estoy poniendo droga”. No hay quien le saque eso de la cabeza. A cada rato me tocaba ir a controles con ella. Estuvo dos meses en el hospital mental, pero le doy gracias a Dios que por lo menos ya recuperó, que no se me ha vuelto a enloquecer. Ella toma una cantidad de droga... yo digo que por eso que ha pasado, todos esos pelados míos han sido así. Chigorodó, Antioquia, 2001, P.56.

Mientras la violencia y las atrocidades se cometen, también las mujeres están embarazadas y los niños siguen naciendo. Para ellas el impacto en la salud es más grave debido a las mayores necesidades de cuidados y vulnerabilidad frente a la violencia y las precarias condiciones de vida. Especialmente las mujeres que estaban embarazadas en el momento de los hechos sufrieron algunas complicaciones en sus embarazos, numerosos abortos y problemas de salud graves que afectaron a su salud y a la del bebé.

Eran dolores por todo lado, a los seis meses de embarazo perdí los líquidos del bebé, entonces me tocaba estar todo el tiempo acostada sin poderme para, me tuvieron en Neiva hospitalizada, y el bebé lo tuve a los siete meses, porque no tenía líquidos, los había perdido, por todo ese trajín, entonces seguí toda desorientada. Florencia, Caquetá, 2003, P.108.

El dolor en los pies, es constante y desafortunadamente tengo una colostomía que en últimas los médicos dicen que no me la pueden cerrar, porque igual va a ser una gran dificultad de que tendría que estar cada dos días en el hospital haciéndome lavados. Vereda Panamericana, Cauca, 2002, P.312.

Nivel de atención y salud integral

Muchas víctimas tienen necesidad de atención de nivel terciario y especializado frente a problemas graves de salud.

También estuve problema con la gastritis, no comía, vomitaba sangre, me hospitalizaban, me pusieron sangre y después de ahí me salió este poco de cosas en el cuerpo. Alto Atrato, Quibdó, 2000, P.495.

Me salió una tuberculosis ganglionar. En el hospital, como se dieron cuenta que mi mamá tenía eso, me mandaron a hacer la prueba de VIH que me salió negativa por eso me hicieron una biopsia. Puerto Caicedo, Putumayo, 1992, P.506.

Sin embargo, el tratamiento hospitalario en muchos casos no soluciona los problemas de salud. Se necesitan enfoques de atención más integral que incluya un apoyo psicosocial a las víctimas, frente al manejo del impacto y las molestias que se consideran inespecíficas desde el punto de vista médico.

Yo me siento enferma, porque yo... a causa de masacre me he quedado... a cada ratico tengo que estar yendo al hospital, cuando uno aquí no le recetan cosa que se vea bueno. Me siento enferma, cansada y nadie le da la mano a uno, nadie le da la mano en nada. Medio Atrato, Chocó, 2002, P.471.

La falta de recursos económicos sin embargo ha limitado en muchos casos el acceso a los cuidados de salud necesarios, incluso en las situaciones de urgencia.

A causa de eso yo no comía, para mí era como tome agua, gaseosa, no me daba hambre y después eso me da ulcera de hambre de tanto pensar, uno tanto pensar la situación se me reventó en sangre, estuve como dos veces hospitalizada en Mocoa. Pero yo en ese tiempo yo no tenía carné, no tenía plata, le tocó a mi hermana prestarme el carné de ella para pasar por urgencia al hospital. La Hormiga, Putumayo, 1994, P.547.

Me hospitalizaron, y ya empecé yo ya como a normalizar, porque era mucho agotamiento, mucho estrés, mucho aburrimiento, me iba... (llorando) como que me iba a matar era la pena moral, y yo tengo ratos de que yo me siento tan aburrida, tan triste, que yo no sé... y ya pensando en él, pensando en las niñas, ¡Ay que esas muchachas, yo sin saber nada de ellas!, si ya se las habían llevado, enfermas y sin poder... eso hace que no las veo. Puerto Rico, Risaralda, 2001, P.601.

Muchas víctimas sufren de problemas crónicos de salud con reagudizaciones, como en el caso de la diabetes. En muchos de ellos las víctimas refieren un fuerte impacto psicológico, trastornos de ansiedad y un fuerte malestar debidos al estrés como parte de esos problemas.

Eso se ha reflejado en que me he enfermado mucho... ahora sufro a veces de estrés, me eleva el azúcar, me da problemas a veces de estreñimiento, o sea,, hay meses en los cuales se me junta todo cuando las cosas se me ponen difíciles. Eso me manda muchas veces para el hospital con el azúcar elevadísimo y un nivel de

estreñimiento alto... entonces el médico manda que tengo que tranquilizarme, me mandan a veces tranquilizantes... para que me pueda nuevamente normalizar. Puerto Wilches, Santander, P.695.

Yo antes no me enfermaba. Ahora vivo yo con la presión alta, cada nada me enfermo, porque tengo que aguantar, porque a veces me sube la presión, tengo que aguantar callada, porque no tengo cómo ir al hospital. Quedé hipertensa. Desde que me dio pre-eclampsia severa, quedé hipertensa. Barrio Las Flores, Cali, Valle del Cauca, 2010, P.855.

En algunos casos las mujeres señalan problemas ginecológicos severos como consecuencia de las agresiones sexuales y el impacto posterior. Muchas de los problemas de salud de las víctimas tienen una causa multifactorial, como los casos de enfermedades graves como el cáncer, pero en ellos el nivel de estrés, el empeoramiento de las condiciones de vida, el fuerte impacto vital son parte de las causas que los han hecho posibles.

Sí, yo de ahí, nos fuimos para Bogotá con mi tío y mis hijos, yo al cabo de un año estando en Bogotá empecé a enfermarme, a sangrar y sangrar. Hasta que un día, el ginecólogo me examinó, me dijo que yo tenía cáncer, entonces pues, ya yo después tuve otra cita con otro médico, y le fui contando, lo que a mí me había pasado, que a mí me habían violado siete hombres, si pues... que para mí la vida no existía. Gabarra, Norte de Santander, 2001, P.896.

Un problema muy frecuente para la atención en salud de las víctimas de la violencia política no es solo la falta de adecuación del tipo de atención frente a problemas que tienen un claro origen político y social y necesitan un enfoque comunitario de reconstrucción del tejido social más allá de la atención clínica.

Pero es que yo voy al Sisben y me mandan Acetaminofén y no me mandan como unas vitaminas ni nada y solo me mandan Omeprazol, eso es lo que me mandan. Yo de noche despierto asustada, como con un miedo como con ganas de volarme, entonces me levanto y ¿sabe qué? cojo alcohol y huelo, y ya me vuelve como el alma al cuerpo. Frontino, Antioquia, 1996, P.49.

Frecuentemente la falta de recursos económicos lo que limita la accesibilidad a los servicios de salud.

En ese tiempo no funcionó ese aparato, transcurrieron 15 días, iba y que no había un papel especial para eso, a lo último que el aparato estaba nada y no me hicieron aquí ese examen y allí fue donde mi hija me giro esa plata. Me hicieron el electrocardiograma y en total fueron 8 exámenes, y allí fue donde me di cuenta que a raíz del dolor del pecho todos los días me dijeron que el corazón se me había crecido. El Bagre, Antioquia, 2002, P.557.

Muchas mujeres relataron enormes dificultades para acceder a la asistencia en salud, debido a la ausencia de seguro o recursos económicos para acceder a un tratamiento adecuado para los problemas de salud causados por la violencia.

A mí me dolía todo, unos dolores de cabeza impresionantes... y aún todavía me dan, en cuerpo... yo al otro día mi iba a levantar de la cama y no podía, entré en una crisis de lo cierto fue que a mí, y aún todavía, porque a mí me los mandaron por dos años, sino que ya yo empecé a no tener seguro y ya no me daban la droga. Curillo, Caquetá, P.598.

Siempre me han negado la droga, tenemos carnet de Caprecom [empresa social del Estado] y siempre nos han negado la droga. El medicamento de ella pues vale casi 20 mil pesos y nunca nos lo han dado por eso a la niña le compramos la droga durante más de 2 años y nunca nos han dado la droga. Ahora bregando a comprarle la droga porque no le podemos dejar sin ese medicamento; cuando estuvo mi esposo enfermo cinco meses, en dos semanas no tuvimos con qué darle medicamento y ahí fue donde convulsionó y nos quedó paralizada porque nunca Caprecom nos ha dado la droga. Plateado de Argelia, Cauca, 2007, P.388.

En otros casos las mujeres señalaron cómo las respuestas del Estado han estado limitadas por el papel restrictivo del personal de salud en la evaluación de las lesiones o la ausencia de acceso a profesionales que realicen una evaluación más amplia y que tengan la posibilidad de poner en marcha programas de atención. La queja de las víctimas es la del olvido, de nuevo, por parte del Estado, en un contexto en que tienen muchas menos posibilidades de llevar su vida adelante. La creación de un programa de salud para las víctimas es una demanda de la mayor parte de las mujeres entrevistadas.

A ninguna de las personas lesionadas del municipio de Bojayá que estuvimos en la masacre del 2 de mayo, a ninguno de los que estuvimos acá en Quibdó les vino una remuneración, porque el médico legista se dedicó a decir “que a nosotros lo que nos había pasado eran rayoncitos, peloncitos que no valían la pena” y a estas alturas todavía tengo esquirlas en el cuerpo, es más tengo una bala que me entró cuando iba corriendo, la tengo en el fémur derecho. Bellavista, Bojayá, Chocó, 2002, P.468.

Lo de la masacre no ha tenido una atención ¿por qué nosotros no hemos tenido una atención de parte del Estado, no nos han dado a decir que nos van a poner unos médico que nos hagan un examen, esos son cosas que tienen que poner a uno?...Hacerle examen a la gente porque son cosas con las que le quedan muchos traumas a la persona. Entonces eso no lo han hecho con uno, que ya en esta época ¿qué hacen con uno?, lo que hacen es poco... Medio Atrato, Chocó, 2002, P.471.

Las secuelas en la salud como se ha visto en este capítulo son muy importantes en las mujeres víctimas de la violencia. El Estado no ha respondido a la emergencia y la extensión de esta problemática en el país. La puesta en marcha de leyes y resoluciones sobre la atención a las víctimas debe considerar estos impactos y las dificultades de acceso de las mujeres a los servicios de salud.



Capítulo 3.

Consecuencias e impactos
específicos en las mujeres

I. El impacto traumático en la vida de las mujeres	230
- Se le parte la vida en dos	231
- Toda una en sí	232
- No tengo ya vida	234
- No ser la misma	236
- Vivir sin el calor	237
- Pasar de rey a sapo: estatus y posición social	238
- Estar como alejada de todo: aislamiento social	241
- Llevamos las riendas del sufrimiento	243
II. Impactos en el cuerpo y la sexualidad	246
- Cuando duele el alma también duele todo	246
- Siempre le hace falta a una esa parte de una	249
- El impacto de la violencia sexual en el cuerpo y la identidad	250
- Embarazos forzados y dilemas éticos	253
III. Consecuencias en las relaciones entre mujeres y hombres	256
- Cada persona es irremplazable	256
- Cada quien coger su camino: separaciones y relaciones conflictivas	259
- Marcada para toda la vida: la extensión a las relaciones con los hombres	261
- A veces una se obliga a hacer cosas que una no quiere	265
- Presión sexual y prostitución	267
- Aislamiento social y estereotipos sexistas	270
- Conclusiones	273
IV. Consecuencias en la sexualidad	274
- No era lo mismo	275
- No he podido tener una vida normal	279
- Dificultades en las relaciones de pareja	281
- Volver a empezar	283
- Esclavitud sexual y violencia contra las mujeres	288
- Un repudio a los hombres	289
V. Consecuencias en la maternidad	292
- Dejarnos el recuerdo del hijo	293
- Tenía mi embarazo	298
- Fue mucha lucha: el peso de la responsabilidad en las mujeres	302
- El dolor de una madre	305
- Conclusiones	306
VI. Impactos intencionales contra los hijos	306
- Se desquitan con lo que una más quiere	308
- Siempre ha sido ese temor	310

- Enfrentar el reclutamiento	312
- Ellos me pidieron una plata: chantajes con los hijos e hijas	314
- Acusación de colaborar	315
- Desplazamiento forzado: antes que maten a mis hijos	317
- Atacar a los hijos para golpear a las mujeres	319
- Persecución de la resistencia	323
- La pérdida traumática de hijos e hijas	326
VII. Impactos familiares	329
- Relaciones, proyectos, roles y subsistencia	329
- Las amenazas y el hostigamiento familiar	331
- Mal vivir: los impactos hacia dentro de las familias	336
- Dificultades económicas y sobrecarga de roles	340

Muchos son psicológicos, otros también son físicos; pero yo creo que más que todo son psicológicos, son las secuelas que quedan de estos actos de barbarie, porque están atentando, afectan contra el cuerpo, la dignidad y se puede decir que también la espiritualidad de una persona, más que todo de la mujer. Se destruye algo y eso es muy difícil de volverlo a construir. Puede pasar el tiempo que pase pero tiene que tener o un acompañamiento o la persona tiene que ser más fuerte que el dolor que le han causado, todo esto para volver a recuperar una parte de la vida que era antes. Puerto Caicedo, Putumayo, 1992, P.506.

Introducción

En este apartado se ofrece un análisis de los testimonios de las mujeres víctimas que hablaron de los impactos en su identidad como mujeres, de las consecuencias en su cuerpo y sexualidad, en sus vidas y sus afectos. Muchas de sus experiencias no han encontrado el espacio, ni la mediación para decirse, y nos ponen en contacto con ámbitos de la realidad del conflicto armado colombiano poco o nada tenidos en cuenta.

Las mujeres víctimas refieren un socavamiento continuo, por parte de actores armados, de las relaciones que sostienen la vida individual y colectiva en muchas zonas de Colombia.

Las voces de las mujeres que dieron su testimonio nos hablan en su mayoría de un recorrido de vida marcado por hechos de violencia y violaciones de derechos humanos, que establecieron dos momentos en sus vidas –el antes y el después– seccionando su experiencia, su forma de vida y su ser mujer.

Además del enorme impacto de los hechos traumáticos que supusieron estas violaciones de derechos humanos, en muchos de estos testimonios percibimos cómo la violencia está presente en todos los ámbitos y a lo largo de sus vidas. Como ya se señaló en la introducción de este informe, esta violencia contra las mujeres tiene que ver con el acoso, el abuso, el maltrato y la violación presente en las relaciones de convivencia en el hogar, en el trabajo, en el pueblo o comunidad. Las violencias se replican y multiplican en otros ámbitos sin solución de continuidad con aquellas directamente derivadas del conflicto armado. ¿Qué ha supuesto esta continuidad de la violencia en su ser mujeres?

Las mujeres entrevistadas aluden a unos hechos que dieron lugar a pérdidas de toda índole y a un quebranto en su ser mujeres. Las pérdidas que refieren los testimonios deshacen una vida anterior y obligan a cambiar radicalmente las formas de vida (de espacio, de comunidad, de trabajo, etc.). Nada es lo mismo y ellas no son ya las mismas. Hablan, pues, de una *zona cero* en sus vidas. *Zona cero* sobrevenida a partir de la cual siguen viviendo, sobreviven.

Así pues, desde las pérdidas y el quebranto han hecho un camino para salir adelante. Para empezar ese camino ha habido motores que principalmente tienen que ver con las relaciones afectivas, con la responsabilidad por los hijos, con la dignidad como persona; para

trazarlo, han tejido estrategias de supervivencia, a menudo con elevados costos personales. En ese camino han encontrado innumerables obstáculos, pero también algunos apoyos.

Las mujeres entrevistadas no sólo cuentan qué hicieron en ese recorrido después de los hechos de violencia, expresan también cómo se sintieron —cómo se sienten todavía— después de esa experiencia extrema. Hablan del quebranto, de sus cuerpos, de marcas y secuelas en la salud y la calidad de vida, de la desgana de vivir, la sensación de desnacer, de haber dejado de ser las que eran. Hablan de la dificultad de rehacer los lazos y el placer de la relación en la pareja, la familia, la comunidad; del vivir bajo sospecha, de no ser reconocidas, de la pérdida de valor y la dependencia de otros; del saberse exigidas como mujeres a cuidar y proteger y, a la vez, sentirse responsables de los seres queridos. También transmiten una percepción fina del valor, las capacidades y las limitaciones que pusieron en juego en ese recorrido.

En ese camino para sobrevivir, algunas mujeres siguen transitando por los dolores y las pérdidas sin hallar nuevos sentidos para vivir, otras rehicieron lazos con la vida, alimentaron nuevos vínculos, reencaminaron sus proyectos colocando el pasado no en el olvido, sino en el recuerdo y el saber de la experiencia. En algunos casos, pues, son conscientes de su heroísmo a la vez que de su sufrimiento.

De sus testimonios no sólo obtenemos narraciones de hechos y vivencias de un proceso, de un recorrido biográfico. Encontramos también su comprensión del mundo en que viven, y sus conocimientos del medio social en que mujeres y hombres se hacen. Un conocimiento que procede de lo que han vivido y les da elementos para entender y orientar su seguir haciendo.

Este conocimiento, imprescindible para comprender la realidad del conflicto armado en Colombia, es una guía también para emprender caminos de salida al mismo que sean duraderos y sostenibles.

Cuando mataron la primera mujer, a mí me causó mucho terror. Creo que la señora tenía unos 35 años, ella era muy reconocida acá en el municipio y el delito de ella era que como tenía un restaurante y mercaba bastante, pues la mataron diciendo que supuestamente ella estaba abasteciendo a la guerrilla. La mataron acá en la entrada de la balastrera y de ese momento para adelante yo empecé a contar las que fueron asesinando, que no las asesinaban como juntas no, así como selectivamente. Pero sí fueron 10 mujeres de las que yo me di cuenta a ciencia cierta que asesinaron. Mocoa, Putumayo, 2006. P.933.

I. El impacto traumático en la vida de las mujeres

Un primer aspecto a tener en cuenta son las percepciones de las mujeres sobre las consecuencias que los hechos de violencia han tenido en ellas mismas. Este impacto forma parte no solo del tipo de hechos o las características individuales de las mujeres, sino

también de su posición, sus roles y las situaciones de marginación social. Además, en esta relación dialéctica entre persona y sociedad, los impactos en su identidad como mujeres, en su cuerpo o sexualidad, tienen también un profundo carácter psicosocial. Se producen en esa relación mujer-contexto familiar y social, y se alimentan en esa interacción que ayuda a entender los impactos y las fracturas que esto conlleva en sus vidas. Muchos de estos impactos en las mujeres se dan como consecuencia de las pérdidas de seres queridos, las propias experiencias de violencia directa contra las mujeres como la tortura, o las consecuencias de la pérdida de su vida como consecuencia del desplazamiento.

Se le parte la vida en dos

Como a cualquier madre que le pase lo mismo que a mí, se le parte la vida en dos, porque es muy difícil usted acostarse sabiendo que tiene un hijo así... Que se lo desaparecieron y ya... es bien difícil eso. Zarzal, Valle del Cauca, 2005, P.599.

Los hechos traumáticos marcan un antes y un después en la vida de las mujeres –muerte o desaparición de seres queridos, violación, convivencia forzada con victimarios, desplazamiento, amenazas. Sin embargo, la mayor parte de las veces no son hechos aislados, y cada testimonio de las mujeres recogido se refiere a entre dos y tres víctimas. Además de sus propias experiencias de violencia, ocho de cada diez mujeres (78%) hizo referencia a su vez a violaciones sufridas por personas de su entorno familiar y social cercano. El impacto referido por las mujeres se extiende especialmente en su medio familiar más cercano.

Cada mujer entrevistada sufrió entre cuatro y cinco violaciones de derechos humanos y hechos traumáticos, y más de un 25% de las mujeres sufrieron más de seis.

Además de las violaciones sufridas en primera persona, el 75% expresó tener familiares asesinados desaparecidos. Otras violaciones que en mayor medida fueron descritas fueron: las amenazas, el seguimiento y la vigilancia, la tortura psicológica y el desplazamiento familiar.

Todos estos hechos traumáticos se dan varios de ellos de forma simultánea o encadenada, y son el punto en el tiempo y el lugar de experiencia desde el que se mira el pasado: una forma de ser y de vivir que quedó atrás junto con todas las pérdidas. Las experiencias traumáticas se definen por el sentimiento de quiebre en el sentido de continuidad de la vida, que quedan en manos de otros y una situación de estrés negativo extremo.

Como demuestran los datos de este estudio, este trauma no es solo psicológico, sino que afecta a todos los órdenes de la vida de las mujeres. Nueve de cada diez refirieron un gran impacto afectivo, pero también socioeconómico y en sus proyectos de vida.

Por mucho que uno quiera aparentar, siempre van a verse las falencias económicas y en lo físico, en el vestuario, en la cara, en el rostro, porque uno comienza a envejecer antes de tiempo. Ya casi no dan ganas de tener esa alegría que tenía antes, porque siempre marca bastante, siempre está uno con ese pesar ahí, que uno no lo puede dejar atrás. Desde que uno estaba en su casa, que uno estaba en su tierra, y venir uno aquí a la tristeza... Serró Peralta, Riohacha, La Guajira, 2004, P.170.

Las mujeres desgranaban la pérdida de todo aquello que configuraba su mundo. Un mundo en el que ellas eran mujeres en un tejido de relaciones afectivas y de apoyo. Un medio social y económico en el que se daban unas mínimas condiciones para cubrir las necesidades materiales donde la mayor parte de ellas vivían en condiciones de pobreza o una vida sencilla que les permitía mantenerse a sí mismas y sus familias. También un entramado de costumbres y de modos de hacer, en la convivencia cotidiana, en el trabajo y en la diversión, en los que ellas crecieron y se hicieron mujeres.

Antes de los hechos, a pesar de que estábamos en el campo, era una vida muy buena, porque nosotros vivíamos bien, nos divertíamos bien con sus parrandas, sus comidas, no nos hacía falta mucha ropa, ¡mejor dicho! nosotros vivíamos súper bien porque teníamos de qué vivir. Samaniego, Nariño, 2007, P.444.

Mujeres con ilusiones y deseos que se realizaban en presente o se proyectaban hacia un futuro profesional, de pareja, de maternidad, de intervención política. Sueños que quedaron interrumpidos o distorsionados por la violencia contra los cuerpos de las mujeres, sus vínculos familiares y su arraigo en un medio social.

Mi sueño era tener mis hijos, tener un buen marido y darle la felicidad, el estudio y todo como pobre que no les faltara nada, y tener un hogar y una casa y hasta el momento por medio de la violencia no lo he logrado. No tengo a mi marido, no tengo una casa, lo único que tengo son mis hijos. Samaniego, Nariño, 2010, P.443.

Toda una en sí

Para muchas de las mujeres que dieron testimonio los hechos experimentados no se pueden entender de una forma aislada, ni aislable. Unos hechos provocan otros o intensifican sus impactos. En la mayor parte de los casos las mujeres han sufrido más de una violación de derechos humanos y además muchas de las consecuencias de estos hechos las colocan en situaciones en las que son más probables nuevas pérdidas o violaciones.

Porque en siete meses no me llegó el periodo, yo asustada, porque estaba sola. (...) Duro, porque trabajar tanto, tanto para nada, para dejar todo botado por allá, quitarle la vida a mi hermano, la violación, son tres cosas que... son duras. A nosotras

las mujeres siempre nos arruinan la vida, nos botaron los sueños al piso. Claro que un hijo lo amarra a uno, pero yo no quise seguir estudiando por esto, yo me quería dedicar el tiempo a mi hija, para estar con ella. Vereda Patio Bonito, Líbano, Tolima, 2001, P.153.

En sus narraciones ponen en relación todos los aspectos de su vida para explicar el encajado de pérdidas y cambios. En la mayor parte de los casos esos impactos secuenciales incluyen pérdidas de vidas humanas, experiencias de violencia directa contra ellas y control social sobre sus vidas.

Como dicen, estoy fracasada porque siempre en ese tiempo tenía ilusiones y estaba joven y hoy día estoy enferma. A raíz de eso, uno se descuida hasta de uno mismo, me frustré intelectualmente y enferma también. Y ya también los años pasaron si poder construir una vida mejor para mí y para mis hijos, no tuve otra salida, no tuve, no me he podido vincular laboralmente. Ha habido cosas ocasionales, pero nada en serio. Popayán, Cauca, 1987, P.315.

El daño que se les ha hecho permea todas sus experiencias. Esto significa que los hechos de violencia se ven como el desencadenante de consecuencias negativas en todos los ámbitos de su vida, y también que se establece una relación de retroalimentación entre los impactos provocados por los hechos. La comprensión de la afectación que las mujeres transmiten es global e interrelacionada.

Toda la cotidianidad, porque yo estudiaba, el compartir con una familia, ahora las actitudes que uno tiene son temerosas, ya uno no confía en nadie. Como madre, como mujer, no puede creer que a su hijo se lo arrebataron, se lo asesinaron tan vilmente (...) Psicológicamente uno quisiera morirse, no quisiera uno que nadie le hablara. En cuanto relación en la casa, en el momento que uno tiene que separarse de sus hijos por seguridad, uno empieza a actuar solo. La relación con el esposo es otra, ya no, mejor dicho, todo afecta, todo, todo, ya uno no quisiera vivir. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Las mujeres se ven, y se reconocen a sí mismas como una unidad de cuerpo y mente enraizada en un medio social y económico que permite la subsistencia, y en un entramado de relaciones que sostiene la vida individual y colectiva. Una unidad, pues, con múltiples dimensiones que se han visto distorsionadas a partir de los hechos traumáticos rompiendo los equilibrios interiores y del entorno de cada mujer.

Como mujer me afectó en todos los aspectos, porque psicológicamente uno queda afectado, con temor, inseguro, se vuelve uno desconfiado, le duele a uno todo, todo lo está afectando, la cabeza, hasta dientes se le caen a uno, porque la verdad es que hasta eso me ha pasado. Económicamente, terrible porque no encuentra uno donde qué hacer para uno volver a tener la estabilidad que tenía antes. Afectiva-

mente, terrible porque pierde uno la familia, se desintegra la familia, la amistad, la comunidad. Todo tiene uno que volverlo a empezar. Distrito Aguablanca, Cali, Valle del Cauca, 2003, P.158.

No tengo ya vida

Una de las experiencias más presentes en los testimonios de mujeres es el quebranto que los hechos de violencia desencadenan. La vivencia compleja de las afectaciones, su incidencia en la persona como un todo, que se percibe sin ánimo y sin valor, se experimenta como un quebranto en el ser mujer.

Yo reflejaba mucho dolor, mucha angustia, y quizás también ya, como un poco de desánimo de vivir. Porque cuando a uno, le afecta mucho la moral, pierde mucho valor humano, como encerrarse, como que uno se enfrasca, que ya la vida no le importa nada. Dagua, Valle del Cauca, 2001, P.867.

Se trata de un punto cero en sus vidas que algunas mujeres expresan como una ruptura del sentido, un profundo dolor y no saber qué hacer con ellas mismas.

Nos vinimos del Putumayo, al haber dejado a mi familia muerta, y todo botado, digamos más me dolía llegar a una ciudad así. A mí me provocaba no sé qué hacer ni conmigo misma, y yo decía Dios mío quisiera que la tierra se abriera y me tragara para no vivir más. Mocoa, Putumayo, P.374.

Múltiples voces desde realidades bien diferentes describen la desvinculación de todo aquello que sostiene la vida en relación, y expresan el deseo de no estar ahí. Han perdido los deseos de cuidado del propio cuerpo y de cuidado de otros, no encuentran fuerzas para seguir con la cotidianidad de las tareas.

Me fui para la finca, para donde mi mamá. Yo no tenía vida, tomaba pastas para olvidarme, me automedicaba, tomaba pastas para dormir todo el día, no quería saber nada, mi mamá me bañaba a la fuerza, mejor dicho, la vida mía era horrible. Apía, Risaralda, 2002, P.687.

A mí me da igual si comía o no comía, no me bañaba porque no me daba ganas. No tenía ganas de seguir viviendo. Vereda San Cristóbal, San Jacinto, Bolívar, 1989, P.214.

Más allá del cuerpo y del cuidado de la materialidad de la vida, el quebranto es vivir la destrucción del propio ser. Un ser que se había ido haciendo, día a día, en los lugares de relación, como el trabajo o el hogar, que contribuyen a dar un sentido a la propia trayectoria.

La inestabilidad es constante uno no está tranquilo en ninguna parte, con la zozobra se destruye su hogar, se destruyen sus hijos, se acaba una moral, se acaba una

personalidad que quizás algún día la tuvo uno definida. Se terminó por completo. La mentalidad cambia, en la vida le cambia a uno todo, totalmente, todo, y se acaba, se destruye. Timbío, Cauca, P.392.

Quebranto es asimismo experimentar que la propia biografía queda cancelada porque junto a los objetos asociados a la vida personal se ha perdido también la memoria de la misma. Las mujeres expresan la sensación de que detrás de ellas no queda nada de su historia, de lo que ellas eran.

Psicológicamente si me afectó terrible, porque parte de mi vida, de mi historia, la he perdido (...). Distrito Aguablanca, Cali, Valle del Cauca, 2003, P.158.

En el quebranto pierde sentido el hecho de estar en el mundo. Las palabras que usan las mujeres al hablar de ello refieren a un desapego de todo lo que llenaba sus vidas y por tanto a un vacío, a un estar sin nada para dar y también sin vida.

En este momento yo siento mi cuerpo vacío, como cuando tú abres un cajón y ves que no hay nada dentro de ese cajón. Así siento mi cuerpo en este momento. Siento que se desploma, que no tengo ya vida. Terrazas, Bucaramanga, Santander, 2008, P.772.

Para tratar de relatar la experiencia de sobrevivir a graves violaciones de derechos humanos y transmitir cómo se sintieron, las mujeres crean imágenes relacionadas con el vacío y la muerte. Expresiones como “estoy desnuda”, “no tengo nada”, “en cero”, “como recién nacida” son formas de nombrar el punto en que se encontraron.

Después de los hechos de estos pelados yo estoy desnuda, no tengo nada ¿Cómo me soluciono los problemas? Si yo me valía era por ellos. Opogadó, Chocó, 1987, P.488.

Al desplazarme me tocó venirme sin ese proyecto de vida, a iniciar de nuevo de cero y llego aquí sin nada, sin conocer a nadie, en cero, como recién nacida. Turbo, Antioquia, 1986, P.489.

La sensación de estar muerta en vida es una de las formas que las mujeres encontraron para verbalizar la pérdida de sentido del vivir asociada a la fractura en su recorrido, a la pérdida de personas queridas y espacios de vida. Para narrar la experiencia posterior a los hechos de violencia muchas mujeres emplean la imagen de morir, aunque ellas siguen viviendo. Expresan probablemente la vivencia contradictoria de perder la propia vida y seguir vivas, manteniéndose en un “filo entre vida y muerte que igualmente se rechazan”³³.

33 María Zambrano (1904-1991), al escribir sobre su experiencia del exilio después de la guerra civil española, usó la idea del abandono aludiendo a la “Imposibilidad de vivir que, cuando se cae en la cuenta, es imposibilidad de morir. El filo entre vida y muerte que igualmente se rechazan. Sostenerse en ese filo es la primera exigencia que al exiliado se le presenta como ineludible.” *Los bienaventurados*, Madrid, Ediciones Siruela, 2004..

No ser la misma

Las mujeres entrevistadas afirman a menudo no ser las mismas después de haber sobrevivido a aquella experiencia extrema. Una experiencia que les ha partido la vida en dos provocando una pérdida de lo que ellas eran, pero también, tal vez con el tiempo, la apertura a una nueva visión y valoración de ellas mismas al haber sobrevivido y tener capacidad de rehacer su vida. Esta dimensión de poder reconocer la fractura en la propia vida, pero reconstruir un sentido de identidad que no se basa sólo en la vuelta al pasado sino en asumir el impacto, es parte también de la experiencia de muchas mujeres en su proceso de recuperación.

Que ya no es la misma de antes, mi vida ya no puedo decir que sigo siendo la misma Noemí, porque la Noemí que hay ahorita no es la misma de antes. Tolima, 2002, P.155.

Las mujeres que dieron testimonio describen cómo la experiencia paradójica de ese punto cero que es mantenerse en un filo entre vivir y morir ha generado cambios en su ser mujer. Las reacciones emocionales como la rabia o la cólera, que por otra parte son normales después de vivir hechos traumáticos, las sorprenden y las colocan a veces en la situación de no reconocerse ellas mismas. Sin embargo, aún con el desconcierto que provocan, los cambios en el carácter pueden estar también señalando, además del impacto provocado por los hechos, una forma de iniciar el proceso de recuperación.

Han notado la últimas veces que hemos conversado, que mi comportamiento ha cambiado mucho. Ahora, como decía mi amiga ayer, ya no me dejo de nadie, es algo que a mí me hace sentir mal, porque no es que yo me haya vuelto conflictiva, sino que ante las personas conflictivas y que quieren pisotear a los demás yo ya no lo permito y entro en un momento de agresividad. Como que me tengo que defender o defender a los que están agrediendo. Palmira, Valle del Cauca, 2007, P.167.

La dificultad de conectar con una misma, de reencontrar la correspondencia entre lo que una era y lo que una es, pone de manifiesto otra forma de ser que emerge con el quebranto. En los relatos de las mujeres, no ser la que una era se plasma en haber cambiado de carácter, no encontrar placer en las cosas que antes gustaban y divertían, ser incapaz de hacer lo que antes se hacía o de vivir como antes.

Todo cambió para mí, es que no soy nada de lo que era antes, soy la cuarta parte. La Jagua de Ibirico, Cesar, 2001, P.122.

Es la confirmación de la desaparición de una mujer que antes existía y cuya biografía quedó seccionada, dejando la sensación de haberse perdido para siempre.

Me afectó porque yo era una mujer también alegre. A mí me gustaban mucho las parrandas, las fiestas. Yo bailaba mucho. Entonces de lo que hace que me pasó

eso, como que me afectó esos problemas de mis hijos... Ya todo eso se me fue quedando atrás. Alto Baudó, Chocó, 2003, P.414.

Vivir sin el calor

La pérdida de seres queridos cambia la configuración del mundo cercano de los afectos, también de los apoyos y el sustento que se hallan estrechamente imbricados en los espacios de convivencia familiar. En la narración de esa pérdida se nombran muchas veces esas expresiones que evocan la seguridad material y afectiva que las relaciones cercanas proporcionan.

Eh...yo mucho, en la forma de que yo quedé sin el marido, quedé sin hijos, quedé desprotegida de ¡todo! Vereda Marta, Norte de Santander, P.782

Imagínese que yo ya tengo 80 años y yo no...no trabajo, no tengo quien me dé. Mi hijo que era el que me daba, que era mi mano derecha, me lo mataron. Ya he quedado yo manca. Buey, Chocó, 2005, P.463.

Si las pérdidas son múltiples, cambia por completo el nudo de las relaciones íntimas que configuran una constelación de vínculos en la que la vida de cada mujer está inserta, es decir, en la que tiene sentido dar y recibir.

A raíz de la desaparición de mi hijo, perdí a mi esposo, murió debido a la pena moral (...) ya quedé yo muy sola, y mi hija estaba estudiando en la universidad de Antioquia, y empezó a recibir amenazas. Cuando ella decidió pues contarme que la estaban amenazando tuve que vender una casita que me dejó mi esposo después de que se murió, y la tuve que mandar para España. Y, desde eso, yo he vivido muy triste porque me ha tocado muy duro, vivir sin el calor de mi hija. Frontino, Antioquia, 1990, P.53.

En algunos casos la pérdida ha supuesto la desaparición de una relación importante y significativa con un hombre, en un contexto social más amplio en el que las relaciones con hombres han estado teñidas en muchas ocasiones por la violencia o el desprecio.

Mi vida pues cambió por completo (...) porque para mí él era muy lindo, para mí yo digo que hombre como él, poquitos en el mundo y afortunadamente a mí me tocó uno. Me tocó uno y me lo quitaron muy rápido. Comuna 1, Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

Con esa pérdida las mujeres ven modificado el espacio que ocupaban en la relación familiar, en el espacio de convivencia. En esa situación de desestabilización en la que se resquebrajan las seguridades, a ellas les tocó asumir nuevas responsabilidades con el peso de adaptación y aprendizaje que conlleva.

A mí me afectó en todos los órdenes, porque pues... desde el punto de vista de esposa, entonces tuve que pasar a hacer los dos papeles, de ser papá y mamá, de ayudarle a resolver las dudas a las hijas, dos niñas tan pequeñitas. Entonces fue muy difícil pasar a asumir los dos roles. Y en esa inestabilidad, porque uno se siente inestable... Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

Como mujer, demasiado, mucha soledad, demasiadas equivocaciones, puesto que yo no había estado laborando antes del secuestro, yo dependía económicamente de él, igual me tocó sobrellevar todas las decisiones, frente lo que fuera de mi casa. Cali, Valle del Cauca, 2002, P.891.

En algunos casos se llegó a trastocar el papel en la relación entre generaciones, pasando las hijas a ser quienes aportan los ingresos familiares, con la consiguiente sobrecarga en la tarea y la responsabilidad.

Entonces, ella no podía trabajar debido al embarazo, porque estaba en alto riesgo, entonces a mi hermana y mí nos tocó que trabajar muy duro. A mí me tocó que ir hasta a un maizal a trabajar o en casa de familia, en lo que fuera para ayudarle a pagar el arriendo a mi mamá, los servicios o el mercado. Ituango, Antioquia, 2008, P.681.

Con la ruptura del núcleo familiar, se acaba también una forma personal de ser, de hacer, de relacionarse. En el espacio de convivencia se crea, la mayoría de las veces, un círculo de proximidad afectiva, de cuidado y apoyo en el que se hace el primer aprendizaje, en el que crece y se sostiene lo que cada persona es. La destrucción de ese entramado de relación desestructura el núcleo familiar y también a las personas que lo componen.

No tengo explicación, no sé explicarme, ni puedo expresar todo lo que he sentido, sinceramente, pues, eso acabo con mi vida, con mi hogar, con mí. Porque ya la familia se desintegró, ya quedamos todos desintegrados. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

Pasar de rey a sapo: estatus y posición social

El desplazamiento, otro hecho que marca un corte en el recorrido de vida señalando un antes y un después, supone la pérdida del espacio y los medios de vida. En las narraciones de las mujeres entrevistadas, el desplazamiento forzado implicó para ellas tanto la pérdida material de objetos y espacios que componían el universo de su vivir, como tener que buscar nuevas formas de ganar el sustento.

Especialmente en el caso de las mujeres campesinas, el desplazamiento ha supuesto un cambio radical en la organización del trabajo familiar y del papel que ellas desempeñaban en el mismo, con la consiguiente transformación de su modo de vida. Todo ello implica

también un impacto en la dignidad de las mujeres que tienen que caer en la mendicidad, ir a plazas para que les den las sobras o los alimentos deteriorados como forma de subsistencia.

Yo allá tenía todo que era sagradito, uno no comparaba el agua, la luz pero muy poco, uno tenía la gallina, uno tenía todo. Al venir acá, lo que más me ha dolido es tener que pedir limosna, recoger en las plazas, para mí ha sido muy duro. Natagaima, Tolima, 1998, P.141.

Esta transformación del modo de vida y de trabajo se vive como una pérdida de autonomía que puede llegar a la humillación.

¡Si yo estuviera en mi casa, tendría mis tierras!, no tendría necesidad de estar por aquí, mendigando un trabajo por tres mil o cuatro mil por un día, pues al menos tenía mis tierras, tenía mis comidas, tenía donde coger un peso sin necesidad de ir a humillármele a otro. Riosucio, Caldas, 2007, P.613.

También el cambio de la zona rural a la zona urbana significa una merma de la calidad de vida, por lo que se refiere a la gestión y la ocupación del espacio, así como a la libertad de movimiento en espacios abiertos.

A mí como mujer me afecta mucho, porque... ¡yo no tengo ya la libertad que tenía en mi casa!, porque yo en mi casa pues, me mantenía... despachaba mis hijos para la escuela, mi hija trabajaba la tierrita...en cambio uno acá... ¡vive uno encerrado en cuatro paredes! Riosucio, Caldas, 2007, P.613.

Asociada a estos cambios en la vida diaria y en el trabajo que supone el desplazamiento, se produce también una pérdida de poder adquisitivo, un empobrecimiento que a veces lleva a la dependencia. El desamparo y estar a merced de otros es parte del impacto traumático, ya que las víctimas pierden el control de sus propias vidas. Esta pérdida del control de sí mismo tiene consecuencias negativas en la salud mental y es un potente estresor.

Pues económicamente yo ya no me ayudo por mí misma, porque por adulta nadie me da trabajo. (...) Nunca necesitan una de 50 o 60 años. Tampoco me dan subsidios ni nada. A mí, ahora, la que me mantiene es la hija. Mi yerno trabaja por allá lejos y nos gira la plata del mercado. Ella es la que nos está manteniendo. Yo también me ayudo rebuscando comida en la plaza, cuando hay pasaje, me ayudo ahí por los laditos. Barrio Blanquizal, Medellín, Antioquia, 1994, P.63.

En las condiciones de desplazamiento muchas mujeres se han convertido en las principales, o únicas, proveedoras del sustento familiar. Este cambio en su papel dentro de la familia, si bien las sitúa más cerca de tener un mayor poder de decisión, se ha traducido a su vez en un aumento de la responsabilidad y de la carga con respecto a los otros miembros de la familia.

Me ha tocado más duro, porque imagínese que yo en mi campo teníamos todo, mi marido trabajaba, mi hijo trabajaba, todo me lo montaban ahí en la casa. Pero ahora se me volteó la torta, porque ahora me toca es a mí como mujer andar luchando para conseguir lo que necesito. Mocoa, Putumayo, P.449.

El desplazamiento conlleva asimismo un cambio en los espacios de vida y en la organización del tiempo. Las mujeres expresan añoranza de sus hábitos en el ocio, en las formas de diversión y relación con otras personas. Adaptarse a otro lugar supone adquirir otros comportamientos y costumbres que, sin embargo, se siguen sintiendo ajenos.

Uno no tiene espacios, aquí uno vive con los afanes, allá por lo menos teníamos tiempo para recreación, nosotros nos íbamos como pareja, el empezaba, mami vámonos para tal parte, vámonos a bañarnos en la quebrada, vámonos para allá, vamos a bailar, vamos a tomarnos un trago, ya todo eso. Fíjate que ya aquí imposible, uno se va adaptando más uno no olvida, ni deja las costumbres de uno, ni su dialecto ni nada, porque ya llevamos doce o trece años de estar aquí, pero yo no puedo perder mi acento. Yo no nací aquí, ni soy de aquí. Vereda Mejía, Bolívar, 1997, P.162.

Las mujeres que vivieron el desplazamiento cuentan cómo este hecho supone perder el lugar que una ocupaba en la comunidad, una pérdida a la que se suma el hecho de pasar a ser una desconocida, incluso sospechosa y, sobre todo, una persona que ha perdido valor.

Nadie me daba trabajo, porque como no me conocían pensaban pues que iba a robar, que tal cosa. Es muy difícil uno comenzar en una parte donde nadie lo conoce. Rionegro, Antioquia, 2007, P.690.

Nocivo para mí, me dañó la vida, me cambió de la noche a la mañana, dejé de ser alguien conocido, para llegar a ser una más del montón acá en Bogotá. Victoria, Valle del Cauca, 2010, P.156.

En algunos casos el papel que una mujer jugaba en el espacio comunitario le confería una autoridad y le devolvía un respeto por parte de las demás personas. El cambio que supone dejar de ocupar ese lugar de aprecio y respeto en la comunidad puede propiciar la disminución de la propia estima, y un sentimiento de pérdida de sentido de la vida.

Era profesora y los profesores, sobre todo en las veredas y en los pueblos, somos respetados por toda la comunidad. Ahorita no, ahorita ya no, (...) hoy en día, uno aquí lo ven como algo despreciable. Entonces a uno claro que sí lo marca, sentir que era antes, que merecía respeto, que a uno lo respetaban. Aquí ahorita lo desprecian, eso es muy duro. Es pasar prácticamente de rey a sapo, es un cambio radical. Co-regimiento Serró Peralta, Riohacha, La Guajira, 2004, P.170.

Abandonar el espacio de vida a la fuerza constituye una ruptura radical con lo que una mujer era en su medio social. El desplazamiento es un elemento de desestructuración

personal, de las relaciones de convivencia y de trabajo. Salir del propio espacio y medio social es también causa de desarraigo humano y pérdida de identidad por lo que se refiere a la pertenencia a una cultura o comunidad.

Estar como alejada de todo: aislamiento social

El desencuentro con una misma en tantos territorios de sus vidas se da también en su modo de estar en las relaciones. Las mujeres víctimas son conscientes de que los cambios en el carácter, las afectaciones emocionales y la baja autoestima dificultan la cotidianidad de las relaciones afectivas, familiares, de amistad y, en particular, de las relaciones de pareja.

Lo que he sentido es que ya no soy la misma de antes, soy una persona amargada, no salgo no me reúno, me bajo la autoestima, soy una persona que ya no soy la misma de antes, ya hasta he tenido problema con la parejas que he tenido, psicológicamente no me concentro sexualmente, es algo que lo marca a uno para toda la vida y lo destruye. Quibdó, Chocó, 2000, P. 479.

Sin embargo, dichas secuelas de los hechos traumáticos no son solo personales, también afectan al contexto social. Los testimonios señalan la desconfianza, la sospecha o el miedo. Secuelas que distorsionan la visión de los otros con los que se entra en relación.

Los efectos que tuvo fueron efectos negativos porque ya no creo en nadie, ya no creo en mí misma, porque para mí todas las personas que se me acercan me van hacer maldad, me van hacer daño; parece que todo el que yo miro como que me está fichando, “esta estaba allá o esta...” entonces ya no, me afectó demasiado. Bojayá, Chocó, 2002, P.478.

La posibilidad de ser identificada incluso después de haber cambiado el lugar de residencia transforma las pautas de comportamiento hasta llegar al encierro físico y al mutismo por temor al cumplimiento de las amenazas.

Uno vive ya con ese miedo de que, como dicen, lo buscan a uno donde uno esté. Entonces yo por eso allá donde nos fuimos nosotros, yo no salía, nosotros no salíamos, nos daba miedo, que hasta me daba miedo decir pues que yo me había ido por ese motivo, por ese problema que tuve acá. Yo no decía nada porque nos da miedo. Y ya por eso también yo pensaba mucho, lloraba mucho, entonces me empezó mi enfermedad. Timbío, Cauca, 2004, P.389.

El miedo a relacionarse y la desconfianza en los demás, a partir de la experiencia de violencia, llevan al retraimiento, al silencio, a la pérdida de relaciones sociales y de amistad y, en muchos casos, a la soledad.

Cuando murió mi hija yo dejé de asistir mucho, yo me encerré en mi casa, yo no salía, yo no hacía bulla, no hablaba con nadie, no me movía de ahí, me quedé mucho tiempo sin salir de la casa. Tenía unas cobijas en el suelo y ahí me queda-

ba horas como perdida y fue tan extraño... me encerré plenamente, yo no salía a ninguna parte, ni a la tienda. Barrio La Camila, Bello, Antioquia, 2004, P.68.

Saberse parte de una red de relaciones devuelve no sólo un sentido de pertenencia que confiere identidad, también proporciona una percepción de la propia valía para los demás. Por consiguiente, las mujeres que dejaron de relacionarse con compañeras, amigas y amigos, perdieron el propio lugar en la red de la que formaban parte y que les permitía sentirse una misma junto a las demás personas.

Se me refleja con traumas porque yo ya no hago lo que hacía de antes, por lo que me siento bastante baja por lo de la autoestima, porque ya no me congrego con los compañeros así como antes. Bojayá, Chocó, 2002, P.494.

El siguiente testimonio transmite en este sentido la experiencia de aislamiento en edad escolar, el sentirse diferente por haber vivido unos hechos traumáticos que marcan la distancia con las compañeras y alejan de los demás, el no querer hablar del tema para mantener una intimidad que no se quiere desvelar, tal vez para no ser señalada.

Cuando yo iba al colegio a mí me daban ganas de no seguir estudiando, de no ir porque ya yo era diferente porque yo ni con los profesores hablaba, yo me quedaba así, o sea, sentada sola. Yo me sentía sola y me quedaba sola porque no me gustaba que nadie me hablara, que nadie me dijera nada y me preguntara porque cuando yo iba a veces, esas niñas me preguntaron que cómo habían pasado las cosas, que les contara, que eso, pero yo no, no les conté. Eso es una cosa personal de uno y uno no puede estar contándose así... Bodegas, Santander, P.787.

La vivencia del miedo posterior a una experiencia extrema llega a cambiar la percepción que se tiene de la humanidad en general. Se abandonan los comportamientos que antes habían sido habituales y se tiende al encierro y al aislamiento.

Cambió la forma de vivir, la forma de pensar, porque yo pensaba que el hombre no era capaz de hacer tanta maldad. Yo no me daba por estar en las veredas, como sembrando ni nada, yo le fui cogiendo como más bien miedo a estar en las veredas y hasta en el propio pueblo, Estaba en mi casa como alejada de todo. Riosucio, Chocó, 1991, P.496.

A la vez que en los testimonios se manifiesta un aumento de la desconfianza hacia el mundo, un gran número de mujeres refieren asimismo un cambio de relación con los hijos hacia la sobreprotección. Esta tendencia se puede deber a que ellas quedaron como únicas responsables del hogar, al miedo a que sufran algún daño, a la voluntad de darles una vida mejor y también probablemente al hecho de que la dedicación a los hijos se convierte en esas situaciones extremas en una necesidad y, a la vez, en cierto modo, le da a la vida un sentido.

Trabajar, hacerle frente a lo que vaya saliendo, trabajar, y hablar mucho con mis hijos, estar pendiente, he sido para ellos, mamá, papá, consejera, amiga, porque

igual aquí me ha tocado, y trabajar, seguir con ellos y darles amor. Me he vuelto sobreprotectora con ellos, yo a todo momento estoy encima, mirando, fijándome, quiero que pasen todavía como peladitos para estar ahí, encima de ellos. Corregimiento Serró Peralta, Riohacha, La Guajira, 2004, P.170.

Llevamos las riendas del sufrimiento

A través de las mujeres entrevistadas obtenemos un conocimiento del medio social y cultural colombiano en el que mujeres y hombres se hacen. Su percepción de los roles que el sistema de géneros impone a mujeres y hombres se pone de manifiesto a veces en forma de asunción o aceptación irremediable de los mismos, y otras en abierta crítica. La expresión “como mujer” que tantas veces aparece en los testimonios, en ocasiones parece que se utiliza, de manera consciente o inconsciente, para establecer un espacio, una distancia entre lo que una mujer es y lo que se le pide, o se espera de ella, que sea y que haga.

Por ejemplo, en la reflexión de la mujer que da el testimonio, el sufrimiento por las condiciones en que viven los hijos corresponde y es gestionado por las mujeres, en cumplimiento de los roles que mujeres y hombres tienen en el seno de la familia, y que a ellas les atribuyen la supervisión de la salud y la crianza de los hijos.

Yo trabajaba en casa de familia porque vivía en Turbo, pero lo que él daba era más era más de lo que yo me ganaba y si él no traía nada para comer por supuesto nosotras como mujeres sufrimos más porque somos las que tenemos que ver lo que comen los hijos, si se enfermaron, como los vamos a llevar al médico; entonces nosotras somos las que llevamos más las riendas del sufrimiento y todo eso. Turbo, Antioquia, 1986, P.489.

En muchos otros testimonios el papel de las mujeres se asocia al deber de atender a los hijos. No sólo como una división del trabajo entre mujeres y hombres dentro de la unidad familiar, sino como responsables absolutas de los mismos, cuando no existe una pareja o una organización familiar que puedan cubrir sus necesidades básicas y asumir su sustento. Las mujeres –como mujeres– se consideran pues las encargadas del cuidado y el bienestar de los hijos en cualquier circunstancia.

Los hechos los he enfrentado porque como uno de mujer es que siempre tiene que vivir más atento a los hijos... porque como estoy sola apenas con ellos entonces yo soy la que tengo que solucionar cualquier problema que tengan. Quibdó, Chocó, 2011, P.456.

Como mujer me afecta mucho porque, uno como mujer está más dado a sus hijos, a una obligación, un deber que ya tiene y también porque hay un desarraigo de mi familia. Como le digo, tenía, me tocaba, era un deber y me tocaba salir enferma. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

Los deberes de las mujeres como encargadas de la familia que son principalmente cuidar de las criaturas y conseguir el sustento, se comparten entre madres e hijas -e incluso con otras mujeres- intercambiándose las tareas según las situaciones y las necesidades. De ese modo, de una generación a otra, las mujeres aseguran el cuidado del hogar y de sus miembros, mientras que se da por supuesto el papel libre de responsabilidades de los hombres con respecto a los mismos.

Y entonces cosas que verdaderamente como mujeres nos afectan, y más como mujeres que tenemos que estar encargadas de nuestra familia, de nuestro hogar. El compañero se queda en Timba y yo me voy para Santander. Mientras salgo al rebusque a mi hija le toca asumir el deber que me toca a mí como madre, ella ya con sus hermanos a mirar, y teniendo un bebecito ahí, dejando ese bebecito al cuidado de mi niña y también de mis compañeras, mis amigas que se encuentran allí en ese sector. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

En contraste con esta visión de los roles de mujeres y hombres con respecto a hacerse cargo de los hijos, entre las voces de las mujeres se pueden escuchar razonamientos críticos como el siguiente que no sólo pone en cuestión la poca responsabilidad que se pide a los hombres, sino la presión a la que se ven sometidas las mujeres para que respondan al rol impuesto de madres. Ellas no tienen la oportunidad de argumentar si pueden o no hacerse cargo de los hijos, y mucho menos de preguntarse si quieren hacerlo, o no.

Buenas o malas mamás tenemos que cargar con nuestros hijos, los hombres pueden decir no tengo trabajo, no tengo dinero, las mujeres no podemos decir yo no puedo. Yo tengo que asumir mis hijos, a mí no se me da la oportunidad de elegir si quiero o no. Los tuve que asumir y eso no tiene que ver con que los quiera o no sino que es la posición de desventaja, porque los hombres pueden elegir y dejar tirado lo que sea y las mujeres no. Entonces yo te digo que en este momento yo no sueño, porque la prioridad en este momento es que mis hijos acaben de crecer, que necesitan que yo los acompañe, que los proteja, les enseñe. Entonces entre pensarme la vida para 4 hijos y la mía la prioridad no es mi vida, el único espacio que yo reclamo como mío es estar en lo social, en las asociaciones, para mí es parte de hacer un poquito realidad ese sueño mío. Por eso yo ya no sueño. Ya como que veo de que no tengo esa posibilidad. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

El mismo testimonio plantea cómo después del divorcio, el hecho que el hombre no asuma su responsabilidad y la mujer deba hacerse cargo de los hijos, no permite que ella alcance una autonomía personal, en particular en una situación económica precaria. Como se ha visto anteriormente, los hombres a menudo sacan ventaja de las circunstancias de vulnerabilidad femenina para afianzar una posición de dominio, como en este caso. La mujer entrevistada es consciente del hecho que mantener relaciones sexuales con la ex pareja para conseguir que ésta siga enviando el dinero para la manutención de los hijos es un comportamiento que tiene que ver con el dominio y el sometimiento, lo mismo que las amenazas relativas a lo que puede o no puede hacer una mujer.

Me he sentido amenazada, de hecho me amenaza por teléfono. Me dice cosas como que yo tengo muchas cosas pendientes para ir a cobrármelas allá, luego me dijo que yo me estaba saliendo mucho del corral, yo le dije cual corral, yo ni tengo corral, ni soy una vaca. ¡Oigan a este! Yo eso lo siento porque él me lo dice en un tono de amenaza. Son un montón de amenazas y de cosas ¿por qué las mujeres no nos podemos desligar de un hombre con el cual ya no quiere estar? porque él no puede asumir esa responsabilidad de papá sin tener que involucrar el cuerpo de una mujer que además ya no quiere? A mí no me gusta que las mujeres hablen de perras y de putas. Porque perras y putas terminamos siendo todas, yo me siento en esta posición con este hombre, porque a mí él no me interesa porque yo ya no quiero nada con él, no me interesa, pero me toca ser muy querida para que el envíe el dinero, que tendría que ser una responsabilidad. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

El conocimiento de la realidad del sistema de géneros lleva a la mujer entrevistada a hablar de la desvalorización de las mujeres. Un ejemplo de la misma es el menor salario que reciben las mujeres por el mismo trabajo. Pero, con mayor profundidad, se vincula la desvalorización de las mujeres y los niños, al hecho de considerarlas un objeto y, como tal, a la normalización de prácticas de abuso verbal y violencia física.

Las mujeres entrevistadas conocen y describen los riesgos específicos que corren en los contextos de violencia armada. Unos riesgos que se derivan de los roles sexuales según los cuales se socializa a los hombres en el papel de duro o de agresor al acecho mientras que a las mujeres se las coloca en el papel de presa. El sentimiento de vulnerabilidad que expresa la mujer entrevistada surge de su experiencia continuada de vivir en un cuerpo violable que se exagera en el escenario del conflicto armado colombiano.

Emocionalmente todo lo que quieras, yo creo que son situaciones digamos diferentes, frente a las mujeres que han perdido un hijo, frente a las que han perdido su padre pero, no menos importantes porque el hecho de que seas mujer te vuelve más vulnerable. Me daba mucho miedo sobre todo cuando salía, trataba de no hacerlo en las noches pero cuando tenía que hacerlo me daba mucho miedo porque decía: esos tipos me pueden perfectamente abordar, me pueden violar, me pueden hacer cualquier cosa y yo qué hago, pueden hacerle daño a mi mamá. Yo pensaba mucho en ella, a mi hermanita entonces el temor era muy fuerte, a pesar de que yo me la daba también de fuertecita, iba a hablar con los militares, iba y hablaba con un poco de gente pero en todo caso, el ser mujer piensas que te van a hacer más daño o que eres más vulnerable a que te hagan más daño. Creo que esa afectación emocional fue fuerte para esa época. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

Está presente asimismo en los testimonios la conciencia de que los hechos de violencia inciden específicamente en las mujeres en dos ámbitos: el de las relaciones, con la pérdida de seres queridos; y el del control y la autonomía del propio cuerpo, con las violaciones.

Por una parte le matan a sus hijos o esposos, por otra parte, las violaciones y eso es lo peor porque ahí sí que las afecta de todas las maneras. Fuera de que pierden un ser querido también ser afectadas por la violación... Medellín, Antioquia, 2002, P.73.

Del siguiente testimonio se desprende el saber que las mujeres fueron las que más sufrieron las consecuencias del desplazamiento por las pérdidas y sobrecargas que éste supuso. Junto a este saber está también la denuncia de la desvalorización de las mujeres y de la imposición de un rol de género que las obligó al silencio y les negó el aprendizaje necesario para saber defenderse.

Como mujer me sentí afectada por la desvalorización que tenía uno como humano, como mujer. La mujer fue la que más sufrió las consecuencias quedando algunas viudas, otras murieron, otras quedaron comprometidas con los demás hijos de hermanas. Eso nos ha afectado mucho a las mujeres, más responsabilidad que la que habíamos tenido. Salir como mujeres con cuatro cinco hijos nos estaba afectando gravemente porque la responsabilidad era más grande. Nos afectaron también como mujeres que no tuvimos como esa capacidad no fuimos capacitadas antes para podernos defender o defender a nuestros hijos porque los arrancaban de las manos y debíamos quedarnos calladas con el silencio que nos ponían. Eso es también afectarle a uno como mujer ver a otras madres llorar uno como mujer se afecta. Marbeles, Caquetá, 2004, P.576

Las voces de las mujeres, de forma más o menos consciente o crítica, hablan de papeles femeninos y masculinos, aprendidos y asumidos, en relación a las prácticas de cuidado y al manejo de la violencia. El conocimiento de esos roles de género les permite apreciar los distintos papeles que mujeres y hombres juegan en el conflicto armado y los impactos específicos que las mujeres deben enfrentar en el mismo.

II. Impactos en el cuerpo y la sexualidad

Cuando duele el alma también duele todo

También los cuerpos manifiestan cambios que las mujeres perciben en interacción estrecha con las afectaciones derivadas de los hechos de violencia. Los testimonios ponen en relación la experiencia extrema que se ha vivido y las transformaciones del cuerpo, la merma de la autoestima, la disminución de las capacidades intelectuales y laborales, así como el deterioro de la salud.

En la región donde yo vivía, cerca de mi casa hubo una masacre también. Caía una hoja y yo brincaba para arriba del susto, o sea, no podía vivir tranquila en ningún momento. Cualquier paso, cualquier cosa, me atormentaba y de momento

todavía. La tensión, la depresión, más que todo el estrés, eso afecta el corazón, afecta la tensión alta, afecta el cerebro, porque a toda hora usted, piense, piense y piense, y piense la vida, piense la vida, eso usted nunca sale de este callejón sin salida. Puerto Berrío, Antioquia, 1979, P.739

El olvido del cuerpo y sus necesidades, el abandono de una misma, es una de las reacciones más frecuentes cuando se afronta una situación de incertidumbre, preocupación, miedo, etc.

Me volví pero delgadita, enflaquecí hartísimo y, de tanto pensar, yo no hacía sino llorar y llorar, no comía, yo decía cómo lo tendrán a él, estará sufriendo, hasta amarrado lo tendrán. Una preocupación horrible y yo no hacía sino llorar. Orito, Putumayo, 2000, P.514

Las mujeres entrevistadas señalan que el cuerpo tiene su lenguaje para decir el sufrimiento. Detectan signos corporales que interpretan como resultado de la tensión, el estrés y la angustia provocados por los daños que acarrearón los hechos de violencia.

Mi cuerpo lo dice todo, porque mire que yo era una mujer que el cabello mío era muy bonito y desde ese conflicto, ya mi cabello no es el mismo, por más que me hago un tratamiento, siempre se vive como cayendo, también me mantengo con muchos dolores musculares. Riosucio, Chocó, 1996, P.426.

Algunas mujeres hablan de la dificultad de mirar su propia imagen hasta mucho después de los abusos sufridos, probablemente como una forma de evitar confrontarse con la transformación de ellas mismas plasmada en su cuerpo. Un cuerpo que es manifestación de su ser mujer, la encarnación de lo que una es.

Eso realmente porque yo quede mejor dicho mal, ya yo pesaba treinta y tres kilos después de pesar ochenta y uno, yo duré un tiempo, tres años que no me miraba al espejo. Piamonte, Cauca, Antioquia, 2005, P.201.

A su vez, en una relación circular, los cambios corporales pueden provocar malestar o inseguridad, deteriorando la relación con el propio cuerpo y la autoestima de las mujeres. La vivencia del cuerpo no ya como imagen frente a los demás, sino como fuente de aprecio, de placer y de bienestar con una misma, se desmejora.

Eso me baja la autoestima, me siento como que ya, no es que me quisiera ver bonita para que los demás me vieran, sino que me gustaba verme bonita, siempre he pensado que me tengo que querer y gustarme a mí misma, siempre soy vanidosa dentro del buen sentido de la palabra porque yo me quiero sentir bien. Cali, Valle del Cauca, 2003, P.167.

Del mismo modo, y conectado con el funcionamiento del cuerpo en cuanto a sus capacidades y habilidades, se da la constatación de una pérdida de competencia laboral derivada de los hechos traumáticos, no sólo por la falta de energías, también por la dificultad de realizar un buen trabajo.

¿Cómo mujer? Yo era de las mujeres más guapas para el trabajo, yo era una mujer que... a mí no me daba pereza, yo trabajaba en lo que fuera, en esas casas de familia, yo trabajaba ahí y me pagaban, y yo era verraca para el trabajo. Creo que a mí me afectó o yo no sé qué me pasó, pero a mí ya no me da para trabajar, yo siento que las fuerzas no... yo ya no soy la misma que trabaja antes, empezando que todo me queda mal hecho... Quinchía, Risaralda, 2007, P.605

De la mayoría de los testimonios de mujeres se desprende la visión de que existe un continuo entre el ámbito emocional y el corporal, como existe un continuo entre la salud y la enfermedad, y entre las alteraciones físicas y las mentales.

Yo he mantenido siempre mi dignidad, aunque es imposible, impedir que esa situación traspase también el cuerpo nuestro, que me afecte emocionalmente, que me afecte mi cuerpo, que mi cuerpo también como somatizara toda esa situación de impotencia, de rabia, de miedo. En la actualidad tengo problemas de salud, bastante graves y complicados. Cartagena, Bolívar, 2007, P.134.

Las enfermedades que las mujeres entrevistadas relatan son una manifestación de esa unicidad de la experiencia en la que el daño circula e interacciona en todas las direcciones entrelazando afectaciones emocionales, patologías físicas y mentales. Y por lo mismo, se asocia la posibilidad de la curación con medidas también que tienen un carácter social como la experiencia vivida, con el conocimiento de la verdad, aunque reconociendo que las huellas del daño recibido nunca desaparecerán del todo.

La salud mental se deteriora demasiado, uno todos los días llora, uno todos los días se deprime, eh... todos los días sufre. ¡Es terrible! Y no hay un día que yo diga estoy bien, todos los días tengo un dolor y yo sé que es por eso, por el sufrimiento, por la zozobra. Entonces, nunca, nunca va estar uno bien, yo digo que hasta el día que se sepa la verdad y que se haga justicia empezará uno a sanar un poco. Pero las heridas que se hacen nunca sanan porque siempre quedan cicatrices, nunca se borran. Barrancabermeja, Santander, 2000, P.794.

El cuerpo refleja las vivencias traumáticas en el decir de muchas mujeres; es una superficie sensible en la que se hacen visibles las huellas de una experiencia que muchas veces no se ha podido expresar en palabras. El cuerpo, como encarnación del ser, expresa el dolor a su modo –por medio de la expresión del rostro, de la delgadez o la gordura, de la enfermedad- y de forma inseparable a como lo expresan el corazón o el alma.

En mi cara sí se refleja el hecho, y en el cuerpo más porque la ansiedad a mí me hace comer, abrir la nevera y sin darme cuenta estoy comiendo, comiendo por

eso no puedo dejar mi trabajo, por eso no puedo quedarme quieta. Yo antes, pues yo no utilizaba casi el seguro y ahora me ¡duele todo! ¿Sí? Porque cuando duele el corazón, pues duele también todo, cuando duele el alma también duele todo. Entonces, en el cuerpo sí se refleja mucho lo que nos pasó. La Jagua de Ibirico, Cesar, 1998, P.711

Siempre le hace falta a una esa parte de una

También el hecho de padecer violencia contra el propio cuerpo está presente en la narración de mutilaciones y heridas que dejan marcas en las vidas de ellas y de las personas cercanas. El cuerpo de las mujeres en ocasiones ha sido además objeto de escarnio público, como se revela en el testimonio siguiente:

Yo le dije que yo no estaba allá porque yo quería, entonces me dijo: “Usted no es la única persona que Mauricio le ha hecho daño, la que más le ha hecho daño sí es, pero él tenía esa costumbre, él ya había llevado mujeres de Viterbo a Santuario y las había desnudado y las había sacado del hotel sin ropa y las había dejado en el parque del pueblo” y conmigo era la tercera. Apía, Risaralda, 2002, P.687.

Elaborar de nuevo los significados atribuidos al cuerpo para devolverle la dignidad y rehacer una relación de amor y cuidado del mismo es un proceso que las mujeres deben enfrentar. Un proceso que supone volver a dar sentido a la relación con una misma como mujer.

Pues me siento mal, porque ya no es lo mismo, uno ya como que siente un rechazo aunque no puede ser así, pero uno siente como un rechazo y más que todo la cicatriz en mi rostro, que uno de mujer de por sí es muy vanidoso y le gusta el arreglo personal. Vereda Siberia, Corinto, Cauca, 2010, P.314.

Una de cada siete mujeres entrevistadas (12.85%; n=120) describió discapacidades físicas o sensoriales asociadas a la violencia. Convivir con las consecuencias de las agresiones supone hacer ese proceso de volver a mirar el cuerpo y tener que reconocerlo, tener que reconocerse en él de nuevo asumiendo en algunos casos, entre otras huellas de la violencia, la limitación de la autonomía personal.

La pérdida de una pierna, eso no se repara con nada porque yo cuando tenía mis piernas yo trabajaba y hacía lo que se fuera, y ya ahora no. Ahora hasta para bajarme de alguna parte me toca pedir favor. Entonces muy duro, duro para uno. La Clavelinas, Barrancabermeja, Santander, 1992, P.764.

Las mujeres que han sufrido discapacidad física como consecuencia de heridas o torturas se ven enfrentadas al proceso de rehacer la imagen de ellas mismas hasta poder aceptarla. Rehacer la imagen propia tanto por lo que se refiere a las capacidades relacionadas con la

motricidad, como a la “normalización” de la visión del cuerpo por parte de ellas mismas y de los demás.

Emocionalmente también lo afecta y para uno es muy duro, porque perder un brazo de un momento a otro es muy difícil, (...) Al comienzo fue duro, yo me sentía rara, me veía en el espejo y a mí me daba rabia, ahorita no, es normal, igual antes me daba pena hasta de mi marido, compañero, ahora no, ahorita es normal, él me ve, mis hijas, se ha vuelto normal. Al comienzo yo me escondía, trataba de que no me vieran y todo eso porque yo decía: como que eso se ve feo, como que no es normal. Para una aceptar eso tienen que pasar muchos años, no es de 2 o 3 años, pero yo creo que ahorita ya normal, ya acepté mi cuerpo así como es. Belacazar, Cauca, 2009, P.302.

Las mujeres relatan lo que supone vivir marcadas por las huellas visibles de unos hechos que cambiaron sus vidas. Señalan cómo llevar consigo el signo de la violencia sufrida devuelve a veces una mirada ajena desconcertada que dificulta la normalización de la vida. Hablan del hecho de vivir con la presencia permanente de los daños que acarrea la pérdida de partes del cuerpo, la persistencia de cicatrices o deformaciones en el mismo. También de cómo esas marcas de la violencia en sus cuerpos suponen un recuerdo permanente de la misma y de las consecuencias en sus vidas.

Claro que eso nunca se le olvida a uno porque uno cada que va llegando esa fecha o cada que yo me desvisto y me paro frente a un espejo, o cada vez que mi hijo está en pantaloneta y le miro la pierna a mí no se me va a olvidar eso. Uno trata de olvidar eso pero no se le olvida. Bellavista, Bojayá, Chocó, 2002, P.468.

Pues en este momento ya no es como que me extraña porque ya sé que ya me quedé así. A veces pues a ratos uno nunca se le olvida, siempre extraña, siempre le hace falta a uno como esa parte de uno. El Tambo, Cauca, 2004, P.303.

El impacto de la violencia sexual en el cuerpo y la identidad

Muchas de las mujeres que dieron testimonio transmiten la experiencia de violación de los confines del cuerpo, de la expresión encarnada de su ser mujer, como un hecho que no se olvida y que no tiene reparación posible. Un daño que permanece inscrito en una misma, mermando su integridad.

Las mujeres aluden a la violación sexual, la convivencia forzada con victimarios y otras formas de agresión, sometimiento y control del cuerpo femenino que traspasan los confines de mismo, violentando la intimidad y destruyendo la dignidad. Algunas mujeres que vivían ya sumidas en relaciones de abuso y maltrato en el ámbito familiar, experimentaron la repetición e intensificación de las mismas después de sufrir agresiones o vivir hechos de violencia política.

Él, desde ese momento que empezó esa persecución dice que si lo hubieran matado, era por mi culpa. Y comienza a decirme que yo era muy coqueta. Que era porque yo seguro le había dicho algo, o como que le había mandado alguna razón. Llegó al punto en que de una vez él me golpeó, porque ya se inventó muchas películas, ya dice que yo soy una fácil, ¡mejor dicho! Son cosas que pasaron desde ese tiempo. Ahora es impresionante. Yo no puedo salir a la calle, no puedo hablar con nadie, si yo hablo hasta con una mujer me dice que soy lesbiana. Buenaventura, Platanero, Cauca, 2000, P.839

La mayor parte de violaciones y agresiones sexuales referidas en las entrevistas tuvieron lugar en el contexto de conflicto armado y en directa conexión con el mismo, debido a las situaciones de desplazamiento, pérdida de relaciones familiares o de desprotección y falta de apoyo. Como en otras situaciones de conflicto armado, la mayor vulnerabilidad para la violencia sexual en las mujeres se da cuando se rompen las situaciones de protección y apoyo mutuo, se da la separación forzada o en casos de operativos y detenciones. No obstante, las violaciones a niñas y mujeres ocurren también en muchas ocasiones en el ámbito familiar, de modo que existe una continuidad en la experiencia femenina de vivir en un cuerpo *violable* al margen del escenario en que se produzca.

La muerte de mi mamá y la violación, eso es lo que más me afectado en la vida. Mi mamá me hace mucha falta así no la haya conocido, pero me hace falta todavía demasiado. Y lo otro es que la violación y, más de mi papá, nunca se me sale de la cabeza y en todo momento está en mi mente. Los años que tengo y no he podido olvidar eso. Apartadó, Antioquia, 1997, P.40.

La experiencia de la violación supone una vivencia de enajenación del cuerpo para ser ilícitamente usado por otro, como un objeto de desprecio. Es una experiencia de pérdida de una misma, puesto que implica la negación de cualquier autonomía y valor a la mujer agredida. La sensación de suciedad del cuerpo junto con las ganas de no seguir con la vida, expresan el impacto sufrido en la propia dignidad por muchas mujeres; y lejos de ser un efecto más o menos evidente, también es uno de los fines que persigue la política de socavación de las mujeres.

Después de la violación de los dos militares, yo me quería desaparecer, decía entre mí, ojalá la tierra se abriera y me tragara. Eso era lo único que yo decía, quería desaparecer, no quería saber absolutamente nada, no quería ni saber si llegaba a mi casa o no. Cuando llegué a mi casa, me metí al baño y me bañé, yo le cuento que yo lloraba allá, pero absolutamente nadie sabía lo que a mí me pasaba... Me sentía mal, me sentía no sé, tenía una cosa que inclusive llegué a tener la idea y las cosas locas de decir: yo me voy a quitar la vida. Cosa que por mi hija no hice, porque cuando lo iba a hacer llegó mi hija, y no lo hice por eso, pero realmente me sentí súper mal, es algo que no sé, entonces que hasta ahí llegó tu vida, quedé súper manchada. Jambaló, Santander, 2009, P.366.

Los testimonios de mujeres que se refieren a experiencias de convivencia forzada con victimarios, durante la cual sufrieron violaciones, agresiones sexuales y todo tipo de vejaciones, ponen de manifiesto la gran dificultad, la casi imposibilidad, de ponerla en palabras. Se trata de una experiencia inenarrable para muchas mujeres.

Eh...la verdad fui... violada, maltratada, eso me sucedió en Simití, Sur de Bolívar. Me trataron mal, me pegaron, aparte de eso... hacía conmigo lo que le daba la gana, me violaba cada vez que quería, me llevó de mí casa... incluso por eso nos desplazamos, se desplazó mi familia por lo mismo... qué más le puedo decir. A parte, pues, de la violación y todo... uno queda súper mal. Cuando a uno lo violan siente que se le acaba el mundo ¿no? o sea, es una experiencia incomparable, eso no se puede decir, no se puede describir lo que uno sintió o siente cuando habla del tema... porque igual uno se siente ofendido y quiere que el tiempo se retrocediera para uno decir, yo hubiera querido hacer esto y hacer esto y haber conocido y haber... pero, bueno hoy en día le doy gracias a Dios que he tratado de superarlo. San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

Tal vez la dificultad de decirla tiene que ver, como ellas expresan, con el hecho de que en esa experiencia extrema el daño infligido al cuerpo es inseparable del daño sufrido en la integridad del ser mujer. Este es un saber que planea sobre las mujeres como amenaza en contextos de violencia. Un saber y una amenaza que desatan el miedo hasta el punto de preferir la muerte al abismo de experiencia que supone la agresión sexual y la tortura del cuerpo.

Creo que es, lo que más me ha afectado, porque es mi integridad, yo siempre pensaba en eso, como ya lo menciono, creo que el que hubieran tocado mi cuerpo, el que me hubieran hecho algo, sobre mi cuerpo, habría sido nefasto totalmente, siempre lo pensé, siempre pensé estos tipos me van a salir por esta calle oscura, me van a violar, me van a pegar, a golpear. De hecho yo decía: que me metan un disparo y quedo muerta, evidentemente mi familia se va a ver afectada, mi mamá. Pero yo decía: prefiero eso a que me hagan algo, a que me violen o que me torturen. Siempre pensaba, qué tal que me torturen esos tipos, qué tal que corten mis senos, qué tal que corten mi cuerpo. Creo que en eso... en ver que la autonomía de mi cuerpo se pudiera ver visto afectada. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

La intimidación por medio del uso de la fuerza, de las armas, o incluso su mera presencia, es el lenguaje con el que se las reduce a la condición de cosa que se puede utilizar y destruir. La conciencia de pérdida de control sobre el propio cuerpo, verbalizada por algunas mujeres, hace visible la negación de cualquier reconocimiento a ellas, a sus cuerpos y a sus vidas, como seres valiosos.

Claro, uno ya, o sea, es que uno, o sea, uno ya no se siente como, como que es dueño de su cuerpo, que uno dice: en mi cuerpo mando yo. Uno se da cuenta de que, en ciertas situaciones, y en ciertos espacios, en Colombia, vos estas, ahí, como a la vulnerable a que otro mande sobre el cuerpo tuyo. O sea, y que te mande con

intimidación, con la fuerza, con un arma. Pero también, a través de una presencia solamente, te está diciendo de que vos no podés, o sea, los que mandamos aquí somos nosotros, y pues hacemos lo que queremos con las mujeres, con su cuerpo, y con lo que queramos. Entonces uno como que no... Vereda el Manco, Huila, 2005, P.874.

Con el lenguaje de la fuerza se intenta establecer la relación de dominio que instrumentaliza a las personas convirtiéndolas en una herramienta para un fin. Una relación especialmente dañina porque no ser reconocida como “otra”, como un ser con una vida que merece ser vivida, puede conducir a quedar reducida a una condición de deshumanización. Condición deshumanizada que es propiciada por el actor armado o victimario, pero que puede llegar a ser interiorizada por una mujer si el impacto le lleva a perder su propio cuidado.

Embarazos forzados y dilemas éticos

En numerosos casos, como consecuencia de las violaciones, las mujeres tuvieron que enfrentar el hecho del embarazo. Si la violación supone una desposesión del cuerpo y una pérdida de la propia integridad, el embarazo resultado de una violación exige que la mujer afronte a la vez el trauma de la agresión a su ser mujer y la decisión de dar curso, o no, a la gestación de otro ser que se ha concebido como resultado de la violencia perpetrada contra ella.

En este apartado se trata el embarazo forzado, fruto de una violación, desde la perspectiva de la experiencia de desposesión y pérdida total de control sobre el propio cuerpo que aquel hecho supone. A la vez, puesto que la gestación pasa ineludiblemente por el cuerpo de mujer y requiere de su colaboración para llegar a buen término, se exploran los testimonios relativos a la difícil experiencia de enfrentar el dilema ético acerca de seguir adelante o interrumpir el proceso de gestación.

Los sentimientos manifestados por las mujeres afectadas fueron de rechazo de esa preñez impuesta. No obstante, los sentimientos negativos no llevaron siempre a la decisión de abortar. Ninguno de los testimonios aportados por las mujeres entrevistadas hace referencia a un aborto decidido por la mujer víctima de violación. Es difícil sin embargo dar significado a este hecho a través de los testimonios, puesto que las mujeres pocas veces desgranar las razones que las condujeron a afrontar esa gestación de un modo u otro.

En el proceso de afrontar y tomar decisiones con respecto al embarazo forzado son muchos los hechos que cuentan. Las creencias religiosas y los principios morales de las mujeres afectadas y de sus familiares juegan un papel importante en esas decisiones. La posibilidad y la facilidad de acceder a servicios de salud reproductiva que atiendan adecuadamente a las mujeres, es también un elemento clave. Y cuentan sobre todo las opiniones y los apoyos de las personas cercanas, en particular en el caso de mujeres menores. Sin duda cualquier decisión que una mujer pueda tomar con respecto a un embarazo forzado ha supuesto para ella un desgaste emocional intenso y va a dejar una huella en su

recorrido biográfico. Tal vez la dificultad de la tarea de poner palabras a este proceso se deba a que la experiencia desborda a menudo lo decible.

Las mujeres entrevistadas que narran esta experiencia señalan la fuerza con que rechazaron el embarazo como consecuencia de una violación. Sin embargo, aunque todas partieron del rechazo a la criatura que estaban gestando, no todas decidieron abortar o tuvieron la posibilidad de hacerlo contando con el apoyo necesario o los servicios de salud correspondientes.

Yo, qué no haría, que no tomé, que no tomé, porque yo no quería tener él bebé, pensaba, pues, todos mis hijos son blancos, zarcos, y yo pensaba que tal que salga un negrito, que esto lo otro, mejor dicho, eso es algo muy, eso es algo que uno no, mejor dicho, no me sé explicar, cuántas cosas no sentí. Yo no quería tenerlo, e hice muchas cosas, tomé muchas cosas, para abortarlo, pero no, mi niño, se aferró a mí, y ahí lo tengo, tiene 10 años. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

En algunos casos, y en particular los de mujeres menores de edad, las presiones del entorno familiar y social sobre la decisión relativa a seguir o no con el embarazo, impidieron en buena medida que la mujer tomara sus propias decisiones. Otras mujeres en sus relatos rememoran cómo se interrogaron moviéndose entre el rechazo que genera el hecho de tener una criatura como consecuencia de una violación y la posibilidad de cuidarla y llegar a amarla dándole un valor por ella misma, sin marcarla con la violencia que la engendró. En el testimonio siguiente, el rechazo inicial se transforma a partir del momento del nacimiento. Los argumentos de la mujer entrevistada para explicar ese giro se sostienen en la no repetición del abandono vivido por ella misma y en la inocencia de la criatura engendrada, es decir, en atribuirle la posibilidad de crecer separando su existencia de los hechos de violencia.

Cuando estaba embarazada eso se me movía y yo llegaba y me destripaba el estómago para que no se moviera eso, yo no la quería la verdad. Cuando nació las cosas cambiaron. Yo a esa niña la adoro, claro que mucha gente me decía, cuando nazca regálela, usted para qué va a tener un bebé que no va a querer. Mucha gente me decía que por qué no la abortaba, pero yo no soy capaz, yo una vez decía cómo le voy a quitar la vida a una criatura que no sabe porque está ahí, por qué la voy a regalar y hacer lo que mi mamá hizo conmigo. Hoy en día la niña tiene nueve añitos. Patio Bonito, Líbano, Tolima, 2001, P.153.

En otro caso y desde la posición de abuela, el recurso al instinto maternal y la fortaleza que proporciona la propia identidad cultural son los recursos que la mujer que dio testimonio puso en juego para llegar a querer a su nieto e intentar transformar el rechazo hacia él en aceptación dentro del entramado familiar.

Como madre, a través de ese instinto de madre, de esa cultura indígena y negra que tengo, incluso es una historia dura, dura porque era un rechazo hasta de la misma familia mía. ¿Entiende? Enteramente yo me tuve que olvidar del hecho,

para amarlo, para quererlo y darle la importancia en la familia. A él no le hemos contado nunca. Juradó, Chocó, 1998, P.884.

La experiencia de pérdida absoluta de control sobre el propio cuerpo se expresa en el siguiente testimonio de una mujer cuya vida estuvo en grave riesgo debido a un embarazo no deseado como resultado de la violación continuada durante la convivencia forzada con un victimario. Sin apoyo familiar por hallarse secuestrada, ella estuvo a punto de morir a causa de un aborto natural de un feto muerto, un embarazo que ella desconocía y que no había tenido ningún tipo de seguimiento médico hasta el momento de la emergencia debido a la situación de cautiverio.

Eso ya hacía muchos meses... me vio así y dijo "Alba ¿Usted que está haciendo acá?", se salió la enfermera y se quedó hablando conmigo me dijo "¿Qué le pasó?" Y yo le dije "¿usted conoce a Mauricio de Santuario?, él me violó". Me revisaron varios médicos y uno dijo que me había aplicado la inyección para que no se me viniera el bebé. Y me hicieron un examen y el feto ya estaba muerto y él era el que me tenía que hacer el legrado, cuando dijo: "el feto lleva un mes muerto en el vientre, esta muchacha se va morir acá"... pero mi diosito es muy grande... ¿usted se imagina tener un hijo de todo lo que le pasó? Apía, Risaralda, 2002, P.687.

El secuestro, el encierro y las violaciones repetidas por parte de los victimarios, paramilitares en su mayoría, fueron formas de controlar y someter los cuerpos y las vidas de mujeres jóvenes que, como resultado, quedaron embarazadas. En estos casos, los abortos fueron frecuentes y se debieron al desconocimiento, a la falta de seguimiento o a la necesidad de ponerse en riesgo para tratar de escapar de la situación de cautiverio, como en el caso que se narra a continuación.

A ella se la llevaron para San José del Nuz, a ella la tenían encerrada allá. Yo no me acuerdo cómo se llama el tipo, pero era del grupo Metro, se la llevaron para San José y la mantenían encerrada, por allá ella quedó en embarazo. Entonces ya ella no aguantando más la situación se voló por la ventana. Una señora dizque que la ayudó a salir por la ventana para ella poderse volar y debido a eso ella perdió el bebé. El Rayo, Tarazá, Antioquia, 1996, P.51.

El embarazo como consecuencia de una violación plantea probablemente uno de los impactos más difíciles de afrontar por parte de las mujeres. El hecho de llevar en el propio seno una criatura engendrada en un acto de violencia extrema contra el ser íntimo de cada mujer y de colaborar a su crecimiento durante la gestación generó impactos emocionales imborrables.

Las decisiones que las mujeres tomaron se vieron, condicionadas por las creencias religiosas, la ideología predominante y la normativa legal vigente. También las presiones o el apoyo del entorno familiar, así como las posibilidades de contar con los medios nece-

sarios tanto para abortar como para llevar adelante el embarazo son elementos fundamentales para la mujer que debe enfrentar tal decisión.

Cualquiera de las opciones adoptadas por las mujeres en relación a la experiencia del embarazo como resultado de una agresión sexual exigió de ellas un enorme esfuerzo para enfrentarla y les supuso un elevado coste emocional.

III. Consecuencias en las relaciones entre mujeres y hombres

Otras consecuencias de la violencia en las mujeres tienen que ver con sus relaciones afectivas y/o de pareja. Por una parte, la pérdida del esposo o compañero supone un complejo proceso de duelo, dentro del cual con el tiempo pueden plantearse la posibilidad, pero también el dilema, de reconstruir sus relaciones o vínculos afectivos con otra persona. Si bien esa reconstrucción de vínculos forma parte de las formas de respuesta en un proceso de duelo, en los casos de violencia política, y más aún en los de desaparición forzada, también plantea dilemas éticos y problemas legales en muchos casos. Estos procesos también suponen cambios en la perspectiva de las mujeres, su manera de verse a sí mismas o de enfrentar nuevas relaciones afectivas. Por otra parte, para muchas mujeres el centrarse en el apoyo a los hijos e hijas entra muchas veces en conflicto con la posibilidad de reconstruir sus propios afectos o tener en cuenta sus necesidades.

Específicamente los casos de violencia sexual conllevan un enorme impacto también en esas relaciones con el otro sexo, o con la posibilidad de tener relaciones sexuales satisfactorias, casarse o tener una vida sexual propia.

Cada persona es irremplazable

Al recordar su experiencia de los hechos traumáticos y el recorrido que habían hecho hasta el momento de la entrevista, diversas mujeres hicieron un cierto balance de lo vivido, destacando el proceso de modificación de una misma que fue el afrontamiento y la elaboración de esa experiencia traumática y de sus impactos. En este proceso, adquirieron un mejor conocimiento de ellas mismas y realizaron aprendizajes que cambiaron su modo de estar en las relaciones con los hijos, las hijas y también con los hombres en relación de pareja.

Algunas mujeres aprendieron a reconocer su propio deseo y a no relegarlo ante el apremio de las necesidades de los hijos, empezando así a compatibilizar sus espacios de proyección personal con los dedicados a los hijos y también a delegar responsabilidades domésticas.

Y ahora que ellos terminaron el bachillerato es que me he puesto a estudiar yo, porque yo me sacrificué, pero ahorita como mujer entiendo que yo me sacrificué como mujer, el estudio para ellos cuando estos niños. Entonces yo dije yo me sacrificué como que para nada, entonces ahora me decidí yo. Me levanto y hago mi

desayuno, y salgo y me voy, allá ellos verán si comen o no. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.310.

De modo parecido, aunque las hijas y los hijos fueron para la mayoría de ellas una prioridad indiscutible, las mujeres aprendieron a ponerles límites cuando la relación con ellas y ellos interfería o entraba en conflicto con otros deseos, como el de mantener una nueva relación de pareja que se narra en el caso siguiente.

Mi hija, si no aceptaba que me juntaba con nadie, me ponía problema, ella me decía cosas, fue muy horrible al principio y el choque entre ellos dos, ninguno de los dos se tolera son como el agua y el aceite, entonces eso para mí también fue una situación muy difícil, porque yo tenía que escoger. Bueno yo soy mamá primero que cualquier otra cosa en la vida y muchas veces le decía bueno qué pena pero hasta acá porque primero está mi hija, pero yo también le hacía ver a ella que ellos salen y se van, y yo me voy a quedar sola. Ellos están haciendo su vida y yo qué, yo no tenía derecho a nada (...) Con ella también tuve que poner un pare porque (...) se llegó a meter conmigo y bueno le dije hasta aquí a mí me respeta como yo a usted. Barrio Salado, Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.69.

En el contexto de conflicto armado, las prácticas abusivas llevadas a cabo por *hombres* favorecieron el aumento de la desconfianza con respecto a ellos. Desconfianza que muchas mujeres verbalizaron en las entrevistas como miedo y dificultad de relación que se traducía en deseo de no volver a establecer relaciones de pareja o de convivencia con hombres.

No obstante, entre las mujeres entrevistadas las hay que describen cómo el proceso de rehacer relaciones con hombres fue asimismo un terreno de aprendizaje. La tarea de volver a tejer esas relaciones no sólo incumbe a las mujeres que perdieron a su pareja, también las separaciones prolongadas obligaron a retomar la relación entre una mujer y un hombre que en el entretanto habían cambiado. El crecimiento de las mujeres durante la experiencia de separación, por ejemplo como en este caso, llevó a tener que afrontar todas las responsabilidades con respecto al hogar y al sustento, además de luchar por hallar al compañero secuestrado.

Volver a empezar no es fácil, no es fácil, porque volver a una convivencia de muchas soledades, de mucho tiempo, donde cada uno sobrevivía según los espacios; entonces donde hay esas ganas de amar, y esas ganas de estar construyéndolas, entonces con detalles, a veces de pronto, sobre todo que soy como intensa, entonces como que quiero estar mucho tiempo, y no. Entonces como he estado tanto tiempo sola, quiero estar sola y a veces no entiendo, y me parece horrible. Pero bueno, eso hay que entenderlo hay que irlo avanzando, irlo construyendo; y además, porque llega y ya encuentra una mujer diferente, una mujer mucho más fuerte, una mujer fortalecida y una mujer que ya genera ingresos, una mujer que es visible. Cali, Valle del Cauca, 2002, P.891.

En otros casos, la apertura a crear una nueva relación con un hombre después de haber perdido la pareja anterior, lleva a las mujeres a una reflexión profunda acerca de qué lugar va a ocupar esa persona en sus vidas y, por consiguiente, acerca de qué lugar va a seguir ocupando la persona amada perdida. Esta reflexión que aparentemente es acerca de la pareja, atañe en realidad a lo que ellas fueron en aquellas relaciones y a su propio hacerse mujeres en ese recorrido. Las mujeres señalan como un aprendizaje la constatación de que la experiencia vivida no se borra ni se sustituye, porque eso equivaldría a negar una parte de ellas mismas. De ahí el agradecimiento, pero también implícitamente la demanda, de que la nueva pareja reconozca en ella “ese ser que soy”, en palabras de la mujer entrevistada. Abordar de nuevo la relación de pareja con un hombre de forma reflexiva y consciente proporciona a las mujeres un mayor conocimiento de ellas mismas.

Entonces yo veo que las cosas ya van mejorando, ya van madurando y ella ya no necesita tanta protección mía, ya la otra inclusive salió de la casa, en esa medida si empecé a tejer una relación, afortunadamente di como que con un hombre bonito que también reconoce en mí ese ser que soy, es un hombre que es de equidad de género, muy equitativo, muy respetuoso, amoroso pues muchas cosas, que no va a remplazar en ningún momento a Silvio, pero a pesar de todo es un hombre muy lindo... pero yo digo reemplazar no, nunca, y Silvio va a seguir ahí siempre, él siempre va a estar en mí porque marcó mi vida para siempre, lo que soy hoy como mujer, como sujeta social, como ser mujer se lo debo a él. Comuna 1, Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

La apertura a una nueva relación de pareja no consiste pues en buscar un hombre adecuado para que ocupe el lugar vacío que otra persona dejó, haciendo desaparecer de ese modo el pasado. El aprendizaje en este caso es que la sustitución y la cancelación de lo vivido no son el camino que lleva a la elaboración personal de la experiencia traumática.

Pues, yo pensé que de pronto uno consiguiendo una persona o aprendiendo a querer a alguien la situación iba a cambiar, iba a cambiar mucho lo que uno pensaba, lo que había sucedido, llenar esos vacíos que le quedan a uno. Pero resulta que no, o sea, las cosas son totalmente diferentes. Barrancabermeja, Santander, P.707.

Finalmente, la apertura que permite rehacer las relaciones con hombres significa dejar que la vida haga su trabajo, como expresa el testimonio siguiente al decir: “no sé qué me depare la vida”. Es decir, estar abierta a lo que suceda, teniendo presente el saber adquirido de que cada persona es única e irremplazable y cada vida vivida al lado de alguien es irreplicable.

Entonces ha sido muy duro, yo llevo nueve años sola, y me ha sido duro volver a tener una relación. Mi hija todo el tiempo me dice, mamá quiero que no te quedes sola, yo me voy a ir a estudiar cuando me gradúe, y te vas a quedar solita. Y eso es duro, eso es duro, pero yo no, no sé qué me depare la vida. Y pienso que, cada persona es irremplazable. Yo nunca voy a reemplazar a Juan. Y si algún día llega una persona a quedarse conmigo, será única también, y viviré otros momentos,

pero Juan, con él viví, una vida. Y cada vida será irrepetible. Cada persona es irremplazable, como cada muerte es irreversible. Y eso es lo que me toca, seguir hacia adelante. Cali, Valle del Cauca, 2002, P.892

De las mujeres que dieron testimonio, algunas volvieron a recrear relaciones de pareja con hombres y lo hicieron conscientes de la huella que las violaciones de derechos humanos habían impreso en su experiencia. Volvieron a intentarlo a menudo con miedo, con sumo cuidado, tratando de aprovechar los aprendizajes, de los cuales el de mayor importancia probablemente sea que tener confianza en una misma es la clave para reanudar los lazos con la vida y las personas.

Pues, en esos casos, yo diría que tener uno más cuidado, más tanto en uno mismo, y no volver a tratar de cometer los mismos errores que uno cometió. Yo ahoritica empecé una nueva relación, hace cuatro años y pues al principio me trató de dar un yeyo, yo no pensé volver a tener una persona, incluso la psicóloga decía que uno debía tener otra persona porque los hijos crecían, se iban, y uno se quedaba solo. Entonces todo eso me motivó, pero yo digo que más que todo es la confianza en uno mismo. Viotá, Cundinamarca, 2000, P.131.

Cada quien coger su camino: separaciones y relaciones conflictivas

De las narraciones de las mujeres entrevistadas se desprende la especial dificultad que reviste para ellas la posibilidad de rehacer relaciones de pareja satisfactorias con hombres después de experimentar hechos traumáticos. No sólo se trata de la dificultad de volver a establecer relaciones amorosas después de la pérdida de la pareja; también de mantener cualquier relación con un hombre después de haber vivido hechos traumáticos causados por hombres.

Los impactos de la violencia transforman las relaciones de pareja, muchas veces hacia el deterioro o la ruptura aunque, como se narra en el testimonio siguiente, la relación puede salir reforzada con los aprendizajes de la experiencia.

Nos unió más, nos unió más porque, (...) si yo con todo el sufrimiento de este año, y lo superé y estoy bien y estás aquí, y estamos juntos, ya lo que venga ya no. Pienso que el sufrimiento me dio fortaleza, me volvió más fuerte.(...) Él habla de la admiración que siente por mí, de lo que me quiere, de lo agradecido que está conmigo, porque dice yo a pesar de que estaba allá en esa oscuridad, muchas veces ya sin esperanza pero yo sabía, dice, yo sabía, yo tenía la plena seguridad de que estabas haciendo algo y que te estabas moviendo. El Tambo, Cauca, 2001, P.341.

En muchos más casos, las relaciones entre mujer y hombre se transforman en otros sentidos. A veces los cambios en el carácter y en el modo de ser que antes se han referido como consecuencia de la experiencia traumática, son los que causan el deterioro de la relación o el deseo de estar sola.

Las personas no me entienden, el marido que tengo ahora es tenaz, es perfecto pero como se dice “cada cabeza es un mundo” y tiene algo que a mí no me gusta, a mí no me gusta y yo a veces digo que deseo estar sola, que cada quien coja su camino. Buey, Chocó, 2005, P.462.

Es el tema de la autoestima, es sentir rabia, es volverme malgeniada a raíz de esos episodios. Yo era una mujer muy tranquila y soy una mujer que tiene muy buenas relaciones con las personas que me rodean, pero a raíz de esos episodios me volví una mujer muy irascible, muy malgeniada y muy sensible también, soy una mujer demasiado sensible, que a mí, medio me levantan la voz y ya pienso que me quieren hacer el daño de la vida. Lloro y pataleo, entonces son cuestiones que me han afectado mucho y me han afectado para poder mantener una relación sana con mi pareja. Cauca, 2006, P.307.

El retorno constante de los abusos padecidos, particularmente en los casos de agresión sexual, puede distorsionar las relaciones entre mujer y hombre hasta el punto de llegar a romperla, pues esta intrusión se vive como insuperable por parte de ambos.

Pues uno siempre recuerda eso y con el compañero él ya no es lo mismo con uno. Mire que ahí fue donde nos separamos nosotros ahí fue donde todo eso ayudó. Yo no sé qué, pero ya no era lo mismo. Como que eso era el peor defecto para uno. Y esas son cosas que uno nunca las olvida son para siempre hay. Después de eso, un día me dijo es mejor dejarnos, que ya no era igual. Hasta de los hijos se despegó. Pero uno siempre se acordaba de esas cosas, en las relaciones sexuales. Pues uno en ese tiempo yo era como que con rabia con él, porque pensaba que era esa la persona que estaba abusando de uno. Bogotá, D.C., 1986, P.3.

El deterioro se debe a menudo a la no aceptación por parte del hombre de la relación con una mujer que ha sido víctima de agresiones o abusos. En el caso del siguiente testimonio la ruptura deriva en una situación pactada pero sin posibilidad de rehacer el vínculo de pareja.

Aquí estoy con mis hijos pasando ratos malos, tengo una casa que es de mi esposo. Compró una casita ahí que se está cayendo, me recogió, pero no vive conmigo por consecuencia de eso. Pero ahí estoy con él así no me vea como una mujer si no nada más como la madre de los hijos. Me duele porque lo amo. Vereda Pereira, Zambrano, Bolívar, 2002, P.249.

El empeoramiento de la calidad de la relación se puede deber no sólo a la falta de aceptación sino incluso al desprecio por parte de la pareja a causa de las secuelas físicas sufridas como resultado de agresiones o tortura.

Una que el ex compañero me decía que quién iba a cargar con todos esos cierres (cicatrices) que yo tenía. Se ponía bravo conmigo. No sé, yo me colocaba un short y me decía que para qué me colocaba eso, y si me colocaba una blusa, que para

qué me colocaba esa blusa. Yo no me las colocaba para que se me miren las heridas, pero me decía que a mi quien me iba a querer con ese poco de cierres. La Dorada, Caldas, 2001, P.591.

En relaciones que ya eran de maltrato del hombre hacia la mujer, como la que se refiere en el siguiente testimonio, éste se agrava frecuentemente con las dificultades añadidas del desplazamiento, las situaciones de estrés o precariedad.

Cuando nos encontraba comiendo en el piso llegaba y nos pateaba la comida a todas, incluso a las niñas. A veces cogía agua para tomar y no se la tomaba sino que nos las tiraba encima a nosotras. A veces estábamos dormidas las niñas y yo, que lo hacíamos en una sola cama, y cuando sentíamos eran las patadas por las costillas. Él estaba tranquilo en su calle y cuando llegaba era pateándome, golpeándome, me reventaba todo. Todo lo poquito que tenía en la casa lo tiraba contra el suelo y lo partía. Él desde antes del desplazamiento era violento. (...) Era costumbre de los paramilitares usar botas Brahma porque tienen la punta donde van los dedos de hierro para golpear más duro. San José del Peñón, Bolívar, 2002, P.213.

La experiencia de violencia en la relación de pareja, agravada por hechos conectados con el conflicto armado, como el desplazamiento o la convivencia con un hombre perteneciente a uno de los actores armados, deja una huella tal que bloquea las capacidades personales para establecer relaciones de otro signo con hombres debido al miedo y la falta de confianza en una misma.

Actualmente voy a tener un año de separada, tengo miedo aunque he conocido muchas personas distintas a las que conocía, todavía le tengo miedo de encontrármelo. Y si algún día me voy a enamorar, conocer bien a esa persona con la que decidir algún día compartir mi vida. Pero no estoy todavía apta para eso, tengo muchos miedos y muchas dudas. San José del Peñón, Bolívar, 2002, P.213.

Marcada para toda la vida: la extensión a las relaciones con los hombres

Algunas mujeres nombran las secuelas de los hechos de violencia, perpetrados por hombres miembros de grupos armados, como barreras entre ellas y los hombres que difícilmente van a desaparecer. Barreras para muchas casi imposibles de borrar incluso si ellas son conscientes de la propia dificultad de restablecer una relación normalizada y tienen la voluntad de querer superarla.

Porque no permitir que una persona de sexo opuesto me coja la mano eso no está bien. Veo un médico y no permito que me examine, y pido que sea una mujer. Pero tampoco está bien porque no todos los hombres son violadores. No lo he superado todavía. Y físicamente, como le digo, no soy capaz de convivir con una persona del sexo opuesto. Tumaco, Nariño, 2002, P.199.

También reconocen como una marca en sus vidas los miedos que se interponen, haciendo que ellas no opten de nuevo por establecer relaciones amorosas con hombres.

Yo no tengo una pareja, a mí me da miedo que un hombre me hable, que me diga que quiere tener algo conmigo. Yo ya no creo en nada, yo no creo en el amor, mejor dicho. Admiradores muchos, pero para mí eso es una mentira, yo quedé marcada para toda la vida allá. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

Incluso en el caso de iniciar una nueva relación, de apostar por tenerla, y que ésta sea una relación positiva, los recuerdos siguen a veces interfiriendo en las relaciones como mujer y hombre.

Como mujer pues bastante, ya pienso mucho en tener una relación. En este momento tengo una persona que ha sido un apoyo muy grande, (...) pero como mujer me he dado cuenta que no puedo responderle como antes, porque me suscita recuerdos que no... Saravena, Arauca, 1996, P.137.

Además de las condiciones de rechazo, fruto de la violencia sexual en los casos anteriores, las razones de otras mujeres para no volver a rehacer la convivencia con un hombre después de la pérdida traumática de sus esposos, muestran tanto el proceso de duelo como la dificultad de compartir de nuevo la vida con otra pareja manteniendo una relación de calidad o reconstruyendo sus relaciones afectivas.

¡Ay, pues imagínese! Creí que me moría... sentí que todo se me derrumbó... de pronto pensé que al pasar el tiempo podía volver a encontrar un hombre igual o mejor que él, a que me volviera a colocar en el puesto en que viví, pero no... nada. Me afectó demasiado, no he podido volver a encontrar un hombre que valga la pena y es así que estoy sola y estoy sola y no sé, de pronto me quede sola, ya son 53 años que tengo encima. Barrancabermeja, Santander, 1992, P.750.

Otras veces, aun con la convicción de querer tener pareja, no se han vuelto a reconocer en la situación de enamoramiento debido a las afectaciones derivadas de la pérdida del compañero o del duelo no tramitado.

Bueno mira si hubo una afectación en mi cuerpo de hecho yo tengo exactamente doce años que me mataron a mi compañero y yo no me he vuelto a enamorar. Déjemonos, como dicen por ahí, de vainas. Toda mujer necesita un compañero pero a mí me marcó, porque el compañero mío era una persona muy especial, amoroso era en el sentido de la palabra un caballero, entonces eso me afectó muchísimo. Arroyo Grande, María La Baja, Bolívar 1997, P.235.

El impacto de la violencia para las mujeres en el ámbito de las relaciones de pareja no se manifiesta únicamente en las afectaciones emocionales que la dificultan. Ser una mujer con proyección pública, vivir amenazada o, incluso estar sometida a medidas de seguri-

dad o llevar escolta conlleva importantes consecuencias en la vida afectiva también de las mujeres, dificultando tener una relación de pareja.

De hecho mi vida personal en materia... cómo se dice... emocional, yo no pude volver a tener una pareja, nadie se me acerca... qué hombre quiere andar con una mujer con dos hombres armados, ¿sí? lo primero que me decían era ¡no mujer, usted se merece todo, pero yo con usted no me atrevo a salir! ¡Qué tal que a mí me maten por ir con usted! ¡No cómo se le ocurre yo salir con usted y dos tipos a la pata suya, tienen que darse cuenta a dónde vamos, qué nos comemos, qué hablamos, si le doy un piquito, [besito] si le doy un abrazo, si no sé qué. Y claro a mí eso me afectaba en gran manera, terrible como mujer. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

Por lo que se refiere a la convivencia con un hombre, muchas mujeres que testimoniaron son conscientes en particular de la delicada situación que una mujer tiene cuando se hace cargo de los hijos habidos con una pareja anterior. Una nueva pareja puede proporcionar estabilidad afectiva y económica, pero no puede sustituir la figura del padre en relación a los hijos. Algunas mujeres volvieron a acompañarse como forma de enfrentar impacto de la soledad o las dificultades económicas y de rehacer la vida. Otras en cambio, han seguido solas adelante.

Yo me volví a reorganizar como al año con un señor. Pero no pude vivir con él, nos separamos y ya, hasta ahí. Ya sigo sola, con mis hijos porque me fue muy mal y no pienso organizarme más, seguiré con mis hijos adelante. No, porque yo pienso que una persona como era el papá de mis hijos es difícil y otra persona no les va a ayudar como el propio papá. De todas maneras así yo me consigo otra persona, me toca que trabajar para mis hijos, porque yo no le puedo decir que le tiene que dar a mis hijos porque no son de él. Timba, Cauca, 2001, P.335.

A pesar de las presiones sociales para que se vuelvan a casar, algunas mujeres desconfían de lo que una nueva pareja pueda suponer en la convivencia y la educación de los hijos. Tal vez, después de salir adelante con ellos, valoren como un riesgo demasiado grande la alteración del equilibrio de la convivencia y el posible cambio de las pautas educativas y los valores transmitidos. Esta actitud de afirmación de las mujeres, frente a los estereotipos culturales patriarcales que ven que “necesitan un hombre al lado”, trata de evitar situaciones nuevamente revictimizantes para ellas.

Todo el mundo dice, ¿y vos por qué no te has vuelto a casar? ¿qué pasa con vos? Entonces, la respuesta que uno les da es, no, lo que pasa es que, tener a alguien que de pronto no se adapte a los hijos de uno, que de pronto les venga a dar maltrato, que de pronto los venga a hostigar, que les venga a dar como un mal ejemplo... desde, esa época, de nueve años para acá, entonces ese es el problema. Dagua, Valle del Cauca, 2002, P.857.

El vínculo con las hijas y los hijos, que para muchas de ellas ha sido el motor para seguir adelante, a la vez ha supuesto un motivo de sacrificio y de dejación de los propios deseos en aras a protegerles de cualquier riesgo. Tal vez también haya sido un modo de retardar o eludir el afrontamiento de los impactos de la violencia por lo que se refiere a la relación con hombres.

Desde que el murió, siempre fue trabajar, estudiar y cuidar a mis hijas, siempre muy protectora de ellas y pensar en relaciones amorosas para mí era violentar a mis hijas y, además, no quería entrarlas en riesgos, de decir yo entro aquí a alguien y qué tal que de pronto ese vaya a hacerle daño a mis hijas. Yo no permitiría que les digan una sola palabra, uno siempre va a estar defendiéndolas. Comuna 1, Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

Numerosos testimonios hablan del miedo a que la nueva pareja maltrate a los hijos, o abuse sexualmente de las hijas. Este miedo tiene un fundamento en hechos reales, en el conocimiento de otras experiencias y en la conciencia de que hay hombres que buscan, a veces, no tanto una mujer con la que compartir la vida, como una relación instrumental de pareja que cubra algunas de sus necesidades básicas. Hay un gran temor en algunas mujeres, sobre un abuso sexual contra sus hijas, como una práctica frecuente y de la que existe un importante subregistro.

Hasta ahorita no he pensado porque a veces siento que por el hecho incluso de ser mujer, ser viuda, tener una hija, yo veo muchos casos. Pasan este tipo de cosas, sobre realidades que observo y me ha tocado acompañar incluso a mí. Incluso compañeros que no son sus padres que terminan abusando de las hijas. Eso a mí, a veces me detiene un poco, porque tengo una hija que quiero mucho y es la única. A veces siento que los hombres se acercan a uno, no porque lo quieran realmente a uno sino por utilizar, y yo no comparto eso, para eso yo prefiero quedarme sola. Tierradentro, Cauca, 2008, P.317.

También desde el punto de vista de algunas hijas, como en el testimonio siguiente, se manifiesta la preferencia de que la madre no se vuelva a casar cuando se presume que eso puede tener nuevas interferencias en sus relaciones.

Sí a mi mamá le toco terminar de vivir sola, con nosotros salir adelante, no consiguió más marido gracias a Dios, tenemos que agradecerle eso a mi mamá Medellín, Chigorodó, Antioquia, 1989, P.36.

Son, por tanto, muchos los elementos que interfieren en la posibilidad de que las mujeres que han padecido violaciones de derechos humanos establezcan relaciones amorosas y de convivencia satisfactorias con hombres después. Los testimonios señalan cómo las alteraciones en el carácter, las distorsiones en la percepción y los miedos derivados de la experiencia vivida ponen obstáculos a la recuperación de la confianza en las relaciones con hombres.

Las narraciones de las mujeres, como la del siguiente testimonio, relatan también una toma de distancia, una pérdida de confianza o una cierta desesperanza, con respecto a los hombres y a la posibilidad de establecer relaciones de calidad con ellos. Relación de calidad que se describe como una en la que haya comunicación, respeto, cariño y capacidad de compartir. La poca confianza en que ésta se pueda dar tiene probablemente que ver con las experiencias negativas relacionadas con el maltrato y los abusos de todo tipo cometidos por hombres en situaciones que les confieren una posición de dominio respecto de las mujeres en el contexto del conflicto armado.

Como mujer siento que yo por ejemplo quisiera tener una relación con un hombre dentro del cariño, el respeto, de la compañía. No de que me preste su nombre para ser una mujer respetable. Sino desde la comunicación como seres humanos quisiera tener con quien contar alguien con quien yo pueda compartir mi vida. Pero no lo hay. Entonces como mujer me siento sola, a veces me siento perdida en esta jungla de violencias y de inequidad. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

Algunas mujeres pues desconfían, no pueden o renuncian a tener una relación de pareja con un hombre.

(...) de ahí para acá no he vuelto a tener una pareja y espero no tenerla. Putumayo, 2000, P.439.

Otras mujeres no sienten la necesidad o la falta de una pareja para seguir sus vidas o, por lo menos, dejan esta posibilidad en manos del azar y del tiempo.

En mi corazón siempre ha estado él y siempre digo si no va a haber más compañero para mi vida, pues que no haya ¿sí? porque yo como persona, pues, yo ya había decidido que ese iba a ser mi compañero hasta la vejez. San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

No ha habido nadie que a mí me conmueva el corazón, entonces tampoco me afaño, eso ya depende de lo que yo a veces digo, de los espíritus de la Madre Tierra, que llegue su momento. Tierradentro, Cauca, 2008, P.317.

A veces una se obliga a hacer cosas que una no quiere

Para seguir adelante las mujeres tuvieron que buscar caminos, trazar estrategias que les proporcionaran unas mínimas condiciones para rehacer la vida; a saber, unos ingresos o medios de subsistencia, un espacio para vivir con seguridad y una cierta estabilidad en las relaciones y el entorno afectivo. Entre la diversidad de trayectorias que las mujeres recorrieron para enfrentar los impactos de las violaciones de derechos humanos, los testimonios narran opciones encaminadas a conseguir esas condiciones que a menudo supusieron altos costos personales.

Una de esas opciones fue el matrimonio o la convivencia con un hombre con la esperanza de recobrar una estabilidad perdida o una seguridad económica. La necesidad, la desesperación por la falta de empleo y la difícil situación económica es el principal motivo para aceptar unirse a una persona con la que, en otras circunstancias, no se querría convivir. Una convivencia que, por otra parte, se demuestra muy difícil de mantener.

Los dos vivimos situaciones muy al límite al mismo tiempo. Él necesito un tiempo donde refugiarse y yo le ofrecí mi casa yo ya estando viuda y sola, y aunque nunca me gustó, el hombre fue teniendo una situación económica muy solvente y casi fue por eso que terminamos casados. Yo pensé ve, este tiene una vida muy holgada, una ayuda muy interesante para mí, sin ser él interesante como ser. Esas son las clases de decisiones que una mujer nunca debería tomar, porque se arrepiente después. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

El análisis que las mujeres entrevistadas hacen de esta estrategia señala con claridad cuáles fueron sus motivos, sus prioridades y cuáles sus errores. En su balance de lo que supuso en su recorrido deslindan lo que pretendían de lo que consiguieron, que a veces fue aumentar la carga de su situación. También distinguen entre lo que fue su decisión y responsabilidad y lo que se debió a la necesidad por falta de apoyo para encontrar empleo o tener un sustento.

Qué hice yo... el error que a veces cometemos las mujeres porque como no soy la única, muchas lo habrán hecho, creyendo que de pronto unirse a una persona... va tener esa ayuda, yo volví y me organicé porque me sentía desesperada de ver que no encontraba un empleo, entonces acepté volver a vivir con alguien, ¿no por amor! Porque no lo hice porque me hubiera sentido enamorada de esa persona, sino porque honestamente me sentía necesitada de alguien que me ayudara económicamente, pero como todo... a veces el error, no se vuelve a reparar, pero igual tampoco uno puede ni maldecir, ni renegar por lo que le pasa. (...) Entonces, eso fue lo que hice, que no debí de hacerlo, debí haber luchado de forma diferente si hubiera encontrado un empleo, si me hubieran ayudado como debería de ser, pero bueno. Barrancabermeja, Santander, 1992, P.750.

El matrimonio como solución pragmática a una situación difícil de sobrellevar, bien por la juventud y la falta de apoyo, bien por sobrevivir y dar cobertura a los hijos y las personas que de una dependen, se convierte a menudo en una obligación, en una tarea ardua que se asume como única salida aun sabiendo que no responde a lo que una querría hacer si las circunstancias se lo permitieran.

A la edad de 19 años me tocó trabajar para sacar el bachillerato porque cuando a él lo mataron yo apenas estaba en octavo, me tocó meterme a estudiar de noche, cosa que él nunca quería, trabajar y estudiar. Cuando salí de ahí, coger mi marido porque era la única solución que yo veía en ese momento. Quibdó, Chocó, 2000, P. 479.

Sometiéndose a vivir con un marido que directamente a la hora de la verdad tampoco quiere, porque no quiere uno poner ese niño a pasar trabajo, a aguantar hambre, de pronto desnudez, enfermedad... Entonces debido a eso a veces uno se obliga a hacer cosas que uno no quiere. Neguá, Chocó, 1995, P.474.

Sin embargo, como hemos visto en repetidos casos y por muy diversas razones, otras muchas mujeres evitaron la opción del matrimonio o las relaciones de pareja con hombres. Algunas de ellas consideran sin ninguna duda que ésta es una estrategia equivocada para superar la difícil situación en que se encontraron después de los hechos de violencia. En el fondo, se presiente un estado de vulnerabilidad para ellas y sus hijos e hijas cuando se depende económica o emocionalmente de los hombres.

No, yo no, yo decía: “Mis hijos y son mis hijos”, yo decía: “Tanto dolor y tantas cosas que he pasado en la vida, yo no voy a cometer el error de ponerle un padrastro a mis hijos”, de yo ver que me los maltrate... Tibú, Norte de Santander, 2003, P.693.

Presión sexual y prostitución

La posibilidad de ejercer la prostitución como una actividad que proporciona dinero y, por consiguiente, como un medio de subsistencia en una situación extrema está presente en testimonios. Pedir favores, o servicios sexuales a cambio de dar dinero es un comportamiento normalizado entre muchos hombres que se intensifica en circunstancias que les confieren una posición de ventaja mayor con respecto a las mujeres. La situación de precariedad en la que se encuentran la mayoría de mujeres que han sufrido violaciones de los derechos humanos es, propicia para que se den esos abusos.

En situaciones como la de desplazamiento, que desestructuran la vida y ocasionan un impacto en el sentimiento de valía como persona, algunas mujeres buscan la seguridad o el reconocimiento a través de relaciones esporádicas con hombres.

Acá no valgo por lo que soy sino supuestamente por los amigos que tengo, que tienen que ser políticos y tengo que regalar hasta mi cuerpo para poder obtener algún tipo, de empleo, tengo que regalarme o ceder sexualmente para poder tener un empleo. Fusagasugá, Cundinamarca, 2004, P.140.

Diversas mujeres narran cómo al pedir ayuda monetaria a otras personas –hombres-, fueran amigos o conocidos, éstos les proponían tener relaciones sexuales con ellas a cambio de esa ayuda.

En estos días, estaba yo sin plata y necesitaba una platica para comprarle unos zapatos a los niños... y le dije a un señor por allá que me prestara 30 mil pesos, entonces él me dijo: “No, yo no se los presto... Ah! Pero si usted hace esto y esto conmigo...” y yo: “Ah no! Entonces no me preste nada, gracias”, y me dijo: “No,

yo se los regalo... ¡Venga! Y no se los cobro”, y yo: “No, no, dejémoslo así más bien”. Aguadas, Caldas, 2004, P.597.

Porque es que lo humillan a veces cuando uno le dice a alguien mira, será que tú me puedes hacer el favor de prestarme... Uno le dice amigo hazme un favor, me puedes prestar por ahí 5 mil pesitos, yo te los pagos después y de una vez, en seguida lo convidan a uno para la cama y así no es. Barrancabermeja, Santander, 1992, P.750.

Incluso una mujer sugiere a otra mujer la posibilidad de prostituirse, planteada como una estrategia de explotación de las cualidades atribuidas al cuerpo femenino, que le permitirá dar de comer a los hijos en su situación de falta de trabajo.

Le fui a pagar el recibo a un primo, y había una cola y una señora al lado que no sé qué, que no tenía nada que comer, y hay personas que se dejan llevar por consejos de otras. Una señora le dijo a otra: “¿usted no tiene una alcancía?” - me disculpa pero así dijeron- y yo poniéndole cuidado a la conversación. La señora le respondió, si tuviera a una alcancía ya la hubiera roto y les había dado a mis hijos comida. Y la otra le dijo, “no, es que nosotras las mujeres tenemos una alcancía, y se puede explotar...” Y en esas se volteó y me preguntó, ¿usted tiene trabajo?, “no, yo estoy sin trabajo también”, “usted es bonita, usted tiene presencia, usted tiene cuerpo”. Viotá, Cundinamarca, 2000, P.131.

Sin embargo, algunas mujeres, como se narra en los testimonios siguientes, se vieron empujadas al ejercicio de la prostitución como un modo de obtener el dinero necesario para sostener a la familia. Dar de comer a los hijos y mantener al esposo enfermo ingresado en una clínica fueron las circunstancias que forzaron a la mujer entrevistada a aceptar tener relaciones sexuales con hombres, a cambio de unos ingresos que, junto con los de su empleo, eran los únicos medios económicos con que la familia contaba.

Yo trabajaba, pero los recursos no me alcanzaban, entonces qué pasó, pues... a mí llegaban, hombres así y me decían que vea, que yo les gustaba por joven, por elegante y bueno todo esto, y yo caía por la necesidad ¿sí?, yo decía : “Pues, si me ayudan yo... yo estoy con ustedes”, ¿sí? y entonces, qué pasaba, yo me iba y hacía lo que hacía, me daban cualquier cosa y ya con eso me iba para la casa a llevarle la comida a mis hijos y... sucedió mucho tiempo. Con él en una clínica, pues, me tocó aceptarlo y yo trabajaba para poder ir a Manizales, a llevarle lo que necesitaba allá, más luchar por remedios, medicamentos para él, para poderlo recuperar. Riosucio, Caldas, 2000, P.616.

Se trató, en palabras de ella, de una prostitución silenciosa que se ejercía en secreto como forma de completar los ingresos familiares. Sin embargo, esta situación a la que se había llegado para mantener al marido y a los hijos, supuso una desintegración de las relaciones en el seno de la familia y un empeoramiento de la convivencia.

Yo, pues, todos los días le pido a Dios qué debo hacer, inclusive, caí (...) caí (...) en una prostitución silenciosa, por tener... por luchar por mi familia, estuve casi más de cinco años en eso y mi familia no se daba cuenta. Mi esposo sí tenía como ideas, ya se formó el problema en el hogar y todo eso. Se me destruyó el hogar, e inclusive, en el momento todavía mi vida es un infierno... un infierno, yo no tengo paz, no tengo tranquilidad, esa angustia todo el tiempo. Riosucio, Caldas, 2000, P.616.

En otros casos, las situaciones de precariedad económica, necesidades urgentes para los hijos y fragilidad social empujaron a algunas mujeres a prostituirse por necesidad.

Me ha tocado pasar mucho trabajo y hacer cosas y andar con personas que no lo he deseado por darle de comer a mis hijos. Me ha tocado acostarme con hombres por darle de comer a mis hijos y sufro mucho por eso, pero lo he hecho. Samaniego, Nariño, 2010, P.443.

Del mismo modo, en otros testimonios se recalca el sufrimiento y el hecho de que ejercer la prostitución es una posibilidad no deseada, sino forzada por las circunstancias. A veces los núcleos familiares se desintegran al no poder superar el daño emocional, o rehacer los equilibrios que regulaban la convivencia y que aseguraban el sustento.

Sí, él tenía una compañera de allá mismo de mi pueblo, tenía dos niñas y la mujer estaba embarazada de un niño. Eso terminó con la familia de él, porque la mujer viéndose sola quedo completamente desamparada, esa muchacha se prostituyó, y en este momento creo que la dos chicas también ejercen la prostitución. Montería, Córdoba, P.90.

Sin embargo, a pesar de la frecuencia con que se les planteó la opción de la prostitución como modo de supervivencia, muchas mujeres se negaron a entrar en la relación de obtener dinero utilizando su cuerpo para vender servicios sexuales y lograron otras estrategias para salir adelante.

Yo no lo niego, a mí sí me han dicho: “Vea, le doy 30 o 40 mil pesos”, y yo necesítandolo, pero yo digo: “No, yo mi cuerpo no lo vendo por esto”, o sea, yo necesito la plata, si la necesito, pero que yo me la consiga trabajando, sea lavando o cogiendo café, bueno, en cosas que yo misma las trabaje, pero no así en esa forma, no, porque para mí esto es más duro, porque yo darles ese ejemplo a mis hijos... Urrao, Antioquia, 2005, P.597.

Las mujeres que siguieron adelante rechazando la prostitución y sin buscar el apoyo de un hombre por medio del matrimonio o la convivencia, obtuvieron en su mayoría los recursos para la subsistencia en el mercado de trabajo o por medio de la economía informal. Realizaron los trabajos más duros y humildes que nunca habían realizado ni imaginaron tener que hacer, para que la economía familiar diera lo suficiente y los hijos salieran adelante.

Ahora me ha tocado someter mi cuerpo a trabajos duros, a trabajos forzosos como la construcción, lavar ropa de la calle y de hacer aseos a casas ajenas, trabajar en casas de familia que fue algo que no hice ni en mi niñez, ni en los 18 años que viví con Jaime. Putumayo, 2000, P.439.

He pasado necesidades aquí en Medellín, he salido a vender agua, a vender limonadas, a vender por ahí confites, reciclar. Vereda Peñol, Antioquia, 1998, P.43.

Aislamiento social y estereotipos sexistas

En muchas ocasiones las mujeres que debieron enfrentar las consecuencias y los impactos de las violaciones de derechos humanos sintieron que no tenían apoyo. Haber tomado opciones que transgredían el canon de género de la feminidad fue una de las causas de la negación de ayuda por parte de las personas más cercanas. En el testimonio siguiente, la actitud de distanciarse de toda responsabilidad y sugerir que la hija tal vez merece las amenazas por el hecho de comportarse de forma inapropiada “para una mujer”, comprometiéndose políticamente, parece ser la respuesta del padre a la petición de ayuda de la madre que da el testimonio.

Entonces, yo pues me llené de miedo, y de temor. Yo corrí pa’ donde el papá de mis hijos, yo le dije, ve hola, yo qué voy hacer, mirá que están amenazando a la niña, mirá que la van, que si no me la llevo la van a matar. Entonces lo único que me contestó fue: “yo no la he mandado, a que se monte por allá, yo no la he mandado a machoniar, yo siempre le he dicho que deje de estar machoniando”. Trujillo-Venecia, Antioquia, P.831.

En el caso citado a continuación, la opción afectiva y sexual del lesbianismo se convierte en una barrera infranqueable en la relación entre madre e hija, en el marco de unos hechos de violencia cuyas consecuencias ambas deben enfrentar.

Mi madre es muy cruel, mi madre es muy dura, es muy pegada a su religión, a sus costumbres, a sus cosas y, eso me está haciendo muchísimo daño; no puedo sentarme con mamá a decirle: “mamá yo soy lesbiana” porque de pronto le puedo causar un shock o mucho daño. Ella está sufriendo muchísimo y con lo que me pasó sí sospecha, por la mismas personas, la misma sociedad, las mismas personas que le han comentado. Vereda Zapatero, Huila, 2000, P.773.

Los prejuicios y los estereotipos sexistas también actuaron desfavorablemente para las mujeres que quedaron viudas, y por tanto solas por lo que se refiere a tener una pareja masculina. Según este tipo de prejuicios, como señala la mujer que da testimonio, cualquier mujer está en una búsqueda constante de hombre, en competencia con otras mujeres, para tener una posición digna dentro de la sociedad. Una mujer viuda, pues, no es vista como alguien que necesita apoyo, sino como una mujer peligrosa.

De hecho si quiero como de esta re-victimización de la cual te hable hace un rato, es como la sociedad y como las instrucciones las mujeres viudas cambia incluso nuestra dignidad cambia nuestra posición en la sociedad y pasamos de ser la señora de; a ser una puta más. (...) las viudas en la policía son las putas, son las perras... por el simple hecho de que ya no hay un hombre, que respalde y dé el honor de señoras. Y eso también pasa con la sociedad. La sociedad del común, o sea nos volvemos una amenaza para las mujeres casadas y esto lo viví cuando me quedé viuda y lo volví a vivir cuando me divorcié. Una mujer sola o divorciada, según la sociedad y el resto de mujeres casadas, es una quita maridos, de hecho te dan ese rotulo en el pueblo (...) han pasado 18 años desde que él murió, pero que todavía hoy en este momento pienso muchas veces en esta ausencia de este hombre y lo que ha significado en la vida de mi hijo y mía el hecho de que él no esté... dándonos ese lugar digno que ante esta sociedad tenemos las mujeres solo si estamos acompañadas de un hombre. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

Las mujeres que quedaron viudas sintieron la respuesta social negativa, como si hubieran perdido el respeto que merecían y se habían convertido en sospechosas desde el punto de vista del control social sobre su cuerpo y su sexualidad. A esta pérdida de valoración social por la falta de una pareja masculina, se sumó la existencia de una legislación discriminadora que sólo consideraba como posibles receptoras de apoyo económico, en forma de pensión, a las mujeres viudas que hubiesen contraído matrimonio.

Me afectó en mi dignidad como la sociedad y las instituciones, todo lo que toca enfrentar además de la pérdida eso también que yo llamo la re-victimización, porque eso de que ya dejé de ser una mujer digna de respeto. Para que me empezaran a ver de otra manera. Entonces las vecinas empiezan a comentar, cada hombre que va a mi casa es porque se acuesta conmigo. Empezar a ocupar esos espacios de descalificación frente a otras personas es muy doloroso. Angustias económicas no sufrí porque esas vueltas fueron muy rápidas y yo estaba sola con mi hijo, entonces no fue difícil la parte económica, lo difícil fue enfrentar esa ausencia. Elaborar duelos es muy complicado en ese contexto de ser viuda y no casada que es otra cosa, aunque yo era la compañera permanente, eso a la policía no le valió, yo no quedé pensionada, quedó pensionado mi hijo. Desde esas desventajas, esa denigración como mujer, me sentí muy violentada... y todavía. Y es ese lugar en que los pone a una la sociedad, cómo pasar a un segundo plano. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

Los estereotipos creados alrededor de determinadas figuras, como las personas desplazadas, interponen asimismo una pantalla de prejuicios que distorsionan la relación dificultando la comunicación y la recepción de apoyo; crean una situación humillante para las mujeres que se encuentran en la necesidad de solicitar ayuda a las entidades o instituciones.

¿Qué he hecho? Humillarme... en las entidades, eso lo más verraco. Vas a tocar las puertas en una parte, entonces... lo primero que dicen “¡eso es que se hacen

los desplazados para que les estén dando!” . Eso es una humillación grande, incluso a veces encuentra uno con unas secretarias que también lo humillan. La Llana, San Alberto, Cesar, P.752.

Las mujeres desplazadas han sentido particularmente la falta de apoyo debido a la desconfianza y consiguiente discriminación que su propia situación genera.

Como mujer me han afectado mucho porque al menos la integración con la familia se ha alejado, y no hay esa integración como vivíamos antes. En la situación económica también porque uno pasa mucho trabajo cuando uno se desplaza de un sitio a otro, tiene que empezar a buscar trabajo, a uno lo discriminan mucho, le ponen de todo pero, no consigue uno quien le dé un trabajo, no consigue uno quien le brinde un buen apoyo porque ya piensan que uno es también gente que no son de la sociedad; entonces eso afecta mucho. Neguá, Chocó, 1995, P.474.

La pérdida del propio valor que se refleja en la mirada de las otras personas es una de las sensaciones que perciben las mujeres que han sufrido los impactos de la violencia. Esta devolución de su propia imagen como rechazo o minusvaloración es la causa de la pérdida de autoestima.

Yo actividad sexual no tengo, porque no tengo marido, no vivo sino con mis dos niñas, pero yo sí me desvelo mucho, pienso mucho, no duermo bien, me preocupo mucho por la vida, por la situación. Tengo muy baja mi autoestima, de ver como que la gente lo rechaza a uno, me siento discriminada, la verdad. La Victoria, Valle del Cauca, 2010, P.145.

En otros casos, como el siguiente, la dificultad de relacionarse con los demás, de cultivar amistades, después de las pérdidas derivadas de los hechos traumáticos, propicia el vaivén entre la sensación de desvalorización y falta de apoyo, y el emerger de la agresividad y rabia contra aquellos que causaron el daño.

Fue mucho sufrir, sufrí mucho, sufrí mucho, ya por última uno no podía ni tener amistades porque ya lo consideraban a uno... no sabía uno si era que los demás eran problemáticos o porque veníamos muy obstinados con la pérdida que habíamos tenido. Entonces ya uno se siente como... que no vale nada, o se siente uno muy agresivo, como que uno desearía coger a los que causan daño, cogerlos y exprimirlos y no sé. Barrio Boston, Barrancabermeja, Santander, 1988, P.754.

La falta de ayuda y asesoramiento jurídico fue particularmente grave en el caso de mujeres jóvenes y niñas que experimentaron soledad y abandono frente violaciones perpetradas por integrantes de las fuerzas armadas del Estado. Unos hechos que quedaron en su mayoría impunes por falta, entre otras cosas, de apoyo legal a las víctimas.

A mí me dolía y me duele pensar que son personas que cuidan de uno supuestamente a nosotros, y ver que a mí me hicieron eso, precisamente un tipo... a mí,

la verdad, me cambió mucho porque yo era una niña, porque yo no sabía nada de eso, nunca tuve a alguien al lado que me ayudara con todo... por la vía legal. Entonces, sí cambié mucho, no solo que me cambió mi cuerpo, sino que también mi forma de pensar. Yo le cogí miedo a los hombres, precisamente le cogí mucho miedo ¡Demasiado a los policías, a los militares! Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

Seguir adelante después de los hechos que trastocaron el recorrido de vida de forma violenta es un proceso que cada mujer ha realizado sorteando obstáculos presentes en el entorno social, económico y cultural y venciendo barreras o bloqueos interiores relacionados la mayoría de las veces con los daños sufridos. En este proceso de superación ellas se vieron impulsadas mayoritariamente por el amor a los vínculos con otras y otros. Las dificultades y la falta de apoyo en cambio tuvieron que ver las más de las veces con los prejuicios de género y con la violencia estructural o la injusticia que genera el patriarcado como forma de dominación.

Conclusiones

En los testimonios de las mujeres entrevistadas hallamos una gran riqueza de información sobre cómo los hechos de violencia y las violaciones de los derechos humanos repercutieron de forma brutal en sus vidas truncándolas en un momento de su recorrido y obligando a las mujeres a enfrentar y a superar graves agresiones a sus cuerpos y situaciones de pérdida de relaciones, de lugares de vida y de trabajo.

Aunque los testimonios se refieren a unos hechos que responden a patrones repetidos de violencia contra las mujeres, la experiencia que transmiten presenta una gran variedad de matices pues surge de biografías únicas e irrepetibles. Sus vidas con anterioridad a los hechos, los sueños que se desvanecieron con los mismos, eran tan diversos que no presagiaban un futuro compartido de dolor como víctimas de la violencia. Sin embargo, las mujeres que dieron testimonio de su experiencia extrema, cuentan con palabras muchas veces similares lo que ellas sintieron, lo que en ellas se desencadenó con aquella experiencia.

La vivencia subjetiva de los hechos que se verbaliza no se puede considerar homogénea, pero sí encontramos en sus formas de expresarla imágenes que nos remiten a un estado emocional y de experiencia que se ha nombrado como quebranto. En el quebranto no se rompe una forma de ser mujer, se rompe cada mujer con su singularidad, y ello se manifiesta en todas las dimensiones de su ser. Así, si en la experiencia del quebranto coinciden sus biografías, en los impactos que este tiene en los cuerpos y en el modo de estar en las relaciones se dibujan diferencias importantes. Todavía más diversos son los recorridos que estas mujeres han trazado como supervivientes de los hechos de violencia. Los testimonios se resisten a ser agrupados en tipologías de modo que lo que transmiten son muchas caras de la experiencia de mujeres, muchos modos de elaborarla y significarla.

Experiencia de mujeres que en muchas ocasiones ellas presentan de forma ambivalente. La vivencia de quebranto se expresa como morir y seguir viviendo. La relación con los hijos y las hijas se vive a la vez como una responsabilidad abrumadora y como un deseo irrenunciable. Y también el heroísmo femenino que se explica como surgido de una extrema fragilidad, casi de una impotencia. En esa ambivalencia reside probablemente la capacidad de las mujeres entrevistadas de comunicar la complejidad de su experiencia extrema, destacando a la vez su impotencia, el “no poder”, y su capacidad de recuperación, el “seguir pudiendo”. Pues todas ellas, con mayor o menor grado de salud física y psíquica, con mejor o peor calidad y nivel de vida, con sus sueños y sus relaciones afectivas más o menos rehechos, han sobrevivido a una experiencia abismal y traumática provocada por hechos violentos que constituyen violaciones de derechos humanos extremadamente graves. Han sobrevivido a ella y decidieron contarla porque tiene sentido para ellas poner su verdad al alcance de otras.

IV. Consecuencias en la sexualidad

Ya mi vida no es como antes en mi vida sexual, en el modo de vivir, ya no tengo esa tranquilidad, ya no quiero acordarme de lo que me pasó. Neguá, Chocó, 2000, P.484.

Al abordar cómo los hechos de violencia afectaron la sexualidad de las mujeres quienes dieron testimonio hacen referencia casi de manera única a las relaciones sexuales entre mujeres y hombres³⁴.

Estas relaciones se vieron profundamente alteradas por las violaciones de derechos humanos contra las mujeres. Las experiencias traumáticas incidieron negativamente en las relaciones afectivas y, muy en particular, en las relaciones sexuales entre mujeres y hombres. Puesto que muchas de las agresiones buscaron la mutilación y la desfiguración el cuerpo femenino, así como la vejación sexual de las víctimas, la distorsión que las mujeres experimentaron en la relación con su propio cuerpo, con el placer y con los hombres en las relaciones sexuales fue especialmente aguda.

Muchas mujeres refieren cómo el comportamiento sexual en la pareja nunca volvió a ser el mismo. La forma como ellas y ellos enfrentaron ese cambio dio lugar a muy diversas situaciones y experiencias: el abandono, la separación o el maltrato, pero también la convivencia sin relaciones sexuales, en la que cobró un mayor peso el hecho de acompañarse. Asimismo, las mujeres que quedaron sin esposo o compañero como consecuencia de los hechos de violencia, hablan de la gran dificultad que experimentaron para volver a tener una relación íntima con otro hombre.

34 Una sola de las mujeres entrevistadas manifestó su orientación sexual lesbiana en el análisis de estos impactos.

Estos hechos son significativos porque la verdad que emerge de las mujeres, pone de manifiesto que son hombres quienes han perpetrado la inmensa mayoría de hechos de violencia contra mujeres; y que las agresiones sufridas por las mujeres tuvieron muchas veces un claro carácter de ataque al cuerpo y a la sexualidad femeninas. La violencia sexual como violación de derechos humanos y tortura sexual fue referida por casi una de cada ocho mujeres que dieron su testimonio (13.2%; n=123), y la mayor parte de ellas sufrieron varias formas de violencia sexual. Es decir, la violencia contra los cuerpos de las mujeres perpetrada por hombres constituye un nudo central de la práctica de relación entre los sexos en el contexto del conflicto armado colombiano.

Esto no quiere decir que la violencia esté presente en todas las relaciones entre mujeres y hombres. En las voces de mujeres podemos oír que existen relaciones entre mujeres y hombres que no están inmersas en la política sexual de socavación de aquellas, llevada a cabo por actores armados. Las mujeres que dieron testimonio narran experiencias de relación con hombres, de convivencia o de pareja, que no están marcadas por la violencia sino por el amor. Pero la violencia preside otras relaciones entre mujeres y hombres, incluso aunque ésta no tenga conexión directa con el conflicto armado. Algunas mujeres entrevistadas aluden a relaciones sexuales forzadas y a comportamientos violentos por parte de los hombres con quienes conviven que preexistían a las vulneraciones de derechos humanos sufridas y que estos hechos han venido a diversificar e intensificar. En el contexto del conflicto armado, este tipo de violencia se da con mayor invisibilidad e impunidad.

La escucha de los testimonios transmite una atmósfera indicativa de que la violencia contra las mujeres en el contexto del conflicto armado ha generado desconfianza de las mujeres hacia los hombres. Muchas de ellas manifiestan su rabia y su miedo, su ausencia de deseo de relacionarse con hombres, y algunas afirman que no volverán a mantener relaciones sexuales ni de pareja con varones. Esas mujeres hablan, pues, de una perturbación significativa en la práctica de las relaciones heterosexuales que llega a perfilarse como fractura en la relación con el otro sexo. Esta brecha emerge de una experiencia de mujeres víctimas de agresiones, en gran medida de carácter sexual, perpetradas por hombres.

No era lo mismo

Casi una de cada tres mujeres víctimas describe un fuerte impacto sobre su sexualidad (29%; n=270), como consecuencia de las violaciones de derechos humanos. Si bien la frecuencia de violencia sexual es menor (13.2%; n=123) estos datos muestran el fuerte impacto de otras violaciones de derechos humanos, el duelo, estrés y sufrimiento vivido por las mujeres en su sexualidad.

Los tipos de afectaciones que las mujeres señalan cubren un abanico muy amplio que va desde la pérdida de deseo o el miedo, hasta la reiteración de los recuerdos, la confusión y las secuelas en el terreno de la salud reproductiva.

Las mujeres que dieron su testimonio identifican con claridad el nexo causal entre las violaciones sufridas y los trastornos en el comportamiento sexual derivados de aquellas. No obstante, al ser preguntadas sobre la afectación en la sexualidad, muchas de ellas mencionaron otros impactos de la violencia como elementos encadenados que provocaron una situación de malestar generalizado en la convivencia. En todos los casos las relaciones con hombres cambiaron llevando a nuevos equilibrios o rupturas y en ese marco de cambio de la relación, la práctica de la sexualidad en la pareja no sólo se vio afectada, sino que ocupó un papel relevante.

Una de las distorsiones del comportamiento sexual con la pareja que las mujeres señalan es la repetición de la agresión sufrida que se interpone en el momento de establecer una relación íntima, creando confusión y rechazo. La continua intrusión de esa experiencia en la vida sexual supone un desgaste en la relación de pareja que puede conducir finalmente a la ruptura.

Me casé a los 17, pero tenía problemas porque yo empecé a confundirlo con el muchacho que me violó a mí, entonces digamos que al principio lo entendió bien. Pero fue pasando el tiempo y ya no se la aguantó más. Riosucio, Antioquia, 1999, P.92.

La persistencia de la repetición de la experiencia de violación, aunque se mantenga la capacidad de discernir entre realidad y recuerdo, puede llegar a convertirse en una barrera de miedo que dificulta en gran medida volver a tener relaciones sexuales con un hombre.

Estar con un hombre para es mi es algo horrible, o sea, porque la primera vez que... yo después de eso, estuve con alguien... ¡Imagínese yo lo que sentí! Yo sentí que me estaban violando, y no precisamente porque lo estuvieran haciendo, no, porque así me sentía, me sentía así. Entonces, eso me ha afectado en esa parte ¡bastante!, de tenerle miedo de tener relaciones con alguien. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

Reanudar la vida sexual con la pareja después de haber sufrido una violación implica rehacer la relación con el propio cuerpo para recuperar el deseo y el placer de abrirse a una relación íntima con el compañero. Incluso la disposición de acompañamiento y la comprensión por parte de la pareja fueron a veces insuficientes para dejar de asociar las relaciones sexuales con el recuerdo de los hechos traumáticos.

De ahí en adelante duré como seis meses que no me dejaba tocar ni un pelo. Él me hablaba, me aconsejaba, me ayudó mucho pero a veces se me arrima y me parece que esa persona que me violó está ahí. Vereda Patio Bonito, Líbano, Tolima, 2001, P.153.

La huella psíquica de las agresiones sexuales atraviesa el tiempo y el olvido, de modo que el recuerdo puede resurgir, espoleado tal vez por otros hechos, imponiéndose hasta crear serias dificultades para mantener relaciones sexuales con el esposo.

Desde hace tiempo que pasó eso, lo único que yo he conversado con mi esposo, será también hasta por eso, es de los problemas que hemos tenido también con él, porque... no permito a veces que se me acerque, como decir que venga, no. Yo no soy, es como algo que, algo, algo... Recuerdo cosas, tremendas. Porque a mí me ha pasado algo en la niñez, entonces, por ese motivo esos recuerdos, porque a mí me casi se me había olvidado, ya ni recordaba eso... Yo me imaginaba, que llegara borracho, porque usted sabe que esas personas si se emborrachan con armas y todo ahí. Yo me imaginaba que me amenazaban, que a la fuerza [la forzaban]... era tremendo. Platanero, Cauca, 2000, P.839.

El miedo a mantener de nuevo relaciones sexuales después de haber sufrido una agresión es una de las afectaciones que las mujeres refieren al tratar de explicar cómo los hechos de violencia cambiaron su vida sexual.

¡Umm! Sí. O sea, yo iba hacer el amor con mi esposo y me daba miedo (sollozos) y sentía como temor, no, no sentía deseos de hacer el amor. Río Negro, Antioquia, 2001, P.698.

La interferencia del miedo como distorsión del comportamiento sexual no se relaciona sólo con las agresiones al cuerpo femenino; en el caso que se cita a continuación, es el temor a hacer daño a la otra en la relación corporal, después de una prolongada separación debida a un secuestro, lo que impide al esposo volver a tener intimidad sexual con su esposa. Sin embargo, el diálogo en el seno de la pareja permitió superar los temores y la desconfianza mejorando la relación en un sentido general.

Los primeros meses sí, porque mi esposo decía que a él le daba miedo tocarme. Me decía que le daba miedo hacerme daño, porque fueron como 3 meses en que, yo decía qué pasó... yo pensaba que de pronto él estuvo con otra persona allá. Yo le pedía que me cuente, pero ya no después no, en todos los aspectos después del secuestro mejoró nuestra relación. El Tambo, Cauca, 2001, P.341.

En la mayoría de los casos, los hechos traumáticos quiebran el sentido de la propia vida provocando una pérdida de la disposición y la capacidad de gozar. La apatía, el decaimiento y la falta de gusto o deseo por las cosas afectaron negativamente las relaciones íntimas entre mujeres y hombres.

Las mujeres que sufrieron una violación u otra agresión sexual a una edad temprana quedaron marcadas por esta experiencia antes de tener relaciones sexuales adultas. Este hecho, como en el testimonio siguiente, dejó como secuela el bloqueo de la capacidad de sentir placer en las relaciones íntimas durante mucho tiempo.

Pues yo no sé si normal, ya cuando yo vine a tener mi primer novio a los 18 años bueno si un muchacho normal y desde yo no sé cuándo tuve mi primera relación

sexual... o sea si me preguntan qué es un orgasmo, yo no sé qué se siente. Con esa persona... nunca sentí nada. Cañasgordas, Antioquia, 1995, P.11.

Otras mujeres entrevistadas hablan de la desaparición del deseo sexual en la pareja como consecuencia de experiencias traumáticas.

Como que no era lo mismo, así como que el mismo ánimo de... o esa misma ansia o la misma pasión, no... (llora). Urabá, Antioquia, 1985, P.46.

Porque, a ver, uno cómo hace para uno pedirle algo a la pareja al verla así como está. No y es que no, no, no siente uno deseos de nada. Puerto Toledo, Meta, 2005, P.111.

Vivir en una tensión permanente debida al miedo o las amenazas empeora la calidad de vida desde el punto de vista físico y mental, disminuye la propia estima y contribuye a la pérdida del deseo sexual.

Imagínate con ese trauma que sufrimos aquí, todo se me ha bajado, la autoestima, sufrí de esa tensión de que si estas comiendo estás mal, si te vas a acostar estás mal. Y si tú estás mal mentalmente tu deseo sexual baja, no tienes deseo de, porque siempre estás pendiente de que van a venir, eso, eso es tenaz. San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 1999, P.203.

La falta de deseo sexual expresa un conjunto de impactos derivados de las violaciones de derechos humanos. Es decir, en la experiencia viva, las afectaciones se dan de manera simultánea o sucesiva, interaccionando entre ellas e intensificándose en algunos casos. Los relatos de mujeres transmiten esa complejidad. En el caso siguiente, la pérdida de sentido de la vida y de la propia estima, asociadas a una prolongada separación de la pareja, junto con el envejecimiento que conlleva el paso de los años, es un hecho devastador para la relación de pareja que conduce a la desaparición del deseo, del placer y al rechazo de las relaciones sexuales.

Pues prácticamente debido a lo que me sucedió, porque parece como que el goce se acabó, una autoestima digo yo, ya la vida no tiene sentido, entonces eso afecta mucho, la vida, cuando ya pude volver a unirme con mi esposo (...) pues ya tampoco, si durante ese tiempo ya se perdió toda la emoción sexual y todo pues ya ahora menos. Vereda Porvenir, Turbo, Antioquia, 2000, P.124.

En las narraciones de mujeres entrevistadas las distorsiones y dificultades en la práctica sexual con la pareja no se desvinculan de los cambios que las violaciones de derechos humanos sufridas supusieron para la relación en su conjunto. Los impactos de la violencia como los cambios en el carácter, la dificultad de relacionarse con las personas cercanas, las afectaciones en la salud, etc., tuvieron repercusiones directas en la vida de pareja, entre las que se hallan las afectaciones en la vida sexual.

Con respecto a lo íntimo siento mucha amargura. Insisto en poder reconstruir mi sueño aunque para lograrlo tenga que volver a desplazarme. Siento mucho miedo. Con relación a la vida de pareja todo cambia. Puerto Colón, San Miguel, Putumayo, 2001, P.545.

Afectaciones en la vida sexual... me daba como esa cosa que yo lo maltrataba, yo lo gritaba, le decía que no quería saber nada, nada. Riosucio, Chocó, 2006, P.136.

Los trastornos emocionales asociados a una experiencia extrema también influyen, aunque de forma tal vez más indirecta, en el comportamiento sexual. La falta de tranquilidad, la tensión nerviosa, la dificultad para expresar los sentimientos no propician las condiciones en las que se pueden tener unas relaciones sexuales satisfactorias.

De nervios, en la vida sexual también. Tampoco volví a ser la de antes que hablaba, me expresaba. Yo ahora soy poco expresiva. Patio Bonito, Líbano, Tolima, 2001, P.153.

Cuando la vida se trastoca totalmente, como en el caso del desplazamiento que conlleva la ruptura de la propia vida en todos sus ámbitos, se dislocan los funcionamientos básicos de la persona, lo que desencadena comportamientos y estados emocionales muy difíciles de gestionar. En ese contexto se deteriora frecuentemente la vida de pareja en todas sus dimensiones.

Se hace complicado porque ya no tiene uno esa, esa paz, ya no tiene uno la tranquilidad que tenía antes, entonces ya, ya no quiere... o sea, es tanto el estrés que ya uno de pronto a veces no duerme, eso le afecta a uno, eso lo vuelve a uno irritable, ya no quiere que le hablen, que lo toquen, que nada, o sea, es un espacio de tiempo muy, como muy difícil para uno... o sea, un estrés terrible, una ansiedad ¡tremendo! Entonces eso, pues como que dificulta la relación personal con la pareja. Puerto Wilches, Santander, P.695.

No he podido tener una vida normal

En la vivencia de los impactos y las afectaciones sufridas como consecuencia de agresiones es difícil establecer una separación entre afectación física y psíquica. Lo mismo ocurre en lo relativo a la vida sexual y a los problemas que conciernen a la fertilidad y el embarazo. En los casos más problemáticos, las afectaciones de tipo emocional, se unen a trastornos en la gestación y en la fertilidad, viviéndose, junto con las dificultades en la vida sexual, como una unidad de experiencia.

Me mantengo muy enfermosa, últimamente los nervios me mantienen muy alterada. No sé si a raíz de las amenazas de aborto y aunque tuve al niño, me mantengo con mucho dolor bajito, ya no menstrúo. Relaciones de pareja no he podido tener una relación bien, porque todo eso se me revuelve ahí y me vuelve un caos, no he podido tener una vida normal. Alto Baudó, Chocó, 2001 y Bogotá ,D.C., 2006, P.483.

Las mujeres que sufrieron violación sexual tuvieron que enfrentar no sólo múltiples afectaciones en la vida íntima, sino en la salud reproductiva. Los impactos de las violaciones sexuales comportan secuelas de todo tipo en las que se entrecruzan dolencias corporales, como infecciones debido a lesiones o por contagio, y trastornos emocionales.

Yo le cogí miedo a los hombres. Yo duré muchos años sin tener una relación con nadie, no le hablaba a nadie, me reprimí de todo, no quería hacer nada, no quería seguir viviendo, fuera de todo me tocó... fuera de todo lo que me hizo ese desgraciado, por no decirle más... me enfermó, me tocó durar dos años, dos años y medio en tratamiento en la Liga Contra el Cáncer, por una infección que me produjeron las violaciones de él. Entonces por eso como que no me ha... o sea, le cogí miedo a los hombres y yo no era capaz de estar con nadie y tener una relación con nadie. San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

Uno de los problemas añadidos al malestar del cuerpo y del espíritu después de haber sufrido una violación puede ser la imposibilidad de tener hijos.

Después de eso, de lo que ese tipo me hizo... yo quedé con unos dolores, como en la parte... estar, por ejemplo, con mi compañero a veces duele, pero no porque sea grosero o brusco sino porque... pues, no sé, siento... me duele y no solo pasó con él, sino con algunas otras relaciones (...) Y no solo eso, igual yo no puedo asegurarlo, pero casi que puedo decir que yo quedé con un problema para tener hijos. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

Algunas de las agresiones contra las mujeres tuvieron como consecuencia directa la incapacidad física para procrear. En este testimonio, se pone de manifiesto que la orientación sexual y el deseo de la maternidad pertenecen a dos ámbitos diferentes de la vida. La denuncia de los abusos sufridos que la incapacitan para la gestación es también una reivindicación de la maternidad al margen de la institución familiar y la heterosexualidad “obligatoria”.

Debido a todas esas consecuencias tuvieron que sacarme la matriz y ahí tengo las pruebas, ahí tengo todas las cosas de todo el proceso que me ha tocado con respecto a la salud. No pude, como dicen, realizarme como nada...claro, porque a pesar de ser lesbiana uno anhela tanto tener un hijo, porque que uno sea lesbiana, o sea homosexual puede anhelar un hijo, ¡claro que sí! Y esto aquí lo hablo no solamente en mi nombre, sino en nombre de todas las lesbianas. Zapatero, Huila, 2000, P.773.

En algunos casos otra consecuencia de la violación fue el contagio de enfermedades o problemas de salud como el VIH. Tanto un hecho como el otro se mantienen ocultos las más de las veces. Haber sufrido una violación es habitualmente silenciado por las mujeres debido a razones que tienen que ver con exponer la propia vulnerabilidad y también con exponerse a los prejuicios socioculturales del entorno. Por su parte, el sida es una enfermedad que se asocia a conductas de riesgo como la promiscuidad sexual sin protección o el uso de drogas por vía parenteral sin condiciones higiénicas, pero frecuentemente estig-

matizante. Alrededor de ambas realidades, en el testimonio que se cita a continuación, las mujeres que conocen los hechos tejen un silencio protector.

Cuando la fui a ver así estaba súper flaquita y la traje acá, mi tía me la había ingresado al Hospital San Pedro donde la tuve 15 días por una neumonía y ahí fue donde le detectaron un VIH. Desde un principio le pregunté a mi mamá que si ella había tenido alguna pareja. Mi mamá también siempre me lo negó, entonces no sé de donde según me dicen que la gente que la llevaban para allá siempre les inyectaban, pero no sé qué tan cierto haya sido. Prácticamente mi mamá murió fue por esa enfermedad. Tumaco, Nariño 2006, P.506.

Dificultades en las relaciones de pareja

Las dificultades surgidas en la vida sexual, en el marco del matrimonio o la pareja, no fueron un terreno fácil de abordar en las entrevistas cuando se habló del impacto de la violencia. La práctica sexual es un ámbito ligado a la intimidad de las personas que se resiste a ser traducido en palabras. Pero también es difícil dialogar, desde las experiencias distintas de mujeres y hombres, sobre los comportamientos sexuales porque están sujetos a las constricciones culturales, y en particular a las creencias de tipo religioso, que los asocian al sentimiento de vergüenza, al pudor, al pecado y al honor.

Lo que pasa es que las relaciones sexuales con mi marido son más bien pocas porque nuestra relación es más de compartir que de sexo, porque yo con el sexo tengo muchas aversiones en la medida de que como yo no me alcancé a casar en lo católico con mi esposo y me casé por lo civil, pero yo era muy católica, por ejemplo, no hacía el amor con mi esposo los domingos porque era pecado, yo lo evitaba mucho y mamá encima diciéndome que me tenía que casar por lo católico... la Iglesia influyó mucho en mi sexualidad y él ha sido un sufrido en ese sentido. Como todos los hombres, ellos buscan la penetración y todo ese tipo de cosas, siempre he tratado con él de que nuestra relación sea menos sexual y más de compartir. Barrio La Camila, Bello, Antioquia, 2004, P.68.

Algunos esposos o compañeros rechazaron a las mujeres después de experiencias de violencia o vejación sexual por parte de otros hombres. La imposibilidad de enfrentar esa experiencia de manera compartida con la pareja se debe la mayor parte de las veces a una combinación de factores, incluyendo estereotipos sexuales o sexistas, dificultades de comunicación, o sentimientos de un ataque directo a los valores de la feminidad y la masculinidad asumidos.

Lo que pasó fue que ellos me manosearon toda delante de él y de mis hijos, toda me manosearon. Él ya no más nunca quiso saber nada de mí. A mí me dolía eso porque es mi compañero, y eso así está. Nosotros dos jugamos, usted ve un hogar bonito, pero más nunca fui mujer de él. Pereira, Zambrano, Bolívar, 2002, P.249.

Los comportamientos establecidos por los roles de género en la práctica de la sexualidad están estrechamente relacionados con la identidad sexual; cualquier desajuste o perturbación en los mismos puede ponerla en duda o hacer que se tambalee. El desconcierto creado por la situación de desajuste favorece el deterioro de la relación precisamente por la dificultad de afrontar los trastornos en el comportamiento sexual. El grado de sensibilidad hacia la satisfacción sexual de la pareja puede ser decisivo para pedir ayuda o afrontar de modo cuidadoso y dialogado los trastornos en la vida sexual.

Yo tengo un problema y no sé si será de eso pero dicen que es falta de concentración pero de ese tiempo para acá no ha habido satisfacción en el acto sexual. Eso me lo había dicho un doctor, que era hasta peligroso [riesgoso] que nos dejemos por esa incomprensión, y que tenía que ir con mi esposo a una cita. San Marcos, Putumayo, P.540.

Son numerosos los casos en los que las mujeres no han sentido el apoyo de sus parejas masculinas para superar los trastornos en la vida sexual después de haber sido víctimas de vulneraciones de los derechos humanos. La falta de diálogo, de comprensión de la difícil situación y, en definitiva, de compromiso con el vínculo establecido, son las carencias que numerosas mujeres viven a partir de las afectaciones sufridas y que hacen que su relación de pareja se haya ido desmoronando hasta llegar a la ruptura. También es fuente frecuente de sentimientos de culpa al no encontrar una manera de entender y/o de hablar de las secuelas de la violencia sexual como parte de un proceso de recuperación.

Porque yo tuve, yo llegué a notar que al esposo no lo miraba, yo no sentía deseos de estar con mi esposo, nada... era como él... pues yo... él me estorbaba, me fastidiaba, hasta que no se si era que se me notaba, yo me hacia la enferma, porque yo no quería estar con nadie y eso me afectó harto porque, de pronto, será que uno, yo lo pienso así, pero desde otro punto de vista, cuando uno ama no echa atrás, o no echa a buscar culpables, ni excusas. Él al ver que yo estaba así, había estado buscando por otro lado. Pero no hubo ningún diálogo, de decir qué pasa, ni qué se siente, está enferma, nada. Villagarzón, Putumayo, 2002, P.345.

La dificultad para afrontar los impactos derivados de experiencias de sufrimiento, como la pérdida del deseo o de la capacidad para el placer en la relación corporal con el otro, o el hecho de considerarlos insuperables, puede llevar a eludir la intimidad y a retardar el proceso de superación junto con la pareja. En otros casos, las consecuencias para las mujeres tienen que ver también con los impactos en la sexualidad de los hombres.

La vida de sexualidad, también no es lo mismo. Porque él dice que ya la gente, cuando tiene sufrimiento, no es lo mismo, no se puede, no tiene la mente fresca, ya no hay... Entonces usted se deja un poco.. Él dice que espere un tiempo, que tenga paciencia, que, algún día cambia eso. Y todo. Olaya Herrera, Nariño, 2008, P.878.

Otras mujeres expresan los problemas derivados de los impactos de la violencia en las relaciones sexuales como una dificultad compartida con el hombre que no siempre han sabido cómo afrontar.

En lo sexual, mal todo...tanto en él como en mí, nos afectó mucho eso... Ituango, Antioquia, 2008, P.672.

No obstante, la imposibilidad de reanudar su vida sexual, o la pérdida de calidad en la misma, debida al impacto de los hechos traumáticos no siempre supuso la ruptura o la separación de la pareja. Algunas parejas hallaron nuevos equilibrios que, de todos modos, no siempre resultaron ser igualmente satisfactorios para los dos. Especialmente la pérdida de un hijo como consecuencia de la violencia puede tener efectos también en la relación de pareja por los distintos ritmos y estilos de duelo, que aumentan el sentimiento de incompreensión y la dificultad de proporcionarse apoyo mutuo.

Lo único que hemos tenido es esa la pérdida del hijo que eso si nos afectó un poquito en cuanto a lo sexual, cierto, pero tampoco fue una cosa así como también de separarnos, no. Urabá, Antioquia, 1985, P.46.

Algunas parejas, pues, siguieron acompañándose en la vida en común y la convivencia sin recuperar las relaciones sexuales.

Nosotros como compañeros, ahí estamos, como pareja nos afectó mucho eso... los dos nos desmoronamos, nosotros vida sexual no tenemos. Ituango, Antioquia, 2008, P.672.

Recuperar la relación que existía entre un hombre y una mujer antes de los hechos que truncaron sus recorridos de vida supone volver a crearla, rehacerla de nuevo. Las separaciones prolongadas, debidas a detenciones o secuestros, dan lugar a un lapso de tiempo en el que la relación queda en suspenso, se convierte en “un espacio de sueños”, que debe volver a cobrar realidad en el reencuentro. Rehacer la relación en todas sus dimensiones, sexual, de acompañamiento, de convivencia, es una apuesta que requiere un proceso y un compromiso.

Hay una cosa muy clara, que la relación empieza en el momento en que la persona llega, ese espacio de ausencia, es un espacio de sueños, un espacio ambiguo, ambiguo que construye sueños, pero no real; y la realidad empieza, es cuando llega cuando te dice si quieres seguir, si no quieres seguir, igual dices quiero seguir o no quiero seguir... Cali, Valle del Cauca, 2002, P.891.

Volver a empezar

Las mujeres que perdieron o se separaron del compañero como consecuencia de hechos violentos o vulneraciones de derechos humanos tuvieron que enfrentar numerosas difi-

cultades al plantearse la posibilidad de volver a tener una pareja masculina. Dificultades que no siempre desaparecieron por el hecho de tenerla. Los obstáculos que ellas refieren se relacionan con las afectaciones y su permanencia en el tiempo, pero también con los cambios de roles que las mujeres realizaron para afrontar los hechos que modificaron drásticamente su trayectoria vital.

Hay que recordar la variación de las relaciones de pareja en las mujeres víctimas dado que mientras una de cada dos mujeres entrevistadas tiene pareja estable, la mayor frecuencia es en uniones de hecho en un 31.9% (n=245), y en un 17.6% (n=135) matrimonio. Mientras que el 22.9% (n=176) es soltera, un 16.9% (n=130) es viuda y el 10.7% (n=82) está separada.

Una barrera difícil de franquear para las mujeres que fueron víctimas, a la hora de iniciar de nuevo una relación, es la presencia del pasado y sus secuelas. Ellas llevan consigo una historia que temen compartir y que a la vez forma parte de lo que son. Así ante la posibilidad de tener una nueva pareja se plantean el dilema de explicar o no la experiencia vivida, en especial si se trata de una agresión sexual, por temor al rechazo que puede suscitar en la otra persona. Pero también existe el temor a que desvelar un pasado doloroso pueda desencadenar la repetición de los recuerdos y con ello se confirme la imposibilidad de llegar a estar con otra persona.

La sexualidad se afecta en el sentido de que uno no puede estar con otra persona, uno piensa que uno en un futuro puede tener a otra persona, pero es que es un poquito complicado. Porque si uno confía en esa persona tiene uno que decirle lo que pasó, o sea el pasado de uno, y uno no sabe si esa persona lo acepte o no lo acepte. No sé, creo que uno puede recordar y no puede uno tener una persona así como bien, una pareja, no creo. Belalcázar, Cauca, 2009, P.365.

Los recuerdos intrusivos, el peso del pasado, efectivamente dificultan la normalidad al establecer una nueva relación con un hombre incluso cuando éste, conociendo los hechos acaecidos, puede aceptar y comprender a la mujer que es su pareja.

Como mujer pues bastante, pues considero yo en que ya pienso mucho en tener una relación, en este momento tengo una persona que ha sido un apoyo muy grande, cuando salió lo que me sucedió en los diarios, que él lo leyó, en vez de recriminarme llegó a abrazarme, pero como mujer me he dado cuenta que no puedo responderle como antes, porque me suscita recuerdos que no... es complicado para mí tener situaciones con él, diría yo normales. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

Otras mujeres optaron por casarse de nuevo buscando un refugio para evitar la soledad y superar las afectaciones provocadas por las violaciones de derechos humanos. Sin embargo, en muchos de esos casos en que la relación tuvo un carácter más formal, el matrimonio no resultó ser tal refugio por la imposibilidad de sostener una relación de calidad con la pareja sobre esas bases, como observa la mujer que da el testimonio.

Tengo un niño. Pero más que todo no me casé por amor sino por la soledad que sentía, de pronto por refugiarme en esa persona, y pues yo veo que eso me causó problemas. Me causó dificultades porque a raíz de eso o sea como yo no siento amor lo suficiente para con él y no le demuestro ese amor, entonces él se llenaba como de rabia por esto. Mocoa, Putumayo, 2005, P.531.

Contraer matrimonio de nuevo puede ser también un intento de normalizar la vida superando los hechos traumáticos del pasado, reconstruyendo las relaciones afectivas. Sin embargo, las afectaciones derivadas de una agresión sexual son huellas que permanecen y resurgen a lo largo de la vida dando lugar a trastornos en la vida íntima de la pareja.

Después de los años cogí marido, pero ya no es como antes o sea, no tengo relación sexual con él como antes, porque me da asco cuando se acuesta a mi lado. He tenido una baja autoestima y me ha afectado mucho en la vida sexual, que por eso hasta ahora estoy en problemas con el marido por eso... porque no puedo tener relación sin sentir asco. Río de Kennedy, Quibdó, Chocó, 2003, P.415.

También con respecto a reanudar una vida matrimonial después de la pérdida del esposo podemos escuchar reflexiones complejas y ambivalentes de las mujeres que narran su experiencia. Por una parte, la mujer entrevistada, siguiendo los consejos de su padre, acepta las ventajas y valora positivamente tener un compañero para no estar sola cuando los hijos varones abandonen el hogar, respondiendo al cumplimiento de los roles de género según los cuales una mujer debe contar con la compañía de un varón y las hijas mujeres deben ser las encargadas del cuidado de los padres.

No obstante, al evaluar la experiencia de volver a tener marido, ella misma señala la dureza del proceso de adaptación cuando una mujer se ha sobrepuesto al asesinato de su esposo, ha asumido en solitario sus responsabilidades con respecto a los hijos y también se ha acostumbrado a actuar con libertad. Retomar la convivencia íntima con un hombre después de diez años se describe como algo difícil. En ello influye tanto el tipo de relación actualmente establecida, como el impacto de los hechos vividos y las bases de un modo de ser mujer que ha variado con los cambios de rol acaecidos y los aprendizajes realizados.

Muy duro porque por ejemplo uno, ya ha tomado sus propias libertades, sus propios cuentos, o sea es como una responsabilidad menos, uno sabe que tiene responsabilidad con los hijos, pero que ya no tiene la responsabilidad de un marido, y es durísimo volver a empezar. Si es traumático. Llevo año y medio pero ha sido durísimo adaptarse. Adaptarse de nuevo a tener marido ha sido para mí terrible. Popayán, Cauca, 2001, P. 323.

Para algunas mujeres la situación creada por la pérdida del compañero ha supuesto en unos casos la imposibilidad y en otros la renuncia a un nuevo matrimonio o relación de pareja. La imposibilidad, tiene que ver a menudo con los prejuicios derivados de los roles de género con respecto al comportamiento sexual de mujeres y hombres, y también con las

responsabilidades que se asignan a cada uno de ellos. Mientras que la renuncia se debe muchas veces al miedo, al deterioro de la propia imagen, a la frustración o al rechazo de la posibilidad de sustituir a la persona amada.

Uno de los prejuicios más corrientes de la cultura patriarcal que impregna el sistema de géneros es dar por hecho que una mujer está sola cuando no tiene una pareja masculina. La falta de un hombre al lado de la mujer se asocia en el imaginario masculino con el desamparo, la necesidad y la baja probabilidad de que un hombre sea rechazado por ella. Sin embargo, el compromiso estable de un hombre con una mujer que tenga hijos a su cargo se convierte en una opción improbable por la responsabilidad que conlleva.

Inclusive después ya de yo ser adulta ha habido hombres que creen que porque uno es una mujer sola, que porque uno anda en proceso social, que porque uno va a eventos es a buscar macho. Si lo hacen con uno, cómo será con una pelada. Han tratado, se le meten a la cama de uno a forcejarlo, a tocarlo, ¡claro que sí he sido víctima de eso! Pero es más como por ese lado de que los hombres creen que las mujeres cuando estamos solas y hacemos trabajo social es porque andamos buscando macho. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

Por lo que se refiere a la actitud de los hombres con respecto a las mujeres que quedaron sin esposo y a cargo de los hijos, el testimonio que se cita a continuación señala la diferente forma en que los dos sexos se colocan frente a la sexualidad. Mientras que la mujer entrevistada habla de una relación “seria y placentera” con un hombre como una aspiración propia, ella misma observa que para los hombres una madre sin un varón como pareja es considerada una mujer accesible desde el punto de vista sexual, pero no deseable como pareja estable.

Es que es muy distinta la sexualidad como la vivimos los hombres y la vivimos las mujeres. Por ejemplo, una mujer sola como yo, entonces tener sexo es como hagámosle el favorcito a esta pobre. Que está solita o no asume una relación seria... Sino que esta es “la para el rato”. O con tantos hijos yo no me meto con ella de lleno... entonces me tocaría darle plata. Y eso es algo que es doloroso, que es muy molesto y es muy complejo de verdad iniciar una relación seria, placentera y con un hombre teniendo cuatro hijos. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

Muchas mujeres no han vuelto a casarse después de perder al marido, aunque no hayan renunciado a tener relaciones sexuales. El hecho de que ellas sean las responsables de los hijos puede haber influido aumentando las dificultades para tener de nuevo pareja.

Bueno, en mi cuerpo, no, o sea de allá para acá mi salud ha estado bien. Mi sexualidad, pues no, no, desde que murió mi esposo, no he vuelto a conseguir marido. Tal vez, la necesidad de algo por ahí, pues sí, pero de resto, nada de eso. Desde

que murió él, estoy viviendo no más con mi papá y mis dos hijos. Dagua, Valle del Cauca, 2002, P.857.

Las huellas de la violencia en el propio cuerpo, como la pérdida de extremidades o las desfiguraciones, han jugado también un papel importante en las dificultades de las mujeres para recuperar su vida sexual y para establecer nuevas relaciones con hombres. En el testimonio siguiente la mujer entrevistada señala una conexión clara entre la pérdida de atractivo de su cuerpo y la pérdida de las parejas sucesivas que la llevan a la decisión de no querer reanudar ningún tipo de vida amorosa.

Hasta ahora yo me siento así, mi vida sexual cambió y no he vuelto a tener relaciones amorosas. No, porque yo pensaba, porque uno no tiene una pierna y no, primero tuve el niño de ahí, el papá se fue, y ahora tuve la niña y también se desapareció el papá por eso ya no... Florida, Valle del Cauca, 2001, P.322.

También otro tipo de impactos fueron decisivos para que las mujeres desearan la posibilidad de tener una nueva intimidad de pareja. La huella psíquica del trauma y el miedo a la repetición de los hechos son los motivos aducidos por la mujer que da testimonio para explicar su negativa a volver a tener marido y su renuncia a la vida sexual.

En mi vida sexual me afectó totalmente, porque yo decía, “yo que voy a estar cogiendo marido para que me pase lo mismo o de pronto no me pase”. Es decir es un trauma que uno no tiene con que compararlo. Opogadó, Chocó, 1997, P.477.

Con la pérdida del ser querido, algunas mujeres sintieron que una parte de sí mismas se moría. Si bien esto forma parte del proceso de duelo normal, también puede dar lugar a vivirse como la muerte de la parte de sí misma que concierne a la sexualidad y la intimidad compartida con un hombre. La solución de convivencia con un varón que describe la mujer entrevistada responde con toda seguridad a la estrategia, por parte de ambos, de cumplir los papeles de género según los cánones de la heterosexualidad obligatoria para no ser señalados.

En todo sentido porque después de que me pasó eso, no he sido capaz de tener mi pareja, lo he intentado porque a veces yo me he sentido tan sola, ¡no soy capaz! No soy capaz. Ahorita convivo con un muchacho, pero él es... digamos a él le gustan los mismos hombres. Convivimos ahí como para presentarle a la mamá de él. Él tiene su pieza, yo tengo mi pieza, y sí, nos hicimos como un favor mutuo, pero no, yo digo que... eso se me murió no sé, no sé qué pasa, pero yo digo que, yo volver a tener una pareja...no. Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.774.

Para otras mujeres, el factor que les ha llevado a no acompañarse de nuevo es la vivencia de que la muerte del esposo no se puede reemplazar porque el espacio de su ausencia sigue lleno de dolor. Se trata pues de una pérdida insuperable que lleva consigo la renuncia a la vida sexual y a la posibilidad de tener otra relación con un hombre.

Para mí no hay hombre que yo diga que me va hacer feliz, no nada. O sea no creo que pueda haber otra persona. La Jagua de Ibirico, Cesar, 2001, P.122.

Esclavitud sexual y violencia contra las mujeres

Diversos testimonios de mujeres narran experiencias en las que la violencia de tipo sexual estuvo presente en su vida cotidiana de convivencia con un hombre. Forma parte de la cultura patriarcal un sistema de géneros que define los roles femeninos y masculinos en términos de poder y dominación de los hombres sobre las mujeres. Un poder que se ejerce a veces por medio de la violencia directa. El uso de la violencia en la convivencia y las relaciones sexuales no consentidas son prácticas de relación entre mujeres y hombres no mediadas por el amor sino por la fuerza y, en esa medida, no son formas de sexualidad sino ejercicio de la violencia.

Esto se hace evidente en los casos en que mujeres adultas o menores han sido obligadas a convivir y mantener relaciones sexuales con victimarios o con hombres armados que han controlado y forzado sus cuerpos y sus vidas por medio de la violencia física y el uso de las armas, en el contexto de conflicto armado en Colombia.

Él era como una obsesión yo no podía mirar a nadie porque por eso me pegaba, eh... a mí no me daba... o sea, qué ganas le pueden dar a uno como mujer de estar con un hombre que a usted no le gusta, que no le apetece, que no siente nada por él y fuera de eso si está con usted le está pegando, la está obligando, le está poniendo un revólver en la cabeza... San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

Yo tomé la decisión de irme, pero nunca me imaginé que estaba embarazada, yo no sabía, yo sé que eso fue un 10 de septiembre, porque la última vez...a él lo mataron el 13 y él hacía dos días había estado conmigo...él me dijo a mí que me podía ir y yo me demoré tres días y me fui. Apía, Risaralda, 2002, P.687.

Por su parte, cuando el acoso y la violación se dan en el seno del matrimonio o la vida de pareja su interpretación como mero ejercicio de violencia se ha prestado a mayor confusión, pues la posición de dominio del varón en la institución familiar ha legitimado comportamientos brutales que le daban acceso sin consentimiento al cuerpo de la esposa y, en ocasiones, de las hijas. En el testimonio que se cita a continuación se pone de manifiesto este modo de poder masculino. La familia es el ámbito donde el varón ejerce violencia sexual contra su pareja y su hija.

Eso fue terrible porque a mí el prácticamente me acosaba sexualmente, yo llegaba cansada de trabajar, él nunca me le dio nada a los niños, o sea, siempre porque decía que los niños eran hijos míos que yo era la que tenía que responder. O sea, me tocaba terrible, triple trabajo porque me tocaba con los niños, la labor de la casa y todavía salir a trabajar a afuera y más encima de eso ya la violación, porque muchas veces yo no tenía relación sexual con él o lo que me le había hecho a

la niña, él me cogió obligada y me tocaba. Vereda del Indio, Carmen de Chucurí, Santander, 1998, P.757.

Hay mujeres que han vivido inmersas en relaciones de violencia y violencia sexual a lo largo de su recorrido biográfico. La reiteración de la violencia se va sucediendo en sus vidas desde el lugar del primer aprendizaje, la casa familiar. La sucesión de relaciones violentas se sostiene en la socavación del valor de la mujer basada en los prejuicios de género, como por ejemplo el de la virginidad, vinculados al control del cuerpo femenino.

Entonces él cada nada me pegaba y me echaba de la casa, que me fuera de su casa, que yo no era nada, que tampoco valía nada, me decía. Y así, cuando cumplí como 14 años me fui de la casa a caminar... ahí me conocí con un muchacho. Después ya le comenté a él y cada nada me echaba eso en cara, me decía que yo tampoco valía nada porque yo cuando me metí con él, no era virgen, o sea, siempre era eso. Puerto Wilches, Santander, 2003, P.785.

El peso de los prejuicios de género hace que las mujeres pierdan valor frente a los hombres. Las experiencias de maltrato psicológico, asocian frecuentemente el manejo de la culpa y la desvalorización de las mujeres.

La violencia hacia las mujeres adopta múltiples formas en un continuo que se materializa en violencias de diversa índole que afloran en ámbitos de relación diferentes. La violencia contra las mujeres que tiene conexión directa con el conflicto armado y la violencia presente en las relaciones entre mujeres y hombres en distintos ámbitos de la convivencia, se da en un continuo que las entrelaza justificándolas y reforzándolas. El nexo de unión entre todas ellas es que atentan contra la integridad y la dignidad de las mujeres destruyendo su ser más íntimo por medio de la agresión a sus cuerpos. Esta violencia, aunque incidiendo en la dimensión sexual del cuerpo, nada tiene que ver con la práctica de la sexualidad entre mujeres y hombres que, para ser tal, debe fundarse en el consentimiento mutuo. Pero las huellas del daño causado por las agresiones sexuales sí tienen impactos significativos en la relación entre los sexos en el marco del conflicto armado colombiano.

Un repudio a los hombres

En las voces de las mujeres entrevistadas se puede escuchar que, más allá de los impactos que las vulneraciones de derechos humanos tuvieron en su vida sexual, algo se ha roto en la relación entre mujeres y hombres a raíz de la violencia sufrida por las mujeres en el contexto del conflicto armado. El miedo hacia los hombres que generan las actuaciones abusivas y de agresión como victimarios, se manifiesta mezclado con la rabia de saber que se ha recibido un daño injusto. Fruto de esas experiencias, algunas mujeres expresan una ruptura de la confianza en general hacia los hombres, al percibirlos como seres incapaces de actuar con bondad, sin hacer daño. Esta percepción negativa, que hallamos

en algunos de los testimonios, señala la apertura de un nuevo espacio de conflicto entre los sexos.

Una de las consecuencias de los hechos de violencia es el miedo a reanudar la vida sexual, el pánico a cualquier relación con un hombre que pueda implicar finalmente el inicio de un contacto corporal. En esos casos, junto al pánico generalizado hacia los hombres, está también la rabia ocupando todo el espacio de posible apertura hacia el otro sexo.

No, ahorita no sé, me da como miedo, me da como cosa... a veces me pongo a pensar y digo no, yo no lo voy a hacer o no sé, quedo con ese pánico, como con algo de miedo, no sé, algo así terrible. Siento esa rabia, o siento algo como que no sé qué es. En pocas palabras, no sé, a mí me da muchísimo miedo. Jambaló, Santander, 2009, P.366.

El miedo y la rabia hacia los perpetradores, que en este caso fueron hombres pertenecientes al ejército, se dan de nuevo mezclados en el testimonio siguiente. Rabia por haber sido una niña a quien dañaron la vida. Miedo por sentirse amenazada ante la posibilidad de la repetición de los hechos. Es decir, a los ojos de la mujer entrevistada, cualquier militar se convirtió en un agresor potencial.

Si yo veía un militar yo quería correr, matarme. Pero, miedo porque... yo los veía y sentía como si me fueran a hacer algo. Ese fue... y lo otro pues, la depresión, los intentos de suicidio, que no fue uno, fueron varios. Entonces... pues pensaba, yo tan pequeñita, como si me hubieran dañado la vida. Yo le decía a mi mamá que yo me quería era morir. No podía ver por ejemplo noticias donde mostraran gente así, con uniformes, así militares y eso porque me ponía a llorar. Me encerraba, me llegaba a golpear. Me acuerdo que a veces me bañaba como con asco. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

Las experiencias de agresiones vividas por mujeres, especialmente las de violencia sexual, pueden dar paso a rechazo y absoluta intolerancia al contacto físico con un hombre, abriendo una brecha de desconfianza que adquiere un carácter general de rabia y de rechazo hacia todos los hombres.

En este momento yo no soy capaz de convivir con una persona, me volví muy desconfiada. Solo el hecho de pensar que un hombre me va tocar... no lo aguanto. Tengo rabia de los hombres. Incluso de mi hijo. Tumaco, Nariño, 2002, P.199.

Así, hay mujeres que después de vivir una experiencia de violación u otro tipo de agresión dan por finalizada, o se niegan a tener, cualquier relación con hombres que pueda involucrar la propia intimidad.

Yo no volví a tener pareja, y decidí no tener contacto físico con hombres, y así vivo. Bajo Atrato, Chocó, 1998, P.139.

O bien expresan la determinación de seguir con su vida y sus responsabilidades sin compartir la vida ni desear ser acompañadas por hombres. El alejamiento de los varones es una muestra del temor y la falta de confianza después de experimentar hechos traumáticos que fueron perpetrados por otros hombres.

A causa de lo que me sucedió, siempre los hombres para mí eran lejanos, yo siempre trataba de estar más con mujeres que con hombres, y creo que todavía. Distrito Aguablanca, Cali, Valle del Cauca, 2003, P.158.

Al manifestar su condena de los comportamientos violentos de esos hombres hacia las mujeres, algunas de ellas pasan cuentas generalizando la conducta de los varones como asociada a carecer de atención hacia los otros, ignorando el valor de la relación entre las personas.

Un repudio a los hombres. Inclusive aun con mi papá porque nunca me puso cuidado, siempre la mala del paseo era yo. Caquetá, 2003, P.196..

El rechazo contra los perpetradores, en el contexto de la violencia contra las mujeres más amplia, puede llevar a que los normales sentimientos de desconfianza y rabia frente a todo lo que recuerde a los responsables, generalice el comportamiento abusivo de hombres que utilizaron y abusaron de las mujeres como objetos.

Para mí más que todo a los hombres, es una desconfianza y una rabia, eso de que hayan utilizado mi cuerpo como si yo fuera un objeto. Icononzo, Tolima, 1999, P.166.

La pérdida total de confianza en el otro sexo se expresa en el siguiente testimonio como resultado de la constatación de su reiterada forma de actuar con crueldad hacia las mujeres. La mujer entrevistada alude también a la operación de deshumanización de las mujeres –“como un objeto para ellos”- que autoriza el ejercicio de la violencia contra ellas por parte de los victimarios. Pero también señala la degradación de la humanidad de los perpetradores que han perdido la capacidad de reconocer en la otra, mujer, un ser humano y se han convertido en hombres “sin corazón”, “sin sentimientos”, “malvados”.

Tensión, mucha tensión, afectación en la vida sexual, si se puede decir que sí, porque uno dice ya no creo en los hombres, son todos malos. Tantas cosas que se le vienen a uno a la cabeza, que uno es prácticamente como un objeto para ellos, entonces es raro el que de pronto se te acerca, queriendo ayudarte. Eso es algo, porque son hombres malos, malvados, sin corazón, posiblemente sin sentimientos dice uno. Una más, una menos, para ellos, es normal. Bogotá, D.C., 2008, P.193.

Los testimonios que se refieren a los impactos de las vulneraciones de derechos humanos en la sexualidad de las mujeres hacen visible además una importante perturbación en las relaciones íntimas entre mujeres y hombres. Las afectaciones derivadas de hechos violentos incidieron directamente en los comportamientos y las prácticas sexuales de mujeres y

hombres creando distorsiones en las relaciones de pareja, dificultando el establecimiento de nuevas relaciones y levantando a veces barreras insalvables entre ellos y ellas.

Algunas de las narraciones de mujeres indican que, en el contexto del conflicto armado en Colombia, se ha abierto una brecha de conflicto entre los sexos. En repetidos casos se escuchan en las voces de mujeres sentimientos negativos hacia los hombres –la rabia, el miedo, el rechazo- ocasionados por la experiencia de haber sido víctimas de violencias dirigidas contra ellas. La crueldad que los perpetradores muestran hacia las mujeres da pie a que se configure una percepción general de los hombres como agresores potenciales capaces de infligir un daño injusto. Esta percepción conduce a la desconfianza, a la pérdida de fe en la bondad del otro sexo y, en buena lógica, también al alejamiento y a la desaparición del deseo de relacionarse o compartir la vida con aquel. La condena expresada por mujeres con respecto al hacer de los perpetradores que se funda en la deshumanización de la otra, mujer, define tal vez el territorio de conflicto entre los sexos en el contexto de los enfrentamientos armados en Colombia.

Este cuestionamiento de la relación con el otro sexo como un colectivo, es parte de las consecuencias de muchas de estas formas de violencia contra las mujeres. El compromiso de los hombres contra la violencia, las relaciones de apoyo y el proceso de recuperación de las fracturas producidas por la violencia forman parte de las necesarias acciones para restituir esta confianza. Globalmente las víctimas de violaciones de derechos humanos sienten cuestionado su sentido de seguridad, que el mundo sea un lugar con sentido y propósito y la propia estima y la confianza con los otros. En este caso, los otros son especialmente los hombres. Estos impactos deben ser tenidos en cuenta tanto para las medidas de reparación y reconocimiento, como para entender las respuestas de muchas mujeres como reacciones normales frente a las experiencias atroces de la guerra.

V. Consecuencias en la maternidad

Yo con mi bebé pues también me pegué un susto, que es algo que a uno le duele el corazón. La criatura se empieza a mover, también el bebé empezarse a mover, tener ese susto uno empieza a sentir ya lo físico también. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

La experiencia de la maternidad está presente en múltiples lugares de las entrevistas puesto que éste es un hecho capital en las vidas de las mujeres madres, que se extiende a lo largo de toda la vida. No obstante, en este apartado nos referimos a la maternidad desde la perspectiva de la gestación y la responsabilidad por los hijos e hijas, especialmente en referencia a las decisiones tomadas en situaciones extremas. Con respecto a ello, los testimonios hablan de pérdida y desposesión en el contexto del conflicto armado de Colombia.

Los impactos de la violencia en la maternidad que las mujeres relatan tienen diversas naturalezas y significados. En unos casos, se trata de la maternidad impuesta por medio

de embarazos no deseados ni consentidos que son el resultado de una violación sexual. En otros, la violencia parece tener como objetivo, o por lo menos tiene como consecuencia, poner en peligro o malograr el hacer crecer otra vida en el propio cuerpo. Y aún en otros, la afectación en la maternidad se significa como la irreparable pérdida de la relación única que vincula a las mujeres madres con sus criaturas.

Las mujeres cuentan cómo las violaciones sexuales no sólo atentaron contra la integridad de sus cuerpos, también las obligaron a enfrentar decisiones o situaciones relacionadas con la maternidad que marcaron toda su vida. Hablaron en su mayoría acerca de sus propias experiencias, pero algunas de ellas narraron agresiones sexuales con resultado de preñez que acontecieron a mujeres menores de edad o a sus propias hijas, poniendo en juego, en este último caso, su saber y su sufrimiento como madres al hacerlo.

Numerosas mujeres relatan cómo las vulneraciones de derechos humanos afectaron negativamente su embarazo y cómo, en ocasiones, perdieron a sus criaturas. Pero las pérdidas no sólo tuvieron lugar durante la gestación; la separación de las madres, la muerte o la desaparición de hijas e hijos e incluso la desposesión por adopción, fueron también impactos de los hechos violentos que marcaron la experiencia de maternidad de las mujeres entrevistadas. Los testimonios muestran así mismo cómo algunas mujeres tomaron la decisión de no tener más hijos en el contexto de conflicto armado colombiano.

El amplio abanico de impactos en la maternidad vividos por las mujeres víctimas remite a una experiencia colectiva de expropiación de la maternidad en el marco de la guerra, ya sea por la brutal imposición de un embarazo por violación, porque se malogró una gestación o por la pérdida de las criaturas nacidas. Pone de manifiesto el ataque deliberado a la libertad de las mujeres que supone la violencia contra sus cuerpos y la maternidad forzada, para marcarlos con el signo del control por parte de los actores armados en ese contexto. En todos los casos se trata de acciones encaminadas a desposeer a las mujeres de su deseo y su libertad de decidir entorno a la capacidad de ser madres.

Dejarnos el recuerdo del hijo

Se ha visto en un apartado anterior cómo el hecho de enfrentar el embarazo como consecuencia de una violación es probablemente una de las experiencias más difíciles de manejar por parte de una mujer. En este apartado se recogen testimonios de mujeres que en su mayoría fueron madres de las criaturas engendradas en una violación. La potencialidad de una gestación, que pasa necesariamente por el cuerpo femenino, es convertirse en maternidad si la mujer lo decide. Las mujeres que se encontraron en esa situación debieron resolver la delicada cuestión de acoger la maternidad de una criatura que es resultado de un acto violento de dominación y desprecio hacia ellas y su cuerpo.

Algunas mujeres ocultaron el origen del embarazo debido a una violación. Uno de los motivos que les llevaron a la ocultación de los hechos fue, probablemente, el impacto emocional que el conocimiento de la verdad podía suponer para el entramado de relaciones de la mujer víctima de los mismos.

Con lo del niño, pues yo lloraba mucho, porque ellas eran inocentes de que yo estaba en embarazo, entonces ella me decía mami, cuénteme, a usted qué le pasa, usted por qué se lo pasa así, por qué llora tanto, dígame qué le pasó porque usted no es así. Entonces lo que les dije es que había tenido un desliz por ahí, y que estaba en embarazo, y que para mí era duro afrontar esto, y que yo no quería tenerlo, y que esto y lo otro. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

La ocultación de los hechos violentos que dieron lugar a un embarazo puede prolongarse toda la vida. Junto a razones relacionadas con la estigmatización y los prejuicios sociales o familiares, uno de los motivos para tomar esta opción pudo ser evitar a la criatura la marca que supondría saber que el origen de la propia vida se debía a una violación.

Sentía el impacto en todo mi cuerpo porque, de hecho, y espero que esto sea muy confidencial, tengo un hijo de esa violación, entonces nadie lo sabe. Bogotá, D.C., P.000.

La mayoría de casos recogidos en las entrevistas refieren agresiones sufridas por mujeres menores de edad. Fueron pues mujeres adolescentes, incluso niñas, las que debieron enfrentar el hecho del embarazo como resultado de una violación. El dilema sobre qué decisión tomar con respecto al embarazo no deseado de una mujer joven debió involucrar necesariamente a las personas cercanas que la tenían a su cargo. La intervención de los familiares a la hora de enfrentar la situación dio lugar a opciones muy diferentes. En el caso siguiente, la voluntad de la madre parece haber sido determinante para la continuidad de la gestación de la mujer menor, asumiendo ella misma parte de la responsabilidad y el cuidado de la criatura.

A ella le cayeron un día a la casa, pero no estaba, estaba en el hospitalito llevando un nietecito. A una de las hijas la violaron dizque unos hombres, pero no supimos quién... a ella como que la cogieron unos hombres y la violaron, tenía apenas 12 años y debido a eso ella quedó embarazada y tuvo un bebé. Y el bebé pues la mamá lo tuvo. Caño Bonito, Antioquia, 2000, P.732.

Por contraste, en el testimonio que se cita a continuación, la decisión de las personas cercanas llevó a la opción de abortar la criatura fruto de una violación. La mujer entrevistada narra este hecho como una experiencia de enajenación del propio cuerpo y las decisiones sobre el mismo.

La verdad es que quedé embarazada y los médicos con mi papá ya aquí no sé qué es lo que hicieron, pero yo aquí en Cartagena me enteré que me habían hecho abortar, porque no puedo recordar. Blas de Lezo, Antioquia, 1995, P.211.

Para una mujer menor de edad enfrentar la maternidad fruto de una violación tuvo que implicar, además de superar el trauma de la agresión y enfrentar la decisión de interrumpir o llevar a término la gestación, el abandono de la adolescencia para asumir una responsabilidad no buscada. Un cambio de vida para el que no estaba preparada. Sin embargo, la mujer entrevistada explica cómo, gracias al apoyo de otra mujer, pudo finalmente elaborar y significar positivamente la relación con la criatura.

Me agarraron, me violaron..."Jorge" me entregó a los hombres de él como un trofeo... mmm... me violaron, de esa violación quedé embarazada... dejé de ser esa niña estudiosa como para pasar a una responsabilidad que nunca esperé. De ahí supo mi mamá que yo estaba embarazada, me vine a trabajar acá en Bucaramanga donde la profesora, que yo digo que esa fue la persona que me llenó de... como que de apoyo, de...valor... y ahorita mi hija es una bendición, es un tesoro. Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.774.

Las mujeres menores de edad que sufrieron una violación debieron enfrentar también los prejuicios de género que las marcaron con la deshonra y les impidieron ser adecuadamente atendidas. Para la mujer que dio testimonio, las consecuencias de aquel hecho no sólo fueron el señalamiento social. También el desconocimiento y la falta de control sobre las intervenciones en el propio cuerpo pudieron acarrear daños relacionados con la salud reproductiva y la fertilidad, dejando como secuela la imposibilidad de acceder a la maternidad.

La mujer tiene que ser virgen hasta que se case... Entonces, yo era como la mancha de la familia, o sea, a mí me pasó eso... y lo otro, que yo nunca me di cuenta de qué fue realmente lo que me pasó, nunca se supo qué fue lo que me dieron, con lo que... y lo otro, fue que yo quedé con un problema, no se sabe bien porque la verdad no me he hecho estudios profundos, pero por ejemplo ahorita, con mi compañero, estábamos intentando tener hijos y no, al parecer no... Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

El comportamiento de los actores armados, en particular los paramilitares, con respecto a las mujeres jóvenes fue la mayoría de las veces el de disponer sin límites de sus cuerpos. Las familias, conocedoras de las agresiones sufridas por otras mujeres jóvenes, recurrieron a veces al desplazamiento de las hijas como forma de protegerlas del peligro de ser objeto de la conducta abusiva de aquellos.

Tengo una prima, que a ella pues la... la violaron, ella tiene una niña. Entonces a nosotros nos mandaron para acá, no porque nos amenazaran sino por la edad, porque les daba miedo que nosotras le gustáramos a un tipo de esos. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

Los perpetradores actuaron mayoritariamente por medio de la violencia directa, pero también hicieron uso de la amenaza, e incluso la seducción, para conseguir la sumisión y el control de mujeres jóvenes que acabaron teniendo hijos de esa relación de dominación y abuso sexual.

Tuvo una niña del compañero del paramilitar Morado, pero eso fue porque la cogió a la fuerza si no, no, porque ella no. Pero él la amenazó y por el miedo no puede decir nada esa niña porque ya lo mataron. Medellín, Antioquia. 1993. P.48.

En una situación de convivencia forzada con un victimario, la mujer que dio testimonio supo que estaba embarazada cuando fue atendida por peligro de aborto en el cuarto mes del mismo. Al narrar esta experiencia de desposesión del propio cuerpo y la propia vida, ella transmite la confusión que experimentó al conocer que esperaba un hijo del perpetrador con quien convivía y preguntarse cómo podría ejercer la maternidad de un bebé engendrado en una situación de confinamiento forzado y esclavitud sexual.

“Usted está entre tres y cuatro meses de embarazo, pero a mí me toca hacerle unos exámenes” y yo “yo no estoy embarazada”, me hizo los exámenes y me remitieron para el hospital. Allí me atendió un viejito y me aplicó una inyección para que no se me viniera el bebé... yo no paraba de llorar y pensaba yo qué iba hacer con un bebé y con un hijo de... Apía, Risaralda, 2002, P.687.

La maternidad forzada se dio también en relaciones de pareja. Algunas mujeres sufrieron la experiencia continuada de agresiones y violaciones, a veces durante años, dentro del espacio de convivencia. En estos casos se dieron numerosos embarazos no deseados.

Yo he sufrido muchos casos de violencias, desde antes del desplazamiento como después de él. Mi ex compañero me mantenía prisionera en la casa que nunca podía abrir y me hacía pasar mucha vergüenza en público, porque en el pueblo todos sabían de las paleras que me daba... Yo viví con él 12 años, pero bien los primeros 2 años, después fueron 10 años de tortura. Los dos últimos embarazos no fueron deseados porque las relaciones no eran a gusto Corregimiento San José del Peñón, Bolívar, 2002, P.213.

A los testimonios que las mujeres entrevistadas dieron en primera persona, se suman aquellos que se refieren a violaciones sufridas por otras mujeres cercanas a ellas. Se trata de mujeres adultas que refieren casos de agresiones a mujeres menores. Algunas de ellas son madres de las víctimas de violación o abusos por parte de actores armados. En estos casos se redobra el impacto de las vulneraciones de derechos humanos, pues la experiencia de agresión sexual y de maternidad forzada de las mujeres jóvenes se ve acompañada, por la experiencia de sufrimiento de las madres que debieron enfrentar el hecho de que sus hijas fueran víctimas de violación por los perpetradores.

Una de las estrategias de los paramilitares fue la seducción de mujeres jóvenes como forma de mostrar su dominio o como castigo para la familia. Este es el caso que narra el siguiente testimonio de una madre que no pudo evitar la seducción y el embarazo de su hija por parte de un victimario. La mujer entrevistada habla de su sufrimiento al presentar este proceso con impotencia.

Todo lo tenemos para perder nosotras, ellos no tiene nada que perder. No la molesté mucho porque más la hace tragar [enamorarse] de él. En fin oiga, van y cogen a este tipo pues por eso me imagino yo que él no me mató. En fin y empieza esta peladita a caminarle a la cárcel y a madrugar y a caminarle a la cárcel y yo lloraba lágrimas de sangre y yo decía Dios santo, cuando un día me va diciendo mami estoy embarazada, ella me da esa noticia. Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 1995, P.47.

No obstante, a la vez que vivía como insuperable la realidad de que la criatura fuera hija de un padre al que ni siquiera podía nombrar debido al dolor y la rabia, la misma mujer hizo consciente el dilema moral de sentir rechazo por “el niño que no tiene la culpa”. Finalmente, y tal vez debido a la inmadurez del cuerpo de la mujer joven, hubo que practicar un aborto que significó una liberación para la mujer entrevistada.

Mi nietecito que hubiera tenido de papá a ese tipo, el Orejas. Fueron tanto las súplicas y como mi hija no se había desarrollado bien, el feto nació fuera de la placenta. Mire que fue un milagro porque yo decía que no iba a ser capaz, y yo no soy de las personas que sé disimular si yo tengo rabia, en ese momento usted se da cuenta que estoy enojada. Y decía, yo soy capaz de mirar mi niño que no tiene ninguna culpa, porque soy muy consciente de eso y no ser capaz de decir quién es el papá o de pronto la reacción maluca con el niño que no tiene la culpa. Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 1995, P.47.

Otras mujeres tuvieron que afrontar la violación de sus hijas menores por parte de actores armados o de desconocidos, con riesgo de muerte en algunas ocasiones, y debieron asumir el hecho de tener una nieta o un nieto fruto de aquella violación. Las madres y abuelas de mujeres violadas debieron hacer, al igual que las mujeres afectadas, un ejercicio de separación entre la realidad traumática vivida y la existencia de una criatura sin culpa a la que hubo que aprender a querer.

Mi hija tenía 16 en ese entonces... y pues... cuando ella me dice que al otro día, ella se siente sin ropa, y en una finca, y habían un poco de uniformes colgados, ellas dicen que ellas no saben cómo se escaparon de ahí, no saben cómo se escaparon con la otra muchacha, a la otra peladita sí la mataron. Ella desde ahí me dijo mamá, a mí me da miedo, yo ya tengo mi hija, y yo quiero mucho mi niña, porque pues, a pesar de todo lo que nos ha pasado, es mi niña, y tiene ya... va a cumplir años ahora. Gabarra, Norte de Santander, 2001, P.896.

El proceso de afrontamiento de la experiencia de agresión sexual a una hija y el recuerdo permanente de la misma que supuso tener un nieto del perpetrador requirió sin duda una gran capacidad de sobreponerse, como madre, para poder dar además apoyo a la propia hija en el camino de la recuperación.

Fue uno de esos actores armados. Ahí yo tengo el recuerdo, el nieto, ahí lo tengo. Pues yo, a mi hija, le tuve que dar bastante terapia, como madre. Juradó, Chocó, 1998, P.884.

En este mismo testimonio se expone una reflexión sobre la paradoja que viven las mujeres colombianas de haber sido reconocidas como ciudadanas, es decir como sujetas de derechos, y no haber sido reconocidas como mujeres, es decir como diferentes.

Y la manera, de una cosa que debe de quedar bien clara, nosotras las mujeres hoy en día, la manera de violentarnos, desde que nosotras somos ciudadanas como mujeres, es que siempre a nosotras no nos han reconocido como mujeres, ni el papel de la mujer que nosotras somos. Siempre nos han mirado no más, como las que tenemos que ser, la vagina no más. Y fuera de eso, la manera del machismo que ellos tienen contra nosotras, y también la manera también de humillarnos, de cómo jodernos la vida es dejarnos el recuerdo del hijo del paraco. Es dejarnos el recuerdo que la hija quedó embarazada, que la otra fue de este y así sucesivamente. Juradó, Chocó, 1998, P.884.

La igualación formal en derechos, como señala la mujer entrevistada, no es equivalente a su ejercicio, ni al respeto a la libertad de las mujeres de disponer de su cuerpo en un contexto de violencia. La violación y el embarazo forzoso son la manifestación del ejercicio violento de control del cuerpo femenino y una forma de expropiación de la maternidad por parte de los victimarios. El recuerdo permanente de la humillación femenina que supone un embarazo por violación es el arma que utilizan para negar el valor humano y la libertad de las mujeres, acentuando la fractura que el conflicto armado ha abierto entre las mujeres víctimas y los hombres perpetradores de violencia. Por otra parte, estos hijos deberían ser reconocidos también como víctimas de la violencia.

Tenía mi embarazo

Numerosas voces de mujeres entrevistadas aluden a su estado de gestación en el momento en que vivieron experiencias traumáticas de vulneración de derechos humanos que afectaron su maternidad. En muchos de los casos se trata del asesinato del marido o compañero a manos de actores armados.

Volví y quedé embarazada del niño que tengo ahora del difunto marido. Había quedado embarazada del niño, cuando lo asesinaron a él. Los responsables fueron alias Sino, Colacho, Marino y Pipeta; pertenecían al grupo los Centauros de las AUC. Alto Baudó, Chocó, 2001 y Bogotá ,D.C., 2006, P.483.

La muerte del marido o compañero durante el embarazo desencadena un proceso complejo y contradictorio en el que se experimenta a la vez el quebranto, la desdicha, y el hecho rotundo de crecimiento de una nueva criatura cuya existencia, sin embargo, no tiene ya el mismo sentido después de la pérdida del esposo. Las voces de mujeres hablan de desesperación, de falta de deseos, del cambio en la propia vida, de la dificultad de superar la situación.

Pues cuando recién me di cuenta de la muerte de él, que en medio de la desesperación de pronto corrí y me tocaba que pasar un puente en la cual me caí y estaba ya con los 8 meses de embarazo. Me fracturé un pie, me lastimé la cadera, me ha quedado también un dolor en la cintura a causa de ese día, de mi desesperación. Había quedado afectada, tenía mi embarazo y todo, para mí fue muy duro. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.377.

Afrontar esa maternidad que quedará asociada a una muerte no sólo implica afrontar impactos emocionales graves y persistentes. También otras dificultades derivadas del cambio radical de vida que supuso la nueva situación de viudedad y orfandad, por ejemplo el empobrecimiento o el cambio de roles familiares, fueron obstáculos que cambiaron a peor las vidas de las mujeres afectadas.

Llevarlo a ese grado de maltratarlo, de dejarlo en él, y yo creo que se lo hicieron vivo, o sea... cada vez que cuento esto... (llanto) Cada vez, que uno cuenta esta historia, se hace muy difícil, porque, yo digo esa gente no pensó que había un bebé de él, que estaba yo, o que diga esta vieja pues que se consiga otro marido, y listo, ya. Santa Maria de Dagua, Valle del Cauca, 2002, P.864.

En otros casos, la gestación se vivía como un proyecto de futuro, una ilusión compartida y cargada de sueños, que los hechos de violencia vinieron a truncar con la muerte de la pareja. El modo de contar las expectativas que el embarazo abría para la pareja es una forma de expresar la pérdida de una vida que no se pudo vivir.

Iba a cumplir dos meses de embarazo. Teníamos proyectos, ya en esos días nos desocupaban una casa, y él me decía, ya vamos a la lucha, ya vamos a ganar más. Y ya no tengo que irme para la montaña, voy a estar ahí. O sea, y pensar yo en los sueños que él tenía. Santa Maria de Dagua, Valle del Cauca, 2002, P.864.

La pérdida del esposo estando en embarazo supuso para muchas mujeres una experiencia de dolor que afectó profundamente sus vidas, no sólo desde el punto de vista emocional de la pérdida, también por el cambio de perspectiva para afrontar la nueva maternidad. Sin la figura de un padre y un marido se produjeron sin duda cambios en la situación económica y en la organización del núcleo familiar que conllevaron una sobrecarga afectiva y social, de múltiples responsabilidades para las mujeres que quedaron como cabezas de familia.

Otras situaciones, como el desplazamiento forzoso, tuvieron también secuelas importantes en las vidas de las mujeres y en su experiencia de la maternidad en esas circunstancias.

El desplazamiento conlleva habitualmente desarraigo y empeoramiento de la calidad de vida. La pérdida de todo lo que se deja atrás –hogar, medios de vida, relaciones, consideración social- supone las más de las veces caer en una situación de precariedad y empobrecimiento. Incluso recibiendo en algún caso el apoyo de personas conocidas, tener que afrontar la reubicación, el cuidado y la manutención de los hijos y además el nacimiento de una nueva criatura, es una experiencia muy estresante para las madres.

Cuando me vine tenía como unos cinco meses de embarazo de la niña y yo hablé con la señora de aquí y me dijo lastimosamente no tengo casa, no tengo a dónde meterla pero ahí donde está esa casa grande a la parte de allá hay una piecita chiquitica y yo le voy a ayudar para que el dueño de ese lote, se lo dé, para que usted viva allí mientras se va organizando. Y ya yo me metí ahí como un año en esa casa Cuanambí, Nariño, 2002, P.512.

En la situación de desplazamiento forzoso, las dificultades para hallar una ubicación o la falta de una vivienda digna tuvieron en muchos casos consecuencias para la salud de las mujeres y con mayor probabilidad si se hallaban en estado de embarazo.

Para mí eso fue ¡terrible! Porque yo estaba embarazada, en el cual yo tuve que venir acá a Bucaramanga, me tocó dormir en el piso, eso me afectó la columna y desde ese entonces estoy enferma de la columna porque ahorita tengo que estar en unos tratamientos. El Tambo, Cauca, 2002, P.761.

El impacto traumático provocado por los hechos violentos pudo repercutir no sólo en la salud de la madre gestante. También el golpe emocional recibido durante el embarazo o la lactancia se podría relacionar con los problemas de salud posteriores de la criatura que crecía en su seno, dada la frecuencia de distintas afectaciones durante el embarazo en condiciones de alto estrés permanente y traumas.³⁵

El daño es para el núcleo familiar, por ejemplo nosotros nos hicieron mucho daño porque a mi hijo lo mataron, y después a la niña ya hace 3 años le reconocieron una epilepsia y desde ese tiempo ella esta convulsionando y pues ahora este año ya nos quedó paralizada. Eso ha sido un golpe muy duro para nosotros, dicen que puede haber influido, tenía menos de un mes de dieta cuando lo mataron a él. Plateado de Argelia, Cauca, 2007, P.388.

Otras experiencias de amenaza, de inseguridad, de miedo y de tensión crearon situaciones de riesgo que afectaron negativamente a las mujeres y pudieron poner en peligro su embarazo o afectar al bebé y a las mujeres durante el embarazo o la lactancia por el miedo al posible impacto en su hijo.

35 Kimberly Theidon, *Entre prójimos*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, (2004) También mujeres indígenas peruanas establecen esta relación. Existe asimismo un estudio sobre madres gestantes en Chile, citado por K. Theidon, del que se extraen conclusiones similares.

Yo estaba de dieta tenía 11 días de dieta con la muchacha que vino ahora y pues digamos que la idea era que estuviera lo más alejada de esa situación que porque de pronto me hacía daño para el estado en que yo estaba. Urabá, Antioquia, 1990, P.41.

Las experiencias extremas de violencia o de tensión y miedo fueron factores de riesgo para abortos espontáneos, como relatan las mujeres en las entrevistas que se citan a continuación.

El 9 de diciembre, esa gente nos tiró al piso, con el susto y todo no sé si sería, u otro que pasó por encima de nosotros y nos pisaría o que una cosa de esas. Yo era como sonámbula, caminaba como alta del suelo y lo que hablaba era como yo no sé. El 10 de diciembre... sentí, me entré para baño porque estaba en la puerta y ya me bajaba la sangre aquí, ¡ay, Dios mío bendito! pero yo no vi nada yo no vi tanta sangre. Tierralta, Córdoba, 1993, P.82.

Ese fue un susto tremendo, porque yo no estaba acostumbrada a esas cosas, nunca me había pasado a mí y el siguiente día aborté, tenía 5 meses de embarazo y aborté, perdí a mi hijo. Corregimiento San José del Peñón, Bolívar, 2002, P.213.

La experiencia de la maternidad en el contexto de inseguridad del conflicto armado se vio gravemente afectada. Las vulneraciones de derechos humanos tuvieron importantes consecuencias en la maternidad de las mujeres afectadas cuando se produjeron en el momento de la gestación. Los relatos de las mujeres que dieron testimonio recogen afectaciones de muy diversa índole. Los embarazos forzados, los abortos, los riesgos para la salud y los impactos emocionales y socioeconómicos en las vidas de las mujeres gestantes fueron algunas de esas consecuencias.

Nosotros no teníamos con qué darle nada

Entre las afectaciones de la maternidad debidas a las repetidas vulneraciones de derechos humanos encontramos algunos casos de la desposesión de los propios hijos, como consecuencia de las dificultades derivadas del desplazamiento y de la actuación de profesionales de las instituciones sanitarias y de bienestar familiar. La mujer que narra los hechos es madre de la joven gestante que, junto con su familia, tuvo que desplazarse y vivió en la zozobra y la incertidumbre debido al miedo de ser descubiertos.

La necesidad de realizar un trabajo remunerado dificultó las posibilidades de hacerse cargo de la criatura y dio pie a un proceso progresivo de desposesión de la madre, a pesar de las alternativas de apoyo familiar planteadas por ella para poderse llevar al niño. La criatura pasó del hospital a bienestar familiar y fue finalmente dada en adopción sin el consentimiento de la madre y la familia.

El encadenado de hechos muestra cómo las vulneraciones de derechos humanos, como el desplazamiento forzoso, crean situaciones de fragilidad social que facilitan otros abusos multiplicando los impactos en las personas afectadas. Las dificultades para tener casa, ingresos y asegurar el cuidado de los hijos derivaron en este caso en una adopción internacional no consentida con el argumento de que la madre no podía ofrecerle a la criatura lo que una familia de otro país sí le aseguraba. Una situación que probablemente se agudizó como consecuencia de la adicción al alcohol después de la pérdida del hijo.

Ella tiene 25 años o sea ella está como traumatizada, dice: “no, yo no quiero más hijos no quiero enredarme con nadie, quiero que me devuelvan mi hijo”. Quiero hacer las vueltas que hablamos con la abogada a ver si no lo traemos para acá pero estoy esperando a ver, o sea el papel que mandé por fax, ella lo tiene, dijo que iba a mandarlo allá, a ver qué manda a decir esa doctora porque yo hablaba por teléfono con ella pero después que me dijo lo del niño en adopción, uno la llama a ese teléfono y allá no contestan. Ya no se sabe Barrio Miraflores, San José del Guaviare, 2007, P.35.

Fue mucha lucha: el peso de la responsabilidad en las mujeres

Otra dimensión de la afectación de la maternidad en un contexto de violaciones de derechos humanos es la que corresponde al ejercicio de la misma en su dimensión de responsabilidad por las criaturas que se han traído al mundo. El patriarcado ha naturalizado esa responsabilidad al asociarla a la capacidad femenina de gestar y parir criaturas humanas, dando lugar a una división del trabajo entre mujeres y hombres que configura su sistema de géneros. Así la responsabilidad por los hijos e hijas ha sido atribuida a las mujeres, aunque la maternidad entendida como acompañamiento al proceso de realización de la promesa del nacimiento, podría ser asumida por mujeres y hombres, pues se trata de una tarea de cuidado y de civilización.

En el contexto del conflicto armado colombiano, la responsabilidad por las criaturas pequeñas que comporta el ejercicio de la maternidad se tradujo en sufrimiento para muchas mujeres que tuvieron que enfrentar situaciones de precariedad, de pobreza, de amenaza y de agresión debidas a hechos violentos.

La pérdida del esposo implicó quedar como única responsable de los ingresos y el sustento familiar, además de asegurar la organización y la estabilidad afectiva de este núcleo de convivencia. La responsabilidad, la soledad y la falta de apoyo de los familiares abruma a las mujeres para sacar adelante a la familia solas.

Para mí como mujer fue mucha lucha porque las niñas estaban pequeñas, me quedó la mayor que tenía como nueve años, la segunda niña, tres y la chiquitica de brazos. Para mí fue algo tremendo porque imagínese encontrarme sola porque

sin embargo, poco o mucho, yo recibía apoyo de él, y... muchas consecuencias tuvieron porque como quedé tan sola... mi familia se fue tras de mí. O sea, no tuve familia en esa época, no tuve apoyo ninguno. Yo tuve tres años que me tocó inclusive con psicólogo, para recuperarme (sollozos). Cabecera del Llano, Piedecuesta, Santander, 1987, P.699.

El sentido de la responsabilidad es determinante para optar por un trabajo u otro con el fin de tener una fuente de ingresos. En este caso la madre, única responsable de los hijos, opta por un trabajo que no la obligue a desplazarse para seguir tutelando la cotidianidad de los hijos más pequeños, aunque esto suponga, probablemente, obtener peores ingresos.

Y como eso es kileado, a doscientos pesos el kilo, yo lo hago porque si yo me voy a trabajar, porque a uno le salen en casa de familia pero por allá para el norte, y yo si me voy por allá, ¿quién me va a cuidar los niños?, ¿quién me los va a despachar para el colegio?, ¿qué tal por ahí ellos prendan algo en la estufa? Entonces yo trabajo ahí, porque ahí los dejo desayunados, vienen y les doy el poquito de almuerzo, y voy y los llevo al colegio. El grande estudia por las mañanas, él no puede hacer nada, pero ya por la tarde él va y me los recoge. El Castillo, Meta, 1994, P.150.

Pero no todas las madres pudieron hacerse cargo de los hijos. Algunas mujeres, en situaciones extremas, tomaron la decisión de dejarlos al cuidado de otras personas, involucrando a otras partes de la familia en una red de soporte.

El otro niño pues él ya estaba grande, él no vivía conmigo, yo lo dejé cuando él tenía dos añitos de nacido a mi mamá. Me vine para acá con los otros cuatro y la bebé, yo venía recién embarazada. Cuanambí, Nariño, 2002, P.512.

Haber sido víctima de graves violaciones de derechos humanos tuvo a veces como consecuencia el desarraigo y el empobrecimiento, además de otras afectaciones psicosociales. La falta de ingresos estables y de una vivienda en condiciones son, en el caso que viene a continuación, las razones por las que no se puede asumir el cuidado del propio hijo, aun en contra de los propios deseos y convicciones.

Mi niño tiene cuatro añitos, y me encantaría que no estuviera por ahí rodando. Nosotros en estos momentos estamos viviendo de arrimados... él trabaja y cuando tiene trabajo es muy responsable y yo también he trabajado, pero un niño solo por ahí no queda bien. Apía, Risaralda, 2002, P.687.

Hubo situaciones, sin embargo, en que la responsabilidad por los hijos hubo de traducirse en tratar de protegerlos o defenderlos de las agresiones y amenazas. Enfrentar el peligro y la amenaza de los actores armados requirió mucha valentía por parte de las mujeres.

Entonces como yo no quería salir el tipo abrió la ventana. Yo les contesté que no puedo salir así con el niño, salí después que lo abrigué bien. Eran las dos de la

madrugada cuando nos llegaron a despertar. Tenía un mes de parida, cuando nos sacaron para fuera. Varias veces hicieron esa gracia, entonces que mencionáramos los sapos [delatores] a mencionar los sapos, decían: que aquí sabemos que hay tres sapos. San Jacinto, Bolívar, 1989, P.218.

La protección de los hijos se priorizó algunas veces aún en situaciones de elevado riesgo, es decir, oponiéndose abiertamente a la voluntad de los actores armados. En la narración siguiente, único caso en el que aparece una mujer armada, una guerrillera pretendió quedarse con los hijos de la mujer a quien la guerrilla acababa de asesinar al marido.

Después cuando ya lo ataron luego acá abajo estaba una flaca, una mona que me dijeron que era guerrillera. Entonces me dijo esa señora: mire madrecita usted es la que quedó viuda, entonces le dije si y me dio rabia y los insulté. Venía llorando, con la niña de ocho meses que había quedado y la otra que estaba esperando de tres meses [de embarazo] de él. Y entonces dijo “hay que pena usted se quedó sin su esposo”, entonces dijo: “regáleme sus niños los que le quedan”. Le dije no, no los regalo, así sea pidiendo caridad pero los niños me los llevo. Vereda Santa Clara, Putumayo, 2002, P.524.

Otras madres trataron de salvar a sus criaturas escondiéndolas aunque esto supusiera dejarlas en cierta medida a su suerte. No siempre fue posible protegerlas y salvarlas en las situaciones de peligro que debieron enfrentar. La incertidumbre, el sufrimiento y el sentido de culpa que esas decisiones debieron conllevar para las mujeres es difícil de evaluar, pero sin duda les supuso un impacto traumático que no fue fácil de superar.

Bajar los niños desde la casa hasta la cañadita, y ahí la sentó contra una piedra, ahí en la piedra la sentó, sabía que ellos llegaban tarde porque me dijeron que les tuviera la comida, yo apenas me decía coja verraquera, ayúdenme. Líbano, Tolima, 2006, P.154.

Por fuera de la casa, había muchos. La niña dormida, no sé, se durmió. Nosotros la dejamos solita en la casa, porque la niña se durmió, y, pues yo tenía, una barrigota enorme, tenía ya 6 meses de embarazo del niño. Dagua, Valle del Cauca, 2002, P.857.

En algunos casos la muerte fue imposible de evitar como consecuencia de una acción de abuso contra sus propios progenitores. Estas muertes quedaron en algunos casos impunes, por la dificultad de probar las causas o de acceder a la justicia para denunciarlas.

Aquí se me murió un niño allá porque sufría de asfixia [asma] y en el hecho que ellos hicieron la retención no me dejaron salir y el niño se me asfixió allá. Como yo no tuve conocimiento, no denuncié, porque no tengo papeles de eso y tampoco... Quibdó, Chocó, 2000, P. 479.

El dolor de una madre

Dos de las mujeres entrevistadas señalan que el dolor de una madre por la muerte de un hijo o una hija es único y diferente por su dureza y su permanencia.

Pero el dolor de una madre, es un dolor muy duro le digo, el dolor de un hijo es un dolor muy duro. Río Buey, Quibdó, Chocó, 2005, P.476.

La experiencia de dolor único de una madre por su hijo o hija, a la que estas mujeres aluden, tiene que ver con la naturaleza del vínculo que existe entre ellos. El hecho de la gestación es una experiencia singular de colaboración con la naturaleza y también de ser dos. Pero además, al ejercer la maternidad como crianza se asume la responsabilidad de ayudar a crecer a una criatura para que llegue a la edad adulta y sea una persona capaz de vivir por sí misma, y de cuidar a otras y otros. Que ese proceso se trunque con una muerte violenta es una pérdida que poco se puede comparar con otras, porque además del estrecho vínculo, tiene que ver con la expectativa de tiempo futuro que abren los hijos, con el sueño de lo que podría haber sido esa vida tan cercana que no se pudo vivir.

Como mamá me dio muy duro eso, porque yo casi no comía, yo vivía llorando. También había enterrado a mi mamá, en ese mismo año y yo vivía apenas era llorando (...) mamacita, mis hijos eran diez, mis hijos eran diez, y ahora me quedaron ocho, más los dos nietos. El Ceral, Samaniego, Nariño, 2008, P.434.

La muerte de hijas e hijos supone la alteración del orden de las generaciones que habitualmente respeta una lógica cronológica por la cual mueren antes las generaciones más viejas. Si la muerte violenta es siempre antes de tiempo, y provocada por otros seres humanos, en estos casos la violencia armada rompe esta lógica en dos sentidos: son hombres jóvenes quienes en su mayoría mueren y además sus muertes violentas habrían podido ser evitadas. En el dolor de las madres está pues el sinsentido de desperdiciar vidas que tenían aún su ciclo completo por cumplir.

No tener más hijos

Una de las consecuencias sobre la maternidad derivada de las experiencias de vulneración de derechos humanos es la decisión de no tener más hijos. Este es, tal vez, uno de los efectos más significativos del rechazo, de la desesperanza o del cansancio que genera el conflicto armado en las mujeres. La falta de deseo de tener hijos, o la decisión de no tenerlos, puede ser una forma de enfrentar la incertidumbre con respecto al futuro e incluso un modo de evitar sufrimientos. Los dos testimonios citados a continuación manifiestan explícitamente que en un país en guerra y después de haber vivido hechos traumáticos, la perspectiva de tener y criar criaturas se cierra, aunque en uno de los casos la realidad se impuso de otro modo.

Tengo cuatro hijos. Después del desplazamiento la idea era no tener más hijos, porque precisamente sabíamos que este país está viviendo una guerra desde hace 40 años, por eso no queríamos tener más hijos. El último fue un colado, tiene 5 años, es una bendición, mi compañía en estos momentos. Fusagasugá, Cundinamarca, 2004, P.140.

Todo ciento por ciento, porque yo desde ahí, yo no tengo vida marital, desde ahí decidí no tener más hijos, porque en un país donde hay tanta guerra y tantas cosas, yo no quiero saber más de tener hijos chiquiticos, y estar pasando toda esa problemática como ser humano. No tengo, después de todo esto que ha pasado y de todo esa inclemencia que he vivido. Bajo Atrato, Chocó, 1998, P.139.

Conclusiones

La violencia y las violaciones de derechos humanos inciden sobre la maternidad como una expropiación a las mujeres de esta experiencia que pasa únicamente por su cuerpo. Expropiación porque impidieron de forma directa y brutal que ellas actuaran con libertad respecto de su capacidad de ser madres.

Esa expropiación se narra en los testimonios desde perspectivas y situaciones muy dispares. Las voces de mujeres hablan de embarazos forzados, de abortos y de esterilidad. Nombran secuelas en la salud de madres e hijos. Relatan cómo se distorsionó o se imposibilitó el cuidado y la protección de las criaturas. Narran la desposesión por adopción o muerte de hijas e hijos. Incluso expresan la desaparición del deseo de maternidad, o el rechazo de la misma, por estimar que esta no es viable en un ambiente de guerra. Todas sin embargo tienen en común el haber experimentado la intrusión de actores armados en sus cuerpos y sus vidas forzando o malogrando el potencial de la maternidad.

La experiencia de expropiación de la maternidad por medio de la actuación intencional de hombres armados contra las mujeres, controlando, marcando o humillando sus cuerpos con violencia, es un elemento más de la brecha abierta entre mujeres y hombres en Colombia en el marco del conflicto armado.

VI. Impactos intencionales contra los hijos

Los hechos de violencia y vulneraciones de los derechos humanos como impactos intencionales contra los hijos constituyeron un elemento clave de desestabilización para la mayoría de las mujeres entrevistadas. El temor por las hijas e hijos, la prevención ante posibles daños y la protección de los mismos, son factores decisivos en las actuaciones y las opciones de las mujeres dentro de la dinámica de conflicto armado en la que han tenido que sobrevivir. El 75.2% de las mujeres que dieron su testimonio tiene hijos o hijas, con una media de 3 hijos/as (2.64 s.d.) por mujer y un máximo de 15 hijos/as.

Las mujeres describen un escenario, especialmente a partir de los últimos 15 años de conflicto armado, de fuego cruzado entre distintos actores armados –guerrilla, paramilitares y ejército- en el que la población estuvo atrapada, siendo rehén de unos y otros, sin que, para la mayoría de ellas, tuviese sentido alguno la violencia sufrida. Las víctimas perciben una cotidianidad invadida por la presencia de hombres armados de diferente signo que, con su poder de coacción, crearon un clima permanente de amenazas e impusieron el reclutamiento, culpabilizaron a los jóvenes de pertenecer o colaborar con el otro bando, practicaron la desaparición forzada, las ejecuciones extrajudiciales y asesinatos, el secuestro, etc.

La arbitrariedad de los hechos violentos aparece como parte de un estado de cosas dado por el marco de guerra en el que se halla el país. Muchas mujeres tienen la conciencia de que los impactos contra las hijas y los hijos han sido una forma de represalia contra madres comprometidas en la lucha política o en la defensa de los derechos humanos. Hacer daño a los hijos era un camino para golpear a la madre, para conseguir que se desmoronase, o que cesase en sus actividades. En otros casos, las amenazas o agresiones a los hijos e hijas tuvieron relación con el posicionamiento o las actuaciones de éstos dentro de la dinámica del conflicto, pero siempre con un impacto en sus madres especialmente.

Dentro del amplio abanico de hechos violatorios de derechos humanos dirigidos a los hijos y las hijas de las mujeres entrevistadas, las amenazas de causarles daños, con su intención de aterrorizar y desestabilizar a las madres y al núcleo familiar, fueron la práctica más habitual por parte de los actores armados. Uno de los impactos más frecuentes, en particular en las zonas de Antioquia y Cauca, fue el reclutamiento forzado de jóvenes y niños, en grupos armados. El miedo al reclutamiento, que suponía no sólo la separación de sus familias, sino que los hijos se viesan directamente involucrados en la acción armada, dio lugar a decisiones como el desplazamiento o el pago de dinero, con un enorme costo económico, afectivo y social para las madres y para el núcleo de convivencia. El secuestro, el asesinato, los asaltos y agresiones fueron también graves impactos sufridos por los hijos. Otros ataques cotidianos a hijos e hijas son el seguimiento y la vigilancia, el señalamiento y el hostigamiento. A los impactos mencionados habría que añadir las agresiones sexuales sufridas por hijas en un 5% aproximadamente de las mujeres entrevistadas, con la consecuencia en algunos de los casos de un embarazo forzoso. Estos impactos se han tratado en el apartado “consecuencias en la maternidad”. También en los conflictos entre mujeres y hombres relativos a los hijos que comparten, el hecho de formar parte o estar en contacto con grupos armados, aumentó las amenazas contra los hijos e hijas o las prácticas violentas contra ellos y sus madres.

En la mayoría de las ocasiones, la forma de prevenir o de proteger a los hijos fue el desplazamiento de la familia para alejarse de un entorno amenazante y peligroso. En muchas ocasiones, las mujeres enfrentaron directamente la situación para defender a hijas e hijos interponiéndose entre éstos y sus agresores. Otras veces, les ayudaron a huir, los escondieron o les sacaron del país. Y, aún otras, actuaron denunciando los hechos.

En las voces de las mujeres se ponen de manifiesto múltiples formas de heroísmo femenino. Un heroísmo cuya finalidad fue defender a hijos e hijas y que, en algunos casos, consiguió su propósito. En otros, sin embargo, no fue posible para ellas. El dolor causado por estas pérdidas se manifiesta como una presencia permanente en los testimonios. Algunas madres entrevistadas reflexionan acerca de esas muertes que no obedecieron a los ciclos de la vida o a la enfermedad, y de esas vidas inútilmente perdidas que todavía tenían toda por delante.

Se desquitan con lo que una más quiere

Las mujeres transmiten la arbitrariedad de las prácticas violentas contra una población que se siente a merced de actores armados, ya sean estos paramilitares, guerrillas, ejército o policía. El estupor, la preocupación, la rabia y el dolor por los daños que recaen sobre las hijas y los hijos son sentimientos que las mujeres verbalizan poniendo de manifiesto lo injusto de los hechos referidos.

La experiencia de ser víctima de violencia se expresa como un hecho ajeno, venido de fuera, que ha recaído en la propia vida de forma absolutamente injusta y arbitraria, arrebatando a los hijos y causando un dolor único que pocas veces se encuentra con la posibilidad de contar la propia experiencia. Muchas mujeres debieron compartir la misma experiencia de vivir en medio de un fuego cruzado entre actores armados ajenos a ellas, en el que ellas, sus hijos y sus hijas eran las víctimas.

Quiero agradecerles a ustedes... que me dan esta oportunidad de contar todo lo que he podido vivir contra la violencia que ha venido a mí, con mi familia, más que todo con mis hijos, porque... me han masacrado tres hijos y la verdad que eso para mí ha sido muy duro, he sufrido mucho. Esas son una de las cosas más dolorosas que puede tener el ser humano, más que todo, una madre que pierda sus hijos en esa situación. Cantagallo, Bolívar, 1999, P.744.

Numerosos testimonios expresan la pérdida de control sobre las propias vidas experimentada por las mujeres como una vivencia que crea temor, sensación de fragilidad y desamparo. Los grupos paramilitares aterrorizaron a las poblaciones al colocarlas en la disyuntiva de someterse a sus dictados o ser culpabilizadas como enemigas, creando una situación de chantaje e inseguridad permanente con respecto a sus vidas y a las de sus hijos. La culpabilización de las mujeres ha sido parte de las estrategias de forzar la colaboración o de justificar las violaciones de derechos humanos. El miedo se convierte a ojos de los perpetradores en una muestra de “complicidad con el enemigo”, y por tanto justifica la violencia contra quienes huyen.

Ellos decían que uno no tenía por qué huir del pueblo, que ellos habían llegado y que si uno se iba era porque tenían algo pendiente con ellos. Pero entonces uno... no era porque yo tuviera algo pendiente con ellos. Yo no me sentía segura si ellos estaban ahí, ¡no ve que ya habían intentado con los hijos míos! y ellos tarde que temprano cada

quien coge su camino y los que quedan ahí... pagándoles a ellos, a ellos baratico, no más que hagan con uno lo que quieran. Papayal, Bolívar, 2003, P.766.

En muchos casos, los grupos paramilitares saquearon y destruyeron pueblos enteros obligando a las poblaciones a abandonarlos. Aquellas que lograron sobrevivir y escapar salvando a los hijos debieron hacerlo perdiéndolo todo y refugiándose en la montaña. La confusión y el terror impidieron y siguen dificultando en muchos casos identificar a los perpetradores.

El sacerdote dijo, yo soy sacerdote, y le dijeron sálgase, y mataron un poco de gente ahí en la plaza, hasta un peladito como de 14 años con el papá cogidos de la mano... mi cuñada con una niña y con otra de la mano de mi mamá, nos fuimos y nos tocó amanecer en el monte toda la noche. Amanecimos en el monte robaron de todo y les quitaron a los campesinos 15-20 bestias y las llenaban los costales de cosas de mercancía de ropa y se las llevaron. A las tiendas y las casas les prendieron candela y se fueron dejando el pueblo prendido: "si no se van a ir los vamos es a matar a todos". Barrio Miraflores, San José del Guaviare, 2007, P.35.

Por su parte, las guerrillas tomaron el control de numerosas comunidades para proveerse y reclutar a jóvenes de ambos sexos. La pérdida de autonomía por parte de la población vino dada por la asimetría que crean las armas y las prácticas violentas, teniendo como resultado la imposición de formas de vida y de comportamientos militarizados.

Nos desplazamos de Santa Rosa porque en ese tiempo estaban haciendo un censo para los muchachos comenzarlos a reclutar y entonces pues ya lo comienzan, ya uno allá quedaba al mando de esa gente. Hombres y mujeres. Allá el que quedaba allá lo censaron, pues quedaba de cuenta de esa gente, ellos iban a coger lo que uno tenga pues para la... tenían que ellos mandar y todo. Era el año 95, y eran de la guerrilla. Como entraban unos, entraban otros. A veces iban unos, hacían reunión, salían esos y entraban otros, y entonces ahí estaba el problema. Patía, Cauca, 1995, P.398.

En general, la irrupción de diferentes grupos armados se experimenta como una violencia sobrevenida que imposibilita la continuación de la vida cotidiana, al aterrorizar a la gente y convertirla en rehén. La sensación de peligro generada por el hecho de estar en manos de hombres armados no identificados llevó a muchas mujeres a huir con los hijos para protegerlos, abandonándolo todo, sin destino fijo ni medios de supervivencia.

A cada rato nos amenazaban, se metían a las casas, nos encerraban diciendo que no saliéramos de ahí, para que no nos diéramos cuenta de nada, ni viéramos quién es quién. Yo me decidí a salir sin nada, sin donde vivir porque tenía mis hijos chiquitos y ellos decían que los niños perturbaban tanto... Ellos entraban encapuchados y armados. Y a uno le decían: "les damos diez horas para que salgan", ¿pero adónde? Entonces nos encerraban, ponían trancas a la puerta para que no saliéramos ni dejáramos salir a los pelaos. Bolívar, 2005, P.205.

Muchas mujeres vivieron la impotencia frente a los grupos armados y la violencia que veían que iban a sufrir. El siguiente testimonio narra la experiencia de una mujer para la que es imposible protegerse y proteger a su hija de la violencia sexual se haga lo que se haga –esconderse o mostrarse-, pues responde a un comportamiento habitual de esos victimarios ante el que no hay escapatoria. Esta experiencia muestra tanto la inexistencia de mecanismos de protección y la vulnerabilidad frente a la arbitrariedad, como el poder de coacción de los victimarios sobre las mujeres. Para las mujeres, la imposibilidad de proteger a sus hijos e hijas es un cuestionamiento de su propia identidad y papel como madres.

Todavía, por la hija siento hartito... porque dicen que cuando hay una hija así, entran a sacarla y le hacen lo que ellos quieren a uno también. Entonces uno imagínese, nosotros vivimos allá arriba y como ellos llegan a las casas, ella si se esconde pues es que algo debe, salga para matarla. Entonces ella pues tiene que salir a hacerse ver. Entonces yo no puedo hacer nada por ella. Samaniego, Nariño, P.338.

En un medio impregnado por el miedo y la desconfianza, mantenerse en silencio tratando de pasar desapercibida puede ser una forma de no ponerse en peligro. Las mujeres se saben vulnerables en el escenario de violencia en el que viven, no sólo por los daños que ellas puedan recibir, sino a través de los ataques dirigidos a sus hijos y hijas. Saben que las agresiones de los victimarios contra ellos son acciones intencionales precisamente por el alcance que tienen en las vidas de las víctimas y las de sus madres. Este miedo por los otros ha sido utilizado de forma creciente como forma de control de la población civil.

Usted sabe que hoy en día, se pone uno a hablar, y se desquitan con lo que uno más quiere. Con los hijos, o con uno mismo, entonces. Dagua, Cali, Valle del Cauca, P.865.

Siempre ha sido ese temor

Un gran número de mujeres entrevistadas manifiestan sus miedos en relación a la seguridad de sus hijas e hijos. Ese miedo permea no solo las situaciones de peligro o amenazas, sino todos los ámbitos de socialización las diferentes etapas de la vida de los mismos, también cuando “aparentemente” no ha pasado nada. La presencia de ejército, grupos paramilitares o de la guerrilla genera zozobra y temor por los hijos e hijas en muchas mujeres, dado que son frecuentemente objetivo militar por diferentes razones.

Pues a mí lo que más pensaba, en que me llegaran a quitar mis hijos, se los llevaran, me los mataran y sí, eso era lo que yo más pensaba, en mis hijos., Vereda Zapatero, Huila, 2000, P.747.

La indefensión de las criaturas pequeñas frente a las situaciones amenazadoras fue motivo de honda preocupación. Las madres que son conscientes del peligro que corren, temen

tanto que los hijos queden huérfanos, como que se vean expuestos a situaciones de violencia en los espacios de su vida cotidiana.

Bueno en relación con mis hijos, yo los veía pequeños, entonces uno los ve más indefensos, pensaba yo Dios mío y si se meten de noche, se llevan o matan a una, como quedan esos peladitos, ¿Cómo quedan esos peladitos? Aquí quien me los va a atender ¿Quién? O sea, si los mandabas para el colegio, estabas tú con la pendiente ahí, y si se forma un tiroteo... San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 1999, P.203.

El miedo se inscribe en el territorio del cuerpo femenino manifestándose en forma de enfermedad. En el testimonio que se cita a continuación, el hecho de salir a trabajar se experimenta como riesgo para los otros, en el contexto de violencia que domina el medio urbano donde se desarrolla la vida cotidiana de la hija.

Yo me pegué una enfermada. Me dio de todo, daño de estómago, me dio vómito. Yo no me podía mover de la cama, era en un temblor. Yo le decía no se vaya a trabajar y ella me decía pero como no voy a ir. Se quedaron dos hijas aquí conmigo. Porque a mí me parecía que la iban a matar. Yo le decía después de que esté aquí no salga, porque me da unos nervios porque vivimos en un barrio muy horrible. Barrio Popular, Medellín, Antioquia, 1998, P.66.

El miedo y la inquietud por los hijos planean constantemente en la vida de la mujer entrevistada después de pasar por la experiencia de la muerte de uno de ellos.

Me da temor con mis otros hijos porque tú sabes que desde que una tenga hijos le da temor, porque a ellos les dio muy duro la muerte de ese muchacho. Si les dio muy duro y me da miedo de que les pueda suceder algo. Yo cuando mis hijos salen para la calle yo no duermo ¿no dormís? hasta que no llegan. Yarumal, Antioquia, 1969, P.38.

Las experiencias traumáticas dejan un poso de miedo a que los hechos se repitan. Un miedo que impregna los días impidiendo vivir con felicidad. En el testimonio se refleja, por un lado el temor de que los hijos, varones jóvenes, se vean involucrados en hechos violentos y por otro, que vivan sometidos al silencio en un entorno amenazador.

Gracias a Dios, enfermedades no graves, simplemente un miedo, la desconfianza, que nunca he podido ser feliz, para la de buenas. Mi Dios me mandó tres varones y siempre ese miedo de que ellos vayan a correr con esa misma suerte, a pesar de que vivo aquí en Mocoa que es una ciudad más civilizada, más grandecita pero siempre ha sido ese temor de que ellos ya se jovenciaron y que no puedan ir por ahí, siempre uno queda con esa imagen allí. Están tus hijos reflejando eso y ese miedo como de callar. Santander de Quilichao, Cauca, 1980, P.526.

El temor que transmiten las voces de mujeres es una señal de alerta que verbalizan con respecto al escenario de peligro en el que sus hijos crecen. Los miedos expresados por las mujeres entrevistadas proceden a veces de experiencias extremas que ellas han vivido y temen que se repitan en sus hijos. Otras veces son miedos fundados en amenazas recibidas. Y, más en general, se trata de un miedo instalado en las vidas y en los cuerpos por el hecho de vivir en zonas donde la violencia se ha apoderado del día a día de la población.

Enfrentar el reclutamiento

En este contexto uno de los miedos más extendidos entre las madres es el reclutamiento forzado de sus hijos e hijas en grupos guerrilleros o paramilitares. Dicho reclutamiento ocurre muchas veces mediante estrategias de manipulación psicológica, ofreciendo beneficios o mostrando una visión positiva del reclutamiento y la participación en la guerra ajena a la realidad, e invisibilizando las implicaciones negativas para los muchachos/as y sus familias.

Como mujeres hemos sufrido, porque muchas veces empiezan a endulzar a nuestros hijos y se nos los llevan a esos grupos armados, diciendo que no, que es una defensa al pueblo. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

Los casos de reclutamiento forzado mencionados por las mujeres entrevistadas son numerosos, en particular en las zonas de Antioquia y el Cauca. Para realizar el reclutamiento, las guerrillas se han movido en diferentes épocas entre la coacción y el proselitismo. Por ejemplo, en los años '80, la incorporación de los y las jóvenes empezó dándose con argumentos de un deber y un compromiso con la causa de la lucha contra la pobreza y la injusticia.

En primer lugar hacerles, atenderlos pues con la comida y todo, iban recogiendo todos los muchachos, los que eran jóvenes eran los que tenían que irse porque tenían un deber. Ellos decían que tenían que irse al monte porque tenían que luchar contra el gobierno para que se acabara la injusticia y la pobreza. Se identificaron como guerrillas. Pero que ellos en ningún momento nos iban a hacer daño, que solamente lo único que pedían era que teníamos que unirnos con ellos, que teníamos que dar toda la información del caso para poder continuar adelante con la causa, decían ellos; eso era una causa. No sabíamos de qué se trataba, pero el chiste era que era una causa. Cuando ya los que tenían hijos jóvenes se fueron con ellos, entre ellos se fue un tío mío. Santander de Quilichao, Cauca, 1980, P.526.

Sin embargo, 20 años después, el deterioro de la guerra y las prácticas cada vez más indiscriminadas de la guerrilla llevaron al temor de las mujeres al reclutamiento de sus hijos, por las consecuencias que estaba teniendo para ellas y sus familias. En el caso siguiente la mujer entrevistada, madre de seis varones, narra cómo abandonó la zona por el temor a que todos sus hijos fueran reclutados de manera forzada.

En 2005 salí por reclutamiento de mis hijos, se me llevaron un hijo y se me iban a llevar los otros, me iban a llevar, eran 6, todos 6 iban a quedar allá. El que se llevaron tenía 17 años cuando se lo llevaron y los otros tenían ya 18 años. Fue el frente 47 de las FARC. Abejorral, Antioquia, 2005, P.395.

La misma mujer entrevistada explica que, en aquella zona, era habitual que niños y niñas fuesen reclutados forzosamente por las guerrillas y que frente a estos abusos no era posible hacer nada pues se ponía en riesgo la propia vida.

No, yo no, yo vi cuando se lo llevaron, pero qué podía hacer, antes salió el otro que estaba chiquito J., salió hasta por cierto en pantaloncillo y dijo que, para donde se iba E. y yo iba a ir a decirles para qué, viendo que ya no se podía porque mataban a uno. Abejorral, Antioquia, 2005, P.395.

También en otras zonas la guerrilla se llevaba a los jóvenes para engrosar sus filas procediendo de modos parecidos. Frente a la posibilidad de que los hijos fueran reclutados, un sentimiento común entre las madres fue el miedo y la desesperación.

Me preguntaron por ellos, que los necesitaban, pues como decían que andaban recogiendo jóvenes a llevárselos por allá pues les han matado tanta gente a ellos a la guerrilla... Para reclutar jóvenes llegaron a preguntar por mis dos varones que tengo y entonces pues a mí me dio miedo y desesperación. Orito, Putumayo, 2000, P.514.

La práctica del reclutamiento por parte de las guerrillas dio lugar a situaciones que afectaron a todo el núcleo familiar. El intento de eludir el reclutamiento mandando a los hijos a prestar el servicio militar provocó, en el caso que se cita a continuación, amenazas de muerte e hizo inevitable el desplazamiento familiar de la mujer entrevistada. Lo que para la madre era una estrategia de protección, en la lógica de la guerra fue visto como “tomar parte” con el bando del Estado.

Yo fui desplazada porque me iban a matar mi esposo, porque la guerrilla se me iba a llevar los muchachos, los dos muchachos mayores, entonces yo le dije que se fueran para el batallón a prestar el servicio militar, entonces ellos se fueron y a los 15 días de ellos haberse ido, llegaron la guerrilla... esa guerrilla disque el ELN... como no encontraron los muchachos, me iban a matar al esposo. Andes, Antioquia, P.675.

Muchas madres pensaron que un modo de evitar el reclutamiento forzoso de los hijos era sacarlos del lugar donde se daba el peligro de que se los llevaran. Así el desplazamiento, aún en situación extrema, fue la única salida que encontraron para ayudar a los hijos a escapar del reclutamiento.

Yo voy a pensar en sacar a mis hijos de aquí porque ellos los estaban engañando para llevárselos para la guerrilla pero yo no acepté eso, ni ellos tampoco acep-

taron. Yo le dije, mijo así sea que pasemos trabajo o hambre, en cueros, o lo que sea, aquí sufrimos en Cartagena pero vénganse para donde estoy yo. San José del Playón, María La Baja Bolívar, 1980, P.206.

La intención de reclutar a jóvenes llegó a convertirse en persecución frente a la resistencia o la negativa de los mismos a incorporarse a los grupos armados paramilitares. La mujer entrevistada narra la persecución del hijo y de ella misma por parte de un grupo paramilitar no identificado y cómo la amenaza de esa persecución se prolonga en el tiempo.

Entonces fue donde ya el muchacho llegó, me dijo que desde Sucre en Cauca iban siguiéndome; entonces yo les preguntaba por qué; entonces me decía que hasta que no reclutaran a mi hijo no se iban a quedar contentos, pero igual no me dijo ni quien los mandó, ni por qué tenían que andar atrás de nosotros. En este momento tengo a mi hijo acá pero pues con ese temor... Sucre, Cauca, 2002, P.390.

Ellos me pidieron una plata: chantajes con los hijos e hijas

La amenaza de reclutar a los hijos o las hijas podía convertirse con facilidad en una extorsión económica a la que las madres tuvieron que hacer frente para protegerles.

Pedían 15 millones, para no llevárselo, o que se la llevaban a ella, pero pensaban que más que ella el que les iba a servir era el niño. Murillo, Tolima, 2010, P.144.

Proteger a los hijos de ser reclutados supuso, en algunos casos, desprenderse de bienes cuya finalidad era asegurar el sustento de la familia, para conseguir dinero para pagar y tratar de librarse del reclutamiento.

Yo tengo que proteger a mi hijo, porque esa gente me dijo que cuando ya salgan ahorita, en noviembre que salen todos los estudiantes, ¡quieren llevárselos! A él y a mí hija. Entonces, póngase usted la mano en el corazón ¿yo qué hago? Ellos me pidieron una plata, gracias a que vendí el marranito que la señora donde estaba me regaló, lo vendí, hice 350 mil pesos con el marranito. Me tocó que dárselos a ellos por mis dos hijos... estoy cansada de la situación, estoy cansada que nadie me escuche... Vereda la Petronila, Quindío, 1997, P.776.

El cansancio y desamparo de muchas mujeres ha formado parte de estos abusos. Otras muchas se sintieron solas en la tarea de defender y proteger a sus hijos e hijas de las violaciones de derechos humanos. Los perpetradores de tales hechos aprovecharon las situaciones de mayor vulnerabilidad, como en el siguiente caso de una mujer viuda, bajo la amenaza de matar a la hija.

Cuando él ya estaba muerto me fueron a amenazar allá a la casa. Llegó un joven y me dijo: “vea señora, usted es la mamá de Teresa, la hija mayor se llama así, si usted no quiere que mate a su hija entonces me tienes que dar plata”, entonces le

dije, yo no tengo plata, no tengo marido quien trabaje, me toca trabajar aquí, no tengo nada. “No, usted tiene ganado”. Le dije, “vaya a mirar, yo no tengo nada, nada”, entonces dijo “vea usted tiene que vender siquiera unos cinco ganados y me tiene que entregar la plata, nosotros somos de la guerrilla”. Así me fue a decir y amenazar. Vereda Tamavioy, Putumayo, 1994, P.521.

Otras veces sin embargo frente al abuso de la extorsión sólo quedaba la opción de tomar el riesgo de declarar que no se podía pagar, aunque pesara una amenaza de muerte sobre el hijo.

El uno me dijo a mí que le dijera dónde estaba la plata, que si no le decía que mataba al niño entonces yo que plata le iba a entregar, me toco arriesgarme y decirle que no tenía nada. Putumayo, 2010, P. 527.

La práctica de la extorsión pudo ser un recurso fácil para los actores armados con el fin de obtener dinero. Es posible incluso que en algunos casos, individuos aislados aprovecharan el hecho de tener armas para sacar provecho del poder que estas les proporcionaban. Pero también fue una práctica planificada y materializada con premeditación y cuidado para obtener importantes cantidades de dinero de las familias extorsionadas.

Bueno, las amenazas... mi mamá, pues, antes de irnos, me mostró una carta... era de la guerrilla, yo no recuerdo de qué grupo era exactamente, ni nada, pero yo si me acuerdo que era de la guerrilla, era una carta con logotipo, me acuerdo muy bien, en computador, que decía pues como que él tenía que dar una cantidad de dinero como de seiscientos y setecientos millones de pesos... decía algo así como: “Pone en peligro la vida de su hija la mayor y su mamá”. Entonces, pues, obviamente mi papá se preocupó mucho, y nos sacó a mi hermana y a mí, y pues mi abuela si decidió quedarse allá. Belén de Umbría, Risaralda, 1999, P.685.

Acusación de colaborar

Una de las experiencias derivadas del hecho de habitar en zonas donde se daba un fuego cruzado entre diferentes grupos armados, fue la de sufrir la culpabilización de colaborar con, o de pertenecer al grupo “enemigo”. En nombre de esa culpabilización muchos jóvenes sufrieron amenazas, detenciones ilegales o secuestros, persecuciones u otro tipo de agresiones.

Me desplazaron en 1987 el cinco de junio a las diez de la mañana llegó un grupo armado sacó a mis hermanos, rodearon la vivienda y se los llevaron. Entonces la hermana mía cuando ya vio que el grupo se llevaba preguntó que por qué los sacaban y le dijeron que por guerrilleros y se los llevaban para buscar para ver donde estaban los otros. Vereda Chorro, San Jacinto, Bolívar, 1985, P.224.

La acusación de pertenencia del hijo a la guerrilla se convierte en el siguiente testimonio en un motivo para perseguir, acosar y atemorizar a la madre obligándola a dar informa-

ción privada sobre su vida afectiva, sus ingresos, su manutención, con el fin de justificar la falta de fundamento de la acusación de ser guerrillero dirigida al hijo. La práctica de la acusación contra hijas e hijos se convierte, pues, en una forma de controlar la vida de las mujeres, de someterla a escrutinio. Así, el abuso que supone la culpabilización de los hijos, se traduce también en una forma de violencia contra la libertad de las mujeres.

Entonces ya se fueron; al otro día, inclusive matriculé la niña a que entrara aquí al colegio y me iba yo a dejarla con ese temor de ellos porque subían y bajaban con armas en la mano y como siempre amenazaban que por... pero no sabíamos quiénes eran en cambio el día que ellos llegaron si dijeron somos la AUC, una ley que vinimos a hacer aquí en el pueblo y nosotros necesitamos que usted nos diga la verdad. Mi hijo ya tenía 16 años, él no siguió estudiando, y estaba fuera para trabajar y ayudarme, entonces cuando me preguntaron le dije, él trabaja. Y ellos, que no, que tu hijo es guerrillero que donde lo tenés. Yo le dije: “mi hijo no es guerrillero, mi hijo no está conmigo porque él es el que trabaja y nos manda, lo poco que él se gana pues lo comparte conmigo, porque pues en veces yo no tengo trabajo”. Sucre, Cauca, 2002, P.390.

La posibilidad de ser acusado de colaboración con el enemigo se extendió a todos los grupos humanos. En el testimonio siguiente se trata de niños o adolescentes retenidos, maltratados y con amenaza de muerte por parte de la guerrilla, bajo la acusación a uno de ellos de relacionarse demasiado con los soldados. Que la sospecha planeara sobre toda la población constituía un mecanismo de sometimiento de la misma a través del miedo a ser acusado. Las preguntas, los comentarios y las acusaciones veladas sobre los comportamientos de los familiares, como la sugerencia de que la hija de la mujer entrevistada y madre del muchacho retenido fuera informante del ejército, actuaban como amenazas para aterrorizar y conseguir obediencia.

Se lo llevaron a él con otros dos compañeritos y los tuvieron allá amarrados y a un compañerito de él le dijeron que lo iban a matar y él dijo “pero por qué, si yo no he hecho nada”: “sí, lo vamos a matar porque usted se mantiene callejeando mucho en el pueblo y andando para arriba y para abajo y habla mucho con los soldados que no sé qué”, y los dejaron amarrados 3 días y a los 3 días los soltaron y “váyanse que nos los queremos ver más por aquí se van”. Se vinieron llegaron todos sucios y pues les daban comida y todo, pero les preguntaban. Barrio Miraflores, San José del Guaviare, 2007, P.35.

Es probable que algunas familias llegaran a encontrarse involucradas en los entresijos de dos grupos armados enfrentados, despertando sospechas a unos y otros derivadas de los comportamientos de los miembros de la familia. Vivir inmersa en la tensión entre unos y otros llegó a afectar profundamente la vida y la salud de las mujeres.

No sé que qué o sea que de pronto que ellos pensaban que ellos les sapeaban a los otros porque un hijo de la difunta gorda se metió a paraco, él se metió a paraco,

entonces yo digo ahí también fue que donde vino la muerte de ella porque ella sin pensar, se estaba haciendo un daño ella misma porque si ella vio que su hijo se metió a paraco no debió tener más trato con esa gente si no entonces lo que hacia ella salir para acá, y venía era a encontrarse con esa gente porque él le entregaba plata a ella. Corregimiento Bayano, Bolívar, 2000, P.218.

Nunca ha quedado bien

La violencia a que fueron sometidas algunas criaturas por parte de los grupos armados que perseguían a sus madres tuvo consecuencias en su salud mental y su equilibrio emocional.

“Di adónde está tu mamá, dónde está tu mamá y adónde está tu familia, que vamos a acabar hasta con el último”, y sabe quién le quitó a Johana la hija mía, el Padre L. se la quitó, se la arrebató de las manos, porque se la llevaban en una camioneta, para Caracolí, para matarla allá, y la pelada tenía 12 años, y esa pelada desde ahí, no ha quedado bien de la cabeza, aunque yo la llevé al psicólogo, se le hizo, mejor dicho, pero ella nunca ha quedado bien como es, sí. Barrio Policarpa, Apartadó, Antioquia, 1997, P.128.

Él era solo metido en su mundo

El hecho de vivir escondidas o con grandes medidas de autoprotección y seguridad hizo que algunas mujeres tuvieran grandes dificultades para tener contacto con sus hijas e hijos. Esta misma situación llevó probablemente a algunas criaturas a vivir en solitario los miedos, las inseguridades y también el hostigamiento del que fueron objeto por parte de aquellos que perseguían a sus madres.

Fueron tres meses muy duros para mí porque yo dejé a mi niño a Alejandro lo dejé trabajando y va llegando un día [y dice] mamá me iban a matar y yo como así. El muchacho llegó en una crisis impresionante. Y mi otro hijo se desordenó. Le dije a mi amiga, “yo ya no soy capaz de soportar más ¿qué voy a hacer?”. Entonces me quedé en la sede de la organización un año, pero si ya mi familia la podía ver más cerca pero no me asomaba a ninguna parte sino que era ahí encerrada, podían llegar mis hijos, podía hablar con ellos. El hijo mayor mío se aisló, él no hablaba con nadie él era solo metido en su mundo, nunca me contó pero a él, el ejército lo aporreaba, la policía lo aporreaba. Un día lo metieron a un hueco y le pusieron el fusil en la cabeza y le daban duro con el fusil. Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.79.

Desplazamiento forzado: antes que maten a mis hijos

Las mujeres entrevistadas buscaron formas e idearon estrategias para proteger a sus hijos de la violencia. En algunas situaciones ellas valoraron que abandonar la escuela o llevárselos al trabajo eran las opciones más seguras para las criaturas pequeñas. La precaución extrema llevó a estas mujeres a no querer perder de vista literalmente a los niños.

Los dejaba encerrando, a veces me los llevaba para no estar trabajando y pensando en ellos, para que no salgan a la calle, niños que no los distingán y no los vayan a golpear, entonces me sabia venir rápido de allá, los hacía sacar el uniforme y me los llevaba, porque así uno está trabajando y los está viendo a ellos, sino uno pensaba, que tal llegue y me falte uno. Corregimiento de Talindo Gómez, Nariño, 2005, P.523.

Una de las formas de proteger a las hijas y los hijos fue el desplazamiento. Cambiar de población e instalarse en una zona lejana pudo ser un modo de evitar ser reconocida y de poder relajar los hábitos de comportamiento con los hijos. La mayoría de las veces, las mujeres tuvieron que desplazarse por las amenazas contra sus hijos. Las preguntas repetidas por los hijos tienen el propósito de crear un clima de terror e inseguridad. En estas ocasiones el desplazamiento fue preventivo a raíz de indicios concretos de posibles acciones contra los hijos.

Al menos yo, no pensaba venirme en esos momentos, pero cuando ya vi que ellos vinieron la segunda vez y preguntaron por los hijos de C., digo no, antes que me maten mis hijos, yo enseguida pensé en venirme para Quibdó. Samaniego, Nariño, 2007, P.444.

El desplazamiento se vio también forzado por la situación de los hijos, con el fin de evitar que pudieran verse involucrados en la dinámica de la violencia.

Me tocó irme de desplazada porque en la esquina de la casa se hacían unos encapuchados que según cuentan me querían matar al otro muchacho hijo mío. Se les había metido que él les iba a hacer daño a esos que mataron a Esneider. Y eso no era así nunca. Hubo gente que se los fueron a ofrecer al trabajo, le decían hermano vea dígame. Y eso nunca. Nunca y yo misma le decía que tal mi hijo que usted se vaya a ensuciar las manos, nunca. Eso fue en el mismo 1999 eso fue por los días que lo mataron a él. Nos tuvimos que desplazar de Guadalupe. Hasta que un día yo le dije no, yo me voy para mi casa, es más, me vine yo sola con las muchachas. Y mi hijo se quedó por allá viviendo con la señora de él porque a mí me daba miedo de que él se viniera. Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 2001, P.37.

En otros casos no se trató sólo del miedo general a la posibilidad del reclutamiento, sino de optar por el desplazamiento ante hechos concretos que implicaban la materialización del reclutamiento forzado.

Antes no, amenazas no, solo la vez que llegaron a preguntar por ellos que de pronto los necesitaban. Por ese motivo yo me desplazé con todos mis hijos. Orito, Putumayo, 2000, P.514.

En la zona del Cauca, las agresiones y las masacres contra las comunidades indígenas como en el caso del Naya, dieron lugar a desplazamientos colectivos en condiciones de terror. El sufrimiento de las madres procedía de saber que toda opción entrañaba peligros

para todos, pero en particular para las criaturas, pues éstas podían ser víctimas directas de la violencia, pero también quedar huérfanas y desprotegidas por el asesinato de madres y padres.

Como a las dos de la mañana, salimos cogimos las bestias, montamos a mi mamá, a mi niña, a mis sobrinos, cogimos por el camino y con miedo, porque uno no sabía a qué horas se encontraba esa gente. Y como iban torturando la gente por el camino, entonces uno más piensa es en los niños que uno trae porque no sabe si lo asesinan a uno junto con sus hijos, o quedan vivos los niños y de eso me daba miedo. Por eso yo no quería ni venirme del Naya, si no que quería como meterme al monte, pero más bien nosotros nos vinimos y así fue la salida de nosotros de allá. Naya, Cauca, 2001, P.382.

En diferentes zonas del país, los sucesivos desplazamientos a lo largo del tiempo habían dado lugar a una memoria colectiva de las atrocidades que empujó a nuevos desplazamientos para evitar agresiones como las que se habían perpetrado en otras ocasiones, especialmente las agresiones sexuales a las hijas. Muchas madres estuvieron dispuestas a dejarlo todo atrás, a perderlo todo, para salvar a sus hijas e hijos de los riesgos de crecer y vivir en un medio en el que podían perder la vida y perderse como personas.

Bueno, mis pensamientos eran de salir y dejar, dejar todo, para yo salir de allá. No tuve que ver con nada, si no yo salí con mis hijos y ya. Que se perdiera todo pero menos que se perdiera un hijo mío. San José del Playón, María La Baja Bolívar, 1980, P.206.

Atacar a los hijos para golpear a las mujeres

En el contexto de violencia armada, las amenazas contra la vida de hijas e hijos fueron una práctica frecuente para amedrentar a las mujeres. Proferir amenazas constituyó una forma habitual de relacionarse con las mujeres, desde el dominio y la prepotencia de los grupos armados, para asegurarse que ellas, atemorizadas, no interferirían en sus actuaciones.

Dentro de la dinámica de control de la población, el trato brutal y la amenaza de muerte a los hijos fue en ocasiones una forma de limitar o impedir el desarrollo normal de la vida cotidiana e incluso de la movilidad de las mujeres que intentaron eludir o se resistieron a obedecer los mandatos de los actores armados.

A mí me entraron para un cuarto y me encerraron junto con mis hijos, y me dijeron que no tenía derecho de salir sino hasta cuando ya estuviera a las seis de la mañana, o siete de la mañana porque si salía antes ya sabía a qué atenerme. Me dijeron que si seguía gritando... yo hice como al salir corriendo de la habitación, forcé allá y ellos me pegaron, y me le apuntaron a mis tres hijos y me decían que si

no me quedaba quieta me mataban a mis tres hijos. Me decían: ¡les mato a los tres perros! Y me daban... me golpearon demasiado. San Blas, Bolívar, 2005, P.786

Del mismo modo, la amenaza de muerte fue la forma de proceder por parte de grupos armados para aterrorizar a las mujeres y hacerlas huir con sus hijos abandonando sus pertenencias, después de haberlas obligado a alimentarles. Amenazar con la muerte de los hijos fue una práctica habitual utilizada para conseguir que las mujeres cedieran al expolio sin oponer resistencia.

No de ese no me di cuenta, me di cuenta que lo habían matado pero no sé quién es, no lo distinguí, si me di cuenta, fue cuando ellos llegaron aquí, hicieron la reunión con nosotros, ya aquí se hizo una fiesta de la virgen del Carmen, en ese día que hubo la fiesta de la virgen fue cuando sucedió lo mío, que fue cuando se me comieron el frito, [venta ambulante] me acabaron con todo lo que yo tenía. No quedando contentos me dijeron que sí no me iba ahí en ese momento, me mataban a mí y a mi hijo. Entonces me tocó dejar todo tirado y salir corriendo para mi casa. Naya, Cauca, P.375.

Pero la amenaza de muerte fue también una forma de chantaje utilizada por algunos individuos en el contexto de conflicto armado para conseguir doblegar el empeño de las mujeres en proteger a sus hijas. Así el procedimiento de la amenaza, en la narración de la mujer entrevistada, iba dirigido a crear una escisión entre dos vínculos afectivos a proteger -la vida de la nieta a cambio del secuestro y la integridad de la hija- situándola en un callejón sin salida.

Cuando, me llamó, me dijo, verdad esa niña usted la quiere mucho. Le dije yo que sí, que era mi adoración, entonces ahí fue la amenaza, “¿usted sabe qué sucede si usted no permite que yo me lleve a su hija?”. Entonces yo no le contesté nada, nada, nada. Lo que hice fue que me agaché y me fui para dentro. Él quedo ahí con la chica afuera charlando, y que consintiendo a la niña. ¡Mejor dicho! Me amenazó con que si yo no permitía que mi hija se fuera con él, entonces mataba a mi niña, a mi nietecita y a mi hija. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

Numerosos testimonios de mujeres ponen además específicamente de manifiesto la conciencia de que los ataques a sus hijas e hijos fueron intencionales como represalia y tuvieron el objetivo de paralizar su actividad política, acabar con su liderazgo o romper su compromiso con la defensa de los derechos humanos. Es decir, ellas sabían que dañar a los hijos era uno de los lenguajes que usaron los victimarios para advertir, tratar de silenciar o desactivar a las mujeres en el ámbito comunitario o público.

En Fusa empecé en el 2004 a conformar la organización, fue un proceso que vino desde lo más bajo hasta lo más alto, llegamos a tener en la organización 160 familias. Empecé a hacer un ejercicio muy juicioso capacitando a las personas, exigiendo y esto me repercutió en las amenazas más directas a mi grupo fami-

liar, a mis hijos, me empezaron a llegar panfletos desde el 2009 diciendo que me iban a matar. Por correo electrónico llegó una vez un panfleto diciendo que a mi hijo también lo iban a sacar, que en esa época estaba en la Universidad. En una oportunidad nos llegó la razón de que si en 24 horas no salíamos posiblemente nuestros hijos iban a pagar, se los iban a llevar para que se fueran entrenando, y que yo dejara de joder. Fusagasugá, Cundinamarca, 2004, P.140.

Las amenazas contra los propios hijos e hijas situaron a estas mujeres ante un dilema crucial: no se trataba ya de arriesgar la propia integridad o la propia vida, también se ponía en riesgo la integridad y la vida de otras criaturas. La conciencia de esta nueva posibilidad abrió una brecha de miedo que tenía que ver con el vínculo y la responsabilidad por otro ser que todavía no podía decidir sobre su vida. Fue pues un dilema doloroso y difícil entre el compromiso personal con una causa que se consideraba justa y el compromiso también personal de hacer crecer otra vida.

Ya en 1993 me hacen una amenaza muy fuerte por teléfono, donde me dicen que yo ya tengo una niña y entonces me dicen que van a hacer algo si no les decimos a donde tenemos a un señor, no me acuerdo el nombre, que lo habían secuestrado y que creían que nosotros lo teníamos. Lo habían secuestrado y nos amenazan, eso me aterroriza mucho y yo ya tengo una hija entonces yo digo: esto ya conmigo no es, a mí que me hagan no sé qué pero el miedo ya es terrible... Patía, Cuaca, 1995, P.315.

Así, el momento en que las amenazas y los peligros empiezan a afectar a las propias hijas e hijos, establece una línea de demarcación de los riesgos y señala un cambio cualitativo en los temores que obliga a las mujeres a reflexionar sobre las propias opciones. No es lo mismo temer por una, evaluando las opciones y los riesgos, que poner a otro en peligro. Ponerle en peligro además por el mismo hecho de ser su madre. Ese cambio cualitativo en el temor es el talón de Aquiles con el que los victimarios han tratado de doblegar a muchas mujeres.

Entonces mientras que nos dijeron a nosotros, nos amenazaron a nosotros, con mi esposo que teníamos, que si nosotros no aportábamos, que nos mataban o bueno, pues yo hasta ahí. Pero cuando ya se fueron a meter con mis hijos, entonces ya la cosa cambió, porque una cosa es que le digan a uno, lo voy a matar, y otra cosa es que le digan a uno vamos a ver qué vamos hacer con sus hijos. Ellos eran menores de edad, entonces ahí si uno se pone a pensar diferente porque son los hijos de uno. Jamundí, Valle del Cauca, 2000, P.119.

El niño tenía como 14 años, llegó fue llorando a la casa a contar lo que había sucedido. Entonces ahí sí me atemorice mucho más, porque pues ya se trataba de mi hijo, ya no era conmigo directamente. Los hijos duelen un poquito más que uno mismo. Girón, Santander, 2001, P.127.

No obstante, afrontar la disyuntiva entre abandonar las actividades por las que se hallaban amenazadas y asumir los riesgos que corrían los hijos no llevó siempre a las mujeres a la

renuncia. Buscaron formas de enfrentar o minimizar esos riesgos sin tener que abandonar su lucha. Una forma de hacerlo fue dar herramientas a hijas e hijos para protegerse frente a los peligros.

Entonces la niña se preocupó, cuando se dio cuenta que el tipo sabía mi nombre, y ella le dijo que le diera la razón a ella, que ella me la daba a mí, que ella no estaba autorizada a llevar a nadie a la casa, entonces él le dijo que tenía que informarme de algo grave que me iba a pasar, que a mí me iban hacer algo muy grave, entonces la niña como gracias a Dios, yo les he hablado mucho a ellas, y como a ellas les ha tocado vivir todo esto, reaccionó y le dijo que pena que no lo podía llevar a la casa, y que no podía seguir hablando con él. Cartagena, Bolívar, 2007, P.134.

Otra forma de afrontar los riesgos para las hijas sin renunciar a la opción de lucha de la madre es la que explica la mujer que dio el siguiente testimonio. Partiendo precisamente de la conciencia de su vulnerabilidad emocional, en relación a la seguridad de las hijas e hijos, optó por protegerles alejándoles de los lugares de riesgo donde ella sigue comprometida.

Las he tenido que sacar de aquí, e incluso no están aquí, ellas viven en otros lugares, porque siempre ha sido como la manera de llegar donde mí, de sacarme de quicio, de que yo me desplome. Entonces, la manera de cómo joder a esta negra que está hablando, es tocándole los hijos, provocándole por ahí y de buscar que ella entre en shock, en desequilibrio. Juradó, Chocó, 1998, P.884.

Las mujeres activistas a favor de la justicia y los derechos humanos, en el contexto del conflicto armado colombiano, afrontaron no sólo el riesgo que ellas corrían; a este se añadió el hecho de que sus hijos e hijas pasaron a ser objetivo de los grupos armados. El temor a que les hicieran algún daño fue un sufrimiento que se sumó a su experiencia de acoso y persecución por parte de quienes pretendían detener su lucha.

Muchos de estos abusos tuvieron lugar como represalia contra actuaciones de la madre, como forma de conseguir que los hijos informaran del paradero de sus madres o como un modo de socavar la fortaleza de esas mujeres a través del sufrimiento de y por los hijos e hijas.

Las amenazas contra los hijos fueron una práctica habitual contra las mujeres que habían dado el paso de denunciar abusos y buscar justicia. En el testimonio siguiente, se recibieron amenazas contra los hijos y otros miembros de la familia para conseguir la retirada de una demanda contra soldados del ejército colombiano.

Siempre decían, “no mira que si no quitas la demanda... tus hijos van a pagar por esto”. Cuando estábamos hablando con el fiscal, (...) me sonó el teléfono y yo le dije a él, ese número siempre me suele ser conocido, por lo que siempre me llaman de ese preciso número, el fiscal me dice colócale el altavoz y le colocamos así,

cuando llamó una muchacha, y me dijo, “mira lo que pasa es que yo soy familiar de uno de los soldados... es que nosotros estamos llamándote para mirar qué hacemos, porque es que mi primo está muy involucrado en eso... y si tú no quitas la demanda, nosotros sabemos dónde encontrar a tus hijos y donde mantienes tú”, eso fue lo que me dijo. Le dije yo, “¿eso es una amenaza?” Me dijo, “tómelo como quiera, pero si tú no retiras la demanda bien pueden pagar tus hijos o tú”. Entonces el fiscal me quedó mirando y me dijo, no hija, eso hay que remitirlo a Cali, ahí lo pasaron a Cali. Jambaló, Santander, 2009, P.366.

Como en otros muchos casos, los hijos de la mujer entrevistada fueron hostigados por la policía por el hecho de serlo de una mujer activista y sus denuncias sobre la violencia y corrupción de agentes del Estado.

Cuando los bajan de la moto les dicen ustedes son familiares de M... Eso a mis hijos también y mi hija también ha sido perseguida. Cuando mis hijos han sido atropellados y yo he sido atropellada, porque no si van en moto me tratan mal, si van a pie me tratan mal, me señalan, hacen corrillo entre soldados y policías y hablan mal de mí porque yo no apoyo el Estado corrupto, no lo apoyo, estoy con la legalidad. Entonces mis hijos nunca me decían que habían sido atropellados si no que la gente me contaba. Esta vez sí me llamó desesperada por el celular y me dijo mami corra que nos mataron. Yo quedé en shock de que me llamara mi hijo pues si él nunca me llamaba y me asusté salí corriendo Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.87.

El ejército y los grupos paramilitares actuaron a veces de forma concertada en las agresiones a los hijos de mujeres que habían denunciado hechos injustos o abusivos. En el testimonio que se cita a continuación, la mujer enfrentó directamente a los agresores para proteger a la hija y al hijo declarando que era ella, y no sus hijos, el objetivo de los hombres armados. En este caso, contar con medidas de la Corte Interamericana fue la forma de protección frente a ellos.

Cuando yo voy subiendo yo veo mi hijo boca abajo y volteo y veo a mi hija parada ahí y yo formo una problemática, me enojo, insulto. Yo le decía al paramilitar que fue con el ejército vea yo soy M. máteme a mí usted, me estaba buscando a mí, pero por favor a mis hijos no. Entonces cuando yo estoy llegando ahí llega la policía porque yo ya tengo las medidas de la Corte Interamericana...Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.79.

Persecución de la resistencia

La persecución a la que fueron sometidas las mujeres defensoras de derechos humanos y líderes comunitarias abarcó, como se ha visto, un amplio abanico de acciones contra ellas, a través de sus criaturas, para que renunciaran a su actividad o se desplomaran como personas.

En el siguiente, como en muchos otros casos, el temor por la hija fue el detonante para abandonar la propia casa y trasladarse a otra parte. La persecución y los ataques directos contra la mujer entrevistada crearon una situación insostenible que culminó con las amenazas de cometer atrocidades contra su hija.

Pero, cuando comenzaron las amenazas, yo ya tenía mi niña y pusieron la bomba, ese atentado allí, ahí no le hizo nada, aunque la gente, los vecinos: decían de pronto le van a hacer esto. Había días que yo tomaba medidas y me iba a quedar a una residencia, pero ya después de eso cuando ya me amenazaron, para un diciembre casi era, que me pusieron unas amenazas tremendas en el teléfono que se reía un hombre, decía te va a llegar la cabeza de tu niña, te va a llegar la mano de no sé quién. Ahí si ya tiene uno carne de su carne, ya se asusta mucho, yo ya de ahí me fui pero las cosas las deje ahí en la piecita mía y de ahí me fui a arrendar una pieza a otra parte, y al tiempo volví por esas cosas. Popayán, Cauca, 1987, P.315.

El secuestro, las agresiones y torturas a las hijas fueron un mensaje clarísimo contra la mujer entrevistada a la que se quería represaliar y quitar del escenario de actuación de un grupo paramilitar.

Me llamaron y mandaron unos muchachos a que me recogieran en motos de alto cilindraje, me taparon la cara, me llevaron de espaldas en la moto y andamos bastante por carretera destapada al vivero de piñas, y allá me entregaron a mis niñas, me las tiraron. Más o menos a pie, a salir a Aguas Claras, como a dos horas de donde me dejaron. Me dieron dos horas para desocupar el pueblo o si no me mataban y yo a pie con mis dos niñas. Me acordé de mis otros dos niños y yo no sabía para donde correr, mis niñas tenían sus manitas reventadas por las sogas. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

Amenazas, seguimientos, persecución y señalamientos fueron otros ataques a los hijos e hijas que obligaron en ocasiones a las mujeres esconderse y a huir para protegerse ellas y sus criaturas; también tuvieron que dispersar a sus hijos para evitar que sufrieran el acoso de los victimarios.

A mí me curó una tía y los amigos de la vereda, ellos me sanaron pero yo no podía venir aquí a Urrao porque nos dijeron que si nos veían por ahí nos picaban picaditas con mis hijas. Urrao, Antioquia. 1998, P.52.

Nos tuvimos que venir y ya pues tuve que regar a mis hijos porque ya nos empezaron a seguir a donde mis amistades llamaban a preguntar por mí y se cambiaban la voz. A mi hijo mayor lo seguían en el centro, mejor dicho fue una persecución terrible porque como nos fuimos y no les dijimos, entonces a ellos les dio mucha rabia porque se les cayó el negocio. Comenzaron a buscarnos. Salí yo cuando vi el paisa cerquita de mi casa ahí yo me quería morir y sin poder irme para ninguna parte. Nutibara, Frontino y Tarazá, Antioquia, 1990, P.57.

En general, las hijas e hijos de las mujeres perseguidas vivieron experiencias traumáticas no sólo por los daños que recibieron, también por las brutalidades que presenciaron, algunas de ellas contra sus propias madres. La vivencia de estas situaciones amenazadoras, de terror, incertidumbre e inseguridad ante la posibilidad de perder a sus madres, además de la inestabilidad real de su vida material, sin duda produjeron impactos duraderos en sus vidas.

Les dije por favor no me le vayan hacer nada a mi niño, hagan lo que quieran conmigo, pero a mi hijo déjenmelo quieto, y lo que hicieron fue que me lo aporrearon, le dieron unas patadas, y dijeron que ese... lo trataron... que ese.. lo hijueputiaron mejor dicho, que no les servía para nada, pero que sí querían que él presenciara lo que iban a hacer conmigo. Y ahí entre todos hicieron lo que quisieron conmigo, esto me lo guardé yo, y el niño, yo le dije, papi yo no quiero que nadie se dé cuenta, ni mi mamá, ni mi papá, ni mis hermanos, ni sus dos hermanos. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

Otras muchas veces, la búsqueda de la madre fue el motivo aducido por los victimarios para cometer abusos contra los hijos. Someter a los hijos a un trato brutal, que llegó incluso a la muerte, fue la forma de presionar para obtener información sobre el paradero de la mujer. En muchas de estas situaciones, los hijos y las hijas mostraron tener un gran valor para defender a sus madres.

Cuando lo sacaron me decían que donde estaba la hijuetantas de la mamá, él decía que no sabía y le daban y le daban y lo pasearon todo el barrio y lo fueron a matar a un palo de almendra grande, lo sentaron y le dieron un tiro de gracia, eso me dolió, le salió por acá. Barrio Policarpa, Apartadó, Antioquia, 1997, P.128.

El alias el Chorro con los otros, y lo pasearon por todo el barrio, y le decían que donde estaba la hijuetantas esa de su mamá, que si él decía que donde estaba ya no lo mataban. Y él dijo mi mamá no está acá, pueden matarme pero ella no está acá. Yo estaba en la finca, y le había dicho que se fuera a la finca, pero había tres retenes para donde estaba yo. Estaba el de la Balsa, estaba el de Caracolí y el de San José. Barrio Policarpa, Apartadó, Antioquia, 1997, P.128.

Las mujeres perseguidas por sus actividades de resistencia o de denuncia fueron víctimas de múltiples violaciones de derechos humanos que afectaron no sólo a su persona, sino a todo el núcleo familiar. La narración que se cita a continuación incluye la experiencia de secuestro de la hija y el hijo por parte de los paramilitares que la buscaban a ella. Los victimarios allanaron su casa, ocultaron su identidad haciéndose pasar por guerrilleros, retuvieron a la hija y al hijo. Esta agresión dio lugar a un nuevo desplazamiento, el tercero, de la familia de la mujer entrevistada.

Ese sí es el paramilitarismo, ahí estaba “Gavilán”, él fue el que tuvo secuestrada a mi hija mayor y al hijo que le sigue a ella, “Gavilán” él fue el actor... que él mismo llegó a la casa donde yo vivía, él mismo llegó a buscarme, y fue el que

tuvo detenido a mis hijos presionando la llegada mía. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

Del testimonio se desprende también la capacidad de movilización de recursos personales y de apoyo por parte de la madre y de la hija. Mientras la hija enfrentó a los paramilitares negándose a prepararles comida y finalmente escapó en un momento de descuido para ir a avisar a la madre; ésta puso en marcha mecanismos de apoyo y protección a través de Brigadas Internacionales de Paz y de la policía.

Por último, otra de las formas de represalia contra las mujeres activistas y lideresas fue a través de la relación con sus hijas. Algunos victimarios planearon hacerles daño ganándose a las hijas menores de edad por medio de la seducción y el enamoramiento.

Entonces yo primero tenía que defender la vida de mis hijos, porque no solamente eso que le van hacer algo, si no que había una persona que habían mandado a que enamorara a mi hija, y entonces así no, o sea las cosas no, si una persona se enamora de otra es porque de verdad hay amor, no porque se la van a ilusionar y a van a coger para otra cosa. Claro ella siendo menor de edad, ella tenía 16 años. Vereda Rico Arriba, Caquetá, 2006, P.119.

La instrumentalización de las hijas adolescentes para alcanzar a las madres fue una práctica de los grupos armados que muestra el refinamiento de la crueldad planificada hacia las mujeres para conseguir que se desmoronaran y abandonaran la resistencia o la lucha frente a ellos. Como en otros muchos casos, las mujeres estaban dispuestas a arriesgar la propia vida frente a los victimarios, pero no estaban preparadas para imaginar que el arma utilizada contra ellas iba a ser su propia hija.

Entonces viendo que yo seguía en la lucha, en una ocasión me dijeron a mí que si seguía molestando me iban a dar por donde más me doliera y yo lo tome era que me iban a matar. Entonces yo les dije frescos tienen toda la autorización eso si el día que me vayan a dar me dan duro y a la cabeza porque si me dan la oportunidad de parame ya soy yo la que les voy a dar por lo que más les duela y ustedes saben que yo no soy de armas y que me aterran que para mí eso es lo más feo que puede existir. Y resulta y sucede que por donde más me iba dolor era por el lado de mi hija. Ella bien joven, de 14 años en ese entonces. Y comenzaron a calentármela el cerebro y el tipo a arrimarse hasta que la flechó. Entonces ya la peladita era amiga de él. A ese tipo le decían Orejas. Barrio Manrique, Medellín, Antioquia, 1995, P.47.

La pérdida traumática de hijos e hijas

La pérdida de un hijo asesinado es extremadamente dolorosa y jamás puede tener sentido para quien le dio la vida y colaboró a su desarrollo como persona. La muerte violenta a manos de otro es pues el robo de una vida; quitar a un ser humano la posibilidad de

ser. Las madres expresan esas muertes como la pérdida de una potencialidad que estaba empezando a expresarse, a ponerse en juego en el mundo. Una pérdida que no se puede superar ni tiene reparación posible porque es la de un ser único e irrepetible.

Uno estaba recién llegado del ejército que fue que me lo denunciaron que me lo iban a matar. En los últimos días él estuvo fue en mi casa, viviendo y todo, a mí me dio muy duro. Era la primera vez que yo perdía un hijo, ¡miserablemente! Porque eso dije, está bien que muriera de muerte natural, uno acepta porque es una muerte natural, pero robarle la vida a una persona que cuánto tiempo podría vivir más, eso a uno lo afecta muchísimo... como madre y como todo, porque eso...
Las Granjas, Barrancabermeja, Santander, 2004, P.748..

A él, ya hace 7 años que él falleció o sea lo mataron, pero para mí el tiempo no corre. Dicen que uno supera la muerte de los padres pero no la muerte de un hijo, porque para uno es duro la muerte de un hijo y apenas que está empezando a vivir la vida, para mí eso ha sido un trauma durísimo. Plateado de Argelia, Cauca, 2007, P.388.

En ocasiones, las mujeres no sólo debieron afrontar la muerte de las hijas e hijos como la mayor de las injusticias, también sufrieron por el trato recibido de parte de los actores armados que, después de disponer de ellos de manera forzada como en este caso de reclutamiento, poca consideración tuvieron ante su experiencia extrema de dolor debida a la pérdida.

Era una muchacha que estaba comenzando a vivir y no se merecía eso, que lo hicieran conmigo porque me habían quitado a mi hija que era lo que yo más quería, no tuve respuesta. Simplemente me llevaron, me entregaron a mi hija y le gastaron un cajón y lo que fue para el velorio también lo cubrió la misma guerrilla. San Miguel, Putumayo, 1995, P.507.

En otros casos, al impacto de la pérdida se suma la visión de una estrategia de control social centrada en la agresión a hijos e hijas de líderes o miembros de grupos políticos de oposición. Algunas mujeres que perdieron sus familiares analizan las muertes y los impactos intencionales como planes diseñados para silenciar a la población, para apartarla de la arena política, como ocurrió en el caso de la Unión Patriótica.

Yo creo que en todos estos casos hemos visto que, los hijos y nosotras las mujeres hemos dado el aporte más grande, porque nosotros, como dice, sabemos el dolor de tener nuestros hijos y haber vivido más en carne propia esto, pero los que mueren casi son hombres. No tenemos la prueba pero sabemos que ellos son, que esos son mandados por ellos a que hagan y tienen que hacer esto, eso fue un exterminio sistematizado que empezó con la Unión Patriótica, fue un exterminio que fue dando golpes arriba y abajo para podernos acallar, para podernos silenciar y para podernos quitar de la contienda política, para que

no participáramos, si no como dice, no siguiéramos soñando con un país mejor.
Popayán, Cauca, 1987, P.315.

También destacan algunas mujeres el valor de sus aportes en la crianza de hijas e hijos, sus esfuerzos para que llegaran a la edad adulta. Esta implicación en colaborar al crecimiento de una vida y al desarrollo de una persona, que supone trabajo y creación de vínculos, se traduce para ellas en dificultad para superar la muerte arbitraria. De ahí su demanda de apoyo para superar la experiencia traumática y de que se garantice la no repetición de los hechos.

Yo digo que por ejemplo uno lo escuchen lo que uno dice, porque o sea ante uno como mujer uno sufre mucho por sus hijos y uno nunca quiere que nada malo le pase a sus hijos, ósea esa es la meta que me llevo yo y siempre luché por sacar a mis hijos adelante, siempre hemos luchado nosotros como padres y como pobres hemos vivido lo mejor que hemos podido y siempre hemos luchado por nuestros hijos y la meta mía era de ver a mis hijos grandes, verlos crecer pero, pues nunca que nos pasara esto que nos pasó, que para uno es un golpe muy duro. Plateado de Argelia, Cauca, 2007, P.388.

Muchas mujeres expresan cómo la experiencia de la maternidad fue generadora de un sufrimiento singular. Frente a la pérdida de los hijos e hijas y formulan sus demandas de ayuda y de que hechos como los que ellas testifican no se repitan. Su esperanza se cifra en que la nueva generación pueda vivir de modo diferente.

Ojala puedan ayudar al pueblo, puedan ayudar a las mujeres. Nosotras las mujeres somos las más marcadas, porque ustedes saben los hijos que nosotras tenemos salen de nuestras entrañas y el pensar uno que le maten su hijo, o que se lo lleven o que no haya más alternativas, pues uno sufre. Entonces ojala ustedes como organización, nos puedan ayudar, y algún día podamos vivir una vida diferentes ya no nosotros, pero sí nuestros hijos. Roncesvalles, Tolima, P.185.

En las voces de mujeres que recogen los testimonios referidos a los impactos sobre los hijos e hijas hallamos una dimensión de las consecuencias del conflicto armado que se sitúa en el ámbito de los empeños y los vínculos más estrechos de las mujeres entrevistadas. Estos impactos supusieron la pérdida de hijas e hijos debida al reclutamiento, al secuestro, a las detenciones ilegales o al asesinato. En estos casos, las mujeres vieron malogrados sus esfuerzos de crianza y rotas sus relaciones más cercanas. Su dolor y sufrimiento dejó una huella permanente en sus vidas.

Los impactos contra hijas e hijos fueron en otros casos las amenazas, la persecución, el señalamiento, el hostigamiento, el atropello y las agresiones que rodearon la vida diaria de madres e hijos, convirtiéndola en un sin vivir que las llevó la mayoría de las veces al abandono de sus hogares y al desplazamiento.

Los ataques a los hijos constituyeron un modo de socavar la resistencia de las mujeres como articuladoras de los espacios cotidianos de relación y de vida, pues destruyeron los logros de su tarea de cuidado y de desarrollo de nuevas generaciones de criaturas humanas. Los actores armados actuaron de forma deliberada contra los hijos, y a través de ellos contra las madres, para conseguir el control de poblaciones y de territorios. En muchos casos, además, sus agresiones fueron planeadas como una forma de represalia contra las mujeres que intervenían de forma activa en la resistencia contra los abusos y la denuncia de las violaciones de derechos humanos. Los impactos intencionales contra los hijos e hijas fueron en estos casos un arma que apuntaba a sus madres.

Los relatos de las mujeres cuentan también cómo ellas enfrentaron los hechos violentos contra los hijos. En estas narraciones encontramos miedo, impotencia, dolor y sinsentido frente a una violencia destructora de vidas y relaciones absolutamente inmerecida. Ellas relatan también cómo pusieron en juego los recursos a su alcance desplegando su capacidad de evaluar los peligros, su inteligencia estratégica y un gran valor y arrojo para el afrontamiento directo, con la finalidad de prevenir, proteger o salvar a sus criaturas.

En sus intervenciones para afrontar las violaciones de derechos humanos contra sus hijos e hijas, las mujeres muestran un tipo de heroísmo poco conocido porque no se libra en la disyuntiva extrema de matar o morir, como ocurre con los combatientes. Ellas son prudentes, previsoras u osadas, evalúan y asumen riesgos para salvar a otros, y a ellas mismas, de recibir daños o de la muerte. El heroísmo de las mujeres se pone en juego para la preservación de la vida.

VII. Impactos familiares

Por último, en este capítulo que aborda las consecuencias en las mejores, se analizan los impactos familiares y las consecuencias que estos han conllevado para ellas.

Relaciones, proyectos, roles y subsistencia

Daniela era... lo único que Daniela siempre decía cuando uno le decía, que le pidies a Dios, cual es tú sueño, me decía, llegar de la mano, con mi papá al colegio; eso nunca se me olvidará, era muy duro, era lo único que ella pedía, ella no pedía una muñeca, no pedía un viaje, ella solo quería llegar con su papá de la mano. Y solo, eso, me hacía a mí vivir en función del que hacer para que Juan Carlos pudiera regresar, nada más. Cali, Valle del Cauca, 2002, P.892.

Para las mujeres víctimas, el relato de los impactos familiares es central en sus testimonios. La violencia ha supuesto para ellas la ruptura de la vida familiar, como espacio social más próximo y círculo primario de afectos.

Como ya se ha descrito en otros capítulos, la dimensión de pérdida que supone la violencia sufrida tiene consecuencias en su entramado de apoyo social más cercano, condiciones de vida, relaciones afectivas y su propio desarrollo personal en el contexto familiar. En muchos relatos, puede haber también una idealización del pasado familiar perdido, en donde nutrirse del recuerdo de lo que perdieron, les da fuerza para resistir. En esa valoración de lo que perdieron, se encuentra la aspiración al Buen vivir³⁶. La vivencia presente, que describen con detalle, está marcada por el Mal vivir. El modo de vida más pacífico y armónico que tenían, es roto y el contexto presente en el que se mueven, no facilita su reconstrucción.

En los testimonios se hace evidente, que en las mujeres conviven los estereotipos tradicionales de género, con nuevos roles. Las mujeres privilegian en sus relatos las situaciones vividas, en relación con los roles tradicionales ligados a sus relaciones familiares y de parentesco, y a sus identidades de madres, hijas o esposas. En los nuevos contextos de conflicto, la vida de las mujeres-madres, en el ámbito privado y comunitario, se centra en la lucha por la subsistencia de ellas y sus familias, agravada, casi siempre, por la ausencia masculina. En muchas ocasiones por ser ellos víctimas directas del conflicto, y otras veces por separaciones forzadas.

Nos dijeron: “si ustedes no se van, venimos a llevarle el hijo”, entonces le dije: “no, prefiero irme, yo no se lo voy a entregar” ... Pereira, Risaralda, 2006, P.606

También es clara la ambivalencia que viven las mujeres en muchas ocasiones entre el sí mismas y los otros, entre sus opciones como cuando están organizadas, no queriendo abandonar a las organizaciones de las que hacen parte, pero al mismo tiempo quieren conservar a sus familias. A pesar de ello muchas asumen que quieren construir un nuevo futuro, aun habitadas por esa ambivalencia de la integración en sus vidas de lo público y lo privado.

Los principales impactos familiares están asociados a las amenazas externas, (como el hostigamiento a sus familias), las afectaciones directas, (como los conflictos familiares que se generan y las consecuencias para los hijos) y las afectaciones en lo económico, (el impacto del empobrecimiento).

En cada uno de estos ámbitos, el Mal vivir se manifiesta dramáticamente y el sobreesfuerzo que ellas hacen para el sostenimiento de la vida de sus familias, no encuentra correlatos institucionales, que les ayuden a responder a tan monumental tarea.

36 En “Diálogos Complejos. Miradas de mujeres sobre el Buen Vivir”, Liliana Celiberti, nos trae una concepción del “Buen Vivir/Vivir Bien”, (que) forma parte de la propuesta de los pueblos indígenas en respuesta a la crisis sistémica del capitalismo, caracterizada por una crisis financiera, alimenticia, energética y ambiental que numerosos actores/as identifican como “crisis civilizatoria”... A la democracia representativa le contraponen la democracia comunitaria. Significa un vivir pacífico, armónico, tranquilo, una vida bonita en todo el sentido de la palabra.

En situaciones extremas y de desestructuración social y familiar como en el desplazamiento, se hace evidente la capacidad de las mujeres para responder y para intentar reestructurar la vida, en función especialmente del cuidado a sus hijos y otros familiares cercanos, pero también poniendo su trabajo al servicio de ese apoyo familiar. Ellas se disponen a cosas que los hombres difícilmente harían. En algunos casos las mujeres hacen recorridos en grupo por las plazas de mercado y en tiendas, para obtener alimentos desechados para la venta y así en medio de la miseria conseguir el sustento diario para su familia.

Ellos se vienen para acá para Medellín y ven que la mujer es guapita, entonces ya el hombre se recuesta porque no hay trabajo para ellos; bueno pero entonces ellas y yo ya hacíamos el recorrido por ahí, buscando trabajo y todo eso... Medellín, Antioquia. 1993. P.48.

Sin embargo, con escasas excepciones, también constatan con dolor que esos esfuerzos no rompen el círculo vicioso de ese Mal vivir que quieren superar.

Impacto familiar

1. Por las amenazas externas, que se manifiestan en el hostigamiento familiar y la destrucción de bienes. En estos casos, toda la familia se vuelve objetivo y afronta ataques directos.
2. Por las afectaciones directas que se producen al interior de las familias, como los conflictos entre sus miembros, la separación forzada, la desintegración familiar y las consecuencias en los hijos e hijas.
3. Debido al impacto económico, las víctimas viven un empobrecimiento severo, manifestado en múltiples carencias, con dificultades económicas, incertidumbre ante la imposibilidad de rehacer sus vidas, sobrecarga de las mujeres y cambios abruptos en los roles que asumen.

Las amenazas y el hostigamiento familiar

El Mal vivir que se produce por las amenazas externas, se manifiesta en el hostigamiento familiar y la destrucción de bienes. Aquí el impacto se expresa en el hecho de que toda la familia se vuelve objetivo de alguno(s) de los actores del conflicto y se dan ataques directos a los bienes y enseres, que permitían la subsistencia a la familia. Los desplazamientos pueden ser repetidos, e implican, muchas veces, la separación forzada de los miembros de la familia. Todos estos actos de agresión llevan a muchas mujeres a huir para preservar la vida del grupo familiar. En la mayor adversidad, las mujeres toman en sus manos su vida y la de sus cercanos, y hacen todo para la sobrevivencia de ellas y quienes las acompañan.

El hostigamiento a la familia, o a diferentes miembros de la misma, forma parte de las estrategias de control en el contexto del conflicto armado. Las múltiples modalidades de hostigamiento incluyen la afectación a mujeres embarazadas y el riesgo para las vidas que vienen y las suyas propias; las amenazas y seguimientos por acusaciones o por su participación social o política; la extorsión y los chantajes como forma de obligar a la colaboración; la sanción y la culpabilización de las víctimas como formas de justificar sus acciones y estigmatizar a las víctimas; el ataque al liderazgo comunitario de las mujeres; la pretensión de forzar el involucramiento de civiles, ya sea a través de la seducción con armas a menores o mediante incentivos económicos, para facilitar su reclutamiento; la violencia sexual contra las mujeres o sus hijas en muchos contextos. Todas estas formas de ataques tienen una dimensión familiar señalada por las mujeres en sus testimonios.

Ellos llegaban a la quebrada donde estaban los niños, los llamaban, empezaron a mostrarles armas, entonces nosotros nos dimos cuenta de todas esas cosas y nos preocupamos mucho porque sabíamos que la intención de ellos, era empezar a reclutar los niños. Barrancabermeja, Santander, 2000, P.794.

Dijo, vea, sabemos que su mamá vive en el Kennedy, ya lo sabían todo, que tengo dos hermanas, que sus hermanas cuántos hijos tienen, sabemos que su hijo, usted tiene ese hijo y tres niñas. Sabemos que usted es una líder comunitaria, por eso usted es muy conocida. Buenaventura, Valle del Cauca, 2002, P.852.

La amenaza a las mujeres a veces se hace de forma directa, pero en muchas se extiende a la familia como una forma de golpear a las mujeres. O se utilizan a los hijos e hijas para transmitir el terror a la madre que de esta forma sabe que los perpetradores controlan también su vida y la de sus hijos.

Como respuesta, las mujeres construyen estrategias para preservar la vida propia y de sus cercanos. En medio de esas situaciones límite, ellas viven transformaciones en sus roles tradicionales, como mecanismo para responder al hostigamiento a la familia.

Esa persecución que hubo a toda mi familia fue muy fuerte. Iban a asesinar a mi mamá, a mis hermanos, y yo era como la única persona que tenía ese conocimiento mínimo de poder acudir a las organizaciones, a pedir apoyo, era una carga muy dura para mí. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

Las agresiones y hostigamientos contra las mujeres, frecuentemente se dan en su propia casa, lo que conlleva también el despojo de bienes o el robo. La rapiña es parte de ese modus operandi que ofrece beneficios para quien la perpetra, y genera miedo en la víctima que a pesar del impacto y la pérdida siente más terror de quienes pueden llegar hasta el asesinato. Esas agresiones a la propia casa son la mayor parte de las veces el límite de la resistencia en el lugar y el inicio del desplazamiento.

Los paramilitares. Y una noche se nos metieron a la casa. Que saliéramos. Mi papá cerró la puerta, que saliéramos que teníamos un regalito, y no, nosotros no

salimos, nos quedamos encerrados en un cuarto. Y nos dañaron las cositas, se nos llevaron la estufita, las ollitas, y de resto todo lo dañaron. Y se fueron y al otro día me tocó que salir. Barrio Las Flores, Cali, Valle del Cauca, 2010, P.855.

El territorio de la cotidianidad, los afectos y la vida juntos que constituye la casa, se convierte en esos casos en el lugar donde se producen las amenazas. Los perpetradores, irrumpen en las viviendas para amenazar y matar; usan las amenazas y el terror; la coacción y del miedo, para lograr lo que piden; torturan física y psicológicamente a sus víctimas; secuestran. Amedrentan, mediante interceptaciones telefónicas.

Llegaban con tanquetas... señorita, llegaban ¡con tanquetas!, ponían una tanqueta en la quinta con diez y ocho, y la otra tanqueta en la tercera con diez y ocho, nosotros vivíamos entre 3ª y 4ª... llegaban con perros, ponían esos perros encima del techo, que dizque buscando las armas que teníamos, nos sacaban en el periódico... ponían una mesa y en esa mesa ponían todos los libros que teníamos del Che Guevara, Fidel Castro, de todo, del Partido Comunista, y los ponían así y les ponían armas... Claro, eso fue una época tremenda, mi mamá casi se muere. Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

Incluso a sus hogares como lugares identificados y territorios de protección de las víctimas han sido atacados especialmente cuando las víctimas han denunciado los hechos. El ataque al espacio propio y de seguridad somete a las víctimas a una vivencia permanente de riesgo.

Yo gritaba por qué me le habían quitado la vida, ahora no más eso, todavía masacran a mi hijo y van más encima y me agarran la casa a plomo, yo estaba reclamando mi hijo donde me lo habían tirado y se fueron y me dieron plomo... Piedecuesta, Santander, 1987, P.744.

La destrucción de bienes

El uso de la violencia contra sus casas o propiedades muestra no solo la capacidad de destrucción sino también el poder sobre la vida. En muchas ocasiones, el desplazamiento forzado familiar es precedido de robo, incendio y destrucción de la vivienda. Esa destrucción de las viviendas también se produce en medio de ataques de la guerrilla con cilindros de gas a municipios y lugares donde se encuentran instalados puestos militares o policiales, lo que constituyen formas de ataque indiscriminadas. Por su parte, la destrucción de bienes es parte de la sevicia con que se conducen los perpetradores, que pretenden la aniquilación del enemigo a través de la destrucción de las posibilidades de vida y de las víctimas que son población civil.

Entró la guerrilla y les quemó la casa, mataron dos señores ahí y la dejaron a ella así... Así, sin nada, apenas con lo que tenía encima, entonces ella se... Ya pidiendo, porque tuvieron que pedir, se recogieron el pasaje, y se vinieron para acá para Chinchiná... Aguadas, Caldas, 2004, P.597.

A él lo desaparecieron y a nosotros nos sacaron, y a dejar todo lo poquito que teníamos porque, pues, uno tener una finquita, los animalitos y cositas, y por acá venir uno a mendigar, ¡Es muy verraco! Calamar, Guaviare, 2007, P.607.

Las formas de pillaje como el incendio, el robo y la destrucción de bienes, son parte de las acciones orientadas a arrasar un modo de vida, desplazar a las familias o castigar a toda una comunidad. Eso produce un estado de desolación total en las mujeres que ven cómo destruyen todo lo que les costó construir toda una vida. En la mayoría de los casos la rapiña es también una forma de conseguir provisiones mediante el robo y la destrucción. Eso cumple una función de estímulo de la violencia, ya que los perpetradores saben que gracias a sus acciones tendrán beneficios o alimento, despreciando el impacto que dichas acciones tienen sobre la gente.

Las autodefensas nos quemaron el rancho, no pudimos sacar nada, las gallinas se las comieron, teníamos unos cerdos, esos los agarraron los mataron y se los comieron... las vacas que habían ahí se las llevaron las autodefensas, las bestias no supimos... o sea, yo perdí todo, todo, todo, yo no saqué nada de allá, ¡mis hijos! Los que pude rescatar, cuatro de ellos porque el muchacho que estaba criando fue el que me mataron (sollozos) había completado 18 años... San Alberto, Cesar, 1996, P.775.

Ellos tenían la tienda, y todo la saquearon. Dejaron los niños sin nada, también. Pero yo creo que eso fue de la misma vereda, aprovechándose de la situación. Porque, ellos, los otros, se subieron a tocarles a la casa... Los mataron y se fueron. O sea ellos no tuvieron nada que ver, sino creo que los vecinos los acusaron. Imagínesse la situación... y aprovechándose. Olaya Herrera, Nariño, 2009, P.843.

Ya sea mediante el saqueo y la quema o el bombardeo, con la pérdida de la vivienda y la destrucción del caserío, llega el desarraigo. La casa, el “hogar”, es referente clave para el desarrollo de los proyectos de vida. La casa, (las siembras, los animales, los alimentos, el mobiliario...), representan una seguridad básica para afrontar los avatares y son el espacio de construcción de la vida especialmente en el campo. Con su destrucción, se rompe ese círculo protector y sus moradores quedan en la total vulnerabilidad. Con el desarraigo se produce la desestructuración personal y familiar. En ocasiones, se afrontan nuevos riesgos, ante la posibilidad de recuperación de algunos bienes. Hay que tener en cuenta que los objetos están cargados de sentido y se corren riesgos para encontrar en ellos un punto de apoyo. Aunque en muchos momentos descritos por las mujeres esa disyuntiva brutal de sus vidas les llevó a dejarlo todo.

Dije: “Nos vamos con lo que haya. Pónganse - el niño mío, me acuerdo que tenía una pantaloneta- un pantalón y ¡Vámonos!” . Y me dijeron “¿Vamos a dejar las cosas?” , yo les dije: “uno no se aferra a lo material, uno se tiene que aferrar a la vida de uno” , y salimos ese día. Barranquilla, Atlántico, 1995, P.607.

Que dejáramos todo porque eso le pertenecía a esas personas, que abandonáramos todo, llegaron a mi casa en las horas de la tarde cuando estábamos coci-

nando y patearon toda la comida. Tuvimos que abandonar la parcelita y coger montaña a montaña... Lo dejamos todo por ejemplo la parcelita, la casa, que teníamos de todo, las gallinitas, todo los animales dejamos ahí y lo que más me duele que (llanto) que perdí todo, perdí mi casita y todavía estamos sin casa y eso es lo que yo quiero actualmente tener mi casa propia para así no estar sufriendo más. Quebrada Seca, Sucre, 2000, P.255.

En ocasiones, se logra salir con lo más indispensable. En los relatos de las mujeres del área rural con fuerte presencia del conflicto armado, es reiterada la destrucción de bienes, acompañada de amenazas; arrasar y destruir como parte del modus operandi del control. Todo ello genera no solo enormes pérdidas para las mujeres y sus familias, sino la necesidad de empezar de nuevo en el momento en que se den las condiciones o la voluntad de retornar.

Pues allá está lo que tenía en el pueblo, porque ni siquiera la hemos podido vender, por el motivo de que es una zona roja, entonces allá nadie le compra las casas a uno, las casas allá no tienen precio. Eso quedó allá abandonado... Roncesvalles, Tolima, 2001, P.183.

Se fueron del pueblo y dejaron a todos amenazados, que ellos volvían y que no encontrarán a nadie, querían el pueblo solo. Y cada quién, el que pudo, pues arrancó con sus cosas, y se fueron, otros dejaron las cosas botadas. Media Luna, Cesar, 1996, P.700.

Las mujeres se enfrentan a la ausencia o a la débil respuesta y apoyo del Estado. Cuando intentan recuperar la tierra, se enfrentan a verdaderos galimatías jurídicos. Con frecuencia, las mujeres se quejan de la ineficiencia del Estado, que no indemniza a las víctimas como promete, lo que acrecienta el sentimiento de indefensión y desamparo, más aún cuando las propiedades de las víctimas han sido en muchos casos usurpadas por perpetradores, testaferros, compras fraudulentas de tierras o en legalizaciones de tierras en condiciones de extorsión por el miedo.

Hasta ahora el Estado no ha tenido ninguna respuesta con ninguna de las personas desplazadas de allá de mi pueblo, no les han dado por ejemplo la reparación de materiales, eso no la han dado. A mi familia no le han dado ayudas humanitarias de esas que manda el gobierno, porque según ahora aparecen ellos y que con propiedades. O sea que a mí me parece que el Estado está jugando con las personas que en verdad sufrimos el desplazamiento, porque mira ve, a mi mamá nunca le ha venido el subsidio de vivienda y a mí tampoco. Salaminita, Magdalena, 1990, P.262.

En algunos casos los bienes destruidos son convertidos en símbolo de la dignidad de las víctimas. Esta resignificación de los lugares que un día fueron de vida y luego quedaron marcados por la destrucción y la muerte, es parte del proceso de reconstrucción de las condiciones de vida y de la asimilación colectiva de hechos traumáticos.

Entonces la casa quedó abandonada, porque era de bahareque, comenzó a deteriorarse, a caerse. A los dos años de haber ella muerto, nosotros, comenzamos, entre el Eclesial de Justicia y Paz, a reconstruirla, la tenemos ahora como Casa de la memoria. Peruanza de Garzón, Huila, 2006, P.859.

Mal vivir: los impactos hacia dentro de las familias

El impacto individual que ha sido analizado ya en otros apartados, es vivido en realidad en el medio familiar y tiene consecuencias en otros miembros de la familia y su dinámica interna. Las consecuencias del impacto físico o la discapacidad, el manejo del miedo o la tristeza, los problemas de salud mental o el duelo por la pérdida de los seres queridos supone una alteración de la dinámica familiar y de la comunicación, el equilibrio interno, los roles o el manejo del apoyo mutuo. En esos casos, el desespero conduce a situaciones límite.

Como mujer me afecta mucho porque, uno como mujer está más dado a sus hijos, a una obligación, un deber que ya tiene, y también porque hay un desarraigo de mi familia, como le digo, tenía, me tocaba, era un deber y me tocaba que salir, enferma. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

La búsqueda de sentido a los hechos y el manejo del dolor al interno de la familia generan tensiones familiares, vividas frecuentemente con sentimientos de culpa. En ocasiones, ellas han tenido que abandonar a sus hijos, al huir para salvar su vida. La necesidad de encontrar un sentido hace que a veces los hijos las culpabilicen de su sufrimiento, por haber perdido al padre pero también por su huida, por tener que estar buscando sustento o por seguir en su participación social.

Mis hijos me hicieron llorar una noche porque me dijeron mami usted nos abandonó tantos días, usted no sabe cuánto... yo vuelvo y repito que el mayor daño que me hicieron a mí es haber hecho lo que hicieron conmigo y mis hijos haber quedado solos, porque no tenía para donde coger con ellos... Apartadó, Antioquia, 1995, P.87.

En algunos casos se describen reacciones de agresividad, verbal y hasta física, de los hijos víctimas hacia sus madres. Se da una alteración total de la vida y las relaciones familiares.

Cuando murió mi marido que mis hijos se pusieron agresivos conmigo. El mayor me agredió. Una vez me metió un planazo que me iba a matar, otro día me hizo tirar por acá atrás de la casa y yo salí corriendo y caí en la cocina de una casa de una vecina. Después me desbarató la casa, la casita era de madera, eso me la desbarató, ese pelado se bestializó pues que mejor dicho. Samaniego, Nariño, 2004, P.441.

Para muchas mujeres, la huida se hace en medio de la incertidumbre por la suerte de sus hijos. Todo ello supone un conjunto de situaciones difíciles alrededor de los afectos y los sueños construidos por las mujeres.

Mi sueño ahora después de todo lo que ha pasado, es similar. Me he dado cuenta que es mi familia, porque a raíz del proceso organizativo, por muchos viajes descuidé un poco a mis hijas. Y la base fundamental es mi familia, yo no puedo salvar al mundo si descuido mi casa... Yo hablo con mis hijas todos los días pero ellas son pequeñas, me dicen mami cuando vienes, y ahora quiero recuperar a mi familia y seguir hacia adelante. Riohacha, Guajira, 2007, P.102.

Las consecuencias hacia dentro de la familia incluyen también la separación forzada, ya sea porque las amenazas llevan al desplazamiento de algunos miembros de la familia, por la persecución a los hijos y por muerte de alguno de sus miembros.

Lo que más me afectó como mujer. Yo pienso que la desintegración con la familia, porqué al matar al papa como que cada quien coge por su lado y el temor por volver, si iba el uno el otro no. Ya no íbamos juntos no nos reuníamos en familia como antes. Y como mi mama quedó sola allá, yo creo que eso fue lo que le produjo la enfermedad, ella murió de cáncer en el 2007. Yolombo, Antioquia, 2001, P.28.

También esta separación forzada es parte de lo que las familias intentan como forma para garantizar la subsistencia. La salida de las mujeres para buscar trabajo o mandar a uno o varios hijos con otros familiares a lugares más seguros son situaciones forzadas de separación que tienen también un impacto psicológico. La separación familiar forzada es un potente estresor en caso de las poblaciones refugiadas o desplazadas internas, y tiene un impacto importante a largo plazo, cuando las condiciones para la reunificación familiar siguen sin poder darse. Sólo excepcionalmente, la separación se da en función de obtener apoyos familiares y como mecanismo de protección familiar.

Con muchas que eran de allá todavía nos comunicamos. Pues fue muy duro. Pero sin embargo, con la claridad que si nos separábamos era por el bien de nosotras... yo que venía para el bien mío. Y ellas que se quedaron allá cerrando la boca. Zaragoza, Antioquia, 1998, P.65.

Las mujeres expresan un sentimiento de desolación, al huir dejando los hijos en la incertidumbre. La separación les produce un sentimiento de derrota, de pérdida de sentido y de norte en sus vidas. Las mujeres se ven confrontadas con dilemas dramáticos, por ejemplo, dejar el marido o dejar los hijos. Hay mujeres que optan por quedarse con sus hijos e hijas, a riesgo de su vida. Hay separaciones forzadas que llevan a separaciones definitivas. Las mujeres expresan este doble impacto de la violencia, el de los hechos y el de sus consecuencias, y que el costo de la separación es la dispersión de la familia y hasta la desintegración familiar.

Yo sufría mucho por lo que yo dejé a mi papá a mis hermanos allá, y yo nunca me había separado de ellos. Eso fue muy duro para mí porque de igual manera yo estaba acá, pero al mismo tiempo estaba allá porque pensaba que en cualquier momento me llaman para decirme mataron a mi papá, mataron a mi hermano,

*mataron a mi primo. Eso es una situación que uno no sabe ni cómo vivirla. Un-
guía, Chocó, 1995, P.260.*

En la mayoría de los casos, las mujeres se quedan con los hijos, y se sienten responsables de todo su círculo familiar, con la consiguiente sobrecarga. Las mujeres tienen el sentimiento de que la afectación a la familia es la máxima agresión que pueden sufrir; ellas consideran que, ante los riesgos vividos por ellas, sus hijos pagan un costo alto, y de nuevo, el sentimiento de culpa, es muy fuerte para ellas.

Las mujeres hacen todo por proteger y salvar la vida de sus hijos. Por eso, la pérdida de un hijo por desaparición, produce un efecto tan desestructurador de la familia y de la mujer misma: *“Yo digo que estos hechos destruyen totalmente una mujer. Todo”*. Apartadó, 1997, Antioquia, P.138.

Las consecuencias familiares se ven condicionadas también por el grado de apoyo social o comunitario. Cuando las mujeres se quedan sin apoyo o son estigmatizadas se rompen los lazos de solidaridad y de apoyo familiar. En los contextos de violencia con fuerte impacto colectivo, las mujeres víctimas se ven privadas del apoyo que antes tenían. Para los próximos es más difícil mostrar solidaridad mientras es el momento más importante para las víctimas. El control de los diferentes actores armados y el impacto de la violencia sufrida generan ambivalencia, constricción comunitaria y ruptura de las redes de apoyo.

Ella ahora está en Frontino, ellas conmigo en ese dolor tan grande en el velorio de mi hijo, yo las busqué y ellas no. Ya yo ni las llamo, que cada una sufra su dolor. Cañasgordas, Antioquia, 1989, P.26.

Pésimo, horrible, se vive porque se tiene que vivir ahí, pero realmente no hay una hermandad, sin embargo, no sé si por las tristezas y dolores que he pasado, a pesar de las discusiones, de pegarme, cuando les pasa algo uno no es capaz de dejarlos. Urabá, Antioquia, 2002, P.34.

También se da la ruptura de los soportes de familia ampliada para afrontar la sobrevivencia. En algunos casos se producen conflictos familiares y separación de pareja. En otros, se presenta abandono del padre, con la consiguiente sobrecarga para la madre. La desintegración familiar forzada también se puede producir por búsqueda de trabajo. Las mujeres evidencian el contraste, entre su vida con una cierta estabilidad y apoyo y después la experiencia de estar solas, para sacar adelante a los hijos. En muchos casos los hijos asumen ciertas responsabilidades del cuidado prematuramente, dejando a un lado su infancia y propias necesidades, y se da la sobrecarga afectiva y social sobre todo de las hijas para que las madres salgan a trabajar.

Antes...por lo menos yo tenía que esperar que mi esposo llegase con la comida para uno y los hijos. Pero después no tener a quien decirle vea que hacemos no hay esto, nos falta estas cosas, no hay a quien. Tiene uno mismo que hacer su esfuerzo e irse a trabajar eso sí es...duro. Municipio Florida, Valle del Cuaca, 2001, P.337.

Como nosotros todo lo traíamos en una chiva, éramos prácticamente tres familias todos de la misma casa. Llegamos por acá a una casa... y éramos todos en esa casa sin saber qué hacer y entonces ya ponernos... pues, ¡A buscar trabajo!... Nos tuvimos que dividir, porque igual allá sobrevivíamos todos porque todos trabajábamos, hacíamos arepas todos y con eso sobrevivíamos toda la familia. Y entonces después de que llegamos aquí... ¡Eso ya se dañó! Aguadas, Caldas, 2006, P.646.

En los contextos de desestructuración familiar se da un incremento de las violencias contra las mujeres. A veces se produce agresión física, acompañada con maltrato psicológico; se produce el abandono por parte del marido o la separación de pareja.

Ya lo otro es que cuando mi esposo se consiguió otra pues, acá, eso sí que me decían: “Aquí pierde el marido, aquí pierde todo” Y dicho y hecho. Aguadas, Caldas, 2006, P.646.

Se producen transformaciones en los roles como mujer en el seno de la familia y en su rol social. Por una parte, las crisis masculinas en el contexto del desplazamiento o la persecución en las mujeres asumen nuevos roles, especialmente el de proveedoras, (tradicionalmente masculino) y ellos no logran resituarse. Las violencias que se generan, inducen a recomposiciones de pareja, que abren nuevos ciclos de violencia, incluida la sexual, en la segunda generación.

Después él se volvió violento porque la mayoría de los hombres campesinos al salir a la ciudad pierden el rol de jefes, pues al ver que su mujer ya tiene un cambio en la ciudad se sienten impotentes, incapaces, Y como el machismo todavía reina y más en esta zona de Santander, entonces el papá de mis hijos empezaba a decir: ¡usted sale a la calle seguramente es a buscar machos! ¿Por qué se queda todo el día en la calle? ¿Por qué no llega temprano? Porque me tocaba salir a trabajar, yo le cuento que yo me ganaba 5 mil pesos en todo un día, desde las 6 de la mañana hasta las 9 ó 10 de la noche trabajando en una cafetería. Yo llegaba y ese señor en todo el día no les había hecho a los pelados ni una gota de agua de panela, hermana. Y yo llegar a esa hora a llevar la platica para hacerles en la noche la comida, que a lavar, que a todo, y empezó a ser violento... me maltrataba psicológicamente, física no. No puedo decir que él me haya maltratado física, pero psicológica sí. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

Los cambios e impactos familiares también se dan entre las diferentes generaciones. En este caso, la ausencia de las hijas lleva a la abuela a hacerse cargo de los nietos, a asumir su búsqueda y retomar su rol materno en la protección y el desarrollo de sus nietos. Estas mujeres mayores, en medio de una enorme precariedad, expresan su dolor por la pérdida y a la vez su sentido de responsabilidad por los otros.

Eso es un karma ¡muy horrible, mija! ¡Ay! (llanto) que no les pase, que a nadie le pase... yo pido a Dios nuestro Señor que a nadie le pase más nada de esto. Ay no! Y mis hijas, donde estén, que Dios nuestro Señor me las tenga a lo bien, que a

lo menos no sufran, por nada, pero esas niñas donde están, están muy enfermas, sin poder ver los hijitos ni nada, y a mí es la que me ha tocado esa bendita lucha. Puerto Rico, Risaralda, 2001, P.601.

Dificultades económicas y sobrecarga de roles

Las consecuencias económicas de la violencia recaen de forma dramática sobre las espaldas de las mujeres. La vida se hace más precaria en lo económico, y las mujeres asumen toda la carga, con un sentimiento de daño moral, por el sobre esfuerzo que les implica. Se da una asociación sistemática entre violencia y precariedad económica.

Tratar de sobrevivir dignamente, trabajando, yo he trabajado mucho acá, incluso he trabajado con la alcaldía, he trabajado con fundaciones, en restaurantes, en hoteles, de ahí en todo lo que se denomine, pegando afiches en la calle, barriendo, entonces mantener, la dignidad por encima de todo. Valle del Cauca, 1990, P.172.

Las mujeres llegan a diversas estrategias de sobrevivencia ante el empobrecimiento extremo, tales como: pedir limosna, vivir de “arrimados” donde familiares; o trabajos como cuidadoras de niños, dentro de la familia. De esta manera, agregan nuevas funciones a los roles ya tradicionales, con la consiguiente sobrecarga.

Me tocó lo que toda mamá cuando mueren o son desplazaditas. Les toca pedir, trabajar y Dios no lo quiera hacer otras cosas para la estabilidad económica de sus hijos. A mí me tocó pedir limosna durante 9 meses, eso fue como enterrarme y volverme a desenterrar y eso me traumatizó mis hijos, perdieron el año, ellos apenas están comenzando la primaria. Maruchenga, Bello, Antioquia. 1992, P.78.

También tienen que afrontar situaciones y asumir actividades diferentes para poder obtener recursos: piden enseres prestados; realizan trabajos duros que no garantizan las condiciones mínimas de vida, caen en el endeudamiento; hacen elecciones de pareja fallidas, para resolver inestabilidad económica. Algunas llegan a la prostitución como salida, ante situaciones límite.

Inclusive cuando me vine a vivir acá, no conocía a nadie, (llanto), nadie me ayudaba, nadie me conocía, yo me prostituí por un año, yo trabajé en la prostitución en un año, porque fue la única manera que encontré para sacar a mis hijos adelante. Corinto, Cauca, P.180.

En ocasiones, las estrategias de sobrevivencia, se basan en la solidaridad mutua y en la ayuda a otros. Los testimonios de las víctimas están plagados de enormes esfuerzos por preservar la familia unida afrontando tantas dificultades en medio de la soledad.

Entonces me ha tocado ser como jefe de hogar, sea se me ha perdido todo el rol de mujer, porque con las responsabilidades, me ha tocado ser hombre y ser mujer, a

la vez, responder con todas las obligaciones de la casa. Florencia, Caquetá, 2003, P.108.

Ante la magnitud y el carácter abrupto de los cambios vividos, se producen problemas de salud y enfermedades. Estos son causados por el hambre y las carencias, la precariedad extrema, la sobrecarga de trabajo, la desnutrición. Van desde lo psicológico, hasta lo somático. Y sin embargo, se hacen esfuerzos para reconstruir los lazos y los apoyos familiares.

Era comer nosotros o comer nuestros hijos, tocaba sacarnos el pan de la boca para dárselo a nuestros hijos. Distrito Aguablanca, Cali, Valle del Cauca, 2003, P.158.

Uno queda afectado, queda con temor, queda inseguro, se vuelve uno inseguro, desconfiado, le duele a uno, si es en el caso físico, le duele a uno todo, todo lo está afectando, la cabeza, hasta los dientes se le caen a uno...terrible porque pierde uno la familia, se desintegra la familia, se desintegra la amistad, la comunidad, todo se tiene que volver a empezar. Distrito Aguablanca, Cali, Valle del Cauca, 2003, P.158.

En el caso de las mujeres desplazadas, subrayan el contraste entre las condiciones en el campo y la ciudad, y ese contraste tiene el peso de la pérdida: entre la situación de vida que tenían, anterior a los hechos. Evidencian dificultades para adaptarse, se sienten sin herramientas apropiadas y sin apoyo del Estado para afrontar esos retos.

Mi vida antes de los hechos seño, no como rico, pero usted sabe que uno en el campo mantiene su plátano, mantiene su arroz, su maíz, todas sus cosas, sus gallinas, sus marranos, todo eso... aquí me toca pensar qué le voy a dar de comer a mis hijos el día que van para la escuela o para el colegio, que no tengo plata para el transporte y les toca bajarse a pies o subirse a pies, y eso me tiene muy aburrida; yo aquí en Quibdó no tengo una ayuda... no he tenido una ayuda con mis hijos para sacarlos adelante y eso me tiene muy aburrida. La Balaza, Buenos Aires, Cauca, 2007, P.428.

La respuesta institucional es muy precaria, ante la magnitud de las problemáticas que se afrontan y el apoyo del Estado o institucional está lleno de irregularidades. Las mujeres denuncian los obstáculos de la burocracia, las promesas de subsidios se enredan entre trámites, de la corrupción de los recursos para los desplazados.

Tampoco me dan subsidios ni nada, esa es la vuelta que tengo que ir a hacer ahora. Yo hace un año fui a bienestar social allá por la avenida Oriental y me apuntaron con cédula y todo y hasta aquí no me ha llegado, ahorita voy a preguntar. Barrio Blanquizal, Medellín, Antioquia, 1994, P.63.

Una bienestarina para nosotros no es alimento, lo digo yo, para mí no es alimento, porque eso que hace, uno le da a un niño y empieza a soltársele el estómago y

unas bienestarinas dañadas, como todo lo que nos llega allí son unos enlatados dañados, unas harinas ya vencidas, llenas de gorgojos, el arroz lo mismo, entonces, para uno como mujer tener que afrontar todas estas cosas, ver que no tiene ni un pedazo de panela. Toca ir con los compañeros líderes, pues siempre como mujer dicen, ustedes como mujeres pueden hablar, ya uno empieza a ir, a pedir a estas galerías que nos regalen algo, y de todas maneras a uno le toca dejar a su hijo, porque uno para andar... Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

La falta de un trabajo digno lleva a la incertidumbre familiar y a la imposibilidad de rehacer la vida. Una situación de limbo permanente en la que viven especialmente las mujeres desplazadas durante años.

Pues económicamente ya no me ayudo por mí misma porque por adulta nadie me da trabajo. Yo quisiera trabajar, así sea interna en una casa de familia, pero para nosotras las adultas ya no resulta trabajo, los trabajos que resultan son para jóvenes de 15 años a 30. Nunca necesitan una de 50 o 60 años. Chigorodó, Antioquia, 1995 - 1997, P.63.

Las mujeres que han perdido a sus esposos o compañeros viven la incertidumbre cotidiana para afrontar la sobrevivencia. Se acumulan las carencias económicas; falta el dinero, hasta para enterrar sus muertos. Se encuentran con la imposibilidad de estudiar, aunque les falta capacitarse para el trabajo. En ocasiones, las situaciones traumáticas, les impiden incluso reaccionar para buscar alternativas. Junto a la sobrecarga de roles se acompaña del profundo impacto afectivo.

Lo que pasa es que nosotras cuando tenemos marido, que nos da todo y pasa lo que pasó, nosotras creemos que ahí se nos acabó la vida. Mi vida ha dado un cambio total, porque antes no pensaba para comer y ahora tengo que pensar cómo voy a darle de comer a los niños, a comprarle lo que ellos necesitan y todo. Mi Marido era una gran persona, un hombre trabajador, quería mucho a sus hijos, a su mujer y a nosotros nos hace mucha falta. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.451.

Las consecuencias de esas dificultades se miden para las mujeres en la incapacidad de dar estudios a sus hijos. Ese sueño de toda una generación con el mejor desarrollo para la siguiente, expone en las condiciones de violencia a nuevas experiencias difíciles y riesgos para la vida. Al impacto de la precariedad se suman las dificultades de la vida en nuevos contextos, a menudo también peligrosos, en un círculo de pobreza, dolor y exclusión.

Mi sueño no se me cumplió, porque de lo que hace la masacre para acá, mis hijos estudiaban en una forma digna, ahora el estudio de mis hijos es más complicado porque yo no tengo trabajo. Mire lo que me pasó con mi hijo. Mi hijo tras el desplazamiento que nosotros llegamos aquí me dijo: "mamá, yo aquí no consigo un tra-

bajo bueno para comer yo y darle de comer a usted” Entonces se fue para Bogotá, consiguió su trabajo, y en el trabajo lo mataron, entraron y lo mataron entonces... lo mataron los paramilitares. Medio Atrato, Chocó, 2002, P.471.

En el contexto de los cambios hacia dentro en la estructura familiar por la pérdida de seres queridos y hacia afuera en los recursos económicos, los mecanismos de producción o los roles cumplidos por muchos hombres en sus familias como proveedores, las mujeres asumen, casi obligatoriamente, nuevos roles para mantener a sus hijos, viviendo una sobrecarga social y económica como consecuencia. Se ven obligadas a realizar jornadas de trabajo extenuantes, con niños a cargo o les toca asumir la crianza de los nietos, ante la muerte del hijo. Asumen roles que antes asumía el marido, sin que se dé una nueva redistribución de los mismos u otras formas de apoyo.

Me toca levantarme a las 4 de la mañana para poder salir a las 6 de la mañana y salir a las 4 de la tarde dejando mis niños solos... me toca trabajar, aportar, endeudarme... El Buco, Sotará, Cauca, 2005, P.387.

Se trata entonces de roles asumidos forzada y abruptamente de forma traumática. También se presenta la sobrecarga, al incursionar en el mercado de trabajo y duplicar la jornada de trabajo para sobrevivir. En estos casos, deben adaptarse a requerimientos laborales, en un contexto de trabajo, cuyas reglas la mayor parte de las veces desconocen.

Nos tocaba levantarnos a las 3 de la mañana con el niño a bañarnos a empacar y nos íbamos porque había que caminar una hora a donde era la cafetería y llegábamos allá a las 4 de la mañana a trabajar el niño en una sillita se acomodaba y yo lo cobijaba y ya trabajamos todo el día y nos daban el desayuno y el almuerzo y trabajábamos todo el día. Nos tocaba desde las 4 de la mañana hasta las 5 o 6 de la tarde por 10 mil pesos y todo el día ese voleo y entonces ahí nos quedamos hasta diciembre. Barrio Miraflores, San José del Guaviare, 2007, P.35.

Las mujeres enfrentan esta situación en medio del cansancio y agotamiento, pero se ven obligadas a sobreponerse. Muchas de ellas articulan esa lucha por la sobrevivencia con actividades sociales y de servicio a la comunidad.

El sin sentido de seguir viva

Bueno, cuando fue la violencia así tan dura, me tocó ser testigo de una cantidad de ataúdes que se llevaban. Vi en un solo día que se llevaron como 10, la mayoría de estas familias se fueron, o sea ellas recogían a sus muertos, los que los podían recoger porque había muchos que no podían recoger, o porque los tiraban a los ríos o no los encontraban, pero la mayoría de estas mujeres tuvieron como la decisión de desplazarse para otros lugares.

De las dos que me volví a reencontrar, hay una que volvió al sitio, a la finca y pues es una mujer que me la encontré muy enferma, ya está muy anciana, de esos seis hijos que tenía solamente le quedaron dos mujeres, los cuatro hombres todos fueron asesinados, me encontré con su esposo completamente enfermo, prácticamente la que trabajaba o la que trabaja es ella y no tengo palabras, es muy, muy triste volver a encontrarse con esas mujeres así. O sea luchan, porque dicen “es que Dios quiere que yo esté viva y no sé por qué quiere que yo esté viva”. Mocoa, Putumayo, 2006. P.933.

Frente a esos impactos, también surgen solidaridades que ayudan a afrontar la lucha por la sobrevivencia, a reconstruir los lazos familiares y/o comunitarios, a sobreponerse a los hechos. Emerge la creatividad para afrontar dificultades, apelando a la mutua colaboración. Ante los problemas de los hijos, surge la solidaridad entre las madres, o en ocasiones de sus propios compañeros. El impacto de la violencia en las familias cambia por tanto hacia fuera como hacia dentro, el cosmos de relaciones afectivas y de significado. Las relaciones de soporte y desarrollo colectivo. El manejo del impacto del dolor o las consecuencias de las pérdidas. En muchas ocasiones también la extensión de las relaciones a otros miembros de la familia extensa o del medio social cercano, o incluso las relaciones en las organizaciones de víctimas son un soporte afectivo y social para las mujeres afectadas.

Las mujeres de mi familia nos apoyábamos las unas con las otras y pues con serenidad y esfuerzo hemos salido adelante...nos ha tocado organizar casas, lavar ropas, conseguir chamba en casas de familia que es lo más pronto y rápido que le dan a un desplazado... Alto Baudó, Chocó, 2001, P.482.

Entonces ya la gente, los de la Junta, los de la tienda, los del barrio pues traían verduras, traían cosas, ya empezaron a colaborar... Barrio Policarpa, Apartadó, Antioquia, 1997, P.128.

Estos impactos muestran la extensión de la violencia en un sentido horizontal, hacia las mujeres y sus familias, pero también vertical con el impacto en la siguiente generación. Los niños y niñas que pueden mantener un apoyo afectivo y familiar importante, que cuentan con información a su nivel para entender lo que les sucede y que viven en un entorno de confianza con sus familiares pueden enfrentar mejor las condiciones de alto estrés permanente que conllevan las violaciones de derechos humanos sufridas por ellos mismos o sus familiares. Las consecuencias en los hijos e hijas son también un potente factor de estrés para las mujeres entrevistadas que consisten en la mayor parte de los casos en el eje en torno al cual se rearticula la vida en sus familias.



Capítulo 4.

La violencia sexual contra las mujeres

Un hecho devastador	349
Los datos de la violencia y tortura sexual	350
Abordar la violencia sexual	353
Reconocimiento y respuestas a la violencia sexual	354
Los significados de la violencia sexual	357
Atravesar el silencio	360
Militarización de la vida cotidiana, antesala de la violencia sexual	363
Por las buenas o por las malas	366
La violación sexual	368
Insinuaciones sexuales a mujeres menores: entre la seducción y la amenaza	372
Tortura durante el embarazo y aborto forzado	377
Esclavitud sexual y prostitución	380
Resistencia frente a la violación	383
No sé de qué grupo era	386
El imaginario de poder de los perpetradores	388
Completar el rompecabezas de la violencia sexual	393

No es el primer desplazamiento, los abuelos y mis suegros ellos sufren también un desplazamiento que fue de Corinto, Santander de Quilichao, en donde ellos se desplazan y se van para el Naya. Ellos nos cuentan esa historia y nosotros sabemos que violan, entonces por ese motivo yo, teniendo mis hijas, más bien preferí salir, aunque estaba enferma con mi pie. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

Un hecho devastador

La realidad de la violencia sexual contra las mujeres, y en particular la violación, como una práctica de guerra es conocida por la población -“*nosotros sabemos que violan*”- a través de las generaciones. En el testimonio que encabeza este capítulo, este conocimiento atraviesa cuatro generaciones de mujeres indígenas, un colectivo particularmente afectado por las vulneraciones de derechos humanos. A través de las generaciones de mujeres amenazadas por esta violencia se ha transmitido asimismo el horror a este hecho lacerante y, por consiguiente, la firme voluntad de evitarlo, en este caso con el desplazamiento forzado.

La experiencia de vivir en un cuerpo violable³⁷ es común a todas las mujeres, en tiempo de paz y en contextos de guerra, pero en estos últimos la amenaza de la violencia sexual planea continuamente sobre ellas. Por ello las mujeres comparten el saber que la experiencia de la violencia de la guerra es diferente para mujeres y hombres. Mientras éstos suman el mayor número de muertes, las mujeres son las víctimas mayoritarias de las agresiones sexuales.

El 20 de agosto de 2006 es algo que nunca se me va olvidar... yo le voy a hablar de la violencia, también le voy a hablar de la muerte de él, ese es el dilema que yo mantengo porque para mí las dos pasaron, acá lo mataron a él y como yo corrí media cuadra, me violaron... Medellín, Antioquia, 2006. P.58.

Pero la experiencia de sufrir violencia sexual es únicamente de cada mujer violentada. Es una experiencia que pasando por su cuerpo destruye la integridad del ser mujer dejando una huella imborrable, aunque haya mujeres que han conseguido rehacer sus vidas. La violencia sexual no puede ser considerada como un estigma que genere una visión pasiva o negativa de las víctimas.

Ella dice que quedó con un trauma, con mucho temor, que le da miedo, que recuerda todo lo que le pasó, que la fueron a tocar, ella dice que los tipos lo que querían era violarla, entonces eso le afectó, ¡le afectó, le afectó y le afectó! Y no he sido capaz de que ella vuelva a estudiar, ella trata, pero no, inicia, dura dos, tres meses

37 Alexandra Bocchetti, *Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría. Escritos 1981-1995*, Madrid, Cátedra, 1996; Elena Grau Biosca, “Vivir en un cuerpo violable”, revista *En pie de paz*, n° 28, primavera 1993, p. 47.

en el colegio y para atrás, hasta noveno y de ahí no ha querido pasar, porque dice que la marcó, que eso la marcó de por vida. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

A su vez la violencia sexual tiene una dimensión simbólica, como todo lo que concierne a los cuerpos femeninos, que en este caso es devastadora. Es devastadora porque en ella confluyen la huella permanente del daño que se inflige a personas de carne y hueso, con el ataque a la intimidad e integridad personal de las mujeres y, por otra parte, la evidencia del poder de destruir aquello que la humanidad femenina custodia pero que pertenece a mujeres y a hombres: la capacidad de crear y cuidar vida en relación, haciendo viable la continuidad de la sociedad humana. Precisamente por eso se ejerce y tal vez por lo mismo se esconde, porque es un hecho lacerante para cada mujer, para todas las mujeres y para las comunidades de las que ellas forman parte.

Los datos de la violencia y tortura sexual

Aunque es comprobado el enorme subregistro de los abusos sexuales por la carga emocional y el rechazo social que genera este tipo de violencia, un porcentaje importante de mujeres denunciaron hechos de esta naturaleza. De los casi mil testimonios recogidos para este informe, un 13.2% (n=123) de las mujeres entrevistadas reportó haber sufrido violencia y tortura sexual. Eso supone que más de una de cada ocho mujeres entrevistadas sufrió violencia sexual en el marco del conflicto armado. Las mujeres refirieron en esos testimonios haber sufrido entre una y diez formas de tortura o violencia sexual, con una media de entre dos y tres formas (M=2.33; s.d.=1.75). Estos datos muestran la gran incidencia de la violencia sexual entre las víctimas del conflicto armado interno.

Del conjunto de mujeres que refirieron violencia sexual, casi seis de cada diez sufrieron violación sexual por parte de los perpetradores (56.10%; n=69). También otras formas de violación de sus cuerpos y violencia sexual como manoseos en el cuerpo (26.83%; n=33), la amenaza de violación sexual (25.20%; n=31), la agresión o burla con contenido sexual (24.39%; n=30) y una situación de control afectivo familiar (21.14%; n=26) en la cual no pudieron hablar de la violencia sufrida. Igualmente se describieron métodos como la seducción o las insinuaciones como ataques sexuales a mujeres menores de edad (15.45%; n=19).

Por otra parte, se refirieron otras formas de tortura sexual contra las mujeres como el desnudo forzado (14.63%; n=18), los golpes en senos y/o genitales (8.94%; n=11), las marcas como símbolos de dominio en el cuerpo de las mujeres (8.13%; n=10) e impedimentos para usar determinadas ropas (3.25%; n=4) como parte del control sobre las mujeres. Incluso en algunos casos la obligación de presenciar violencia sexual de otras mujeres, especialmente las hijas (7.32%; n=9).

También se recogieron, en casos menos frecuentes pero de extrema gravedad, testimonios de esclavitud sexual (5.69%; n=7), embarazo forzado (4.07%; n=5), tortura durante el

embarazo (2.44%; n=3), aborto forzado (2.44%; n=3), esclavitud doméstica con servicios sexuales (2.44%; n=3), prostitución forzada (1.63%; n=2), obligación a usar su cuerpo para extraer información a los grupos en conflicto (1.63%; n=2), mutilación sexual (.81%; n=1) o trata de personas para explotación sexual (.81%; n=1).

El análisis de los testimonios, no muestra una asociación estadísticamente significativa entre la violencia y tortura sexual con alguno de los grupos indicados como responsables. Aunque el modo de actuación pueda ser distinto, la violencia sexual ha sido utilizada, según las denuncias de las mujeres, por los diferentes actores armados, legales o ilegales, en el conflicto armado en Colombia. Otras investigaciones, como el reciente informe de Amnistía Internacional sobre esta problemática “Colombia: invisibles ante la justicia - impunidad por actos de violencia sexual cometidos en el conflicto: informe de seguimiento”³⁸, de octubre de 2012, han puesto de manifiesto la falta de investigación de estas violaciones.

El análisis de la relación de la denuncia de violencia sexual con la etnia de las víctimas u otros hechos de violencia sufridos, mostró que la violencia y tortura sexual se asocian al reporte de mujeres afrodescendientes y mestizas especialmente, así como es más frecuente en los testimonios de las regiones de Antioquía, Bogotá³⁹, Chocó y Valle. Además, en el análisis factorial de los hechos de violencia sufridos por las mujeres, la violencia sexual se asoció a otras formas de tortura física y psicológica.

Yo fui golpeada brutalmente mi seno derecho... siempre he pasado al médico y el doctor me dice que no tengo nada, pero yo siempre me aferro a los golpes, yo fui maltratada con la cacha del revólver que los tipos cargaban, varias veces, mi seno duró más de dos meses completamente hinchado, inflamado y todavía no he tenido la oportunidad directamente de que un especialista me vea por si depende de pronto de un tumor, o algo, algo, algo... demasiado, demasiado, demasiado.
Ríonegro, Antioquia, 2003, P.730.

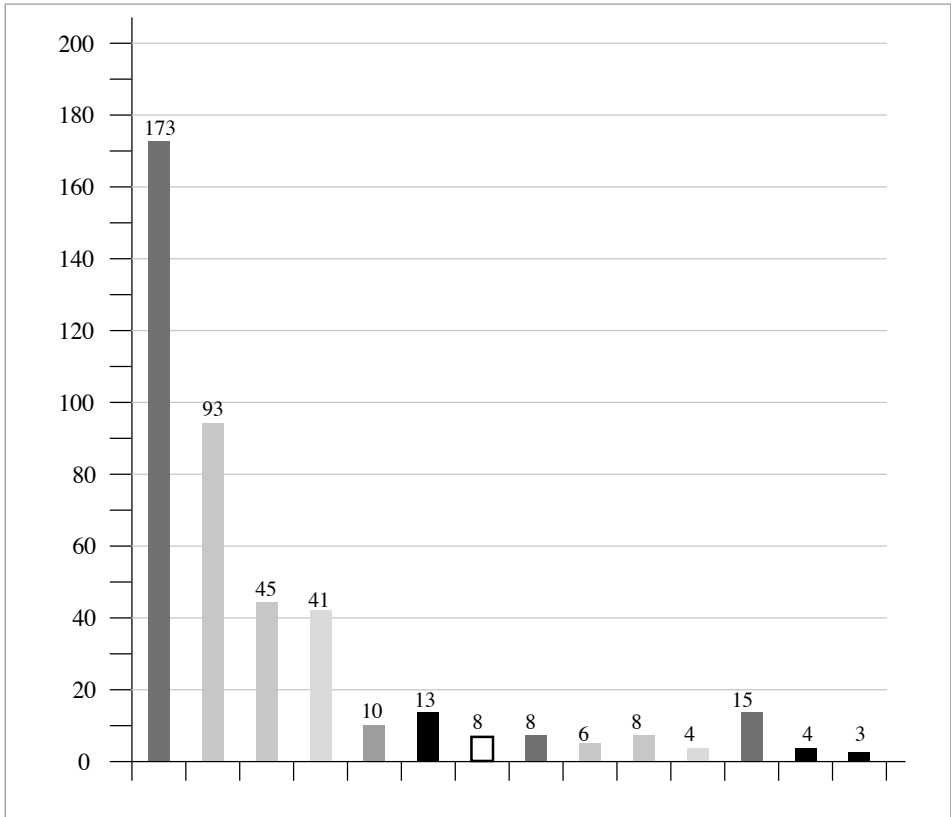
Además, mostrando la importancia del continuum de violencias contra las mujeres, la violencia sexual en el ámbito intrafamiliar o comunitario ha estado presente a lo largo de la vida de una de cada siete mujeres entrevistadas (15.2%; n = 142). El 43,7% de las mujeres que fueron maltratadas en su niñez lo fueron asimismo por sus parejas, mientras que un 36,6% de las mismas sufrieron violencia sexual durante sus vidas. Cuando se dieron estos malos tratos, en casi siete de cada diez mujeres fueron de forma reiterada (66.7%).

Si se tienen en cuenta los casos de violencia sexual en el conflicto armado y en el ámbito familiar y comunitario, casi una de cada cuatro mujeres refirió haber sufrido algún tipo de violencia sexual durante su vida (23%; n=235). Este capítulo se basa en el análisis de estas 235 entrevistas, y las 431 citas que tienen referencias en sus testimonios a la violencia sexual.

38 <http://www.amnesty.org/es/library/info/AMR23/031/2012/es>

39 Hay que tener en cuenta que las víctimas entrevistadas en la regional Bogotá son de muy diferentes lugares del país que se desplazaron a Bogotá de forma forzada.

Tipo de violencia	Citas	Tipo de violencia	Citas
Violación sexual	173	Desnudo forzado	8
Sedución	93	Tortura durante embarazo	6
Amenaza de violación	45	Prostitución forzada	8
Otras formas de violencia	41	Manoseos	4
Marcas en el cuerpo	10	Esclavitud sexual	15
Presenciar violencia sexual	13	Requisas	4
Golpes en senos y/o genitales	8	Uso del cuerpo	3
Total 435			



Estos datos muestran la gran frecuencia de la violencia sexual y la profundidad de sus impactos en las mujeres. Impactos de los que muchas veces no se atreven a hablar y experiencias que guardan en silencio, dado el contexto social negativo y de ausencia de reconocimiento.

Casi una de cada tres mujeres refirió impactos en su sexualidad (28.9%; n = 270) como consecuencia de las violaciones de derechos humanos. Dado que la frecuencia de violencia sexual es menor, estos datos muestran el fuerte impacto de otras violaciones de derechos humanos, el duelo, el estrés y el sufrimiento vivido por las mujeres en su vida sexual, incluyendo la violencia de género o intrafamiliar como parte de ese continuum de violencias descrito. Si bien en estos casos pueden influir otras violaciones, más de cuatro de cada diez mujeres refirió separación y abandono como consecuencia de la violencia sufrida (41.8%; n=391) que ha tenido consecuencias a largo plazo.

Los impactos de la violencia sexual contra las mujeres tienen un gran alcance tanto por lo que se refiere a la afectación individual, como a la dimensión social de la vida de cada una de las mujeres afectadas. El abuso sexual y la violación pueden producir no sólo sensaciones de humillación o vergüenza, sino que también causan dificultades para mantener relaciones sexuales y confiar en el otro sexo. Las mujeres pierden frecuentemente su confianza en los demás, su sentido de seguridad y de aceptación social. La violación sexual es una de las experiencias de violencia que más efectos psicológicos produce a largo plazo, incluyendo problemas de relación, recuerdos traumáticos y formas de anestesia afectiva y alteración en las relaciones sexuales. Además, predomina en el entorno la negación o la minimización de los hechos, utilizando lo más íntimo de las mujeres, o de la relación de ellas con su cuerpo y su sexualidad, como una forma de justificación del horror. En los casos de violencia sexual, el estigma se asocia a la propia violación, considerando a la mujer como “marcada” y atribuyendo los hechos a su conducta. El estigma de la violencia sexual conlleva frecuentemente la negación o el rechazo en su medio social, sin reconocimiento institucional o social. Esos estigmas hacen que las experiencias de violencia sufrida se consideren como parte de una identidad cerrada: violada.

Abordar la violencia sexual

En el capítulo general de este informe se han recogido algunas de las reflexiones y análisis procedentes del feminismo para entender el origen de la violencia contra las mujeres, y los mecanismos que la recrudecen y naturalizan. La violencia sexual constituye la manifestación más extrema de aquella violencia, puesto que en ella se consume, y se muestra sin paliativos, el núcleo central de la relación patriarcal: el sometimiento de las mujeres reduciéndolas a cuerpo-cosa disponible, susceptible de ser dañada y destruida, para el placer y la dominación masculinos. La violencia es el instrumento que permite en última instancia ejercer el poder de someter y controlar los cuerpos, las sexualidades y las vidas de las mujeres atentando de forma abierta contra su libertad. Precisamente por eso diver-

sas autoras han observado que no se trata de una forma de sexualidad con violencia, sino de una forma de agresión con contenido sexual.⁴⁰

La violencia sexual contra las mujeres ha sido un tema central para el movimiento feminista puesto que es la forma más directa y brutal de ejercer el propósito de controlar los cuerpos y las sexualidades de las mujeres en el patriarcado.⁴¹ El feminismo ha denunciado la existencia de violencia sexual contra las mujeres en los ámbitos privado y público, y especialmente en los conflictos armados, con la intención de convertirla en un problema visible. Para el feminismo la violencia sexual en tiempo de paz o en tiempo de guerra tiene un significado profundamente político.

Asimismo se ha tratado de analizar y comprender las lógicas que explican y alimentan esta práctica violenta ejercida mayoritariamente por hombres y padecida mayoritariamente por mujeres. También desde los movimientos sociales feminista y de defensa de los derechos humanos partieron las primeras iniciativas de apoyo y acompañamiento a las mujeres víctimas, así como la recogida de sus testimonios y experiencias. Finalmente, desde estos movimientos se ha luchado y presionado para que la sociedad y las instituciones dieran respuestas políticas y jurídicas que sirvieran para enfrentarla.⁴²

La violencia sexual se ha abordado así por lo menos desde tres perspectivas: el análisis y la reflexión teórica; la experiencia de las mujeres como víctimas de la misma; la perspectiva jurídica y normativa. Los diferentes enfoques sobre la violencia sexual han producido conceptualizaciones, han abierto campos de conocimiento y terrenos de investigación. Han dado lugar también a marcos jurídicos a escala de los estados y del derecho internacional.

Reconocimiento y respuestas a la violencia sexual

Si bien las mujeres y las poblaciones en general han sido conocedoras de la existencia, y han vivido bajo la amenaza de la práctica de la violencia sexual en los escenarios de paz y de guerra a lo largo de la historia, sólo muy recientemente esta práctica ha sido reconocida como punible en los marcos jurídicos internacionales y de los estados.

40 Mila Ramos, “Cuando el cuerpo de las mujeres se convierte en campo de batalla”, revista *Tiempo de paz*, n° 84, 2007, pp. 34-36.

41 Yolanda Aguilar y Amandine Fulchiron, “El carácter sexual de la cultura de la violencia contra las mujeres”, Escuela Política Feminista, Módulo 4: Subjetividad y Sexualidad en Clave Feminista. Heterorrealidad, Guatemala, diciembre de 2010.

42 Entre los informes más conocidos en este sentido están el de Amnistía Internacional, *Colombia. Cuerpos marcados, crímenes silenciados. Violencia sexual contra las mujeres en el marco del conflicto armado*, 13 de octubre de 2004; *La violencia sexual en Colombia, un arma de guerra*, informe elaborado por Paula San Pedro para Oxfam Internacional con la colaboración de las organizaciones integrantes de la campaña «Violaciones y otras violencias. Saquen mi cuerpo de la guerra», septiembre de 2009. Stefania Gallini, “Violenza di genere e conflitto armato interno in Colombia”, *DEP, rivista telematica di studi sulla memoria femminile*, n° 12, 2010, resume la genealogía de estudios sobre violencia contra las mujeres en Colombia.

Durante muchos años, la violencia sexual contra las mujeres se minimizó, considerándola como un problema privado, o como una actuación marcada por ciertos individuos como muestra de un sexismo extremo. El reconocimiento internacional sobre la violación sexual como un crimen de lesa humanidad en el contexto de los conflictos armados se puso de manifiesto en la jurisprudencia del Tribunal Penal para la Ex Yugoslavia. Se habló entonces de la violencia sexual como un ataque a las mujeres convertidas en botín de guerra, y la violencia contra el cuerpo y la sexualidad de las mujeres como una violación grave y como una forma de tortura. Si bien durante el siglo XX, otras violaciones masivas durante la segunda guerra mundial o durante los conflictos armados en Centroamérica las mujeres habían vivido experiencias similares de violación y desprecio masivos a través de la práctica de la violación sexual contra mujeres como parte de la “lucha contra el enemigo”.

Desde el final de la II Guerra Mundial hasta la actualidad se ha dado un proceso por el cual se ha pasado de la invisibilidad de la violencia sexual en el orden internacional a su visibilización. Este proceso ha tenido lugar a través de la interacción de tres tipos de normas procedentes de Derecho internacional humanitario (DIH), del Derecho penal internacional y del Derecho internacional de los derechos humanos.

El núcleo inicial, perteneciente al DIH, lo constituyeron las disposiciones de los Convenios de Ginebra de 1949 destinadas a proteger a las mujeres en situaciones de conflicto armado. Las normas e instrumentos del Derecho penal internacional se desarrollaron sobre todo a partir de los años noventa del siglo XX, con la creación de los Tribunales Penales Internacionales para la Antigua Yugoslavia y Rwanda. De este sistema de justicia penal internacional destaca particularmente el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional. Estas normas tipifican diversas formas de violencia sexual como crímenes de guerra, crímenes contra la Humanidad y genocidio. Finalmente los anteriores interactúan con los instrumentos y los mecanismos procedentes del ámbito del Derecho internacional de los derechos humanos.⁴³

También la actividad de los organismos de Naciones Unidas, en particular la Asamblea General y el Consejo de Seguridad, se han ocupado de los crímenes de naturaleza sexual cometidos en el marco de conflictos armados. Para enfrentarlos, estos organismos han incluido dichos crímenes en planes de acción específicos y han adoptado algunas resoluciones y recomendaciones, como la 1325 (2000) sobre mujeres paz y seguridad, y la 1820 (2008) sobre violencia sexual.

A pesar de la existencia de marcos normativos internacionales y en países como Colombia, en su implementación y sus resultados prácticos existen grandes deficiencias y limitaciones que no han evitado la realización de dichos crímenes.

En Colombia la violencia sexual se encuentra tipificada en el Código Penal como acceso carnal violento contra otra persona; así como acto sexual diverso acceso carnal, lo implica

43 Magdalena M. Martín; Isabel Lirola, *Los crímenes de naturaleza sexual en el Derecho internacional humanitario*, Informes 8/2013, Institut Català Internacional per la Pau, Barcelona, 2013.

otras formas de violencia sexual. El Código ha armonizado la legislación penal al contexto del conflicto armado, llevando estas conductas al tipo penal de acuerdo a las normas internacionales de derechos humanos y el DIH cuando define la violación en contextos de conflicto armado en persona protegida. De otro lado por el accionar del movimiento de mujeres, la Corte Constitucional en el Auto 092 sobre las mujeres en condición de desplazamiento, encontró 183 casos de violencia sexual en las investigaciones realizadas para dictar sentencia en el 2008, las cuales fueron compulsadas a la Fiscalía General de la Nación, desde entonces solo se ha investigado 4 casos de esta compulsas.

Cabe destacar que aún es incipiente la normatividad y las políticas que se requerirían para conductas de esta magnitud en el país, pero lo más preocupante es la profundización de la brecha entre las normas y las investigaciones y sanciones, en este terreno la situación de impunidad es de más del 99%.

Otra perspectiva desde la cual es necesario el reconocimiento de la violencia sexual es la social. La falta de un marco social de reconocimiento de la violencia sexual hace que el hecho de haber sido víctima de la misma se oculte frente a la sociedad o incluso los más próximos. En casi todas las sociedades y conflictos armados se reconoce como “héroes” o “mártires” en particular a los hombres y menos a las mujeres que son heridos o asesinados. Sin embargo, no hay un estatus de reconocimiento para las mujeres y los hombres que han sufrido violación sexual. En la deshumanización de la violación el sufrimiento de la persona violada y su familia ni siquiera pueden ser socialmente validados.

La mayor parte de las veces tampoco los victimarios, que exaltan su hombría por medio de la agresión sexual y el desprecio de las mujeres, reconocen haberla perpetrado. En general los perpetradores niegan la violencia sexual amparándose en un sentido de virilidad igualmente sexista que les lleva a expresar que eso “nunca se lo harían a ninguna mujer”, o bien argumentando que estaba prohibida en sus códigos de conducta.⁴⁴ Por ejemplo, en las llamadas audiencias libres de los grupos paramilitares en Colombia, sólo un 0,14% de los hechos reconocidos corresponden a delitos sexuales, mientras que es mucho mayor la proporción de asesinatos o ejecuciones extrajudiciales confesados.⁴⁵

Cabe preguntarse el porqué de este silenciamiento de los propios actos de violencia sexual por parte de quienes los perpetraron, que en cambio sí reconocen otras prácticas violentas. Este no hacerse responsables de estos actos es una muestra más del desprecio de

44 El informe realizado por la Corporación Humanas, *La Violencia sexual, una estrategia paramilitar en Colombia*, Corporación Humanas, Bogotá, 2013, pág. 57, confirma esta falta de reconocimiento de los actos de violencia sexual a la vez que muestra cómo en los entrenamientos de los paramilitares se fomentaba la violación de mujeres guerrilleras o vinculadas con la guerrilla.

45 A 1 diciembre de 2012, hay 4.000 postulados en justicia y paz. 39.546 hechos confesados, solo el 0,14% (n. 96) responden a delitos sexuales y hay 14 sentencias judiciales en <http://www.fiscalia.gov.co/colombia/tag/justicia-y-paz/> Así mismo, la Red Nacional de Mujeres dice que en los temas de violencia sexual y de género, analizados en el marco de la Ley de Justicia y Paz, en 941 casos reportados solo se han emitido 2 sentencias condenatorias ratificadas, lo que constituye menos del 0,3 por ciento de justicia del total de los casos reportados.

los perpetradores hacia las mujeres, y del cuestionamiento de los perpetradores si los hechos se reconocen públicamente. Pero tal vez por su mismo carácter de devaluación sin límite y de violación de tabúes, no se puedan reconocer los umbrales traspasados en la práctica sistemática de la violencia sexual.⁴⁶ También por esa misma naturaleza, las agresiones sexuales son extremadamente aterradoras como amenaza.

Los significados de la violencia sexual

En el contexto de conflicto armado, la violencia sexual cobra diversos significados que la convierten en una práctica preparada y fomentada como recurso para vencer al enemigo. Se convierte pues en un arma de guerra.⁴⁷

Se ha explicado repetidas veces cómo se utiliza el simbolismo del cuerpo femenino en el imaginario patriarcal atribuyéndole el significado de botín de guerra que corresponde a los vencedores. A su vez, la violación del cuerpo femenino se significa como humillación a los hombres en quienes recae el rol de protegerlo como algo suyo. La violencia sexual es pues una práctica a través de la cual los hombres de bandos enemigos intercambian mensajes en clave patriarcal sobre la propia hombría. Hombría que se mide según la capacidad de controlar los cuerpos femeninos que se protegen de las agresiones de otros hombres, o de la capacidad para degradarlos y destruirlos rompiendo el control y la protección que sobre ellos ejercen los hombres enemigos. La violencia, directa o indirecta, es en todos los casos el instrumento que se utiliza para ejercer esas capacidades sobre y contra los cuerpos de las mujeres.

Se llama Elba, la amarraron, se la llevaron para el campamento de los señores y ahí la soltaron diciéndole un poco de barbarismos que hasta las nalgas le cogieron. Le decían que era la mujer de Máximo, que ella era guerrillera, porque ella también era de esas mujeres malas, que no sé qué, bueno un poco de vainas le decían a la muchacha que cuando iba pasando un alambre, le metieron el pie por las nalgas, allá donde estaban también le cogieron las nalgas y hubo uno que dijo que respetaran a la señora. Cucal, Bolívar, 1996, P.202.

Así el cuerpo de las mujeres cobra un sentido de territorio en el que se juega la victoria y la derrota de la virilidad de los enemigos en términos de honor, venganza o humillación. En esta lógica, como hemos visto, los cuerpos femeninos son a la vez objeto de control

46 Janie L. Leatherman, *Sexual violence and Armed Conflict*, Cambridge, Polity press, 2011, pág. 32- 62, trata el tema de los umbrales de trasgresión que cruza la violencia sexual.

47 Maria Vilellas, *La violencia sexual como arma de guerra*, Quaderns de Construcció de Pau, Escola de Cultura de Pau, septiembre de 2010; «La violación como arma de guerra», revista *Tiempo de Paz*, n° 84, primavera 2007, págs. 3-83.

y de desprecio, puesto que alcanzan la máxima expresión simbólica como receptores del ejercicio del poder y como soportes insignificantes de vida humana.⁴⁸

Imagínese siete tipos violándolo a uno. Después de eso, ellos me pusieron armas en la cabeza. Me dijeron que si yo los denunciaba a donde fuera me mataban, nos mataban a todos. Tenían todos tapada la cara, tenían pañoletas amarradas en la cara, por eso es que yo no he logrado reconocerlos. Me decían “guerrillera hijue-nosequé”. Me decían que “vos sos de la guerrilla, que tu marido también, que a ese lo que cogemos ahorita y lo matamos”. Tibú, Norte de Santander, 2002, P.104.

El significado de la violencia sexual dentro de las lógicas de guerra entre hombres en el patriarcado, permite entender las consecuencias posteriores que para las mujeres tiene el haber sido víctimas de agresiones sexuales. El silencio impuesto sobre la violencia sexual es probablemente un modo de ocultar la humillación que representa como derrota de la hombría; y la estigmatización que sufren las mujeres víctimas es un modo de culpabilizarlas por el hecho de seguir siendo la prueba material y viva de la misma.

Pero además de los significados que remiten a las lógicas masculinas de la guerra entre hombres, hay que explorar los significados que cobra la violencia sexual en la experiencia de las mujeres y en la relación entre los sexos. Esta es la dimensión de la violencia sexual que concierne al presente informe, donde se aborda la violencia sexual desde las experiencias de mujeres que viven en el contexto de conflicto armado, pero que no sólo han sido víctimas de ella como consecuencia de la guerra.

Muchas de las mujeres refirieron experiencias de violencia y abuso sexual a lo largo de su vida, dando cuenta de una continuidad de experiencia que descubrieron al mirar hacia atrás desde una nueva conciencia. Fuera del contexto de la guerra una parte de estas estas mujeres habían experimentado cómo hombres con los que tenían vínculos familiares (padre, hermanos, marido o parientes) ejercían violencia sexual contra ellas aprovechándose de ese vínculo. En el contexto de la guerra, hombres armados las obligaron a tener relaciones sexuales bajo la amenaza o con el uso de la violencia. Afrontar la violencia de la guerra ha llevado a numerosas mujeres a cuestionar aquella violencia que vivían como destino incuestionable en su vida familiar.

Vea aquí tengo cicatrices, vea. Era como a violarme, como a supeditarme, me tenía...no sé si él me violó porque yo en ese momento, usted sabe que a uno en el campo no le decían nada, ni nada. Yo me recuerdo que él me obligaba a hacer cosas y cuando yo no, entonces llegaba a pelear a la casa y me pegaba y le pegaba a mí mamá... Bucaramanga, Santander, 2005, P.790.

48 Olga Amparo Sánchez, *Las violencias contra las mujeres en una sociedad en guerra*, Bogotá, Ruta Pacífica de las mujeres colombianas, junio de 2008, págs. 67-90.

Ahora muchas mujeres nos dimos cuenta, pero por ejemplo nosotras que somos personas mayores en realidad uno hay veces sin querer hacia el amor, ya después de conocer las leyes ya dice no, un momentico, y empecé a trabajar con los grupos de mujeres a enterarme de cosas. Barrio La Camila, Bello, Antioquia, 2004, P.68.

Los testimonios de mujeres que refieren hechos de violencia sexual en el marco del conflicto armado, narran esta experiencia como una arbitrariedad y un ejercicio brutal de poder por parte de los perpetradores, hombres, que causa un gran dolor y aterroriza a las mujeres. De la escucha de sus voces se desprende que las agresiones sexuales son expresión del continuum de las violencias, por una parte, en cuanto a la relación entre los sexos y, por otra, como modus operandi de los actores armados que apunta a las mujeres convertidas en objetivo militar.

En numerosos testimonios se relata cómo los actores armados se relacionaban con algunas mujeres en unos términos que ponen de manifiesto el continuum de las violencias: *“un hombre que se enamoró de mí y quería violarme a la fuerza”*. Para los perpetradores existe una normalidad en el ejercicio de una “seducción amenazante” que persigue la posesión al margen del consentimiento. Se trata de poseer a la mujer bajo una amenaza más o menos velada (“por las buenas”); o bien por medio de la violencia (“por las malas”). En el contexto de la guerra, las relaciones entre hombres armados y mujeres no combatientes incorporan la violencia sin solución de continuidad entre lo que se consideran vínculos afectivos interpersonales y lo que son imposiciones del victimario a la víctima.

El que mandaba allá, que era Frank, así se llamaba el tipo, él se había salido como de la guerrilla o no sé, todo el mundo que conocía. Él llevaba un tatuaje en el brazo izquierdo que decía: “Por siempre AUC”. Por siempre AUC, y todo el mundo decía que él era un guerrillero, pero él llegó allá a mandar. Entonces ya a lo último dijeron que tenían que coger a todas las niñas, o sea, cogían así a las niñas y las hacía, digamos... si este decía: “No, es que yo quiero que esta sea mi novia”, entonces tenía que ser la novia o si no la mataba. Y eso sí se vio. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

El enfrentamiento armado resulta un hecho incomprensible para muchas mujeres, que lo experimentan como un fuego cruzado entre actores armados en el que están inmersas y del cual tienen que escapar. En este marco, la violencia sexual es una práctica arbitraria y atroz que los perpetradores han convertido en un modo de hacer la guerra. Las mujeres cuentan cómo ellas han vivido la amenaza y el miedo a la agresión, sin saber las razones de todo ello. La generalización del terror.

Edwin era un muchacho de la organización de las autodefensas y ¡me cogió a la fuerza! O sea, me llevó de mi casa y amenazó a mi mamá y yo vivía con mi mamá y mi hermano, entonces me sacó de mi casa y me llevó para San Blas y allá mejor dicho, allá fue mi mamá a buscarnos y sin embargo cuando eso no había ley, la ley eran ellos, entonces tocaba hacer lo que ellos decían, sino los paganos iban a ser mi familia. Uno a veces por más que quiere hacer las cosas no puede. Yo era una

niña, no tenía ninguna experiencia, yo hacía lo que... lo que él me decía, por miedo a que me matara a mí mamá y a mí hermano. San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

En los testimonios se percibe también cómo la violencia sexual es un arma de guerra eficaz porque destruye, o pretende destruir, a cada una de las mujeres que la sufre. Por medio de ella se persigue la eliminación de aquellas figuras que aseguran la creación y recreación del entramado familiar, comunitario y social con su capacidad de tejer relaciones y de cuidarlas. Más allá de la destrucción directa, la violencia sexual pretende extender el terror y la amenaza a todas mujeres y a las poblaciones para que desistan de la resistencia, para que abandonen el empeño de seguir vinculadas a las comunidades y la tierra.

La violencia sexual forma parte de la dinámica de la guerra puesto que es una forma de destruir y de aterrorizar con fines definidos, por ejemplo el control del territorio, pero también la violencia es un modo de acceder sexualmente a las mujeres desde una posición de poder, que las convierte en materia disponible para la sexualidad masculina en el patriarcado.

Atravesar el silencio

Los silencios de las mujeres acerca de sus experiencias como víctimas de violencia sexual se han comentado en muchas ocasiones buscando explicaciones para los mismos. En numerosas Comisiones de la Verdad, que han pretendido abordar este tipo de abusos, se ha comprobado que la proporción de mujeres que testimoniaron sobre los mismos era muy pequeña en relación a la realidad de violencia sexual que se podía suponer.⁴⁹ De entre los diversos motivos de las mujeres para mantener silencio sobre su experiencia de agresiones sexuales se pueden señalar la vergüenza, la evitación de la estigmatización, el miedo a la repetición o la falta de protección.

Pero también conviene tener en cuenta las condiciones en las que se da el testimonio. La mirada sobre las mujeres que dan testimonio a menudo las sitúa únicamente en el lugar de víctimas y las obliga a hablar de ellas en un idioma de vulnerabilidad y degradación sexual que no hace justicia a la globalidad de su experiencia, a sus esfuerzos para protegerse y proteger, a su resistencia y a sus estrategias para minimizar los daños. Además de una manera de protegerse del dolor, el silencio puede ser una forma de evitar la injusticia de ese desajuste entre lo que ha sido su experiencia y a lo que queda reducida después de testimoniar.⁵⁰

Tampoco en este caso ha sido fácil para las mujeres entrevistadas hablar de sus experiencias como víctimas de la violencia sexual, sin embargo muchas de ellas atravesaron el si-

49 Elisabeth Porter, *Construir la paz. La experiencia y el papel de las mujeres en perspectiva internacional*, Barcelona, ICIP, 2012, págs., 254-288.

50 Fiona C. Ross, *Bearing Witness. Women and the truth and Reconciliation Commission in South Africa*, Londres, Pluto press, 2003; Kimberly Theidon, "La teta asustada: una teoría sobre la violencia de la memoria", *Praxis*, 2009.

lencio gracias a la mediación establecida por otra mujer en el espacio de la entrevista. La escucha y el acompañamiento de las documentadoras favoreció la creación de un clima de acogida que hizo más fácil transmitir lo que es casi indecible.

En algunos casos la imposibilidad de hablar tuvo que ver con la imposibilidad de recordar. Tal vez porque en el momento de los hechos se desmayaron, cayeron inconscientes o tienen amnesia selectiva sobre lo sucedido. Probablemente muchos de estos olvidos selectivos son parte del impacto traumático sufrido y actúan como mecanismos defensivos frente al horror a modo de amnesia traumática.

Cuando yo desperté, unas cuabras mucho más arriba, no supe, yo nunca miré hacia atrás, si no que siempre era la voz que hay que correr y perdí el sentido, no supe cuántos vinieron encima. Fue en el 2006. Yo me acuerdo que cuando estaba quedando inconsciente, cuando la caída que ya se me estaba yendo todo, los tipos me manoseaban me metían la mano en la vagina y decían “es que esta hijueputa está muy buena”; bueno y palabras más vulgares. Medellín, Antioquia, 2006. P.58.

Otras mujeres no querían hablar de sus experiencias porque pretendían dejarlas atrás y el hablar sobre ellas les generaba malestar: “no me gusta hablar de eso”, “no me acuerdo”. Estas expresiones revelan la decisión de no hablar, o el disgusto y el esfuerzo que supone hacerlo de algo que ha sido tan lacerante y que forma ya parte del propio cuerpo. Volver sobre ello es revivir un daño que se quiere dejar atrás.

Sexualmente me violentaron, como se les dio la gana, anal, mejor dicho, por las dos partes, como dice el dicho. Los unos me maniataron las manos, los pies, y me tocaban por todas partes. Es algo muy asqueroso, recordar eso es algo, por eso a mí no me gusta hablar de eso, porque es muy triste. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

Porque fue él que empezó a arrancarme mi ropa y a mandar los otros, no sé, no me acuerdo. Tumaco, Nariño, 2002, P.199.

Algunas mujeres sintieron que no eran capaces de verbalizar todo lo que habían vivido. Los abusos sufridos fueron actos tan crueles que no hay palabras para describirlos. Son experiencias indecibles.

¡Yo no sé! La peladita, la verdad, si la violaron y al rato llegaron con ella. Y dijo: “¡No! no mami, no más” (solloza). Tadó, Chocó, 2002, P.666.

En muchos casos se trató de la primera vez que alguien les ofrecía un espacio de palabra y de escucha para hablar de algo tan largamente silenciado, pero que seguía causando mucho dolor. La mujer del testimonio acompaña esta primera vez con palabras que dan la dimensión de gravedad de lo que se sabe y no ha podido ser dicho: un secreto muy oculto que a nadie se ha contado hasta este momento. Sus palabras también dan la medida de la necesidad de la descarga y la denuncia.

Mire yo le voy a contar un secreto que tengo muy oculto... a una sobrina mía, estando la base allá, la base militar, a la china la cogieron y la violaron, claro que yo esta denuncia la hago, pero yo a nadie se la he dicho. Hasta ahora la voy a decir. Venía con la mamá, a la mamá la cogieron, le pusieron una pistola en la cabeza y le dijeron ¡siga!, le colocaron el revólver, le dijeron ¡vaya para allá! Váyase usted y siga usted y deje la china, agarraron la china y la metieron para el lado de la cañada dos tipos, pero eran tipos de la base, soldados de la base, cogieron la china, le taparon la boca, le hicieron hasta que ya... Puerto Berrío, Antioquia, 1979, P.739.

¿Qué buscaban las mujeres al hablar de estas experiencias extremas en las entrevistas?

Para muchas mujeres poder contar o re-contar la experiencia de violencia sexual sufrida, en un marco de confianza entre mujeres que podían entenderla y acompañarla supuso un gran alivio emocional. La relación de reconocimiento entre la mujer entrevistada y documentadora evitó la presión de tener que dar una información para convencer o explicar los detalles para que la interlocutora diera credibilidad a su testimonio. Algunas mujeres sólo pudieron sacar esas experiencias escondidas acompañándolas de profundos sentimientos de dolor y desconsuelo.

Disculpe es que hay algo que yo le conté y tan sólo le conté a Ana (llanto) que a mí me violó un señor de esos (sollozos), un guerrillero (llanto) por eso, o sea, porque yo había contado. (sollozos) Porque yo disque los había delatado. Y eso fue terrible para mí y yo no lo he contado. Es que no se lo he contado ni a... y debido a eso, pues uno queda con, a uno no se le olvida eso. De pronto eso es lo que, a mí recordar esa época en seguida se me viene eso y gracias a Dios que a mis hijas no les pasó nada. Sabana de Torres, Santander, P.710.

Así muchas mujeres buscaron un espacio de comprensión para lo que difícilmente encuentra palabras y es demasiado doloroso para decirse. Por ello en numerosos testimonios los hechos se entrevén en un relato indirecto. Los relatos a menudo incompletos dejan en los puntos suspensivos la concreción de hechos que no se pueden pronunciar porque el daño está vivo en los cuerpos de las mujeres.

Pues, la verdad mami, de lo que le venía contando. La niña cuando se la querían llevar una mujer y había un hombre que quería violarla, era así alto -¿Cómo le dijera yo?-... que yo francamente a mí no me gusta contar ¿Ya?, porque ella me da como pena o yo no sé, y a la final le da como tristeza, porque a veces le pregunta uno eso y entonces ella se pone afligida y se pone a llorar. De Andes, Antioquia, P.666.

Otras señalaron que hablar de los abusos vividos las ayudaría a buscar alternativas de apoyo psicológico y emocional. O bien pensaron que relatar su historia contribuiría a contar con un reconocimiento que les ayude a exigir reparación al Estado. Aún otras quieren que sus testimonios sirvan para crear conciencia en la sociedad, y de manera particular y urgente en los sistemas de justicia, de la gravedad de la violación sexual. También hubo mujeres que denunciaron a través del relato de su vivencia cómo la impunidad sobre la violencia sexual es parte del sistema y la cultura patriarcal que las permiten.

Militarización de la vida cotidiana, antesala de la violencia sexual

Una de las experiencias que permea muchos testimonios de mujeres es la presencia de los actores armados de todos los signos en sus vidas diarias. Éstos podían presentarse en cualquier momento imponiendo sus normas, sus formas de control de la población e irrumpiendo de forma violenta en los espacios y las actividades de las mujeres para ponerlas a su servicio. Este contexto de militarización de la vida cotidiana favoreció y facilitó el acceso sexual de los actores armados a los cuerpos de las mujeres adoptando formas diferentes, desde la seducción amenazante, hasta la violación y otras formas de agresión y abusos contra ellas.⁵¹

Si ellos llegaban las personas no podían salir a trabajar porque tenían que atenderlos a ellos, ese fue otro hecho. Algunos iban normales y otros iban encapuchados. Un día se presentaron y llegó una mujer y allá estaba un estanque, o sea nosotros estábamos lavando y nos obligó a que le lleváramos allá al estanque a bañarse. Después de que se bañó, salió y cuando llegáramos llegó a la casa nos obligó que le cocináramos. Nos tocó dejar lo que estábamos haciendo por venirle a cocinar a ellos. Cartagena, Bolívar, P.209.

El control del territorio y las poblaciones penetró hasta el espacio privado del hogar familiar. La ocupación de la casa por parte de la guerrilla y el intento de “seducción amenazante” de la hija muestra cómo los actores armados disponían de los espacios, los objetos y las personas con el poder de coacción de las armas.

Y bueno así empezaron y entraron y se acostaron en la cama de nosotros. Buscaron ropa y se pusieron la ropa del papá de mis hijos, y dicen mis hijos que venía un pelado, más o menos en ese entonces como la edad que tenía mi hijo, que tenía 14 años, se bañaron, se cambiaron, comieron lo que había en la nevera, se acostaron y en las dos puertas de la casa, tanto del patio como la de la calle pusieron hombres armados a que no dejaran salir a mis hijos. Y bueno enamorando a mi hija, enamorándola, que mire que usted tan bonita, que a tocarla y ella nada. Entonces, a la final uno disque dijo: ¡Ay esta hijueputa china no le gusta la guerrilla, le gusta son los paracos! ¡Fuéramos paracos veré que ahí sí estaba enamorada de nosotros! San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

La intrusión abusiva de los perpetradores en la vida cotidiana de las mujeres estuvo teñida indefectiblemente de connotaciones sexuales. Aunque no se tratara de violencia directa, su presencia en los espacios más íntimos fue una forma de poner de manifiesto que ningún espacio, ni mujer alguna, quedaba fuera de su dominio.

Así fueron pasando las cosas. Un día me metí a bañarme, y entonces como ellos no estaban ni nada, él llegó ahí con otro muchacho, que le digo que es Berrinche.

51 Casa de la Mujer y Ruta pacífica de las mujeres, “Cuerpo y militarización. El despojo de nuestro primer territorio” en *X Informe sobre violencia sociopolítica contra mujeres, jóvenes y niñas en Colombia, 200-2010*, Bogotá, Mesa de trabajo Mujer y conflicto armado, diciembre de 2010, págs.. 15-23.

Entonces él llegó y yo no sé dónde se quedaría Berrinche. El otro llegó y se fue metiendo, y yo estaba en la pieza y él se metió para allá para la pieza. Líbano, Tolima, 2006, P.154.

Las mujeres sintieron continuamente que no les quedaba reducto alguno de intimidad. Otra violación de su dignidad y de sus cuerpos fue saber que eran espiadas en sus propias casas. Esos contextos que normalizan las violencias sexuales contra las mujeres por parte de actores armados, se trasladan a sus vecinos y comunidades afectadas, como es el caso asentamientos de personas y comunidades desplazadas, donde las mujeres y especialmente las jóvenes y niñas nuevamente pueden ser objeto de violencia sexual por estos hombres.

Este año y el año pasado un grupo afro de negros cogió mucho esto y eso se volvió un descontrol. El barrio no estaba así, ahora se meten con uno directamente. La cosa es tan maluca que, por ejemplo, como la casa es de madera tiene huecos entre tabla y tabla y ellos cada que yo me iba a bañar estaban parados ahí. Entonces nosotras envolvimos todo el baño en plástico para que no se viera para el lado de adentro y estos tipos llegaron y rompieron el plástico para poder mirar para el baño. Cañasgordas, Antioquia, 1995, P.11.

El control de las mujeres se extendió incluso a su forma de ser y su comportamiento, de modo que no sólo era penalizada la falta de colaboración o la resistencia; cualquier comportamiento poco acogedor con los ocupantes armados fue motivo de graves amenazas contra la integridad y la vida.

Ese hombre no me hizo nada, pero me dijo: “Vea china, yo sé que por esto hasta de pronto me pueden matar, pero la orden que yo tengo es de violarla y matarla, y dejarla en los rumbones. Usted es muy orgullosa, usted es muy repelente”. “No, es que esa es mi manera de ser, lo que pasa es que yo nunca he tratado con ustedes”, le dije yo. Porque a él supuestamente le había mandado el propio comandante a hacerme eso, no supe si serían mentiras de él o sería cierto. San Rafael, Barrancabermeja, Santander, 2001, P.731.

La militarización y control territorial por parte de los paramilitares conllevó en muchas zonas la imposición de reglas de comportamiento siguiendo su ideología autoritaria y patriarcal. Dichas reglas incluían el modo de vestir, los horarios, las formas de relacionarse hombres y mujeres o el control de actividades cotidianas.

El incumplimiento de esas normas se pagaba con castigos incluso públicos a quien desobedeciera el orden, por ejemplo, de no llevar ropa corta, *piercing* o enseñar el ombligo.

Porque allá más que todo era zona de paramilitares y allá, ¡Si vivía yo con miedo!, porque ellos por ejemplo a uno de mujer... que las niñas de hoy en día casi no se ponen ropa, viven semidesnudas. No, allá tenía uno que ver cómo iba a salir vestido porque, ¡pobrecita a la que encontraran vestida así con una faldita! le

quitaban la ropa y la mandaban para la casa. Desnudita para la casa, para que se vistiera. Guadacá, Cesar, 2000, P.663.

Estaba prohibido utilizar ropa cortica, ponerse muchos descotes, usted tenía que vestir normal, no podía ponerse así cositas así muy este no, tenía que andar bien cubiertico. Timba, Cauca, 1992, P.380.

Así, las mujeres vivieron bajo la amenaza de ser castigadas o agredidas si se atrevían a moverse por lugares o durante horas que los paramilitares habían vetado. La militarización de las vidas de las mujeres conllevó un ataque grave a la movilidad libre de las mujeres y a la libre relación con su propio cuerpo.

Ellos pusieron esa ley que no querían ver a ninguna mujer en short, ni en faldas. Hay veces uno estaba durmiendo y había muchas mujeres que salían, mujeres que andaban con ellos, porque había mujeres que salían como al bailadero. Uno del miedo no salía, pero había mujeres que sí salían y usted escuchaba que gritaban en media noche: ¡Auxilio, ayúdenme! Personas que usted veía que pasaban, porque uno sabía que eran ellos. El miedo de que a qué hora llegaban y le empujaban la puerta a uno a matarlo por algo, ese temor, uno siempre psicológicamente uno queda afectado horrible. Naya, Cauca, 2005, P.378.

En consonancia con la ideología patriarcal que sostiene que las mujeres pertenecen a los hombres, las mujeres sin pareja masculina fueron consideradas particularmente accesibles ya que no contaban con la protección de ningún varón. En estas condiciones, los paramilitares eran explícitos en sus imposiciones a la mujer entrevistada, señalando que ser mujer y estar sola era equivalente a no estar en condición de decir nada o, lo que es lo mismo, equivalente a tener que obedecerles.

Los paramilitares estaban viviendo en la vereda, sin embargo el hostigamiento y la persecución que en cierto modo me hacían a mí era porque en un inicio yo estaba viviendo sola y me hacían un tipo de acoso sexual. Me decían cuando a veces pasaban por ahí “usted no puede decir nada porque es mujer y está sola”. Lo otro, a veces pasaba el comandante, el de ellos, y como es tierra caliente uno siempre está en ropa ligera, en una oportunidad yo estaba con un jean y el comandante se paró en frente de la casa y lo que me dijo fue “usted se ve mejor en pantaloneta que en blue jean, así que use la ropa que tiene que usar”, cosas así, voz de mando muy autoritaria por decirlo así. El Castillo, Meta, 2005, P.130.

Las mujeres que perdieron al marido se sintieron más vulnerables frente a los actores armados y se vieron obligadas a prestarles servicios como cocinar para ellos. Estas formas de trabajo forzado fueron en muchos casos la antesala de amenazas o intentos de violación, cuando ellas no accedían a todas las pretensiones de los armados. En el siguiente testimonio se percibe un continuum que va del trabajo forzado, al supuesto enamoramiento, el intento de violación y la amenaza de muerte. La violencia que recorre la relación entre victimario y víctima es la que caracteriza la relación entre los sexos en el marco del conflicto armado.

Cuando me mataron mi esposo, cuando quede viuda en mi casa ahí sí me sentí obligada cuando los grupos esos me estaban poniendo a cocinar cuando ellos querían o sea estaba un hombre que se enamoró de mí y quería violarme a la fuerza, y yo decía no y no y nunca me deje de estar con él. Yo le decía “te voy a denunciar” pero yo no pude denunciarlo porque como él era de los grupos, me daba miedo denunciar y él me decía: “como tú me denuncies yo te mato” me decía él a mí. San José del Playón, María La Baja Bolívar, 1980, P.206.

Los diferentes actores armados que actúan en el conflicto colombiano tienen como uno de sus objetivos más importantes el control del territorio y, por consiguiente de la población que en él habita. Para este propósito es clave la militarización de los espacios y de la vida que en ellos se desarrolla. La militarización de la cotidianidad es una forma de disciplinar a las poblaciones en el cumplimiento de las normas impuestas por aquellos y de habituarlas al sometimiento. Este control se impone a las mujeres en forma de trabajo forzado, normas de conducta y limitaciones a su movilidad; y pone sus cuerpos a disposición de los actores armados bajo la amenaza del castigo, la violencia directa o la muerte.

Por las buenas o por las malas

Con esas palabras señalaron varias mujeres las amenazas de que fueron objeto para obligarlas a mantener relaciones sexuales con los perpetradores. Esta expresión refleja cómo la relación entre los sexos queda afectada por la militarización de la cotidianidad y por el contexto de violencia armada, confirmando y profundizando el continuum de las violencias contra las mujeres. La disyuntiva es inexistente, puesto que en ambas situaciones el perpetrador impone el acceso al cuerpo femenino por medio del chantaje asociado a las amenazas de violencia o incluso muerte. En ambos casos se pretende imponer una relación entre mujer y hombre que es una relación entre víctima y victimario, aunque se nombre como “esposa” o “novia”, es decir una relación basada en el dominio y el poder de coacción.

Porque ese señor dijo, que me cogían por las buenas como esposa, o por las malas. Entonces que ellos verían. Y así, eso fue lo que me pasó con ellos ahí. Nosotros salimos de allá, y nos tocó salir inmediatamente. Pero imagínese, allá me decían, no, ellos la cogen por las malas, si usted se va por las malas, ellos la cogen por las malas, la tienen hasta que ellos se aburran, la pueden matar, la pueden coger a la fuerza que usted siga con arma. Y, tantas cosas. Él me mandó a decir, que si yo quería una casa acá en Cali, yo la podía tener. Pero yo iba a tener vigilantes. No iba a saber quiénes eran, pero si sabía con quién salía, cómo me comportaba, y así. Platanero, Cauca, 2000, P.839.

En algunos casos, detrás de la posesión del cuerpo de la mujer se halla el objetivo de poseer asimismo la tierra. En el testimonio que se cita a continuación “por las buenas” y “por las malas” significa lo mismo: poseer el cuerpo de la mujer y la tierra que le pertenece.

ce. La resistencia de la mujer a ser objeto de posesión por parte del hombre, miembro de la guerrilla, tiene como respuesta el despojo y la expulsión de la tierra, sin el menor atisbo de compasión. Se confirma pues en este caso, la estrecha asociación entre la violencia contra las mujeres y el objetivo de ejercer control y apropiarse del territorio por parte de los actores armados.

Entonces él una mañana llegó y me dijo: ¡Rosa, si usted no va a ser mía por las buenas, lo va a ser por las malas! Yo en ese momento me puse a llorar y entonces yo le dije: ¿por qué Freddy, usted me hace esto? Usted sabe que yo no tengo por qué ser suya. Entonces él me dijo: ¡vea Rosa, si usted no es mía, le doy tres días para que me desocupe el terreno! Yo le dije: ¿Pero por qué? si este terreno es mío, mi papá me lo dejó. Él me dijo: ¡No me interesa! Pero usted misma se lo buscó. Así como usted no es mía, pues se me tiene que ir de acá. Entonces a mí no me interesa para dónde usted se va, a mí no me interesa nada, lo único es que me deje el terreno. Papayal, Bolívar, 2003, P.766.

A veces las agresiones o amenazas tuvieron más que ver con comportamientos individuales de miembros de grupos armados que con pautas sistemáticas y modos de operar de los mismos. No obstante, el hecho de actuar entre la conquista y la coerción venía facilitado por la pertenencia a un grupo armado, en este caso guerrillero, y el miedo que generaba conocer esta realidad en la mujer acosada.

Había un señor de un grupo armado que él se interesó bastante en mí y él a mí me decía y a veces hasta me ofrecía plata, como a conquistarme. Como me le puse brava a lo último y a mí me daba rabia porque igual yo ya tenía mi hijo, tenía mi marido. Entonces yo le decía que no y él se embravaba. Él de la guerrilla era. A cada rato me llamaba y a veces me mandaba a decir con algún otro que vaya y yo a veces me asustaba. Una vez me dijo que si yo no iba por allá donde me iba a mandar a llamar. Todo eso que me mataba, yo no hablaba con nadie yo me callé, pues para uno es duro. Me quedé callada hasta ahora. Si eso fue como unas 5 o 6 veces y a lo último ya me daba era miedo. Samaniego, Nariño, 2006, P.351.

Incluso en los casos en que no hubo coacción directa ni violencia, en un contexto de conflicto armado, la relación entre una mujer perteneciente a la sociedad civil y un actor armado, se da en una desigualdad de posiciones de fuerza tan evidente que pueden traducirse fácilmente en decisiones no libres a la hora de establecer una relación entre los sexos.

No, o sea no acoso no, siempre después llegaba el ejército, pero ellos tampoco era obligarlo a uno porque ahí está en uno, una cosa es que uno quiera y otra cosa que no. A veces llegaban comandantes, me mandaban notas, todo eso pero pues igual decía: si las acepta mándeme una respuesta y todo eso; pero nunca tampoco de ser agresivos, no. Samaniego, Nariño, 2006, P.351.

La violación sexual

La violencia sexual incluye formas como la violación, desnudo forzado, tortura sexual, mutilaciones, esclavitud sexual, etc. La violación sexual ha sido la forma de violencia sexual más extendida según los testimonios de las mujeres entrevistadas (56,20%; n=69). La violación no sólo es una forma de violencia sexual, sino que también es considerada una modalidad de tortura. Pero la violación se practica normalmente acompañada de otras agresiones y vejaciones.

De los testimonios analizados se desprende que la coacción física y psicológica fue el preámbulo de muchas violaciones sexuales. La coacción tiene múltiples formas, desde la brutalidad física, hasta el uso de un arma. En el caso siguiente se relata cómo una joven fue obligada a tener relaciones sexuales primero con un guerrillero y luego con uno de sus superiores, por medio del engaño, la fuerza física y el uso de armas.

Me dijo: “mamá, la primera noche ese tal Vallenato, me tiró al suelo, me empujó y me dijo que tenía que estar con él”. Le había dicho que se pusiera una inyección, que esa inyección era para las enfermedades, pero mentiras era para planificar. Por la noche, a la brava la empujó y le puso el arma y a la brava tuvo que estar con él. Ella lloraba... esa noche la violaron ahí. La segunda noche cuando ya estubo en el Plateado, el otro el comandante estubo con ella... el tal Albeiro. Ese estubo con ella. Ella le rogaba, le suplicaba, pero nada... El Tambo, Cauca, 2001, P.308..

Normalmente las mujeres trataron de alertar a otras personas gritando, se resistieron o suplicaron a sus agresores. La respuesta de los perpetradores fue habitualmente la indiferencia e incluso una mayor virulencia en las coacciones utilizadas. En este testimonio la mujer refiere cómo fue vendada de ojos, amordazada y amenazada con un cuchillo quedando en la más absoluta indefensión en manos de los paramilitares.

Ahí me cogieron, me vendaron los ojos y yo pues me hice la desmayada, pero igual, ellos no me soltaron. Yo gritaba, y me cogieron con un cuchillo en el cuello y me llevaron hacia el río de Kennedy, debajo de unas casas. Ahí me cogieron allá y ahí me violaron, me amordazaron con el cuchillo. Río de Kennedy, Quibdó, Chocó, 2003, P.415.

En muchos casos los perpetradores asociaron actos de extrema crueldad a la violación de las mujeres. A la tortura de la violación sumaron otras torturas corporales como si el objetivo fuera no sólo la agresión sexual, también la desfiguración de la víctima, el propósito de dejarla marcada. En los dos testimonios siguientes fueron paramilitares los que marcaron los cuerpos de las mujeres como un daño infligido además de la violación.

Los paramilitares hicieron conmigo lo que quisieron. De darme una porreada a cuestión de machete, coger un machete nuevo y darme por todas las costillas. Hasta la punta de los pies hasta la cabeza. Donde me dejaban como nuestro señor Jesucristo, prácticamente amolada, prácticamente vuelta nada. Después violarme

no sé qué personas, como cuatro o cinco personas pasando sobre mi cuerpo... San Miguel, Putumayo, 2001, P.773..

Él hacía eso. Me reventaba... me marcaba. Tengo las piernas marcadas, me reventaba... Mejor dicho hasta la cabeza me la rajó... Me violaba... San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

Si bien en la práctica totalidad de los testimonios son solo hombres quienes participaron en esos abusos, en uno de ellos se señala la participación de una mujer paramilitar, confirmando que las mujeres han actuado desde distintas posiciones en el conflicto armado colombiano, como en muchos otros, interviniendo también como actoras armadas y victimarias aunque en número muy inferior al de varones.

Hubo una muchacha de que ella la cogieron le hicieron mucha maldad. Ella se la llevaron para una casa, cogieron carbón, le puyaron todo el cuerpo. A ella la violaron varias veces muchos de ellos, la violaron. Hasta hubo una mujer de ellas ahí que la tocaba... Fueron los paracos. El Salado, Bolívar, 2000, P.252.

Las lesiones físicas en genitales y otras zonas con fuerte carga sexual se han dado en otros casos que muestran el ensañamiento de los perpetradores, en particular los paramilitares, contra los cuerpos femeninos subrayando su trasgresión de todos los límites. En el siguiente caso, de dos niñas, además de la violación sexual se denigró del cuerpo de ellas con las heridas graves causadas en sus órganos sexuales, que llevaron a la muerte de una de ellas.

Conocí un caso, de dos niñas, que comenzaron primero a enamorarlas. Entonces, las niñas como que no le aceptaron, porque pues obvio, una persona al margen de la ley, paracos... Entonces llegaron un día y las llevaron a las niñas y las violaron. Luego les metieron unas navajas por la vagina... Las remitieron a Pasto, y en Pasto se murió la niña. Una era como de 13 años, la otra era como de 16. La niña que murió era la de 16, porque la de menos, ella fue la que sobrevivió, pero igual, ella quedó como traumatizada, algo así... Olaya Herrera, Nariño, 2006, P.838.

Como hemos señalado antes, en la lógica de la guerra en el patriarcado los cuerpos de las mujeres se convierten en receptores de violencia como muestra del ejercicio del poder. Un poder que se manifiesta en el desprecio por la dignidad de las mujeres y en la insignificancia de la misma vida. Así, en numerosos casos las violaciones fueron acompañadas de asesinatos.

Ahí había una muchacha que se llamaba Cecilia. Ella era de acá, de Córdoba. Ella estaba trabajando allá y también la violaron y la mataron... El Bagre, Antioquia, 1996, P.287.

La sevicia en la muerte de mujeres que previamente fueron violadas muestra el grado de deshumanización de los grupos armados que tratan los cuerpos como objetos denigrándolos y destruyéndolos. Los perpetradores, tratan de eliminar toda resistencia o contestación a sus prácticas de control de las mujeres. El hecho de denunciar una violación llevó al

asesinato y el despedazamiento del cuerpo de la mujer denunciante probablemente como forma de aterrorizar a toda la comunidad.

Violaban a las mujeres. A mí nunca me violaron gracias a Dios, pero sí a las amigas mías... Yo tengo una amiga mía que se llamaba Candelaria porque ya a ella la mataron. Esa amiga mía dejó dos niños que no sé ahora mismo dónde están, pero a ella la violaron y después, como ella denunció ese caso, la mataron. Apareció muerta en el río. La destrozaron con una segueta, con una motosierra. Eso dicen, que fue con una motosierra porque ella apareció toda despedazada en el río... Córdoba, 2003, P.287.

Algunas mujeres fueron violadas mientras estaban estado de gravidez. En el siguiente testimonio se señala cómo un grupo de soldados violaron sexualmente a una mujer con ocho meses de embarazo traspasando uno de los umbrales de respeto entre personas humanas. En este caso, fueron miembros de la fuerza pública, el ejército, quienes se valieron del conflicto armado para cometer abusos contra la integridad sexual de una mujer.

Otra compañera estaba embarazada. Se llevaron a la compañera hasta un puesto... militar que había en un sitio que le decían La Ganadera. Ahí tiene otra base militar donde se llevaban la gente, los torturaban... Tenía ocho meses de embarazada... con ocho meses de embarazo. La violaron 14 soldados, la violaron en esa base... Puerto Berrío, Antioquia, 1979, P.739.

La violación sexual fue además causa de desplazamiento forzado, redoblando las vulneraciones de derechos humanos. En este caso, la única manera en que una mujer pudo poner fin a las continuas agresiones sexuales cometidas por un miembro de las autodefensas fue la de abandonar su casa junto con su familia.

La verdad, fui... violada, maltratada, eso me sucedió en Simití, Sur de Bolívar. Me trataron mal, me pegaron. Hacía conmigo lo que le daba la gana, me violaba cada vez que quería, me llevó de mí casa. Incluso por eso nos desplazamos, se desplazó mi familia por lo mismo. San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

Otra de las dimensiones de la violación fue añadir al daño individual de la violación, el hecho de convertirla en un hecho presenciado por otras personas, en particular personas con vínculos afectivos con la víctima. De este modo se aunaban en la agresión el daño individual, la vejación y la tortura colectivas. En algunos casos mujeres menores o niñas fueron violadas en presencia de sus familiares. En el testimonio siguiente la violación de la hija fue la forma de pagar por todo en la represalia contra la familia.

Cuando yo tenía 13 años... Exactamente iba a cumplir los 13, cuando llegaron unos hombres allá a donde mi mamá, a donde nosotros vivíamos. Llegaron buscando uno de mis hermanos y como no lo encontraron, entonces, me cogieron a mí. Me hicieron lo que quisieron, me violaron, delante de mí mamá, delante de mis otros hermanos. Me pegaban... me violaban y me decían que yo era la que iba a salvar a ellos, a los otros. Decían que eran del M-19, del ELN, algo así... y así pasó todo... Puerto Wilches, Santander, 2003, P.785.

Cometer una violación obligando a que otros miembros de la familia la presenciara es una forma de castigo y estigmatización colectiva. La mujer entrevistada sufrió como madre por el daño sufrido por todas sus hijas e hijos y, probablemente, por su impotencia para evitarlo.

Mi hija mayor fue violada (llanto), mientras la violaban los muchachos veían, mi hija Brigith veía, la pequeña veía como violaban a su hermanita de 14 años. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

La violación se utilizó también dándole la dimensión de espectáculo público. El uso de las imágenes de abusos denigrantes que se refiere en el siguiente testimonio fue una forma intencional de humillar a la colectividad atentando contra la dignidad de las mujeres en su propio medio social.

A las chicas que violaron les hicieron videos y eso lo mostraron en la cancha. Eso ya es historial también de eso... Sí, lo mostraron ante todo el pueblo. Mejor dicho nos hicieron quedar como un zapato... Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.774.

El uso de la simbología sexual en actos de violencia constituye asimismo una violación. La mujer entrevistada vivió como una violación de su integridad el hecho de sufrir una simulación de sexo oral como burla, después de haber sido sometida a otro tipo de atropellos físicos humillantes.

Eso para mí es violación. Después de que a ti que te penetran con un miembro cualquier parte de tu cuerpo es violación. No fue genital pero si oral. Después de que juntos hacen conmigo lo que se les da la gana, me golpearon, me manosearon, se burlaban de mí. Apenas me decían "míreme la cara, no se le va olvidar, nosotros no somos fáciles de olvidar". Me cogieron una botella de agua, me la echaron en la boca. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

Violación masculina

No solo mujeres fueron objeto de violación sexual. Los abusos sexuales contra hombres en el contexto del conflicto armado son un hecho tal vez más invisible que la propia violencia contra las mujeres. Pues si la violación de las mujeres supone una humillación, la violación del cuerpo masculino sitúa a los hombres víctimas en una posición feminizada que conlleva aún mayor vergüenza y humillación según los códigos de la masculinidad patriarcal. Por otra parte, la vejación forma parte de la estructura de poder y la jerarquía de los ejércitos y cuerpos armados que, como se ha señalado con anterioridad, fomentan una masculinidad agresiva en extremo que proyecta la violencia tanto hacia las mujeres como entre los mismos hombres. El siguiente testimonio relata cómo las humillaciones y violaciones múltiples a que fue sometido un soldado por sus mismos compañeros, desembocaron en su deterioro mental y el homicidio de uno de ellos.

Entonces ya faltándole tres meses a mi hijo para salir del ejército me llaman. Me llamaron que mi hijo había matado a un tipo, a un compañero en el ejército. Cuando yo llegué allá y vi a mi hijo, le dije: “¡Dios mío! ¿Usted por qué hizo eso?”, me dijo, “No mamá es que yo ya no aguantaba más, a mí me violaron, me violaron”. Lo violaron los mismos compañeros. “En la misma área me violaron”. Que le dieron algo en la comida, o en el juego. Lo durmieron, lo doparon y lo violaron. Me dijo que por eso lo cometió, porque lo violaron doce personas. Se burlaron de él y todo, y le decían que lo iban a grabar. Él iba escribiendo en un cuaderno todo lo que iban haciendo, hasta que llegó el día en que no resistió más, y lo mató. Le dieron ocho años de cárcel. Él salió porque él tiene problemas mentales, a raíz de eso, de la violación. Tibú, Norte de Santander, 2002, P.104.

Insinuaciones sexuales a mujeres menores: entre la seducción y la amenaza

En un escenario de guerra y militarización de la vida cotidiana, también las relaciones entre los sexos se militarizan. Esto significa, como hemos visto en apartados anteriores, que la posesión de armas y el respaldo de la violencia del grupo armado condicionan de forma directa cómo se desarrollan las relaciones entre mujeres y hombres.

Eso, mujeres sí para dormírselas por ahí, hablando claramente, y ellas no quisieron. La Moniquita era una niña que estaba estudiando abajo en el colegio, entonces cómo se iba a entregar pues a un malandrín de esos. Que es muy distinto uno conseguir que una muchacha, que se consiga un amigo por cuenta de ella que le guste que, mejor dicho, que no irse a dormir con otro porque le saque un arma porque lo amenaza a uno, no, no, no. San Antonio de Prado, Antioquia, 1998, P.61.

En particular, las mujeres menores de edad, adolescentes y niñas, se vieron involucradas en situaciones y a veces en relaciones en las que la desigualdad en cuanto al monopolio de la fuerza o simplemente la diferencia de edad, de estatus o de poder adquisitivo, superaba su capacidad de mantenerse a salvo de la relación con actores armados cuya intención principal era utilizarlas y abusar sexualmente de ellas.

Los actores armados han practicado la seducción de mujeres menores de edad utilizando formas aparentemente normales que les permitieron introducirse incluso en las casas de las familias y tomarse familiaridades con sus miembros que, en particular las madres, padecían tanto por el peligro que entrañaba la relación para sus hijas, como por la invasión del espacio privado.

Sí, y nomás la vio ese tipo ¡que ahí sí!, ahí sí que más se mantenían en la casa y ya ese me decía suegra y yo, ¡por Dios! nosotros, ¿qué vamos a hacer? Pero mire,

esa gente viene ya le hacían regalos. Le regalaban camisetas, dulces y así. Entonces yo ya me puse que no sabía qué hacer, ya no podía salir de la casa, porque cuando menos me acordaba, ¡llegaban! Riosucio, Caldas, 2002, P.611.

Yo en ese momento yo no le dije nada, porque él estaba, sabía que el paramilitar estaba persiguiendo a mi hija. Sucedió en el 2001. Entonces, claro la chica se estaba dejando enredar del tipo ese. La asediaba, iba a la casa y con su grupo para que lo cuidaran, porque como era comandante, uno de los que los comandaba, y entonces, pues claro, que enamorado de ella, y que esto. Ella tenía 15 añitos. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

No obstante, las pretensiones de seducir a mujeres jóvenes no siempre lograron su objetivo, algunas no se avinieron a mantener una relación con un actor armado. Pero el no consentimiento se pagó a veces muy caro, pues los perpetradores no se regían por los códigos de la relación amorosa entre jóvenes, sino por la voluntad de posesión de las mujeres. En el siguiente testimonio, la desaparición de una joven de 17 años se vincula directamente con su no aceptación de relación con un paramilitar.

Yo fui y declaré mi desplazamiento el 18 de septiembre de 2006 y al otro día se desapareció mi niña que tenía tan solo 17 años. Mi niña se llamaba Martha. Yo sé que a ella le picaron arrastre [la perseguía para seducir] según lo que me dicen a mi es que había un jefe que estaba enamorado de mi niña y mi niña no accedió a las pretensiones de él y mi niña era más bien directa con sus cosas. Lo cierto es que tuvieron una discusión y el hombre la amenazó que le iba a dar bala. No tengo idea de cómo se llama ese hombre, pero era de los paramilitares. Lo cierto es que a mi niña la desaparecieron en Tarazá. Tarazá, Antioquia, 1990, P.57.

Las mujeres relataron numerosos casos en que la violencia entreveró continuamente las relaciones de los paramilitares con mujeres jóvenes, pues el hecho de pretenderlas se acompañaba a menudo con la amenaza de muerte y con el uso de las armas. La mujer entrevistada debió huir por un tiempo para quedar a salvo del acoso de los victimarios.

En el año del 2001 y 2002, estaba Richard, estaba el Negro y estaba el Coco, entonces ellos querían pues que yo tuviera algo con ellos y yo pues no, porque pues igual lo amedrentaban a uno. Entonces yo no les acepté y me amenazaron de muerte. Una vez en el bailadero estábamos todos ahí, estaba con unos amigos y uno de ellos me sacó un revolver y me lo colocó: que por qué yo no me quise ir con él; y entonces pues yo al ver eso, me azaré y todo. Yo cogí y me fui para Cali. Buenos Aires, Cauca, 2000, P.361.

En otros muchos casos, como el siguiente, la supuesta seducción fue en realidad un acoso a las menores y a la familia que ellas intentaron eludir de cualquier modo.

A veces he podido salir perjudicada porque, estando en la casa junto con abuela llegó el que le llamaban el Chino. Recuerdo que yo tenía dieciséis años. El llegó y

le preguntó a la abuela que yo qué era de ella; y dice, esa es nieta mía; y le dijo, su nieta está muy linda. Y entonces andaba atrás de mí y yo me le escondía porque él me la montó que estaba bonita y yo lo que hacía era que me metía en el cuarto y entonces él: ¿para dónde cogió la muchacha, la muchachita para dónde cogió? Y entonces abuela, no sé y yo estaba encerrada en el cuarto, porque yo dije este hombre lo que es que se llevan a uno. Pertenece a los paras, él era jefe de los paracos. Le decían el Chino. Corregimiento Bayano, Bolívar, 2000, P.218.

El acoso cobró a veces un contenido de insinuación sexual que se hacía presente en el espacio de la vivienda, en los momentos de mayor intimidad y de modo colectivo. La mujer víctima del mismo experimentó una intrusión por parte de paramilitares de la que de ningún modo podía librarse.

Ya después de eso comenzó esa casa a llenarse de paramilitares, porque era una casa muy grande, tenía catorce habitaciones y nosotros solo ocupábamos una solita que igual no nos alcanzaba para más en ese tiempo. Entonces ya me cansé porque cada vez que yo iba a lavar la loza, siempre había un tipo allá invitándolo a uno a bailar, a salir molestando, azarándole el ambiente, y uno le decía no o de pronto para que no se lleven jodiéndola. El acoso hacia mí era mucho y yo no me podía bañar porque ya me habían espiado y ya me conocían mi cuerpo y como era. Todo eso para mí era un acoso tan terrible que me digan ahí “qué chévere que te corra la espuma por tu cuerpo, te conozco yo ya te conozco tu cuerpo”. Eso para mí era una cosa horrible, cada vez que me iba a lavar, me decían, “tienes un cuerpo maravilloso”. O sea que ese acoso para mí era horrible. Dorada, Caldas, 2005, P.532.

La mujer entrevistada vivió como una persecución y un asedio intimidatorio la pretensión de un perpetrador de que ella fuera su novia, de la que sólo pudo librarse huyendo.

Y empezó como una persecución todo ese día, mejor dicho, de ahí para adelante, ese tipo cada que yo lo veía, yo cruzaba la mirada y ese señor estaba por ahí. Era súper intimidatorio, porque ellos siempre están armados, uniformados, y la gente pues, sobre todo no, cuando tú vea a estas personas, ni levantes la mirada. Pero entonces el tipo, me asediaba, a los sitios donde estaba, él me decía que quería. Como al quinto día, de yo estar en ese pueblo, que no, que yo le gustaba y que si yo quería ser la novia de él. Entonces yo le dije, no, es que yo no vengo a eso. Este señor me montó una cacería impresionante. Bolívar, 2007, P.784.

Frente a los intentos de seducción o el acoso, algunas mujeres menores debieron abandonar su lugar de residencia para eludirlo. El recuerdo de la experiencia de seducción amenazante permanece en algunas mujeres que optaron por no volver a vivir en el lugar donde ocurrieron los hechos, siendo la situación de hecho un desplazamiento forzado.

Una vez que estábamos ahí en la casa, pasaron unos encapuchados, yo estaba ahí, unos encapuchados a ellas las vivían fregando. Usted sabe cómo hacen los hombres para arrimarse cuando una muchacha es joven y más o menos bien parecida. Y esas muchachas tuvieron que ir y vea, hasta el sol de hoy que esas muchachas a veces suben, pero vea entran un momentico, ellas quedaron muy nerviosas. Pues yo tomo pues lo de las hijas mías, lo tomo como desplazamiento. San Antonio de Prado, Antioquia, 1998, P.61.

Muchas veces fueron las madres quienes tomaron esta decisión con respecto a sus hijas para impedir que se relacionaran con hombres armados o para protegerlas en una situación de peligro.

Ya cuando empezaron con la niña, “¡Vamos a conquistar esta muchachita para llevárnosla, para que nos sirva”. Sí, porque ellos cuando menos acordaba llegaban y empezaban a enamorarla, a enseñarle cómo se cogía un arma, a enseñarle cómo se manejaba. Yo había mandado la otra niña también, porque ¡también me la estaban conquistando! Una niña de catorce años, ya había mandado a tres fuera de la casa. Riosucio, Caldas, 2007, P.613.

En el ambiente militarizado que permitía la presencia de actores armados incluso en espacios habitualmente protegidos como las escuelas y ante la presión coactiva que suponía el ser un actor armado, algunas menores no se atrevieron a rechazarlos por miedo.

No, ella le conversaba era porque le daba miedo de ese fulano, que porque las mismas amigas le habían dicho que era miliciano, entonces ella decía: Ay ama ¿Qué voy a hacer yo con ese muchacho que vea, cada que yo voy a salir del colegio está ahí? Y como ellos se mantenían metidos en el colegio, ellos entraban a la hora que quisieran al colegio. Entonces ella llegaba aburrida a la casa y decía: Ay ama qué pereza ese muchacho que no hace sino seguirme y me dice que yo soy una negra muy linda, que cuando menos piense el me va a robar y a mí me da mucho miedo. Medellín, Antioquia, 1997, P.88.

También por miedo a veces las familias permitieron que sus hijas se relacionaran con perpetradores y que estos entraran en sus casas. El ambiente de terror generalizado bajo la amenaza de muerte, no dejaba alternativa entre el consentimiento o el desplazamiento forzado.

Uno de ellos se enamora de la hija mía, y yo pues sin poderle decir nada, porque pues ya le teníamos miedo. Ya del miedo, pues él llegaba, se sentaba con ella y todo eso, y uno permitía. Entonces uno debido a eso, uno dejaba hacer, pues que la abrazara, la besaran, por miedo de que a uno lo mataran. Cariñito le decían a él. Él tenía como unos 25 años por ahí. Mi hija se sentía muy nerviosa, por miedo, porque ya uno decía no, si dice uno algo lo matan. Mientras bregamos a irnos, y ahí fue que ya nosotros decidimos bueno, ya por miedo. Buenos Aires, Cauca, P.353.

Instaladas en un ambiente aterrador en el que las jóvenes sabían que no tenían defensa frente al acoso y las agresiones de los victimarios, ellas optaron por aceptar ser novias de ellos o esconderse.

Cada quien digamos si mataron a fulana lo que hacían las demás era esconderse o escondernos. Pero jamás alusivo a una defensa, jamás. La única defensa que ellas optaban era por ennoviarse por el hecho que ya las vieron bonitas o las amenazaron a ennoviarse. Muchas no fueron capaces de decir no, eso sí es el caso. Dorada, Caldas, 2005, P.532.

La estrategia para abusar sexualmente de las jóvenes pasó a veces por forzarlas con engaño o suministrarles alguna droga. En este caso, un miembro del ejército violó a una joven por este medio. El hecho, además, dio paso a un acoso por parte del violador con el argumento que haber mantenido una relación sexual con él la convertía en su mujer. De nuevo, nos encontramos con la lógica del continuum de las violencias en el hacer de los actores armados que naturalizan el ejercicio de la violencia en la sexualidad pretendiendo convertir una violación en relación normalizada.

Cuando yo volví, pues yo tomé normal, no sé cuánto pasaría, yo empecé a sentirme mareada. Yo recuerdo que yo pasé por la plaza recuerdo que me paré y ya no... no me acuerdo de más. Al otro día, cuando yo me levanté, a mí me dolía mucho pues la vagina y tenía en las manos unos morados, como si me hubieran cogido muy duro y en las piernas, los senos me dolían, la cara me dolía, yo me levanté enferma. El decía que yo era la mujer de él, entonces yo: "No, yo no soy su mujer", me decía: "No, porque usted estuvo conmigo y si usted estuvo conmigo usted es mi mujer". Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

En algunas ocasiones las mujeres menores quedaban atrapadas en las divisorias del conflicto por haber sido seducidas o establecido una relación con un miembro de uno de los grupos armados. Ellos probablemente las utilizaban para sus fines, por ejemplo haciéndoles pasar información.

La pillé en una foto con un guerrillero. Ella se encerraba en la pieza, yo ya lo había visto a él, él me miraba y yo un día le ví una foto. Yo le conté eso a la doctora sicóloga: ella se fue como enrolando, enrolando, enrolando, así doctora a mí me da eso de pensar que ella está pasando información de ellos porque ella me dijo con tanta seguridad sobre quien venía. Vereda la Afiladora, Putumayo, P.593.

La ingenuidad de las mujeres menores de edad, su falta de conocimiento de la situación y los peligros, pudo facilitar que fueran manipuladas por actores armados. En este caso, la madre preocupada por si la hija se había visto involucrada en actividades de información para un grupo armado, advierte a la hija sobre ello.

"Mija ¿usted que está haciendo? ¿Usted a quién está llevándole algo?, ¿Usted está llevándole información a quién?, ¿Usted pa' donde va?" Entonces dijo: "No

mamá, es solamente ese muchacho, ese mono, que dice que él se va a retirar de allí, que dizque me case con él.”Le dije yo: “Pero usted que le lleva a él, usted le trae algo, usted está trayendo alguna cosa, o a quién le está llevando algo”, dijo: “No mamá, nada, nosotros conversamos con él, es cosas de nosotros mismos, que él me dice que está muy enamorado de mí, que yo le gusto mucho, pero no me dice que le lleve ni le traiga nada”. Yo le dije: “Mija mucho cuidado”. Santa María de Dagua, Valle del Cauca, 2001, P.831.

Los miembros de grupos armados pasaron rápidamente de intentar seducir a las mujeres menores a controlar sus vidas y sus comportamientos de forma amenazadora. Las distintas experiencias de ese control y de recibir amenazas dejaron una impronta de miedo en la vida de algunas jóvenes y sus familias.

Ella me dijo que había un comandante de la guerrilla que quería hablar conmigo, que él estaba enamorado de mí, que dejara de hablar con los soldados. Porque había ejército y ellos entraron a hablar al colegio, a hacer una requisita y volvían y salían y eso. Yo no le podía quitar el habla a cualquiera porque llegaban ¡Buenos días! ¡Buenos días! Entonces saludar a cualquiera no se le quita nada, el saludo ¿sí? Entonces ella me dijo a mí, -en la vida que se me quedó marcada-, que me iban a matar. Que me iban a matar al bajarme del bus. Vereda la Petronila, Quindío, 1997, P.776.

Hay otro tipo de violencia sexual como que usted tiene que estar conmigo, como que usted no puede estar con otra persona sino es conmigo. O sea de ese acoso, de que las niñas no quieran estar con ellos y ellos si la quieren estar acosando en ese sentido. De la guerrilla nunca he sabido nada, es ese sentido sino podría responder porque no, o sea ellos tienen una práctica que si tú te encuentras con ellos nunca te dicen nada, no te hacen nada, pero sí se ejercen al interior de sus filas, allá si, allá ejercen pero afuera no. Mocoa, Putumayo, 2006. P.933

Tortura durante el embarazo y aborto forzado

Los hechos de violencia y maltrato tuvieron a veces consecuencias muy graves para las mujeres embarazadas. Recibir golpes y patadas en una situación aterrizadora provocó el malogro del embarazo de la mujer que dio testimonio. Se trata pues de un aborto forzado por la situación de violencia física y emocional a la que ella fue sometida.

Lo otro que también para mí fue muy doloroso en esa noche, era porque tenía cuatro meses de embarazo y también, pues, esa noche de los golpes, de las patadas que me daban, también que se enrollaron mi cabello con sus manos y me daban junto a la pared. También se me vino un sangrado, también perdí, esa madrugada una hemorragia muy grande que de cuando eran las seis de la mañana, cuando salí corriendo, pues del susto no me sentía nada, tan solo sentía las piernas como mojadas...

ahí en San Alberto, me salieron dos tipos armados y me dijeron que si yo iba, que me devolviera, que me devolviera porque si no me iban a matar, que me tenía que ir. Pues yo dije: “me tendrán que matar porque yo me voy para el hospital”. No, pues no se identificaron, pero uno sabía que quienes estaban sembrando el terror en el pueblo eran los paramilitares. San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

En otros casos, los actos de crueldad y violencia contra los cuerpos femeninos se dirigieron específicamente a su capacidad procreadora. Sacar la criatura del vientre de una madre embarazada es un acto de trasgresión extrema de los límites de respeto a la condición humana, en este caso contra el más femenino que es la capacidad de albergar y hacer crecer otra vida. El simbolismo de este hecho se relaciona probablemente con la intención de mostrar la voluntad y el poder de arrasarse poblaciones y comunidades sin que quede rastro de ellas.

A la socia de él que tenía 8 meses de embarazo la mataron, le sacaron el bebecito que tenía adentro, a ella la enterraron en la misma casa donde nosotros vivíamos, ella era la que estaba ahí porque nosotros habíamos salido. Barranquilla, Atlántico, 1995, P.607.

En la misma sintonía y en la lógica de la guerra entre enemigos, la amenaza de “*rajar la barriga*” simboliza la intención de acabar con el enemigo de raíz, destruyendo cualquier semilla que pueda crecer. Puesto que el crecimiento de cada nueva vida humana pasa por el cuerpo de una mujer, la violencia se descarga contra ellas como portadoras de la semilla del enemigo. Para cada mujer, sin embargo, la amenaza o la brutalidad contra su cuerpo en embarazo cobra la forma de tortura y crueldad contra su ser mujer y su ser madre. De nuevo, la potencia simbólica del cuerpo femenino se instrumentaliza en el escenario de guerra para aterrorizar a las poblaciones y debilitar al bando enemigo.

Ese día que me paso a mí, en la otra finca donde desaparecieron el tío mío, a la otra tía mía que también estaba en embarazo, a ella le iban a rajarle la barriga con un machete, le decían guerrillero, aquí te sacamos ese guerrillero, te abrimos con un machete... bueno, horrible. No a ella no la violaron, pero ella estaba en embarazo, tenía una barriguísima, le decían que ese niño era un guerrillero, que le iban... y cogían el machete. Gabarra, Norte de Santander, 2001, P.896.

La vida convertida en pesadilla

La realidad siempre ofrece una complejidad mucho mayor de la que pueden reflejar los instrumentos que utilizamos para comprenderla. La historia que se resume a continuación reúne muchos de los elementos que se han comentado en este capítulo. Engarzados en la biografía de una mujer joven, aparecen numerosos significados que la convierten en el símbolo del sometimiento y la humillación de toda una comunidad que se halla bajo el control de un grupo de paramilitares.

A.T. trabajaba en Cali y a los 20 años decidió volver a su pueblo, en Risaralda, porque le llamó su hermano diciéndole que habían llegado los paramilitares a la región y estaban matando a gente conocida. El día que llegó a Santuario, saliendo del taxi para coger el recorrido para la finca un tipo que iba en una moto la vio, se interesó, y fue a preguntar a sus amigos quien era la chica que había llegado. Le dijeron: *“Eso es lo más lindo que tiene este pueblo y es lo más buena gente que hay, la mujer más juiciosa de todas. Todo el mundo la quiere aquí.”*

Una semana más tarde, A.T. había salido por la tarde con un primo a tomar algo a una discoteca y apareció el mismo tipo para que fuera donde su jefe. *“¿Cómo así que donde el jefe?”*, le preguntó ella y el primo le dijo *“China le tocó. Vaya o si no nos quiebran el culo”*. Ella se encontró con el jefe que, tras su rechazo a sentarse con él tal como le había pedido, le dijo: *“¿Sé quién es usted, sé dónde vive, sé cuántos hermanos tiene, sé cómo se llaman todos, sé que no tiene papá. ¿Usted no sabe quién soy yo? Yo soy el comandante de los Paramilitares”*. Añadió además que quería salir con ella y le preguntó cuánto cobraría por irse a pasar una noche con él al hotel. Ante su negativa el jefe se paró delante de ella, le enseñó un arma y dijo: *“En serio, qué quiere, váyase a pasar la noche conmigo, vea yo tengo... Se lo estoy diciendo por las buenas, quiero que usted este conmigo, no importa lo que me pida, lo que usted quiera, porque si yo quisiera por las malas me la podría llevar”*.

La discoteca se encontraba adelante del CAI [estación de Policía] y la muchacha entró directamente a la estación de policía para denunciar lo que le había pasado, ante el asombro de los policías. Allí se enteró que el jefe que le había hablado era *Peligro*, responsable de toda la violencia y muertes que estaban ocurriendo en el municipio.

Al día siguiente, domingo por la noche, se encontró con dos amigos en una discoteca y estando ahí conversando llegaron dos hombres; uno de ellos sacó una pistola, se la puso en la frente y le dijo: *“¿Se va ir conmigo? ¿Sí o no? No, es que no es que usted quiera ya, es que a mí se me da la gana y si usted no se va conmigo, pues ellos dos se mueren”*. La sacó de la discoteca y la llevó a un hotel dejándola en manos del jefe paramilitar.

“Me hizo quitar la ropa y me hizo sentar en el piso, en la baldosa y ahí me hizo quedar toda la noche, no me tocó, sino que él quería que todo el pueblo pensara que él había abusado de mí esa noche. Así me tuvo toda la noche, con dos pistolas y una granada, cuando a las 6 de la mañana se paró, él estaba recostado y él tampoco durmió por ponerme cuidado a mí. Cogió y sacó cien mil pesos y los puso encima de la cama y me dijo: “Eso es para que se compré una ropa bien bonita”. Llegaron las 9, 10, 11 de la mañana y yo no era capaz de salir del hotel. Salí como a las 2 de la tarde”.

Ese mismo domingo, haciendo el recogido para irse a la finca de su mamá, llegaron unos tipos en moto y la obligaron a subir diciéndole: “*Vea, arriba por la Cumbre hay muchos de nosotros y por su bien súbase. La que está corriendo peligro no es usted si no se sube a esta moto, sino los que hay en su casa*”. La llevaron para una finca abandonada, en territorio controlado por los paramilitares, donde la esperaba el jefe y ahí estuvo hasta al final del día. Ese mismo día se voló a su casa pero algunas horas más tarde, cuando ya estaba montada en un taxi para irse a Pereira, la detuvieron y amenazaron que torturarían a toda su familia. En ese momento decidió irse con los paramilitares que la llevaron nuevamente a la finca. A partir de este momento, la esclavitud fue total:

“Me tocaba hacerles de comer, lavarles la ropa toda ensangrentada. Él vivía allá, toda la ropa de él, las cosas buenas y las cosas nuevas de él estaban en esa casa. Él se iba para el monte dos días y bajaba a la casa y se estaba todo el día y así sucesivamente. Allá vivía otra moza, él tenía tres viejas. Cada que él tomaba algo, él tomaba por ejemplo hasta las 5 de la mañana y a las 5 de la mañana me hacía meter al hotel, estaba conmigo un momentico, volvía y salía y ya normal.”

Durante seis meses vivió a disposición de su victimario que la obligaba a vivir recluida, bajo vigilancia. Durante este tiempo trabajó para él haciendo comida, lavando ropa, haciendo mandados. Fue sometida a abusos, violación sexual y a la vez era exhibida como la mujer de Mauricio, el jefe paramilitar. “*Eso era lo que a él más le gustaba, que lo vieran conmigo, con la muchacha que todo el mundo pretendía y que sólo él la podía tener.*”

Pocas veces tuvo contacto con su familia en este tiempo: “*Me tocaban la puerta, pero yo bajaba a la calle o me encontraba con ellos en el parque cada ocho días. Mi mamá bajaba a mercar y yo me encontraba con ella en una esquina, pero yo siempre veía que había tres o cuatro personas poniéndome cuidado.*”

Finalmente logró salir libre porque mataron a Mauricio en un ajuste entre paramilitares. Estaban seguros de que no iba a presentar denuncia porque todo el tiempo le decían que la estaban investigando: “*Que por qué yo vivía con ellos y que a mí me podían matar o meter a la cárcel y que la Fiscalía estaba averiguando quién era yo y que el nombre mío aparecía allá*”.

A.T. fue ingresada y estuvo a punto de morir por un principio de aborto. Supo entonces que estaba embarazada de cuatro meses y que llevaba una criatura muerta en su seno.

Esclavitud sexual y prostitución

Una de las vulneraciones de derechos humanos más graves es la esclavitud sexual de mujeres que en el conjunto de los testimonios recogidos se dio con una frecuencia de

5,69% n=7. Las mujeres que fueron esclavas sexuales vivían recluidas y controladas por el grupo armado, mayoritariamente paramilitares, y sufrían violaciones y abusos sexuales por parte de los integrantes del grupo. Los embarazos forzados fueron frecuentes en estos casos y no recibieron seguimiento ni atención médica de ningún tipo. En algunos casos las mujeres sometidas a esclavitud sexual intentaron escapar aun a riesgo de la propia vida.

A ella se la llevaron para san José del Nuz, a ella la tenían encerrada allá el grupo Metro. Se la llevaron para san José y la mantenían encerrada, por allá ella quedó en embarazo y la mantenían encerrada, entonces ya ella no aguantando más la situación se voló por la ventana, una señora disque que la ayudo a salir por la ventana para ella poderse volar y debido a eso ella perdió el bebé. Vereda El Rayo, Tarazá, Antioquia, 1996, P.51.

La esclavitud sexual es un estado de cosificación y vejación permanente en el que la violencia se convierte en el comportamiento habitual hacia las mujeres. Según los testimonios recogidos, las mujeres esclavas sexuales de grupos paramilitares estaban obligadas a tener relaciones sexuales con los hombres del grupo, bajo las órdenes de quienes mandaban. En el caso que se cita a continuación, el hecho de que la muchacha mostrase preferencia por un joven que había sido reclutado de manera forzada por los paramilitares, provocó diversas reacciones todas ellas teñidas de crueldad que acabaron con muerte de los dos jóvenes.

La persona que dio la orden de que acabaran con la vida de Andrés le cogió entre ojos porque desde que llegaron una muchacha de allá no se separaba de Andrés. Todos tenían relación con la muchacha y un tipo de esos que le gustaba la muchacha le había cogido rabia a él. Entonces dice que un día había dicho que él estaba cumpliendo años y otro que mandaba había dicho, de regalo va hacer que tenga relaciones con la muchacha. Si y él dice que ese día lo obligaron a Andrés a tener relaciones con esa muchacha. Entonces el otro tipo que los mandaba, más rabia le había cogido a Andrés. Yo no sé si a ella yo creo que también la mataron. Monterrey, Casanare, 2004, P.567.

Las trabajadoras sexuales fueron tratadas con especial crueldad por los actores armados y en algunos casos fueron convertidas en esclavas sexuales. La práctica de la prostitución en contextos ajenos a la guerra es vivida por los hombres clientes de la misma como una relación mercantil que les da acceso al cuerpo de las trabajadoras sexuales sin que deba mediar ningún afecto o respeto. En un contexto de conflicto armado, en el que se militariza la vida y las relaciones entre mujeres y hombres se vuelven más coactivas y de dominio abierto, el trato que reciben las trabajadoras sexuales es instrumental y cosificador en extremo, siendo en ocasiones utilizadas como informantes. Es decir, se las usa y se prescinde de ellas como objetos para usar y tirar con un desprecio absoluto por su dignidad y sus vidas.

Dice mi hija, como el restaurante quedaba detrás de la pesa, detrás de la pesa habían esos prostíbulos. Dijo, mamá se iban, agarraban esas muchachas usted, usted, usted, [las seleccionaban] las echaban en esas canoas y se las llevaban por allá para arriba para donde ellos estaban y llevaban esas muchachas, se llevaban diez y regresaban cuatro o cinco. El resto se quedaban por ahí, el resto las mataban por allá. Había dos que nos contaron que habían ido varias veces y no les había sucedido nada. Bueno, y ¿a ustedes no les ha sucedido nada? Dijo: No, porque nosotras nos dejamos hacer lo que ellos quieran hacer con nosotras. La Gabarra, Norte de Santander, 1999, P.780.

También debido a la convivencia en dichos contextos de control, algunas de ellas resultaron conociendo informaciones que les volvieron más vulnerables, y fueron finalmente asesinadas.

Ese era el caso de una trabajadora sexual, me acuerdo mucho que era una morena muy bonita de Cali, parece que la muchacha se dio cuenta de algo, quizás una incursión que ellos iban a hacer y la sacaron del lugar donde trabajaba. Yo miré que la llevaban más o menos unos ocho hombres y a ella todos la violaron, la torturaron y tristemente también la asesinaron. A ella se la sacaron en ese momento de un lugar de esos que se llamaba “la muñecas”, una cosa así se llamaba, a ella la sacaron un lunes como en el año 2003. Lo que si me di cuenta fue la que la llevaron a la salida del Mocoa, eran en la parte de San Diego. A ella la echaron al río. Mocoa, Putumayo, 2006. P.933.

Los paramilitares actuaron con respecto a las trabajadoras sexuales disponiendo de sus cuerpos y sus vidas de manera despiadada. En este caso, la mujer además de abusada fue torturada y luego expulsada del territorio.

Abusaron, como de muchas prostitutas. Había un paramilitar, que era un negro, que le decía Betún. Cogió y le cortó los pezones a una muchacha con un alicate. La muchacha se fue, porque allá le decían a la muchacha: “Bueno, tiene tantos minutos para que se vaya.” La Dorada, Caldas, 2003, P.856.

La guerrilla ejerció asimismo un control sobre el ejercicio de la prostitución, no para erradicarlo, sino para asegurarse que las trabajadoras sexuales en ejercicio no tenían enfermedades contagiosas. El control sobre los prostíbulos era tan absoluto que la guerrilla tenía en su poder los resultados médicos y decidía qué mujeres podían seguir ejerciendo y cuáles debían abandonar la zona. Es decir, el control de la prostitución formaba parte del control del territorio por parte de la guerrilla, también como una forma de protección de su propia tropa frente a enfermedades de transmisión sexual.

Cada mes, hacían un examen, la guerrilla; mandaba, a tomar unas muestras de sangre, a las mujeres que trabajaban en los negocios, que allá son billares y todo eso, y cuando llegaban los resultados no se los daban a ellas, si no que ellos, ha-

cían una lista, supuestamente de las que estaban enfermas, e iban a cada negocio, y las llamaban en la lista, y las citaban, como, o sea, las hacían llevar como a un sitio, y entonces: usted tiene esto, usted tiene lo otro, y tal, entonces, hacían como la separación; a las unas las desterraban, y desterraba, destierro era que se iban...entonces era horrible pues, porque eso era súper tensionante para las mujeres y de todo. Vereda el Manco, Huila, 2005, P.874.

Reclutamiento de mujeres para la prostitución

Es una mujer y ella tiene mañas de hombre y viste como hombre pero ella es una mujer. Está por ahí entre los 30 o 40 años y ella ha mandado muchas niñas para allá y se hizo muy amiga de mi casa y ha bregado mucho a mandar mis niñas. Yo le dije por favor no me atormente y me dice, doña Carmen déjese ayudar, ya ellas se están cuidando, tienen cada una de a hijo, déjelas ir que eso es lo que está dando. De prostitución ella de una vez les dice qué van a hacer allá con los 38 paracos. Medellín, Antioquia, 2000, P.96.

Resistencia frente a la violación

Frente a las agresiones directas, intentos de violación o coacciones para que las mujeres mantuvieran relaciones sexuales con un victimario, ellas ejercieron resistencia o intentaron evitar que se perpetraran esos abusos contra ellas mismas o contra sus hijas.

A pesar de su indefensión, debida a la parálisis o la indiferencia de la gente en un acto público, ante el uso de la fuerza por parte de un comandante de la guerrilla, la mujer entrevistada defendió su dignidad y su derecho a ser respetada.

Entonces fui y había un comandante de la guerrilla, y me cogió de la mano y me dijo que tenía que irme con él. Entonces estaban en un partido de fútbol, porque había hartísima gente de todas las veredas, y todos se dieron cuenta como el señor me jalaba, y nadie, nadie, hizo, o sea por defenderme ni nada. Entonces cuando yo me le logré soltar, y yo saqué coraje y le dije que no, que yo no había ido a prostituirme allá, que yo había ido era a educar unos niños, y que me hiciera el favor de que me respetara, que así como yo merecía respeto que él también. Florencia, Caquetá, 2003, P.108.

Otras mujeres que sufrieron el asalto de hombres solos con la intención de violarlas, se defendieron como pudieron recurriendo al forcejeo y la pelea física con el uso de objetos que se hallaban a mano para golpear al agresor.

Me agarró la mano, y me metió a un rancho de esos que ellos tienen, me empezó a golpear. Decían que era paramilitar. Me empezó a golpear duro en la cabeza, y me pegaba patadas. Pero yo no me dejaba, yo también le tiraba. Y yo tenía una

sombrilla en la mano, que nosotros cuando, como me tocaba paletear, yo tenía una sombrilla para cuando lloviera. Y yo le di con la sombrilla en el ojo, y ahí me le pude soltar, y arranque a correr, y él le decía a los amigos de él que me mataran. Triana, Buenaventura, Valle del Cauca, 2009, P.881.

En ese momento yo quedé sola y fue cuando llegó un muchacho, o sea, Yamin. Yo estaba con un cucharón, estaba revolviendo una sopa. Cuando él llegó se me botó, me agarró y me cogió a la fuerza primero a besarme. Entonces, como yo no me dejé, él me agarró a la fuerza, me empezó a tirar la ropa, a dañármela. Él me alcanzó a desgarrar lo que fue la falda. Yo forcejeé con él, ahí peleamos los dos y yo me le alcancé a soltar. Imagínese, él encima mío, pues yo lo primero que hice fue soltármele como pude y con el cucharón que yo tenía, lo agarré y le pegué, y fue cuando yo alcancé a gritar. Santander, P.787.

En numerosas ocasiones, la resistencia de las mujeres fue en defensa de sus hijas, incluso reaccionando con violencia física contra el perpetrador.

No sé lo estaba metiendo, pero se lo estaba así frotando por la cola, no la alcanzó a penetrar, la tenía recostada contra la pared así, con las piernitas abiertas (llanto). La tranca del baño era un pedazo de madera, y cogí esa cosa y le mandé el garrotazo a él, y se lo pegó aquí en la nuca, y él cayó a ese lado de aquí y se alcanzó a dar con el pedazo del baño y quedó brincando ahí (llanto). Mi niña no reaccionaba, no decía nada, ella ahí quieta, lo único que hacía era temblar. Líbano, Tolima, 2006, P.154.

La implicación de numerosas mujeres en la protección de sus hijas ante la amenaza de la violencia sexual tuvo elevados costos que ellas estuvieron dispuestas a asumir, para evitar que aquellas pasaran por una experiencia que toda mujer adulta teme y sabe que comporta consecuencias irreversibles en la vida de una mujer. Percibiendo el peligro de violación de las hijas, la mujer que se siente indefensa frente al agresor deja entender que es preferible sufrir ella misma una agresión sexual que permitir que la sufran ellas.

Pues la verdad es que yo no me preocupé tanto por eso, o sea, yo me preocupé, ¡fue más por salvar mis hijas!, porque yo pensaba dentro de mí: “Si este señor no logra nada conmigo, ¡de pronto se va a desquitar con una de mis hijas”, yo pensaba eso y para mí ¡eso era más duro!, porque uno como mujer es más indefenso y no se puede defender de la misma manera. Guarne, Antioquia, 2009, P.670.

El miedo a las agresiones sexuales, o los intentos de forzar relaciones sexuales con sus hijas fue una de las razones que llevó a un número importante de mujeres al desplazamiento como una forma de proteger su integridad, a pesar del enorme costo y pérdidas que ello supone. En el caso siguiente, la amenaza de muerte si no se consumaba la violación de una joven, fue la que determinó la huida de la hija y el desplazamiento de toda la familia.

Pues le habían dicho a ella que le daban 10 minutos para que fuera a la casa y se bañara y la esperaban para que durmiera junto con uno de ellos y entonces ella fue a la casa y me dijo: mamita, dijo, me sucede esto y esto. Entonces y si no iba a dormir con ellos allá, entonces que mañana hacemos la vuelta, le habían dicho, y entonces la vuelta era para matarla. Tenía 22 años. Claro nos tocó sacarla, nosotros la mandamos adelante y nosotros salimos atrás. Zabaleta, Putumayo, 2005, P.396.

Enfrentando a los perpetradores

Numerosas madres enfrentaron directamente a los actores armados para impedir que abusaran de sus hijas, menores de edad, por medio de la seducción o con amenazas.

Estaba yo en la lucha con la otras muchachita, de 14 años, porque había uno de esa gente, de la guerrilla, que se la estaba asediando. Esa gente era muy insistente, como no tenían nada que hacer sino estar por ahí parados. Entonces yo le dije, vea parado ese tipo a metros, apenas lo vea que viene para donde usted, retírese o no salga de aquí. Él estaba por ahí cerca a la casa, entonces a él le chocó mucho porque yo me la había llevado y entonces me dijo que él se vengaba de esa muchacha y de mí. Y yo le dije, la muchacha es mía y es menor de edad, así es que yo me la podía llevar. Así es pues que yo mucho me enfrenté con esa gente, mucho es mucho. La muchacha me tocó mandarla también que se viniera y yo me quedé por allá con el esposo y 2 hijos mayores. Vereda La Aldea, Antioquia, 1998 y 1999, P.22.

Las mujeres no siempre estuvieron solas para defenderse de la violación u otras agresiones. En el siguiente testimonio, una familia es atacada por paramilitares que intentan además violar a la mujer embarazada. El esposo se interpone físicamente defendiendo con los puños a la esposa y argumenta su situación de gravidez para poner un límite al asalto. Aparecen en este testimonio varios de los elementos que se han mencionado con respecto a la violencia sexual: el deber masculino de defender a la “propia mujer”, ofreciendo incluso su cuerpo como receptor de la agresión; y también la recurrencia a unos umbrales de la crueldad contra el estado de gestación de una mujer. Umbrales que, como hemos visto, son trasgredidos por los perpetradores en el conflicto armado colombiano como forma de mostrar su ilimitado poder de destruir y su capacidad de aterrorizar sin límite.

Uno de ellos se regresó, uno que decían que se comía los corazones de la gente, uno de los autodefensas, un negro que tenía cara de matón ¡hijueputa era tenaz! Se regresó ese señor y me golpeó, quería abusar de mí, estando yo embarazada. Entonces mi esposo, yo no sé cómo se les salió de las manos. El man yo lo tenía encima mío... me había desabrochado la blusa. Pero se vino y lo agarró y le dio un puño por la cara. Dijo, a mí mujer la deja tranquila, a mí esposa. Dijo ¡con ella no se meta, métase conmigo, pero a ella no me la toca! ¡Porque ella está emba-

razada y hágame el favor y a ella no me la toca! Le dijo. Llegaron y lo golpearon a él. Delante de mí, estaba el niño mío que vio eso, las cosas. Vereda la Petronila, Quindío, 1997, P.776.

No sé de qué grupo era

Los relatos de las mujeres muestran cómo la militarización con el fin de controlar el territorio, es un contexto favorecedor de la violencia sexual contra las mujeres. En el conflicto armado colombiano todos los actores armados que actúan ejerciendo control han perpetrado violencia sexual contra ellas. La violencia sexual, y en particular la violación, han formado parte del objetivo de sometimiento, la expulsión o la eliminación de mujeres en las zonas que pretendían dominar o mantener bajo control.

Los casos de violencia sexual se reparten pues entre los diferentes actores armados: ejército, paramilitares y guerrilla. Como se señaló al inicio del capítulo no se detectó una asociación estadísticamente significativa entre violencia sexual y alguno de los grupos indicados como responsables, por lo que no se muestran diferencias apreciables en la frecuencia de los hechos, aunque el modo de actuación de los grupos armados responde a diferentes *modus operandi*.

Los perpetradores

Las mujeres identificaron a veces con claridad quiénes habían sido los agresores, no sólo el grupo armado al que pertenecían, sino incluso los rangos y los nombres de algunos de ellos.

A los 15 días nos dimos cuenta que ella había sido violada por el segundo mando del grupo paramilitar. A ella la cogieron al salir de la casa, como a las 6 de la tarde. Se la llevaron unas dos o tres horas, y en ese transcurso la violaron. Barrio La Camila, Bello, Antioquia, 2004, P.68.

Inclusive se vio implicado un militar, porque la niña lo reconoció, después de que las violaron las pusieron en el río a lavarles la ropa, y esa humillación es muy dura para el ser humano. Natagaima, Tolima, 2008, P.135.

Él era de la guerrilla, él era el que mandaba. Ahí estaba en la cauchera, ahí estaba el Moncho, estaba el tal Sadi, el que yo le digo que me violó y se reía y las tangas me las rasgó. Blanquizal, Antioquia, 1994, P.67.

No obstante, muchas mujeres no identificaron a los responsables de las violaciones sexuales. El nivel de terror y confusión en algunos territorios en disputa entre varios grupos armados hicieron que las mujeres no supieran a veces de dónde procedía la agresión, puesto que eran habituales los ataques por parte de diferentes perpetradores.

Fueron 4 hombres. No sé si eran de la guerrilla, no supe nada porque estaba recién llegada por allá. No estaban vestidos de camuflado. Eran civiles, cuatro, lo único que sí sé es que a uno le decían por apodo Linterna, los otros tres no sé. Chigorodó, Antioquia, 1989, P.36.

Por otra parte, muchos de los perpetradores no se identifican, tratan de ocultar su identidad o usan sobrenombres como parte de un modus operandi que facilita la agresión. Tampoco es fácil a veces identificarlos por el uniforme o la vestimenta, dado que son uniformes muchas veces indiferenciados y puesto que algunos cometen los asaltos vestidos de civil.

También yo fui abusada por un muchacho de esos a las malas, pero no se dé que grupo era. Yo ya tenía mi niño mayor. Yo estaba en mi casa y él pasó por ahí y de una ahí mismo me puso el arma y me agarró a las malas: que porque yo daba cuentas que de un señor él me preguntaba. Y yo decía no yo no distingo a nadie, él me empujaba y de todo. Pero no se dé que grupo era. Como él iba de civil, lo único que se le distinguía eran las botas así como de soldado, yo no sé, iba de civil, no sé... Bogotá, D.C., 1986, P.3.

Todo ello hace que en los relatos de las víctimas no aparezca muchas veces de forma explícita el violador, o los violadores, aunque pueda inferirse del territorio, la época o las circunstancias de los hechos.

Aunque muchas de las mujeres entrevistadas identifican a los perpetradores con el fin de denunciar los hechos y que estos no queden impunes, es significativo que otras muchas no les identificaran. En el momento de una violación lo que cobra mayor relevancia es el hecho de la agresión que perpetra uno o varios hombres armados contra una mujer indefensa.

Yo cuando vi que corrieron hacia donde mi tío, yo corrí hacia donde mi tío también, y ahí es donde ellos me cogen a violarme. Me cogieron siete, si entonces desde ahí ha sido un desastre. Gabarra, Norte de Santander, 2001, P.896.

Para las mujeres que han sufrido violencia sexual no existe diferencia entre la agresión cometida por uno u otro perpetrador, puesto que la experiencia de ataque a su ser mujer, a la integridad y la dignidad personales es la misma.

Cogieron por la circunvalar y allá en el cruce hay unos puentes para bajar por la 86, que es cuando ya termina la circunvalar. Ahí me bajaron del taxi, y me subieron por el monte ahí me golpearon, me dieron con la cacha del revólver, me metieron el revolver en la boca, se bajaron los pantalones, me metieron el pene en la boca, que no me iban a matar, que me iban a martirizar, que así me iban a mantener. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

El imaginario de poder de los perpetradores

Se ha señalado con anterioridad cómo la violencia contra las mujeres responde a la deshumanización y cosificación de la otra, mujer, y a la banalización de los cuerpos, también como crímenes de odio, donde la misoginia es un soporte y motor de la agresión sexual masculina en la guerra.

También se subrayó cómo la militarización genera una hipermasculinidad brutalizada que adoptan precisamente los hombres situados en la escala inferior de la jerarquía de masculinidades.

En los modos de hacer de los perpetradores de violencia sexual contra las mujeres, aunque se puedan hacer algunas diferencias, quedan al margen las divisorias que enfrentan a distintos cuerpos armados en Colombia. Todos los grupos armados actuaron siguiendo unas pautas que responden al militarismo patriarcal de los hombres que los componen. En esas formas de hacer los hombres recrean un imaginario de poder de vida y muerte sobre las personas. En algunos casos se trata de un imaginario que los refleja con un poder ilimitado para destruir y vejar cuerpos, en especial cuerpos femeninos.

Por ejemplo en el marco era imponer a las muchachas la forma en cómo se vestían más que todo. También otra cosa que yo miraba es que un tipo de estos era a imponerse más que todo, no solo por conquistarla sino por el temor para que la muchacha estuviera con él. También hubo violaciones con acceso carnal violento, hay una que me marcó mucho y que, a pesar de los años que han pasado, a mí no se me ha podido olvidar. El acoso, el acoso de las jovencitas, en ese tiempo tenía mi hija que tenía como 14 años y era muy duro la forma como me tocaba cuidarla para que no me la acosaran más que todo los paramilitares. Mocoa, Putumayo, 2006. P.933.

La militarización de la vida cotidiana de las poblaciones, con su dimensión de violencia directa y de control sobre la vida de las mujeres, lleva a una constante zozobra. A cualquier hora, cualquier actor armado puede entrar en sus comunidades y sus casas para obligarlas a cocinar, a lavar para ellos, o para robar. La apropiación mediante la fuerza y la coacción incluye su trabajo, sus cuerpos y su intimidad.

Pues de pronto así que cuando estaban esos pues los mismos paracos ellos de pronto le obligaban a alguna señora pues así que tenían que irse con ellos. Entonces pues y que si de pronto no se iban con ellos que ellos las mataban; entonces eso es una cosa muy dura. Túquerres, Nariño, P.508.

En repetidos testimonios se alude a la preferencia de los perpetradores por las mujeres jóvenes, como una fascinación por las jóvenes y sus virginidades, lo que refuerza el poder simbólico viril de la violación. Entre las víctimas de agresiones sexuales encontramos tanto a niñas, como adolescentes, mujeres jóvenes y adultas.

Creo que ellos buscaban mujeres más jóvenes para ellos hacer sus cosas; claro ellos buscaban era mujeres más jóvenes y a uno lo respetaban un poquito. Pues claro que ahí yo no, porque pues había mujeres que sí les gustaba, pues, tal vez de pronto hasta por miedo se tenían que ir con ellos. Si entonces, pues yo pienso que algunas lo harían de miedo, cierto, se acostaban con ellos. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.376.

La búsqueda de niñas y adolescentes por parte de los paramilitares llegaba a adquirir el carácter de requisita en las casas de las familias donde ellos sabían que habitaban.

Pues claro, ellos más querían era violar las niñas también, porque era que llegaban a preguntar por otra hija, que a donde está la gorda y ella se había venido a dormir para acá abajo. Después llegaron y dijeron: denme posada para dormir. Se subieron pero solamente era por ver si estaba mi hija ahí. Eran de las Águilas Negras. Lo habían dejado escrito en una pared. Timba, Cauca, 1999, P.336.

Una de las formas más habituales de conseguir muchachas jóvenes para abusar de ellas era la estrategia de la seducción hasta convencerlas de irse con ellos.

De los paras, supuestamente se enamoró de mi hija, pues que se la quería llevar, que porqué se había enamorado de ella, pero entonces eso es lo que ellos hacen para conquistarse las chicas y llevársela para el monte. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

El cortejo de las jóvenes permitía reclutarlas con normalidad, aunque se sabía que las muchachas que se iban a los campamentos de los actores armados no eran ya libres de decidir quedarse o regresar. Se sabía también que huir se pagaba con la muerte, no sólo de la joven, también la amenaza recaía sobre la familia.

Ellos reclutaban muchachas. Ellos se las llevan. Se las llevan para allá. Ellos, las conquistan, supuestamente, o sea normal, que no va a pasar nada, que, como si fuera una persona, un muchacho, que a uno, que a uno lo corteja. Exactamente. Y fíjese que están allá, no se pueden salir, y si sale lo matan, lo matan, o le matan a la familia. San Sebastián, Cauca, 2010, P.893.

Pero el modo de actuar de los perpetradores, en particular de los paramilitares, fue a menudo mucho más directo y evidente. Su posición de fuerza se tradujo en disponer de las mujeres jóvenes como si fueran objetos de consumo.

Se formaron unos grupos, los llamaban los Macetos, donde esos señores cogían a la muchacha que les gustaba; no, tú tienes que irte conmigo ta, ta, ta prácticamente la forzaban. San Miguel, Putumayo, 2000, P.536.

En el testimonio siguiente se refiere cómo se realizaba la adjudicación de mujeres en un grupo armado y cómo las menores de edad eran las que recibían peor trato y más abusos.

Habíamos un grupo de chicas, como unas 15 conmigo y “Jota Jota” le dijo al viejo David, “¡Escoja!” y él me escogió a mí. Dijo: “¡Yo la quiero a ella!” Humberto solamente se quedó mirándome y ni forma de decir algo. Gracias a Dios que a mí me escogió ese señor. Esas peladas usted viera todo lo que les hacían, todo como las maltrataban, fila por fila comiéndose esas peladitas, disfrutándolas, mientras que esas peladas eran menores de edad. Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.774.

La aparición de cadáveres de muchachas o su desaparición levantó la sospecha de asesinatos de adolescentes y jóvenes después de haber sido reclutadas o haber tenido relación con armados. La conclusión es que ellas son tratadas como material desechable una vez que han sido violadas y, sobre todo, si presentan algún tipo de resistencia a la sumisión que les es exigida.

A las mujeres, con ellos, les iba muy mal. Les va mal ¿sabe por qué? Porque ha habido casos de muchachas jóvenes que han andado con ellos y aparecen muertas. Ahí está. Aparecen muertas. Como también ha habido desaparecidas. Niñas jóvenes, de 16, 17, 18 años, 15, han aparecido muertas. Se supone que ellos, desde donde están no puede entrar nadie más de otro bando, digámoslo así. Entonces, ¿quién mata a las muchachas que andan con ellos, si no son ellos? Cuando algo le ven mal o que ya no quieren andar con él, las matan. Buenaventura, Valle del Cauca, 2006, P.851.

Algunos testimonios relatan violaciones en grupo. El grupo de hombres actúa como un conjunto en el uso de la fuerza y de las armas para facilitar la violación por sus integrantes sus integrantes y para impedir cualquier resistencia o denuncia por parte de la mujer violada.

Me cogieron y me violaron entre 3 hombres. Eso era guerrilla, pero ellos tenían otro nombre. Hombres jóvenes por ahí de 18 o 27 años. Eso fue a las 6 de la tarde, un viernes. Eso hace por ahí unos 12 años. Yo muerta de miedo porque eso era con un revólver aquí. Unos me tenían y otros me violaban. Medellín, Antioquia, 1989, P.14.

Yo corrí... que nosotros no éramos guerrilleros. Entonces ahí es que proceden a violarme siete tipos. Me cogía el uno y me soltaba el otro. Después de eso ellos me pusieron armas en la cabeza, me dijeron que si yo los denunciaba a donde fuera me mataban, nos mataban a todos. Tibú, Norte de Santander, 2002, P.104.

Otro tipo de violación en grupo sufrida por mujeres siguió las pautas jerárquicas que rigen en las organizaciones armadas. Los mandos son los que imponen su rango para ser los primeros en violar a una mujer. Después de lo cual ésta queda en manos del resto de los soldados.

Ver de qué, uno estaba expuesto no solamente a esa persona, si no, a todo el, como se llama, a todo el comando, pues a todo lo que ellos, las mujeres, o sea, después de que las usa el comandante, las puede usar cualquiera de los demás,

o sea, cualquiera. Y le dicen vea, vaya súbase ahí, como si uno fuera un caballo. Una yegua. Y hágale. Y uno. Ahí. Yo de verdad, como que, no, no, no. Vereda el Manco, Huila, 2005, P.874.

Hubo situaciones que favorecieron los abusos sexuales por parte de actores armados. Por ejemplo, los militares aprovecharon su posición de poder durante las requisas para obligar a las mujeres a desnudarse.

El Ejército también era muy bravo, el Ejército lo cogía a uno, eso le daba con la pata a uno, en las requisas llegaba y cogían a uno y que tenía que quitarse la ropa así, que para mirar. Urrao, Antioquia, 2005, P.597.

También en contextos más urbanos, las horas de la noche, las rumbas o momentos de distracción fueron aprovechados en muchos casos para ejercer la violencia sexual contra las mujeres. Varios de los relatos ofrecidos por las mujeres hablan del uso de drogas como forma de doblegar la voluntad y parte de la dinámica de abusos sexuales. Los miembros de las fuerzas policiales se vieron también involucrados en casos de violencia sexual, como pone de manifiesto el testimonio siguiente.

Un día mi hija salió a bailar, no recuerdo el año aproximadamente tres años atrás. Cuentan que un policía le dio un trago y hasta allí se recuerda ella ya que perdió el conocimiento. Fue cuando me llamaron y me dijeron que a mi hija la tenían amarrada por allá en un patio y estaba desnuda. A mí me llamó la esposa de otro policía que fue quien la defendió para que no la violaran; pero sí la habían golpeado en todo el cuerpo, en los senos tenía muchos moretones. Mi hija tenía entre 19 y 20 años. Cuando la llevaron a los exámenes el reporte del médico no habla de penetración pero parece que sí había presencia de una sustancia que había sido ingerida. Todo esto lo hicieron los policías, eran como cuatro de ellos. San Miguel, Putumayo, 2001, P.545.

El control militar del territorio estaba estrechamente unido al control de las mujeres que los actores armados consideraban disponibles para ellos. La mujer entrevistada narra cómo tuvo que huir por el río para evitar ser detenida en los controles de carretera y caer en manos del hombre que la había estado asediando.

Yo me salí porque el asedio de esta persona era constante, era amenazante. Entonces, en últimas decidí volarme, porque ellos tienen como unos controles, unos anillos de seguridad para entrar al pueblo y para salir del pueblo; si yo salía por carretera, el tipo se enteraba. Entonces, la opción que yo tuve fue en lancha, por el río, y me tocó salir a las cinco de la mañana. Allá, la mayoría conoce que todas las mujeres que llegaban nuevas, o sea foráneas al pueblo, o de las veredas cercanas, o las que eran mujeres nacidas allí, pero que se iban formando y creciendo, si a ellos les gustaban, ellos las tenían. Eso era casi como una propiedad de ellos, y si querían acostarse con ellas, ellas tenían que, obligadas, así no quisieran. Vereda el Manco, Huila, 2005, P.874.

Otras prácticas frecuentes entre los hombres armados fueron la burla y la vejación después de la violación.

Hubo un combo, que cogieron una muchacha, abusaron de ella, después de abusar, le metieron una pasta de jabón por la vagina. Portada de Robles, Valle del Cauca, 2002, P.846.

En algunos casos el ensañamiento contra los cuerpos femeninos alcanzó, sobre todo entre los paramilitares, grados extremos.

Al que mataron que yo le eché la maldición lo llamaban Morcilla, hay otro que le decían Chepe. Bueno en Aranjuez fue peor todavía, porque cogían esas mujeres allá en Aranjuez para matarlas. Cerquita del refugio de Aranjuez, que pesar a estas mujeres las cogían, las violaban, les mochaban un seno, les ponía un seno en la cabeza ya ellas muertas. Eso era cosa horrible, cosas muy tristes. Barrio Blanquizal, Medellín, Antioquia, 1994, P.63.

Las crueles actuaciones de los grupos paramilitares contra las mujeres contaron en algunos casos con la complicidad de miembros de la policía y el ejército que, según la mujer entrevistada, conociendo el destino de las mujeres apresadas por esos grupos permanecieron inactivos, ignorando y permitiendo los hechos.

A la segunda que mataron fue a Sandra a ella la descuartizaron, la violaron con una guadaña delante de mí, a ella la investigaron y que la debía, no sé qué, yo me acuerdo que llegó un hombre muy grande que estaba comandando y le decían King-Kong, yo no me acuerdo de más nada, solo me acuerdo de sus gritos. Ella llamaba mucho la mamá y tenía dos niñas... hay algo que paso aquí y yo quiero que lo sepa todo mundo, cuando llevaban la gente a matar, había ejército y había policía, cuando nos pasaban por el lado de una estación de policía, hacían así y ya sabían que los llevaban para matarlos pero no hacían nada. Comuna 13, Medellín, Antioquia, 2002, P.69..

La práctica de la violencia sexual contra las mujeres expresa una cultura general compartida por diferentes perpetradores, asociada al poder de las armas y la militarización. La militarización genera las condiciones favorables para la violencia contra las mujeres, y cuando dicha violencia no se sanciona sino que se prima y se utiliza por parte de los responsables de comandos, frentes o batallones, supone una responsabilidad de alto nivel en las diferentes fuerzas en conflicto.

La violencia “exagerada” que se relata en algunos de los testimonios forma parte del *modus operandi* de la violencia “normal” cuando la población civil se convierte en objetivo militar. Esta violencia se puede explicar por la acción simultánea de factores culturales profundos (cultura patriarcal, misoginia, sexismo, control del otro como muestra del poder); elementos facilitadores de la agresión (actuación en grupo, exaltación y demostra-

ción de la “virilidad”, obediencia ciega); y por la ausencia de factores que la limiten (investigación o castigo, imagen negativa al interior del grupo de quien comete esa acción, órdenes de no realizar dichas acciones).

Estos vejámenes son propios de crímenes basados en el desprecio a la otra, mujer, considerada como un objeto desechable. Esta forma de comportamiento misógino de odio hacia las mujeres es lo que el sistema patriarcal ha propiciado y se ve reflejado en los distintos *modus operandi*.

Completar el rompecabezas de la violencia sexual

En los relatos de violencia sexual que ofrecen las mujeres entrevistadas se detecta la imposibilidad de comprender la razón por la cual han sido víctimas de aquella. Sin embargo se vislumbra también la percepción de que ese tipo de violencia entra en la lógica de los hombres armados de los que ellas han sido víctimas. Ellas tienen la experiencia de que los actores armados llegan a arrasar, a matar y violar, aunque no entienden por qué los victimarios se ensañan de esa manera contra el cuerpo de las mujeres. No obstante, muchas de las mujeres, al ser preguntadas, narran otras formas de violencia sexual que han experimentado a lo largo de sus vidas. Emerge así en las entrevistas la violencia sexual como realidad estructural que se relaciona con el mismo tipo de violencia contra las mujeres en el escenario del conflicto armado y que establece lo que se ha nombrado como continuum de las violencias. La constatación de ese hecho preexistente y enraizado en la relación entre los sexos en Colombia lleva a pensar que: “solo mediante una reforma de la intimidad será posible desmontar la escalada de la violencia societaria, desde los niveles microscópicos de las agresiones domésticas a los niveles macroscópicos de las agresiones bélicas”⁵².

Un 15% de las mujeres señalaron violencia sexual en el marco de la relación con su pareja, los contextos familiares, de trabajo o comunitarios. Esta frecuencia, mayor aún de la declarada en la violencia sexual en el marco del conflicto armado interno, muestra las profundas capas de experiencia de las mujeres que han sido ocultadas y remite a las historias que las mujeres han guardado en su corazón para protegerse de una posible respuesta social negativa.

Quando nos vinimos la primera vez de Dabeiba yo me vine para acá a trabajar y un patrón me violó, tenía yo 17 años. A mí no me gusta hablar de eso, era un médico del hospital mental, imagínese. Yo nunca comenté nada, ahora en estos grupos de mujeres sí dije, pero ni a mi mamá a nadie. Dabeiba, Antioquia, 1988, P.80..

Los relatos de las mujeres sobre dichas formas de violencia están llenos de silencios y rodeos, a veces son relatos incompletos y otras insistentes y repetitivos. Con frecuencia

52 Rita Laura Segato. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas / Prometeo, 2003.

las dificultades para hablar y expresarse sobre la violencia sexual pueden ser interpretadas como dudas o falta de consistencia, lo que coloca los relatos bajo el signo de la sospecha por parte de los profesionales de la justicia, de la salud, de la educación, o de la misma familia. Las denuncias de violencia sexual en el ámbito familiar, laboral o comunitario han estado rodeadas de un halo de poca credibilidad, de modo que las mujeres han debido demostrar agresiones que se han negado o minimizado bajo los estereotipos sexistas, la cultura patriarcal o la falacia del cariño.

Algunas respuestas frecuentes

Minimización: Por ejemplo, atribuyendo a problemas interpersonales o de pareja, lo que constituyen agresiones, violencia sexual o en algunos casos feminicidios.

Privatización. Señalando que se trata de crímenes aislados que no tienen que ver con el hecho de ser mujer.

Culpabilización: Además de ser agredidas se les culpa de ellas misma de haber provocado la agresión del violador y se habla de la necesaria actitud de cautela y protección frente a los hombres. Las violaciones son así responsabilidad de la víctima en vez del perpetrador, frente al cual predomina una actitud comprensiva.

Victimización secundaria: En los procesos de denuncia o investigación, la dignidad de muchas víctimas es de nuevo golpeada cuando recaen sospechas sobre ella, no se investiga de forma adecuada, se repite de forma reiterada la toma de testimonios, o se confronta al perpetrador sin protección.

Revictimización: Cuando se agrede a las mujeres de nuevo provocando nuevas violaciones, como respuesta a sus demandas o como intento de implantar la impunidad.

La violencia intrafamiliar ha sido una de las experiencias más silenciadas y menos compartidas por las mujeres. Sin embargo, en el espacio de confianza creado en la entrevista, en algún momento, un número importante de mujeres empezaron a verbalizar algunas de esas experiencias escondidas.

Esto yo nunca esto se lo he dicho a nadie. Cuando mi mamá se casó ella me tenía a mí y tenía a mi hermanita y resulta que el señor con que ella se casó como que abusaba de nosotras cuando estábamos pequeñas. Eso nunca se lo he dicho a nadie, nadie sabe esto. Estábamos muy pequeñas, era por ahí de 6 o 7 años. Medellín, Antioquia, 1999, P.37.

Entre las experiencias contadas son muy numerosos los casos de mujeres que testimoniaron haber sufrido violencia sexual en la niñez. Estos abusos se produjeron en su mayoría en el espacio de relación en el que ellas crecían, un espacio supuestamente regido por la confianza y la protección. Esta proximidad probablemente facilitó el acceso de los violadores a las niñas que, en algunos casos, ni siquiera entendían lo que estaba ocurriendo.

Después yo sentía más no sabía, pero si yo sentía que a mí en la noche me tocaban, me tocaba, me tocaba y yo cogí y me fui para mi casa. Yo tenía doce años en ese entonces. Cucal, Bolívar, 1996, P.202.

Tuve varios intentos de violación de parte de un señor que vivía con mi abuela, de parte de primos, de un tío que fue que ya me iba a penetrar a las malas y ese momento llegó una tía, él me había metido debajo de la cama, me había tapado la boca, me encontró justo cuando ya me iban a violar. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

Las personas cercanas, hombres familiares próximos, se convirtieron en agresores de niñas o adolescentes pervirtiendo el sentido de la relación de afecto y convirtiendo la violencia en un silencio generador de culpa y control. En el siguiente ejemplo, se trata del padrastro convertido en agresor. A la violación y el daño físico y psicológico que causa se unió el sufrimiento y la dificultad de tener que afrontar en la niñez la posibilidad de irse de casa para huir del agresor.

A mí me acosaba mucho, me acosaba y me acosaba y un día me violó. ¡Eso es muy duro! Y entonces, la vida mía era llorar de niña cuando cumplí pues mis 10 años. Después pues yo no pensaba como irme mal ida de la casa ¿Cierto?, hacerle eso a mi mamá, yo pensaba mucho, yo estaba muy joven y pensaba mucho, pero la vida que yo llevaba ¡Ay no! Vereda de San Pedro, Nariño, P.595.

En el testimonio que se refiere a continuación, también el padrastro, por medio de la intimidación y la amenaza, consiguió mantener en el silencio a la niña de la que abusaba. Si bien las situaciones son diferentes y tienen mecanismos facilitadores distintos en el caso de la violencia organizada en el conflicto armado, hay un hilo común en las formas de perpetrar la agresión por medio de la fuerza y el miedo que forma parte de la cultura patriarcal que normaliza la violencia contra las mujeres.

Recuerdo que vivíamos muy bueno, pero nos tocaba muy duro porque yo sufría toda clase de violencia, porque yo sufría acoso sexual estando muy niña porque mi padrastro abusaba de mí. Yo desde muy pequeña él me tocaba y me decía que si le decía a mi mamá que él me pegaba y mi mamá también y uno del miedo se quedaba callado. Murri, Frontino, Antioquia, 1983, P.71.

En los casos de niñas o adolescentes, la familia a menudo ignoró el testimonio de las víctimas o prefirió ocultarlo para no enfrentar otros problemas, a pesar del enorme impacto que eso generaba en ellas. En este caso, la muchacha ni siquiera contó a su mamá los abusos sufridos después de la experiencia repetida de falta de credibilidad frente a ella.

Cuando le decía a mi mamá: ¡mamá mire los pelados de la escuela me están pegando! mamá mire los pelados de la escuela esto, los pelados de la escuela aquello, mi mamá decía que eso era mentiras, que eso era yo que me les iba encima,

que yo no sé qué, yo no sé qué más, ella nunca me creía nada, entonces cuando yo fui abusada yo tampoco le dije nada porque ahí cómo le iba a decir. Las Granjas, Barrancabermeja, Santander, 2004, P.748.

La falta de credibilidad ha sido uno de los obstáculos más difíciles de superar por parte de las niñas y mujeres jóvenes. Los perpetradores, conscientes de este desequilibrio de poder, lo aprovecharon para actuar con total impunidad.

El desgraciado ese dijo, “entonces qué”. Yo le dije “qué de qué”, entonces dijo, “estamos solos, aquí no pasa nada, hágale por las buenas, a usted no le va doler, por las buenas lo pasa uno más rico”. Entonces le dije, “desgraciado hijueputa, verá que lo voy hacer comer tierra, le voy a decir a su hermano” le dije yo. Entonces dijo: “aquí el rey soy yo, usted aquí es una aparecida, a quién le van a creer...” Líbano, Tolima, 2006, P.154.

Esas formas de violencia sexual tienen un componente crónico que teje las relaciones cotidianas cuando el perpetrador es cercano. La posibilidad de nuevas agresiones está siempre presente, favorecida por la imposibilidad de hablar o denunciar los hechos. La mujer entrevistada que había sufrido el acoso de un familiar tuvo que enfrentarse a él para defender a su hija de una agresión parecida.

Un tío, cuando yo estaba pequeñita... él también trató y entonces yo me le esquivé, y él ahorita trató de hacer con mi hija lo mismo, mi hija una vez sí me dijo... (Llanto)... y yo un día sí lo insulté y yo le dije “Usted trató de hacer eso conmigo, y conmigo no fue capaz, entonces va hacer con mi hija”, y yo: “Respete, usted es mi tío, usted qué clase de familia es, nosotros somos muy decentes”, la niña más asustada y ella: “Mamita, yo no quiero volver por allá”. Medina, Cundinamarca, 2003, P.662.

Las mujeres adultas sufrieron asimismo agresiones de hombres pertenecientes al entramado familiar. Aunque no siempre denunciaron los hechos, tenían más recursos para defenderse y enfrentar a los violadores.

Un día cuando yo ya tenía el niño y la niña, mi hermano llegó muy ebrio, me cogió a la fuerza y me obligo a tener relación sexual con él. Yo le cogí mucho fastidio y dije este señor se tiene que ir. Ya no aguanté más, eso ya rebasó la copa, me sentí burlada, es algo que la autoestima de uno se siente ultrajado. Natagaima, Tolima, 2008, P.135.

No obstante, muchas mujeres adultas fueron objeto de violación y abusos sexuales dentro del matrimonio. En algunos casos, las mismas mujeres no eran conscientes de lo inadmisiblemente de aceptar mantener relaciones sexuales a la fuerza, puesto que la educación recibida y la ideología predominante en el entorno no las había formado en el respeto a ellas mismas. La mujer que dio testimonio reconoce al cabo del tiempo que en su matrimonio la violación había sido habitual.

Ah, eso sí, uno que es un pendejo, un estúpido que no sabe diferenciar una violación. De hecho yo creo que tuve 2 hijos por violación porque llegar un tipo borracho a cogerlo a uno así, eso es una violación. Tarazá, Antioquia, 1990, P.57.

La idea patriarcal del matrimonio, o la pareja, como una unión basada en la relación de dominación del hombre sobre la mujer, en la que las relaciones sexuales son una obligación, ha propiciado la agresión sexual, puesto que la imposición del marido pasa por encima de la voluntad de la mujer, aunque sea con el uso directo de la violencia física.

Él me forzaba a tener relaciones sexuales más yo le decía que no. Me desnudaba y me dañaba mi ropita, entonces yo al ver que llegaba todo embriagado me tocaba sacar mis uñas y dale. Los niños veían la escena y gritaban esas pobre criaturas “no le pegue a mi mamá, no sea descarado”. Bello, Antioquia. 1992, P.78.

Las agresiones sexuales y la violación acompañan a menudo otras formas de maltrato dentro de la pareja. Los hombres maltratadores se comportan como verdaderos victimarios en el ámbito privado, tratando a todas las mujeres de su entorno como objetos a su disposición.

Y ya después de que me salí de la casa...conseguí...el tercer esposo él ya fue que me cogía...me...me acosaba sexualmente, me maltrataba, me pegaba y sí fue ahí donde sucedió el caso que me violó hasta la niña. Carmen de Chucurí, Santander, 1998, P.757.

En los testimonios de las mujeres entrevistadas hallamos indicios de la normalización de la violencia sexual contra las niñas, adolescentes y mujeres en los ámbitos de relación más cercanos. La constatamos, no sólo en el registro y la frecuencia de los abusos relatados, sino también en la indiferencia que denota el comportamiento de las personas del entorno.

Uno en estas cosas tiene que decir la verdad y a veces contando le da un remedio o se cura. Mis hermanas me llevaban a los 11 años a cuidar unos niños y ahí ingenuamente tuve una violación del cuñado. Eso me pasó allá y no quise saber más nada de esa familia, me regresé a la casa con un hermano que era el que me apoyaba. La hermana ni siquiera me preguntó qué vamos a hacer con esa persona, ponerle frenos, no pasó nada y eso me dolió mucho. San Marcos, Putumayo, P.540..

En el caso siguiente, la mujer entrevistada comenta asimismo cómo entre las niñas se hablaba de los abusos que los hermanos mayores cometían contra ellas como algo muy extendido.

Yo me salí de la casa a los 10 años, por el acoso sexual del hermano mayor, y en esa época yo conversaba con muchas amiguitas siempre era como moda de que los hermanos mayores se metieran siempre con las demás niñas. Belmira, Antioquia, 1986, P.90.

La naturalización de la violencia contra las mujeres en diferentes comunidades y culturas ha sido parte de los mecanismos que la han hecho posible hasta hoy en día. La creciente denuncia y rechazo a esos hechos, y la fuerza creciente de las mujeres para hacer oír sus voces también hacen que estos casos sean más visibles y las respuestas de investigación y justicia algo más frecuentes que en el pasado.

Por esta razón el primo mío le daba golpes y le decía que quien la violó hasta que la niña le contó al primo mío, y la niña se voló de la casa y ya en este momento está en las manos de bienestar familiar y ya esa niña lo denunció y ya ese papá esta capturado, está en la cárcel, en el pueblo tenemos cárcel. Los indígenas manejan la cárcel, hay un cabildo, hay un gobernador y hay el segundo gobernador entonces él lo mando a capturar y está en la cárcel. El Jardín, Antioquia, 2001, P.60.

El poco valor dado a las mujeres en ellas mismas es parte de los factores culturales que están en la base de la naturalización de dichas agresiones. En el patriarcado las mujeres son devaluadas hasta la deshumanización que permite tratarlas con desprecio y justifica la violencia contra ellas.

Cuando nosotras estábamos pequeñas mi papá siempre nos rechazaba porque éramos niñas, porque éramos mujeres, él solo quería hombres en la casa y a nosotras siempre nos rechazaba. En el caso de violación... y también esto maltrato verbal, mi papá nos insultaba, mi papá nos pegaba muchísimo. Carmen de Churí, Santander, 1998, P.757.

Los testimonios de mujeres muestran la extensión y la naturalización de la violencia sexual en los ámbitos de relación más cercanos. Se encadena así la experiencia de violencia sexual en las biografías femeninas en un continuum que va desde la relación interpersonal en la intimidad familiar a la relación entre víctima y victimario en el escenario de la guerra.

Las mujeres entrevistadas narraron en primera instancia hechos de la violencia sexual ejercida por actores armados, y en algunos casos después hablaron de sus experiencias de violencia sexual por parte de familiares, vecinos o de violencia intrafamiliar. Numerosas mujeres que padecieron violencia sexual de actores armados, también habían sido víctimas en su niñez, adolescencia y hasta adultez de violencia sexual, ya fuera en sus hogares o en sus comunidades, espacios en los que se espera que haya protección y seguridad.

En el siguiente caso la mujer entrevistada sufrió violación sexual durante la adolescencia en la comunidad y posteriormente fue víctima de violencia sexual con su hija por parte de grupos paramilitares.

Violencia sexual en la adolescencia	Violación sexual en el conflicto armado
<p><i>De mi juventud, tuve un caso muy duro, pero ustedes saben que uno cuando viene a estas cosas, por lo menos ya ha pasado el miedo, es triste recordarlo, pero sí, yo tuve una violación, de esa violación es la niña que fue violada después. Son historias muy tristes, que uno a pesar de todo, en medio de todo, uno sabe, ha aprendido y quizá quien me violó también fue un mismo indígena... ya después que le conté a mi mamá y lo que hizo fue castigarme, porque me dijo que eso era mentira. Usted sabe cómo eran los mayores, ya no son así, ahora ya por lo menos se prestan para dialogar. Ese señor se murió y en el infierno ha de estar. San Sebastián, Cauca, 1983, P.299.</i></p>	<p><i>Como a mediados de agosto fue que la violaron y sigue la persecución con ella. Después viene la persecución con la niña, es cuando el mismo tipo hace llevar la niña y la hace violar, la violan y sigue el calvario con ella. A ella no sé con qué fin la perseguían. Lo denunciamos, ahí si ya nos tocó apelar a la autoridad. Como ella conocía el tipo, a ella intentaron matarla. Le exigieron una plata, pero ya no era él, sino que mandaba los compinches de él, y nos tocó reunir 500 mil pesos entre toda la familia para darle a estos tipos para que no la mataran. Se la llevaron para acá, un punto que se llama Patico. San Sebastián, Cauca, 1983, P.299.</i></p>

La denuncia pública ha empezado a hacer visibles las violaciones de derechos humanos en el marco del conflicto armado, y esto permite que puedan tener reconocimiento social y político, mientras que la violencia cotidiana contra las mujeres sigue siendo un problema al que todavía en Colombia no se le presta la debida atención y se invisibiliza, sin reconocer que se trata de un problema estructural que es correlato de injusticia, impunidad e inequidad.

En el presente estudio, centrado en las violaciones de derechos humanos cometidas en el marco del conflicto armado interno o la represión política, se ha optado por recoger también las referencias a la violencia sexual en el ámbito privado porque ayudan a comprender el impacto de la violencia contra las mujeres desde una perspectiva más amplia completando el rompecabezas de la dimensión sexual de la violencia contra las mujeres en el patriarcado. Dimensión que cobra un carácter endémico cuando se contempla como hecho estructural en la relación entre los sexos y, por tanto, favorecedor de la violencia sexual en el ámbito del conflicto armado.

Las formas de respuesta a esta violencia contra las mujeres deben poner en marcha mecanismos específicos y formas de colaboración con las redes de apoyo de mujeres. Ninguna respuesta hacia las víctimas puede darse sin la confianza de las víctimas y las organizaciones que han tejido saberes y relaciones en el acompañamiento a las mujeres.

CPues en el trabajo que yo he hecho con las mujeres, lo que pasa es que tiene que ser con mucha, mucha confianza para que una mujer que hayan violado o que hayan tenido acceso carnal ellas le cuenten a uno. Tiene que ser como un trabajo

más seguido, de este tipo de orientación de las mujeres con las que uno trabaja, para poder uno llegar a la confianza de ellas y que digan sí, a mí sí me pasó eso y me pasó tal cosa con tal grupo o tal grupo me hizo tal cosa. Entonces por eso se debe hacer un continuo acompañamiento a las organizaciones o veredas donde uno trabaja, para poder tener ese conocimiento de si a ellas les pasó, sí le hicieron algo y qué le hicieron. Mocoa, Putumayo, 2006. P.933.



Capítulo 5.

Afrontamiento y resistencia
de las mujeres

De la protección a la reconstrucción
de sus vidas y la transformación
de su rol

Introducción. Afrontando el horror	405
Cómo han enfrentado la violencia las mujeres	406
Los patrones de afrontamiento	407
Relación entre las formas de afrontamiento y las consecuencias sufridas	408
I. Vivir como propio el dolor de las demás	410
Las motivaciones de la solidaridad	411
Luchar por las víctimas, reconstruir, mantener viva la memoria	414
Experiencias solidarias vividas por las mujeres	417
II. Organizándose como mujeres	419
Del apoyo mutuo a la organización	419
Las organizaciones como apoyo	423
Venir a la organización es como la libertad	425
De la protección a la resistencia	427
III. Transformaciones en su rol e identidad: familia y nuevos roles	429
No podía quedarme ahí en el dolor	429
Tratar de vivir el presente	433
Nadie más lo va a hacer por mí	436
Responder por esos niños	437
El apoyo familiar	441
Vea, esta es mi casa	442
IV. Ocupar nuevos espacios, transformarse como mujer	444
Conseguir trabajo para empezar de nuevo	445
La posibilidad de estudiar	450
El liderazgo de las mujeres	453
Una mujer totalmente diferente	457
¿Cuál era tu sueño?	465
La oportunidad de vivir otro futuro	468
V. Tengo que cuidarme. Precaución, autocuidado y seguridad	472
Estrategias de precaución, cuidado, vigilancia y seguridad	473
Cuidarse de la calle y de la noche	475
Desconfiar... de todo y de todos	476
Autocuidarse, denunciar, pedir la protección del Estado	477
Huir, huir, huir	479
La denuncia pública y la visibilización como estrategia de protección	481
Bajar el perfil... por un tiempo	482
Esconderse, encerrarse, hacerse invisibles	483
Algunos hallazgos	486

VI. La religión en la búsqueda de sentido	489
La experiencia de “no poder”	489
¿Qué será de la vida mía? La plegaria como recurso	490
El gobierno no nos ha cuidado. La experiencia de la desprotección	491
Oración para la resistencia	492
Ritos y prácticas tradicionales	493
Las mediaciones: instituciones y personas de referencia	494
Las actitudes: entre la resignación y la liberación	498
Abandono y ocultamiento	499
Reflexiones finales sobre los afrontamientos religiosos	500
VII. La fuerza de las mujeres	502
La fuerza de los afectos enfrentando el miedo	503
Arrebatárselos a la guerra	505
Evitar la violencia sexual	507
Buscarlos sin cesar	508
Encontrar la verdad	509
Los efectos de la desobediencia y la confrontación	512
Conclusiones	513
VIII. Denunciar para vivir	513
Denunciar para proteger la Vida	514
Acompañamientos y soledades en la denuncia	516
Presiones para no denunciar y amenazas posteriores	519
La lucha de las sobrevivientes contra la impunidad	521
Conclusiones	523
IX. Búsqueda de apoyo psicosocial	523
De dejarse ayudar a buscar apoyo	524
¿Qué buscan las mujeres en esa atención?	526
Llegando al límite	529
La razón de los hijos e hijas	531
Apoyo psicosocial en el contexto de la denuncia	533
Cuando el apoyo no sirve	534
Construyendo la confianza	536
Apoyo psicosocial y participación en grupos de mujeres	537
¿Quién proporciona la atención psicosocial?	541
X. Conciencia política y construcción de identidad de las mujeres	544
Desinvertir de la guerra	544
Nuestras políticas como mujeres	546
La apuesta por la paz	550

Introducción

Afrontando el horror

Hay cosas que yo sé y que comparto, porque es una manera de decirle a las mujeres: vea, somos capaces en medio del dolor; ¿sabes qué da el dolor?, da fuerzas para no hundirnos en las nostalgias, yo lo he vivido. Bello, Antioquia 2003, P.15.

Si además de la profundidad y extensión de la violencia en sus vidas, hay algo que se pone de manifiesto en los testimonios de las mujeres víctimas, es su enorme valor. En su gran mayoría, han enfrentado la violencia y sus consecuencias con los elementos que han tenido a su alcance, con estrategias creativas, resistiendo con las uñas frente a la destrucción y la amenaza contra sus vidas, aferrándose a formas de protección, pero también buscando la transformación de sus condiciones de vida y su rol en sus familias o en la sociedad, y la conciencia de su identidad como mujeres.

Una conciencia de sobrevivientes que se deja ver en los testimonios y relatos, en las respuestas a la pregunta que se les planteó en las entrevistas: qué ha hecho para enfrentar todo esto. Esta identidad como sobrevivientes, como personas que han enfrentado experiencias traumáticas y han sabido sobreponerse y enfrentar sus impactos, muestra una actitud proactiva frente a los hechos o los perpetradores, y las consecuencias de las violaciones de derechos humanos.

Por afrontamiento entendemos entonces las maneras en cómo las mujeres enfrentaron la situación, manejaron el impacto y sus emociones, y trataron de adaptarse o transformar su situación y sus vidas. Si bien las diferentes formas señaladas a continuación dependen de las características personales, el tipo de hechos y el contexto en el que se dieron o en el que han seguido viviendo las mujeres, en este capítulo se incluye un desarrollo de estas diferentes experiencias, teniendo en cuenta los patrones de respuesta más frecuentes en las mujeres.

La capacidad de las mujeres de asumir, afrontar, y superar las adversidades e inenarrables sufrimientos producidos por los actores de esta guerra, es impresionante. Es una actitud de sobreponerse, que no se queda en la resistencia a la destrucción y en la capacidad de protegerse y proteger a sus familias de la pérdida de su integridad y dignidad, sino que se manifiesta en la capacidad de rehacerse, de empezar de nuevo, después de tantas pérdidas⁵³.

La toma de contacto con sus historias, a través de la atenta lectura de las entrevistas, muestra las diversas formas no sólo de resistir a las agresiones de los actores armados y sus consecuencias, sino su capacidad de resurgir de las cenizas. En ese afrontamiento cuentan las historias personales, las convicciones, las experiencias de lucha vividas. Son importantes también los lazos de solidaridad que se construyen, entre ellos los lazos familiares y las redes de apoyo.

53 Vera Poseck, Beatriz: "Resistir y rehacerse: una reconceptualización de la experiencia traumática desde la psicología positiva", en Revista de Psicología Positiva, vol. I (2004)

Cómo han enfrentado la violencia las mujeres

Para poder hacer este análisis se categorizaron tanto de forma cualitativa como cuantitativa las respuestas de las mujeres. Un primer análisis de este afrontamiento puede valorarse teniendo en cuenta la frecuencia de las diferentes maneras en cómo las mujeres han enfrentado los impactos o la propia violencia. Dichas formas de afrontamiento tiene un fuerte componente organizativo, pero también se muestran las formas individuales en cómo las mujeres han tratado de manejar los hechos.

La mayoría optó por centrarse en su familia para proteger su vida y la de los suyos (64.99%; n=607). Sin embargo, este centrarse en sus próximos muestra una respuesta tendente a no solo a su propia protección, sino un cuidado por los otros y sus responsabilidades familiares. Centrarse en sus relaciones más próximas y cuidar sus vidas es seguido en frecuencia por la transformación de sus roles al interior de la misma (57.39%; n=536), siendo su principal sostenimiento económico y afectivo (54.50%; n=509). Este afrontamiento muestra los esfuerzos de las mujeres por apoyar a los suyos y el fuerte sentir de deber colectivo, unido a la necesidad de afrontar cambios dramáticos en su vida, como la pérdida de seres queridos y el desplazamiento. Pero que también la mayor parte de las mujeres entrevistadas transformaron su propio rol e identidad, como una forma de afrontar las consecuencias de la violencia.

Más de seis de cada diez mujeres (63.21%; n=590) hizo alguna denuncia de los hechos ante distintas instancias. La mayor parte de estas denuncias fueron ante la Defensoría (24.5%; n=166) o la Fiscalía (22.5%; n=228), y un 25.9% (n=152) ante otras instancias no especificadas, probablemente organizaciones de la sociedad civil. En mucha menor medida, las mujeres denunciaron los hechos a la policía (9.5%; n=65) o mucho menos (3.2%; n=22) ante el ejército. Es decir, una buena parte de las mujeres denunciaron los hechos, ante diferentes instancias, especialmente ante las instancias de control del Estado o la sociedad civil. Los datos también muestran la escasa confianza de las mujeres en las fuerzas de seguridad del Estado o militares para denunciar los hechos, incluyendo los casos de participación de dichas fuerzas en las violaciones sufridas.

Sin embargo, solo una de cada seis denuncias presentadas (18.3%; n=108) por las violaciones sufridas estaban siendo investigadas según las mujeres entrevistadas, aunque en la gran mayoría de los casos estas investigaciones no habían sido efectivas, ni habían llevado a procesos judiciales con sentencias condenatorias.

Casi cuatro de cada diez mujeres, refirieron haber realizado un afrontamiento de tipo religioso (38.33%). El uso de las creencias religiosas para dar sentido a los hechos o procesar el dolor o la rabia, es parte de los mecanismos y experiencias culturales en muchos pueblos, y también en Colombia, utilizado por las mujeres víctimas de forma complementaria.

Más de una de cada tres mujeres se organizaron para defender sus derechos (35.87%; n=335) o hacen parte de alguna organización de mujeres (34.58%; n=323). Si bien estos

datos muestran probablemente un sesgo en el acceso en esta investigación a las víctimas más cercanas a la Ruta u otras organizaciones de mujeres, también señala la importancia de la organización para ellas.

Un tercio de las mujeres entrevistadas (31.37%) decidió no hablar sobre lo que había pasado como una forma de protección, debido al contexto de peligro y hostilidad de los perpetradores, y en la misma medida (29.44%) buscó apoyo de tipo psicosocial y acudió a organizaciones de mujeres o de derechos humanos para solicitar apoyo. Finalmente, una cuarta parte (25.92%) trató de afrontar los hechos encontrando un sentido a lo ocurrido, a través de mecanismos como el análisis de la realidad o la conciencia política de lo sucedido. La búsqueda de sentido es una forma constructiva de enfrentar los hechos traumáticos y ayuda a las víctimas a enfrentar de forma más activa la situación y encontrarse mejor psicológicamente, aunque las formas de tratar de dar sentido a algo que no lo tiene también pueden hacer que las personas se queden dando vueltas a lo sucedido sin mirar delante.

Los patrones de afrontamiento

¿Cómo se agrupan estas diferentes formas de afrontar la violencia? Para analizar los patrones de estas formas de afrontamiento señaladas, se hizo un análisis factorial que agrupó estas respuestas en cuatro grupos o factores⁵⁴. Estos grupos de respuestas de afrontamiento muestran patrones o tendencias de acción, es decir, asocian las diferentes respuestas en el conjunto de los testimonios, y sirven para dar una idea de las grandes modalidades de resistencia, más allá de las diferentes formas de afrontamiento señaladas anteriormente. Estos patrones sirven también para estructurar el análisis cualitativo de las experiencias de las mujeres que se recoge posteriormente.

El primer factor incluye aquellas **estrategias de apoyo mutuo y en organizaciones de mujeres** y es referida por el 40.4% (n=377) de las mujeres entrevistadas.

El segundo factor integra aquellos ítems que median la **transformación del rol de las mujeres** y su papel al interior de la familia al haberse convertido en su principal fuente de **sostenimiento económico y afectivo** para los demás. Este factor fue mencionado por un 66.1% (n=627) de las mujeres.

El tercer factor de **protección y búsqueda de sentido** hace referencia a estrategias de tipo más evitativo, como no hablar, y otras como apoyarse en la religión o centrarse en la familia tratando de dar un sentido a la experiencia. Este factor fue referido por el 78.2% (n=730) de las mujeres.

54 Los factoriales se obtuvieron con rotación varimax. Los cuatro factores explicaron el 59.76% de la varianza. El primero explica el 26% de la varianza. El segundo factor, el 14.42%. El tercer factor el 10.61%. Y finalmente el cuarto factor explica el 9.63% de la varianza.

Finalmente, el cuarto factor (9.63%) incluye aquellas estrategias como la **organización para la reivindicación de sus derechos, la denuncia o la búsqueda de apoyo psicosocial** y es mencionado por un 70.6% (n=659) de la población entrevistada.

Enfrentando la violencia			
Apoyo mutuo y organización de mujeres	Transformación de rol y sostenimiento familiar	Protección y búsqueda de sentido	Organización, denuncia y apoyo psicosocial
Hacer parte de organización de mujeres Apoyo mutuo y solidaridad	Transformación rol dentro de la familia y comunidad Sostenimiento económico y afectivo familia	No hablar Afrontamiento religioso Centrarse en su familia Darle un sentido	Hizo denuncia Buscar apoyo psicosocial. Organizarse para defender sus derechos
40%	66%	78,2%	70,6%

Relación entre las formas de afrontamiento y las consecuencias sufridas

Para conocer la relación de estas formas de afrontamiento con los hechos de violencia o las consecuencias señaladas por las víctimas en sus testimonios, se hizo un análisis estadístico de correlaciones, que asocian los diferentes factores y variables entre sí.

En general, en todos los casos, el haber sufrido graves consecuencias de la violencia activó fuertemente las formas de afrontamiento, reforzando esa idea de que las mujeres víctimas actuaron para defender su vida y manejar las consecuencias de distintas formas para tratar de reconstruir sus vidas. A continuación se muestran las asociaciones entre afrontamiento, los hechos sufridos y las consecuencias referidas, que son estadísticamente significativas en el conjunto de los testimonios:

- Tanto el apoyo mutuo y organización con mujeres ($r = .108$) como la transformación de rol y sostenimiento familiar ($r = .130$) y la protección y búsqueda de sentido ($r = .112$) se hacen más significativos entre las personas con familiares asesinados.
- Las mujeres que más refieren haber sufrido más consecuencias específicas como mujeres, hicieron más denuncias ante autoridades públicas ($r = .131$), lo cual muestra probablemente que una mayor conciencia de las consecuencias y la identidad de las mujeres se asocia a mayor denuncia y movilización.
- Aquellas mujeres con familiares desaparecidos se nuclearon significativamente más en torno a las organizaciones con otras mujeres, reforzando el apoyo mutuo y la búsqueda conjunta de los desaparecidos ($r = .071$).

- Haber sufrido hostigamiento y destrucción (amenazas, seguimientos, atropellos o requisas) refuerza tanto el apoyo mutuo y en organización de mujeres ($r = .206$) como la transformación de rol y sostenimiento familiar ($r = .256$), la protección y búsqueda de sentido ($r = .140$), y la denuncia, organización y apoyo psicosocial ($r = .193$).
- Igualmente, haber sido víctima de torturas, refuerza los cuatro estilos de afrontamiento señalados ($r = .091$ para el primer factor, $r = .172$ para el segundo, $r = .111$ para el tercero y $r = .091$ para el cuarto factor). Es decir, que las víctimas de tortura en general actuaron enfrentando la violencia y sus consecuencias de forma igualmente global, aunque de forma algo menor que las víctimas de hostigamiento y destrucción.
- Por su parte, las violaciones a la libertad personal (detenciones, allanamiento, confinamiento, reclutamiento) y los atentados contra el derecho a la vida (ejecuciones, desapariciones y atentados) se asociaron con un mayor estilo de protección y búsqueda de sentido ($r = .073$ y $r = .083$, respectivamente). El desplazamiento en cambio mostró una relación de tipo negativo ($r = -.091$) con dichas formas, por lo que muestra que las mujeres desplazadas son las que menos refieren haber usado las formas evitativas de afrontamiento. Las mujeres desplazadas hicieron mucho más énfasis en sus testimonios a las formas de reconstruir sus vidas en su nueva situación. Mientras quienes han seguido enfrentando las condiciones de tensión y amenazas han manejado la situación con formas más de autoprotección.

Por su parte, el análisis de la relación de los distintos estilos de afrontamiento con las distintas consecuencias que tuvo la violencia sobre las mujeres muestra que en todos los casos, las diferentes consecuencias activaron en mayor medida todos los estilos de afrontamiento. Es decir, que a mayor referencia de consecuencias de las violaciones, también se refieren mayores formas de afrontamiento, en general. Estos datos sugieren que las mujeres, a pesar del impacto y especialmente cuando han sufrido un mayor impacto, se han movilizad para encontrar diferentes estrategia de afrontamiento ya sean más evitativas o de protección o búsqueda de sentido, como de apoyo mutuo y solidaridad, de transformación de su propio rol, y de organización.

El siguiente cuadro muestra esa relación positiva entre las consecuencias y el afrontamiento. Se han señalado con cruces para dar a entender la fuerza de esta relación⁵⁵. Las relaciones más fuertes se dan entre la transformación de rol y sostenimiento familiar como afrontamiento, con el conjunto de tipologías de las consecuencias analizadas (socio-afectivas, específicas como mujeres y consecuencias en la salud) señalando la importancia que tiene este cambio de rol en las mujeres y su refuerzo del apoyo familiar como parte del afrontamiento de las consecuencias de la violencia.

Por su parte, las mayores consecuencias socio-afectivas y en el proyecto de vida se relacionan de forma especialmente fuerte con el afrontamiento de protección. Es decir, a

55 La fuerza estadística de las relaciones (r) puede verse en la tabla correspondiente en el anexo.

mayor impacto socio-afectivo, mayor búsqueda de protección y sentido. Por último, las mayores consecuencias socio-afectivas y en el proyecto de vida también se relacionan con mayor búsqueda de apoyo organizativo, denuncia y de apoyo psicosocial.

Relación entre consecuencias de la violencia y formas de afrontamiento			
	Consecuencias socio-afectivas y proyecto de vida	Impactos específicos como mujer	Consecuencias en la salud y el cuerpo
Apoyo en organización de mujeres	+	+	+
Cambio de rol y sostenimiento familiar	+++	+++	+++
Protección y búsqueda de sentido	+++	++	++
Organización, denuncia y apoyo psicosocial	+++	++	+

I. Vivir como propio el dolor de las demás

Si tienen una peregrinación a un santuario, los acompaño, aunque ya mi hijo está libre, pero yo los acompaño, porque el dolor de ellas, es el mismo que yo tuve. Olaya Herrera, Nariño, 2008, P.879.

En sus relatos, las mujeres víctimas del conflicto narran numerosas experiencias de solidaridad y apoyo mutuo. Estas experiencias se producen en contextos donde se viven fuertes carencias, que se concretan en dificultades cotidianas para la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales⁵⁶.

Tuvimos que salir (del Jardín de las Peñas, en Meta) con el solo vestido que teníamos encima, y pues eso fue lo más duro que nos pudo pasar porque nosotros teníamos muy bien de qué vivir, vivíamos súper bien y desde ese día la vida de nosotros se volvió un caos porque uno sufre muchísimo acá, la vida acá es muy dura, y hemos aguantado hambre. Mampuján, María La Baja, Bolívar, 2000, P.232..

56 Manfred Max Neef, Antonio Elizalde y Martin Hopenhayn: Desarrollo a Escala Humana. Una opción para el futuro. CEP/AUR. Fundación Dag Hammarskjöld. Medellín 1997.

Las motivaciones de la solidaridad

¿Cuáles son las motivaciones que impulsan a las mujeres, en contextos donde experimentan profundas carencias y la casi total imposibilidad de satisfacer sus necesidades, al ejercicio de la solidaridad? Estas razones son varias. Por una parte, el sentir junto a otras mujeres que han vivido experiencias de despojo similares ayuda a mitigar el dolor de la nostalgia.

Teníamos unos cuentos de jóvenes. Eso nos ayudaba a mitigar un poquito las nostalgias, porque no sólo era yo la que vivía estas violencias. Bello, Antioquia, 2003, P.15.

Pero también la prevención es una poderosa motivación. Las mujeres, en sus testimonios, se muestran profundamente sensibles hacia las situaciones de maltrato y violencia que viven otras mujeres, se reconocen en las otras, se identifican con ellas -“yo ahora estoy ayudando a una mujer que está pasando por lo mismo que yo...” (Cartagena, Bolívar, P.213)- y manifiestan continuamente el deseo de que otras no vivan lo que ellas vivieron. Esto se convierte en una fuerte motivación para el apoyo y la solidaridad entre mujeres, una expresión de profunda sororidad.

Entonces era como entender un montón de cosas, que uno ahí tiene su cuota de responsabilidad... Ahí es cuando yo digo: yo quiero trabajar, quiero estudiar, quiero salir adelante, ahí es donde yo digo que otras mujeres nunca vivieran lo que yo viví. Por eso no me canso de hacer los talleres... Bello, Antioquia 2003, P.15.

Llegaba al restaurante y miraba cómo los esposos cacheteaban a las mujeres y las golpeaban. Yo fue víctima de todo eso. Pensaba: seguramente esa mujer no sabe dónde ir, permite que la maltraten. Eso me motivaba mucho, salir del restaurante a las cinco de la tarde y ver mujeres desplazadas, en un semáforo con tres, cuatro niños, pidiendo limosna... Tumaco, Nariño, 2002, P.199.

Muchas mujeres víctimas han enfrentado el dolor de la pérdida no con un mayor aislamiento o pensamiento más individual, sino en este “sentir con”, este ejercicio de solidaridad entre mujeres que requiere de un proceso de transformación personal, de cambios en la manera de pensar y vivir que algunas de ellas narran: “pues no, en el inicio no lo veía así; yo pensaba que cada uno tenía que vivir la vida y valerse como pudiera, pero al ver tantas cosas que le han pasado a uno, lo obligan a tener ese respeto hacia los demás y valorarlos, y hacer también que se les respete y a luchar por aquellas personas que uno sabe que son capaces de salir adelante. Carmen de Bolívar, Bolívar, 1996, P.222.

Que se haga justicia es otra razón para la solidaridad. A veces las mujeres tuvieron relaciones de solidaridad significativas con otras, en esta dimensión de apoyo mutuo, estimulando la organización de las mujeres.

Yo estaba sola, sola, hasta que encontré a esas personas que ya les habían hablado de eso, y me llevan a conocer a otras más, y me dio mucha alegría, y me solidaricé mucho con ellas porque... sé que ya ellas están sintiendo lo que yo, y estoy compartiendo con ellas ese dolor, yo sé qué sentía esa mamá y ella sabía qué sentía yo, y eso me alegró porque ya no estoy sola, ya somos un grupito, así seamos poquitas, pero somos un grupito. Y qué bueno, que la voz de una llegue a otra y que sean muchas.... Porque si no, van a seguir abusando de nosotras. Zarzal, Valle del Cauca, 2005, P.599.

Para estas mujeres, dar su apoyo a otras es una forma de encontrar un sentido al dolor, de canalizar el sufrimiento de una forma positiva. Mujeres que han sido víctimas en el conflicto, sienten que la ayuda y el apoyo mutuo es una forma concreta no sólo de afrontar la situación, sino de prevenir y generar una conciencia positiva de los derechos de las mujeres.

Yo conozco muchas mujeres, niñas violentadas que no se atreven a denunciar, mujeres que no dejan que uno denuncie, niñas que son violentadas por sus padres. Una trata de decirles que eso es delito, hacer un trabajo muy grande. Yo pienso que es lo único que podría sanar un poco mi herida y la de muchas mujeres, porque el poder ayudar a una persona en eso que uno no pudo tener, eso sana, y le da a uno satisfacción y sentido de vivir. Bello, Antioquia, 2004, P.68.

En algunos casos, las mujeres que han perdido a sus seres queridos se han comprometido con sus comunidades y otras mujeres para ayudarles a transformar su situación, pero también como una manera de enfrentar sus propios duelos.

Después que murió mi hijo yo decía: no vale la pena luchar. Y en el camino me encuentro una historia que para mí es muy bonita: el servicio de la comunidad yo me lo gocé, yo me sentía feliz. Mi motivación es trabajar con niños, me gusta, me encanta ayudar a la gente. Nueva Colombia, Antioquia, 1994, P.17.

Esas formas de ayuda mutua, en las que algunas de las mujeres entrevistadas ayudaron a otras que veían que se encontraban en peor situación que ellas, suponen un ejercicio de reciprocidad y de fortalecimiento personal.

Eso sube la autoestima porque uno se siente importante, de estar no sólo trabajando para uno sino para mucha gente más que lo puede necesitar; generamos empleo, lo que vamos aprendiendo lo damos a conocer a otras mujeres que no sabían nada de eso y les hemos enseñado. Entonces, eso llena de satisfacción a uno, de que no todo es que me lo den, que me lo den, yo también puedo dar. Urrao, Antioquia, 2000, P.667.

Estando en la comunidad, ayudando a otras personas, por ejemplo, a una señora muy querida que le han matado cuatro hijos, una socializa ese tema con ella, esa señora pasa, yo la veo y la saludo y a veces esas cosas lo fortalecen a uno; ella

lleva cuatro hijos yo apenas enterré uno, una compara, gracias a Dios lo enterré, no está desaparecido. Manrique, Antioquia.2002. P.16.

Además de proporcionar apoyo a otras mujeres o retejer nuevas redes y relaciones sociales entre ellas, el desarrollo de organizaciones de mujeres se asocia a la creación de nuevos espacios positivos que antes no existían en las comunidades afectadas. Por ejemplo, el deseo del retorno está presente en muchos relatos de las mujeres desplazadas, pero algunas de ellas sueñan con formas organizativas solidarias para reconstruir la vida, en las cuales puedan recuperarse y hacerse visibles las capacidades de liderazgo de las mujeres.

Yo tengo un sueño y es volver a la tierra, a donde tengo mi casa, organizar a las mujeres; allá hay poquitica gente, yo veo el testimonio de toda la gente que ha retornado a la tierra y organiza a la gente. Siempre le digo a mi marido “si pudiéramos retornar y lograr que la gente se organice...”. Vereda Mejía, Bolívar, 1997, P.162.

Las mujeres constatan cómo en estas acciones solidarias se descubren y fortalecen liderazgos femeninos que promueven la convivencia pacífica.

Empecé a ver que algo hacía falta, como un líder, alguien que hablara, que mirara, yo no sé, y yo empecé a irme metiendo en la gente, ya muchos, inclusive parejas, me llamaban. Me convertí en la consejera también, o sea como que fui descubriendo cosas que yo no sabía. Cuando había problemas entre hombres, de pleitos, era machete lo que se daban, yo me metía, evitaba, les hablaba, y así, yo hablaba con la gente, conformábamos grupos, conformamos el comité de la iglesia, el comité del colegio, empecé a ver cómo hacer actividades para las obras del pueblo, y fíjate que ahí vi que tengo esta vocación que no había descubierto. Ahí empecé a servir en la comunidad, ya yo era una cabeza visible. Líbano, Tolima, 2001, P.162.

En esta construcción de liderazgos femeninos destacan narrativas de mujeres indígenas para quienes esta ha sido una experiencia de reconocimiento y valoración de los propios saberes y poderes.

Y lo que en últimas, en este tiempo, por lo que he optado es por tener un grupo en el que lo que yo aprendí en ese momento, pueda transmitirlo a otras mujeres y es así como sale un proyecto que me lo mandan a coordinar a mí; y es donde nace otra vez el grupo de mujeres y empieza una a ver que, verdaderamente, a esto hay que seguirle caminando, porque la parte de artesanías indígenas está quedando solamente en un lado, y si viven en la parte alta, acá en la parte baja que tienen más contactos con los campesinos o más contacto con ciudades entonces eso se está perdiendo; hay mayores que lo saben porque han venido de la parte alta, pero ya los hijos de esas mayores y los nietos, ya van olvidando, entonces lo que hacemos es recoger esas mujeres que han sido realmente indígenas pero que desafortunadamente ya por la situación económica se van para Cali a trabajar como empleadas domésticas, o las otras se dedican al marido, al campo, y se olvidan en ese momento de que

ellas, en las tardes o el día sábado o el día domingo, pueden hacer algo con sus manos. Lo que yo sé, poderlo transmitir a ellas. Entonces ahí es donde nace el grupo y empezamos a trabajar todos los días. Puedo hacer esto por los demás, puedo aportar para que se vuelva otra vez a la reintegración de nuestra herencia... Vereda Panamericana, Cauca, 2002, P.312.

Luchar por las víctimas, reconstruir, mantener viva la memoria

Reconstruir la memoria, ser fieles a la memoria de las víctimas, es una poderosa motivación que comparten muchas mujeres, para ser solidarias con otras: *“por eso yo me he dedicado a la reconstrucción de la memoria histórica y hacer un recordis de todo lo vivido. Ver el sufrimiento de las demás mujeres yo creo que me ha fortalecido y me ha servido para ayudar a muchas mujeres que han vivido también este flagelo de la violencia. Zambrano, Bolívar, P.227.*

El testimonio de una madre de Soacha expresa claramente cómo esta memoria por los familiares que ya no están puede convertirse en un motor de la solidaridad con otras mujeres. Incluso las formas de simbolizar la pérdida o de comunicarse con los ausentes constituyen potentes formas de dar sentido y fortaleza a la propia acción.

Creo que nosotras tenemos la tarea de seguir luchando, yo creo que ese es mi proyecto de vida, porque yo me paro en la sala, y le cojo el rostro en la foto a mi hijo, y le digo: “me dejaste una tarea muy grande, pero no solo por ti, no solo por el caso de Soacha, sino por todas las víctimas que han sido inocentes en todas estas guerras, que el gobierno no quiere reconocer”; creo que vale la pena, y no quiero defraudar la memoria de mi hijo, porque yo le hice una promesa muy grande a él, que lucharía, no solo por él, sino por todas las víctimas que tienen miedo, y que me permitan ser su vocera... Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Este sentido de la memoria constituye también un ejemplo para otras mujeres. Que las experiencias vividas no caigan en el olvido es una motivación importante para los afrontamientos solidarios. Este sentido de la memoria está asociado a un sentimiento de responsabilidad para con las otras mujeres.

Si olvidamos todo eso que pasó, si lo ignoramos, entonces las otras mujeres a quienes están violando en estos momentos ¿qué va a pasar con ellas?, quedan igual, en silencio. Entonces si todo lo que nos ha pasado a todas nosotras lo tenemos ahí presente, las otras mujeres lo ven y van a decir: yo decido hablar... Medellín, Antioquia, 2006. P.58.

Destaca en los relatos la actitud de responsabilidad frente a las situaciones que viven otras personas, que pone de manifiesto el carácter ético de las formas de actuar de muchas mujeres en el marco del conflicto⁵⁷. Sentirse responsable, es sentirse sujeto de acciones que,

57 Boff Leonardo: *Ética planetaria desde el gran Sur*. Trotta, Madrid 2001.

como en este caso, van en un sentido de favorecer a otros seres con los que se comparte la misma suerte: *me he basado mucho en el trabajar con otras personas y ellas me han ayudado a sobrellevar el peso* (Masacre, Nueva Colombia, Antioquia, 1994, P.17). Es una responsabilidad a contracorriente, pues los cambios se perciben lentos, inciertos: ... *en lo comunitario, cuando uno quiere tirar la toalla, porque llegan momentos que uno no quiere nada más, porque uno quiere hacer un cambio de país, y ve que entre más trabaja no pasa nada, como que le provoca a uno tirar todo. Pero entonces llega alguien que te dice: no, mire, es que usted es capaz, por usted estamos aquí, colabórenos, usted es la única que puede. Entonces uno vuelve y coge fuerzas. Y esto es como una adicción de la que uno ya no se puede zafar...* Granada, Antioquia, 1999, P.895.

La lógica de un sistema basado en relaciones sociales orientadas a la acumulación privada de bienes, entre ellos la tierra, se presenta de forma cruel y despiadada en el caso del conflicto armado colombiano. Seres humanos han causado inenarrables sufrimientos a otros seres humanos, generando humillaciones y desestructuración en las familias y las comunidades. Lo que sorprende en los relatos anteriores es la capacidad de las mujeres para asumir una ética de la compasión⁵⁸, una actitud de comprender e identificarse con el padecimiento de la otra mujer:

Muchas sobrevivientes que dieron su testimonio muestran que lo que se rompe por el desarraigo se funda en los fragmentos de sentido que las mujeres pueden sostener como significantes, especialmente la memoria de sus seres queridos. Las organizaciones y la actuación colectiva permiten no olvidar la historia que les fue despojada, se convierten en el espacio en el que se resisten a perder la memoria.

El recordar, o sea a uno le duele recordar pero eso como que le ayuda a madurar y le ayuda a cicatrizar, entonces ha sido bueno. Barrio Chalán, Bolívar, P.270.

Dar a ese recuerdo y dignificación una dimensión pública ha sido un empeño de muchas organizaciones, a pesar de los riesgos que ello significa. Para algunas de las mujeres, es una forma de “mantenerlos vivos”, de resignificar el duelo. Esta memoria de sus seres queridos es también una motivación colectiva en la que las mujeres que participan en procesos organizativos pasan del afecto o la relación individual con sus familiares, a una visión más colectiva y con un sentido de prevención.

Inicialmente me apegué a la memoria de las víctimas. Hicimos un trabajo muy grande en la recuperación de la memoria allá, con un salón, que se llama el salón del Nunca Más. Donde quisimos plasmar la memoria de todas las personas que fallecieron, que desaparecieron, o las víctimas de algún tipo de tortura. Entonces, en nombre de ellos, uno dice listo, ellos murieron allá, pero uno no puede dejar que esto siga como impune. San Blas, Bolívar, 2005, P.786.

58 Ibid. Pp 84

A través de sus palabras, se evidencia la necesidad de sostener la memoria, de configurar arraigos en sus nuevos o viejos territorios, algo que les permita juntar su nueva condición con algunos aspectos de “normalidad” que vivían antes de los hechos. Hacer visibles elementos y objetos públicos y privados que ligan sus afectos con la tierra y con la historia personal, es una forma de resistencia a perder la memoria: casas de la memoria, fotos y objetos de sus seres queridos desaparecidos o asesinados en aquellos lugares en donde sería imposible no verlos de manera permanente, son algunas de las estrategias que realizan las mujeres para no olvidar.

Por ejemplo ahora la casa de nosotros, es el Refugio del Saber, ahí, en esa casa, ahí está en toda la orilla de la carretera, donde todo mundo, baja y sube, y mira los letreros y dice: Casa de la Memoria en nombre de Hortensia, Emanuel... Antioquia, 1997, P.753.

Formas simbólicas creativas de solidaridad.

El arbolito sembrado en el bosque.

Sí, el arbolito lo vamos a sembrar en el bosque y ahí voy a plantar el árbol y cuando se den las cosas yo voy a sembrar dos árboles, el de mi hijo y el del amigo que iba con él..., con su familia no he hablado, pero yo voy hacer eso por ellos. Medellín, Antioquia, 2001 y 2011, P.50.

El libro de Gildardo.

Mabel nos prestó fotos, muchas fotos nos prestó ella. Nos contó las historias de Gildardo, de cuando Gildardo empezó, de cuando se casaron, de todas las cosas más de familia ¿cierto?, más íntimas, porque con Mabel queríamos abordar esa parte, la parte más humana ¿cierto?, más del hombre, más del ser, más del esposo, más del papá... y fue muy difícil, pero nosotras siempre entendimos, y siempre nos ayudó mucho. Y así fuimos..., así fuimos generando ideas y todo, y empezamos a trabajar, le trabajamos mucho al libro de Gildardo, muchas personas nos ayudaron... Pereira, Risaralda, 1987, P.691.

Las muñecas de trapo

La solidaridad también se expresa a través de iniciativas colectivas que posibilitan formas simbólicas de afrontamiento de los impactos del conflicto en los cuerpos de las mujeres. Por ejemplo la iniciativa de las “muñecas de trapo”.

...nos estamos reuniendo en el museo de Antioquia, nos abrieron un espacio y allá nos reunimos cada quince días a trabajar y a debatir en qué va el proceso, cómo va, y estamos haciendo unas muñecas preciosas, unas muñecas de trapo, una que se llama la familia Sujo que quiere decir “parque de los sueños justos” y estamos haciendo una línea de reflexión para un lanzamiento, una convocatoria para invitar a todos los artistas de la ciudad a que nos intervengan una muñeca, entonces a los artistas le hemos llamado mucho la atención y nos van a regalar una original y nos van a autorizar para sacarla. Frontino, Antioquia, 1990, P.53.

Experiencias solidarias vividas por las mujeres

El ejercicio de la solidaridad se orienta a elaborar las experiencias vividas, a mejorar la calidad de vida de las mujeres y sus familias, a desarrollar sus potencialidades en nuevos contextos, y a restaurar o reinventar formas de convivencia solidaria.

En este ejercicio de solidaridad y apoyo mutuo, se están produciendo nuevas formas de relación entre mujeres. Las mujeres víctimas del conflicto, están creando espacios propios en los que se encuentran, dialogan y establecen acuerdos para el bienestar propio, de sus familias y de sus comunidades, buscando la satisfacción de sus necesidades fundamentales de subsistencia, protección, entendimiento, afecto, participación, creación, libertad... Son experiencias que les dan la oportunidad de conocer y reconocer a las otras y de reconocerse en las otras, a través del sufrimiento común experimentado. En este proceso, las mujeres establecen nuevos vínculos y generan iniciativas hacia dentro (apoyo mutuo, relaciones, duelo) y hacia fuera, ayudando a enfrentar los desafíos que los nuevos contextos les plantean.

Empecé a trabajar con ellas, y más era como por encontrarnos, porque nosotras siempre hemos tenido esos espacios, de natilleras, de reunirnos, de hacer una actividades... y nos damos cuenta que llegaron aquí las mujeres y les cambiaron los roles. San Miguel, Putumayo, 2005, P.895.

Estos espacios donde las mujeres víctimas se encuentran, dialogan y establecen acuerdos, son una enorme fuente de poder. Oportunidad de escuchar y valorar la palabra de las otras, todas las palabras. De crear espacios que facilitan el sentido de pertenencia y la construcción de la identidad. Los espacios de mujeres son los lugares para construir *pactos intra-género o de la pertenencia conocida*⁵⁹. Estos espacios y pactos “entre mujeres” son una oportunidad para trabajar la difícil sororidad. En esta ruta de construcción de poderes alternativos, la sororidad es un concepto de alto significado político, puesto que está basada en la búsqueda de mutuo reconocimiento entre las mujeres. Permite enfrentar la rivalidad entre mujeres, que es una construcción patriarcal y uno de sus pilares más sólidos.

A través de estas formas de afrontamiento solidario, algunos testimonios muestran precisamente un esbozo de superación de la rivalidad entre mujeres. Podemos advertirlo en la reflexión que hace una mujer cuando narra el asesinato de una joven, en el marco del conflicto, que era amante de su esposo.

Esta niña me duele todavía mucho y me dolió en este momento eso que le sucedió. Yo nunca tuve roces con ella a pesar de que yo tenía una moto y me la quitaron y se la entregaron a ella. Yo estaba muy joven también, pues yo me quedé viuda a los 22 años. Yo no la vi como una rival. Mi reacción cuando llegamos al anfiteatro

59 Simón María Elena: Democracia vital. Mujeres y hombres hacia la plena ciudadanía. Editorial Narcea, 2002.

y llegó la mamá de esta niña gritando, yo me le fui encima y a mí me tuvieron que coger, porque yo sentí que ella no la supo acompañar”. Medellín, Antioquia, 1993, P.44.

En su dimensión en las organizaciones de mujeres, esta sororidad⁶⁰, es una práctica política entre mujeres que se encuentran en el feminismo, para reconocerse a través de la otra, y que se traduce en hermandad, apoyo y acogida para construir un mundo diferente. La sororidad en estas organizaciones está basada en la relación con mujeres de las cuales se aprende, a las que también se les puede enseñar, a las que se acompaña y con quienes se construye.

Son mujeres luchadoras, emprendedoras que apoyan a sus compañeras, que le brindan asesoría cuando uno está ciego prácticamente como estaba yo, no sabía para dónde coger como dice el disco, y ellas me decían: negra, no se desespere, venga Negra, vea siéntese aquí vamos mañana para un taller, vamos con Nubia para la Ruta, a la casa de Encuentros a un taller, no sé dónde, al convento. Bueno así, pero ellas sí me brindaron apoyo porque la verdad es para Dios y gracias a Dios y a ellas. Tierralta, Córdoba, 1993, P.82.

“*Ser-con-las-otras*”, “*sentir-con-las-otras*”, “*construir-con-las-otras*”, son experiencias vividas y narradas por las mujeres víctimas que se constituyen en formas de afrontamiento positivo de las afectaciones vividas en el marco del conflicto. Paradójicamente, en ese reconocimiento de las otras, las mujeres se están construyendo “*a sí mismas*”, están fortaleciendo su autonomía y capacidad de liderazgo y están transformando roles que históricamente las situaban en posiciones de sumisión y dependencia. El impactante y hermoso relato de una mujer de Putumayo evoca estas transformaciones en las se teje simultáneamente esa doble construcción, personal y colectiva.

Dejamos todo eso y ahora estamos trabajando acá. También las mujeres están estudiando, eso me alegra otra vez, aquí la educación le hace falta mucho a la gente, saber las leyes; y como mujeres, valorarnos. Las mujeres acá tienen la autoestima muy baja, por la misma cultura, por el maltrato de los maridos que les dicen: vos no servís para nada...; o piensan que el mundo se les ha acabado porque ha tenido un hijo o porque les mataron el esposo; pues sí, es difícil, pero tiene una que salir adelante. Eso me hace a mí ser fuerte y trabajar por ellas, ya los hombres saben que tenemos unos derechos, así a una la miran mal, y dicen: “cómo, ella es una que le gusta irse para toda parte y el marido no le dice nada...”, pero así quiero que sean todas. Putumayo, 2000, P.339.

60 La palabra sororidad se deriva de la hermandad entre mujeres, el percibirse como iguales que pueden aliarse, compartir y, sobre todo, cambiar su realidad debido a que todas, de diversas maneras, hemos experimentado la opresión. De esta forma, el feminismo propone que este concepto vaya más allá de la solidaridad. La diferencia radica en que la solidaridad tiene que ver con un intercambio que mantiene las condiciones como están; mientras que la sororidad, tiene implícita la modificación de las relaciones entre mujeres. (Lagarde, 2009)

II. Organizándose como mujeres

Si, pues estamos en las mismas pero venga ayudémonos, salgámonos de la rutina, cantemos, bailemos. Cañas Gordas, Antioquia, 1995, P.11.

Hasta ahora se ha descrito cómo las relaciones de solidaridad llevaron a crear procesos de apoyo mutuo y, en algunos casos, procesos organizativos de las mujeres. Una buena parte de los testimonios de las mujeres víctimas se refiere a aquellos esfuerzos que realizaron para soportar, manejar, y transformar el dolor propio y ajeno, para transformar su realidad y hasta el contexto, para proveer de sentido sus vidas, las de sus hijos e hijas y las de otras mujeres en circunstancias similares. Vincularse a un proceso organizativo las ayudó a entender, a través del espejo de las otras, el sufrimiento propio, a otorgarle al dolor un sentido colectivo, político, que contribuye a la recuperación y la reconstrucción de sus vidas.

Según los datos de este estudio, más de un tercio de las mujeres entrevistadas se organizó para defender sus derechos (35,9%) y en una medida similar (34,6%) hace parte en la actualidad de alguna organización de mujeres. Si bien muchas mujeres que dieron su testimonio lo hicieron por la cercanía con la Ruta u otras organizaciones cercanas, los datos apoyan también la importancia de la organización para las mujeres.

Algunas de las mujeres eran lideresas en sus territorios con procesos organizativos arraigados, en otras emergió el liderazgo a partir de los hechos violentos y algunas más tomaron la decisión de participar sin mucha visibilidad hacia el exterior de las organizaciones. En todos los casos, reconocen en sus organizaciones el espacio que les posibilita superar algunas aristas del dolor y las secuelas de las acciones directas del conflicto en sus vidas. El encuentro con otras mujeres se convierte en una forma vital de resistencia, especialmente en un contexto de violencia política permanente y frente a una sociedad que les exige sostener y resolver los efectos del conflicto en términos sociales y familiares. Por ello, la mayoría tiene claridad, que es en la acción colectiva con otras mujeres en donde está la opción para “salir adelante”.

Porque allá fijate que esto que yo viví, las que tomábamos las iniciativas éramos las mujeres, eran muy poquitos los hombres que se organizaban, las mujeres éramos las que liderábamos, las que decíamos vamos a hacer lo uno, vamos a hacer lo otro”. Vereda Mejía, Bolívar, 1997, P.162.

Una vez en la organización, se expresan diversos intereses de las mujeres que participan en los procesos: para la mayoría, las organizaciones son el espacio de ayuda mutua; también para exigir sus derechos; otras sienten que es un espacio de protección.

Del apoyo mutuo a la organización

Muchas mujeres pasaron de una práctica del apoyo mutuo, como maneras informales de ayudarse con otras, a procesos de construcción comunitaria que les permitieron de mane-

ra muy solidaria, creativa y esperanzadora afrontar las situaciones vividas en el marco del conflicto. Son mujeres que han conseguido tejer sus sueños colectivamente.

La capacidad de las mujeres de tejer redes comunitarias, se vuelve un aspecto clave para el acceso de las mujeres víctimas a las organizaciones. Muchos de los testimonios expresan que llegaron a la organización por la invitación de una amiga, de una vecina o de otra mujer víctima, lo que permite ampliar y reconstruir los lazos solidarios entre mujeres, como estrategia de acompañamiento a otras que han vivido circunstancias similares. Se evidencia que la participación en organizaciones, de la mano de otras mujeres, ha ayudado a muchas de las víctimas a salir de su dolor, romper el aislamiento y participar en espacios colectivos con efectos positivos sobre el manejo de su sufrimiento, el aprendizaje y el apoyo mutuo.

Yo me quede paralizada, muy enferma, yo no quería salir, yo no quería saber de nada... un día una amiga me dijo usted se va a morir, y entonces una amiga me ayudó y ella tenía conocimiento de Vamos mujer y dijo “venga yo la voy a llevar a una corporación”. Antioquia, 1996, P.53.

En algunos casos, el eje son los hijos e hijas que crecen y el apoyo emocional entre mujeres. Reunirse, hablar, participar, debatir, soñar juntas, “ver a los hijos crecer”, son experiencias de apoyo mutuo que las mujeres destacan en sus relatos.

Íbamos y hablábamos, y soñábamos, soñábamos y soñábamos... Vimos los hijos crecer. Fue un proceso de cinco años lo que estuvimos juntas; como mujeres, fue más la unidad, sí, lo que existía era el apoyo emocional, que nos dábamos, éramos temperamentos muy distintos que se dan en una comunidad, muchas veces no nos poníamos de acuerdo, a veces había una discusión, había confrontaciones, pero siempre razonables, por lo que se estaba viviendo. Pero siempre era buscando todas la misma posibilidad de liberarnos... Cali, Valle del Cauca, 2002, P.891.

La participación en organizaciones de mujeres tiene como objetivo apoyarse mutuamente y apoyar a las mujeres víctimas en procesos de restitución de sus derechos. A veces, ellas mismas toman la decisión de crear esas organizaciones de apoyo mutuo. Las mujeres hacen referencia en sus testimonios a diversas formas organizativas a través de las cuales conocen las rutas abiertas para reconstruir sus vidas.

Pues nosotras desempeñamos el papel de orientar a las víctimas, somos orientadoras y les decimos qué papeles necesitan, a dónde tienen que ir, qué tienen que hacer, porque aquí no había sino la personería y el funcionario que hay no da la orientación como debe de ser. Sí, sabemos que es una función del Estado pero aquí han sido muy negligentes los funcionarios respecto a eso, entonces decidimos formar una organización, somos trescientas mujeres. Como mujer me ha ayudado mucho y ha ayudado a las demás mujeres que lo necesitan. Chigorodó, Antioquia, 1995 – 1997, P.59.

En la mayor parte de las ocasiones estas formas de apoyo mutuo han estado dirigidas no solo a mostrar apoyo emocional o tejer relaciones significativas, sino también a mejorar su situación económica, hacer trabajos colectivos que ayuden a la reconstrucción de condiciones materiales de vida digna. Por ejemplo, que el desplazamiento obliga a las personas a empezar de nuevo en territorios casi siempre hostiles, como lo expresa uno de los testimonios: *¡Ah, sí!, pues eso sí fue a llegar a tumbar montaña, templar un plástico, empezar a trabajar otra vez de cero, a trabajar con los muchachos, con mis hijos, y salimos adelante porque ellos son trabajadores, ellos tienen su finquita, a mí me ha gustado trabajar en lo que se presente. Me ha gustado con organizaciones, tener amigas, trabajar por la gente, eso me ha hecho salir de eso.* Putumayo, 2000, P.339.

En otras ocasiones esta organización colectiva ha sido la forma de responder a la hostilidad del contexto que se manifiesta en la desconfianza y el rechazo que en general experimentan las familias desplazadas, pero también en los lugares casi siempre insalubres que se ven obligadas a ocupar: *primero aquí llegamos y nos organizamos, pasamos bastante trabajo primero, tocamos varias puertas muchas veces no nos la abrían, nos decían cosas muy feas y ahí fue que tomamos decisión de que nos organizáramos los poquitos que habíamos y ahí fue que nos tomamos el Coliseo...* (Neguá, Chocó, 1995, P.Vereda Peñol, Antioquia. 1998, P.47.4.). Afrontar estas situaciones es casi imposible sin la solidaridad y el apoyo mutuo. En los relatos de mujeres víctimas de todas las regiones del país es posible encontrar formas colectivas de reconstruir espacios habitables y afrontar de esta manera el despojo y el desarraigo vividos. Esto se convierte en una poderosa motivación para el ejercicio de la solidaridad.

La adecuación de viviendas, servicios básicos, alimentación de las familias, construcción de escuelas, se convierten en tareas urgentes en las que el apoyo mutuo entre las mujeres ha sido una condición básica.

Nosotras, mujeres, tenemos que luchar por la vida de nosotros, porque nosotras somos víctimas de todo lo que ha pasado y no queremos estar así, pero tenemos que luchar pa' seguir adelante con nuestros hijos, todas las mujeres desplazadas venimos de la finca, pasamos trabajos aquí, venimos luchando y trabajando, hacemos sopa, la que no hace sopa hace bollo y así pa' defenderse. San José del Playón, María La Baja Bolívar, 1980, P.206.

Duramos dos años construyendo las viviendas porque fue por autoconstrucción; una ONG aportó los materiales y el Distrito el terreno y nosotros la mano de obra, tanto niños como mujeres y hombres construimos las casas. Corregimiento Bayano, Bolívar, 2000, P.222.

Las formas de solidaridad se basan en gran medida en el intercambio y en el ofrecimiento compartido de los escasos bienes materiales que se poseen. Esta forma de solidaridad, a veces encubierta en los contextos de temor o control, otras veces de forma más abierta y pública, que permite cultivar los afectos y la amistad en la vida cotidiana.

Después de que nosotros hayamos logrado sobrevivir con lo que se ha trabajado por ahí, hay mucha gente que tiene su parcela y dice “que vea que ahí le traje su guayabita, le traje este platanito”, eso lo tiene uno que comprar aquí en el pueblo, entonces es mucho lo que uno se ahorra, esto es para el que tiene amigos, pero el que no, el que tiene enemigos no tiene nada. Chigorodó, Antioquia, 2010, P.59.

Las mujeres descubren también experiencias de creación de formas de apoyo organizativo y acompañamiento legal y psicosocial que restauran y otorgan sentido a la vida. Muchas narraciones lo confirman, pertenecer a la organización devuelve algo de la vida perdida. El contexto de la organización con otros provee de relaciones de apoyo afectivo y sostén, y de un sentido de valor y autoestima muy importantes cuando se han vivido, como la mayor parte de las mujeres víctimas, tantas experiencias de desprecio.

Yo experimenté la muerte, la muerte en vida, ya no encontraba que hacer; no le encontraba sentido a la vida. Ya después que entre a la organización, que ya estuve contacto de nuevo con los compañeros desplazados que me comentaron de la organización, ya se habían tomado el Coliseo, entonces, en la organización ahí fui tomando nuevamente ánimo y se me fue subiendo la moral cuando vi que yo podía ser útil, con mis conocimientos, con lo poco que yo había... Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

Además del apoyo material o legal que las mujeres pueden encontrar en organizaciones de derechos humanos, el contacto con otras mujeres víctimas que han vivido experiencias similares ayuda a pasar de una visión individual a una más colectiva, además de contrastar las experiencias personales en un contexto más amplio. Para muchas mujeres este compartir con otras ayuda a reconocer sus propias experiencias sintiéndose comprendidas, a generalizar sus vivencias y no verse como desviadas o extrañas, o incluso a relativizar algunas de sus experiencias en el contraste con otras mujeres.

Creo que fue importante refugiarme en organizaciones amigas, de derechos humanos, cumplen una labor importantísima en el acompañamiento, no solamente frente al tema jurídico que finalmente es el más fácil, sino en un acompañamiento en el apoyo emocional; creo que es fundamental, creo que eso me ayudó mucho, las organizaciones que me acompañaron. Conocer otros casos de otras mujeres que han pasado por situaciones muy complicadas. Conocí a mujeres por ejemplo de la comunidad de San José de Apartadó que sufrieron situaciones muy complicadas y estar con esas organizaciones me hizo llenar de fortaleza. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

Por otra parte, este afrontamiento permite también realizar experiencias de formación y capacitación en las que las mujeres adquieren nuevos conocimientos y habilidades, pero también una percepción diferente de sí mismas que ayuda a romper los estereotipos de género que han tejido durante muchos años la percepción de las mujeres sobre sí mismas.

Un buen día fui yo a la Casa de la Participación y hay unos programas de unas capacitaciones sobre el Auto 092, que es un Auto que habla precisamente de la

protección a las mujeres víctimas, habla también de la violencia, de las minorías étnicas. Yo soy mujer, pertenezco a una minoría étnica y soy víctima en todos los aspectos. Entonces asisto a esos talleres y me convierto en multiplicadora, lo que yo aprendo allá lo replico a las mujeres en Suba. Segundo Nuevo, Bolívar, 2002, P.199.

Ante la ausencia del Estado en los procesos de atención a las víctimas, la ayuda, el acompañamiento y la escucha de otras mujeres que hacen parte de las organizaciones generan un espacio de confianza para hablar y compartir experiencias, que les permite juntar las historias de sus vidas y dar pasos hacia adelante.

A la Ruta le doy muchas gracias por su labor; aunque uno lo hace con mucho miedo, pero gracias por todo porque le ayuda mucho a uno, porque uno hay cosas que las tiene por dentro y no encuentra con quien desahogarse, no encuentra uno a quien contárselas porque uno sabe con quién hablar, no sabe si le está hablando al que no le debe hablar... dar muchas gracias a ella porque le cogí confianza. Saravena, Arauca, 1996, P.137.

La sensibilidad de las otras mujeres con el dolor de las víctimas, ha contribuido al afrontamiento positivo del trauma y también ha otorgado sentido a quienes son solidarias, convirtiendo esta circunstancia en un aporte de doble vía al afrontamiento, que termina fortaleciendo a las mujeres en la reconstrucción de sus vidas y a la organización misma.

Ellas trataron de ayudarme, colaborar porque eso es lo único que en estos momentos tengo, la ayuda de ellas, el apoyo de ellas, si me falta algo ellas me colaboran". Riosucio, Antioquia, 1992, P.99.

En otras ocasiones, las mujeres que se suman a los procesos organizativos después de ser víctimas de algún hecho violento, toman la decisión fundamentadas en la necesidad de tomar distancia, de mantener la “*mente ocupada en otra cosa*” o para “*no pensar tanto*”; algunas mujeres narraron cómo el trabajo colectivo, las reuniones con otras, les ayudan a inhibir el recuerdo de los hechos traumáticos como una forma de protegerse ante el dolor, o como reflejo de la impotencia de no poder obtener justicia, reclamar o denunciar

Yo me he metido mucho en el trabajo social o así en cositas así yendo a reuniones para no acordarme tanto. Medellín, Antioquia, 1989, P.14.

Por eso a mí no me gusta estar metida en la casa, pues como ya me gusta estar mucho en la Ruta y todo porque así sale uno y se olvida un poquito de las cosas. San Antonio de Prado, Antioquia, 1998, P.61.

Las organizaciones como apoyo

Las organizaciones y los movimientos de mujeres han sido activas en dar apoyo a otras mujeres que habían sido víctimas del conflicto armado. Una de las formas de hacerlo ha

sido ofrecer apoyo psicológico tratando también de animarlas a participar en la vida asociativa, en grupos de mujeres, como forma de entrar en relación con otras y empoderarse. Otro modo de dar apoyo fue la protesta o el acompañamiento público, a modo de denuncia, a mujeres que habían sufrido atropellos o habían perdido a seres queridos.

Las mujeres de la asociación me acompañaron en las novenas, la Ruta Pacífica estaba en Bogotá y viajó. Yo todavía no hacía parte de las mujeres de la Noroccidental, solo hacía parte del grupo de mujeres de elaboración de duelo. La Ruta estuvo aquí en Medellín conmigo. Me acompañaron las mujeres en el entierro. Medellín, Antioquia, 1998, P.66.

La participación en grupos o la vinculación a organizaciones, además de proporcionar ayuda material, fue un modo de salir del aislamiento posterior a un desplazamiento forzado que las había llevado a vivir en un nuevo medio.

Me ayudó mucho la tranquilidad, todo... la tranquilidad que ya tenía, yo no conocía nada por aquí, pero me fui enseñando a conocer una oficina y la otra, dele y el hospital y así, a sacar las citas, todo (...) fue ya hace poco que me metí a las reuniones. Me metí porque una vecina me dijo: “Venga vamos a una reunión que hay allí que es muy bueno, que dan ayuditas”. Andes, Antioquia, P.675.

Participar en las actividades ofrecidas por las organizaciones propició el contacto con otras víctimas de violaciones de derechos humanos, proporcionando una dimensión distinta del daño recibido y facilitando retomar la relación con otras personas. Todo lo cual favorece la reorientación de la propia trayectoria hacia una visión más positiva para seguir adelante.

Después de los 17 meses, hablé con un sacerdote, y él me orientó y me decía que la vida seguía, que había que seguir luchando, y los de Justicia y Paz también. Y ya me comencé a integrar a esas capacitaciones, y uno como que comienza a tomar ese rumbo, que solo uno, uno es víctima, que hay otros pueblos que sufren más que uno. Entonces uno comienza a integrarse, y la cosa comienza cambiar, no a olvidar, pero da un cambio. Peruanza de Garzón, Huila, 2006, P.859.

También a través de las organizaciones, las mujeres pudieron compartir su experiencia con otras. El trabajo en grupo les permitió poner palabras a su dolor aligerando la carga de sufrimiento y también salir de la soledad de la propia desdicha sabiendo que formaban parte del colectivo de víctimas del conflicto armado.

Pero vuelvo y pienso, no solamente, o sea para mí las organizaciones han sido de mucho valor, porque eso nos ha quitado a nosotros ese peso que sentíamos: que por qué yo tengo que salir de mi tierra, por qué esto. Pero llegamos a otras compañeras, a otras que nos cuentan quizás hasta peor, cosas peores y decimos: pero es que yo no solamente fui la víctima, hubieron muchas víctimas más. Urrao, Antioquia, 1996, P.70.

Una de las tareas llevadas a cabo por las organizaciones de apoyo a las víctimas del conflicto fue la capacitación en derechos humanos que permitió a las mujeres conocer los canales para denunciar y reclamar sus derechos, sacándolas de la impotencia debida a la falta de información.

Ahora, ahora me siento, o sea con las organizaciones ahora y todo lo que he visto que uno tiene un derecho de reclamar, le doy gracias a la a todo que ya nosotros tenemos derecho a reclamar. En ese tiempo a pesar que no había, [grupos armados] había respeto y todo, pero cuando uno se sentía obligado por los grupos o las personas a veces, como me sucedió a mí, me sentía afectada bastante. Yo siempre me acuerdo de eso, me siento dolida por todo lo que me pasó yo nunca pude hacer nada a esa persona pues. San José Playón, Bolívar, 1980, P.210.

Otro ámbito del que recibieron apoyo fue la comunidad. En particular, mujeres indígenas experimentaron un proceso de empoderamiento en este ámbito. Para la mujer entrevistada, el compromiso con la reclamación de derechos, la lucha por la justicia y la reparación fue un camino de superación sostenido por la pertenencia a la comunidad.

Pero es más que eso, este cabildo me ha, esta organización me ha dado esas pautas para yo superarme y para seguir adelante con esto de seguir reclamando los derechos, a la justicia y si, a la no repetición de los hechos y a la reparación que igual eso es importante para mi hija y para mí. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.318.

Venir a la organización es como la libertad

La transformación en las subjetividades de las mujeres a partir de la formación política, del conocimiento de otros territorios, de la reflexión sobre otras realidades y la comprensión de las razones por las cuales sucedieron los hechos, potencia el reconocimiento de sí mismas como sujetas de derechos y les permite avanzar en estrategias de exigibilidad que no conocían antes de los hechos violentos. En el tránsito por las organizaciones, las mujeres encuentran el espacio para la reflexión sobre lo que les ha pasado y sobre sí mismas. A esto se suman las habilidades que adquieren para poner en lo público su palabra y su voz, que se convierte en un recurso clave para enfrentar el dolor, luchar por la verdad y la justicia, reconstruir sus vidas y su identidad como mujeres.

Hubo charlas, talleres, seminarios; en primer lugar conocer el conflicto armado y que el desplazamiento es un delito y que nunca es igual para los hombres como para nosotras como mujeres, nunca pasa la guerra igualmente a los hombres como para la mujer. Primero nos tocó conocer eso, para ahora sí entender el sentido de organizarnos, eso fue lo que hicimos y todavía lo estamos haciendo. Barrio Miranda, Medellín, Antioquia, 2002, P.84.

Las organizaciones promueven y apoyan la denuncia sobre los hechos ocurridos en el conflicto armado, y han jugado un papel fundamental para que las mujeres exijan y accedan a los derechos a la verdad, la justicia y la reparación. Esto permite que la compli- cidad del silencio frente a los hechos se quiebre, y que las mujeres víctimas encuentren sentido en el proceso organizativo. A través de las organizaciones, las mujeres avanzan en la búsqueda de justicia y la exigencia al Estado por sus derechos como víctimas de la violencia del conflicto armado y de las múltiples violencias que se ejercen contra ellas en los espacios privados. De esta manera, la conciencia de tener derechos está asociada a una revalorización de su identidad como mujeres y de su posición frente al Estado o los perpetradores.

O sea, con las organizaciones ahora, y todo lo que se ha visto es que uno tiene un derecho de reclamar, me da sentido y doy gracias que ya nosotros tenemos derecho a reclamar y todo eso... Sur de Bolívar, P.175.

La organización de las mujeres víctimas ha servido como un instrumento para la no repetición. Para muchas madres, que otras mujeres no pasen por lo mismo que ellas es parte del sentido de su acción. Esta conciencia de la prevención es una motivación más allá de sí mismas o sus necesidades, como una contribución de las mujeres a la reconstrucción del tejido social.

Yo lo que quiero es hacer una justicia... poder llegar a la plaza de Bolívar, a donde nos toque ir, al pueblo, a donde nos toque ir a mostrar lo que pasó con nuestros hijos, para así mismo que ellos con estas versiones se den cuenta que no puede seguir sucediendo y seguiré hasta el final, hasta que tengamos en Soacha una organización de madres de falsos positivos. Becerril, Cesar, 1998, P.735.

Las organizaciones han jugado también un papel importante en los procesos de recuperación económica de las mujeres para aquellas sobrevivientes de la guerra que cargan consigo el peso del sustento para sus familias. En muchas oportunidades, el impulso para la creación de organizaciones se centra en la satisfacción de sus necesidades básicas, sin embargo el ingreso a redes o plataformas nacionales defensoras de derechos, otorga un sentido político a la actuación de estas organizaciones que empiezan a transitar hacia la construcción de sujetas políticas que luchan también por sus necesidades estratégicas.

Las mujeres víctimas y sus organizaciones participan entonces en procesos relacionados con acceso a vivienda digna, a la tierra, a proyectos productivos, que mejoraran sus condiciones de vida. Esta acción colectiva y pública de las mujeres para generar ciertas condiciones que permitan mejorar sus vidas cuestiona el rol tradicionalmente atribuido a las mujeres y supone una afirmación colectiva para generar cambios sociales para ellas y sus familias; sin embargo muchas de esas acciones se han topado con la respuesta negativa por parte del Estado, considerando a las mujeres como “invasoras” de terrenos en lugar de personas con derecho a rehacer sus vidas. Lograr las condiciones legales para llevar a cabo dichos cambios ha sido parte del trabajo de estas organizaciones. La unión de numerosas familias desplazadas, muchas veces lideradas por mujeres, ha generado

nuevas condiciones de negociación con los poderes públicos en la exigencia de sus derechos, convirtiéndose en interlocutoras de las instituciones. Así lo narran algunas mujeres lideresas en la construcción de sus barrios.

Nos fuimos a tomarnos el barrio, el terreno y nos fuimos ahí a reubicarnos las 500 familias... nos tomamos el terreno y duramos tres meses también en lo mismo, peor todavía, la lluvia por encima, tapados con plásticos, empezábamos a armar los ranchitos y llegaba el ejército y la policía a sacarnos... finalmente pudimos lograr lo que fue el barrio, lo de empezar a legalizar el barrio. Tadó, Chocó, 2002, P.666.

Bueno para salir de esa situación que teníamos ya, no le digo que nosotros vivíamos de invasión en invasión, nos sacaban y volvíamos a meternos, y nos volvían a sacar y así, porque era que se veía que no podíamos pagar arriendo, porque no nos alcanzaba para el arriendo, y entonces fue ya cuando nos organizamos y nos metimos a una asociación. Medina, Cundinamarca, 2003, P.662.

De la protección a la resistencia

Las mujeres buscan también en los espacios organizativos medidas de protección. Reflejan gran escepticismo frente a la protección que debe brindar el Estado a las mujeres víctimas que se encuentran en medio del conflicto armado, por ello la organización se constituye en el lugar inmediato de protección para ellas y sus familias.

...Porque no tenemos amparo del Estado que nos brinde una protección para uno salvaguardar sus vidas. Samaniego, Nariño, P.338.

Enfrentar el dolor colectivamente genera en las mujeres una sensación de tranquilidad otorgada por dos circunstancias: de un lado sentirse rodeadas de otras, crea una imagen colectiva de fuerza que minimiza la percepción del riesgo. Esta dimensión simbólica y afectiva de ser parte de un “nosotras” es muy importante en las organizaciones de las que forman parte las mujeres entrevistadas; y de otro lado la visibilidad política que alcanzan las acciones de las organizaciones contribuye a que la sociedad conozca lo sucedido y la premisa de que actúe como contención social para que lo hechos no se repitan.

Mi protección fue... continuar unidas con las compañeras, acudir a las organizaciones para defender nuestros derechos, cuando uno sale de todo eso uno busca organizaciones que compartan nuestras ideas. Macayepo, Sucre, 1998, P.236.

Yo pienso que la denuncia que hemos hecho nosotras ya alerta a todo el mundo, a la juventud como una alerta temprana de lo que puede suceder y... al ejército también porque desde que esto pasó ya no hay falsos positivos, ya no hay ejecuciones extrajudiciales, desde que se denunció esto, entonces, la denuncia, la lucha, seguir, perseverar, eso sirve para que otros jóvenes se alerten, para que otras familias sepan lo que ha pasado, igual nosotros en Bogotá hemos hecho jornadas de prevención en colegios, en universidades de estratos altos y estrato sbajos porque, no porque ellos eran del sur entonces a los del norte no les puede

pasar, entonces eso lo hemos hecho en forma de prevención para que esos casos no vuelvan a repetirse. Cabarga, Riosucio, Caldas, 2008, P.625.

Adicionalmente, desde las organizaciones se instauran mecanismos jurídicos de protección a las mujeres víctimas, se establecen estrategias entre mujeres y se promueve el autocuidado, acciones todas que aportan en convertir a las organizaciones en espacios en los que las mujeres no solo se sienten acogidas, sino que efectivamente se trabaja por su seguridad y la de sus familias. En este proceso, el papel de las organizaciones ha sido ir más allá de los mecanismos del Estado, por una parte promoviendo el acompañamiento a las mujeres víctimas frente a distintas diligencias o gestiones, pero también llevando algunos casos ante el sistemas internacionales de derechos humanos para tratar de ampliar las garantías de sus derechos. La seguridad y la protección de las mujeres víctimas es un elemento clave para las distintas organizaciones.

Acá en la Casa de la Mujer, pues acá nos documentaron, porque nosotros ya habíamos hecho la denuncia en Fiscalía, entonces documentaron eso, y vieron los casos que eran, y hablaron con la Comisión Interamericana, y de ahí salieron unas medidas cautelares, porque es que vieron, que era un riesgo extraordinario, y pues yo ahorita tengo medidas de protección. Viotá, Cundinamarca, 2000, P.131.

Por último, la solidaridad, la defensa de sus derechos, el apoyo mutuo y la protección, son parte de forma creciente de una conciencia de la resistencia frente al conflicto armado y la violencia más ampliamente contra las mujeres. Un espacio clave para avanzar un escalón en la recuperación de su identidad, la recuperación económica y tejer lazos que las afiancen en el nuevo y a veces desconocido territorio.

Nos fuimos a acompañar a las víctimas, y eso es un trabajo muy bonito, que nosotros y nosotras en nuestra comunidad indígena tenemos una resistencia muy buena y todo pero, no hemos hecho lo que hace la Ruta que nos llevan a diferentes partes a mirar como han hecho miles de masacres con nuestras mujeres, y siempre mira uno que son las mujeres las que son más afectadas... y así seguiremos y aquí estaremos en las buenas y en las malas con la Ruta. Santander del Quilichao, Cauca, 2001, P.326.

El afrontamiento positivo a través de la vinculación de las mujeres a los procesos organizativos contribuye a sanar individual y colectivamente, a la búsqueda de justicia, a que las generaciones siguientes no tengan que vivir los efectos de la guerra, a resistirse a creer que la guerra es su único destino.

El estar hoy aquí en la organización con las mujeres y hacer resistencia a todo esto, con mi familia, mis hijos principalmente, mis nietos que están aquí, mis nietas que han quedado sin un papá, me han llevado a tener más fortaleza, a tener más conocimiento de las cosas ya querer que tengamos un país con justicia social que realmente nuestras voces, a donde quiera que vamos, se sientan. Ocaña, Norte de Santander, 2008, P.788.

III. Transformaciones en su rol de identidad: familia y nuevos roles

La mirada reflexiva hacia el pasado que trazan las mujeres en las entrevistas les lleva a reconstruir un recorrido interior en el que debieron sobreponerse al dolor y la impotencia para seguir adelante y rehacer lazos con la vida en positivo. Al volver a recordar esa experiencia, aluden a los asideros que les dieron fuerza para vivir el presente sin quedar apegadas al dolor. Entre ellos mencionan la responsabilidad por las hijas e hijos, la lealtad a personas queridas, la propia dignidad y el aprecio del valor de la vida.

Como se señaló en la introducción de este capítulo, la mayoría de las mujeres optó por centrarse en su familia para proteger su vida y la de los suyos (65%). Sin embargo, este centrarse en sus próximos muestra una respuesta tendente a no solo a su propia protección o un afrontamiento individual, sino un cuidado por los otros y sus responsabilidades familiares. Además, casi seis de cada diez mujeres señaló también una transformación de sus roles al interior de la familia y de su propia identidad (57.39%), siendo su principal sostenimiento económico y afectivo (54.50%).

Las mujeres señalan también cómo en el proceso de afrontamiento hubo hechos cruciales que les hicieron sentir que sus vidas volvían a recobrar un cierto orden y sentido: el hecho de rehacer la casa como espacio de vida, la obtención de medios para subsistir, la recepción de ayudas y el saberse formando parte de nuevo de una comunidad de relaciones. Las mujeres nombran los apoyos recibidos y expresan gratitud por ellos.

No podía quedarme ahí en el dolor

Entre las mujeres entrevistadas, algunas reexaminan el momento en que, situadas en el estrecho paso entre “no poder vivir” y “seguir pudiendo” en que las había sumido el quebranto debido a las pérdidas o a los abusos sufridos, encontraron el modo de seguir anudando los hilos de la vida. El complejo aprendizaje derivado de esta experiencia se expresa en las voces de mujeres con variados matices.

Para hablar de ese momento crucial y delicado, utilizan en ocasiones imágenes que refieren a un lugar de dolor del que pudieron salir, y a los recursos que pusieron en marcha en este proceso. El lugar del dolor, asociado al desconsuelo y a la culpa, se puede abandonar con determinación buscando salidas; en este caso, la actividad de estudiar asociada al recuerdo y al vínculo con el hijo asesinado permitió a la mujer salir de aquel.

Yo me acordé de unas frases que él me dijo cuando terminamos la primaria. Me dijo: “mamá lo que yo tengo te lo debo a vos, yo voy a hacer mamá que todo el mundo se enorgullezca de mí y que se enorgullezca de usted, porque vamos a estudiar juntos y voy a pasar a la universidad, y quiero que estemos juntos”. Esas palabras, cuando yo las recordé, para mí ese momento cuando terminamos la primaria fue muy efusivo, salir al frente. Todas estas cosas me dan fuerza y dije no voy a desfallecer. Y terminé mi bachillerato... No podía quedarme ahí en el dolor... todo el tiempo culpándome. Bello, Antioquia, 2003, P.15.

El lugar del dolor se describe en otros testimonios como inmovilidad que no permite mejorar. Una inmovilidad que genera el estar encerrada en los propios problemas y el descuido de todo lo demás. Permanecer sellada en ese lugar sin poder vivir el presente, significa también seguir sin esperar nada del futuro. Esta fijación en el dolor repercute en las relaciones pudiendo tener duras consecuencias para las hijas y los hijos.

Pues el mensaje que yo digo que así hay muchas montañas que se le vienen encima a uno, pero uno se para y volver a empezar. Que uno sabe que tiene que luchar es por los hijos... Uno no puede quedarse en el dolor, porque si se queda en el dolor, ahí se queda para siempre... Por eso siempre uno espera vivir el hoy para esperar el mañana mejor, porque si no, se queda uno sellado ahí, entonces no puede salir adelante. Naya, Cauca, 2005, P.378.

No quedarse fijada en el dolor requiere ser capaz de superar la parálisis que provocan los hechos traumáticos. De su experiencia de desplazamiento forzado la mujer entrevistada aprendió que es necesario tener la fortaleza y la sabiduría de no detenerse para conseguir que las situaciones cambien para mejor.

Entonces a veces uno tiene que saber sobrellevar la situación, como tener esa fortaleza para uno salir adelante. O sea, no sentarse en un sentimiento de que me voy a quedar sentada aquí y no voy a hacer nada, porque sentada tampoco le llega nada. Entonces así ha sido la vida mía, la situación desde los cinco años que he sido desplazada. Urrao, Antioquia, 2005, P.597.

Para salir adelante sin quedar apegada al dolor provocado por los hechos violatorios es necesario un proceso de fortalecimiento al que puede contribuir el apoyo de otras personas, sabiendo no obstante que el daño recibido va a dejar su huella.

Con mucha resistencia y digo que no nos debemos quedar aunque hay cosas que nos marcan toda la vida, hay que tratar de ir saliendo de ahí, ir fortaleciendo, gracias a todas estas entidades que uno ha estado ahí, lo han ayudado mucho, porque saber que uno está con la mamá por allá detenida... hay que aprender a afrontarlo. Belén de Guajirá, Antioquia, 1992, P.19.

Probablemente las mujeres sintieron a veces que aun deseando la muerte, que es inmovilidad y abandono, el compromiso con la vida y con las personas a su cargo las obligaba a seguir viviendo.

Uno quiere morirse al instante, quiere morirse, quiere irse con ellos. Pero toca seguir su vida. Toca salir adelante luchando como quiera, seguir incluso por los hijos que dejan. Toca seguir luchando. La Hormiga, Putumayo, 1998, P.544.

La pena y el sufrimiento prolongados enseñaron a las mujeres un límite a partir del cual el desconsuelo es inútil. Tal vez ese fue el punto de inflexión para retomar la vida con

sus vínculos, aunque nada volviera a ser lo mismo porque la experiencia de transitar y sobrevivir al dolor las había cambiado.

Sufrir y sufrir, derramar lágrimas, ya hasta el momento me he cansado de llorar, porque con llorar no los revivo, pero sigo pensando que la vida sigue, y que tengo que seguir luchando por mí, y por mis hijos. Pero que eso fue muy duro y el vacío que hay en mi corazón, que yo ya no soy la misma, no soy la misma. Caseríos de Frías, Tolima, 2000, P.164.

La autocompasión como una actitud improductiva lleva al abandono de una misma y de los demás. Las mujeres aluden, por el contrario, a la valentía que ellas desplegaron para enfrentar los hechos y seguir adelante con la vida.

También digo que las mujeres tenemos que ser verracas. Y algo tiene que resultar, así sea barriendo calles o algo. Así sea barrer calle o a reciclar, lo que sea, pero yo digo que las mujeres no nos podemos dejar morir de hambre. La Dorada, Caldas, 2003, P.856.

Algunas mujeres aprendieron a poner freno al derrumbe personal - y las condiciones de precariedad y no en pocas ocasiones en estado de indignancia - que les supuso de ser víctimas de violaciones de derechos humanos. La percepción de haber entrado en una dinámica de hundimiento que podía no tener retorno fue para muchas de ellas, el tope a partir del cual tomó fuerza para salir.

Antes de eso, me propuse yo misma salir pues de ese abismo, que yo veía que cada vez me iba como más. Dagua, Valle del Cauca, 2002, P.863.

La experiencia del hundimiento es un círculo vicioso en el que se retroalimenta la desdicha y el dolor. Contar con algunos recursos para detenerlo permite reconducir hacia sentimientos positivos y encontrar asideros para seguir adelante.

Yo lo que tenía era que trabajar, seguir adelante y trabajar, de pronto a mí me ha ayudado ya después, salir por ahí si hay conferencias, charlas interesantes, de trabajo espiritual, de trabajo de autoestima y todo este tipo de cosas, eso lo fortalece a uno mucho. Lo fortalecen a uno y le da una visión también, de cómo de pronto manejar cositas, de cómo soltar tanta cosa también, porque a veces uno va cayendo en un círculo vicioso en que se le va volviendo cada cosa una tragedia... Buenos Aires, Cauca, 2000, P.354.

Una imagen recurrente para expresar cómo algunas hicieron frente a los impactos de las violaciones de derechos humanos es la de una situación paradójica en la que se hace posible lo que parece imposible: seguir sacando fuerza cuando una siente que no le queda ninguna; tratar de olvidar lo que no es posible dejar de recordar. Y sin embargo de esos imposibles emerge lentamente la mejora. La capacidad de asimilar los hechos ocurridos permitió, poco a poco, volver a poner orden en el caos emocional

Pidiendo primero a Dios fortaleza y luchando uno, sacando fuerzas donde uno no las tiene para salir adelante y olvidar todo ese proceso, aunque todavía no se olvida, pero... ahí ya está uno un poco mejor. Particularmente, yo lloraba, como estrés y como impotencia y como desaliento al mismo tiempo. Pero ahí tratando de asimilar las cosas, fuimos superando ese caos, por decirlo así. Barrio Kennedy, Bogotá, D.C., 1998, P.746.

Algunas de las mujeres entrevistadas narran procesos personales de transformación de sentimientos y sensaciones negativas que les permitieron reorientar sus vivencias en un sentido de mejora y recuperar la relación con la gente.

No sé cómo cambié, principié yo misma a cambiar, a olvidarme de tanto dolor. Principié yo misma, a recordar cosas bonitas, y no recordar tanto dolor, y tanta cosa mala que nos pasó. Entonces, fui cambiando las cosas malas, por cosas bonitas, y en salir, y en tratar más como la gente. Dagua, Valle del Cauca, 2000, P.863.

La mujer entrevistada narra cómo los sentimientos de rencor, de rabia y los pensamientos de venganza la ocuparon hasta que desplazaron su pensamiento hacia las hijas y los hijos le proporcionó una medida, un sentido del límite, a partir del cual trató de cambiar, aunque con elevados costes emocionales. Sin embargo, sólo pudo superar el resentimiento cuando tuvo empleo y se capacitó, encontrando una proyección profesional. Esa situación se ha dado en otras numerosas víctimas.

Hubo un tiempo en que yo estuve con los pensamientos de venganza. Después, como tengo los hijos jóvenes, también las hijas, entonces yo no pensé solo en mí, pensé en mis hijos. Yo ya tenía otros dos hijos que tengo. Entonces me detuve de eso. Al momento de que yo tenía ese pensamiento malo, ese rencor, esa rabia, traté de pensar diferente. Hubo un tiempo que traté de perder la memoria. Y gracias a una oportunidad que me dieron aquí, pude entrar a trabajar dos meses desempeñándome como promotora de salud. Entonces ahí me incluí en Samaniego en unas capacitaciones y entré Oxfam. Eso me sirvió harto porque pude de pronto olvidar el resentimiento o el rencor que yo tenía. Villagarzón, Putumayo, 2002, P.345.

En otros casos, en esa búsqueda de sentido a los hechos, la víctima puede pasar a culpabilizarse o culpabilizar a otras personas como en el siguiente caso. No obstante, su capacidad de reflexión le permitió discernir la realidad y reconducir sus actividades y sus sentimientos hacia una valoración de la vida. El aprendizaje que ella transmite es la necesidad de aceptar con el tiempo el hecho de estar viva, a pesar de haber pasado por una experiencia atroz. Esto permite buscar apoyos y ayudas que facilitan convivir con las secuelas de la violencia sufrida.

Yo como que culpaba a mi propia gente de eso, sabiendo que ellos nada tenían que ver; ellos creo que sentían el mismo dolor de ver que yo a esa edad había perdido

el brazo. No era el caso, después yo me puse a reflexionar, ellos nada tienen que ver, fue un problema muy aparte a la vida de ellos, luego volví a mi resguardo otra vez, es allí cuando... y claro yo aprendí rápido a manejar, entonces con eso me di cuenta que yo estaba viva, que podía seguir haciendo cosas y eso. Páez, Cauca, 1986, P.302.

Tratar de vivir el presente

Uno de los movimientos interiores necesarios para superar los impactos de la violencia, tiene que ver con el tiempo y se expresa con la imagen de dejar que el pasado quede atrás, que no ocupe el lugar del presente.

Me siento mejor, porque hay que tratar de dejarlo en el pasado, ¿no? Tratar de vivir el presente, y pa' delante. Nada pa' atrás, porque atrás... Bocas de Satinga, Nariño, P.877.

La idea de ir hacia adelante es tal vez la más repetida para subrayar la necesidad de delimitar un momento anterior en el que ocurrieron los hechos traumáticos. Hacer que esos hechos queden circunscritos al pasado para evitar que sigan invadiendo el presente. Un presente que se va haciendo en las relaciones vivas, con apertura a lo que pueda ocurrir.

Mira, mejor dicho echar pa'lante, pa'tras ni un pase, echar pa'lante, porque lo que fue, fue, y pedirle al señor resignación, y que me dé unos días más, para yo estar con los hijos, y de pronto dejarles algo, no se sabe. Apartadó, Antioquia, 1997, P.128.

En la mente yo ya decía, pues ya esto pasó, ya yo no puedo, o sea, yo decía que eso que me había pasado no me va volver a pasar y que gracias a Dios no me pasó nada más grave y...o sea, tener una mentalidad... tener una mente positiva, no pensar siempre en las cosas negativas, en pensar en lo que me pasó sino pensar en el presente, pensar en lo que me va a pasar más adelante, en lo que viene... Bodegas, Santander, P.787.

Hacer una nueva vida, empezar de cero, son otros modos de afirmar que hay que ir dejando atrás el daño sufrido. Soltar el peso que imponen los “sentimientos malos, los sufrimientos de la guerra”, para poder recomenzar la vida en presente, aunque ese presente siempre estará acompañado de recuerdos que son imborrables.

Creo que es justo cambiar de vida hacer una nueva vida aunque yo digo sería muy bueno que a usted se le borrara todo del CD y empezar una vida de cero, pero es imposible. Se pueden dejar cosas, pero las de la mente no se pueden borrar nunca, eso lo llevamos acá presentes porque a donde vayamos siempre iré con nosotros. El sufrimiento es algo que hay que ir alejando de nosotros al ver que las cosas buenas van pasando... San Francisco, Antioquia, 2001, P.91.

El transcurso del tiempo en sí mismo es también un factor de cambio porque el fluir de la vida y los acontecimientos se imponen, permitiendo resituar las experiencias dolorosas. Si bien el tiempo no lo cura todo, a pesar de lo que dice el dicho, el tiempo puede ayudar a poner ir enfrentando la situación y aminorar el dolor, aunque también este puede cronificarse.

Pues yo y mi familia a la medida de que el tiempo iba pasando y las cosas se iban dando, fuimos enfrentándolas. Me puse a pensar que la vida seguía, que la vida no es ahí y tenía que sacar mis hijos adelante. Buey, Chocó, 2005, P.462.

Uno de los aprendizajes que transmiten los testimonios de mujeres es la aceptación de que los hechos dolorosos ocurridos son irreversibles. Es esta aceptación de la realidad la que permite seguir recibiendo lo que la vida ofrezca en presente. La aceptación de los hechos, también en este caso de desplazamiento forzado, se expresa en el siguiente testimonio como adaptación a la situación, puesto que la añoranza y el deseo del retorno persisten, pero se reconoce la imposibilidad aún de volver al lugar de origen por la presencia y el control de los perpetradores.

Siempre, todavía me acuerdo de mi tierrita que tenía, pero al mismo tiempo se resigna uno y... De todas maneras uno tiene que bregar para salir adelante. Cómo se va a tirar uno pues a no hacer nada... Entonces ahí está uno sí en la lucha, sí, a ratos piensa de volver a regresar a su tierra; pero no, porque uno ha visto la situación de esa gente cómo han matado, entonces no. Aguadas, Caldas, 2004, P.597.

La fragilidad del curso de la propia vida es también un aprendizaje que permite asumir la realidad de que unos hechos inesperados empeoren bruscamente la propia situación vital. Esa misma conciencia de la continua posibilidad de que ocurran cambios, da la convicción de que con esfuerzo la vida puede volver a mejorar.

Un cambio drástico en la vida donde tu estás bien y de un momento a otro estás mal. Pero luchando, tú otra vez te mejoras. Son cambios que uno no espera y que de pronto ya están marcados en la vida y uno tiene que aceptarlos. Será, pero sí, ha sido un cambio muy grande. Riosucio, Chocó, 1996, P.217.

La idea de conformidad tiene que ver, en el siguiente testimonio, con una actitud vital de no rendirse como persona dejándose invadir por sentimientos negativos que empeoran la propia existencia. En esa actitud está también, la necesidad de circunscribir los hechos violatorios al pasado para proseguir el curso de la vida.

Ahora, a uno ya le va pasando, ya tiene uno que conformarse, lo que pasó, pasó, porque uno ya qué puede hacer. Uno ya maldecir no puede, amargarse la vida tampoco. Ya lo que pasó, pasó, y hay que asumir uno mismo las consecuencias, ya es como que se acostumbra. El Tambo, Cauca, P.301.

Al volver a recordar cómo salieron del lugar del dolor y se volvieron a vincular al presente, las mujeres entrevistadas dieron significados profundos a sus procesos y explicaron

aprendizajes que van más allá de su vivencia concreta e irrepetible, para constituirse en un saber de la experiencia que ponen a disposición de las demás.

Para la mujer entrevistada que narra su experiencia de desplazamiento forzado, salir adelante es no dejarse arrebatar la dignidad. Su testimonio transmite la resistencia a quedar fijada en el lugar de “desplazada”, con todas las connotaciones negativas que conlleva. No se resigna a ser la “otra” desconocida, a quien se niega valor y de quien se desconfía. Pero la incorporación a la vida colectiva de barrio, sin el estigma de la víctima de desplazamiento forzado, requiere una actitud personal asertiva que ayude a transformar la mirada de los demás.

Cuando apenas llegamos al barrio, decían que nosotros éramos malos, que ahí eran ladrones, que eran... bueno, que matones, de todo por el hecho de que éramos desplazados... nos discriminaban mucho, pero entonces yo le dije: si nosotros no somos lo que ellos piensan, ¿por qué no vamos a andar con la cara en alto? Andemos con la frente en alto. Inclusive cuando entró el alcalde nunca nos ponía atención, para él éramos unas viejas que se la llevaban pidiendo, unas muertas de hambre que venían al municipio a poner problemas. Sucre, Cauca, 2002, P.390.

Hacerse cargo de las propias experiencias, por duras que sean, afrontándolas sin convertirlas en culpa o en carga para otros, requiere fortaleza y sabiduría. Muchas mujeres apelan a esa capacidad de afrontamiento en nombre de la responsabilidad que se contrae cuando se da la vida a otros, que no merecen heredar el daño injusto recibido por sus antecesores.

Uno no puede pasar en la vida culpando a los demás de lo que le pasa a uno. Usted tiene que ser capaz de afrontar sus propias cosas, por grandes y duras que sean, usted tiene que ser capaz, porque si usted es débil y usted se entrega a todo lo que le pasa, sus hijos van a cargar con la misma cadena que uno cargó, y yo pienso que no. No porque ellos no pidieron venir al mundo, uno les dio la vida y uno tiene que responder por ellos. Primavera, Arauca, 2007, P.693.

Poner el valor de la vida por delante del de las cosas materiales fue otro aprendizaje emergido de la experiencia de la desposesión derivada de los hechos de violencia. Ante el dilema de defender las posesiones propias o la propia vida, muchas mujeres eligieron el don único de la vida, aceptando que las cosas materiales pueden reemplazarse y la vida no.

Para nosotros fue muy duro porque uno trabajar tanto tiempo en el monte y conseguir las cosas con dificultades y perderlas así... pues nos pusimos a pensar que la vida estaba primero y que las cosas materiales se podían remplazar en otra época si Dios nos daba la oportunidad, pero la vida era una sola y que mejor preferíamos la vida. Riosucio, Chocó, 1991, P.496.

Nadie más lo va a hacer por mí

Una de las formas de dar sentido a las experiencias vividas y a la necesidad de seguir adelante en la vida, es la lealtad al vínculo con la persona amada y el proyecto compartido con aquella, aunque ya no esté. Estas formas de recuerdo de los que ya no están, que son maneras positivas de enfrentar el duelo, son también modos de dar sentido y continuar la trayectoria emprendida, frecuentemente como un legado al que hay que dar continuidad.

Prácticamente ha sido el mismo legado que él me dejó. En cierta medida ya estaba preparada cuando él murió, él me dijo “es posible que vaya a pasar esto y usted tiene que seguir, usted no se me puede quedar. No se me vista de negro, se me va a vestir bien alegre”. Pues él ya me tenía en cierta manera sensibilizada frente a lo que iba a pasar. Pero bueno si yo lo amaba y él también y estábamos construyendo un sueño juntos. Lo que yo menos puedo hacer en este momento es tirarme para atrás, entonces vamos para adelante y la universidad si él estaba feliz de que yo me matriculara, todo lo contrario, voy a terminarla pues con todo mis dolores, con todas mis debilidades y mis incapacidades. Cuando me gradué, el grado se lo dediqué fue a él porque finalmente fue por él que lo hice, él es el que siempre me ha dado la fuerza. Medellín, Antioquia, 1996, P.64.

Otras mujeres sacaron fuerzas para enfrentar los hechos traumáticos del respeto a ellas mismas, de la que proporciona mantener la propia dignidad, no aceptar visiones degradantes que otras personas puedan proyectar sobre una.

Yo, en los primeros días de eso me adelgacé, me puse enferma, me dolía mucho la cabeza, no tenía el mismo apetito para la comida, mucho estrés, me dolía mucho la cabeza, era lo que más me dolía; pero con todas esas dolencias que tenía, yo era para adelante, porque la meta mía no era venir a mendigar aquí, porque yo no soy mendiga, yo tenía mis cosas y para venir a mendigar aquí tampoco. Yo lo que exigía era que me dieran trabajo para poder sostener mi familia. El Tambo, Cauca, 2001, P.308.

Si bien la lógica de proporcionalidad (“si nada debo nada temo”) no funciona en la guerra, dado que muchas personas han sido víctimas sin “deber nada”, y en todo caso nadie es merecedor de sufrir violaciones de derechos humanos, la convicción de no tener culpa alguna puede también ayudar a mantener la propia dignidad y defender el derecho a llevar su propia vida.

Como nada hice malo cuando salí desplazada, siempre he pensado que por qué tengo que estar huyendo, por qué no estoy llevando mi vida normal, como un ser humano normal, tratando de salir adelante, trabajando, queriendo organizar mis cosas mejor, por el bienestar de mi madre que es discapacitada, por el bienestar de mis hijos, y llevando la vida normal, como cualquier ser humano normal. Bogotá, D.C., 2008, P.193.

Finalmente, la conciencia de que ante una situación de persecución injusta una debe sacar de ella misma la fuerza y la entereza de enfrentarla, es otro modo de expresar que lo único que nunca se debe perder es la propia dignidad. Si bien la violencia trata a la víctima como un objeto de desprecio, el aferrarse a su propia dignidad es un elemento clave de la resistencia.

Sacando fuerzas porque una vez alguien me dijo que saliera de esa situación, la persecución de mis compañeras, me dijo “¿tú cómo haces para soportar todo esto?”. Pero no es valentía, no es coraje. Estoy ante una situación y yo soy consciente que si yo no saco la fuerza y la entereza para afrontar las dificultades con la cabeza en alto, nadie más lo va a hacer por mí. Riohacha, Guajira, 2007, P.102.

Así la imagen que una mujer tiene de ella misma es un elemento fundamental de sostén en las situaciones de vulneración de los derechos, pues permite mantener la conciencia del propio valor y presentar resistencia a ser reducida a un objeto manipulable y prescindible por medio de la violencia.

La creación de un territorio de palabra propia fue el modo que halló una de las mujeres entrevistadas para crecer en un medio militarizado en el que se desarrolló su infancia.

A mí me criaron al estilo militar y es: se va para una montaña y camina todo el día en una montaña porque esto es un entrenamiento que le están dando. Entonces por lo que yo opté todo eso fue por escribir, primero hacía dibujos y después escribir y escribir se volvió en un territorio. No era un territorio fijo pero si tenía la oportunidad de plasmar lo que yo estaba pensando, el único territorio que tenía era la palabra y es el único que tengo de manera que es mi proyecto de vida y el sueño que yo tengo es ser escritora. Belén Rincón, Antioquia, 2000, P.12.

Nombrar las cosas, en sus propias palabras, permite darles medida y lugar, hurtarles la posibilidad de que nos arrastren a abismos de angustia y de miedo. Salir del lugar del dolor, dejarlo atrás, tratar de vivir el presente son las expresiones usadas por mujeres para describir cómo afrontaron el quebranto producido por hechos de violencia. Los asideros que ellas encontraron para llevar a cabo el proceso de afrontamiento fueron sobre todo los vínculos afectivos, pero también movilizaron recursos interiores que mantuvieron su fortaleza y dignidad.

Responder por esos niños

El vínculo con las hijas e hijos es tal vez el argumento más repetido para dar razón de lo que empujó a las mujeres a seguir adelante. El amor, la responsabilidad o la obligación asumida hacia ellos son los motores que sostienen un proceso de superación de la aflicción que a veces parecía imposible lograr. Los hijos son pues el principal motivo, según los testimonios de las mujeres entrevistadas, para salir del lugar del dolor y dejarlo atrás, para sacar fuerzas de donde casi no quedan, para enraizarse en el presente y mirar el futuro.

En algunos testimonios se explicita la decisión de salir adelante con y por los hijos, como un momento crucial después de sufrir violaciones de derechos.

Tomé la decisión de salir adelante con mis hijos. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.451.

Me senté y recapacité, y miré que tenía otros hijos y tenía que salir adelante... Bellavista, Chocó, 2002, P.457.

Salir adelante por los hijos fue a veces el impulso que permitió mantener el ánimo, la forma de movilizar energías para la vida.

Algo que me ayude a superar... sí, pues ahorita en estos momentos sí tengo algo de que me ha hecho ¡huy! Que son mis dos hijos, que son los que me dan fuerzas para salir adelante, luchar por ellos y sacarlos adelante. Bodegas, Santander, P.787.

La idea de pelear por los hijos y las hijas es el motivo que da sentido al esfuerzo que requiere rehacer la vida después de las pérdidas debidas a hechos de violencia. Estas relaciones y el sentido de responsabilidad por los otros suponen experiencias resignificantes para muchas mujeres que les han ayudado a enfrentar el impacto traumático.

Lo hacía porque sabía que seguir adelante con mis hijos, donde yo no los hubiera tenido a ellos yo seguro que me hubiera mandado a la muerte también, yo seguí por ellos porque sabía que tenía que hacerle frente porque prácticamente ellos me tenían era a mí, entonces... que yo siempre en la casa he sido mujer y hombre, me ha tocado la lucha con ellos y ahí los llevo... Entonces, pues yo también eso me marcó mucho porque mi hijo tenía buenos pensamientos y todo, y al morir él, todo se acabó, quedó ahí en pensamientos no más... Barrancabermeja, Santander, 1996, P.709.

Las mujeres asumen a menudo la responsabilidad de velar por los hijos como una prioridad en sus vidas que pasa por encima de sus necesidades y sus estados de ánimo, y que también supone una sobrecarga personal.

Yo vendía rifas, comidas, he vendido ropa, todo por mis hijos. Hambre no, primero mis hijos, primero mi responsabilidad con mis hijos. De ahí, las otras cosas. En eso, pero sí, yo creo que eso le afecta a uno bastante. Vereda la Afiladora, Putumayo, P.593.

Responder por los hijos, hacerse cargo de ellos, es un rol atribuido en primer lugar a la madre, aunque otras mujeres de la familia lo asumen en ausencia de aquella. La mujer entrevistada dio un sentido positivo a la responsabilidad respecto a sus hermanos, convirtiéndola en motivo para rehacerse después de haber vivido graves hechos de violencia.

Entonces eso también me motivó porque yo sabía que había un compromiso, como era responder por esos niños que quedaron huérfanos de papá y mamá. Yo traba-

jaba y ayudaba a mirar por ellos. Creo que también fue un motivo por el que yo tenía que vivir y trabajar. Entonces eso también fue más que una carga un motivo para continuar. Belacazar, Cauca, 2009, P.302.

Apostar por la continuidad de la vida después de haber sido víctima de la violencia, y a pesar incluso de la enfermedad, va estrechamente ligado a la responsabilidad que las mujeres asumen en relación a sus criaturas. Una responsabilidad que es también respuesta consciente a la dejación de los padres con respecto a responder por ellas.

Yo sé, yo tengo que seguir en la lucha con mi enfermedad. Pero yo sé que como me mandan los médicos, yo me hago los remedios, para salir, para evitar que yo falte a mis hijos, porque el papá no responde por ellos. El papá no responde. Ni sé de la vida de él. Buenos Aires, Cauca, P.311.

Los hechos de violencia dejaron a numerosas mujeres solas a cargo de los niños y niñas. Estas mujeres, que habían considerado su educación como un proyecto común con su pareja, se vieron obligadas a hacerse cargo en solitario de la misma. No obstante, la crianza y el progreso en los estudios de la hija y el hijo también fueron el acicate para no estancarse en el dolor por la muerte del compañero. En algunos casos esta relación con los ausentes es un fuerte motivo para seguir adelante, también un punto de apoyo para completar la propia formación y seguir estudiando.

Pues yo creo que no les pude dar lo que pensábamos dar los dos, pero yo creo que fui capaz de darle estudio a mi hija, la logré sacar de bachillerato, ahorita ya la tenemos en la Universidad. El niño también está terminando ya bachillerato, yo hice la tecnología, seguí adelante con sacrificios y cosas, pero pues... o sea, no me podía estancar porque él se había muerto, yo dije: "Yo tengo que seguir" y mis hijos tenían que seguir y seguimos, y ahí vamos y aquí estamos, y dando la pelea, porque la sigo dando. Barranquilla, Atlántico, 1995, P.594..

En el mismo sentido, la misión de procurar por los hijos en ausencia del padre fue en otros casos la palanca de apoyo para levantarse y volver a recuperar las ganas de vivir.

Yo los veía ya sin papá, yo a mi esposo lo daba por muerto, yo decía: "A él lo mataron, lo tuvieron que haber matado" porque yo nunca más volví a saber de él. Pero tengo la misión de mis hijos, y yo voy a salir adelante con ellos, si (...) Entonces, eso es una situación como que uno pierde las ganas de vivir, pero si usted tiene una semillita, como esas tres que Dios me había dado... yo pensaba que era una misión que yo tenía que responderle a Dios algún día. Entonces, yo por esos niños me levante, y dije: "Voy a empezar". Tibú, Norte de Santander, 2003, P.693.

Si las hijas y los hijos son el argumento que da sentido para seguir adelante con la vida, también son el motivo por el cual las mujeres no se permiten flaquear, dejarse llevar por los recuerdos, ni desmoronarse. Aunque todo eso supone también una sobrecarga afectiva y social importante, que puede dejar fuera sus propias necesidades psicológicas y de apoyo.

Los hechos los he enfrentado, como mujer, no dejándome llevar del tiempo. Porque, a ver cómo saco mis hijos adelante y cómo sobreviven mis hijos, cómo estudian. Su estudio más que todo eso, para que ellos no se queden... Que más tarde ellos tengan que quedarse por debajo así de otros, para que sigan adelante. Porque ya una tiene que enfrentar las cosas y no dejarse llevar del tiempo, de las cosas malas que le suceden, sino salir adelante. Villagarzón, Putumayo, 2002, P.445.

No se permiten el desánimo, aun a costa de la propia salud, porque sienten que otros dependen de ellas. Numerosas mujeres entrevistadas perciben su lugar en el entramado de relaciones familiares como el puntal que las sostiene, como el elemento que las impulsa y las dirige; un lugar que, por consiguiente, no pueden abandonar. A su vez, ellas buscan ayuda en la medicina, en las relaciones de apoyo u otras formas de dar sentido.

Yo pienso que hay lujos que uno no puede darse y en mi condición de ser la jefe de este hogar, ese es un lujo que yo no me puedo dar; el de desmoronarme es un lujo que no está permitido para mí. Es como cuando uno va conduciendo el timón de un barco, que uno no puede darse ese lujo de abandonarlo en ningún momento. Entonces, si he recurrido a la homeopatía, porque hay un médico muy bueno homeópata, un amigo, y que en este momento conoce la situación; sí, he recurrido a él como en busca de ayuda. Cajibío, Cauca, 2006, P.371.

Apostar por el futuro de los hijos y los nietos hace mantener el compromiso con la vida y con el futuro del país, a pesar de los momentos bajos en los que cuesta seguir viva. Esta capacidad de muchas mujeres víctimas, de centrarse en su familia y retomar nuevos roles sociales y familiares constituye también un aporte para el país que debe ser reconocido.

Yo creo que no me afectó tanto la vida sexual. Creo que, a partir de eso, hoy en día me reconozco que las depresiones me cogen de vez en cuando. Porque yo tengo unos bajones de depresión impresionantes que no quiero nada, que incluso a mí me duele respirar. Hay veces que creo que la lucha de este país está perdida, pero igual yo digo, no mañana será otro día y yo tengo que trabajarle a esto, porque es que yo todavía tengo nietos, y tengo hijos. Belmira, Antioquia, 1986, P.90.

Como se ha visto en numerosos testimonios, el vínculo con las hijas y los hijos es lo que enraíza en el presente a las mujeres. Como señala el testimonio siguiente, pensar en las propias criaturas la lleva a “pensar en la vida” en lugar de “echarse a la muerte”, dándole razones para llevar una “vida normal”.

Pues de todo esto, yo no sé pero pienso mucho, y a pesar de eso, no me arrepiento, de vivir mi vida normal. Yo tengo que pensar en mis otros hijos, porque yo no puedo echarme a la muerte, porque yo por lo menos tengo este niño pequeño, tengo la niña todavía, pues, pensar en la vida. Dagua, Valle del Cauca, P.865.

El apoyo familiar

De la misma manera que centrarse en la familia, y en particular en las necesidades de las hijas e hijos, ha sido una de las formas más frecuentes de enfrentar la violencia, también las fuentes de apoyo para las víctimas han venido en gran parte del apoyo familiar y cercano. La solidaridad al interno de la misma familia fue fundamental para cubrir las necesidades mínimas que permitieron salir adelante a las mujeres víctimas.

No pues positivamente porque ya uno empieza a trabajar y ya... gracias a Dios pues, ya no falta la comida y ya el niño mayor me le ayuda al niño con la ropa y con lo del estudio, ya por esa parte pues... ahí. Aunque vivimos en dos piecitas, mis dos hermanas y nosotros dos, ¡ahí vamos! Riosucio, Caldas, 2002, P.611.

Cuando los impactos de la violencia conllevaron la pérdida de partes del cuerpo, o la invalidez, el cuidado familiar fue imprescindible para sobrevivir. En este caso, la atención recibida por parte de la pareja, en forma de apoyo para conseguir una mayor autonomía de movimiento, permitió a la mujer que dio testimonio volver a contribuir en las tareas domésticas sintiéndose más valiosa y útil dentro del núcleo familiar.

Pues así primero, le dije yo que me dejase un carrito para cocinar yo misma. Ahí está el carro, vea, lo mandó hacer él. Que yo le decía de hacerme una sillita con llantas para yo moverme, para cocinar, jabonar, esperar la comida cuando él salía. Y ya me la hizo hacer él. Yo me daba pena, porque él salía, pobrecito a los quince días, se turnaron con el niño, porque él dijo: “no paguemos cocinera porque no tenemos de dónde”. El gobierno no nos ayudaba. Entonces él le dijo al niño que uno cocinaba, mientras el otro salía y que a lo que él salga, cocine él y así se turnaron... Samaniego, Nariño, 2010, P.340.

Los hijos, el esposo y la familia fueron pues punto de apoyo para superar dificultades y decaimientos, según numerosos testimonios.

Igual yo cogí fuerzas porque igual tenía mi hijito. Yo decía, tienes que luchar, tienes tu hijo, tienes tu vida por delante. Y nada, seguir adelante, creer en ellos y mi esposo que era el que estaba pendiente de mí, de día y de noche. Eso me dio como la fuerza, fueron ellos: la familia, mi hijo y mi esposo. Dorada, Caldas, 2005, P.532.

Para las mujeres víctimas fue importante asimismo recibir apoyos afectivos que les ayudaran a superar la pérdida de sentido de la propia vida. El apoyo material y afectivo que proporciona una relación amorosa ha sido fundamental para que algunas mujeres recobrarán las ganas de seguir con la vida.

Yo era una hebrita de hilo aquí donde estoy, estoy por... porque me daba pena hasta salir a la calle, porque los pantalones no me servían. Yo le doy gracias a él, mis hijos me daban apoyo importante, porque yo prácticamente me mantenía sola en la casa, porque ellos se iban por allá a Medellín y venían por ahí cada dos o

tres años. La hija mía era la que más estaba pendiente. Pero hasta ahora le doy gracias al Señor porque me puso ese hombre en mi camino. Yarumal, Antioquia, 1969, P.38.

En el testimonio que se cita a continuación es el ánimo que transmite la propia hija, fruto de un embarazo forzado, la fuerza que sostiene e impulsa a seguir hacia adelante enfrentando la pobreza e incluso mejorando la propia formación.

Mis hijos, mis hijos porque yo digo, a veces hay días, hay semanas que no tengo ni siquiera ni un pedacito de panela... Seguir, seguir afrontando, a veces mi hija, la que fue producto de la violación, me dice: mamita, ¡luchemos! Por ejemplo, yo el año pasado fue que me gradué; ella se quedaba los sábados, veía los otros dos niños, eh... hacía almuerzo y me decía ¡mami siga! Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.774.

Vea, esta es mi casa

La violencia y las violaciones de derechos humanos apuntan a destruir cuerpos y vidas, a aterrorizar destruyendo para socavar y hacer imposible la vida en condiciones de humanidad. El desplazamiento forzado es una de las violaciones que pone de manifiesto esta intención, pues priva a las personas no sólo de la satisfacción de sus necesidades básicas, como son la vivienda y la obtención de los medios de subsistencia, sino del lugar que ocupan en la red de relaciones cercanas y en la comunidad. Con esta privación material y relacional se pierde el lugar de los afectos y las relaciones íntimas, el espacio propio, la seguridad del cobijo, la autonomía de los propios recursos, el reconocimiento de los demás y con ello se trata de romper la dignidad de las personas y su capacidad de rehacerse, de aparecer como seres valiosos para los demás.

Esta práctica sistemática en la guerra se dirige de forma especial a las mujeres porque son ellas las que se han encargado históricamente de la tarea civilizadora de hacer y rehacer las condiciones de humanidad. Probablemente por eso, en los testimonios que rememoran cómo ellas afrontaron las violaciones de derechos sufridas y cuál fue el signo en positivo que empezó a revertir su situación, mencionan repetidamente el momento en que consiguieron un lugar para vivir, una casa, un espacio en el que hacer hogar, dar cobijo a sus seres queridos y volver a ser alguien en una comunidad de vecinos.

En algunos de los testimonios, aun en condiciones de extrema precariedad, como en el caso de las ocupaciones de tierras o barrios para vivir, la posibilidad de conseguir un lugar y empezar a construir algún tipo de vivienda supuso un paso en positivo para salir del desamparo que significa no contar ni siquiera con un techo.

Cogí un lugarcito, lo organicé, lo tapé con cartón, con colchitas, pues me tocó organizarme así, con colchitas y ya me llegó ayudita gracias al señor, la entablé, en tablita y me amplié y ahí estoy. Por el momento nos toca pagar por él, pero ahí estamos. Hoy en día ya no pago nada porque ya tengo un terrenito. Vereda Peñol, Antioquia, 1998, P.43.

El sentido de la dignidad, de no abusar de quienes prestan apoyo, convirtió en una urgencia la consecución de un lugar para vivir. Así, las invasiones de terrenos fueron vividas como oportunidades para conseguirlo, aunque fuera en unas condiciones tan extremas como las que se narran a continuación.

Mi esposo llegó y se fue, por allá encontró... conoció una señora y la señora le dijo: "Vea que por acá estamos invadiendo, si quiere róbesese ese pedacito, si quiere métase", y él, muy contento, me dijo: "Mami vea, por allí hay un pedacito para que nos metamos", cortó unas guaduitas, le colocó unos plásticos, ¡Estuvimos un tiempo ahí mojándonos, sufriendo en ese pantanero!... de ahí ya fuimos haciendo esterilla, fuimos haciendo las piccitas, la cocinita, el lavaderito. Santa Bárbara, Antioquia, 2001, P.673.

Si acceder a una vivienda satisface la necesidad de contar con un espacio donde se desarrollan las actividades de la vida cotidiana que permiten reproducir las condiciones de humanidad, tener una casa en propiedad se significa como algo valioso pues aunque la pobreza siga siendo extrema, el hecho de no pagar arriendo la hace más llevadera.

Ya el 2003 yo hablaba y todo eso... en la Alcaldía para la casita, la casita nos la dieron, nosotros tenemos la casita de propiedad... pero aguantando hambre sí estamos niña, yo sí digo la verdad, pero gracias Dios y a María Santísima tenemos la casita de propiedad, que no tenemos que pagar arriendo ni nada. San Lorenzo, Nariño, 2001, P.612.

La compra de la vivienda o del solar donde construirla se menciona como un logro por el que vale la pena sacrificarse. Son innumerables las estrategias que las mujeres han utilizado para conseguir una casa, convirtiéndose en el centro de la reconstrucción familiar en medio de la crisis del desplazamiento.

Trabajar y luchar, yo... sabía lo de la modistería, pues me defendí con eso y... yo trabajaba las ocho horas en la fábrica porque el sueldo para mí no era muy grande, y yo tenía una casita que ya había cogido yo, entonces empecé a trabajar para esa casita y luchar, me tocaba trabajar día y noche, eran las madrugadas hasta las dos, tres de la mañana trabajando para yo poder tener mi cuotita que era 8.000 pesos mensuales, cuando eso, y para poder sustentar estas niñas, cuando les tocaba colegio, recreos, uniformes, todo. Piedecuesta, Santander, 1987, P.699.

En otros muchos casos las mujeres consiguieron tener una vivienda propia donde tener los espacios y las condiciones mínimas para vivir en familia, construyéndola paso a paso con sus medios o contando con la ayuda y la solidaridad de otros.

Compré un solar, hice primero una casa. Después de eso me salió un trabajo en casa hogar. Planté la otra casa que hasta la tengo sin el piso, pero no es tanto eso que ahí duermo. Le puse unos sacos de esos verdes que me dieron, que me han

regalado y le puse las paredes así y cobijas y ahí duermo hasta ver si me consigo otra chamba para tirarle la madera. Curvaradó, Bojayá, Chocó, P.422.

En las zonas rurales o suburbanas, tener una casa significa también tener un modo de subsistencia; en estos casos supervivencia, trabajo y cobijo van unidos dando seguridad física y emocional. Sin embargo, en numerosos casos el desplazamiento no conllevó seguridad, y la persecución política siguió en el lugar de desplazamiento. La acción de los antiguos o nuevos grupos armados destruyó o dificultó la construcción y mantenimiento de los espacios de vida. En esos casos, la firmeza, la constancia y la solidaridad entre la gente han sido recursos frecuentemente empleados por las mujeres para defender sus espacios de vida.

Los grupos que habían acá, también nos perseguían y yo, ¡bendito sea mi Dios!, pero aquí me voy a quedar, aquí me muero con mis hijos, y no ya todo fue pasando, las guerras se fueron como acabando y si, hoy en día existen los reinsertados, pero nadie se mete con uno. Urrao, Antioquia, 1996, P.70.

Bueno de tanto luchar y luchar después que se nos quemó todo eso. Pero nosotros necesitábamos una vivienda donde nosotros pudiéramos decir vea esta es mi casa con papeles y con de todo. Mas sin embargo esa gente fue y quemó eso, pero eso nos ayudó porque nosotros, como llevábamos un proceso tan adelantado y nos conocían tantas instituciones y tanta gente, entonces eso nos ayudó que más ligero nos dieran una vivienda. Zaragoza, Antioquia, 1998, P.65.

En muchos testimonios se transmite el valor de la casa como espacio propio que da independencia, dignificando a quienes la poseen. Las mujeres manifiestan la necesidad de llevar una vida digna y expresan el placer de sentir que no se está en espacio ajeno, que no se depende en lo más elemental. La posibilidad de alcanzar esta mínima calidad de vida hace que la disposición al sacrificio para asumir los costes de tener casa propia sea muy elevada. Por lo mismo, al tener ese espacio parece que se puede volver a reanudar la vida con unas condiciones aceptables, aún en medio de la precariedad.

Sentirme de que estoy aquí en este pedacito y que esto es mío... que esto es mío y que yo lo voy a valorar, así sea pagando un arriendo, esto es mío, yo tengo de que ver, estoy trabajando y voy a volver a coger los míos... los míos, no mi esposo, pero tengo un esposo muy hermoso que es Dios nuestro Señor y ya, digo a trabajar, ya estoy en mis capacitaciones porque ya a nosotros ya con eso, ya se nos viene otra... es obligación, pero no obligación forzosa... Puerto Rico, Risaralda, 2001, P.601.

IV. Ocupar nuevos espacios, transformarse como mujer

Las voces de las mujeres que dieron testimonio refieren cómo los cambios que tuvieron lugar en sus vidas con el afrontamiento de la experiencia de sufrir violaciones de derechos humanos supusieron para algunas de ellas pasar a ocupar espacios, realizar actividades y asumir papeles que, en la sociedad colombiana, no se asocian al rol que cumplen las mujeres.

Numerosas mujeres señalan además cómo, junto a los cambios de rol y en interacción con ellos, vivieron una profunda modificación de su ser mujer que atañía a la forma de percibirse ellas mismas, al modo de estar en las relaciones con la pareja y con los hijos. También a su visión del mundo, a su comprensión de la realidad del conflicto colombiano y a su compromiso con el futuro de la misma.

Las mujeres que han podido dar un sentido a ese camino recorrido desde la desdicha de la víctima a la aceptación no resignada de los hechos traumáticos vividos, manifiestan autoconocimiento, valoración de sí mismas y capacidad para expresar la modificación experimentada por ellas. Desgranar las mejoras y los logros personales en terrenos como el de la capacitación, el estudio, la creatividad, la reorientación profesional, la obtención de ingresos y las relaciones personales.

Desde la colocación en el presente, que no supone el olvido ni la desaparición total del dolor por las pérdidas y el sufrimiento vivido, las mujeres entrevistadas expresan también sueños y deseos de mejora en un futuro para ellas, pero sobre todo para sus hijas e hijos, para que recuperen o alcancen una vida buena en un país en paz.

Conseguir trabajo para empezar de nuevo

Las violaciones de derechos humanos sufridas colocaron a muchas mujeres en situaciones inesperadas en las que debieron rehacer por completo su forma de vida. Uno de los elementos clave para redefinir un modo de vida es la obtención de ingresos o recursos que aseguren la subsistencia. La pérdida de la pareja u otros familiares, el desplazamiento de un medio rural a uno urbano, la pérdida de bienes en la huída, los daños físicos y psíquicos alteraron profundamente los equilibrios en la obtención de medios de subsistencia de los núcleos de convivencia.

Para rehacer la vida era imprescindible ganar de nuevo el sustento y resituarse en los espacios y la forma de vida urbana cuando se procedía de zonas rurales. Para las mujeres campesinas el desplazamiento a la ciudad supuso, no sólo abandonar o perder todos los medios que proporcionaban la subsistencia, también se vieron obligadas a aprender a vivir en un medio desconocido.

Yo me puse a trabajar en una casa de familia, en eso me pagaban ochenta mil pesos mensual, y para sostenernos nosotros cuatro con ochenta mil pesos, era una situación bien pesada. Empecé a conocer la gente, a perderle miedo a la ciudad, pues ya después empecé a trabajar en otra parte y ya después para darle estudio a los hijos, porque eso era lo que más me atormentaba, dejar a los hijos sin estudio. Y pues ya hasta hoy, ya un poquito frenteando a la ciudad, porque ya uno aunque sea sabe coger un bus, y sabe salir así sea hacer mercado, y ya se defiende uno mejor. Jardín de las Peñas, Meta, 1998, P.114.

El desplazamiento forzado desde una zona rural significó para muchas familias abandonar o vender lo que se poseía y tener que sobrevivir con esos recursos hasta el momento

en que se consiguiera otra forma de acomodo y de obtención de ingresos para subsistir. Conseguir trabajo, tener hijos y criarlos en una nueva ubicación son elementos fundamentales para sentir un nuevo arraigo, donde el papel de las mujeres es clave en la readaptación y la búsqueda de recursos para la sobrevivencia en medios hostiles.

Sufrí cuando recién vine de por allá porque pues por acá casi nadie nos distinguía entonces ahí fue el sufrimiento que tuvimos y lo poquito que trajimos pues vea las vacas que yo vendí, pues eso fue lo que nos sirvió para comer y cuando en eso ya había salido de la barriga el niño y pasamos un tiempo así hasta que él ya consiguió trabajo con ese señor donde vivimos. Ahí pues le pagan barato pero pues ahí hemos criado los hijos, los hemos hecho jóvenes, porque ahí ya se han jovenciado y han nacido los otricos que trajimos. San Antonio Getuchá, Caquetá, 2000, P.549.

Numerosas mujeres quedaron además a cargo de los hijos y otras personas, como cabezas de familia en hogares monoparentales.

Mi mamá es una verraca, o sea, ella sacarnos a nosotros adelante después de eso, pues ella toda la vida había trabajado, pero implicaba dejarnos solas, implicaba ella tener a mi abuela ahí, tratar de que nosotras tuviéramos una carrera, o sea, implicaba muchas cosas ¡Sola!, porque ella siempre había tenido el apoyo de mi papá... entonces para ella, yo pienso que muy duro, muy difícil, pero lo hizo, y para nosotras el dolor, el dolor de no poder hacer cosas que queríamos de pronto hacer con mi papá. Pereira, Risaralda, 1999, P.600.

Hacerse cargo de los hijos requirió coraje por parte de las mujeres que enfrentaron esta situación. Además, esta responsabilidad supuso una sobrecarga económica que probablemente limitó su autonomía de madres cabeza de familia monoparental en otros terrenos. En la mayor parte de los casos la nueva situación supuso un empobrecimiento, a veces significó perderlo todo quedando en la indigencia, y exigió una gran capacidad de sobreponerse, de adaptarse y de aprender no sólo nuevas competencias de trabajo, también de actitud, de disposición, de iniciativa y de autonomía personal.

En los testimonios de mujeres hallamos las múltiples formas que ellas encontraron para afrontar la recomposición de la propia vida buscando el modo de conseguir ingresos. Varias mujeres explican en las entrevistas cómo pusieron en juego los saberes femeninos aprendidos en el proceso predominante de socialización de las mujeres, con la finalidad de ganar el ingreso principal de su familia. Es decir, convirtieron esos saberes en competencias laborales transfiriéndolos al ámbito mercantil para cumplir el rol de asegurar el sustento familiar que se atribuye a los hombres. Una operación que ellas hicieron conscientes de la cadena de trabajos feminizados en la que participaban. Hay que tener en cuenta que pese a esta capacidad referida por las mujeres, el contexto de su situación ha sido de indolencia y la falta de garantías de los derechos de la institucionalidad para con las situaciones que tuvieron que enfrentar las mujeres o que siguen enfrentando. Porque cualquier esfuerzo se hizo sin valoración social, en condiciones de alta precariedad y por ganarse algo para no morir de hambre.

Imagínese que yo llegué acá y empecé a trabajar en casa de familia, eso es lo que hace uno, deja de hacer sus cosas en la casa y viene a trabajarle a otra en su casa. Urabá, Chocó, 1995, P.169.

Yo estaba acostumbrada a trabajar como mujer que me enseñaron, pero no estaba acostumbrada a venir aquí a casas de familia, no estaba acostumbrada a lavar, y a cocinar pero para mí, no a cocinarle a otras personas, no a barrer baños, porque me tocó un tiempo de mesera para poder subsistir aquí en Bogotá. Cambió muchísimo mi vida. Pamplona, Norte de Santander, 2005, P.168.

Siguiendo la misma estrategia, un buen número de mujeres recurrió a la venta de comida elaborada por ellas como el modo más inmediato de obtener ingresos.

Yo acá trabajo, trabajé en un negocito, mi hermana me dejó un puestecito como tres años, trabajé vendiendo comida, arepas, empanadas, para el sustento de los muchachos. Bogotá, D.C., 2004, P.165.

Recurrir al recurso de la elaboración de comida para vender permitió a algunas mujeres no depender de la ayuda pública, por otra parte muy precarias para sobrevivir con sus familias.

Otro mercado

Ese día que me citaron a esa reunión yo no tenía ¡nada, nada, nada qué darle a mis hijos! La reunión era a las dos de la tarde, mis hijos estaban sin desayuno. Llegué a esa reunión y cuando terminó me acerqué a una muchacha, le digo “doctora yo necesito ayuda, yo necesito que... me colaboren. Tengo cinco hijos, mi esposo me lo desaparecieron, estoy sola, estoy enferma y no tengo nada para darle de comer a esos cinco hijos, a esta hora están sin desayuno”. Entonces me dijo: “y usted qué quiere ¿un mercado?” Entonces yo le contesté: “doctora pues, la verdad si usted me va a dar un mercado yo se lo agradezco, pero le agradecería que fuera incluido maíz, queso y mantequilla”. Entonces ella me miró como que... ve aparte de todo jodida, exigente. Y me dijo: “¿por qué usted me pide que le dé eso?”, “una muchacha me enseñó a hacer unas arepas, entonces si usted a mí me da eso yo voy y hago las arepas, las vendo y consigo para la comida de mis hijos. Si usted me da un mercado yo voy, les cocino a mis hijos y se me acaba el mercado y vuelvo acá”. Entonces esas palabras a ella la conmovieron mucho que me dijo espere un momento. Ella se fue por allá y consiguió 20 mil pesos. Esos 20 mil pesos fue el tesoro más grande que yo recibí después de la desaparición de mi esposo. Entonces con eso inicié yo. Ese día, entonces ya llegué a la casa llevé para trabajar y llevé para hacerles una comida a mis hijos... y así continué y he continuado todo el sufrimiento. Barrancabermeja, Santander, 2000, P.794.

La elaboración y la venta de productos de alimentación fue pues una de las actividades económicas que las mujeres desarrollaron aprovechando sus conocimientos de los pro-

ductos y de las redes de distribución. La costura es también una de las habilidades que las mujeres suelen poner en juego en situaciones económicas difíciles, transfiriendo lo aprendido para el ámbito doméstico a la esfera del trabajo mercantil.

Yo ayudaba en confecciones porque en ese tiempo no sabía bien de modistería entonces trabajaba en lo que salga, porque en la ciudad así sea para pegar un bolsillo es operaria o para filetear. O sea en una fábrica así sea bodeguera le dan trabajo, empezamos pegando botones, sacando los hilos, luego ya pasé a otros niveles. La Hormiga, Putumayo, 1998, P.548.

Otras mujeres encontraron el modo, o recibieron el apoyo de otras personas, para seguir desarrollando las profesiones para las que se habían formado, u otras para las que se requerían conocimientos y habilidades muy próximas a los ámbitos en los que ellas habían estado empleadas.

Con el apoyo de mis papás... yo, ya empecé a estudiar... empecé a estudiar y empecé a trabajar, como promotora... ya me volví como promotora y me resultó para estudiar como auxiliar, entonces... de auxiliar técnico, y he trabajado, siempre he trabajado para sacar a mis hijos adelante, para que ellos estudien, y pues, ya mis hijos son unos viejos y ahí vamos. Riosucio, Caldas, 1992, P.617.

En estos casos, aunque habiendo perdido el estatus y el reconocimiento que antes tenían en el ámbito laboral y a veces partiendo de situaciones de extrema pobreza, las mujeres pudieron recuperar de algún modo su perfil profesional, muchas veces colaborando en proyectos de apoyo a población desplazada o en situación de exclusión.

Cuando ya el desplazamiento directamente, uno aquí en Timba como empleada de salud que yo era, yo llegué fue directamente a trabajar con la comunidad, con los desplazados, con los organizadores. Silencio, Cauca, 2000, P.379.

Las mujeres entrevistadas reconocen las mediaciones que las ayudaron en los momentos difíciles y señalan cómo a partir de un momento, gracias a esos apoyos, lograron una cierta estabilidad en los ingresos que les permitieron sostenerse por ellas mismas e incluso contribuir al mantenimiento de otros. La creación de negocios familiares o pequeñas empresas, en solitario o asociándose con otras, ha sido una de las opciones que las mujeres han tomado para asegurarse unos ingresos y reorientar su modo de vida, buscando una cierta estabilidad e independencia después de las violaciones de derechos humanos sufridas.

En muy pocas ocasiones las ayudas proporcionadas por el gobierno han sido suficientes o satisfactorias para las necesidades de las poblaciones desplazadas. La mayor parte de las veces se limita a unos meses de ayuda humanitaria de emergencia para los desplazados, aunque diferentes instituciones, el marco legal de la ley 387 y el auto 092 de la

Corte Constitucional⁶¹ suponen un conjunto de recursos y posibilidades para la población desplazada.

Las actividades económicas emprendidas por mujeres requirieron a veces que ellas aprendieran a manejarse en terrenos que desconocían. Sin embargo, su capacidad de adquirir nuevas competencias y su iniciativa permitieron hacer crecer los negocios dirigidos por ellas. En el proceso de creación de pequeñas empresas por parte de mujeres, la capacitación fue un vehículo que les proporcionó seguridad. En el caso siguiente, varias mujeres desplazadas se asociaron para sacar adelante un proyecto colectivo de empresa de industria alimentaria que les proporcionara ingresos. Un proyecto con el que la mujer entrevistada, que fue su promotora, se siente comprometida más allá de un mero modo de subsistencia.

Nos dimos cuenta que aquí había bastante personas desplazadas, se me vino la idea de unirnos, de legalizarnos y la gente... sí yo siento que la gente me escuchó y todavía todo lo que va pasando el tiempo. Con todos los logros que hemos tenido, que hemos conseguido, yo me siento, no como más importante, me siento bien porque sé que tengo personas que creen en mí, que han creído y que siguen creyendo y algunas que se han agregado también. San Jacinto, Bolívar, 1989, P.214.

La producción de artesanías vinculadas a las culturas tradicionales ha sido otra de las actividades económicas que han permitido a las mujeres indígenas tener una cierta independencia económica o hacer aportaciones dinerarias a la economía familiar.

Hoy en día estoy trabajando independiente con mis artesanías Wayuú, que a nosotros nos enseñan a hacer esas cosas e hice merito, o hice alarde de esas artesanías y estoy trabajándole, pero ha sido duro. Riohacha, La Guajira, 2004, P.170.

Además de responder a la necesidad de obtener ingresos, el trabajo ha sido también una forma de poner distancia emocional de los hechos, y no focalizar la atención sobre el sufrimiento o la pérdida.

Porque, primero lo necesita, y lo otro me centré demasiado en el trabajo, entonces eso se ayudaba a disipar el dolor y a disipar todo lo que estaba pasando. Pero nunca me enfermé, yo nunca me enfermé, yo no sé qué es ir a un hospital para nada. Entonces, cuando tenía que llorar lloraba y cuando tenía que reír yo reía, y trataba de hacerles la vida feliz a mis hijos. No me dejé derrotar por el dolor ni por nada... nada. Y la separación de mi esposo fue terrible, porque después de haber pasado tantas cosas... Tibú, Norte de Santander, 2003, P.693.

Algunas de las mujeres entrevistadas, cuando revisan el recorrido realizado y a pesar de las dificultades por las que tuvieron que transitar, saben reconocer los propios mé-

61 El auto 092 de la Corte Constitucional, expedido en el 2008, con base en la sentencia T025 declara el estado de cosas inconstitucionales y los efectos desproporcionados para las mujeres derivados del conflicto armado.

ritos, las cualidades que ellas han revertido en el mundo del trabajo. Cualidades como la independencia, la capacidad de realizar proyectos propios, la valentía, la dignidad personal.

Tratar de sobrevivir dignamente, trabajando, yo he trabajado mucho acá, incluso he trabajado con la alcaldía, he trabajado con fundaciones, en restaurantes, en hoteles, de ahí en todo lo que se denomine, pegando afiches en la calle, barriendo, entonces mantener, la dignidad por encima de todo. Valle del Cauca, 1990, P.172.

La posibilidad de estudiar

Muchas de las mujeres entrevistadas mencionan su empeño en estudiar, su disposición a realizar un esfuerzo adicional para conseguir graduarse o titularse en algún nivel o alguna rama de la enseñanza reglada. El estudio como actividad educativa ha sido a menudo negado a las mujeres por considerar que no correspondía a su papel en la sociedad patriarcal. Ellas en cambio manifiestan su deseo y su compromiso de realizar estudios como una forma de mejora personal, de proyección profesional y también como una vía de intervención para hacer justicia o ayudar a los demás.

Los obstáculos que las mujeres encontraron a su deseo de estudiar fueron probablemente de muy diversa índole; algunos de ellos de carácter económico, relacionados con la extracción social o con los parámetros culturales del lugar y la familia de nacimiento. Un obstáculo crucial que se entrelazó con todos los anteriores fue el prejuicio relacionado con el sistema patriarcal según el cual las mujeres, puesto que su función social “natural” era el cuidado de las personas, la crianza de los hijos y las tareas en el ámbito doméstico, no necesitaban ni debían adquirir unos conocimientos y una educación destinados a quienes desempeñaban tareas en la esfera de las profesiones o el empleo, es decir, a los hombres. La imposición de estos criterios generó a menudo una gran frustración entre las mujeres que deseaban tener una proyección profesional.

Yo, por ejemplo, decía que quería estudiar, que quería ser una persona bien, una profesional, al menos que terminara mi bachillerato, que en el tiempo que yo estudié a uno como bachiller le daban trabajo y mis padres no me apoyaron, no quisieron que yo estudiara, no me quisieron apoyar, no me dieron el apoyo que en realidad necesitaba y todo eso me frustró, no me dejó salir adelante, ahora ya después que tengo mis hijos fue que vine a terminar el bachillerato y todo eso. Guayacal, Chocó, P.473.

La mayoría de las mujeres entrevistadas no tuvieron la oportunidad de acceder a niveles de enseñanza reglada por encima de la primaria. Para ellas el reto es superarse accediendo a niveles superiores con el empuje de su propio deseo.

Allá sí desafortunadamente la mera primaria, acá es que estoy bregando buscando la forma de superarme, que hay un poquito de oportunidad para uno de

avanzar, pero voy en séptimo ahorita, yo siempre digo la edad no es un tropiezo, un obstáculo para decir, no es que yo no puedo, lo importante quieres hacer las cosas. Castilla, Meta, 1998, P.160.

Desplazarse de una zona rural a una urbana ha facilitado en ocasiones que las mujeres accedan a centros donde se imparte formación reglada nocturna para personas adultas. El acceso a los mismos constituye para alguna de ellas lo más positivo de su experiencia de desplazamiento.

O sea muy distinto acá ejemplo he logrado superarme un poquito, tengo mi trabajo. Allá trabajaba na más mi esposo, tú sabes que esas fincas. Entonces acá yo no sabía leer ya estudié ahí poquito a poquito voy superándome... Ahora actualmente tengo mi pequeño negocio de frutas y estudio en la noche un colegio la primaria. Sur de Bolívar, P.204.

Eso es lo más bueno que a mí me ha pasado acá, estudiar. Y a mí me gusta y no me he salido, y yo sé que no me voy a salir. Estoy haciendo noveno, porque me tocó repetir, yo allá había hecho el octavo, pero me tocó repetir, octavo y noveno porque es por la noche, y reciben por ciclos. San Sebastián, Cauca, 2010, P.893.

Muchas fueron las mujeres que estuvieron dispuestas a dedicar al estudio tiempo y energías adicionales a las jornadas laborales que les permitían obtener ingresos para la subsistencia. Además de constituir un sueño y un deseo de superación y de mejora personales, algunas expresan el valor que para ellas tienen los estudios reglados porque son estudios reconocidos oficialmente que proporcionan un título con el cual se mejoran las oportunidades de empleo y de realización profesional.

Me gustaría terminar mi bachiller, y después lo que salga, alguna carrera. Esos son mis sueños. Yo ya a veces pienso, ponerme a estudiar, para ser alguien en la vida. Porque usted sabe que uno ya, el que no estudie, el que no es estudiado, no, no consigue un trabajo pues, más o menos. Corregimiento de Cerritos, Risaralda, 2011, P.877.

Para otras mujeres, el estudio en ramas que han sido vedadas a las mujeres puede ser una vía práctica de superación de la desigualdad entre los sexos en el terreno laboral y profesional. En este caso, la mujer entrevistada, en el proceso de afrontamiento de las pérdidas, propuso a su hija realizar una carrera para profesionalizarse en un sector tecnológico masculinizado.

Le puse una meta: que una tenía que ser más varón que el hombre, y que una tenía que hacer un trabajo que el hombre pensara que una no era capaz de desempeñar(...) que una valía la pena, que si una no se hace valer los ¡calzones! -perdóneme el dicho- entonces una no vale nada, una tiene que ser de raza mandaca.

Le puse la meta de que escogiera una carrera que la hiciera un hombre... Ahora se está graduando como tecnóloga en construcción... y pues, ahí va, excelente estudiante. Peñol, Antioquia, 2002, P.602.

El estudio significa para algunas la posibilidad de intervenir a favor de una causa con la que se sienten comprometidas. Para una mujer indígena conocer la legislación que concierne a su pueblo puede ser un vehículo para defender sus derechos y para ello es imprescindible tener un mínimo nivel de estudios.

Ahora quiero terminar mi bachillerato... porque yo quiero ir a estudiar lo que tiene que ver con la legislación indígena; siempre me han gustado las leyes. Buenos Aires, Cauca, 2001, P.310.

También la experiencia de ser víctima de violaciones de derechos humanos puede ser el punto de arranque del deseo de entender lo que ocurre en el entorno, de defender a las mujeres o de hacer justicia en relación a hechos violatorios contra ellas.

Hay tantas cosas de todo lo que me ha pasado y quiero estudiar y voy a estudiar derecho, porque yo digo que hay mucho por defender y pienso que hay muchas personas que quieren saber qué es lo que está pasando. Yo quiero ser abogada, para recibir juicios de hombres que atropellan a las mujeres, a los que maltratan a sus hijos, a los que dejan a sus familias. San Javier, Medellín, Antioquia, 2002, P.91.

Por otra parte, el ámbito del estudio puede contribuir al avance en el proceso de afrontamiento y de resignificación de la experiencia vivida. La mujer que dio su testimonio señala cómo en el mundo universitario se abrió su horizonte y pudo recapitular y elaborar su recorrido biográfico, siendo esta una experiencia muy positiva.

Una gracias a Dios, por una u otra forma, tuvo la posibilidad de estudiar, y ver como otros horizontes de la vida. He tenido muy buenos profesores que en la universidad me han orientado bien. Cuando estuve en la Normal, un profesor nos colocó a hacer una reseña, una biografía de la vida de uno. Entonces ahí como que lo toca a uno. Esa profesora era sicóloga y no sé, todo eso le ha servido a una en la vida. Dagua, Valle del Cauca, 1995, P.870.

Las voces de mujeres que hicieron referencia a sus experiencias de estudio nos cuentan cómo esta actividad, a la que pocas habían accedido, jugó un papel en su proceso de afrontamiento y recuperación después de haber sido víctimas de violaciones de derechos humanos. En ese proceso, estudiar representó la posibilidad de superarse, de mejorar, de ampliar el abanico de oportunidades de empleo y proyección profesional y, en este sentido, fue un terreno que contribuyó a una percepción más positiva de ellas mismas y al empoderamiento personal.

El liderazgo de las mujeres

Las mujeres entrevistadas que recapitulan y reflexionan sobre su proceso de formación como líderes comunitarias, aportan elementos que ponen de manifiesto las raíces de su compromiso, los retos, los miedos y los conflictos, así como sus estilos de liderazgo.

En muchas ocasiones el liderazgo femenino emergió especialmente entre las mujeres en situación de desplazamiento que, empujadas por la necesidad de la búsqueda de un nuevo lugar donde habitar, se involucraron en la creación y el desarrollo de asentamientos poblacionales de familias desplazadas. Durante estos procesos de construcción de nuevos barrios, ellas jugaron un importante papel en la consecución de unos mínimos servicios que les permitieran vivir en condiciones de humanidad. Así llegaron a ser líderes de sus comunidades apoyadas en la confianza que otras y otros depositaron en ellas. En algunos casos llegaron a recibir un cierto reconocimiento en otros ámbitos, como el universitario, por su tarea en las comunidades de población desplazada. Su liderazgo creció la mayoría de las veces sin el apoyo de partidos, entidades o instituciones. Ejercerlo las llevó en ocasiones a ocupar espacios de representación comunitaria, a enfrentar la interlocución con la administración y a llevar a cabo negociaciones con cargos públicos, empresarios, etc. Actividades todas ellas que, en el imaginario colectivo, no se asocian a las prácticas femeninas. La mayoría de las mujeres que narran su experiencia, no obstante, las llevaron a cabo con sabiduría y perseverancia para alcanzar los objetivos que se habían propuesto.

La conformación del liderazgo tiene que ver con una práctica de relación que pone en juego la capacidad de escucha, la mediación, las propuestas de articulación de un tejido social comunitario. Surge como una necesidad y un descubrimiento de las propias cualidades y los deseos propios en relación a la vida comunitaria. Ejercer el liderazgo ha supuesto además una ampliación de los horizontes y de las herramientas para comprender el mundo.

Y a partir de ahí, yo empecé a ver el mundo, ya yo lo veía, ya no era como un caballito con esa vaina que le ponen en los costados que no mire para ningún lado; porque antes yo me considero que yo era así, solamente miraba ahí y ya. Cuando yo llegué a este pueblo, sí me di cuenta que yo era otra persona, bueno pasaron los años, rico la gente, bien, haciendo trabajos comunitarios con ellos. Líbano, Tolima, 2001, P.162.

A veces el aprendizaje de una mujer en el liderazgo se dio entre hombres, es decir, entre aquellos legitimados por el orden simbólico para serlo. En el caso citado a continuación, la mujer entrevistada recuerda su incomodidad por el trato autoritario y jerárquico, como en un adiestramiento militar, que los hombres le brindaron y señala cómo las cosas han cambiado entre las mujeres, de modo que ya no es concebible un trato que carezca de consideración hacia ellas.

Yo ahorita sufro que yo no me puedo expresar delante de las compañeras en esa misma forma porque eso es horrible, eso es feo. A mí me chirreaban los oídos

cuando me decían: “muévase, córrale, eso se parecía era un capitán mandando”. Entonces yo le digo: “compañera mire que eso nos ocurría cuando estábamos apenas organizándonos, ahorita ya somos otra cosa”. Ahorita ya no, ahorita acá la que va a gritar a la otra o que va a sentir que el otro le está gritando, ahí mismo alza su voz y se defiende o nos defendemos. El Tambo, Cauca, 2004, P.310.

Pero el liderazgo comunitario no está exento de conflictos entre las personas y sus formas de proceder. La mujer entrevistada describe con exactitud su estilo de liderazgo que se caracteriza por la participación, la escucha, la capacidad de compartir, la cooperación y el trabajo colectivo, frente a otras prácticas que entienden el liderazgo de forma más jerárquica y autoritaria.

Entonces yo le decía a la gente: “no, pues nombremos una persona que nos guíe, que diga bueno hoy hagamos esto y mañana hagamos lo otro”. Y así empezamos inclusive empecé yo con eso, a organizar el barrio, porque eso nos dejaron unos barrancos horribles, entonces la compañera ella decía: “no, que a usted le hacen caso y a mí no”; le digo: “no, porque es que usted quiere es mandar, mas yo no mando porque yo no soy nadie para mandar a los demás, sino que yo le digo hagamos entre todos una minga, trabajemos juntos y mire que el barrio se va a ver más bonito, pero con unión de todos”. Bellavista, Chocó, P.390.

En las narraciones de las mujeres encontramos una descripción de las realizaciones materiales y organizativas que ellas lideraron con el fin de mejorar las condiciones de vida y el desarrollo social en los nuevos asentamientos convertidos en barrios. Las experiencias del desplazamiento y asentamiento muestran el papel de las mujeres en la rearticulación del tejido social en sus nuevas comunidades.

Después legalizamos el barrio, pertenecía a la primera Junta que había en el barrio, también pertenecía, era madrina de un equipo de fútbol del barrio. O sea que yo en ese barrio aporté mi granito de arena para el desarrollo socio-económico, socio-político y social en el barrio, entonces nosotros allá construimos iglesias con la comunidad, construimos la escuela, construimos puesto de salud, y siempre mirando en el desarrollo social del barrio. Cali, Valle del Cauca, 2003, P.158.

La ocupación de tierras, la búsqueda de servicios básicos, el uso del derecho de tutela y otras herramientas legales para defender sus derechos han sido experiencias en las que las mujeres han ido ganando protagonismo para ellas mismas y para sus comunidades en la creación y la dignificación de asentamientos de población desplazada. Estas situaciones han llevado a muchas mujeres líderes a tener que manejar la relación con los actores armados, buscando un modo de que la población pudiese vivir en medio de la guerra por el control del territorio.

Una de las mayores preocupaciones de las mujeres fue el acceso de las niñas y los niños de las comunidades a servicios educativos tal como queda reflejado en la narración de la

mujer entrevistada. La relación de confianza y la complicidad establecida entre dos mujeres permitieron ampliar la escolarización en el barrio y finalmente construir una escuela.

Resulté tan metida con lo de la escuela y como a mí siempre me ha gustado la educación entonces yo ya empecé a ayudarles a ellos hasta tal punto que busqué gente que nos ayudara. Yo me acuerdo que cuando eso había como 25 niños estudiando con doña Jenny y un muchacho, Jesús, que desafortunadamente mataron y estábamos como a finales así de año y me dijo doña Jenny: “hay doña Martha qué vamos a hacer, hay por lo menos 150 niños para estudiar y yo no los voy a matricular”. Le dije yo, “matricúelos doña Jenny. ¡Ay! pero cómo hacemos... y yo ¡matricúelos! y ¡cómo vamos a responder?” Pues algo se nos ocurre... Frontino y Tarazá, Antioquia, 1990, P.57.

La implicación en el trabajo comunitario ha tenido también en algunos casos una dimensión de realización profesional que en cierto modo ha colmado un deseo que no se pudo materializar y que devuelve una imagen positiva y útil de sí mismas a las mujeres que lideraron estos procesos.

Porque a mí siempre me ha gustado como los trabajos comunitarios y siempre me ha gustado como así, ayudar a la gente porque yo quería ser una gran doctora, pero por falta de todas estas consecuencias no lo fue, pero entonces ahora me dedico también a prestar mis servicios a las personas y a veces doy sugerencias sobre salud o lo que sea, porque me he puesto y ahorita soy Agente Comunitario de la Salud y siempre, a veces cuando yo digo hágase tal cosa, es aceptado y me dicen que excelente el resultado del remedio que digo, haga esto. Quibdó, Chocó, 2001, P.472.

Dentro de las comunidades se fue desarrollando un tejido organizativo y de servicios de apoyo a las personas. En este caso se trata de la figura de las “escuchas comunitarias” que trabajan orientando a mujeres en situaciones de violencia y derivándolas a organizaciones que ofrecen servicios prestados por profesionales que pueden llevar sus casos.

Nosotras hacemos las denuncias y encaminamos las personas porque nosotras aparte de ser lideresas tenemos un cargo que para mí es muy importante, somos escuchas comunitarias. Este ser escucha comunitaria es casi como basado en una psicología pero no al grado de su cartón, sino que vamos a encaminar esa mujer para que Vamos mujer, Mujeres que Crean que son las profesionales que pueden ya coger el caso de la mujer si es muy fuerte en violación, esto intrafamiliar, en lo que le suceda que sea de derechos humanos se remiten aquí a estas corporaciones Agua Sal, Chocó, 1994, P 487.

En el contexto de las comunidades se han desarrollado liderazgos femeninos de largo recorrido. Mujeres que crearon comités que se hicieron cargo de temas como los derechos de las mujeres, la conciliación, la infancia y, en general, el desarrollo del barrio. Estas mujeres ocuparon el espacio público como representantes del tejido social en relación a

ámbitos de interés comunal, sus liderazgos estuvieron enraizados preferentemente en la política cercana a las personas.

Comprometerse en el apoyo a la comunidad es también un modo de “disipar la pena” y por tanto de enfrentar el dolor derivado de las experiencias traumáticas vividas. La colaboración en tareas de ámbito comunitario como el acompañamiento a personas enfermas proporciona un sentido de utilidad y de apoyo mutuo. Otras tareas desarrolladas va dirigidas a mejorar la calidad de vida y preservar el medio ambiente.

Metida en la comunidad, ayudando a la comunidad, para poder uno, disipar la pena. Ayudar mucho, cuando las personas están enfermas, si puedo, ayudarlos a llevar al médico, entonces hay que colaborarles. Y hacer todo lo que pueda, a uno le toca ir a hacer, tiene que ir. Trabajamos con una cooperativa ecológica. Y trabajamos mucho con el agua y ahí hemos recibido muchas cartas, para recoger las basuras, como para que no haya como tanta cosa, que se va, del medio ambiente. Corregimiento del Palmar, Nariño, 2002, P.858.

En los testimonios de algunas mujeres se verbaliza la conciencia del propio liderazgo. Es decir, ellas identifican sus cualidades y su compromiso; sienten y agradecen el apoyo, el respeto y el reconocimiento de otros hacia su tarea.

Con mi entorno pues en cuanto a la cuadra sí soy muy respetada, porque también creo que uno se ha hecho respetar pues nunca lo han visto a uno... como una mujer de hogar así de estar así no. En cuanto a mi iglesia me han ayudado mucho ahí para el fortalecimiento de la comunidad. Granada, Antioquia, 2002, P.46.

Autonomía, autovaloración, afirmación del propio deseo y realización personal son las cualidades que identifica en ella misma la mujer entrevistada. Su recorrido de vida, marcado por el liderazgo comunitario y el compromiso con la educación, se ha visto reconocido en el ámbito universitario como una aportación singular y única.

Yo era una persona con un liderazgo muy grande, hace mucho tiempo me dejé con mi esposo pero eso a mí no me afectó en nada porque soy una mujer muy capaz de las cosas. Me casé y no sé para qué, porque eso no era lo principal para mí. Pero igual me separé de mi esposo y seguí siendo líder y me gusta mucho la educación, desafortunadamente no terminé mis estudios pero con la poca capacidad he ayudado a mucha gente a que aprenda a leer y a escribir (...) pues el sueño mío era ser una educadora así no tuviera los títulos que se necesitan y creo que en parte lo cumplí porque mucha gente aprendió a coger el lápiz a raíz mía. Mire en la Pontificia Bolivariana el año pasado me hicieron un reconocimiento por ese trabajo que hice y hay decanos en la Pontificia que me dicen: “doña Martha por Dios que nos quitamos el sombrero ante usted porque el trabajo que usted hizo no lo hace cualquiera”. Frontino, Antioquia, 1990, P.57.

Como referente de otras mujeres indígenas se ve asimismo la mujer entrevistada. Ser la primera mujer representante de un pueblo indígena la compromete a un hacer intachable como un deber no sólo con respecto a su pueblo; también para que otras mujeres valiosas como ella se atrevan a seguir sus pasos.

Precisamente yo pienso que para el caso del movimiento indígena yo era el referente, porque fui la primer mujer en los 37 años de vida del CRIC hoy 40, fui la primera mujer que llego en la historia del CRIC a ser representante y consejera mayor, y fue las consecuencias que sufrí. Si yo no hago lo que tengo que hacer en términos de hacer un buen papel en la orientación y segundo en la defensa y legitimar la dignidad de los pueblos, pues difícilmente muchas mujeres lo van a hacer después, porque yo creo que me corresponde. Primero, un deber moral, político y social de seguir esta lucha pero, para que muchas mujeres sigan trascendiendo en este camino porque hay mujeres muy valiosas y no tengan miedo en asumir un cargo. Tierradentro, Cauca, 2008, P.317.

En la práctica de liderazgo comunitario de las mujeres que fueron entrevistadas se percibe una interacción entre elementos de carácter diverso que transita por la subjetividad de cada una de ellas. Partiendo de una experiencia traumática como la del desplazamiento forzado; empujadas pues por las circunstancias de ser víctimas de violaciones de derechos humanos, ellas se implicaron en procesos colectivos de supervivencia orientados a conseguir unas condiciones mínimas de vivienda y servicios. En la experiencia de identificar problemas y demandas de sus convecinos, de buscar los modos de conseguir soluciones, se descubrieron a ellas mismas poniendo en juego habilidades para hacer presión, para negociar u organizar procesos de trabajo colectivos. Las narraciones de mujeres desvelan modos de hacer y estrategias propias que son resultado de ese dar y recibir en relación con una misma y con las personas que integran la comunidad. El autoconocimiento vino acompañado por la confianza que los demás depositaron en ellas y que les dio la autoridad del liderazgo positivo. Un liderazgo que se generó en el proceso de interacción entre su modo de ser y el entorno inmediato. Este círculo virtuoso las empoderó para intervenir con legitimidad en esferas consideradas ajenas a las mujeres, trasgrediendo así el rol de género a ellas atribuido.

Una mujer totalmente diferente

La experiencia traumática y los cambios forzados por los hechos de violencia exigieron de las mujeres un proceso de afrontamiento de los impactos y de la nueva situación que, al recapitularse, se ve también como un proceso de modificación de una misma. Algunas de las mujeres entrevistadas señalan cómo se fue produciendo en ellas un cambio en el modo de ser, que se valora como positivo en cuanto a la fortaleza y la proyección personal hacia las otras personas.

Ya fui yo cogiendo como otra personalidad, ya podía yo hablar, porque montañero no pega en pueblo. Y bueno ya fui cogiendo fuercita, fuercita, capacitaciones, me entré al SENA y ya. Guadacá, Cesar, 2003, P.601.

La idea de que al enfrentar los hechos violatorios se fortalecieron, se expresa en numerosos testimonios como una conciencia de la capacidad de sobreponerse. Es decir que a pesar de haber sentido una gran vulnerabilidad, ellas podían seguir con la vida y lo que ésta les presentara.

No he podido saber de dónde pero sale algo de posibilidad de volver a la vida de volver a soñar... y la fortaleza y vuelve y salen las ganas de seguir luchando, de seguir adelante. Y uno dice bueno estoy aquí, ya no tengo esposo, y es plantearme metas, tengo esto. Yo me hice como un proyecto de vida. Bueno, voy a empezar con esto y me meto en esto y ahí voy. Medellín, Antioquia, 2002, P.69.

El fortalecimiento personal se explica en el siguiente testimonio como superación de temores y como autoconocimiento que permite mejorar los propios puntos débiles y valorar sus capacidades.

Yo me considero una persona fuerte que ha superado los temores. Le tenía miedo a todo. Esto que me pasó me ha ayudado a superar muchos temores. Esto me ha ayudado a valorar muchas cosas que no valoraba de mí misma, superar temores que tenía desde niña. Me ha ayudado a enfrentar cosas a las que les tenía miedo reconocer dentro de mi vida. A mejorar dentro de mis cosas que yo fallaba, a reforzar muchas cosas buenas que de pronto no sabía que tenía. Palmira, Valle del Cauca, 2007, P.167.

También muchas mujeres indígenas que vivieron un desplazamiento colectivo hicieron un cambio desde la huida y el miedo, a la reflexión y la actitud proactiva de pensar qué podían hacer, con el resultado de un cambio profundo en sus vidas. Como señala el siguiente testimonio, ese “ser otras” se manifiesta en su actitud de atreverse a cambiar cosas –*lo que uno no piensa de hacerlo, lo hace*–, en su independencia económica y su capacidad de defenderse.

Huyeron del pueblo hacia acá la ciudad porque tenían mucho miedo. Pero después se pusieron a pensar, tengo que pararme y hacer frente a los problemas para poder saber qué vamos hacer. Hoy en día son otras, ya saben defenderse por sí mismas. Lo que uno no piensa de hacer, lo hace. Por lo menos si alguna no había trabajado nunca, hoy están trabajando, porque a veces nada más que vivimos del compañero [esposo]. Caucasia, Bolívar, 2005, P.205.

Mujeres entrevistadas relatan también cómo hubo experiencias concretas que las cambiaron. Estas experiencias resignificantes contribuyeron a otorgar un nuevo sentido al dolor sufrido reafirmando la vida. En este caso, comprometerse en la ayuda a otras a través de la formación fue crucial para salir del encierro, del ensimismamiento en el dolor, y abrirse de nuevo a la relación.

Pues esas mujeres contaban sobre su situación económica. Mayormente se les enseñó a hacer cositas y decoraciones y ellas cambiaron muchísimo. Gentes muy

humildes y ahí me cambió la vida un poco, porque yo ya salí de mi casa. Salí del encierro, estuve con otras personas, las Hermanas Terciarias. Cambió mi vida por completo, el encierro lo destruye a uno, la pena y el encierro. Olaya Herrera, Nariño, 2008, P.879.

En ocasiones, la experiencia extremadamente dolorosa de pérdida se resignifica como un motor de cambio. Un cambio que se imprime en el cuerpo y en el modo de ser. Se reconoce la modificación personal como mejora de la capacidad de escucha de las necesidades de otras personas, como una apertura hacia el reconocimiento de la humanidad de los demás.

Yo me volví más humanitaria, quizás más persona (...) pues mucha tristeza por la pérdida de mi hijo, pero también yo me humanicé con la gente, me volví más humanitaria. Me abrió el corazón para que viera a las personas con otros ojos. Nunca fui una persona déspota porque si alguien necesitaba que lo ayudara, lo ayudaba. Pero uno no veía que la gente necesitara, solo los que estaban al ladito de uno. Esto que me enseñó a ver el corazón de otras personas. Corregimiento de San Antonio de Prado, Antioquia, 1998, P.65.

Los cambios en el modo de ser mujeres, propiciados por la experiencia vivida, llevaron de forma inevitable a cambios en las relaciones con los demás y, particularmente, en las relaciones familiares y de convivencia. Son numerosas las mujeres que explican cómo se desarrollaron esos cambios, generando nuevas capacidades pero también una nueva conciencia de sus derechos.

Acá en Bogotá me ha tocado llegar y enfrentar esas cosas, porque acá nadie me conoce y me ha tocado empezar a abrir un camino nuevo por el cual tengo que andar, hacer conocer. Pero tenaz, como mujer me ha ayudado a superar muchas cosas, me siento más segura y más cómoda en cuanto a la relación con los demás. Cali, Valle del Cauca, 2003, P.167.

Ya después de que aprende uno que tiene sus derechos y que yo misma puedo decidir y tomar mis decisiones, yo ya me siento muy libre. Yolombo, Antioquia, 2001, P.28.

También las relaciones de pareja se vieron afectadas por los cambios experimentados por las mujeres. Por ejemplo, en este caso después de ausencia del marido por un largo secuestro, la forma cómo se reconstruyen posteriormente las relaciones en la familia está condicionada por numerosos factores, pero frecuentemente también por un cambio en el rol de la mujer.

La misión mía era luchar por su regreso, era lo que tenía todos los días, que me estaba diciendo esa voz: lucha, lucha, hay que luchar permanentemente, y esa misión está cumplida, hoy le entrego igual mi relación a Dios, hoy ya es en otro

plano, ya no es sueño, sino lo real, de hacer. (...) Una mujer que sabe que le va a dar, a aportar paz, sabe que la va a necesitar. Y además el entorno de la familia es distinto, ya no es la mujer que está pendiente de los niños, porque los niños se crecieron... Noamito, Cauca, 2010, P.891.

El cambio personal al afrontar hechos traumáticos se vio muchas veces acompañado por el apoyo psicológico y el trabajo realizado en contacto con corporaciones de mujeres o de apoyo a las víctimas. En el testimonio siguiente, se narra el proceso que discurre desde una primera resistencia al cambio, al trabajo interior *-pensarme y repensarme cosas-*, y a la transformación de las relaciones de pareja mejorando el cuidado y la valoración por parte del esposo, sin tener que “ejercer la violencia contra él”. Este es un cambio de largo alcance que se enmarca en la profunda revolución cultural que ha supuesto el feminismo: lograr transformar las relaciones entre mujeres y hombres sin usar la violencia y trastocar los roles impuestos por el sistema de géneros que impone el patriarcado.

Con esto puedo cambiar un poquito una mentalidad de madre. Porque hay un objetivo que tiene la Corporación, que si se educa una mujer se educa una familia. Te lo digo por mí porque yo me eduqué. Y no quiere decir que estaba mal educada, sino que empecé a estudiar a leer a escribir y entonces una de las cosas que empiezo a hacer es un proceso en mi casa, primeramente en mí, a pensarme y repensarme cosas. Entonces cuando eso, en resumidas cuentas, la sicóloga cuando me vio, me dijo, usted tiene que cambiar. Y yo dije, está tan boba, a mí me violentan y esta me dice que yo tengo que cambiar, es la primera. Y sí, ella tenía toda la razón, yo tenía que cambiar. Porque yo cuando cambié, mi esposo me miró de otra manera diferente. Ya no de la manera violenta, sino que él se enorgullece de la mujer que tiene. Que ya no es la persona que viene y me ataca, sino que me entiende, que ya no es la persona que viene y me deja unos sobraditos, sino la persona que viene y nos da la aromática. Y no he tenido que ejercer la violencia contra él. Bello, Antioquia 2003, P.15.

Acceder a cursos de formación ha contribuido a la modificación personal y de las relaciones con el entorno. En el siguiente caso, favoreció la reflexión sobre la herencia cultural recibida, los modos de socialización que apuntalan las relaciones de dependencia y violentas, *-a uno siempre lo criaron fue a punta de garrote-*, y la posibilidad de hacer las cosas de otro modo.

Uno aprende mucho de los derechos, de lo que se debe hacer, de lo que no se debe hacer, a ya no pelear ni siquiera con las vecinas, ni con el marido, ni con los hijos. Porque pues, como a uno siempre lo criaron fue a punta de garrote, entonces uno ya ve que esa no es la solución para los hijos, que uno siempre todo era garrote. Esa no es la solución, ahorita existe el diálogo, para dialogar, hablar qué es lo que está bueno, qué es lo que está malo. Timba, Cauca, 1992, P.380.

El aprendizaje del diálogo y los métodos de resolución de conflictos son trasladados por las mujeres, como vemos en el mismo testimonio, al ámbito familiar mejorando las relaciones entre sus miembros.

A mí varias me han dicho: “a mí me gustaría ser como es usted”. Le digo: “sí, es que uno tiene que buscar la forma y no ponerse a pelear por todo, ni con todo el mundo; qué porque lo miró mal...” A mí ese curso me sirvió muchísimo, porque yo antes era peleona. Yo cambié, di la vuelta. Entonces, hay que tratar de remediar el mal en vez de agrandarlo. Uno lo deja ahí, cuando ya se le pasa, regresa y le dice: “no, es que tal cosa no me pareció”. Entonces, ahora sí ya, que bajen la guardia, cuando ya la otra bajó la guardia, ahora sí se le puede acercar, pero mientras tanto... Timbío, Cauca, 2004, P.380.

Las nuevas experiencias llevaron pues a algunas mujeres a preguntarse sobre cómo ellas mismas ejercían la maternidad, las hicieron reflexionar acerca de la calidad de las relaciones que establecían con sus hijas e hijos, aprendiendo a identificar y rechazar el maltrato. Una nueva dinámica que en muchas mujeres hizo aumentar el respeto de los miembros de la familia, o de sus parejas, hacia las actividades por ellas desarrolladas.

Pues sí y lo tuve, lo busqué personalmente, me realicé como mujer, aprendí a no maltratar porque también estaba siendo una mujer maltratadora con mis hijos, pero aprendí cuando gracias a Dios cogí el hogar, el ser madre comunitaria me hizo una mujer totalmente diferente, una mujer sin miedo. Santander de Quilichao, Cauca, 1980, P.526.

Por ejemplo en mi casa cuando los hijos míos están algo alteraditos yo les doy ejemplo a mis hijos, vea estas son las cosas, esto no puede ser así, hay que ser más respetuosos, respetarnos. No nos podemos violentar, yo verdaderamente con mis hijos soy muy cansona hay que hablar bastante con los hijos para que más adelante no le sigan el mal camino. Me valora mi marido también, todo el trabajo, todo lo que estamos haciendo, él lo ve y lo valora, me apoya; a qué horas es que se va a salir, a qué horas se va, deje ese oficio, me dice, todas las cosas que yo hago él me valora y se queda contentico así. El Jardín, Antioquia, 2001, P.60..

El contacto con organizaciones de mujeres aporta a las mujeres formación e información acerca de los mecanismos de dominación patriarcal y de los roles atribuidos a mujeres y hombres por la misma. El aprendizaje y el fortalecimiento personal que supuso acceder a estos nuevos espacios de relación redundan en cambios en el ámbito de la convivencia familiar.

En primer lugar en Las Manuelitas comenzamos a direccionar algo del patriarcado, porque en el patriarcado es donde a nosotros nos han enseñado. Nos enseñaron nuestros abuelos de que simplemente la mujer era para cocinar, nos decían muy claro allá, que para criar los hijos y para parirlos no más, que nosotras no teníamos derecho a nada más. Íbamos así en el proceso, después ya comenzamos

como se podía comenzar con los hijos y con la familia que a uno lo redondeaban como decimos. Como fortalecer, me fortalecían como mujer, pero dentro del fortalecimiento que yo iba adquiriendo, también llegaba a mi familia y comenzaba a fortalecerlos a ellos también. O sea, lo que me enseñaban allá yo llegaba y lo replicaba en la casa. Eso fue algo muy importante en Las Manuelitas, llegar a conocer como éramos las mujeres, porque éramos así, tanta cosa que le explican allá. San Sebastián, Cauca, 1983, P.299.

Los cambios desencadenados por los hechos de violencia, como se ha observado, llevaron en muchas ocasiones al fortalecimiento de las mujeres para enfrentar las dificultades de todo tipo generadas por la nueva situación. En muchas situaciones de crisis, como la del desplazamiento o las amenazas, las mujeres muestran una mayor capacidad de aferrarse a la vida, reconstruir la vida cotidiana y resistir también transformando su rol en relación a los otros o su papel en el sostenimiento familiar.

Al papá de mis hijos... lo agredieron, le pegaron patadas y cachetadas y esto... entonces él se acobardó y yo era la que tenía que enfrentar todo, yo era la que tenía que salir a todo, yo era la que me tocaba...yo tenía un compañero, pero era un compañero ahí, como para tener ahí a alguien, ahí al lado, pero no tomaba decisiones, no enfrentaba, no buscaba soluciones, no...;yo tuve que luchar sola! Y con ayuda de algunos compañeros y organizaciones, pero por parte del papá de mis hijos era yo la que tenía que solucionarle las cosas a él, y buscar cómo ayudarlo. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.745.

No obstante, este fortalecimiento no siempre ha estado acompañado de cambios positivos. También puede generar escenarios de conflicto o de resistencia al cambio por parte especialmente de los hombres. La violencia ejercida por actores armados contra la población civil, contribuye a aumentar los grados de violencia en las relaciones entre mujeres y hombres. La mujer entrevistada es consciente de que la pérdida del rol masculino en una familia campesina, debido al desplazamiento, generó en su relación de pareja un cambio de responsabilidades en el seno del núcleo familiar y con él también dio lugar a comportamientos violentos del marido hacia ella. Estas transformaciones en la identidad de las mujeres en las situaciones de crisis cuestionan los roles tradicionales y son vistas como amenaza por muchos hombres que responden de forma agresiva. Cuando se dan estas reacciones hace falta tanto una actitud asertiva por parte de las mujeres, como formas de protección para ellas.

Después él se volvió violento porque la mayoría de los hombres campesinos al salir a la ciudad pierden el rol de jefes, pues al ver que su mujer ya tiene un cambio en la ciudad se sienten impotentes, incapaces, piensan. Y como el machismo todavía reina, y más en esta zona de Santander, entonces el papá de mis hijos empezaba a decir: ¿usted sale a la calle seguramente es a buscar machos! ¿Por qué se queda todo el día en la calle? ¿Por qué no llega temprano? Porque me tocaba salir a trabajar, yo le cuento que me ganaba 5 mil pesos en todo un día, desde las 6 de la mañana hasta las 9 ó 10 de la noche trabajando en una cafetería, y yo

llegaba y ese señor en todo el día no les había hecho a los pelados ni una gota de agua de panela. Y yo llegar a esa hora a llevar la platica, para hacerles en la noche la comida, que a lavar, que a todo, y empezó a ser violento. Me maltrataba psicológicamente, físicamente no. Media Luna, Cesar, 1996, P.745.

En general, la toma de conciencia de los propios derechos y el compromiso con otras mujeres reforzó la visualización y el rechazo del maltrato en las relaciones de pareja consolidando un cambio en la valoración de lo que es tolerable en la relación con un hombre. Sin embargo, estos cambios en la relación con los hombres han conllevado muchas veces escenarios de confrontación y situaciones de soledad en un contexto que se resiste a reconocerlos.

No señora llevamos dos años separados de pareja. Como le digo, hago valer mis derechos como mujer. Porque no sería coherente si me dejara maltratar, ¿cómo les diría a mis amigas que no lo hagan? Ya llego a mi casa y sé que no me van a maltratar de verbo o en medio de la borrachera. Ya hoy en día para atrás no, ya tengo los hijos grandes. En medio de todo, cumplí con el deber de formarlos sin ser de esclavitud. Esa es mi meta, que la gente se enamore de la educación. Nata-gaima, Tolima, 1978-2009, P.159.

La presencia del continuum de las violencias en la vida de las mujeres y la rebelión frente a la misma se hace patente en muchos testimonios. En este caso, la mujer entrevistada conecta su aprendizaje de rechazo a las agresiones en la relación de pareja, y su rechazo de cualquier agresión contra ella o sus hijos, dando respuesta a diferentes tipos de violencia que forman parte de un mismo marco de dominación.

Cuando dejé a Jorge dije, nunca más un hombre me pone la mano encima a mí y menos a mis hijos. Ahí comienzo yo a despertar, pero cuando me sucede el desplazamiento forzado se me amplió un poco más ese universo. Y digo, ni un hombre, ni una mujer, ni absolutamente nadie me vuelve agredir a mí y menos a mis hijos. Entonces, en esa parte sí me afectó, en la parte psicológica, porque yo tenía muchas cosas reprimidas que ahorita las he estado exteriorizando como en una forma de defensa, cada vez que me siento agredida por alguien. Cali, Valle del Cauca, 2003, P.167.

El afrontamiento de las experiencias de violaciones de derechos humanos cambió a las mujeres, tanto a escala individual, en su modo de ser, como a escala relacional, en las relaciones íntimas y familiares; también en su forma de estar en el mundo en el sentido de desarrollar una conciencia política no sumisa, capaz de reaccionar frente a la injusticia.

Esto me hizo cambiar esa mansedumbre que yo tenía, por una rebeldía más diferente, de saberme defender, cuando me toca hablar por mis derechos... Medellín, Antioquia, 1998, P.70.

La conciencia de la propia identidad, en este caso de mujer indígena, se vio reforzada en el proceso de afrontamiento dando lugar a una mayor implicación en la lucha contra las violaciones de derechos humanos.

Eso reforzó mi identidad como mujer indígena wayuu, porque me hizo crecer como persona y a pesar de las dificultades, a pesar de los momentos dolorosos que he tenido que afrontar, he conseguido personas maravillosas, grandes sabios no sólo de mi pueblo, sino de otros. Eso aumentó mi compromiso. Caucasia, Antioquia, 1999, P.102.

La capacidad de reaccionar frente a la persecución y los abusos creció con los aprendizajes y la toma de conciencia propiciados en el contacto con organizaciones de mujeres, de derechos humanos o de apoyo a las víctimas.

Ya estaba yendo a la red de las Manuelas, ya habíamos aprendido muchas cosas y les dije: bueno aquí ustedes me respetan señores, yo no he matado a nadie, yo no he hecho nada ¿por qué esa persecución? Y voy a colocar una demanda de la persecución que me están haciendo ustedes. Si de hoy a mañana amanezco por ahí muerta o desaparecida, no son sino ustedes. Que hay un tipo que trabaja con el F2 y él me está siguiendo no sé con qué fin, si es con el fin de que me vaya a abonar la Pacha Mama. Pero no es así, uno se va cuando le toca, no cuando ustedes quieran. Caserío Monserrate, Caquetá, 2005, P.299.

El empoderamiento personal que el aprendizaje proporcionó a numerosas mujeres, les permitió enfrentar directamente algunos abusos o ataques a la propia dignidad con firmeza y con serenidad, sintiéndose respaldadas por el conocimientos de los propios derechos y la forma de exigirlos.

Cuando siento que alguien me está discriminando, ya sé cómo responderle, cosa que al principio no sabía y cuando alguien me decía algo, lo que hacía era ponerme a llorar. Pero ya ahorita mismo lo enfrento. Llamo a las personas de buena manera. Le digo, mira lo que dijisteis, como mujer a mí me duele. Así que mira yo conozco mis derechos así, así, así, así, que por lo mismo no le voy hacer caso a lo que tú acabas de decir, pero sí respeta a las personas. Corregimiento Bayano, Bolívar, 2000, P.222.

“Saber defenderse” es la expresión que ellas utilizan para transmitir la seguridad adquirida en la utilización de los canales y los instrumentos existentes para hacer valer los propios derechos.

Yo anteriormente estaba ignorante. Nosotros no sabíamos nada, a diferencia de hoy que ya uno sabe cómo defenderse y a dónde acudir (...) Hace las denuncias y hace todo. Ya uno tiene más orientación de eso, pues anteriormente no. San Jacinto, Bolívar, 1985, P.224.

La implicación en grupos de mujeres ha favorecido el intercambio entre las diversas identidades, creando espacios de palabra en los que ellas han podido poner en común sus experiencias. Compartir vivencias con otras, supuso por ejemplo para la mujer entrevistada la posibilidad de fortalecerse y perder el miedo.

De ahí para acá ya fue cambiando mi vida, ya fui conociendo mis derechos y después ya vine aquí a la casa de nosotras las indias, las campesinas, las afro, y he aprendido muchas cosas, que me han dado fortaleza, he perdido el miedo, he podido contar las cosas que me ha pasado. Caserío Monserrate, Caquetá, 2005, P.299.

Otras experiencias de implicación en entidades sociales, como parte del proceso de afrontamiento, operaron cambios en los modos de ser y hacer de mujeres. Muchas mujeres se reconocen diferentes después de haber accedido al liderazgo y a la palabra pública.

Ahoritica sí doy gracias a Dios lo que he cambiado. Yo era una mujer tímida que no podía ni hablar. Ahoritica yo he despertado un poquito porque seguí saliendo ya de eso de Familias en Acción, todo eso. Entonces ahoritica yo soy madre líder de Familias en Acción; entonces eso es lo que me vino a despertar y ya cambié un poquito, ya soy otra gracias a Dios. Timbío, Cauca, 2004, P.385.

Son numerosas las mujeres que establecen una conexión entre la experiencia de haber sido víctima de violaciones de derechos humanos y su transformación como mujeres, en particular su fortalecimiento personal. Sin embargo, esa conexión se vio mediada por un proceso con elevados costes personales que dio forma a cómo ellas afrontaron los hechos vividos y rehicieron sus vidas dándoles sentido de nuevo y poniendo en juego los aprendizajes derivados de esa experiencia traumática.

De pronto si a mí no me hubiera pasado todo eso, yo no sería nada, yo sería una empleada o por ahí una persona más, pero yo en este momento no soy una personas más yo soy una persona importante, capaz. A mi nada me afecta, en este momento a mi nada me afecta, por grave que sea yo digo: “Nada es tan grave”. Yo pienso que cosas más malas de las que me han pasado no las puede haber en esta tierra. Tibú, Norte de Santander, 2003, P.693.

¿Cuál era tu sueño?

En la preparación de este trabajo con las mujeres, la Ruta decidió que había que preguntar a las mujeres por sus sueños. ¿Cuál era tu sueño? Esos sueños fueron truncados por las violaciones de derechos humanos sufridas. Pero también el análisis de los testimonios muestra la capacidad de muchas mujeres de reconstruirlos, y cómo esos sueños han sido también el horizonte de muchas mujeres en su proceso de reconstrucción.

En el ejercicio de recapitulación y resignificación positiva de la experiencia vivida que se hace en diversas entrevistas, se halla un cierto balance del pasado desde la situación

presente. Las mujeres señalan logros y mejoras, satisfacción personal por la situación en la que viven y por el reconocimiento que hacen otros de sus capacidades y su trayectoria. También expresan gratitud por estar vivas, por haber sido capaces de superar el quebranto provocado por las violaciones de derechos humanos. Un daño recibido que, no obstante, jamás será olvidado ni deja de tener secuelas graves.

En diversos testimonios se habla de “sueños cumplidos”. Con esta expresión las mujeres se refieren a deseos reconocidos en algún momento anterior a los hechos violentos que, a pesar de todo, han encontrado algún modo de realización. Los sueños originales se expresan con una gran concreción, como una imagen de ellas mismas que nunca llegó a tomar cuerpo. Sin embargo, el “sueño cumplido” es haber sido capaces de proyectar en el mundo una capacidad propia que estaba implícita en aquella imagen. En esta valoración positiva del cumplimiento de los sueños se transmite la capacidad de esas mujeres de dar curso a un deseo que, a pesar de los daños y las pérdidas, ha encontrado un modo de materializarse.

Pues en este momento se me está cumpliendo como ese sueño porque tengo mi negocio de comidas rápidas. Los clientes son los mismos estudiantes de la escuela de acá del sector, y mi proyecto es como ampliarlo y tener como empleados. Y ya, si Dios quiere, para el año que entra voy a bregar a ampliarlo y a conseguirme otras dos muchachas que me ayuden. Medellín, Antioquia, 1997, P.88.

Los deseos de realización profesional que expresan las mujeres se vieron incumplidos por las circunstancias en las que ellas tuvieron que vivir. No obstante, encontraron modos de acercarse a ellos trabajando, de forma remunerada o voluntaria, en ámbitos en los que se requieren competencias técnicas o profesionales cercanas a las que ellas hubieran deseado desarrollar como profesionales.

Pues yo soñaba con ser profesora y tener dos o tres hijos. Y vea tuve tres y soy profesora, porque soy madre comunitaria. Antioquia, 1998, P.66.

Quería ser profesora, a mí me gustaba darles clase a los niños. Quería ser enfermera, cosas así, atender a los niños y esas cosas. Que siempre van, que cúrame esta herida y yo los curo les inyecto y todas esas cosas. Fue algo que me salió de mí y yo dije, voy a ponerme, y eso me puse yo. Y como ahora que la hija mía estudio enfermería, ella me va diciendo y esas cosas. Y ya yo inyecto, que cúrame esta herida, que esto que lo otro... San José del Playón, María La Baja, Bolívar, 2002, P.207.

En algunas ocasiones la proyección de las propias capacidades, que no pudo encontrar realización en el ámbito profesional deseado por causa de hechos relacionados con el conflicto armado, se ha desarrollado con otras finalidades después de la experiencia de haber sido víctima de violaciones de derechos humanos. Los deseos cumplidos de las mujeres tienen que ver, en muchos casos, con la proyección de las competencias profesionales en el ámbito comunitario.

A mí se me han cumplido en el sentido de que a mí siempre me ha gustado trabajar con niños y me gusta más como trabajar con los niños que tienen como menos posibilidades. Entonces, en ese sentido, a mí sí se me ha cumplido, porque estoy trabajando en un hogar comunitario. Medellín, Antioquia, 1995, P.47.

Otras mujeres, cuando evalúan lo que supuso en sus vidas el cambio desencadenado por los hechos traumáticos, hacen un balance en el que no sólo hay pérdidas. En ese balance ellas distinguen aspectos no previstos que, al fin y al cabo, tuvieron efectos positivos en sus vidas. En este caso, la posibilidad de estudiar en la universidad, a pesar de las dificultades, abrió nuevas posibilidades de formación y de relación que aportaron un enriquecimiento personal.

Pues se puede decir que no me fue tan mal, pude estudiar. Más adelante hice una Maestría en la Javeriana en Literatura. Estoy en trabajo de grado, no me he graduado porque tengo tres niños que me absorben todo el tiempo, siempre es difícil. Fue una experiencia inolvidable, pero duro. Lo de la Maestría me gustó muchísimo, me sentí muy identificada, conocí amigas que todavía conservo. La Maestría me ha dejado muchos buenos sabores. Montería, Córdoba, 1996, P.151.

Asimismo, aunque la experiencia traumática del desplazamiento forzado supuso no sólo empezar de nuevo la vida en otro lugar sino pasar del medio rural al urbano, las mujeres hicieron de esa crisis una situación en la que reconstruirse. En el contexto de desplazarse a un centro urbano algunas mujeres encontraron otras posibilidades de trabajo, oportunidades de educación para las hijas y una vida con menos temor y sufrimiento. Sin embargo, eso no cancela el recuerdo ni el impacto de la pérdida que ocasionó este cambio radical de vida.

Uno ya no sufre como sufre por allá, uno todos los días trabajando, aquí uno ya vive mejor. Ya más mejor para uno. Menos se sufre, y el estudio para los niños también. Porque cuando yo vivía por allá, el estudio para ellas era muy duro. Mucho sufrimiento, mucho y mucho peligro también. Y sí, gracias a Dios, aquí, mis niñas están bien. De lo único, que yo siento mucho, y yo no me puedo librar, es la muerte de él. Puerto Caicedo, Putumayo, 2008, P.845.

De nuevo, en el testimonio siguiente, se hace un balance que reconoce como positivos los aprendizajes derivados de la experiencia traumática, y como negativos la imposibilidad de olvidar que la huella del daño va a ser permanente.

Pues muchos cambios, para bien, pues que uno aprende más de la vida. Yo no sé, para bien me ha cambiado mucho, me ha enseñado a ser fuerte, a asumir los problemas de otra manera. Para mal, pues que es una experiencia que se lleva para toda la vida, que nunca a él se va a olvidar. Samaná, Caldas, 2003, P.146.

Otras mujeres expresan lo positivo afirmando su satisfacción por el presente que ellas viven. Haber podido rehacer relaciones familiares, en algunos casos una relación de pareja, y vivir con una cierta estabilidad económica son logros de algunas mujeres. Otro de los elementos que es, poder vivir sin temor, tener la sensación de estar protegida.

Pues a mí ¿cómo me cambia? (sonríe), pues, yo ya me siento por acá contenta y todo. Ya no tiene uno miedo de nada. El Salado, Bolívar, 2001, P.614.

Numerosas mujeres mencionan el acceso o la continuación del estudio como un logro personal, y valoran muy positivamente la mejora que supone para los hijos alcanzar un nivel de titulación que les proporcione oportunidades profesionales.

Esa es la parte que siempre me ha dejado marcada. Sin embargo, los pelados cambiaron, tengo uno en la Universidad, otra trabaja en una empresa en Pereira y el niño que está por acá en... O sea, para mí fue un logro que esos pelados fueran ahorita, que ellos sean unos profesionales. Trujillo, Valle del Cauca, 1989, P.617.

Además de la seguridad, la estabilidad económica, la recuperación de relaciones familiares sosegadas y la mejora personal que suponen los estudios, algunas mujeres manifiestan su satisfacción presente por el compromiso adquirido en la defensa de los derechos humanos o la actividad política y social que desarrollan.

Yo toda la vida he sido así, servicial, pero nunca, nunca, había pensado que otras personas me necesitaran, que yo pudiera serles útil a otros en algún momento, con todas las falencias que uno tiene en esta situación. Y a veces es grato uno despertarse y darse cuenta que, bueno, toda esta lucha, toda esta vaina, algún día tiene que servir de algo, cambiar algo. San José del Guaviare, Guaviare, 1998, P.827.

El aprendizaje realizado en el afrontamiento de los abusos sufridos ha permitido a algunas mujeres mejorar su autoimagen, superar la dificultad de relación con el propio cuerpo después de haber sufrido daños físicos perdurables, y manejar los estados de ánimo cambiantes.

Hemos aprendido a valorarnos, a querernos y a respetarnos nosotras, entonces uno aprende a manejar la autoestima alta, la autoestima baja, pues a veces cuando tengo así, que estoy con la, aquí le dicen la existencial, tengo la cosa existencial, entonces no me da por salir, me quedo más que todo en mi casa, pero baja autoestima nunca he tenido. Natagaima, Tolima, 1978-2009, P.168.

La oportunidad de vivir otro futuro

En las entrevistas, las mujeres formularon proyecciones de futuro en conexión con la experiencia vivida. Lo que ellas expresan como sueños para el futuro son objetivos de mejora, la mayoría de las veces para sus hijos e hijas, que se concretan en el estudio, la

casa, el empleo, etc. En ocasiones los sueños se manifiestan como deseo de una vida mejor o de recuperación de la “vida buena”.

Uno de los deseos que más se expresan es tener casa propia. Se ha visto ya cómo la consecución de un lugar para vivir, por precario que fuera, era señalada por las mujeres entrevistadas como uno de los primeros pasos positivos en el proceso de recuperación de los daños sufridos.

Ahora salir adelante, olvidar todo lo que pasó. Tener mi casa que es el sueño más grande. Tener mi casa, con mis hijos, mi esposo. Porque ahora pasamos mucho trabajo. Estamos pagando un arriendo de cuatrocientos mil pesos y eso no es la entrada que uno tiene, la verdad, no tenemos esa entrada. Estanislao, Bolívar, 2008, P.238.

Al mirar hacia el futuro, sigue siendo fundamental, para aquellas que no lo han conseguido, tener un cobijo, un espacio propio y seguro para habitar con las personas queridas. El derecho a la vivienda y la casa propia se expresa como sueño que culmina una vida esforzada; como un espacio acogedor para disfrutar merecidamente de la vida en familia.

Mi sueño es levantarme, tratar de seguir adelante, ahora quiero estudiar, sacar a mis hijos adelante. De pronto, a ver si puedo conseguir, de pronto, una vivienda digna donde vivir con mis hijos. Ese es mi grande sueño porque después que yo tenga vivienda yo creo que.... Calera, Cundinamarca, P.504.

Las madres, en especial las que tienen hijos dependientes, por edad o por condición, sienten que su responsabilidad con respecto al futuro pasa por tener una vivienda para atenderles.

Yo le pido a Dios que me dé mi curación y que quiero seguir adelante así sea con fuerzas mías o con la ayuda de alguien para trabajar, y poderles hacer una casa a mis hijos porque ellos están pequeños todavía. San Miguel, Putumayo, 2008, P.535.

Mi sueño es sacar a mis hijas adelante, primero que todo, tener mi casa, sacar a mis hijas adelante. Y lo mismo, tener mi propio negocio en mi casa, donde yo pueda dedicarme a mis hijas. Porque por la niña que tiene ahora 14 años, con parálisis cerebral, ella es especial y toca estar con ella pendiente. Entonces nadie me la va cuidar como yo la cuido. Guaquira, Putumayo, 2007, P.132.

Se podría decir que para las mujeres, el sueño de un futuro mejor empieza por aspectos concretos y materiales que aseguran las condiciones de humanidad. Piensan probablemente que ese primer eslabón es imprescindible para construir un país en el que las necesidades de la población están cubiertas y se pueda llevar una vida digna.

Mis sueños es que yo la esperanza no la pierdo en que pueda tener una buena casa, con el tiempo, por donde yo pueda ubicarme con mis hijos y les pueda dar un buen estudio y educarlos bien, prácticamente tener médicos para mis hijos. Naya, Cauca, 2005, P.453.

También el deseo de conseguir un modo de subsistir, de obtener ingresos, forma parte del proyecto de futuro de muchas mujeres que señalan cuáles son los elementos básicos e imprescindibles para llevar una vida digna.

Mi sueño ahora es realizar mis realidades y seguir adelante y cómo le diría este a terminar, a acomodar como es que es agrandar mí negocio y conseguir con cosas buenas, darle en adelante tener otra vida. Caucasia, Bolívar, 2005, P.205.

El trabajo por cuenta propia es otra de las aspiraciones que manifiestan las mujeres y que remiten a un pasado en el que pudieron vivir por sus propios medios. Se trata pues de un sueño que intenta recuperar algo del modo de vida perdido, de volver a encauzar la capacidad de trabajo y los proyectos que quedaron truncados por causa de los hechos de violencia.

Es decir, tener casa propia y medios para subsistir son aspiraciones prioritarias y básicas para poner los cimientos de una nueva generación que aporte elementos positivos a la sociedad alejándose de la violencia. Los deseos concretados para una misma y sus hijos son también proyectos de reconstrucción del propio país.

Yo lo que aspiro es tener mi casa. Yo aspiro a que el Estado me dé mi casa y tener un negocio para yo sustentar a mi familia. Porque yo no quiero que mis hijos queden como estoy yo, quiero que mis hijos sean alguien en la vida. Quiero que sean unos profesionales, para que ellos le sirvan a la sociedad más adelante. Que ellos no sean unos gamines, no sean por ahí unos atracadores. Que si uno no llega a ser alguien en la vida, a ser profesional, uno llega es a eso. Pues eso es lo que yo aspiro en la vida. Cartagena, Bolívar, P.244.

Para las mujeres entrevistadas el futuro se materializa en las hijas y los hijos, aunque algunas de ellas expresan también deseos de mejora personal que se concretan en el estudio. En muchas de las entrevistas la proyección de futuro centrada en los hijos e hijas se expresa como el deseo de que accedan a aquello que para ellas fue inaccesible: “lo que no pude ser”, “lo que yo no alcancé”.

La educación es, para las mujeres, la vía para “ser alguien en la vida”, es decir una persona que pueda aportar y que consiga situarse con seguridad en el mundo, realizando un trabajo digno que le proporcione medios de vida suficientes.

Yo a mis hijos les digo que estudien, que en el mañana sean alguien. Que en el mañana que no lo haya tenido como lo tuve. Por eso no tengo un trabajo que

me sirva, sino por ahí estar lavando platos porque eso es lo único que uno sabe hacer. De resto si uno no tiene un bachillerato en ninguna parte le dan un trabajo bueno. Yo les digo a mis hijos que tienen que estudiar, que en el mañana ese estudio les sirva a ellos y salgan adelante. Melgar, Tolima, 2004, P.147.

Otro deseo fuertemente asociado al futuro de las hijas e hijos es que no tengan que vivir lo mismo que ellas. Es decir, expresan el deseo de no repetición de los hechos de violencia, de las violaciones de derechos humanos.

Mi sueño ahorita es... tratar de estar bien, de tener a mi familia bien, de trabajar por los míos y... estar pendiente de mi bebé que viene en camino, de que no me le pase lo que me pasó a mí. O sea, que ella sepa lo que a mí me pasó y que lo tenga como una experiencia. Sabana de Torres, Santander, 1999, P.786.

No pues yo quisiera que ella apenas está empezando a vivir, que tuviera un futuro bueno, que no le pase lo que me pasó a mí y dejarles en qué vivir, será lo único Chigorodó, Antioquia, 1989, P.36.

El esfuerzo por los hijos e hijas se realiza, pues, con la esperanza que la violencia no se repita, que ellas y ellos no vean su futuro roto por hechos como los vividos por sus madres.

Mis planes, a ver si consigo unas fuercecitas (algo de dinero) ahí trabajando, si saco mis hijos adelante. Porque sí, ya están en bachillerato. Aunque ya una de las hembras ahí con esfuerzo fue trabajando en casa de familia, pero terminó su bachillerato. Ya tengo los dos que también están en bachillerato. Que luchando para ver si, ya que yo no alcance, que esta violencia no sirva para truncarles el futuro a mis hijos, yo quiero que ellos lleguen a alguna parte. Vereda Mundo Nuevo, Bolívar, 2001, P.226.

La experiencia vivida por la mujer que dio su testimonio le lleva a afirmar que para evitar un futuro marcado por las violaciones de derechos humanos es fundamental la educación de la generación joven, para que pueda comprender lo que ocurre en el entorno y pueda prevenir la puesta en marcha de dinámicas violentas en las comunidades. Para ella, como para muchas otras, el acceso a la educación es un antídoto contra la repetición de la violencia.

Con lo que me sucedió, nadie está exento de que le pase eso, porque lo que me sucedió a mí yo no lo esperaba, pero ya me pasó y ¿qué tengo que hacer? Buscar pues la solución a que las cosas se mejoren. Cambiar el estilo de vida. Apoyar a mis hijos para que no vayan a coger un mal camino, porque al menos no les pase lo mismo que me pasó a mí. Porque uno por ser ignorante y porque uno está en un medio donde no busca como salir adelante. Bojayá, Chocó, 2002, P.468.

Tal vez en ese deseo de no repetición manifestado, con tanta fuerza por las mujeres, hay una cierta búsqueda de compensación por los sufrimientos experimentados en la genera-

ción anterior. Es decir, confiar en que los propios sufrimientos hayan servido para mejorar la vida futura de los jóvenes.

Del cambio de allá a acá es mucho. Acá veo que mis hijos van a seguir un futuro diferente, una vida diferente, van a poder estudiar. Yo sé que voy hacer que sean alguien en la vida, mejor todavía. Y allá no había cómo, no había la forma de ofrecerles un futuro, una vida a esos niños. Por ejemplo allá a la mayoría no les pueden ofrecer eso, están viendo tanta violencia, acá les dan tantas oportunidades a uno, más allá, no llega ninguna oportunidad. Peñón, Santander, P.143.

En síntesis, la aspiración que muchas expresan es recuperar una vida tranquila y digna en la que el sufrimiento y las pérdidas queden situadas en el pasado y puedan disfrutar viviendo el presente junto con la familia con una mejor calidad de vida. Otras mujeres expresan sus deseos de futuro a escala del país y manifiestan su disposición a intervenir en los espacios públicos o en organizaciones que trabajen para mejorar la vida ciudadana o defender los derechos de las mujeres.

Pues volverme a involucrar, a meterme otra vez en el concejo, hablar con los concejales, a ver qué proyectos había y seguir trabajando. Pero ya un poco más alejada, pero yo aspiro a que esto no siga así. Yo pienso que más adelante las cosas van a cambiar a mucho mejor. Corinto, Cauca, 2010, P.314.

Como señala esta mujer, este deseo compartido manifiesta ilusión y ganas de empujar los cambios, cifrando en las mujeres la esperanza de un futuro sin violencia.

Espero que a través de ustedes, mujeres, tengamos la oportunidad de vivir otro futuro, de tener otra esperanza ya que aún hay ilusiones y queremos salir adelante donde haya tranquilidad. San Miguel, Putumayo, 2001, P.545.

V. Tengo que cuidarme. Precaución, autocuidado y seguridad

María se levantaba con mañitica y rendijeaba por las tablas y veía a esos hombres armados y enchaquetados, y ella a punta de oraciones... y puso hasta una cocada de agua detrás de la puerta que para que se fueran. Y se quedaron como tres o cuatro horas esperando a que les abrieran la puerta. Barrio Blanquizal, Medellín, Antioquia, 1994, P.63.

Imaginemos a María. El terror que experimenta cuando, en la noche, siente que “hombres armados y enchaquetados” rodean su casita de tablas, tan frágil y vulnerable. María vigila. María ora. María se protege a través de creencias aprendidas de los mayores... Así enfrenta a quienes merodean alrededor de su hogar, y logra hacerles creer que la casa está vacía. El relato de María hace parte de las estrategias de precaución y vigilancia que las

mujeres ensayan, aunque a veces sin éxito, para afrontar situaciones de terror y acoso. Estas estrategias de protección tratando de evitar el peligro, conllevan frecuentemente profundos cambios en el comportamiento de las mujeres, generando desconfianza en las comunidades, evitando movilizarse o limitando su vida cotidiana, o evitando la expresión y hablar sobre lo que sucede. Una de cada tres víctimas entrevistadas decidió no hablar sobre lo que había pasado como una forma de protección, frente a la hostilidad de los perpetradores y el miedo.

Estrategias de precaución, cuidado, vigilancia y seguridad.

Las estrategias de precaución y vigilancia se ubican sobre todo en el campo de la resistencia frente a la destrucción y la protección de la integridad. La situación de precariedad vivida por las mujeres víctimas, es una constante que influye en la adopción de estas estrategias. Como María, muchas viven en casitas de tabla, frágiles y vulnerables, apenas protegidas por puertas y ventanas con ajustes precarios. Algunas de estas casas están aisladas y no es fácil contar con el auxilio de los vecinos. La comunicación tampoco se facilita. Muchas no cuentan con luz eléctrica, y esto incrementa la sensación de precariedad e inseguridad. La falta de protección es otra situación que incrementa estas estrategias de cuidado, vigilancia y precaución.

Ya, por medio de la policía... del patrullero de la avenida oriental, ese estuvo en mi casa, me brindaron una orden de protección, me dieron dos cartillitas, para decirme cual era mi modo de salir y por dónde tenía que caminar, que tenía que cambiar mi forma de vestir, que tenía yo no sé qué vainas, todos esos reglamentos, todo reglamento se especifica en ese libro y todo eso. Entonces resulta y sucede que los policías después de que hubo esa muerte, ya iban a mi casa, estaban pendientes de mí y de la familia: “¿hay novedades?, no, por aquí todo está bien, está hasta bueno...”. Ya llevo más de 15 días que no sé qué es de esa tal... protección. Barrio la Cruz, Antioquia. 2010, P.8.

El miedo, el temor a todos los actores involucrados en este conflicto, legales e ilegales, es otra poderosa razón para la adopción de estrategias de cuidado y vigilancia.

El padre nos dijo que tuviéramos cuidado, que habían otra vez muchos grupos armados, que parecía que volvía la misma violencia de antes, que estuviéramos muy preparados, entonces qué se va a ir uno a un campo, si el hijo mío que volvió dijo: “yo estoy aquí, mientras no oiga decir nada, pero vuelvo y me pierdo, yo no me voy a hacer matar aquí”. Tarazá, Antioquia, 1996, P.51.

Esto se hace más claro en el caso de mujeres líderes sociales que están al frente de procesos de resistencia y denuncia de los abusos cometidos contra la población en situación de desplazamiento.

Estuvimos haciendo un trabajo muy fuerte alrededor de eso, y había muchos intereses sobre el trabajo con la población desplazada; como se habían tomado terrenos hubo muchas veces intentos de desalojo, y nosotros estábamos frente a ese trabajo, para que a la gente no se le atropellara, en general, denunciando... yo era la visible, cuando había que dar entrevistas, firmaba los comunicados, mi teléfono celular aparecía en los comunicados en general. Tibú, Norte de Santander, 2002, P.104.

Hay temor a la guerrilla, porque la percepción de las mujeres es que con ellos “el que la hace la paga”.

Como de la guerrilla... decidí no salir mucho a los espacios públicos, por ejemplo, no soy de las que hacen filas en lo de Acción Social, por allá, pidiendo mercado ni nada, me evito todo eso, para que la gente no me vea, no me conozca, porque para la guerrilla, el que la hace la paga, yo no le he hecho nada, lo único que hice fue quitarles mis hijas, pero si me llegan a ver, no me la perdonan”. Barrancabermeja, Santander, 2002, P.118.

Hay temor al Estado, a quien se percibe en muchos casos no como el que brinda protección y seguridad, sino como el aparato que controla y castiga a quien trabaja por los derechos de las víctimas.

Una de las cosas que me decía mi mamá, era “mija, yo prefiero verla lejos que verla en la cárcel”, porque ella sabía que si le interceptaran el teléfono, no se lo interceptaba un actor armado ilegal, si no que se lo interceptaba el Estado, entonces, que posiblemente me estaban investigando para encarcelarme, entonces para ella eso era lo peor. Floridablanca, Santander, 2004, P.101.

Y hay un inmenso temor a los paramilitares, un temor paralizante en muchos casos, debido a las atrocidades cometidas contra la población civil.

Pues, un señor entró allá y nos dijo que habían mandado unas cartas, que teníamos que salirnos de allá porque iban a entrar los paramilitares y que no iban a dejar a nadie vivo. Agüitas-Santa Rita, Risaralda, 2004, P.671.

Salí cuando vi el paisa cerquita de mi casa, ahí yo me quería morir y sin poder irme para ningún parte... Frontino, Antioquia, 1990, P.57.

Son todos ellos temores, miedos que destruyen la libertad de movimientos, incluso después de adoptar estrategias de protección y cuidado.

Aquí una se siente más extraña, la libertad de los niños, todo. Duré como unos 6 meses que no salía, yo no salía ni al parque ahí, nada, a mí me daba miedo. Pensaba que si salía a media cuadra me perdía, y los niños encerrados, y yo pues también. Como siete u ocho meses, creo que más, dure sin salir, yo no salía. Bogotá, D. C., 2007, P.126.

Frente a la acción de todos los actores armados, las mujeres experimentan la necesidad de estar muy vigilantes, y establecen estrategias de precaución y cuidado, tanto personales como colectivas, para afrontar situaciones que limitan su libertad y ponen en peligro su integridad y la de sus familias.

El abandono del Estado ha generado en las mujeres la necesidad de diseñar dichas medidas. Muy conscientemente, las mujeres que habitan territorios de conflicto, han puesto en marcha formas de actuar que, en muchos casos, contradicen aquellas construidas en tiempos de paz basadas en la confianza mutua. ¿Qué tipo de estrategias de precaución, seguridad, autocuidado, protección y vigilancia se descubren en las narrativas de las mujeres, y qué elementos podemos identificar en ellas?

La diversidad de estrategias de protección, cuidado y seguridad es muy grande. Hay variaciones de acuerdo a los grados de riesgo experimentados, al apoyo que se recibe de la familia (muchas mujeres están solas, con hijos pequeños, y en territorios hostiles enfrentando a los actores armados...), a la comprensión que se tiene del conflicto, a la capacidad de tramitar los asuntos a nivel comunitario y al grado de liderazgo comunal, social o político que tienen las mujeres. Pero todas convergen en la necesidad de cuidarse, de proteger su vida y la de sus familias, en una situación en la que en general no experimentan la protección del Estado.

Cuidarse de la calle y de la noche

En primer lugar, destaca el llamado, muy generalizado, a “cuidarse de la calle y de la noche”. Las mujeres experimentan “la calle y la noche” como lugares y tiempos, poblados de peligros, que comportan riesgos para ellas y sus familias. Ambos espacios dejan de ser seguros. Marginarse de lo que sucede en la calle y en la noche comporta una fuerte restricción de la libertad, pero la situación exige ser precavidas.

Nosotros manteníamos cuidado, uno no salía de noche ni nada, yo digo: no, de pronto me le hacen algo a la niña o quién sabe qué, o llegan aquí, ya están las masacres, y hacen algo y uno sin nada. Popayán, Cauca, 1987, P.315.

Seguramente la calle y la noche han ido asociándose al lugar donde ocurren “cosas extrañas y oscuras”.

Nadie está libre de una bala perdida y es lo más común que pasa en nuestro medio, porque el mismo Estado [fuerzas militares] es el que dispara al aire, pero si brego a que no se infiltre en cosas extrañas u oscuras, yo si les digo “ojo muchachos, se dejan utilizar”. Manrique, Antioquia, 2002, P.16.

Las amenazas que ocurren en la calle y en la noche, están muy relacionadas con la agresión sexual a las jóvenes. Por eso la insistencia en protegerse de “la calle” es recurrente.

Lo único que yo les digo, como ellas salen del colegio y se van hacer tareas por allá hasta tarde, es que no se queden por allá. “Miren que hay mucho peligro, mucha gente maldadosa, mire que las pueden violar o hacer algo, niñas, miren por allá esas niñas que resultaron muertas en el Morro de Pan de Azúcar, por eso, por estar por allá jugando, dos niñas que eran amiguitas; dejen esas pendejadas”. La mía también estaba en eso, la de 15 años y yo le decía que a una cuando está en la calle, le pasa lo peor. Bogotá, D.C., 1986, P.3.

Desconfiar... de todo y de todos

Inculcar la desconfianza hacia “los otros”, tanto hacia el forastero, el extraño, como hacia la gente conocida... se constituye en una medida de precaución muy común. En contextos de vida campesina o los barrios de ciudades, donde la base de la convivencia y el progreso de las comunidades ha sido la confianza mutua, esta experiencia de convertir al vecino, al visitante, incluso al amigo en alguien sospechoso, en quien no se puede confiar, es una estrategia de seguridad mucho más común de lo que se cree. Una de las consecuencias más grave de este conflicto, es la ruptura de lazos de solidaridad construidos, la desconfianza y el miedo instalados en el corazón de las personas.

Yo amigos tengo, pero no... tampoco mucho, porque los amigos también son muy chismosos, inventan güevonadas de uno, entonces es mejor estar solita. Pradera, Antioquia, 2007, P.682.

Pues más bien estar en sitios que esté todo calmado queriendo evitar la gente conocida, que lo distingue a uno, que no esté mucho al pie de uno para hacerle un comentario porque uno nunca sabe las cosas... entonces estarse uno más bien aislado y estar pendiente porque siempre se mantiene uno pendiente. Cimitarra, Santander, 2000, P.721.

Desconfiar de todos los actores armados es una actitud común para prevenir consecuencias indeseables, especialmente en los territorios donde se da presencia de varios que pueden acusarlas de colaborar con “el otro lado”..

Cuando lo miré, que él comenzó a llegar ahí, yo le dije: “bueno hija, eso si nada, así le ofrezca esta vida y la otra, nada”, yo con esa gente fui muy aparte, porque de todas maneras uno en el campo, no puede estar ni para allá ni para acá porque imagínese, hoy es un grupo, mañana es otro y entonces allí es para correr riesgo uno, ¿sí o no?, por ejemplo hay un grupo, como decir farianos, uno habla con ellos, entonces llegan los elenos, eso a la hora es un problema, se van los elenos, llegan los rastros ahí sí que es cierto, es un problema también porque ya comienzan a investigarlo a uno... Villagarzón, Putumayo, 2005, P.306.

La actitud de desconfianza se extrema en el caso de los informantes. Las acciones de prevención frente a los informantes y los que delatan a los otros son otra forma de afrontamiento. Estas formas de agredir y polarizar al tejido social en los conflictos

modernos tratando de involucrar a la población civil ha llegado a grados extremos en el caso colombiano. La política del gobierno de Álvaro Uribe de crear y pagar una red de informantes de hasta un millón de personas en todo el país según la información oficial, extendió el miedo y el sentimiento de control sobre una enorme población especialmente en el área rural. Una denuncia de estos informantes podía acarrear la detención o incluso la muerte, sin ninguna garantía para la gente.

Estaban atajando ahí en la entrada en la brecha que entra para la casa, por favor, no vayan a decir a qué vienen, o qué buscan, no comenten absolutamente nada, si los atajan a ellos allá, ellos tienen que decir a qué van. Entonces imagínese, de una lo están delatando a uno. El Tambo, Cauca, 2004, P.304.

Acá se le ha dicho mucho: no le vaya recibir a nadie nada, va por la calle y es rápido y no da ninguna clase de datos; si lo asedian, cuente en la casa todo lo que pase, como ellos no solamente están allá en esa tierra, ellos tienen mucha conexión... Murillo, Tolima, 2010, P.144.

Sin embargo, a pesar de los riesgos y de la desconfianza instalada en los corazones de las personas, algunos testimonios refieren la importancia de los grupos en los que se dan relaciones de confianza mutua, como una estrategia de protección grupal. Por ejemplo “*andar en gallada*” es una recomendación muy común para prevenir los riesgos.

Bueno, igual la gente se iba en gallada para allá... ¿a qué vamos?: a lavar; y se iban cuatro o cinco a lavar, más todos los peladitos que se juntaban y se iban a bañar. Eso servía de protección porque no se podía pasar solas por allá, eso era violación segura o muerte segura. Cañas Gordas, Antioquia, 1995, P.11

Autocuidarse, denunciar, pedir la protección del Estado

Combinar el autocuidado personal con la denuncia ante instancias del Estado, es una actitud de precaución y vigilancia utilizada por las mujeres en territorios de conflicto.

Digamos que mi actuación se encaminó en dos vías. Primero la preservación y el cuidado individual que yo debía tener para enfrentar una situación como esta y crear mi propio esquema personal de seguridad; y la segunda es obviamente poner en conocimiento de las autoridades, para generar la responsabilidad del Estado en garantizar mi vida, en garantizar el ejercicio de mis derechos. Entonces allí pongo la denuncia en el comando de Policía, la denuncia en la Fiscalía. Pongo en conocimiento de las autoridades de la Universidad. Tuvimos reunión con la Defensoría del Pueblo, con la Procuraduría, con el alcalde de la ciudad y estamos esperando a que se pueda generar el escenario amplio con el ministerio del Interior y con las autoridades locales para poder analizar el nivel de riesgo que tenemos los y las estudiantes de acá, de la universidad. El Tambo, Cauca, P.307.

Sin embargo, la confianza en el Estado se ve quebrada en muchos casos, especialmente en zonas campesinas apartadas, y entonces lo que prevalece es el autocuidado a través de esquemas de seguridad personal y de la gestión de las organizaciones a las cuales se pertenece.

El esquema individual... por supuesto que sí, no hay que bajar la guardia, de hecho todo está muy reciente todavía, y a pesar de que todas las autoridades conocen, en este momento no hemos recibido ninguna ayuda que no sea gestionada por nuestra propia organización, y claro que sí, el esquema individual sigue, precisamente por la preocupación que hay. El Tambo, Cauca, P.307.

También en el caso de algunas mujeres víctimas a su vez de violencia, y las amenazas o maltrato de sus exparejas, esta extensión de la violencia a la vida cotidiana y la indeterminación de la amenaza extienden las medidas de auto-protección y la vivencia de riesgo.

Yo solicité medida de protección en la comisaría de Familia, pero eso para él no le vale de nada y en ese pueblo menos. La medida de protección no es solo para mí, es para mis hijas, mi mamá y mi papá, o sea para todos los que vivimos en la casa. Él no puede acercarse a ningún miembro de mi familia. Sobre las niñas se le puso una condición, de acuerdo a su comportamiento se le irían dando los permisos para que se acercara a ellas, también se le fijó una cuota alimentaria que nunca ha cumplido, siempre he sido yo sola, me toca trabajar todo el día para poderlas alimentar. Él ha seguido intentando acercarse, abrazarme, besarme, lo ha intentado, pero yo no me he dejado, últimamente cuando lo veo me dan unos nervios horribles. San José del Peñón, Bolívar, 2002, P.213.

Las minas anti-persona

En situaciones de enorme riesgo para la vida, el comportamiento frente al peligro se convierte en una cuestión central. Si bien la mayoría de las mujeres son conscientes del mismo, en otras ocasiones la gente que convive con el riesgo puede no tener conciencia del mismo o la información necesaria para la prevención. Las mujeres valoran los procesos de formación que les permiten tomar conciencia de los peligros que afrontan y apropiarse de medidas de seguridad, protección y vigilancia.

Destaca en los relatos la importancia dada por las mujeres a prevenir, por ejemplo, los riesgos asociados a las minas antipersona sembradas en los territorios por los actores armados.

Yo creo que la recomendación sería concientizar a la gente para que cuando ande por los caminos y hallen cosas no las alcen, ni las manipulen, yo creo que esto haría falta de pronto... Puerto Asís, Putumayo, 1996, P.304.

Huir, huir, huir

La huida de los lugares y ritos comunes y cotidianos, es una estrategia de precaución utilizada con mucha frecuencia por las mujeres. Comporta un desarraigo que produce mucho sufrimiento, especialmente para las niñas y jóvenes que no entienden por qué deben abandonar sus proyectos de vida, sus juegos, sus afectos, hasta que entienden que, debido a la situación, precisamente ellas son “el foco de riesgo”.

Ella pues como que estaba tratando de decirnos la verdad, pero también muy camuflada. Entonces, Indira y yo... pues vimos que era una maleta muy grande para el poco tiempo que nos íbamos a ir, entonces yo sí le dije a ella que por qué tanta ropa para tan poquito tiempo, y ella me dijo: “No, es que posiblemente ustedes no vuelvan y es mejor que se vayan para allá”. Nos armaron la maleta, nos empacaron poquitos juguetes y nos llevaron, nos sacaron un día por la noche, y como en un carro todo raro... en un carro que no era el de mi papá, con otro señor, y nosotras nos fuimos para donde mi tía Miriam. Belén de Umbría, Risaralda, 1999, P.685.

Con todo el dolor del mundo, tengo que dejar mi universidad a la que tanto quería, a la que tanto adoro, tuve que cortar semestre, me fui. Tuve que salir también para proteger a mi familia, todo lo hacía porque los tipos estuvieron por mi casa, estuvieron por allí cerquita, entonces yo dije no, pues el foco de riesgo de mi familia soy yo, entonces qué hacemos, pues eliminemos el foco, es decir quitémoslo de allí y lo que hice fue irme para otro lado. Entonces ese fue el mecanismo que utilicé para protegernos. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

La huida lleva a muchas familias a vivir situaciones extremas, a guarecerse bajo los árboles, a adentrarse cada vez profundo en la montaña. Las frecuentes incursiones en las zonas en disputa militar convierten la vida de las familias en un infierno y les obliga a adoptar precauciones en condiciones extremas en el monte.

Entonces ahí fue donde ya a nosotros nos tocó dormir en el monte, y nos íbamos a dormir a una casa que quedaba un poquito más escondida, donde unos viejitos. Pero ese señor le daba posada a un señor que estaba bastante involucrado con la guerrilla. Entonces ya nosotros no amanecíamos ahí. Yo decía: “vea, ese señor se sabe que está involucrado con la guerrilla, llegan ahí y acaban con esos viejitos y acaban con nosotros”. Entonces nos íbamos a amanecer junto a un palo de café, o un naranjo o en una mata de plátano, un palo de chirimoyo. Íbamos cambiando así, para decirlo mejor: toda la gente se iba a amanecer al monte. Vereda La Aldea, Antioquia, 1988, P.22.

La previsión es una característica que las mujeres imprimen a la huida. Diseñan y establecen rutas definidas de evacuación, que les permiten afrontar las incursiones de los actores armados y proteger sus vidas.

Me he cambiado infinidad de veces de casa; no paro en una casa más de tres meses, me vivo rotando, les advierto a mis hijos lo que puede pasar, lo que pasa, las rutas a seguir si llega a pasar algo. Ellos saben hacia dónde ir o a quien llamar el día que pase algo con alguno y el otro se dé cuenta. Les he dado rutas de protección entre nosotros cuatro. Icononzo, Tolima, 1999, P.166.

En muchas ocasiones nosotras tuvimos que presenciar enfrentamientos, entonces nosotros ya teníamos una ruta, para hacer frente, un trazado qué hacer cuando hay ese tipo de enfrentamientos. Entonces lo que nosotros hacíamos, cuando ya sentíamos la balacera, y a los estudiantes también se les había advertido, era subirnos al bus todos y venirnos para acá a Samaniego. Samaniego, Nariño, 2001, P.349.

Cuando el riesgo y la huida son inminentes, las mujeres disponen aquello que puede resultar imprescindible para huir con éxito del peligro que acecha.

Nosotros habíamos dejado listos los zapatos por si de pronto, nos tocaba salir corriendo, dejamos listas velas, dejamos lista una bacinilla porque nosotros no podíamos, o sea donde nos tocara ir al baño, nosotras no podíamos porque quedaba prácticamente en un solar, entonces nosotras esa noche alistamos la bacinilla y todo. Cali, Valle del Cauca, P.163.

Huir es, en definitiva, la opción que les queda a muchas mujeres para prevenir males mayores. El riesgo constante de las acciones de diferentes actores armados y específicamente el riesgo de violación o de abuso de sus cuerpos, es vivido en algunas zonas como constante. La convicción de que los cuerpos femeninos pueden ser controlados y usados opera en todos los actores armados y genera terror, “pánico”, en las mujeres que habitan en los territorios que ellos ocupan.

Pero era horrible, horrible, horrible. Le tenía pánico, yo al tipo lo miraba, y a mí me daba miedo, temblaba, entonces dije yo me tengo que ir, y decidí volarme por el río, porque si uno salía por la carretera, en esos anillos de seguridad a uno lo cogían, y el tipo había dado la orden de que yo no podía salir del pueblo, que yo no tenía permiso para irme, y como ellos son los que mandan, si ellos les da la gana y dicen “no sale una persona”, no sale, entonces cuando vos estas saliendo por la carretera, sencillamente te paran y te devuelven, y si vos no querés, ahí te dejan, te matan y, como ellos son los que mandan, entonces ellos deciden. La mayoría sabe que todas las mujeres que llegaban nuevas, o sea, foráneas al pueblo, o de las veredas cercanas, o las que vivían allí, si a ellos les gustaban, eran de ellos, eso era casi una propiedad de ellos, y si querían acostarse con ellas, ellas tenían que hacerlo, obligadas, así no quisieran. Vereda el Manco, Huila, 2005, P.874.

El autodesplazamiento

El “autodesplazamiento” como prevención, es una decisión tomada por algunas mujeres para proteger su vida y la de otras personas (familia, comunidad, organización...). Es importante constatar cómo algunas mujeres analizan la situación y se adelantan a la incursión de los actores armados, salvando así sus vidas.

Entonces finalmente, yo creo que fue una buena decisión haberme venido, o sea yo no sufrí un desplazamiento de esos de choque, tan tenaz, que te sacan con un arma detrás o, te hieren o te matan a alguien, que si conozco muchos de esos casos, o te agreden; no, mi desplazamiento fue más parte de mi decisión, ó sea yo decidí irme, protegí mi vida, y protegí a muchas otras personas. San Carlos, Antioquia, 2000, P.101

Este “autodesplazamiento” es, en algunos casos, una decisión colectiva; mujeres, especialmente indígenas, vinculadas a estructuras comunitarias, y que desempeñan liderazgos importantes en sus comunidades, son desplazadas para proteger sus vidas y su trabajo. Es interesante constatar cómo algunas de estas mujeres continúan su trabajo utilizando las nuevas tecnologías de información y comunicación.

En el año 2007, la organización por seguridad para mí me trasladó a trabajar en la Organización Nacional Indígena de Colombia, allí estuve un año y medio; yo sigo trabajando con mis mujeres de allá, hago mis contactos allá a través del internet, programas, trabajos en internet... Ya en el 2007, a finales, se hace el Congreso de la ONIC y cambia la estructura; y yo me regreso a mi territorio, ahí fue que se dio mi desplazamiento. Natagaima y Coyaima, Tolima, 2008, P.135.

La denuncia pública y la visibilización internacional

Más que todo hicimos ese Foro por protegernos y para hacer una denuncia pública, porque igual ya había señalamientos a ciertos docentes, señalamientos directos de que los docentes estaban colaborando con la guerrilla; entonces, nosotros, como no era así, queríamos era denunciar eso públicamente. Samaniego, Nariño, 2007, P.349.

La adopción de estas estrategias revela un análisis muy lúcido de la realidad y un conocimiento y apropiación de medidas de protección vigentes, por parte de las mujeres.

Sin embargo, en ese análisis, las mujeres identifican los vacíos y límites en la protección que el Estado y la comunidad internacional brindan a las mujeres víctimas. En algunos casos, ciertas medidas se convierten incluso en mayores riesgos para ellas y las convierte en el blanco de críticas de los mismos funcionarios del Estado.

No solamente hemos tenido la persecución allá, sino aquí en Bogotá. La Comisión Interamericana nos otorgó ya hace un año ,a quince mujeres colombianas desplazadas, medidas cautelares y sin embargo, pese a reuniones, a denuncias en Fiscalía, en reuniones supuestamente de concertación con la Cancillería, hasta el momento no hemos recibido sino, en el caso mío, dos celulares y unos apoyos de transporte, del resto nada más. No hay una atención integral, no se da un reconocimiento a la labor que nosotras hacemos, por el contrario, nos persiguen y el hecho de haber sido beneficiadas de medidas cautelares nos puso en mayor riesgo y en mayor vulnerabilidad, porque ya hasta los mismos funcionarios de las instituciones llámese Acción Social, Procuraduría... cuando llegamos a unas reuniones y hacemos ese tipo de exigencias, nos cogen entre ojos y ni siquiera nos atienden. Pareciera que haber sido beneficiarias de medidas cautelares hubiera sido más en contra de nosotras, y nos tienen relegadas. Además, siempre hay cuestionamientos sobre nosotras que se hacen como instituciones. Escuché algunos comentarios de algunos funcionarios que viven del sueldo que les paga Acción Social, diciendo que los desplazados queríamos vivir del Estado toda la vida. Son cosas que han salido no solamente cuando nos lo han dicho verbales, sino en las respuestas que se envían a los derechos de petición. Fusagasugá, Cundinamarca, 2004, P.140.

Bajar el perfil... por un tiempo

En los afrontamientos es común encontrar mujeres que deciden bajar el perfil por un tiempo. En general, son mujeres que tienen algún tipo de liderazgo comunitario o político en las comunidades, y que se convierten en objetivo de los actores armados, poniendo en peligro a sus familias. Este “bajar el perfil” supone alejarse de las organizaciones y movimientos sociales, y vivir de alguna manera como topas, escondidas, sin voz, sin presencia en los escenarios sociales y políticos.

Imagínate, esto me ha hecho bajar el perfil, ya por lo menos tenemos como cuatro años que no estamos en contacto con nada, no sabemos ni cómo van los movimientos sociales ni nada de nada, a raíz de todo esto que pasó allá. Nos logramos salvar allá, para que nos vengán a matar acá pendejamente, pues tampoco. Entonces bajamos perfil, nos apartamos de todos los roles sociales, de todo, todo, como por dos años, después ya otra vez... pero poquito a poquito. Líbano, Tolima, 2001, P.162.

Me abordaron y me dijeron que tenía que salir, que tenía 24 horas, que era mi vida y la de mi familia, pues nos tenían ubicados a todos. Siempre manejé un perfil bajo por mi familia; nunca les dije qué me pasó, sino que salí y me vine. Mi mamá y mi papá creyeron que yo salí normalmente por flota, mis papás me llevaron a coger el bus, y ellos creyeron que yo cogí el bus, pero a la salida del pueblo me bajé del bus y cogí monte para llegar a Santuario, y ya de ahí coger un bus, porque donde pase los dos retenes ahí me quedo, ahí me quedo, ahí me quedo... San Miguel, Putumayo, 2005, P.895.

Escondarse, encerrarse, hacerse invisibles

Escondarse es posiblemente la estrategia de precaución muy común para afrontar los riesgos que comporta el conflicto y la acción de los actores armados: *“les preguntaban que dónde estábamos, (y decían) que no sabían, porque nosotros decíamos: “Ay, no digan dónde estamos, no digan dónde estamos”; nosotros duramos 2 años para contar en la casa dónde estábamos, dos años para contarle a un mismo hermano porque hasta me daba miedo, a pesar de que era mi hermano, me daba miedo que de pronto lo cogían y lo torturaran por ahí...”*. Peñol, Antioquia, 2002, P.596.

Nosotros lo que hacíamos era escondernos, no salir, uno podía tener las fiestas o lo que fuera y no podía salir, porque tenía que cuidarse, los mismos vecinos le decían a uno: “mire, hágalo por su niña, que por aquí andan unos tipos raros, que han estado por aquí paseando, hágalo por su niña, hágalo, no se ponga a confiar, no ve que aquí ya pusieron una bomba y de pronto se meten allí, tal cosa”; y yo: “no, pero...”; uno cree que no le van a hacer nada y tal cosa, pero esa gente no, esa gente lo que piensa es hacer su cometido, no importa, violando el derecho del que sea o de lo que sea. Patía, Cuaca, 1995, P.315.

El encerramiento en la casa es una forma de cuidarse, en medio de tanta incertidumbre. Se viven experiencias límite, que aconsejan encerrarse:

Una vez yo estaba asomada en la ventana, cuando en la esquina uno sacó un revólver y mató a otro, así por deporte...entonces no nos dejaban salir a la puerta, todo se mantenía cerrado. Caicedonia, Valle del Cauca, 2001, P.679.

Muchas mujeres se refieren a esta estrategia, que les permite sentirse relativamente seguras, y conjurar el miedo, aunque supone trastocar las costumbres cotidianas:

Nosotros, cuando son las 6 de la tarde ya tenemos la puerta cerrada y a nadie le abrimos la puerta, porque a uno le da miedo. Aguadas, Caldas, 2004, P.597.

Sí, hay veces que pasa que uno tiene que encerrarse temprano, porque si no encuentra la balacera más horrible, caras muy distintas que uno no las conoce, entonces para no tener un dolor de cabeza es mejor quedarse quieta. Medellín, Antioquia, 1994, P.36.

Son situaciones en las que la vida peligra. Aparentemente, las personas continúan con una vida normal, trabajando, yendo al colegio, haciendo las tareas cotidianas, pero de repente irrumpe el conflicto latente y obliga a tomar medidas extremas.

La niña salió del colegio y le entregó la llave y le dijo: “niña se me va para la casa rapidito, como están disparando tanto entonces se mete debajo de la cama mía que allá no le entra la bala”; yo no sé porque decía que allá no le entraba la

bala..., claro cuando se formaron los tiroteos, entonces se fue para allá. Robledo, Antioquia, 2000. P.27.

A veces se metía la guerrilla y cosas así, pero uno se encerraba en la casa y no veía nada y al otro día salíamos comunes y corrientes para el colegio y no pasaba nada. Caicedonia, Valle del Cauca, 2001, P.676.

En el mismo sentido de evitar problemas o posible represión, algunas víctimas relataron cómo hicieron desaparecer documentos o materiales que pudieran resultar comprometedores. En un contexto donde actúan todos los actores armados, la población campesina se encuentra en una situación muy complicada y fácilmente se puede ser acusado de colaborar con alguno de los bandos. El silencio es la mejor forma de precaución y seguridad.

A nosotros nos dejaron casetes, que grabó ese pelado que hay ahora preso... el cantante de las FARC... unos vallenatos tan bonitos, nosotros los escuchábamos. Y entonces, ya cuando dijeron que venían las AUC, entonces todo eso se quemó. Se desapareció todo eso, porque eso eran unas pruebas contundentes que nos podían... ya que los mismos dueños de allá decían que nosotros éramos auxiliares de la guerrilla, mas sin embargo, como le decía yo al comandante del Ejército... “ellos son los amos y señores del monte, ustedes solo mandan por los caminos”, entonces se quedaron callados... “No, pero si ven algo, cuéntenos”, más nosotros no nos vamos a poner a contar, nada más dije esa vez por mando de ese señor, y si no, nos hubiéramos quedados callados. Valle del Cauca, 2011, P.661.

En las regiones, existen procesos organizativos consolidados, en los cuales las mujeres van asumiendo liderazgos. Muchas de ellas son conscientes de que la precariedad en sus condiciones de vida genera mucha vulnerabilidad, por ejemplo, para mantener protegidos los documentos de la organización. Eligen opciones creativas y seguras para proteger las memorias de los procesos organizativos, en los que participan.

Como yo era la relatora, entonces tenía todos esos documentos, y ese fue el susto que a mí me dio. La casita en la que yo vivía allá, era una casita de palo, pero eso era de tierra, y yo dije “donde me cojan eso, mejor dicho”, y llegué y cogí con las manos a rasgar esto; como el armadillo, cavé y enterré esos papeles, ahí, debajo de la cama, y al lado de la casa. Líbano, Tolima, 2001, P.162.

En algunos casos extremos, esas formas de ocultamiento han llevado al cambio de nombre, de identidad: *él estuvo bregando a ver si se cambiaba de nombre... mire que allá en Riosucio él tiene un nombre que se puso así, para que lo llamaran, porque de pronto... ¿Si me entiende? (Desplazamiento, Supía, Caldas, P.658). Hubo que cambiarle el nombre porque nosotros nos martirizaba mucho porque él se voló amarrado, entonces hubo que cambiarle el nombre, hubo que cambiárselo por protección de él y de la familia.* Medellín, Antioquia, 1995, P.51.

La seguridad comporta, en algunas ocasiones, que las mujeres como medida de precaución transformen rasgos que las identifican. Así lo narran varias mujeres a través de estremecedores relatos.

Después de los 15 días... me dio por salir al Amazonas a tomar agua así a la orilla, cuando yo vi un amigo que bajaba en una lanchita pequeña él solo, entonces yo le boleé [levanté] la mano, él me miraba... me miraba y yo lo llamaba, y cuando me vio dijo: "¡Ay! ¿Qué es lo que estoy viendo? ¿Es usted?"", y yo le digo: "Llévame a Puerto Asís", y me dijo: "¡Ay! Ahí te están buscando" "No, no puede ser. ¡Llévame a Puerto Asís!". Me mandé a mochar el cabello bien cortico, me quedé donde la mamá del novio mío. Cuando llegamos ese día... yo me escondí ahí, ahí estuve yo. Puerto Asís, Putumayo, P.683.

En el año pasado volví otra vez por mi mamá; se había calmado eso, y volvimos. N. era mona [rubia], tenía sus crespos y mona, lo más de hermosa, le teñimos el cabello de negro; a M. también se lo oscurecimos, aunque ha cambiado mucho su físico, porque eran unas niñas pequeñas, a ellas puede que no las reconozcan, pero a mí sí. Por esta bendita cicatriz, vea. Líbano, Tolima, 2006, P.154.

Estos cambios identitarios afectan también las prácticas culturales de las comunidades; en algunas circunstancias, las mujeres, que son las principales depositarias de los ritos y tradiciones de la comunidad, toman por precaución, la decisión de ocultar o cambiar algunas de ellas, por ejemplo los ritos de velorio tan apreciados en las poblaciones afrodescendientes.

Claro que se dio cuenta. Sí, el padre estaba ahí en el barrio. No, no lo quise cantar ahí, porque me daba miedo. Por seguridad de toda la familia que vino que al entierro y al velorio, lo velé. Allá, en una sala de velación. Frontino, Antioquia, 1990. P.61.

De forma reservada, y sin dar publicidad a los hechos, otras mujeres han optado por dejar constancia de los abusos sufridos, escribiendo sobre ellos aunque sin darlos a conocer. Los testimonios de varias mujeres sugieren que algunas guardan relatos escritos que se convierten en un tesoro importante para llegar a la verdad de los hechos más adelante.

Yo en medio de todo eso por lo que opté fue por escribir. Yo soy una niña muy callada, muy observadora y entonces a mí me enseñaron varias cosas, por ejemplo que no me podía aprender los nombres de la gente, ni los espacios, ni le podía contar a nadie lo que pasaba ni lo que veía. Para mí todavía es muy difícil que yo me aprenda los nombres de la gente, yo todavía vivo al estilo militar, a mí me criaron al estilo militar. Entonces, por lo que yo opté fue por escribir. Belén Rincón, Antioquia, 2000, P.12.

Organizar la defensa colectiva

La organización de la defensa de la comunidad es otra forma de vigilancia muy valorada por las mujeres indígenas, sin embargo, dejan constancia de que la presencia de las mujeres en esa defensa es todavía incipiente.

Pues, aquí por eso formamos el Cabildo, estando ya aquí, en el territorio, formamos el cabildo, se pudo sacar el comité de la guardia; el comité de guardia está integrado por hombres, mujeres, mujeres las que quieren ir, de pronto en la guardia hay muchas mujeres jóvenes, pero la mayoría son hombres porque ellos dicen: nosotros los hombres nos defendemos más rápido, de aquí a que ustedes corran o algo. Entonces en la guardia hay hombres, en este momentico está en cabeza de dos compañeros que son ellos los que hacen las rondas en la comunidad, igual aquí esta comunidad no hemos tenido problemas de orden público aquí dentro de la comunidad y eso nos ha hecho sentir un poco seguros acá dentro de la comunidad, a pesar que ahorita llegaron nuevas amenazas a la comunidad, está amenazado el gobernador actual. El Tambo, Cauca, 2004, P.310.

Algunos hallazgos

Como María, la mujer que, llena de terror, “rendijeaba” a través de las tablas de su casa imaginando la forma de proteger a su familia, las mujeres víctimas de este conflicto, en medio de una enorme desprotección, han venido ensayando formas de resistir el horror causado por todos los actores armados, basándose en sus propias fuerzas para prevenir, vigilar y defenderse.

Las mujeres víctimas de este conflicto, se revelan a través de los testimonios como mujeres fuertes, creativas y recursivas. Frente a la inercia y desprotección del Estado, ellas han afrontado con los escasos recursos disponibles, estrategias de seguridad y cuidado. En la mayoría de los casos, han tenido que tomar la difícil decisión de esconderse, huir, invisibilizarse, ocultar su identidad... Han logrado así salvar vidas, la suya propia y las de sus familiares. Han conseguido proteger organizaciones creadas para la defensa de las comunidades y de los derechos humanos.

Sin embargo, en ese proceso, cosas muy valiosas han sido sacrificadas en función de la seguridad. Por ejemplo, la confianza mutua y los lazos de convivencia tejidos durante largos años construyendo colectivamente proyectos de vida. El conflicto ha herido de muerte relaciones y afectos, y ha sembrado la semilla de la desconfianza entre vecinos, vecinas y comunidades humanas asentadas en territorios asolados por los actores armados, tanto legales como ilegales. El miedo se ha instalado no sólo en lo más profundo de cada persona afectada por este conflicto, sino en las relaciones con los otros. Por eso, “precaverse”, “vigilar” y “cuidarse” implica, en general, desconfiar, aislarse, convertir a “los otros” en un peligro potencial.

La pérdida de libertad y autonomía es otra constante en las mujeres, familias y comunidades afectadas por el conflicto. En efecto, la adopción de estrategias de afrontamiento basadas en la precaución y las medidas de seguridad, comporta una restricción de las libertades más elementales de las personas: salir a la calle, hablar con la gente, rumbar, gozar la noche, desplazarse con tranquilidad. La cotidianidad está poblada de riesgos, y aunque en muchas circunstancias aparentemente todo funciona igual, el conflicto está siempre presente e irrumpe de manera inesperada en cualquier momento. Por esta razón, limitar su libertad, cuidándose “de la calle y de la noche” es una recomendación constante que las mujeres hacen a sus hijos e hijas.

La necesidad de adoptar medidas acertadas de precaución y vigilancia para prevenir y/o afrontar los efectos del conflicto, ha generado en algunos casos, procesos de análisis de la realidad, del contexto nacional e internacional, que han fortalecido los liderazgos de las mujeres para la defensa de sus derechos. Ha fortalecido, también, las estructuras de las comunidades; los Cabildos indígenas, por ejemplo, han generado formas de precaución y medidas de seguridad muy efectivas para hacer frente a los riesgos causados por la incursión de los actores armados, en las cuales, y a pesar de que se mantienen e incluso refuerzan los roles masculinos tradicionales, las mujeres, especialmente las jóvenes, han ganado espacios y responsabilidades.

Si bien la desconfianza hacia los extraños y conocidos es factor común, el ejercicio de la solidaridad es también una actitud que opera con elemento de protección y seguridad. Las mujeres, espacialmente las indígenas, hablan de apoyo, de lealtad y solidaridad.

Pues hubo mucho apoyo, diría yo que la gente fue muy solidaria, por ejemplo cuando había un extraño que andaba averiguando por mí, no le daban información ni nada así. Cualquier persona, así no me conociera ni tuviera contacto conmigo, si le preguntaban decían que no, que no sabían, que no me habían visto, no daban información, así me vieran aquí en el pueblo; entonces yo creo que fueron muy solidarios conmigo en ese sentido de seguridad. Popayán, Cauca, 2001, P.323.

Eran hijas de otras familias indígenas de otro resguardo, pero allí nos vemos todos como una sola familia, todas las comunidades, y nos cuidamos unas a las otras. Ataco, Tolima, 2007, P.135.

Son heroicas las estrategias de afrontamiento adoptadas por las mujeres en el marco de este conflicto, las formas de cuidarse y cuidar sus familias, de protegerse, de prevenir riesgos y peligros. Sin embargo, los costos para las mujeres son enormes; algunos de ellos son descritos por ellas en sus narraciones

El encerramiento aísla:

No nos dejaban salir, no era fácil hacer amigos uno encerrado, éramos las dos con la otra niña y los de la casa. Belén de Umbría, Risaralda, 1999, P.676.

El aislamiento enferma:

Me dio un plazo de 3 horas y entonces ya viéndonos así que ya nos iban a sacar yo ya me enfermé, ya me fui enferma para la casa pues un susto de esos yo no esperaba, entonces yo me fui para mi casa, me encerré ya las vecinas que habían ahí mantenían la puerta cerrada por lo que me había pasado a mí y se preocuparon y entonces al lunes ya amanecí más enferma, tirada en la cama cuando llegaron 12 de ellos a mi casa... Ciudad Bolívar, Antioquia, 1998, P.48.

El terror se instala en la vida cotidiana:

Aquí donde estoy, es como si me lo estuvieran revolviendo. Todo lo siento en el estómago. Mi hija hace por ahí un año estaba hablando por celular y eran como las 10 pm y ella hay parada en el balcón. Aquí en seguida venden minutos [para celular]. Entonces me dijo: “ve se me acabaron los minutos ya vengo”, y yo: “¡ve esta, a esta hora y para irse a la calle!”. Yo le tengo mucho agüero, porque tengo muchos amigos que les han matado a los hijos después de estar acostados. Yo salir de mi casa después de estar encerrada... ya no salgo. Entonces ella se fue a hacer la llamada... Yo me bajé de la cama y era aquí pegada: “Dios mío me dejaste sola. Pero yo que he hecho”, y sentí que sonó la puerta y yo “¡ay mataron la hija mía!”. Cuando ella dijo: “no mami, soy yo”. Antioquia, 1998, P.66.

Se destruyen proyectos de vida y la relación con el territorio:

Esos hechos para uno como mujer y madre son demasiado fuertes, porque primero que todo la desaparición de un hijo acaba con todos los proyectos de una familia, realmente acaba con todos los proyectos y sueños de una familia; acaba desintegrando un grupo familiar, porque a raíz de la desaparición de mi hijo, por seguridad, me tuve que alejar de mi hijo mayor, sacarlo de la casa, de mis otras dos hijas, de mi nieta, de mi esposo, llevar una lucha sola por proteger a cada uno de estos miembros, porque sería terrible perder por segunda vez otra persona. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Si quiero conservar la vida y salvaguardarme, me toca estar en el exilio de mi territorio, situación muy triste y nostálgica... ponerse a recordar esos años maravillosos de niñez y juventud. Castillo, Meta, 1994, P.159.

Se pierde la salud física y mental:

Entonces acaba todo, hay depresión, se enferma una moralmente, físicamente... Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

La capacidad y creatividad de las mujeres víctimas del conflicto para resistir el terror instalado en todos los rincones de la vida cotidiana, y los costos físicos y psicológicos que ha supuesto para ellas, merece un reconocimiento especial y hace parte de la Verdad que debe ser contada al país y a las generaciones venideras.

VI. La religión en la búsqueda de sentido

Yo no podía, porque como yo era mujer... y yo le decía a mi mamá que había que pedirle más bien al Señor, tener fuerza y mucha valentía, en verdad, que más podíamos hacer... Chigorodó, Antioquia, 2001, P.60.

La experiencia de “no poder”

Los relatos de las mujeres remiten a una experiencia común a muchas mujeres: la experiencia del “no-poder”, que se añade a la del “no-tener”, “no saber” y “no valer”, expresiones todas ellas del sufrimiento padecido por las mujeres; un sufrimiento presente en determinadas instituciones y estructuras culturales que lo favorecen; un mal soportado, pero no elegido por las mujeres⁶².

Los conflictos armados generan escenarios y relaciones que profundizan la discriminación y subordinación de las mujeres, exacerbando el control y dominación sobre los cuerpos femeninos, y llevando la experiencia de “no poder” a límites insospechados, sobre todo a través de las múltiples “pérdidas” que padecen las mujeres. Este “no-poder” es narrado de manera reiterada por las mujeres víctimas, y aparece de múltiples formas:

- No poder salvar a sus compañeros e hijos de la muerte.*
- No poder proteger a su familia.*
- No poder protegerse a sí mismas y a sus hijas de la violencia sexual.*
- No poder conservar y mantener sus pertenencias.*
- No poder salir adelante en situaciones de desprotección.*
- No poder entender las causas de este conflicto, el “sinsentido”...*
- No poder con tanto sufrimiento.*
- No poder superar la humillación vivida en sus cuerpos por la violación y el abuso sufridos...*
- No poder enfrentar la fuerza física del actor armado.*
- No poder mantener la salud y la vitalidad...*

Son, todas ellas, situaciones-límite que ponen a prueba la capacidad de las mujeres para sobrevivir, incluso físicamente. Frente a estas situaciones de “no-poder”, generadoras de profundo sufrimiento, buscan múltiples salidas. Ante tantos caminos cerrados, muchas mujeres experimentan una gran impotencia, y claman por soluciones, recurriendo

62 Gebara Ivone: El rostro oculto del mal. Una teología desde la experiencia de las mujeres. Editorial Trotta. Madrid 2002.

a Dios... Casi cuatro de cada diez mujeres refirieron en sus testimonios maneras de enfrentar el impacto o los hechos a través de la religión y la fe en Dios.

En la forma de comprender un fenómeno que amenaza la vida y que destruye la convivencia, como es el conflicto vivido por las mujeres víctimas, hay una considerable carga religiosa. Pero más allá de un asunto de comprensión de algo amenazante, se trata de una forma de autoprotección del ser humano ante fuerzas que no puede controlar. Es la búsqueda de explicaciones y soluciones en situaciones-límite. Lo religioso, para las mujeres víctimas, no es tanto cuestión del *sentido de la vida*, sino que está asociado a la práctica concreta del “débil”, del que “no puede”, de quien requiere de una fuerza para sobrevivir.

¿Qué será de la vida mía? La plegaria como recurso

El primer día que yo me vi así, inválida de la mano dije “señor Dios mío, mi mamá enferma y yo enferma ¿qué será de la vida mía? Ayúdame, Dios mío, que mi mano me dé para yo hacerle cualquier cosa a mi mamá”. Samaniego, Nariño, 2007, P.444.

Uno de los recursos fundamentales de las mujeres para afrontar los eventos traumáticos producidos por el conflicto, muy cercano por cierto a la experiencia vital y cotidiana de la mayoría de ellas, es la búsqueda de respuestas, de sentido, de consuelo y fortaleza, en la religión. Estas búsquedas obedecen en la mayoría de los casos a profundas convicciones religiosas de las mujeres.

Sinceramente le digo que sin Dios nada hacemos en este mundo, sin Dios nada somos y si todo el mundo, todos los seres vivientes de esta tierra se acogieran a las leyes de Dios, hubiera paz, porque nadie alzaría su mano para darle al otro. Montería, Córdoba, P.86.

En esas búsquedas, normalmente las mujeres recurren a experiencias y lugares conocidos, que hacen parte de sus tradiciones y costumbres religiosas, como las iglesias, la oración, la práctica de ritos, el diálogo con líderes religiosos, la vinculación a grupos y comunidades cristianas, el cumplimiento de mandas y promesas... pero la experiencia más común en el afrontamiento religioso de las mujeres es la plegaria.

Acudir a la oración que es clamor, petición de auxilio y expresión de agradecimiento en medio del *sin sentido*, es algo recurrente en las mujeres víctimas a la hora de afrontar situaciones extremas de abandono, violencia y despojo. Desde las experiencias de “no tener”, “no saber” y “no-valer”, pero especialmente desde el sentimiento de “no-poder” las mujeres claman, ruegan a quien consideran poderoso pidiendo protección, ayuda y fortaleza para ellas y para sus familias.

La plegaria es un recurso para quienes se sienten solas, sin apoyo, sin fuerzas... como sucede a una inmensa mayoría de mujeres desplazadas por el conflicto. Entre el sueño y la

esperanza, afianzándose en una lógica de proporcionalidad que no funciona en la guerra, o a un sentimiento de injusticia frente a una justicia “divina” como último recurso.

Yo decía: “Dios mío, sácame de esta, ayúdame con mis hijos a salir de esto, Señor, que nosotros no hemos sido malos para uno estar en esta tragedia tan grande, tan inesperada”. Así fue que salimos de allá... y rogando, aquí en Cartagena conseguí mi rancho y mi casa que es lo que más quería, aunque después venga lo demás. Cuando ocurrieron los hechos yo le rogaba a mi Dios que me sacara de allí con facilidad y que me salvara a mis hijos, a mi familia, yo soñaba que teníamos que salir de allí todos y así fue, salimos con vida y aquí estamos. Caucasia, Bolívar, 2005, P.205.

El gobierno no nos ha cuidado. La experiencia de la desprotección

Las referencias a Dios son, en muchos casos, el último recurso frente a la falta de medidas, un recurso psicológico o espiritual frente al vacío. Sin embargo, dicho afrontamiento religioso no desconoce ni diluye la responsabilidad del Estado. Las mujeres manifiestan que son conscientes de la responsabilidad del Estado, acuden a sus instancias, pero constatan su falta de compromiso.

En el momento que comenzaron las amenazas, se hizo denuncia ante la Fiscalía y al Ministerio del Interior, pero ellos dentro del estudio que hicieron, dijeron que no cabíamos dentro del programa de seguridad, así es que tanto del ministerio como de la Fiscalía, nos dijeron que los programas que ellos tienen no son aptos. Y lo que nos han ofrecido de seguridad es confinarnos en una casa, que no tiene ni puertas, ni ventanas, ni nada. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Este es un sentimiento que comparten muchas mujeres víctimas. En consecuencia, se ven obligadas a recurrir a Dios y a la religión como único auxilio para su situación. Son las experiencias de indefensión vividas por las mujeres, cuando las respuestas del Estado no tienen coherencia ni compromiso para ofrecer medidas de protección a quienes son víctimas del conflicto, las que generan desconfianza en las instituciones y las autoridades. En esos casos, “acudir a Dios” en búsqueda de protección y apoyo es un recurso común.

Dios del cielo es el que nos cuida, cuando salimos de las casas, cuando andamos en las calles, sólo encomendándonos a él andamos bien con todas las amenazas que tenemos como mujeres, como fundación y como organizaciones, pues él es el único que nos protege porque no tenemos amparo del Estado, no nos brinda una protección para uno salvaguardar su vida. Lloró, Chocó, 2001, P.408.

La única protección que yo tengo es mi padre celestial, no tengo otra protección, no tengo nada porque el gobierno no nos ha dado nada para protegernos, no nos ha cuidado, estamos por la calle, no debemos nada y que sea lo que Dios quiera, no tenemos nada con qué protegernos. Bucaramanga, Santander, 2008, P.772.

Oración para la resistencia

Ante las experiencias vividas, destaca la resistencia de las mujeres. Ellas emergen de las cenizas que deja la guerra en sus territorios dispuestas a luchar, a enfrentar nuevas situaciones en contextos casi siempre hostiles. Muchas de ellas identifican la fuente de esa resistencia en Dios. “*Nadie sabe lo que me ha tocado...*” afirma una mujer cuando percibe la admiración de la gente por su resistencia, e inmediatamente puntualiza.

Yo le pido al Señor resistencia. Yo no sé, yo digo que el Señor le da mucha fuerza a uno, yo voy mucho a misa, por la noche antes de acostarme lo único que le pido a Dios es que me de salud, fortaleza, salir adelante con esos muchachos y que me dé trabajito, siquiera otros diez añitos trabajando. Chigorodó, Antioquia, 2001, P.56.

En la plegaria las mujeres encuentran fortaleza para seguir en la lucha cotidiana. Muchas mujeres asimilan su propia fortaleza con un sentido religioso.

Soy una mujer echada para adelante y Dios me da la fortaleza, entonces primero que todo le doy gracias a Dios que me da esa fortaleza para seguir adelante, y hasta aquí le doy gracias a él que me tiene hasta el día de hoy aquí en la lucha. Caserío Monserrate, Caquetá, 2005, P.362.

Y también supone un valor que transmiten solidariamente a otras mujeres afectadas por la violencia.

A mí me ayuda mi fortaleza como mujer, porque antes al contrario, yo en medio de mi dolor le di fuerzas y valor a una mujer que también le mataron el compañero, porque es que yo toda mi vida siempre le pido a Dios y a María Santísima que me dé fuerzas y que me dé valor para yo soportar el dolor que sea... Bello, Antioquia, 1992, P.82.

Para numerosas mujeres la oración se convierte en una práctica para hacer frente a las situaciones de tensión, un espacio para alcanzar tranquilidad, para la descarga emocional y la relajación con un componente espiritual, desde diferentes confesiones religiosas.

Yo oro a Dios, soy muy creyente pero no importa de qué Dios, no importa dónde vaya, lo importante es Dios, el Dios supremo que todos tenemos, entonces eso fue lo que me relajó. Chigorodó, Antioquia, 1993, P.67.

Antes me gustaba la rumba, era una de las que ayudaba a organizar todas esas cosas. Ya después de tantas cosas, y tantas problemáticas más bien uno trata de buscar otros medios como es la religión, en donde uno encuentre una paz, porque uno se encuentra acorralado de tantos problemas, y eso perjudica la vida de uno. Santander de Quilichao, Cauca 2001, P.381.

Uno de los sufrimientos más intensos revelados por las mujeres víctimas es la desaparición de las personas amadas; en esas circunstancias, el clamor de las mujeres es desgarrador.

dor frente al dolor de la pérdida y el proceso de búsqueda: “*Rezar, rezar y pedirle a Dios que volvieran así como se los habían llevado, que volvieran otra vez a su vida*”. María La Baja, Bolívar, 1991, P.221.

Relatos estremecedores dan cuenta de situaciones límite en las que las mujeres no encuentran otra forma de afrontar la situación que clamar a Dios desde su angustia.

Imagínate, los hombres los pusieron en fila, todos los hombres desde quince años, todos en fila, yo tenía mi hermano, él vivía en Cartagena pero ese día había ido allá y cuando yo miré, así mire mi hermano en fila, yo dije: “Señor, no permitas que me maten mi hermano porque yo también me muero aquí, yo me muero porque me va a dar muy duro que me maten mi hermano, ay, Señor ten misericordia, toma el corazón de esas personas, Señor, tómallo, pónselo, que no tengan nada en contra de uno, que uno no les ha hecho nada a ellos”. Bueno gracias a Dios cuando el jefe pasó dijeron: “ya no vamos a matar a ninguno”. Gloria a Dios! Gloria a Dios!, todos tocamos palmas de la angustia que teníamos. Mampuján, María La Baja, Bolívar, P.232.

Ritos y prácticas tradicionales

Una segunda forma de afrontamiento religioso a la que acuden las mujeres son los ritos y las prácticas religiosas. Cuando todo lo cotidiano y habitual se ha trastocado, cuando los cimientos que dan arraigo a la vida se han visto socavados, recurrir a las prácticas y ritos conocidos es un importante medio de afrontar estas situaciones. En sus relatos, muchas mujeres explican que acuden a los rituales religiosos practicados desde la infancia para tener un sentido de seguridad. Algunos de ellos ayudan a proporcionar también apoyo emocional a través de la escucha y un sentido colectivo y espiritual.

Yo me siento más segura, confesarme me gustó mucho, y me meto en la parte de la oración, de ir a la misa. Encuentro ahí una paz... Dabeiba, Antioquia. P.18.

Prácticas profundamente arraigadas en la religiosidad popular, como los novenarios⁶³, contruidos en relación con momentos significativos de la vida de las comunidades, también ayudan a proporcionar estabilidad y seguridad, y permiten afrontar situaciones de extrema precariedad, como los procesos de duelo traumático en el marco del conflicto. Así lo expresa el relato de la mujer habitante de Cocorná (Vereda El Recreo, Antioquia, 1991 y 2006, P.54), que narra la masacre sucedida en un barrio popular de Medellín donde mueren tres familiares, entre ellos su hijo, y las afectaciones que sufre a raíz de esta situación. Al enterarse del hecho, viaja apresuradamente a la ciudad, acompañada de un familiar. El relato expresa el desconcierto y el dolor que experimenta: *Yo no pensaba*

63 Los novenarios son prácticas religiosas rituales, que hacen referencia a lo sagrado y trascendente, y se realizan en muchas comunidades humanas para otorgar sentido a diferentes experiencias entre ellas la muerte.

que era el hijo mío, y entonces ya nos vinimos y llegamos a Santo Domingo, y subimos, cuando los encontramos a los tres en una casa que los estaban velando.

La madre trata de entender lo sucedido y pregunta a quienes fueron testigos del hecho. Entonces le cuentan: *ellos venían ya del trabajo, cuando, disque me contó la viejita que Rubencito había arrimado y le había dicho: deme tres cervezas. Entonces ella le vendió la cerveza por una ventana, entonces ellos se pusieron a tomarlas cuando disque llegaron unos encapuchados y los hicieron acostar boca abajo, entonces ellos pensaron que era que los iban a requisar seguramente. Y ahí les dieron, en la acera junto a donde estaba la viejita y a la viejita disque le dijeron: “a esta hora no tiene cantinas abiertas o si quiere la matamos a usted también”. Y ahí mismo cerró la ventana.*

Esta mujer, abrumada por los hechos sucedidos, decide abandonar la ciudad y regresar a su vereda donde trata de afrontar la situación a través los novenarios de carácter generalmente colectivo que convocan a los vecinos para evocar la vida de las personas fallecidas y facilitar su tránsito después de la muerte.

Yo me vine para Caicedo, me vine para donde un hijo que vive en Caicedo, ahí hice las nueve novenas y de ahí me fui para el campo porque yo por allá tenía mis tasajitos, yo cogía café, desyerbaba... Medellín, Antioquia, 2001, P.54.

En algunos casos, este retorno a la vida cotidiana se torna especialmente difícil. Las mujeres víctimas se aferran a sus seres queridos: *le arreglaba la tumba y le decía, vea su tinto y le lloraba y le cantaba...* (Sabaneta, Antioquia, 1974, P.75). La tumba es en estos casos el lugar de recuerdo, de expresión de la pérdida; el lugar donde se siguen tejiendo los vínculos con los fallecidos, como parte del proceso de duelo. En los afrontamientos religiosos, algunos relatos de mujeres entrevistadas refieren prácticas tradicionales asociadas al “dejar ir” a las personas amadas. La transmisión de creencias y prácticas religiosas arraigadas en las comunidades, operan en estos casos como medios para afrontar estos duelos y encontrar cierto consuelo frente a la muerte violenta.

Las mediaciones: instituciones y personas de referencia

Las mediaciones son importantes en estos procesos de afrontamiento religioso. Las iglesias, los pastores religiosos, la lectura de textos sagrados, los grupos religiosos, las iniciativas sociales de las iglesias... son narrados por las mujeres como espacios y relaciones que posibilitan los afrontamientos de situaciones de violencia y despojo.

Para afrontar situaciones de pérdida o sufrimiento por causa de la violencia, muchas mujeres buscan apoyo en personas que ostentan algún tipo de autoridad religiosa o espiritual, entre ellos los pastores religiosos de iglesias y confesiones diversas.

Yo hablaba mucho con los padres, cuando nosotros llegamos a Moravia, la hermana mía vivía en Moravia y allá iba todos los días a la misa y le contaba al padre y él me aconsejaba. Santa Fe de Antioquia, Antioquia, 1999, P.6.

Las iniciativas organizativas de las iglesias, que generan protagonismo en las mujeres, son relatadas como experiencias significativas en los procesos de afrontamiento. Son experiencias que suponen un apoyo mutuo, canalizan el dolor o la rabia con un sentido religioso en el trabajo con otros sectores y ayudan a las víctimas que tienen fe a integrarse desde una perspectiva activa en dichas actividades.

Nosotras somos las que planeamos las actividades de la parroquia, nosotras somos las que tenemos los grupos de catequesis, los grupos de liturgia, cantamos en la misa, rezamos, hacemos procesiones y estamos colaborando ahí con el sacerdote que es un amor y nos mantenemos muy bien con él. Yo pienso que eso nos ha ayudado, la parte religiosa para nosotras ha sido como muy importante. Urrao, Antioquia, 2007, P.13.

Las iglesias no sólo proveen ayuda espiritual y material sino que, según experiencias vividas por las mujeres, son espacios en los cuales sienten acogida y reconocimiento. Entre esos grupos que nacen en las iglesias, hay uno que parece ser un espacio de afrontamiento particularmente sensible para muchas mujeres víctimas. Son grupos de mujeres organizados para elaborar los duelos y las pérdidas.

Yo estuve ahí. Ese grupo de elaboración de duelo surgió a raíz de que en la coordinación de mujeres ya varias habíamos pasado por ese traguito tan amargo. Medellín, Antioquia, 2001, P.37.

Sin embargo, en esos casos, las mujeres, aunque aceptan las mediaciones, son críticas y lúcidas en su valoración de las situaciones que viven y las condiciones de seguridad para ellas y sus familias.

La tranquilidad no la repara nadie, la paz es algo lindo..., el pastor por teléfono me decía que por qué irme, si tenía a Jesucristo; un hijo de Dios no debe correr así, pero... es que también hay que ser prudente. Belén, Chocó, 1984, P.94.

Algunas relaciones significativas con instituciones o personas de la Iglesia son hechos que devuelven la esperanza, en medio de la enorme precariedad o las situaciones de shock en las que la escucha y el apoyo con aspectos básicos para la acogida y consideración hacia las víctimas.

Por eso es que digo que siempre Dios ha estado conmigo, no me ha desamparado ni me ha dejado nunca, en la Iglesia de la Grama me arrojé a llorar, y llorar, no me paraba nadie, cuando apareció el Padre a rezar el rosario, lloré el rosario en la misa, no paraba de llorar... y se me acercó, me preguntó qué me había pasado, entonces yo le dije que me había tocado salir con mis niños de Villa Nueva, y él entró los niños, les dio sopa, me dijo que me podía quedar en la casa cural mientras al otro día mirábamos que hacíamos, él fue mi ángel guardián, fue para mí, mi benefactor, fue la persona que Dios puso en el camino para que yo no cometiera una locura. Girón, Santander, 2001, P.137.

Las mujeres experimentan cómo la participación en la vida de la iglesia se traduce en ayudas que consideran como bendiciones que transforman su situación. La mayor parte de los relatos de las víctimas hacen referencia a este componente de apoyo como algo humano o espiritual basado en personas que se conmueven por su situación. El proceso descrito en la experiencia de esta mujer pasa por la relación de confianza, la estabilización de su situación, conseguir ciertas bases que aunque mínimas le ayuden a retomar su vida como una cascada de pasos positivos frente al impacto vivido.

Solamente el Señor divino es el que me ha tranquilizado y me ha ayudado en estos dolores tan duros. Cuando la muerte de mi padre fue algo duro, porque como él vivía más que todo conmigo, sentí más el golpe, pero igual le decía: “señor ayúdanos, Dios mío, porque eso lo enloquece a uno”. Pero no, hace tres años que gracias al señor divino he tenido una estabilidad, por lo que le comento, por lo que comencé a ir a la iglesia cristiana y todo... Montería, Córdoba, 1996, P.160.

Son reiterados los relatos de las mujeres víctimas que han encontrado una manera de afrontar las experiencias vividas en la pertenencia a grupos y comunidades cristianas. Estar en una comunidad religiosa donde se comparten creencias ayuda a sanar hechos y situaciones recientemente vividas. Por ejemplo, una mujer confiesa que vive triste con la muerte de sus muchachos, sin embargo expresa “*sentirse bien*”.

Bueno, yo le digo: como mujer yo ya me siento como bien. Porque yo estoy en muchos grupos en la parroquia, estoy en todos los grupos y yo me siento muy bien. Vereda La Aldea, Antioquia, 1998 y 1999, P.22.

Las relaciones de amistad y la construcción de proyectos comunes se experimentan de manera positiva, retejiendo relaciones de apoyo económico y sostén afectivo.

Yo me mantenía en la iglesia Emaús. Todavía me mantengo allá porque yo trabajo allá haciendo empanadas con otras amigas mías. Los sábados y los domingos colaboramos allá haciendo empanadas, con una amiga que también viene acá, ella es la amiga a quien yo le digo que ya le solucionaron el problema”. Frontino, Antioquia, 1996, P.49.

En los procesos de superación de las consecuencias del conflicto, las mujeres unen la experiencia religiosa a la experiencia de la solidaridad humana; expresando la presencia de Dios o la fe religiosa, como una mediación en el apoyo brindado por otras personas de la comunidad. Frente a un contexto de desconfianza y el temor, la fe en Dios ayuda a estas mujeres a buscar la solidaridad y dar sentido a esta.

Me tocó, cuando me dijeron yo dije “Diosito no me vayas a dejar morir mis hijos también, yo sé que con la ayuda tuya yo salgo adelante”, y gracias a Dios, a los de la tienda, a los vecinos, a los de la Junta... ¡todos me ayudaron! Jagua de Ibérico, Cesar, 2001, P.128.

Bueno le pedí a Dios mucho que me diera fortaleza y lo he conseguido. Por eso yo le doy muchas gracias a Miriam y siempre la llevo en mi corazón, porque Miriam nos ayudó mucho a nosotras, nos dieron siete viviendas, siete cuartos y la primera que ella me dijo fue a mí: ¡ay Lola, ya van a tener donde recogerse porque ya tienen un cuarto bueno...! Riosucio, Choco, 1996, P.221.

Aunque no es algo muy común en los relatos, es importante resaltar cómo algunas mujeres reconocen haber recuperado su capacidad de lucha a través de la participación en iglesias y de la experiencia religiosa.

Yo me adapto a Villavicencio, gracias al Padre..., quien dispara otra vez mi motor de liderazgo, después de la respuesta de la Red de Solidaridad me doy cuenta las injusticias con la población desplazada, se viene lo de Puerto Albira, cuando se toman la Gobernación, empieza a haber enfrentamientos con el ex alcalde de Villavicencio, empiezo a participar en todos los procesos de población desplazada, con lo de vivienda nos tomamos el Inurbe. La verdad que el Padre me apoyó mucho económicamente, él fue para mí, mi gran apoyo. Mis hijos empiezan a estudiar, vuelven a enrolarse en su vida, mis niñas entran al coro de la iglesia... Jericó, Antioquia, 1999, P.39.

Explicaciones en la búsqueda de sentido

En medio del sin sentido de la guerra, de la incompreensión de los hechos, especialmente de aquellos que han generado tanto dolor, tantas vejaciones y pérdidas, la religión en ocasiones cumple una función que ayuda a dar sentido o explicación a los hechos. Aunque en muchos casos las creencias religiosas pueden verse cuestionadas (¿por qué Dios permitió esto?), también numerosas mujeres víctimas de inenarrables sufrimientos buscan en la religión y en el “querer de Dios” una explicación para las situaciones vividas.

Estas interpretaciones de carácter mítico, que atribuyen las causas de los hechos a poderes misteriosos, pertenecen a una tradición muy arraigada en la religiosidad popular que ha subrayado la presencia divina en todo cuanto acontece. Pero en la explicación de la intervención divina en las situaciones vividas en el marco del conflicto, aparecen matices diversos, por un lado la de quienes ven en ellas un “castigo de Dios” (manifestación del poder destructor de lo sagrado); por otro, la de aquellas mujeres que explican la intervención de Dios en términos de su poder. Frente a las incertidumbres y falta de poder señalado, afirmar la “voluntad divina” otorga un cierto orden al caos y puede ser utilizado para generar resignación pasiva o utilizarse como forma de legitimación de la violencia. Todas estas aristas ayudan a entender las contradicciones y mecanismos que subyacen a estas explicaciones.

De todas maneras, aceptando pues que todo tiene que pasar, o sea cuando me refiero a eso yo sé que mi Dios todo lo que hace es perfecto, yo tengo fe y siempre digo que Dios nunca se equivoca con lo que hace, así a nosotros nos duela. Argelia, Cauca, 2008, P.357.

Las actitudes: entre la resignación y la liberación

La religión no solamente proporciona explicaciones para lo sucedido. A través del afrontamiento religioso, las mujeres víctimas desarrollan actitudes para superar lo vivido, entre ellas la resignación, el perdón y el olvido.

Pedimos a Dios vida, le pedimos a él con que nos puede colaborar para buscar la librita de arroz, para mantenernos y doy ánimo a mis hijos; lloran, lloramos, lloramos... pero al fin nos tenemos que conformar, porque qué más vamos hacer. Alto Buey, Chocó, 2005, P.419.

La lectura de los textos religiosos que señala la justicia pero también invita a un perdón que incluye en muchos casos el olvido del agravio o del dolor, como la necesidad de “dejar atrás” la experiencia situaciones que son vividas de forma contradictoria por muchas mujeres.

No sé, de ciertos meses para acá no he vuelto a preguntar y he tratado de olvidar eso, porque de cierta forma la palabra de Dios nuestro Señor es el perdón. Chigorodó, Antioquia, 2010, P.55.

A través del afrontamiento religioso las mujeres están consiguiendo cosas difíciles como calma, resignación, que ellas consideran necesarias para seguir viviendo, después de haber perdido todo. Aceptar lo sucedido como punto de partida para retomar su situación es un paso para evitar quedarse en la descarga emocional o el impacto vivido. Esto es parte de un proceso en el que las víctimas tratan de dejar atrás algunos de estos impactos para salir adelante con sus vidas.

A mí me dio muy duro, pero le pedía a Dios que me diera resignación, qué más se podía hacer, yo le pedía a Dios que me diera resignación y ya con eso me fui calmando, me dije: “yo con llorar y con desesperarme no lo voy a volver a resucitar, qué se va a hacer”, entonces ya así fue pasando el tiempo... Dabeiba, Antioquia, 1988, P.84.

Este sentido de tranquilidad es señalado como la base y un tiempo propio que se necesita después de las pérdidas, de andar huyendo, de la persecución, del desplazamiento.

En la vida no tengo sueños ahorita, lo único que yo quiero en la vida, y lo que le pido a Dios, es que me socorra con una casa para vivir tranquila con mis hijos, con mi hija y con mis nietos, porque la verdad sufrimos mucho de un lado al otro. Marquetalia, Caldas, 2001, P.129.

Las afectaciones sobre los cuerpos de las mujeres, producidas por experiencias vividas en el marco del conflicto, lesionan gravemente su salud física y mental y alteran la percepción de sí mismas. Los relatos de las mujeres refieren, en algunos casos, la superación de estos impactos a través de afrontamientos religiosos que “alivian” por la vía de la confianza en Dios.

Ya ve que no... gracias a mi Dios; mi Dios le muestra a uno los caminos... Yo estoy confiada en Dios porque Dios me lleva por buen camino y me tiene aliviada, eso se me fue pasando gracias a mi Dios y brego a no acordarme mucho y a no estar tan recordando que yo iba a llevarles el almuerzo y por allá me quedaba un rato con ellos. Santa Fe de Antioquia, Antioquia, 1999, P.6.

Los testimonios de las mujeres revelan el deseo de construir un futuro para sí mismas y para sus hijos. Liberarse del odio permite afrontar el futuro, y desde una perspectiva religiosa esto implica abrir su corazón.

Quiero ser abogada y caminar con Dios. Creo que sin Dios no hay futuro. Un profesional no es nada si no tiene a Dios en su corazón. Porque si yo tuviera el odio en mi corazón, en este momento ya hubiera buscado un arma y me hubiera ido a una montaña, de pronto a matar. Yo, yo no... nada... para nada... ni quiero que mi hijo lo haga. Segundo Nuevo, Bolívar, 2002, P.199.

Abandono y ocultamiento

Las mujeres víctimas narran muchas experiencias de pérdidas y carencias que las colocan en situaciones límite; desde la incapacidad de pagar el arriendo de la casa, hasta la limitación en facultades físicas como la vista, y pérdida de la salud con afectaciones en todo el cuerpo. La experiencia del deterioro de la salud y la vitalidad es muy sensible. ¿Cómo afrontarla en una situación de despojo total? Ahí cobran fuerza los afrontamientos de tipo religioso que dejan en las manos “del Señor” las soluciones a todos los problemas.

Ese “dejarle todo al Señor” sugiere una invisibilización, un ocultamiento de ella misma, para que la obra del Otro superior se manifieste. El cuerpo de la mujer víctima se convierte en el escenario donde actúa un poder superior: “Últimamente yo estoy dejando todas las enfermedades en las manos de Jesucristo y he tenido muchas bendiciones de Dios”.

Sin embargo, frente a la visión simplista de que el afrontamiento religioso conllevaría resignación pasiva frente a la injusticia, en los relatos de muchas mujeres se advierte el deseo de justicia y no repetición, aunque se confiesan limitadas para llevar a cabo esa tarea.

“Señor, haz justicia, porque tú sabes que yo no la puedo hacer, soy mujer, y como mujer creadora de paz tengo que seguir soportando el dolor y todo, todo lo que he vivido”, y la colocan en manos de Dios: “que haga justicia, la verdad, que no haya más repetición porque si castigan al débil ¿por qué no castigar al fuerte?”. Corregimiento del Camarón, Bolívar, 1993, P.227.

Así afrontan esa sensación de haber sido víctimas de una profunda injusticia, evocando con nostalgia tiempos de paz y armonía que desean regresen para bien de sus hijos.

Era hermoso ese amor, esa seguridad, esa confianza que había entre los hombres. Hoy en día no la hay, porque el hombre le ha puesto precio al otro hombre, ve, y no tenemos en quien confiar. O sea, tenemos un ser supremo a quien le contamos, quien conoce la verdad de todo lo que yo estoy diciendo y así como lo estoy testificando aquí, así se lo he dicho a Dios... tengo hijos y no quiero sembrar en mis hijos el odio. Corregimiento del Camarón, Bolívar, 1993, P.227.

La renuncia a buscar cualquier tipo de venganza, que manifiestan muchas de las mujeres entrevistadas, es una decisión sustentada en convicciones religiosas. Es un afrontamiento que implica un razonamiento previo, una explicación que sitúa la causalidad de la violencia ejercida contra las víctimas en la voluntad del otro: “*Dios lo permitió así*”, dice una mujer víctima (Yolombo, Antioquia, 2000, P.77.). Y añade otra: “*si Dios así lo quiso, así será, y hay que echar palante, ni un paso atrás, hay que echar palante*”. Jagua de Ibérico, Cesar, 2001, P.128.

Esto reviste los hechos de un halo de misterio, pues “sólo Dios, en sus inescrutables designios sabe” “*por qué*”. Además, es una forma de afrontar los hechos que proporciona tranquilidad, en la medida que se deja la justicia y el futuro en otras manos de Dios.

Ellos dizque cobraban venganza y que una cosa y la otra; pero si Dios lo permitió así, así hay que dejar, para qué vamos a cobrar venganza y a desesperarnos, a mí me dijeron que viera, que investigara... no, dejémoslo así, Dios se encarga de todo... le di gracias infinitas al Señor y le dije: “Señor vos me lo diste, vos me lo quitaste, a vos te lo entrego”. Medellín, Antioquia, 1996, P.77.

Reflexiones finales sobre los afrontamientos religiosos

En general, los afrontamientos religiosos remiten a situaciones de ausencia de poder, desprotección, y un generalizado sentimiento de *sin sentido* y *sin futuro*. Algunos de los relatos de afrontamiento religioso expresan experiencias que generan sólidas formas de resistencia y reconstruyen la capacidad de las mujeres para enfrentar situaciones de pérdida.

Otras experiencias proporcionan consuelo y otorgan sentido al sufrimiento, al mal padecido por las mujeres en el conflicto, pero no generan transformaciones asociadas a nuevos proyectos de vida. Son afrontamientos que, sin duda, sostienen a las mujeres, pero las mantienen en situación de dependencia frente “*el único que puede*” y sus mediadores, reproduciendo y reforzando de esta manera estructuras de dominación y subordinación. La plegaria, es el principal recurso de las desposeídas de poder. Es también una poderosa fuente de protección frente a situaciones de riesgo y abandono por parte del Estado. Las “mediaciones” –de autoridades, grupos e instituciones religiosas- se convierten en una importante fuente de “protección” para mujeres desarraigadas de sus territorios, a quienes proveen no tanto de apoyo económico, sino sobre todo de acogida y respaldo espiritual para iniciar una nueva vida.

Las explicaciones religiosas sobre las causas de los hechos se convierten en fuente de sentido frente al *sin sentido* que los rodea. Y aquellas que otorgan a Dios la potestad de castigar, satisfacen simbólicamente el deseo de justicia y reparación.

En general, el afrontamiento religioso actúa como un poderoso mecanismo frente a los impactos de la guerra, proporcionando consuelo, protección y seguridad, pero es necesario preguntarse en qué medida favorece e impulsa procesos de verdad, justicia y reparación reales. Las entrevistas revelan que la invitación al olvido y al perdón, dejando a Dios la justicia, tranquiliza a muchas mujeres y les permite afrontar en paz una nueva vida. Una mujer víctima de la masacre del Naya explica: *“yo quería saber lo que había sucedido, pero cuando supe decidí dejar todo atrás, dejar que Dios haga justicia”*.

En las extremas situaciones de violencia vividas, en las situaciones de desarraigo y pérdida de “una vida buena”, las mujeres claman a Dios. Ese Dios al que invocan está revestido de unas características que determinan un tipo de relación de “poder” que refuerza la dependencia de las mujeres. Las imágenes predominantes de Dios que se descubren en los relatos son las “dios-protector”, “dios-que-todo-lo-puede”, “dios consolador”, “dios vengador”, “dios que perdona y sana”, “dios-que-sabe-lo-que-hace”. Esta especie de “conciencia dependiente” que puede constatarse en muchos de los relatos de las mujeres plantea un interrogante sobre los afrontamientos religiosos: ¿en qué medida pueden estar sacralizando situaciones degradantes para las mujeres y legitimando su propia sumisión...?

Sin embargo, en ese clamor de las mujeres es posible reconocer una enorme fortaleza. En ese grito de las mujeres pidiendo ayuda, hay una promesa de vida. Ellas quieren vivir, quieren iniciar nuevos proyectos, fortalecer los vínculos. Su razón fundamental es proteger a sus hijos y proporcionarles un futuro.

*Yo decía Dios mío sácame de esta, ayúdame con mis hijos a salir de esto señor que nosotros no hemos sido malos, para uno estar en esta tragedia tan grande...
Caucasia, Bolívar, 2005, P.205.*

Luchar con la vida y pedirle a mi Dios que nos ayude, pedirle que nos favorezca que mis hijas estén bien y mi esposo que no le vaya a pasar nada, que todos los del grupo de los desplazados estemos bien. Santa Ana, Boyacá, 2003, P.393.

Las diversas formas de afrontamiento religioso no parecen estar generando, en muchas mujeres una conciencia transformadora. Las explicaciones religiosas proporcionan una comprensión de los hechos, invocando una supuesta y oculta voluntad divina; las mujeres encuentran refugio y protección en “*el Señor que todo lo puede*”, con quien establecen una estrecha relación personal a través de la plegaria...; obtienen en esa relación una enorme capacidad de resistencia y fortaleza para enfrentar nuevos retos y seguir en la lucha de la vida cotidiana. En este proceso, en el que encuentran toda suerte de obstáculos e indiferencia, Dios se revela a las mujeres como aquel en quien se puede confiar.

Sin embargo, las diversas formas de afrontamiento religioso no parecen estar operando como un elemento crítico frente a condiciones y hechos sociales violatorios de los derechos humanos, ni tampoco como un referente que invite a las mujeres a la superación de su subordinación y discriminación históricas. Las mujeres continúan siendo aquellas que viven la experiencia del “no poder”. Para que fuera posible transformar esta situación, sería necesario trabajar nuevos enfoques y prácticas religiosas centradas en un Dios que no tolera la injusticia ni la destrucción de la vida de los/as empobrecidas. Que exige y demanda verdad, justicia y reparación para las víctimas.

Hay que tener en cuenta que los aspectos religiosos como forma de afrontamiento se dan también en un contexto de impunidad, desplazamiento y pérdidas masivas, que pueden explicar algunas de estas dimensiones. Su rol en el proceso de transformación social y lucha por la paz es parte de un desafío colectivo, en el que la fe las creencias religiosas supongan una contribución a la transformación de sus vidas en un nuevo contexto social.

VII. La fuerza de las mujeres

A mí me cogieron me pusieron la pistola en la cabeza y me entraron pues a la habitación, entonces yo le dije: “yo no debo nada, les dije, ustedes verán, yo ante Dios no debo nada pues yo no sé qué es lo que pasa, ya acabaron con la vida de mi hermano, entonces qué es lo que quieren, pues si quieren mi vida y si ven que yo debo algo, pues háganle, estoy yo y está mi hija de por medio”. Entonces, dijo: “nosotros necesitamos las armas, usted es guerrillera y tiene que entregarnos armas”. Le dije: “tendré que morirme porque yo no tengo nada que entregar”. A pesar de que yo sentía ese temor y ese miedo a la vez me daba fuerzas para, pues para atenderlos y todo, o sea yo nunca tiré a esconderme ni a correr, no. Bella-vista, Chocó, P.390.

En los contextos de un conflicto armado como en Colombia, las posibilidades de enfrentar directamente la violencia por parte de la población civil son reducidas. La posesión de las armas, la capacidad de imposición y las estrategias de terror suponen un conjunto de acciones tendentes a paralizar y controlar a la población. En ese contexto, el miedo es el impacto más palpable y evidente en las víctimas. Es una respuesta emocional a la amenaza sobre la vida o la integridad, tanto propia como de los seres queridos. También es una estrategia de guerra para el control de la población y en este caso de la vida de las mujeres. Sin embargo la superación del miedo en situaciones límite, ha llevado a muchas mujeres a enfrentar a los agresores de maneras múltiples y diversas, sacando a flote expresiones de resistencia inimaginables en diferentes situaciones.

Muchos de los testimonios refieren la manera como las víctimas enfrentaron directamente la situación de agresión, en acciones que pasan por la denuncia hasta la confrontación a los armados para defender sus territorios, pertenencias y especialmente a sus seres que-

ridos. En estas acciones, las mujeres narraron las maneras en cómo arrebatan a sus familias de la muerte, rescatan a sus hijos e hijas del reclutamiento forzado, el secuestro, la violencia sexual u otras formas de violencia. Los testimonios develan su trasegar por las montañas, las ciudades, salas de audiencias, campamentos y todo espacio en el que puedan encontrar la verdad y la defensa de los suyos. El afrontamiento directo que realizaron las mujeres víctimas, expresado a través de sus testimonios, es también la expresión viva de su resistencia ante el desprecio de los victimarios.

La fuerza de los afectos enfrentando el miedo

Las mujeres que recurren a la confrontación directa a los agresores, lo hacen impulsadas por una fuerza que ellas mismas no pueden explicar claramente, pero que las lleva superar el miedo a la muerte o a las amenazas que este tipo de acciones puede desencadenar.

Me di cuenta que él había entrado a mi casa y me lo encuentro un día y le dije hasta por donde salía el sol, después yo decía, ¿de dónde saco tanta fuerza? Él es de un grupo armado que matan a una persona y se sientan y celebran y se ríen, a ellos no les importa nada la vida, y yo le dije de todo, le ofrecía agua caliente, yo le dije “te pelo como a los pollos”. Vuélvame a pisar mi casa y verá, y a mi hija me la deja en paz y tal cosa. Le dije muchas cosas delante de mucha gente, y yo le decía “máteme y voy a dejar una carta si a mí me pasa algo así sea otra persona a usted única y exclusivamente va mi muerte y usted la paga”. Vereda Peñol, Antioquia. 1998. P.47.

Solas o acompañadas, muchas de las mujeres testimoniadas evidencian que la decisión de confrontar a los agresores está motivada en la fuerza de la maternidad y de los afectos.

Eso fue después de mucho meditarlo, y como que el hecho de ser madre lo pone a uno, le impone a uno los hijos primero y después la vida, y que se cansa uno de huir, o sea aparte de ser madre, como que se llega el momento de que usted dice, pero yo por qué tengo que huir, si son mis derechos, si es lo que yo pienso, ¿dónde está la libertad? Naya, Cauca, 2001, P.358.

Podemos afirmar que culturalmente predominan las representaciones del amor materno como hecho instintivo, irracional, que se supone se manifiesta desde la infancia de todas las mujeres -a pesar que el llamado «instinto maternal» es una de las muchas imágenes de la maternidad cultural y socialmente construidas. Este tipo de construcciones se encuentran arraigadas en las vidas de las mujeres víctimas como un elemento vital que les da la fortaleza para enfrentar a los armados.

O sea cuando se me pierde mi hija, lo que yo sentí en el momento, es como si me arrancaran algo de adentro de mi ser, como si eso no me dejara salir, me dejaba quieta, pero al mismo momento yo saqué valor y le dije le pedí: “Dios mío me tiene que dar fuerzas para yo buscar mi hija, porque es mi hija y así sea como sea yo mi hija no me la voy a dejar quitar así por así”. Porque es una niña menor de edad y me

daba esa idea, de que yo tenía que encontrarla, yo nunca dije no puedo, yo decía yo puedo, yo tengo que ir a sacar a mi hija de donde esté. Páez, Popayán, 1986, P.308.

Son fundamentalmente las mujeres las que asumen los riesgos de la confrontación a los actores armados cuando se trata de salvar las vidas de sus hijos/as, protegerlos o buscar la verdad y la justicia para recuperar la dignidad de sus hijos y la reivindicación de su sufrimiento.

Yo era muy tremenda, pero o sea en palabras groseras no, pero entonces me les cuadraba a ellos, me les enfrentaba a ellos, no les huía... como una fuerza que mi Dios le da a uno como para gritarlos, para no huir, para no salir corriendo. ¡Ay que llegaron! ¡Qué miedo! No. Yo me les enfrentaba, me les ponía de frente a ellos y yo les alegaba, yo les hablaba: ¿por qué se lo van a llevar? ¿Qué motivos le ha hecho él? ¿Cuál es la razón para llevárselo?... Entonces ellos discutían conmigo por eso. Sabana de Torres, Santander, P.694.

Julián me ha dado fuerzas, el amor que yo sentía por él era tan grande, tan grande, que yo le hice un juramento a los dos días de enterrado. Le juré en su tumba que yo iba a estar ahí, que yo nunca lo iba a dejar solo y que iba a llegar hasta las últimas consecuencias para que los que lo habían asesinado fueran a una cárcel. Entonces yo creo que el dolor y el amor por mí hijo es el que me ha ayudado a que yo empiece esta lucha y la voy a seguir, así mi esposo me diga que no, que ya deje las cosas así. Voy a seguir porque yo amaba a Julián y por el amor de él quiero que los que me lo asesinaron sean castigados. Sardinata, Norte de Santander, 2003, P.788.

El amor y el afecto incondicional, aspectos centrales en la cultura y los procesos de socialización de las niñas y mujeres ha jugado, en el marco de la guerra, un papel central en la decisión de las mujeres víctimas para enfrentarse a los peligros y a los actores armados, aún a costa de su seguridad y de sus propias vidas. Desde una perspectiva no esencialista, la capacidad de amar de las mujeres, instalada desde la infancia, les permite construir relaciones de atención y afecto con sus seres queridos, que les dan la fuerza vital para actuar en el riesgo.

A los 6 meses después de haberse desaparecido mi hermano (...) me fui con mi mamá, ella no quería llevarme, pero yo le dije que yo iba, además que yo quería mucho a mi hermano y pues a mí me había causado mucho dolor, que yo iba a enfrentar a ver qué pasaba, pero yo tenía hartísimas fuerzas. Tenía no sé si era valor, rencor no sé, pero lo cierto es que me dio mucha fuerza, así yo me fui. Samaniego, Nariño, 2004, P.368.

La confrontación a los agresores, es una forma en cómo las mujeres algunas veces de manera consiente y otras de manera espontánea, defienden y protegen sus familias, sus territorios y sus pertenencias. Los testimonios muestran que este tipo de afrontamiento directo es un modo de actuar recurrente de las mujeres víctimas, quienes a

través de distintas acciones y en medio de gran peligro, logran sobreponerse al dolor, avanzar en la búsqueda de la verdad y en la supervivencia de sus familias, afirmándose de esta manera como sujetas de derechos. Trae implícita una actitud positiva de las víctimas, en el sentido de su capacidad de actuación, pero las consecuencias que devienen de tales situaciones son impredecibles, pero así como pueden traer consecuencias peligrosas para las mujeres que se atreven a confrontarlos, pueden también descolocar la lógica de los perpetradores y de los guerreros cuando apelan a su condición de mujeres y/o madres.

En algunas ocasiones esta confrontación lleva a interponerse entre los perpetradores y sus familiares, entre la amenaza y el miedo. La manera como las mujeres se interponen entre los agresores y sus familiares para salvarles la vida, es apelando a la rabia y a su condición de mujeres y madres para quitarle sus seres queridos a la muerte. Esta actitud de fuerza y reafirmación de las mujeres logra, algunas veces, frenar la agresión.

..y esa noche vinieron y yo me enfrenté a hablar con ellos. Yo les dije que “para matarme a mi hijo, tenían que comprobarle algo” ¿por qué me lo estaban matando? Y que así me habían matado a mi esposo y se quedó que no sabemos por qué lo mataron y también venían a matarlo a él sin saber el porqué. Alto Atrato, Quibdó, 2000, P.495.

Esta forma de afrontamiento ha permitido a las mujeres algún nivel de alivio de sus dolores, pues sienten que al menos “algo” pudieron hacer por los suyos al poner su miedo al servicio de la defensa de la vida, sin embargo se mantiene la zozobra de saber que las consecuencias de tal atrevimiento pueden ser difíciles de manejar.

Cuando yo miré así de reojo, en donde está esa columna estaba un guerrillero, parado detrás de una palma de coco, y salió sobre el muchacho. Tenía su pistola, y llegó hasta donde el muchacho, y yo me metí en medio de mi hijo y él, y le dije, “usted no va a matar a nadie aquí!, porque nosotros no le debemos nada a nadie”, entonces él se quedó mirándome así...y él la guardó, me dijo, tranquila...pero yo sabía que esa gente volvía. Turbo, Antioquia, 2000, P.124

Arrebatárselos a la guerra

Aún en condiciones de alto riesgo para sus propias vidas, las mujeres se enfrentan a los armados para oponerse al reclutamiento forzado de sus hijos e hijas, o toman la decisión de emprender su búsqueda en las montañas a donde fueron llevados por los grupos armados para nutrir sus filas. En los relatos, las mujeres develan su preocupación por el abuso sexual que puede acompañar el reclutamiento y sienten que sus hijos e hijas iban a ser utilizados como “carne de cañón” debido a su inexperiencia en la guerra, especialmente porque en la mayoría de los casos narrados los y las jóvenes eran menores de edad.

Buenos días... ¡vengo por mi hija!

Ya me contestó y dijo: “así usted vaya donde Raúl Reyes, donde el mono Jojoy, usted de allá no la va a sacar”. Ellos me amenazaron y me dijeron: “la vamos a sancionar, la vamos castigar”, me dijeron, le dije: “pues si quiere máteme, aquí estoy por mi hija, ojalá me mataran”. Ese día me les puse rebelde, entonces ya me dijeron: “pues vaya a ver si se la sueltan” (...) Cuando ya subí había uno de los que estaban en la vigilancia (...) cuando llego y les digo buenos días, ahí mismo todos cogieron las armas y me apuntaron. Ya me vieron que era yo, y les dije vengo por mi hija, ellos ya sabían que yo era la mamá de la muchacha. Cuando ya me dijo el señor Albeiro, se asomó arriba y me dijo: “vea señora, en 2 minutos hablamos pero allá afuera, aquí no, afuera del campamento”. Me senté ahí y de ahí no me moví. Cuando dijo: “diga lo me va a decir en dos minutos “(...) Cuando ya comencé a decirle todo lo que me había pasado en el camino, que cómo se habían traído mi hija y todo eso... al señor yo le comenté todo y le dije: “es mi única hija señor, si fuera una mujer que ya estuviera de 20 años que tuviera su edad y ella supiera a donde iba, yo no estaba aquí, pero es una menor de edad (14 años) y es mi única hija, yo a ella no la voy a dejar ir, si se la llevan o no me la entregan aquí me quedo, si me van a matar mátenme, pero de aquí no me muevo” (...) Cuando yo le acabo de decir eso, como más de media hora, él me dijo: “Se la vamos a entregar pero espere allá abajo que en media hora se la mando, pero eso si se la lleva sin ninguna condición, usted verá, la toma o la deja, de usted no me hago responsable ni de su familia”. O sea que él no tenía nada que ver con lo que nos pasara en el camino, y con tal que me entregara mi hija; yo le dije: “bueno señor muchas gracias, porque a llevarme mi hija vine, le agradezco”. Cuando ya estaba yo allí sentada cuando al ratico bajaba, ya no tenía uniforme, ya sin armas, no había botado la sudadera que ella había llevado, ni la blusa, ni nada de eso, cuando bajaba ya riéndose y me dice: mamá. Contenta me abrazó, yo la abracé y le dije: “mijita, la eché por delante, vamos mijita”. Cuando ya bajamos allá y espere que pasara un carro para Popayán. Páez, Popayán, 1986, P.308.

Otros testimonios muestran las condiciones a las que son sometidas las mujeres y sus hijos cuando se aproximan a la adolescencia y empiezan a ser atractivos para los grupos armados y la resistencia de las mujeres frente al reclutamiento de sus hijos.

Y de ahí nos devolvimos otra vez para Pailitas, en el 2008, entonces es donde viene el reclutamiento de mi hijo, intentan reclutármelo los paramilitares, y yo me enfrenté con ellos (...), él ya me había dicho que le estaban ofreciendo buen pago, buen sueldo, que ya no iba a sufrir, que iba a tener buenas zapatillas. (...) y me dijo “no mamá es que por ahí me van a dar trabajo, unos señores, me dicen que ya no vamos a sufrir, que voy a tener buena ropa, buenas zapatillas, y todo para darle a usted” (...) Entonces una mañana yo iba pa'l mercado con él bien de mañana cuando lo llaman unos tipos, le dicen “negro venga” y él me dice “mamá

ellos son”, y como él me había dicho que eran de grupos paramilitares y todo eso, entonces yo me les tire encima, me les lancé encima, y uno me lanzó hasta una patada (...) Entonces ellos me decían “vieja loca, qué le pasa a esta vieja loca, usted tranquila que nosotros la localizamos ¿oyó?”, entonces desde eso, como yo los denuncié, entonces desde ahí han venido las amenazas de mi hijo y todo, y de un lugar otro. Bogotá, D.C., 2003, P.104.

Evitar la violencia sexual

Las reacciones de confrontación más fuertes que se presentaron entre las mujeres entrevistadas y los perpetradores, están relacionadas con los casos en los que ellas o sus hijas fueron víctimas de violencia sexual. La subordinación y la degradación a la que son sometidas las víctimas de este tipo de crimen, produce sensaciones insospechadas de rabia y dolor, que conllevan reacciones de confrontación, en ocasiones extremas hasta de violencia, posiblemente por la impotencia que sienten las mujeres frente a un crimen cuya invisibilidad e impunidad ha hecho que se convierta en una práctica extendida en el marco del conflicto armado. No permitir la violación de sus hijas o de sí mismas es quitarle al victimario el poder que representa la humillación sobre sus cuerpos.

No la alcanzó a penetrar, la tenía recostada contra la pared así, con las piernitas abiertas. (llanto), la tranca del baño era un pedazo de madera, y cogí esa cosa y le mandé el garrotazo a él, y se lo pego aquí en la nuca, y el cayó a ese lado de aquí y se alcanzó a dar con el pedazo del baño y se cayó ahí, y quedo brincando ahí (llanto), mi niña no reaccionaba, no decía nada, ella ahí quieta, lo único que hacía era temblar, cuando en esas llegó Leonardo, el chino que a veces nos ayudaba ahí en la finca, me encontró con el palo en la mano y yo no sabía ni que hacer, en ese instante se me cerró, se me nubló. Leonardo rapó una sábana que había ahí, envolvió a la niña... Líbano, Tolima, 2006, P.154.

A mí se me había olvidado cerrar la ventana, yo la dejé medio abierta, cuando se puso a tomar y comenzó hablar de viejas y dijo: “tranquilo señor, que yo lo dejo aquí con esta”, y me cogieron entre dos y me dejaron encerrada con él, cuando yo veo que se para ese señor, ese tipo era inmenso, grande (...) cuando yo veo que me dejan sola con semejante monstruo de esos y yo: “venga Mauricio ¿Usted qué está haciendo?, sáqueme de aquí, sáqueme de aquí”, cuando el señor se fue a parar, para cogerme yo me tiré por encima de la cama y me salí por la ventana, cuando yo me salí por la ventana me estaban esperando ellos dos allá, o sea el que me ponía cuidado a mí y Mauricio y yo: “¿usted por qué me deja sola con ese señor. Apía, Risaralda, 2002, P.687.

Resistir en el territorio

La confrontación no se da solo para proteger la vida de sus familias, algunos testimonios muestran también la exigencia de respeto a su tierra y a sus pertenencias. En esta misma lógica, algunas mujeres deciden no salir de sus territorios, permanecer en ellos como estrategia de resistencia y afirmación de sus derechos. En los siguientes testimonios, las mujeres confrontan a los agresores para no huir, lo que significa igualmente, la adaptación a una situación de extremo peligro para ellas y sus familias.

José me decía “te voy a contar algo, imagínate que te están buscando, han venido a preguntarte al frente de seguridad del barrio, no pues por ahí vinieron unos tipos así y así” cuando me los describió yo dije “es Orlando que me está buscando”, bueno que sea lo que Dios quiera, yo de aquí no me voy a ir, si me van a matar que me maten. Girón, Santander, 2001, P.137.

Ya venía un seguimiento, sino que yo decía, no debo nada no tengo porque irme, era algo mío que decía, no me voy y no me voy, esperaba encontrármelos cara a cara pero las intenciones de ellos eran otras, era asesinarme. Ataco, Tolima, 2007, P.135.

Buscarlos sin cesar

La desaparición forzada o el secuestro de sus seres queridos impulsaron a muchas mujeres a emprender la búsqueda de sus familiares y la verdad de lo sucedido con ellos, en las montañas, los barrios, las cárceles y en cualquier rincón donde hubiera pista de sus pasos.

En el caso de los secuestrados, su búsqueda en las montañas ayudó parcialmente en tanto las mujeres pudieron verificar que estaban vivos, pero es evidente el dolor que produce la incertidumbre frente al futuro de sus seres queridos.

No los tenían en una sola parte, los tenían para un lado para otro, y si la verdad nos reunimos, las cuatro esposas de ellos y unos hijos, los hijos de algunos de ellos y los compañeros y fuimos más o menos diez personas, fuimos allá, y si, igual nos recibieron y los pudimos mirar a ellos, estaban los cuatro, donde ellos nos manifestaban la caminata tan dura que habían tenido (...) pues ya ese día con mirarlos, nos vinimos para la casa porque pues ya nos despacharon, ya se acabaron los diez minutos y bueno váyanse. Venirse con la preocupación a ver qué seguía de ahí en adelante. Samaniego, Nariño, 2004, P.357.

En el caso de los desaparecidos, enfrentar este duro proceso de búsqueda a veces las confrontó con nuevos impactos, pero en algunas ocasiones lograron obtener información sobre lo sucedido, los responsables y hasta encontrarlos, aún en medio de dolorosas condiciones que muestran la brutalidad y la degradación del conflicto armado.

Usted se va arriesgar a ir ahí. Yo les decía que sí. Fuimos hasta un sitio... con el motor prendido y de ahí lo apagamos, y de ahí nos tocó con la mano chapalear [remar] hasta que llegamos al sitio de donde mi hermano estaba, ahí dos muchachos se consumieron [sumergieron] en el agua y lo sacaron. Ya no había sino los huesitos, yo lo conocí por la ropa, y una piernita que él tenía, la que tenía mala esa estaba buenecita, pero... pero no le encontramos la cabeza... nunca (llanto) nunca le encontramos la cabecita... ay, yo siento, esta es la fecha y todos los días me acuerdo, yo siento que él está enterrado... la mitad apenas... algunos nos dicen que fue que a lo mejor le volaron la cabecita, quién sabe qué le harían (sollozos)... yo no lo quise traer para acá para Barranca, yo lo enterré allá. La Pedregosa, Norte de Santander, 1995, P.743.

A pesar de su incansable búsqueda, muchas mujeres no han podido encontrar a sus seres queridos, y vivir con esta circunstancia torna más difícil el proceso de duelo. En ocasiones ha confrontado directamente a los perpetradores, mirarlos a los ojos y preguntarles por las razones de la desaparición de los suyos, puede generar una sensación en doble sentido, de un lado, el dolor de la confirmación de la pérdida y de otro lado la ambivalencia sobre si esa es la verdad.

Entonces empezó a decirme que no esperara encontrar a mi hijo en la tierra, que eso era lo que yo quería, encontrarlo a él en la tierra para hacerle un entierro, y él me dijo que no (...) Y que a él lo habían llamado los segundos y que le habían dicho que habían dos agentes de la policía preguntando o investigando y que entonces el dio la orden de que los ejecutaran y que los tiraran al agua, al río. Eso para mí fue muy duro porque yo tenía la esperanza en que él me dijera que los había dejado en una finca o en una fosa común o en tal parte, y no, él me soltó eso. Granada, Antioquia. 2002. P.50.

Encontrar la verdad

Conocer las razones de las desapariciones, asesinatos, reclutamiento, señalamientos y todas las formas de agresiones hacia ellas y sus familias, se vuelve un imperativo para las mujeres víctimas. Esta responsabilidad del Estado, recae en la mayoría de las mujeres sobrevivientes, quienes asumen un rol activo en la búsqueda de la verdad sobre los hechos acontecidos a sus familiares. En este empeño, muchas de ellas deciden buscar a los perpetradores en las cárceles o en las audiencias judiciales⁶⁴, con el fin de obtener información que les permita conocer las razones de las desapariciones o los asesinatos de sus seres queridos. En esos contextos las mujeres muestran un gran valor, que se evidencia en actitudes retadoras frente a los paramilitares, como mirarlos a los ojos fijamente, “mirarlos mal”, preguntarles en voz alta mientras son trasladados por los guardianes etc. como lo

64 Como las llamadas “audiencias libres” en el marco de la Ley de Justicia y Paz, en la que los paramilitares ofrecen su versión sobre los hechos cometidos a cambio de una pena máxima de entre 5 y 8 años de cárcel.

develan los siguientes testimonios. Sin embargo, en la mayor parte de las ocasiones, las mujeres no han encontrado respuestas a sus demandas, confrontándose con respuestas superficiales o defensivas, con la banalidad de perpetradores que explican la violencia contra los suyos de forma tópica o sin sentido.

A mí me sentaron a un ladito de él y yo lo quería mirar a los ojos y corrí la silla para mirarlo a los ojos cuando él me decía eso, y me dijo que lo perdonara que lo disculpara que había sido una orden apresurada, y yo le dije: “¿por qué mientras dio esa orden no averiguó que era lo que estaban haciendo?”. Me dio mucho dolor cuando él me dijo que lo habían tirado al agua porque ya no hay nada que hacer. Granada, Antioquia. 2002. P.50.

HH (jefe paramilitar detenido) me pidió perdón de muchas maneras, porque imagínese que cuando yo estaba en una de esas cosas [audiencias de versiones libres], entonces a ellos los meten por una puertecita como para salir y ellos se sientan al fondo. Salimos a una sala de recepción que había allí y dio la casualidad de que en el momento que yo salí, el HH estaba sentado y se quedó mirándome y yo lo mire feo y cuando volvimos a entrar a la recepción volvió y dijo él “a la señora que me miró en el pasillo le pido perdón de todo corazón y yo entiendo las miradas de ella, pero de nuevo le pido perdón de todo corazón” y él cree que con un perdón va a solucionar todo, que con un perdón ya el hijo llegó a la casa. Barrio Pablo Escobar, Antioquia. 2001, P.33.

En otros casos, la búsqueda de la verdad está asociada a conocer las razones por las cuales son amenazadas ellas y sus familias, como una manera de demostrar que “*nada deben*” y por lo tanto no deben ser objeto de agresión. En ese intento, muchas mujeres buscan a los perpetradores -en este caso paramilitares- para exigirles que les digan “por qué” son amenazadas o intimidadas en sus territorios.

Otro que me quería mucho, era casi familia, me llamó y me dijo: “Aurorita mañana a las seis de la mañana vienen a ajusticiarla a usted... la van a matar. Ya hay la orden de matarla”. Y yo le dije: “!a mí y ¿por qué? ...cuáles son los cargos, no sé”. Entonces me dijo: “usted tiene valentía y puede ir conmigo hoy a las 10 de la noche hasta el campamento de ellos que yo sé dónde queda”. Y yo le dije: “¡así me dejen allá, vamos!”. Y me fui con este señor... me despedí de todos, oren, ellos se quedaron orando. Sabana de Torres, Santander, 1997, P.716.

La necesidad de dar respuestas y explicaciones a los perpetradores para salvar sus vidas o la de sus seres queridos, muestra los niveles de control de los grupos armados en los diferentes territorios, pues actúan como autoridad y en ellos se encuentra la decisión sobre las vidas de los pobladores. En los testimonios no solo se evidencia la regulación sobre las vidas de las mujeres y los habitantes, sino también el control económico a través de “vacunas” o cuotas extorsivas para el financiamiento de los grupos armados. Algunos

testimonios muestran con claridad la ausencia de la autoridad del Estado en las regiones, o su connivencia en la actuación con los armados.

Esa noche, ellos, citaron a la gente en una iglesia y todo mundo va allá. Y dijeron que ellos venían, a tener control de la comunidad, a cobrarle vacunas, mejor dicho ellos eran papá y mamá de todos nosotros. Entonces le dije yo, “que pena me da pero, ni el ejército llega aquí, ni el uno ni el otro ni nadie más; además nosotros no sabemos quiénes son ustedes”. O sea, citaron a la reunión, y eso hubo una discusión, y yo le dije que a la comunidad no tenían por qué cobrarle vacuna. Además, la comunidad ¿de dónde?, si la comunidad de lo único que vivía era de la minería, de un gramo de oro que sacaba para poder comerse una libra de arroz. ¿Cómo iban a hacer ese atropello con esa comunidad? Juradó, Chocó, 1998, P.884.

Recuperar la dignidad de las víctimas

El siguiente testimonio evidencia que en algunas ocasiones confrontar a la institucionalidad en un acto legítimo por recuperar la dignidad de los suyos, es otra forma como las mujeres contribuyen a develar las acciones del Estado que en el marco de la política antiterrorista han generado tanto dolor e impunidad.

En esa entrega estaba el Fiscal Mendoza Diago, estaba el Vicepresidente Francisco Santos, había gente muy internacional mundialmente, estaban todos los medios de comunicación. Y hubo un momento en que nosotros teníamos que pasar para hacerle un homenaje los que tuviéramos nuestra gente, (...) entonces ese día entregamos una rosa y nos teníamos que acercar a una mesa, allá donde estaba el tribunal (...) y se lo dije ese día, en el edificio de las Naciones Unidas delante de todo el mundo, ahí había varias organizaciones. Saqué una rosa y les dije, ésta por mi hijo Luis Alejandro Concha Alvarado, Señor Santos, asesinado tal día en tal parte, usted debe recordar eso, porque usted estuvo allá... y fui colocando mi rosa, asesinados porque ustedes dijeron que eran terroristas y eran estudiantes de la Universidad Nacional y de la Distrital y de la Pedagógica.

Le mostré la foto de mi hijo a Mendoza Diago, y le dije; “mírelo, mírelo, esté es el terrorista que ustedes asesinaron, y por qué le digo Señor Fiscal que fueron ustedes, porque fueron miembros del CTI”, eso le dije a él. “Esté terrorista, mírele la cara de terrorista tan bárbara que tiene, pero ustedes lo que no saben es que dejaron a la mamá que soy yo, y yo si soy más terrorista que él, porque yo ahora peleo por el dolor, por la injusticia, y no pararé nunca, mi hijo lo que hacía era un trabajo social, era noble, era sencillo, nunca, nunca lo vi de mal genio, y le pueden preguntar a quien sea, siempre tenía una sonrisa dibujada en sus labios...”. Bogotá, D. C., 2006, P.109.

Los efectos de la desobediencia y la confrontación

La confrontación de las mujeres, fundamentalmente en su rol de madres, descoloca la lógica de los guerreros, quienes en muchos casos terminan cediendo a sus peticiones y exigencias. Pero también este tipo de acciones de desobediencia e insubordinación frente a los armados, les genera amenazas posteriores que en muchos casos terminan en desplazamiento forzado de sus territorios y nuevas agresiones físicas y psicológicas hacia ellas.

Fui a un sitio, y me encontré con una de esas personas, y le pregunté por qué me estaban haciendo todas esas cosas, entonces me dijo que si yo era muy verraquita entonces, ahí me pegaron un disparo en un pie. Tengo acá la herida que a veces no puedo colocar toda clase de zapatos, a veces no puedo caminar bien, cojeo. Y ahí tengo una cicatriz que me quedó de secuela de eso. Bajo Atrato, Chocó, 1998, P.139.

Quienes confrontaron de manera directa a los armados evidencian también la huella del trauma, del impacto físico y emocional que generó esta experiencia y sus efectos posteriores. En ocasiones la satisfacción que produce la sensación de “haber hecho algo” se desdibuja en un profundo sufrimiento ocasionado por la frustración de no saber con claridad las razones por las que se sucedieron los hechos, o reconocer que existen altas dosis de impunidad frente a los victimarios. Esta circunstancia conlleva mayores dificultades emocionales para superar los duelos o rehacer las vidas de las mujeres víctimas sobrevivientes.

Yo le decía: “¿se acuerda cuando no estábamos entendiendo, en el dolor y la impotencia de no saber qué pasa, de no poder hacer nada, de que estos no digan nada?”, porque siempre dije que eso no era así, que eso no era así. Sevilla, Valle del Cauca, 2011, P.599.

Algunos casos muestran que la confrontación directa estuvo acompañada simultáneamente de mucha fuerza por parte de las mujeres, pero también de contención de la tristeza. Esta circunstancia se origina con el fin de transmitir fortaleza, de un lado, y no generar angustia y preocupación en sus seres queridos de otro. La represión emocional mantenida en el tiempo genera efectos negativos en el manejo emocional de los duelos que afecta en periodos posteriores a las víctimas, provocando reacciones que pueden ser inesperadas como el llanto incontenible o la necesidad de “desahogarse”.

La familia, todo el mundo, había puesto las esperanzas en mí, si, y cuando de pronto miraban que yo lloraba o que me desesperaba, ellos decían: no, mira que Jenny ya va a tirar la toalla, mira que Jenny va a dejar todo ahí. Entonces yo me negué, yo me negué la posibilidad de llorar, de sufrir, o sea llegaba la noche no podía llorar porque mis hijas no se sientan mal, eran tan pequeñitas que no podían entender. Entonces esperaba a que todo el mundo se durmiera para yo ponerme a llorar, pero ni siquiera, yo quería gritar, quería no sé, de alguna manera desahogarme, pero no lo podía hacer. Samaniego, Nariño, 2004, P.341.

Conclusiones

En términos generales, la confrontación directa de las mujeres víctimas con los perpetradores, ha permitido a las mujeres el alivio de saber que tuvieron la fuerza para enfrentar situaciones de riesgo para ellas y sus familias. De esta manera lograron defender, rescatar y salvar de la muerte, de la guerra, y de múltiples violencias a sus seres queridos. Este valor, empujado por el amor a sus seres queridos, les ha permitido tener una postura activa en la búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación.

La afirmación de las mujeres como sujetas de derechos en el momento de la confrontación a los perpetradores, les descoloca en muchas ocasiones su lógica guerrerista. La imagen de mujeres que apelan a su condición de madres, cuerpos que se hacen visibles y que despliegan otro poder, son símbolos que llegan a desubicar la fuerza de la autoridad, por ello, a veces las mujeres logran su cometido y rompen el dominio momentáneo de los armados.

La confrontación, sin embargo, puede traer efectos posteriores de reacciones violentas por parte de los victimarios, traducidas en amenazas y generalmente el desplazamiento forzado. Así, el alivio momentáneo se puede convertir en la pesadilla de un duelo largo, que en todo caso, es el costo que asumen las mujeres víctimas en su intento por no ser objeto del desprecio, la humillación y la degradación de los perpetradores.

VIII. Denunciar para vivir

Siempre lo había hecho, pero, con la muerte de mi hijo, sentí que la única, puerta que tenemos las mujeres para hacernos sentir y hacernos oír, es denunciar, documentar, no quedarnos calladas. No quedarnos calladas, hasta que aparezcan, auxilios, acompañamiento, hasta que este gobierno -del cual uno hace parte, por ser un Estado social de derecho, pero que no cumple con esa responsabilidad- atienda las exigencias que la sociedad civil le está haciendo. Buenaventura, Valle del Cauca, 2011, P.850.

Ante el dolor de la pérdida o la agresión, muchas mujeres víctimas han optado por la denuncia de los hechos, bien sea ante las autoridades competentes, ante organismos de derechos humanos o la comunidad internacional. Según los datos de nuestro estudio, más de seis de cada diez víctimas denunciaron los hechos especialmente ante organismos de control del Estado y ONG de derechos humanos, pero casi solo una de cada seis denuncias estaba siendo investigada, y en prácticamente ningún caso se había llegado a sentencias condenatorias.

A través de la denuncia las mujeres buscan enfrentar la impunidad, proteger sus vidas y las de sus familiares, y otorgarle un sentido de justicia a la pérdida que han sufrido. En este trasegar, y dada la permanencia de la guerra, muchas han sido presionadas para que

no denuncien, otras han recibido amenazas posteriores a la denuncia y, en muchos casos, manifiestan que la respuesta del Estado ha sido ineficaz.

¡Aquí estoy! Por eso yo, siempre paso, digo y hablo, e invito a las madres a que lo hagan... que lo hagan y denuncien y den la lucha... porque no hay por qué, mírenme acá, y yo hice esa denuncia pública y acá estoy, y eso pues, yo no sé hasta cuando irá a ser, pero igual respiraré y seguiré pensando, seguiré buscando la buena noticia, sobre todo. Sevilla, Valle del Cauca, 2011, P.599.

Muchas mujeres reconocen que la denuncia ha sido un motor para mantener viva su lucha por la verdad y hasta para enfrentarse al Estado en busca de la misma, como en el caso de las ejecuciones extrajudiciales realizadas por miembros del ejército, más conocidas como los mal llamados “Falsos Positivos⁶⁵”.

Entonces yo creo que ellos no se alcanzaron a imaginar que algún día todas estas ejecuciones extrajudiciales que venían ocurriendo, algún día alguien se parara en la raya y denunciara ampliamente como lo hicimos nosotras, las madres de Soacha, ignorando que nos íbamos a enfrentar a un Estado. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Denunciar para proteger la Vida

La denuncia pública o ante las autoridades judiciales, ha sido un instrumento empleado por las mujeres para proteger sus vidas y las de sus familiares, en la perspectiva de que lo que se hace público y visible, previene futuras agresiones por el costo político que conlleva. La denuncia contribuye a que la sociedad, el Estado y la comunidad internacional conozcan los hechos de violencia y la forma de actuación de los agresores evitando la mordaza que generalmente se impone frente a las violaciones de derechos humanos y aportando de esta manera a que se haga conciencia para la prevención.

A raíz de la incidencia y el trabajo de visibilización a nivel internacional, nos dimos cuenta que los paramilitares tenían orden de no tocarnos, porque nosotras estábamos denunciando, y si a alguna de nosotras denunciábamos las amenazas, a alguna de nosotras nos tocaban, el Estado colombiano quedaba muy mal porque tenemos hasta solicitud de medidas cautelares ante la Comisión Interamericana de derechos humanos. Caucasia, Antioquia, 1999, P.102.

Pues, para protegerme yo creo que la principal arma es vivir rodeada de otras personas, es denunciar sí hay una amenaza, es escribir porque si a mí me llega a

65 El uso del término “falsos positivos” es un lenguaje que minimiza las violaciones de derechos humanos cometidas y deshumaniza a las víctimas, a la vez que oculta que se trata de ejecuciones extrajudiciales llevadas a cabo por miembros del ejército para obtener recompensas por “guerrillero vivo o muerto” prometidas por el gobierno.

pasar algo, que quede en un cuaderno escrito lo que me sucedió y proteger a la familia. La Jagua de Ibirico, Cesar, 1998, P.711.

En los últimos años, el Estado colombiano a través del Ministerio del Interior y de Justicia, ha definido acciones y rutas de protección para quienes han denunciado o para quienes ejercían algún tipo de liderazgo. En algunas ocasiones han funcionado, y en otras oportunidades las medidas de protección no fueron suficientes para salvar la vida de las personas. Muchas mujeres lideresas, que han tenido un rol activo en la denuncia, buscan la protección del Estado ante amenazas. Sin embargo, las respuestas no siempre son discutidas ni acordadas con las víctimas. A veces generan una mayor visibilización que las personas amenazadas sienten que suponen más peligro o se usan como una forma de control de sus propias actividades.

A pesar de tener medidas cautelares de la Comisión Interamericana, de haber hecho denuncias con una cantidad de cosas que nos han pasado, el gobierno nos está protegiendo, pero entonces cuando ocurre un caso nuevo, le dicen a uno que tiene que denunciar, para activar siquiera la ruta de las rondas policiales. Yo nunca he estado de acuerdo con esas rondas, porque ya hemos conocido casos de muchas compañeras, que lo que han hecho las policías es volverlas más visibles y ponerlas en más riesgos, porque ellos empiezan a hacer preguntas a los vecinos a otras personas sobre la actividad que ellas hacen. Entonces yo no he querido. Cartagena, Bolívar, 2007, P.134.

Inmediatamente informo a la Coordinadora Nacional de Desplazados lo que está pasando, ellos comunican al ministerio del Interior y Justicia, porque desde allí es donde se coordina el programa de derechos humanos, y pues como la CND tiene experiencia de toda la situación de riesgo que tienen sus líderes y lideresas, y pues saben qué ese es el mecanismo, conocen la ruta, enseguida acudieron a la entidad que le correspondía protegerme en ese momento y le comunican a la Defensoría del Pueblo lo que está pasando. Turbo, Antioquia, 2000, P.134.

Para el caso de la comunidad LGBTI, particularmente para las mujeres lesbianas, la denuncia pública ha pretendido no solamente preservar la vida, sino develar las múltiples violaciones de las que son víctimas por parte de los grupos armados en razón a su orientación sexual. El llamado al Estado es para que se brinde una protección particular a este sector de la población, que en el marco del conflicto armado han tenido altos niveles de vulnerabilidad por la discriminación histórica a la que han sido sometidas.

Se necesita que el gobierno se coloque la mano en el corazón y eso lo estudien a fondo...de que las homosexuales también tenemos derecho, el hecho de que seamos homosexuales no quiere decir que somos una plaga, o somos una peste y que eso. Por el hecho de ser homosexuales no merecemos la muerte, no merecemos persecución, no merecemos que el grupo paramilitar o guerrillero hagan y deshagan con nosotros, ninguno tienen el derecho de tomarse la ley por sus manos y decir que

esto, podemos matar a maricas, podemos matar lesbianas. Ojalá el gobierno saque una ley para en realidad protegernos en sí, no es que bla, bla, bla, bla, y nunca hagan en realidad lo que nos protege, como dicen, como sociedad porque también pertenecemos a la sociedad. San Miguel, Putumayo, 2001, P.773.

Acompañamientos y soledades en la denuncia

Las organizaciones de mujeres y de derechos humanos han sido fundamentales en el acompañamiento a las mujeres víctimas cuando han tomado la decisión de denunciar. Hay un gran reconocimiento por parte de las víctimas sobre el papel que han jugado las organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos, así como las organizaciones de mujeres en la visibilización de los hechos, la protección y la presión ante la institucionalidad para obtener alguna respuesta frente a las denuncias.

Aparece la CND, aparece SISMA, aparecen muchas organizaciones en las cuales estoy haciendo algunos procesos. Estoy en algunos procesos que ellas coordinan... y es así como la Casa de la Mujer, junto con otras organizaciones como SISMA, ILSA, la Defensoría, nos empiezan a acompañar a nosotras, para que podamos pues denunciar y podamos tratar de hablar con el gobierno, frente a lo que nos está pasando, y exigir protección, garantía para poder seguir participando, y poder proteger nuestras vidas. Turbo, Antioquia, 2000, P.134.

Para sostener a las mujeres que denuncian, en no pocas ocasiones, las organizaciones han aportado ayuda humanitaria a las mujeres, mientras se encuentran en los procesos de búsqueda y denuncia.

Cuando se perdió mi hijo yo me fui a Barranca, llegué a la Organización Femenina Popular y ahí, pues Yolanda Becerra y todas las que había ahí, ellas me colaboraron mucho porque ellas me acompañaron a poner la denuncia y todo, de ahí en la oficina la Asociación del Valle de Cimitarra me dieron alojamiento, me dieron comida como dos meses que yo demoré. Pero igualmente nunca apareció nada porque los del Estado, pues nunca se pellizcaron a buscarlo, ni nada de eso. Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.721.

El apoyo y la solidaridad de las organizaciones, tanto para la denuncia como para el acompañamiento en los procesos judiciales posteriores, han sido un factor fundamental para la recuperación emocional de las víctimas a través del sentido político y público que se otorga a los hechos. Algunas mujeres refieren cómo a través del soporte de las organizaciones pudieron “entender” en medio del dolor de la pérdida y se han sumado ellas mismas en la ayuda a otras mujeres víctimas.

Fue a buscarme y a prestarme ayuda, para que por medio de él, por medio de una comisión regional de los derechos humanos, buscáramos solucionar ese caso,

sacar a la luz pública la injusticia que se había cometido con el hijo mío, y ahí mepecé... ahí conocí a la senadora Gloria y a otras personas, que desde ese momento me han ayudado muchísimo, me han dicho: "si es por aquí..." y siempre ahí apoyándome para adelante. Sevilla, Valle del Cauca, 2011, P.599.

En otros casos el apoyo de las organizaciones ha consistido en la cualificación y el empoderamiento de las mujeres víctimas para que tengan más herramientas para su trabajo de denuncia y visibilización en diferentes escenarios como los colegios y las universidades. Esto ha contribuido notablemente a la politización de las víctimas y la construcción de sí mismas como sujetos de derecho, además como actoras políticas en medio de la confrontación y la guerra.

Apoyos he tenido muchos, que han sido de las organizaciones, el MOVICE, INTERMON, Amnistía internacional, están muchas organizaciones y muchas personas apoyándome en la causa, respecto a mi hijo. He tenido grandes oportunidades porque me han apoyado estudiando, como dije en diplomados de derechos humanos, en simposios. Ahorita estoy haciendo un diplomado de género que es muy importante también para nosotras. Las universidades también nos han apoyado muchísimo, y no solo eso, hemos hecho una gran tarea nosotras las madres, de hacer las charlas en los colegios, en las universidades visibilizando toda la problemática, y un gran apoyo a nivel nacional, internacional, de los medios y de todas las personas que creen en lo que realmente nosotros como víctimas estamos viviendo. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Finalmente, la intervención de las organizaciones para la denuncia internacional y el acompañamiento jurídico riguroso, ha permitido que se otorguen medidas cautelares de la CIDH a algunas mujeres víctimas, mejorando sus condiciones de seguridad y obtención de respuestas más efectivas por parte del gobierno en algunos casos.

En otros casos, las mujeres consideran que a pesar del esfuerzo de las organizaciones, el gobierno colombiano no ha cumplido con lo ordenado por el Sistema Interamericano y sienten que son estigmatizadas y señaladas por algunos funcionarios del gobierno y hasta consideran que tienen mayores niveles de vulnerabilidad. Las respuestas gubernamentales siguen siendo en general medidas físicas de protección, desconociendo que en la mayor parte de los casos las amenazas son políticas y necesitan medidas políticas de prevención y de investigación de los responsables de las mismas.

Muchas de estas denuncias han permitido que se conozca la situación de las mujeres víctimas en la opinión pública y han logrado un importante apoyo internacional. Particularmente el caso de las Madres de muchachos que sufrieron las ejecuciones

extrajudiciales de Soacha (“Falsos Positivos”)⁶⁶ ha generado un efecto positivo de acompañamiento de la ciudadanía que se ha revertido en un mayor control y veeduría sobre las actuaciones de las FFAA para este tipo de crímenes.

Hemos tenido también un apoyo de Amnistía Internacional, donde ellos nos invitan a hacer una campaña por un año, donde nos obsequian en 2010, con 5.500 rosas como un regalo a las madres de Soacha... nos invitan a la señora María y a mí a hacer una denuncia por Europa, España, Alemania, Bélgica, Dinamarca, Holanda, donde vamos a demostrar realmente cuál es el gobierno que tenemos, qué es lo que está pasando y por qué tantas ejecuciones extrajudiciales. Nosotras no fuimos a representar solamente nuestros hijos, ni solo los casos de Soacha, sino a representar los 3.183 ejecuciones hasta el momento documentadas”. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Las soledades en los procesos de denuncia judicial o denuncia pública, son consecuencia y responsabilidad de las ineficaces respuestas del Estado a las demandas de justicia de las mujeres víctimas, sumado a que con la negación de la existencia del conflicto armado durante los dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe Vélez (2002 -2010), las denuncias sobre violaciones perpetradas por grupos paramilitares no eran recepcionadas y/o atendidas efectivamente por los funcionarios de los gobiernos regionales o Nacional, argumentando la inexistencia de los mismos debido a la “desmovilización”. Un amplio número de testimonios evidencian estas situaciones.

Evidentemente el bloque Calima de las Autodefensas, que fue muy paradójico porque en ese entonces ya había iniciado el proceso de desmovilización de los grupos paramilitares, de hecho yo hablé en ese entonces con el gobernador Chaux Mosquera (Exgobernador del Cauca), célebre por sus vínculos en temas de parapolítica, antes de que descubrieran todo eso. Fui a hablar con el Secretario de Gobierno de él. Lo primero que hace el señor, el Secretario de Gobierno de ese entonces es poner un calendario de las Fuerzas Militares gigante sobre su escritorio, lo pone, como que lo azota sobre el escritorio, que yo de hecho salté porque este señor, me dice que: “¡por qué me va a hablar de los paramilitares, si los paramilitares en Colombia no existen!”. Popayán, Cauca, 2006, P. 309.

66 El informe de la Oficina del Fiscal de la Corte Penal Internacional, mencionó en Noviembre de 2012 que “hay bases razonables para creer que los falsos positivos han sido una política de Estado; estos asesinatos, cometidos para aumentar los índices de éxito militar, podrían considerarse crímenes de lesa humanidad; dichos actos también pueden ser catalogados como crímenes de guerra. Dice el informe que las ejecuciones extrajudiciales “han ocurrido en Colombia de manera permanente durante los últimos 25 años, con su pico más alto en cuanto al número de víctimas reportadas entre 2002 y 2008”, disminuyendo desde 2009. Y que por su naturaleza de ataque generalizado o sistemático se pueden calificar como crímenes de lesa humanidad: ocurrieron a lo largo y ancho de la geografía nacional, se cometieron bajos ciertos patrones y hubo planeación y organización, tanto para ejecutar los asesinatos como para reportarlos como bajas en combate. <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo-389506-falsos-positivos-si-han-sido-politica-de-estado>

Me dijeron que desafortunadamente no les recibieron la denuncia porque los amenazaron, algunos no hicieron denuncia, y otros hicieron denuncia pero no en San Alberto, ya se trasladaron como a Aguachica, a Valledupar y otros creo que acá en Bucaramanga que hicieron la denuncia de sus familiares, pero en San Alberto no les recibieron la denuncia. San Blas, Sur de Bolívar, 2005, P.733.

Ignorar a las víctimas para no atender sus denuncias, no actuar de manera diligente en las investigaciones o negar la existencia de los hechos para deslegitimar los testimonios, son acciones que realizan algunos funcionarios, especialmente en las regiones, para torpedear el acceso de las mujeres víctimas a la justicia, la sensación de impunidad de un Estado que no responde, es generalizada en los testimonios de las mujeres.

Es una ignorancia completa, o sea, a nosotros nos han ignorado... nos dicen estos casos son aislados, que son falsas denuncias, que ahí no hay nada que hacer... y a pesar que la Fiscalía, la Procuraduría, la Defensa de las Víctimas, ha demostrado con pruebas que ellos no eran criminales (las víctimas), el Estado todavía dice que hasta que no haya capturados, que hasta que no los hayan culpables, todos son inocentes (los acusados de victimarios). Entonces, del gobierno absolutamente nada. Nos han apoyado las ONG y las organizaciones, pero el Estado, nada. San Vicente de Chucurí, Santander, 1990, P.771.

Presiones para no denunciar y amenazas posteriores

Varias mujeres testimoniantes referencian que fueron intimidadas a través de distintos mecanismos para presionarlas para que no denunciaran o indagaran por sus seres queridos.

Yo no había declarado, porque me habían dicho que si yo contaba los hechos, entonces a ellos los mataban. Yo no había declarado, cuando yo supe que a él lo habían matado. Averigüé con la familia, que él había aparecido muerto, entonces ahí sí declaré, porque digo, igual ya lo mataron, y de todas formas me habían dicho que no lo iban a matar. Marquetalia, Caldas, 2001, P.139.

Los hostigamientos a las mujeres que denuncian provienen de distintos actores y han generado, en muchas ocasiones, su revictimización a través de nuevos desplazamientos y amenazas específicas dirigidas a quebrar su voluntad y mantenerlas en silencio. Las acciones más frecuentes relatadas por las mujeres víctimas están relacionadas con envíos de panfletos, amenazas de muerte a sus hijos/as sobrevivientes, seguimientos, y como se ha documentado recientemente en el país, algunas mujeres reclamantes de tierras en el marco de la ley 1448, han sido asesinadas, violadas sexualmente o amenazadas si continuaban con sus demandas.

El personero vivía diagonal a mi casa y él se dio cuenta de las personas que fueron a amenazarme en moto, y él me dio una certificación diciendo que tenía que abandonar el pueblo porque, me dijo “doña Graciela no se quede aquí por seguridad de sus niñas, no vaya ser que le desaparezcan a alguna de sus niñas

como desaparecieron la hija de su vecina, yo le doy un buen consejo por seguridad, váyase para Cali, para Medellín, para Barranquilla...” La Victoria, Valle del Cauca, 2010, P.145.

Estas amenazas tienen el objetivo de paralizar la búsqueda de justicia y verdad por parte de las mujeres, y genera una afectación en la forma de afrontamiento, pues pasa de ser un afrontamiento positivo en la medida que busca darle sentido a la pérdida, a la sensación de miedo, incertidumbre y dolor permanente causada por las amenazas.

Entonces, yo me vine muy desanimada y por allá en un parque, por allá me senté un rato, cuando me llegaron dos hombres ahí y me dijeron que tenía que perderme de Barranca, si no quería que me pasara lo mismo que a mí hijo, así me dijeron, entonces esa noche... se me hicieron así por la espalda y me dijeron: “no vaya a mirar”. Así, pues yo asumo que serían conocidos ¿cierto? Entonces ya de ahí yo me vine para la asociación, le comenté a los dos muchachos que habían ahí, entonces, al otro día ellos me ayudaron a embarcar otra vez y me vine otra vez acá para Bucaramanga, toda desilusionada porque no se pudo hacer nada por buscar a mi hijo. Vereda Peralonso, Meta, 1998, P.721.

Según el informe de la Corporación Nuevo Arco Iris “Política y Violencia 2011”, en el caso de los líderes y lideresas que se han dado a la tarea de reclamar la tierra que les fue usurpada, las amenazas han sido en gran parte contra las mujeres, porque son ellas en su mayoría las reclamantes de la restitución de tierras y la justicia o porque subyace un sentimiento patriarcal y machista que se incomoda al encontrar mujeres asumiendo liderazgos en el mundo público. Son significativas las formas como estas bandas criminales paramilitares se ensañan al violentar a las mujeres, utilizando no solo la amenaza de muerte y ejerciéndola, sino también utilizando la violencia sexual como arma para intimidarlas y obligarlas a abandonar sus procesos de incidencia política ante el Estado. De manera reiterada, el sistema de justicia no actúa con diligencia frente a las denuncias que hacen las mujeres sobre los hostigamientos de carácter sexual. En estos casos opera la no validez de la palabra de las mujeres y su deslegitimación, la violencia sexual es minimizada, ridiculizada y banalizada, tratada como un asunto de seducción.

Yo sentía que él sí me iba a disparar ahí, porque yo ya había escuchado quién era esa persona y había escuchado hablar de ellos, pero yo nunca me alcancé a imaginar que él iba a parar a decirme a mí: “Duerma conmigo”. Cuando yo di la espalda, pensé: “Este man me va a matar” y salí y me metí de una a la Estación de Policía, entonces yo puse una demanda, fui y hablé con los Policías y ellos eran muertos de la risa. Tempentosa de Alambría, Santander, 1992, P.687.

No solo son amenazadas las mujeres víctimas, las organizaciones son también objeto de hostigamientos, producto del trabajo de acompañamiento que realizan en la exigibilidad jurídica y la denuncia. Particularmente en el 2012, diversas organizaciones de mujeres, entre ellas la Ruta Pacífica de las Mujeres, fueron amenazadas reiteradamente por grupos

paramilitares como las “Aguilas Negras” o “Los Rastrojos” a través de panfletos enviados por internet y directamente a las oficinas de las organizaciones, en los que expresan que “no permitiremos que dañen la política de nuestro presidente haciendo exigencias sobre la ley de víctimas y tierras, y será declarado objetivo militar por más protegido que se encuentre”. Este tipo de amenazas se hacen tanto a organizaciones nacionales como a organizaciones de base de carácter regional.

Ya coloqué las denuncias. En el 2008 se agudiza la situación de nosotras, y empiezan a haber una cantidad de seguimientos y de amenazas, aparecen panfletos donde nombran la organización de base, porque la CND es una organización nacional donde convergen muchas organizaciones como la COMIN. Turbo, Antioquia, 2000, P.134.

La lucha de las sobrevivientes contra la impunidad

Muchas mujeres víctimas que dieron su testimonio, y que aún sobreviven a la guerra, han tenido la fortaleza de transformar y procesar positivamente su dolor a través de la búsqueda de la verdad y de la justicia. A pesar del impacto que genera la constante impunidad, han logrado reconstruir parcialmente sus vidas y las de sus familias visibilizando lo que les ha sucedido, exigiendo ante el sistema de justicia y aportando en la construcción de un bloque de opinión favorable a las víctimas en nuestro país.

Algunas de las mujeres víctimas sienten la impunidad como una burla que desvaloriza su lucha, que las revictimiza, y genera un gran sentimiento de impotencia. La Justicia Penal Militar, ha sido una figura jurídica que profundiza la impunidad y ha producido efectos perversos de legitimación de la misma a nivel social, esta circunstancia se ve agravada con la reciente aprobación del fuero militar por parte del congreso de Colombia en el 2012.

Somos estigmatizadas por el mismo ejército colombiano, y burladas en las audiencias, y no solo por ellos, por los representantes de ellos, los abogados... hay tantas dilaciones en los procesos de parte de la defensa militar que vemos que realmente ellos quieren que no haya justicia en estos casos, que esto se quede en la plena impunidad. Entonces nosotros realmente somos revictimizadas en toda la extensión de la palabra. Barrio Compartir, Soacha, Cundinamarca, 2008, P.138.

Pero ni los continuos señalamientos, ni las artimañas del sistema para mantener la impunidad, han doblegado la voluntad de muchas de las mujeres que denunciaron las violaciones y siguen luchando por la memoria y la justicia para sus seres queridos, aun asumiendo costos familiares y económicos. La fuerza para sobrevivir y recuperarse se encuentra en el sentido que le han dado a la experiencia a través de su lucha por la dignidad de las víctimas.

Mis hijos en este momento están solos, están arrimados en una casa para que me los cuiden, entonces eso es muy doloroso, realmente yo quiero que todo esto se

termine rápido porque no es justo que a pesar que les quitaron el papá, también yo tenga que dejarlos solos por estar acá, entonces, lo hago por ellos, lo hago por Andrés porque donde quiera que él esté pueda saber que yo no lo dejé solo, ni siquiera estando muerto y por ellos. Por ellos porque yo sé que ellos van a crecer y quiero que crezcan sabiendo que yo defendí a su papá hasta el último momento y cuando yo no pueda más y cuando esto todo termine, ellos puedan seguir con la memoria de su papá, porque yo creo que los falsos positivos, lo que pasó y lo que va a pasar, cuando los condenen, creo que esto va a quedar en la historia de Colombia, así como lo del Palacio de Justicia, como todas las masacres que han hecho, entonces que ellos puedan valorar que de pronto yo...yo no fui cobarde, yo no me escondí, yo no me conseguí otro hombre para que me mantuviera y que ya lo del papá no me importa, ya eso fue cuento pasado. No, yo he luchado y seguiré luchando hasta que Dios me lo permita y hasta que Dios quiera, por la inocencia y por limpiar el nombre de Andrés. Bogotá, D.C., 2008, P.771.

Los testimonios recopilados también dan cuenta de la importancia que encarna la solidaridad de otras mujeres víctimas, de las familias, organizaciones y sectores de la sociedad que han respaldado su lucha contra la impunidad. Esta circunstancia marca de manera positiva a las víctimas y les posibilita recuperarse emocionalmente de la frustración que genera la injusticia.

Mire hoy, estamos aquí en esta ciudad de Bucaramanga...pidiendo justicia aquí en la plazoleta de Luis Carlos Galán en el Palacio de Justicia, entonces pidiendo, acompañando esas madres que precisamente tenían hoy el juicio y que no los condenaron. Hoy no hubo condena que porque...bueno, que no vinieron a que los juzgaran y lo aplazaron a última hora. Nosotras ya veníamos en camino y ya no hubo qué hacer, pero de todas maneras estamos haciendo el evento, estamos acá luchando con grupos de madres que también han sufrido la misma historia de nosotras. Soacha, Cundinamarca, 2008, P.781.

Mujeres víctimas apoyando a otras mujeres víctimas en su lucha contra la impunidad, es una experiencia común en los diversos testimonios, que actúa como bálsamo emocional en doble vía, es también una manera de enfrentar el miedo y seguir caminando como ejemplo vivo para una sociedad que requiere con urgencia avanzar en el cumplimiento efectivo de los derechos a la verdad, la justicia y la reparación para las víctimas.

Hemos luchado entre todas, nos hemos reunido con compañeras víctimas de otras partes y hemos ido a muchas partes que quieren hablar con las madres de Soacha y nos han recibido muy bien, y han recibido como un gran ejemplo que no nos da miedo enfrentar la lucha que llevamos, hasta que se sepa la verdad, se haga justicia y seguir adelante no solamente porque se cumplan las condenas. Vamos a seguir la lucha por muchas víctimas más que hay y que están en la impunidad. Bogotá, D.C., 2008, P.198.

Conclusiones

La denuncia pública y jurídica ha jugado un rol fundamental en la lucha contra la impunidad y en la visibilización de los hechos de violaciones de DDHH. Sin la denuncia, por ejemplo de las Madres de Soacha, casos escandalosos en el país como el de las ejecuciones extrajudiciales no hubieran salido a la luz para encontrar los desaparecidos y develar las formas de acción utilizadas para este tipo de crímenes.

Asumiendo un rol dinámico en su calidad de víctimas, muchas de las mujeres que se atrevieron a denunciar los hechos de agresión lo hicieron impulsadas por su indignación, por su dignidad y la de sus seres queridos, por el amor que les tuvieron, estos sentimientos han sido motor de un ejercicio político ejemplarizante de lucha, de visibilización que aportará a la sociedad colombiana y a las futuras generaciones en el tránsito por caminos más respetuosos de los DDHH. Esta acción individual y colectiva de búsqueda de justicia, trasciende el escenario de la justicia para cada uno de sus familiares, para ubicarse en el imaginario social y colectivo del país, contribuyendo a la prevención de las violaciones de DDHH.

Finalmente, es importante señalar que a pesar de la sistemática inoperancia del sistema de justicia, en ninguno de los testimonios las mujeres plantearon “hacer justicia por sus propios medios” o justificaron la espiral de violencia. Aspiran que a través de su lucha organizativa, movilizadora y por la vía institucional, se acabe la impunidad sobre las violaciones cometidas hacia sus seres queridos.

IX. Búsqueda de apoyo psicosocial

Hemos buscado ayuda psicológica, pero son cosas que marcan y dejan huella para toda la vida. Barrancabermeja, Santander, 2002, P.112.

Por ultimo, la búsqueda de apoyo psicológico ha visto otra forma de afrontamiento. Un 30% de las mujeres buscó este tipo de apoyo. Las circunstancias de tiempo y contexto en el que esta búsqueda de apoyo se dio son muy diferentes, también dependiendo de la disponibilidad del apoyo que se ha dado en diferentes épocas del conflicto armado interno y lugares donde se encuentran las víctimas.

El año pasado también estuve en una corporación de mujeres en el centro y cada vez había psicología. Yo iba porque eso me ayuda mucho, porque al principio lloraba mucho y, a través de los programas psicológicos que ha tenido, se desahoga mucho. Barrio Miraflores, San José del Guaviare, 2007, P.35.

Mientras que hasta prácticamente mediados de la década de los años ‘90 la disponibilidad de esta asistencia era mínima, y estaba en manos de algunos proyectos de ONG con experiencia en el trabajo con víctimas, en los últimos años diferentes organizaciones e incluso instituciones del Estado han ampliado la oferta de este apoyo. Sin embargo, la

disponibilidad de ayuda no quiere decir que sea vista como tal por las víctimas o que las mujeres hayan querido acceder a ella siempre. También las respuestas de las mujeres muestran que, además de su propia situación personal, la adecuación o idoneidad de la oferta de atención ha sido muy diferente.

Allá a la casa van psicólogas de Bienestar Familiar y me dicen una cosa y luego me dicen otras, yo no sé. Yo no le encuentro nada a eso. Ellas han ido porque prácticamente van a tratamientos con los niños y me han encontrado rendida en la cama. San Carlos, Antioquia, 2001, P.4.

De dejarse ayudar a buscar apoyo

La primera condición para que esa ayuda sea efectiva es que la persona acepte que tiene un problema, y que puede necesitar ayuda para enfrentarlo. Sin una actitud positiva o movimiento previo de la víctima, el apoyo probablemente no va a ser posible, o no tendrá un efecto positivo. Esta apertura para la ayuda es lo que muestran esas mujeres que buscaron ayuda psicológica.

Ella era loca, grosera, entonces yo hablé eso con el alcalde de acá, y me dijo: “vamos a traer a una psicóloga para que las trate, porque aquí hay una cosa muy horrible”. Entonces las trajeron, y Adriana me dijo ahí yo si quiero que a mí me trate una psicóloga, es que yo estoy que me enloquezco. Y sí, un año la trató una psicóloga muy querida, y ella se alivió. Pero la otra no se quiso dejar tratar y es grosera y ella no saluda a la mamá, no he podido con ella. Le dije “Mery mirá vos necesitas una psicóloga” y me dijo: “eso es para Adriana que está loca, yo no estoy loca”. Yo le dije “vos estas más loca todavía, Adriana al menos se dejó ayudar pero vos no te dejás ayudar”. Medellín, Antioquia, 1995, P.51.

Sin embargo, frecuentemente otras mujeres o personas significativas para ellas fueron las que les animaron a buscar apoyo profesional. Reconocer en una misma el nivel de afectación y la necesidad de ayuda específica no es fácil y, en la mayoría de los casos, esa apertura es parte del proceso que puede ayudar a enfrentar los problemas. Las actitudes de negación o de evitación no son muy útiles cuando los problemas se acumulan y los impactos empiezan a ser evidentes. Esto supone para muchas mujeres empezar a reconocer su situación como desplazadas o mujeres que han perdido una parte de su vida y que necesitan un apoyo específico, lo cual no es fácil.

Yo lloré mucho, yo tuve que ir a asistencia psicológica, mis compañeros me lo sugirieron, porque además yo lloraba mucho, además me estaba enfermando, me dolía todo me estaba volviendo hipocondriaca, y claro, también la depresión, muchas cosas. Entonces yo estuve en asistencia en psicología en un centro de atención psicosocial, que atiende casos de personas víctimas del conflicto, y fue de gran ayuda para mí. Fue de gran ayuda porque ya fue reconocer que tenía que hacer mi vida aquí, al menos por un tiempo, y eso entonces era reconocer que ya

no podía volver a Bucaramanga por un tiempo. Eso fue un paso muy duro pero empecé hacerlo, empecé a ver las cosas buenas que podía haber acá, y empecé a hacer mi vida y mi trabajo. San Carlos, Antioquia, 2000, P.101.

Un aspecto clave para poder buscar apoyo es superar los estereotipos sobre la salud mental, la atención de un profesional de la psicología o de salud mental. Esta visión de la atención psicosocial como para las personas que han perdido su sentido de la realidad o tienen grave estado de disociación, lo que habitualmente se denomina como “volverse loco”, es parte de las cuestiones que distorsiona la atención a las necesidades psicológicas de las mujeres víctimas. Es importante superar estos estereotipos y normalizar la atención como parte de las herramientas que pueden ayudar a la recuperación de una parte de las víctimas.

Él no lo acepta, yo lo he tratado de llevar, y él dice que no está loco, que el acaso está loco?, para mejor decirle para él y mis hijas que se han dado cuenta que he estado en tratamiento, yo soy una loca, que porque yo he ido a psicólogo, que los que van a donde los psicólogos es porque están locos, entonces no, yo a él no lo he llevado. He tratado de llevarlo a la buena y se cansaron de decirme en el Cabil, que lo llevara, para conocerlo, y me dijo “no mami, yo por allá no voy, yo no estoy loco”. Pitalito, Huila, 2009, P.129.

Dichas visiones vienen a veces de la propia persona afectada, pero otras muchas están condicionadas por la respuesta social que señala esta búsqueda de apoyo como un elemento estigmatizante.

Después de todas estas cosas que han pasado por nuestros cuerpos y por nuestras vidas y por los pensamientos de las personas, hay unos que sí tratan de sanar y ubicar esa violencia pero otras no, porque hay personas que cuando uno le dice que ahí para una atención psicosocial dicen que es que no están locos, pero por las mentes pasan muchas cosas de esa misma persona que dice que no está loco pero tampoco se deja ayudar; porque uno les dice hay unos psicólogos “no, yo no voy para donde un psicólogo” entonces son situaciones que uno dice cómo hacer. A veces yo les digo “vamos a un taller así y asa”, y de la misma situación tan caótica dicen “no, yo tengo que ir a lavar una ropita porque qué le doy de comer a mis hijos”. Entonces esas personas siguen con problemas y uno quisiera ayudarlas pero no se puede, no sé qué manera o cual es el mecanismo que vamos hacer pero sí se pueden hacer cosas. Chigorodó, Antioquia, 2000, P.29.

Las necesidades de búsqueda de apoyo emocional pueden ser distintas según las características de la persona o el grado de apoyo social que haya tenido. Es el caso de mujeres líderes que han tenido que guardar sus propias emociones para ayudar a otras o de las que han ocultado sus vivencias para no generar malestar o preocupación en sus familias. Eso hace que la atención psicosocial será una oportunidad para descargar y compartir vivencias reprimidas u ocultadas durante mucho tiempo.

Hemos hecho trabajo con las víctimas y todo, pero lo mío no lo había sacado a flote, porque yo no me pongo a decir que mire que me pasó esto y aquello, no tenía el lado de quien había sido. En los días dijeron que había un viaje para el Oriente Antioqueño que nos iban a hacer un trabajo para las víctimas pero no sabía sinceramente cómo era el trabajo pero me parecía un poco más profesional. Chigorodó, Antioquia, 2010, P.59.

Una de las dificultades para a su alrededor encontrar el apoyo o que este sea efectivo, es precisamente que la persona esté abierta a ello, ya sea porque pida ayuda o porque tiene una sensación de crisis que no puede manejar. En otros casos esas demandas han venido acompañadas de un proceso de motivación o estímulo de familiares o amigas, u otras víctimas que han pasado por situaciones similares.

Le agradezco mucho a la compañera Luz Marina, porque yo no aceptaba toda esta clase de reuniones porque yo decía, “no porque si ese es problema mío, nadie me va a ayudar”, entonces la compañera Marina me decía “luche mujer, tiene que salir adelante”, entonces yo le agradezco mucho porque me ayudó en este largo camino que vamos empezando a la hora de la verdad. La psicóloga y que Dios la bendiga porque yo no había aceptado psicólogas hasta que llego Ana María y así fue la ayuda mía. Vereda Mosquito, Bolívar, 2005, P.198.

El tiempo en el que las mujeres buscan apoyo psicosocial también está determinado por su situación personal y la posibilidad de hablar o compartir sobre lo sucedido. Si bien eso depende de la propia persona y otras circunstancias, la posibilidad de mantener una cierta distancia psicológica de los hechos o tener una cierta estabilidad personal también caracteriza las demandas de apoyo de otras mujeres víctimas. Los dos siguientes ejemplos muestran esta cuestión del tiempo y la distancia psicológica como factores que explican las demandas de atención, pero también la necesidad de acercamiento o de la disponibilidad de la atención para que las mujeres puedan acceder a ella cuando lo vean importante o estén motivadas para ello.

Me han afectado en lo psicológico, lo emocional, mire ya llevo nueve años desde que me sucedió todo esto, y no me he podido levantar, no lo he podido superar, he tratado de superarlo, he buscado, sí he buscado ayuda, pues después de... que me sucedió, después de cinco años, fue que busqué ayuda psicológica donde el grupo pastoral porque al principio nunca busqué ayuda. San Alberto, Cesar, P.733.

He estado bregando, y sí me han anotado, pero nunca la tuve y sí...yo pienso que la necesito. La necesito porque aún todavía en mí hay mucho dolor ;mucho dolor! Yo me siento con mucho dolor, y hay cosas que me llevan a pensar tantas cosas... que no quisiera vivir. Cantagallo, Bolívar, 1999, P.744.

¿Qué buscan las mujeres en esa atención?

Lo que las mujeres buscan en esta atención psicosocial es fundamentalmente un lugar de escucha y comprensión, así como orientación que les ayude a retomar el control de

sus vidas. La posibilidad de hablar de esos impactos y expresar cómo está es vista como algo positivo, pero a la vez puede ser peligroso y no siempre las mujeres encuentran esa escucha. Frecuentemente incluso la gente cercana puede evaluar positivamente estas necesidades de las víctimas, pero a la vez mantener una distancia porque escuchar carga también emocionalmente.

Siente uno como un descanso de poder hablar. Que allá alguien que lo escuche porque hay gente que no le gusta escuchar. Antioquia, 1998 y 2003, P.95.

Además, en el espacio del acompañamiento psicosocial, las mujeres pueden contar cosas que no se hablan en el marco de la familia o de otras relaciones de apoyo, por no cargar a otras personas o porque consideran que no va a servir para nada.

Estuve con un psicólogo un año, psicólogo aquí del colegio un año y eso me ayudó mucho porque a veces uno no le cuenta las cosas a nadie... ni siquiera a mi mamá, o sea, mi mamá sabe lo que me pasó y todo, pero no con detalles, no en realidad lo que pasaba... porque yo sé que ella va a sufrir o sufría al decirle todo lo que pasaba con pelos y señales, entonces para qué le contaba si no podía hacer nada por mí. Sabana de Torres, Santander, 1999, P.786.

La escucha no es solo una catarsis o descarga psicológica, también las mujeres buscan entender lo que les está pasando. Por ejemplo, como en el siguiente caso, entender las reacciones físicas como parte del impacto psicológico y físico de la violencia sufrida. Normalizar dichas reacciones es parte del proceso de apoyo.

Me daba algo al pecho que no podía casi respirar, era algo que no lo puedo explicar y él preocupado me llevó donde el psicólogo y allá dijeron que eso dependía del problema con la muerte de la niña, de mi hermana, la explosión de la bomba lo afecta mucho a uno, uno queda con nervios, se asusta. San Miguel, Putumayo, 2001, P.548.

La importancia de la escucha también está condicionada por la respuesta y el contexto social. En los contextos de violencia uno de los problemas que encuentran las víctimas es la falta de espacios sociales donde expresar, validar su experiencia o tener un reconocimiento.

¿Que hice? Bueno yo las asumí, por ejemplo, con psicólogo ya, todavía es la hora me están ayudando en eso, porque yo eso no lo comento con nadie, y entonces no me desahogo. Ahora es que lo estoy desahogando gracias a ustedes que me han brindado esa confianza. María La Baja, Bolívar, P.224.

El acompañamiento psicosocial no tiene una función de sustituir esos espacios sociales necesarios, pero puede ayudar a enfrentar algunos de los problemas para los que nunca hay tiempo, que se consideran como males que hay que pasar cuando se ha sido víctima, o como situaciones dramáticas sin salida. Ya sea la atención individual o el trabajo con

grupos supone un espacio de expresión, muchas veces el único con el que las mujeres han contado hasta entonces.

Estando en ASODESAMUBA yo recibí una ayuda psicológica... más de un año, créame que todo lo que yo no pude llorar en ese momento de la muerte de mi papá, de mis hermanos. El primer día me acuerdo que con la doctora Claudia nos estábamos presentando, y teníamos que decir la presentación y por qué, cuál era el motivo. Yo en ese momento que me presenté y dije por qué estaba ahí exploté, ¡lloré! Como nunca había llorado en mi vida, y ahí empecé porque yo no me había atrevido a hablar de eso, y ellos me ayudaron muchísimo. Río Negro, Antioquia, 2001, P.743.

La catarsis y la escucha son elementos centrales del apoyo cuando las mujeres buscan ese espacio de expresión. Sin embargo, una escucha refleja que se limite a recoger las vivencias de las víctimas y no les ayude a ordenar o estructurar sus percepciones puede no ser de apoyo. Muchas víctimas necesitan un feed-back de los profesionales, que desde una perspectiva profesional y manteniendo su rol, les ayuden a comprender mejor lo que les pasa, y a contrastar sus visiones sobre lo que se puede hacer. Este aspecto orientativo o de contraste y aclarador de sus visiones es señalado en numerosos testimonios de las mujeres que buscaron este apoyo.

Estaba afectadísima la otra vez cuando vino la psicóloga estuve hablando con ella y descansé el corazón de todo los consejos que ella me daba Yo vivía con unos nervios que cualquier cosita ya se me salía el corazón y era asustadita p'acá y p'allá. San Miguel, Putumayo, 1989, P.539.

En el caso de las mujeres esta atención psicosocial puede ayudar a entender el impacto de la violencia y su relación con la situación de las mujeres en su contexto social o familiar. La vivencia de las mujeres está tamizada por su propia situación de subordinación o marginación social, lo que conlleva la construcción de identidades en muchas ocasiones poco valoradas en un contexto de relaciones con los hombres o en las relaciones sociales. Reconocer su aporte como mujeres que han enfrentado esas situaciones de violencia, y su propio valor como personas, es una forma de estimular las formas más activas de afrontar la situación.

Entonces ya a partir de ese mismo dolor, fui encontrando cosas buenas en mí, con la ayuda de otra gente, obviamente de psicólogos, pero ellos... o sea, a partir de terapias, me hicieron ver de que yo sí soy valiosa, por ejemplo, ya encontré cosas como la poesía, el canto, la lectura, otro idioma que estoy estudiando... en cierto modo, la relación con Dios... gracias a Dios tuve gente que me ayudó muchísimo ¡mucho, mucho!, que quizás no se dieron cuenta de ese problema porque a muy pocas personas se lo he contado, pero que gracias a muchas cosas que hicieron por mí y que me hicieron ver lo valiosa que soy, por eso por ejemplo estoy acá, para que... poder de pronto ayudar a otras mujeres a que no les pase lo mismo, que la idea no es que nosotras nos callemos, sino que antes nos ayudemos entre

todas a salir adelante. Pereira, Risaralda, 2003, P.692.

Por otra parte, la atención psicosocial también se ha dirigido a ayudar a las mujeres a entender sus propias reacciones. Entenderlas como parte de las reacciones de duelo o impacto de la violencia es importante para poder sobreponerse y liberarse de una imagen negativa de sí mismas. Como sucede en el siguiente caso, relativo a un secuestro, la vivencia de un tipo de duelo para asimilar la pérdida durante años puede chocar en la familia cuando se da felizmente la vuelta a la libertad de su familiar, sintiendo sin embargo reacciones contradictorias entre la alegría y los mecanismos de adaptación que se tuvieron que poner en marcha durante años.

Aquí era como vivir en un sueño, que no sabíamos si iba a regresar o no, pero también vivía algo, es que... no es el duelo de la muerte, o sea, no lo maté antes de llegar, porque siempre yo tuve un acompañamiento de una de la psicólogas de Fondelibertad. Entonces ella me explicaba que algunos familiares, están en un duelo cuando llega el familiar secuestrado, inclusive ya lo deja, o es el hijo, ya es una vivencia totalmente distinta porque hacen un proceso duelo. Noamito, Cauca, 2010, P.891.

Otros casos que generan especiales problemas de adaptación, manejo de la propia autoimagen y del impacto traumático son los casos en que la violencia ha producido una discapacidad en la víctima. La reintegración social, la adaptación a la vida cotidiana en contextos rurales, difíciles para poder realizar un trabajo físico o para tener recursos para la movilidad, son situaciones específicas en las mujeres que pueden aumentar la necesidad de acompañamiento psicosocial.

Lo que pasa es que uno tiene que tener todo el coraje, como le digo al comienzo es muy duro, pero la misma vida, uno mismo va aceptando, tiene que aceptar, es que tiene que aceptar, porque desde que no llegue la muerte uno tiene que aceptar y surgir, y eso fue lo que yo me propuse. Yo estoy yendo a psicología también en Bogotá eso me ayudó mucho también, al igual que la prótesis. Belacazar, Cauca, 2009, P.302.

Llegando al límite

Sin embargo, la mayor parte de las veces las mujeres han buscado este apoyo cuando se encontraban en una situación límite. Bien porque ellas han sido conscientes de que no podían más, o bien porque personas de su alrededor les han hecho ver que su situación era insostenible.

Al mes que ya empecé terapia con el psicólogo del proyecto Buen Vivir de la Fiscalía, bueno ellos trabajaban para la alcaldía, al mes yo creo que a él le daba lástima verme porque iba cojeando pero yo hacia la forma de ir porque de verdad necesitaba. Si tenía que vivir tenía que buscar una forma de salir adelante ¿cómo

iba a seguir en la cama tirada!, no solo me estaba haciendo daño a mí, sino que le estaba haciendo daño a mis hijos que ellos eran los que me bañaban, que me daban la comida. Vereda El Recreo, Antioquia, 1991, P.58.

En muchos casos, la búsqueda de apoyo profesional se da cuando el sistema familiar, el cariño o las relaciones de apoyo significativas para las mujeres no fueron suficientes para encontrar una mejoría frente al impacto traumático o el duelo.

Creo que el apoyo clave fue mi papá y mi mamá, mi papá más que todo, pero en realidad, mal, o sea yo pienso que esos dos años fueron muy duros, tuve que tener asistencia psicológica para poder superar las cosas, dado que no quería aceptar la situación. Popayán, Cauca, 2001, P. 323.

La mayor parte de las veces, las mujeres vivieron con ese impacto durante mucho tiempo antes de pedir apoyo o lograr los recursos o las vías para tener acceso a él. En la mayoría de las ocasiones, las mujeres buscaron ayuda psicológica como último remedio, en una situación de crisis personal o familiar total. La ayuda psicológica ha sido vista como la última opción frente a una situación de impacto y caos personal que no se podía manejar ya.

Uno queda con un, como un no sé, como un... yo dure harto con esa vaina, con esa psicosis. Mi china, estaba dormida, y se levantaba a los gritos, "ahí vienen, ahí vienen", y se levantaba a salir corriendo, me tocó ponerle que la viera una psicóloga, por allá en Opción Vida, por allá nos tocó ir, le hicieron unos talleres, nos pusieron unos psicólogos. El Castillo, Meta, 2002, P.152.

En muchos de los casos, ante situaciones extremas como la pérdida de sentido de la vida o las ideas suicidas frente a una vida que ha dejado de serlo.

Las afectaciones psicoafectivas, los grados depresivos, los tuve que afrontar en los últimos tiempos apoyo psicológico porque fue muy grave, o sea todo ha dejado secuela, peor en un momento ya determinado con el luto ya todo como que estalla, y ya uno ve que la vida es, no sé... que se termine. Pues nada, ya toca salir adelante a tratar como de superar. El Castillo, Meta, 2005, P.140.

El nivel de afectación puede a veces ser un detonante de la búsqueda de ayuda, pero en otras ocasiones, como en el caso de las personas con fuerte depresión, la pasividad o el bajo estado de ánimo pueden bloquear la búsqueda de apoyo.

Yo estuve muy mal de la depresión, estuve para enloquecerme, a mí me tocó que me pusieran con un psicóloga... la psicóloga me hizo unas terapias, ella misma me dijo que yo estaba muy mal. Guadacá, Cesar, 2000, P.672.

Ahí fue cuando el esposo mío me dijo...entonces yo fui a la psicóloga, nosotros por Comfamiliar... ella me tuvo en terapia como dos meses y me dijo que tenía que poner de parte mía porque si yo seguía así me moría o me enloquecía. Yo

viéndome así tan deprimida, porque yo estaba en una depresión horrible, puse de parte mía también, yo me puse a tomar aromáticas a tranquilizarme un poquito más, no a salir, porque no me provoca salir. Ituango, Antioquia, 2008, P.672.

La razón de los hijos e hijas

Apoyo psicológico para mí no, solamente para mi hijo busqué. Yo me sentía que yo no lo necesitaba tanto como mi hijo. Mocoa, Putumayo, 2005, P.531.

Una buena parte de las mujeres que hace referencia a la búsqueda de atención psicosocial refiere que lo hizo para sus hijos e hijas. Más allá de sus propias necesidades, las mujeres privilegian o dan prioridad a los problemas que identifican en sus hijos como consecuencia de la violencia.

Sin embargo, a pesar de que las dificultades escolares o los problemas de comportamiento son muestras del malestar de niños y niñas afectados por la violencia, también pueden mostrar las secuelas en sus familias o en sus madres. La búsqueda de apoyo para los hijos o hijas puede también poner de manifiesto la necesidad de un abordaje familiar del problema y no solo centrarse en las respuestas de los hijos.

Porque... ella... la profesora me dijo que tenía que tener estabilidad y estar más segura de lo que... entonces, por eso fuimos. Urabá, Antioquia, 2008, P.654.

Los niños y niñas muestran sus propios impactos de forma más clara para sus madres, y se convierten en la prioridad de la búsqueda de ayuda. Mientras las mujeres aprenden o pueden guardar sus sentimientos o evitan mostrar el impacto en muchas ocasiones, los hijos e hijas muestran dificultades en la escuela o problemas de comportamiento que llaman la atención sobre la necesidad de apoyo psicológico.

Mi nena grande, los primeros días se puso agresiva, lloraba mucho, entonces yo siempre la llevaba donde ella, y de pronto eso ayudó, pero no, en mí casi no, casi no, allá iba porque yo podía llorar y podía desahogarme, la buscaba a ella, pero no, o sea, en mí nunca pensé. El Tambo, Cauca, 2001, P.341.

Las dificultades escolares, la necesidad de encontrar un sentido a los hechos y las explicaciones en el entorno familiar suponen un conjunto de impactos en la infancia que necesitan abordarse de forma constructiva y coherente. Las explicaciones dadas a los niños y adolescentes pueden también convertirse en parte del problema cuando no hay espacios de diálogo o tratan de cerrar el problema con expresiones propias de adultos o que no ayudan a entender lo que pasó. Los niños y niñas muestran el proceso de duelo de forma diferente a los adultos, y sus problemas escolares o dificultades de comportamiento no siempre son interpretados de forma correcta y pueden llevar a no entender sus necesidades psicológicas o interpretarlas como muestra de rebeldía o rechazo.

La niña habla mucho de su padre y además la niña habla mucho de esas imágenes que ve todos los días, ella escucha los tiros allá y tiene mucho miedo de que a mí me pase lo mismo porque estaba trabajando donde mataron al papá, entonces era lo que la psicóloga me decía “váyase de acá por usted y por salud de la niña, eso va a ser un problema”. Y efectivamente la niña tuvo una rebeldía horrible, la niña no quería a nadie. La abuela cuando mataron al papá, unos días después, la abuela que es muy católica llorando le dice, ‘lo mataron porque Dios lo necesitaba, Dios lo necesitaba allá con él y por eso él se fue al cielo’. Entonces la niña lo primero que le dice es que eso no es cierto, entonces Dios no existe o es un asesino también porque mando a asesinar a mi papá y porque permitió que otros fueran asesinos, cuando se supone que Dios es amor, entonces Dios no existe. Entonces dice “la sociedad me importa una mierda, la comunidad también me importa una mierda, es que la comunidad dejó matar a mi papá y mi papa vivía en la comunidad y para la comunidad, la sociedad es una mierda, la comunidad es una mierda”. El Jardín, Antioquia, 2001, P.64.

Las secuelas en los propios niños y niñas dependen de la edad, la relación con la víctima directa o si ellos mismos fueron agredidos, el grado de apoyo familiar y las circunstancias de los hechos y las reacciones de los adultos alrededor. Las narraciones de las mujeres refieren estas secuelas como algo que les movilizó en la búsqueda de apoyo psicosocial.

A base de eso, pues mi hijo tuvo hartos problemas psicológicos, perdió el habla, después de eso, ¡qué no me ha tocado hacer! Es duro, mi hijo estuvo dos años con psicóloga, tratando de volver porque mi hijo, como un año, hablaba normal, cuando el papá murió él tenía dos añitos cumpliditos. Después de eso él no volvió a hablar normal, a él no se le entendía nada de lo que decía, volvió a quedar como un bebé entonces ya me tocó meterlo donde una terapeuta para que volviera a hablar normal y se le entendiera lo que dijera. Sibundoy, Putumayo, 2002, P.531.

El miedo de las madres a una respuesta negativa en el futuro por parte de sus hijos también es un factor frecuente de búsqueda de apoyo. Por ejemplo, muchos niños mayores o adolescentes pueden expresar deseos de venganza frente a los perpetradores. Si bien la mayoría de las veces esas fantasías son pasajeras y normales como una forma de expresar la rabia, muchas madres sienten que eso puede derivar fácilmente en acciones violentas en el futuro o facilitar el reclutamiento utilizando esa vengatividad reactiva que muestra el deseo de justicia.

Es bien difícil, inclusive los peladitos pequeños decían: “cuando seamos grandes vamos a ser malos, para buscar a esos hombres que mataron a mi papá”. Entonces ahí empecé un proceso duro con ellos, a cambiar esa mentalidad, a decirles. Con apoyo psicológico, los pelados cambiaron y nunca se me inclinaron por ser, digamos, militares o algo así ¡No!, porque ellos no los iban a hacer porque les gustaba sino por una venganza. Trujillo, Valle del Cauca, 1989, P.617.

La doctora psicóloga si me dijo “vea trate de acercarse más a su hija que ella está tomando las cosas serio ella puede irse con ellos”. Y son doce años los que tiene, entonces es un problema. Puerto Asís, Putumayo, 2006, P.593.

Apoyo psicosocial en el contexto de la denuncia

Yo consideré que tenía que someterme a un tratamiento, porque estaba muy mal y necesitaba pues... para poder dar la pelea. Sevilla, Valle del Cauca, 2011, P.599.

Otro escenario en el que las mujeres buscan acompañamiento psicológico, o se les proporciona por parte de organizaciones de mujeres o de derechos humanos, es el proceso de la denuncia. En los últimos años especialmente, las organizaciones han sido cada vez más conscientes de que además de la perspectiva jurídica de las denuncias se necesita acompañamiento para hacer frente a esos procesos. A veces este apoyo psicosocial es parte de las condiciones de estabilización de la persona para poder encontrarse mejor y retomar su vida, en otros casos se trata también de ayudar a valorar la denuncia o las implicaciones de la misma, dado el escenario de impunidad que sigue dándose en Colombia y que supone frecuentes amenazas.

Yo fui a la Personería pero lo denuncié como 4 o 5 años después de que había pasado lo del desplazamiento, porque tenía miedo. Después denuncié con el acompañamiento psicosocial que me dieron en Mujeres que Crean que me aconsejaron que denunciara el desplazamiento. Medellín, Antioquia, 2002, P.88.

Sin embargo, en esos procesos también las mujeres se encuentran con situaciones en las que los propios mecanismos de la justicia pueden victimizarlas de nuevo. Frecuentes formas de victimización de las mujeres son la falta de credibilidad otorgada a sus denuncias, la toma reiterada de testimonios sobre los mismos hechos, la estigmatización en los casos de violencia sexual, y el cuestionamiento de las víctimas.

Era un tormento para mí después de que el fiscal me había dicho que “usted para mí es culpable”. Yo iba llegando y me daban ganas de vomitar y de llorar, y yo entraba donde el psicólogo llorando y salía llorando, y él me dedicaba hasta dos horas dos veces por semana. Vereda El Recreo, Antioquia, 1991, P.58.

A la vez, el apoyo psicosocial debe estar coordinado con otros aspectos del apoyo a las mujeres, especialmente con equipos que incluyan la perspectiva jurídica y de salud debido a que las demandas de las mujeres tienen numerosas implicaciones prácticas y subjetivas que tienen que valorarse, así como el valor que puede tener el apoyo psicosocial para mejores experiencias e informaciones sobre el litigio.

Paola cuando yo venía a terapia individual o a terapia de grupo, nos hizo unos ejercicios muy buenos y debido a eso llegué a recordar más cosas y llegué a ver ese tipo, uno de los que me hizo tanto daño. Vereda El Recreo, Antioquia. 1991, P.58.

Cuando el apoyo no sirve

Algunas de las mujeres entrevistadas señalaron también que han acudido a diferentes profesionales del área psicológica cuya ayuda no ha sido de apoyo. Si bien pueden existir razones personales para ello, también muestra la importancia los enfoques o cuestiones que tienen que ser tenidos en cuenta para una respuesta efectiva. No cualquier tipo de enfoque o atención psicológica sirve en estos casos, como muestran estas experiencias.

Alguna vez he recibido ayuda psicológica de la alcaldía de Medellín, nos colocaron un psicólogo hace mucho tiempo pero, la verdad, no me sentí bien. Frontino, Antioquia, 1990, P.57.

Algunos de estos problemas señalados son la confusión de roles o el consuelo extemporáneo; hablar de forma repetida sin verle el sentido o que eso le ayude a reelaborar su experiencias; la falta de atención efectiva; o la ausencia de comprensión de sus experiencias que no entran frecuentemente en los modelos clínicos individuales que descontextualizan las experiencias de las víctimas.

Yo le conté a él, tampoco me puso mucho cuidado, pues, él me preguntó que qué era lo que me pasaba por las bajas notas. Yo le conté, me acuerdo que le conté hasta llorando, me mandaron para donde el psicólogo que era un sacerdote, y él me dijo que no, que a rezar, que para qué... o sea, él se fue como con su cuento de religión. Barrancabermeja, Santander, 1999, P.692.

Estas experiencias negativas muestra la necesidad de enfoques y perspectivas que ayuden a las mujeres en lo que ellas buscan, a explorar también sus percepciones. La formación del personal de apoyo en la atención psicosocial es importante para evitar estos problemas.

¿Psicólogos? Sí, con varios... Rubén era mi psicólogo, todos los días era lo mismo: “Bueno Doña Aleida, cuénteme, ¿Y cómo fue el negocio de allá, cómo empezó el negocio de su esposo, cómo lo sacaron, cómo lo maltrataron? ¿Usted vio? ¿En dónde lo metieron, en dónde lo mataron?”; ¡Ay! Y yo sin poder... por allá como una campana, le dije yo: “Ay! ¿Esto es para uno tratar de olvidar, o tratar de seguir reviviendo? Vea, es que me duele, me duele el cuerpo, me duele todo esto”, “Cuénteme toda la historia y escríbala” [Le decía el psicólogo que la estaba tratando], le dije yo: “No...”, ya como a las 4 veces, le dije: “Perdóneme, pero yo no voy a volver, ¡Yo trato es de olvidar, no revivir! Porque le estamos echando incendio a todo esto todavía, yo ya viví y ya declaré todo eso”. Guadacá, Cesar, 2003, P.601.

En otros casos la aparente disponibilidad de apoyo se ve disminuida, cuando no bloqueada, por las dificultades prácticas o problemas habituales en servicios de salud como listas de espera, contratos o dificultades de la puesta en marcha del proyecto. Estas dificultades por otra parte normales, deberían ser minimizadas dado que la apertura de las víctimas a un proceso de apoyo o terapéutico puede bloquearse cuando las dificultades burocráticas terminan transmitiendo falta de compromiso.

Me mandaron a una psicóloga pero hasta ahora tengo una psicóloga que es de Mocoa. Y ella me mandó una psicóloga aquí a Caicedo pero cuando yo fui aquí, ahí me dijeron que la psicóloga estaba pero todavía no trabajaba. Entonces me dijo ella que cuando yo entrara a hablar con la psicóloga que la psicóloga de acá la llamara, fui una vez y me dijeron que no trabajaba todavía que no sé qué, la miré que poco se prestaba, porque hay gente que se presta y hay gente que no se presta. Uno no más mira la gente. La Dorada, Caldas, 2001, P.591.

Por otra parte, como ya se señaló, no todas las formas de atención psicológica pueden ser positivas para las víctimas. Muchas han descrito situaciones en las que los profesionales de la psicología no entendían sus experiencias o les recomendaban hacer cosas que vivieron de forma negativa. El proceso de búsqueda de atención está tejido en ocasiones por experiencias también negativas. Una comprensión social de la experiencia de las víctimas y atender a sus procesos con personal de confianza y con una perspectiva de derechos humanos, es fundamental para que la atención sea de ayuda en estos casos.

Si ya un tiempo después, siete meses después de haber sucedido ese caso mis amigas me llevaron a unos talleres que dictaba una doctora en la policía, que era para ayudarnos a las víctimas y que no sé qué. Pero a mí no me servía de nada eso, como que más me enfermaba, eso me hacía recaer más. Sur de Bolívar, P.175.

Por último, otra dificultad que encuentran las mujeres para dicha atención tiene que ver con el coste económico o disponibilidad y acceso.

Después de que vuelvo con el propósito de recuperar a mi esposo, vuelvo a irme con él a Pasto para colocarlo en tratamiento con psicólogo, ya que él había perdido el sentido de vida y estuvo unos tres o cuatro años, pero nos devolvemos porque no hubo ayuda de ninguna índole y no había plata para sostenernos. Tumaco, Nariño, 2001, P.545.

Los servicios de atención deberían ser gratuitos o en todo caso a cambio de un pequeño monto que no suponga un costo añadido a la ya precaria situación económica en la que se encuentran la mayoría de las víctimas.

Ella me dio mucha ayuda psicológica y también la fiscalía me mando un psicólogo que me tocó a mí pagarlo, 400 mil pesos me tocó darle al psicólogo. Porque era para mí. Mi hija y el compañero mío a todos tres. Pero más a mí porque mi hija al fin y al cabo estaba muy joven. Antioquia, 1998, P.66.

La necesidad de compromiso y coherencia en el trabajo con las víctimas es una cuestión básica para proporcionar un apoyo efectivo. Numerosas experiencias positivas fueron señaladas por las víctimas, pero también otras que muestran una falta de adecuación o de sentido en dicha atención. La congruencia en el comportamiento de los profesionales es parte de las cosas que ayudan no solo a un mejor acceso a la atención, sino a establecer relaciones de confianza.

Él me dijo ‘yo me comprometo a darle los pasajes’, y bueno fui solo una vez porque ese día viendo que él hizo un compromiso conmigo y no me dio nada, entonces yo dije, para que vuelvo si ese primer día no me dio nada, y ese día hasta una vecina me prestó los pasajes, si yo no hubiera sido prevenida me hubiera varado. Él me faltó con los pasajes y yo por eso no volví. Y a mí ese psicólogo me estaba empezando a tratar. Entonces él me dijo “madre la veo muy mal, usted no tiene valentía en contestarme lo que yo le pregunto solo llora siempre”. Chigorodó, Antioquia, 1995 y 1997, P.63.

Construyendo la confianza

La construcción de una relación de confianza es la condición básica para el apoyo psicosocial. Para muchas mujeres esa confianza se da solo a través de una evaluación previa positiva de quien proporcionará el apoyo, o las relaciones de confianza a través de organizaciones u otras redes.

La verdad es que a mí me tocó traerlos con el psicólogo y también allá la familia que fue donde empezó el problema por la desaparición de mi mamá, la verdad es que nos atendieron muy bien, porque nosotros hicimos como que no sabíamos qué había pasado, ni de dónde había salido el problema ni nada. Puerto Asís, Putumayo, 2006, P.515.

En el caso de personal de salud que trabaja para el Estado, las valoraciones sobre su papel o las posibles valoraciones que hagan de la víctima están condicionadas por la desconfianza con el Estado que tienen muchas víctimas, debido a la responsabilidad de agentes del Estado, así como por las omisiones o por la falta de diligencia.

“Vea doctor como usted trabaja para el Estado sabe yo qué pienso, –porque él me preguntaba qué pensaba de él o del proyecto–, sabe qué creo y qué pienso yo sinceramente que como usted está con el mismo estado, usted está para que yo confiese que yo maté a Juan”. Él me decía “yo como psicólogo así usted me diga que es culpable, que usted lo hubiera hecho yo profesionalmente no puedo decir eso”. Y yo “¿sabe? yo no creo en nadie”, pero todavía pienso y lo podría asegurar, que él trabajaba en el Estado y con la fiscalía tiene que haber una conexión, que le mande un informe a Fiscalía. Vereda El Recreo, Antioquia. 1991, P.58.

Los profesionales de la salud deben entender esas respuestas de las mujeres como normales frente a las experiencias vividas, así como esforzarse por dar muestras de confiabilidad en el manejo de sus problemas, y no verlas como problemas psicológicos añadidos o señales de mala intención.

Yo fui como a 3 citas con... allá a ese Hospital Mental con psicólogo y no sé, él me decía... y un día me dijo: “María Elena dígame con toda sinceridad ¿Qué piensa usted de mí o qué...?, o sea...”, entonces yo le dije: “La verdad, la verdad yo no

creo”, él no me daba esa confianza porque era una persona supremamente joven y era practicante, entonces, no sé, yo dije: “No, yo no vuelvo”, no volví porque a mí me habían puesto, pues, varias citas con él, entonces, yo volví y busqué el psicólogo de la UAU. Curillo, Caquetá, P.598.

El miedo o las experiencias previas negativas condicionan frecuentemente la actitud de las víctimas. Además, abrir su corazón y contar sus dolores no solo necesita de una gran confianza, sino también de la seguridad de que esas cuestiones serán tratadas con confidencialidad y no supondrán mayor riesgo para la víctima.

Me llamaron donde un psicólogo y mientras estuve en Venezuela, por la crisis. De una institución me mandaron a un psicólogo, peor el psicólogo cuando supuestamente le dije todo. A mí me parece que ese tipo también era de ellos, porque a lo último, por cosas que me decía, yo ¡Ay señor!. Entonces lo que él me dijo “no pues no debes preocuparte porque si estas con el apoyo de la Amnistía Internacional, eso te hace intocable”, y le dije lo de los correos de mi hija, y dijo “eso quiere decir que te están buscando y no saben cómo ubicarte”. Caucasia, Antioquia, 1999, P.102.

Apoyo psicosocial y participación en grupos de mujeres

Una parte importante de las mujeres que dieron su testimonio había recibido apoyo de las propias organizaciones de mujeres. Dentro del movimiento feminista en Colombia hay diferentes redes y organizaciones que tienen servicios de atención a las mujeres como parte de un apoyo integral, incluyendo una perspectiva psicosocial.

Entonces, ya con el trabajo con Paola, llegué a enfrentarlos y fui mermando las pesadillas, se han mermado tanto que lo poquito que duermo ya no tengo pesadillas. Pesadilla la ida al tribunal cuando me decían que separara la muerte con lo de la violación, porque me tenía que enfatizar más en la violación que en la muerte de él. Vereda El Recreo, Antioquia. 1991, P.58.

En muchas ocasiones el acceso a la atención psicosocial se ha hecho a través de redes de confianza de las mujeres, como sus organizaciones de referencia que orientan a las víctimas sobre los pasos a dar y el manejo del impacto emocional del desarraigo o las experiencias de violencia y pérdidas sufridas.

Acá llegamos por medio de amigos que ya estaban haciendo parte de esta organización, llegamos y acá nos orientan muchas cosas, de lo que nos pertenece a la población desplazada, muchas orientaciones para el trabajo, yo también tuve psicólogo porque yo tuve, casi me vuelvo loca por medio de cosas que me pasaron a mí, a mis familiares y por pensar que uno queda sola aquí, es duro, más cuando uno quiere a una persona. Saravena, Arauca, 1996, P.147.

Una buena parte de este apoyo emocional ha venido de la propia dimensión de apoyo mutuo entre las mujeres de las organizaciones de base. Por otra parte, algunas organizaciones de mujeres cuentan con atención psicosocial específica por parte de equipos profesionales que son muy bien valorados por las mujeres.

Me he sentido muy acompañada por la Ruta Pacífica en el momento de nuestra detención y Vamos Mujer porque yo acá he tenido asesoría psicológica y si yo llegaba a que me atendiera la psicóloga y me tocaba llorar una hora, yo lloraba una hora, pero salía con un descanso. Entonces si yo me he sentido acompañada y por mi gente con la cual yo hago el trabajo social, las compañeras de AMI, los niños, doña Mery se dirigen a mí con mucho respeto pero uno siente que ellos tienen afecto por uno, entonces eso son momentos de que uno se siente como bueno... mi trabajo social, ha servido. Medellín, Antioquia, 2002, P.79.

La referencia de grupos de mujeres hace que se genere una confianza única que permite superar barreras y desconfianzas.

Yo andaba en el oscuro, yo no sabía nada y ya cuando caí con Luz Dary que estaba en la Alcaldía, allá parada, cuando me dijo venga: “porque anda así”. Yo andaba en una guachada muy fea como sin ropa con unos zapatos todos feitos y le dije “es que soy desplazada, no conozco a nadie aquí”; “¿usted quiere meterse a un grupo de mujeres?”. Pero yo tenía una desconfianza de hablar en ella y me dijo: no, es que yo soy de la Ruta Pacífica de las mujeres que quiero montar un proyecto para ver si las mujeres de aquí del Putumayo salimos adelante y ya ella empezó a darme esas ideas en la cabeza. Entonces, me invitó a una reunión que fue en San Nicolás y ella empezó con la psicóloga y yo me quedé con ella hablando sola, me dijo: “usted está joven, tiene que pensar por sus hijos, pensar por usted misma”. Cuanambí, Nariño, 2002, P.512.

La mayor parte de las experiencias de apoyo psicosocial en el contexto de organizaciones de mujeres han venido de la mano de acciones legales, de la participación en la organización, trabajos grupales o actividades colectivas.

Por parte acá de las otras instituciones, como la Casa de la Mujer, Funsarep, me están dando la ayuda psicológica y en muchos casos también económica para poder sobrellevar la situación; el viaje de la Ruta, asistir a la movilización de la Ruta también me ayudó mucho. Cartagena, Bolívar, P.213.

En muchas de esas organizaciones de mujeres la realización de actividades grupales de apoyo mutuo da una dimensión colectiva a este acompañamiento psicosocial, activando también las formas de apoyo mutuo entre las propias mujeres. En esos casos, las organizaciones funcionan como espacios de acogida y confianza, la psicóloga actúa en un rol facilitador de procesos colectivos y las mujeres pueden encontrar espacios de descarga y compartir sus experiencias con sentido, mientras abordan diferentes temas o aspectos de

sus vidas y se apoyan mutuamente. El espacio grupal es especialmente importante para abordar experiencias comunes de las mujeres que provienen en unos casos de sus situaciones de marginación o violencia, o en otros de desafíos de abordar sentimientos contradictorios o formas de dar sentido a algo que no lo tiene como los sentimientos de culpa.

Por ejemplo yo tengo una prima que el hijo se lo mataron en la masacre de aquí del Naya, ella es otra víctima, otra mujer maltratada, porque el hijo de 16 años no tenía porque pagar allí ni nada y yo la he invitado a esto. Yo he estado en estas terapias con la psicóloga de la Corporación Comunitar en estos talleres. Uno queda como con una culpa porque no tiene uno por qué cargarla, uno no es el culpable de que esto le haya ocurrido de que fracasó el movimiento Unión Patriótica. La culpa la tienen ellos, ellos quisieron verlo a uno culpable, de que por abrirle el espacio político a los movimientos insurgentes o por pensar porque nosotros estábamos metidos en el partido comunista, se creía que se le iba a abrir el espacio por acá. Patía, Cauca, 1995, P.315.

En estas experiencias de atención psicosocial grupal las mujeres encuentran nuevos elementos para reconstruir sus vidas. Muchas mujeres se refieren a esos espacios como capacitaciones en las que se aprende, junto con otras mujeres, de las experiencias compartidas.

En la organización me han estado dando muchas capacitaciones psicológicas como se dice y yo he ido recopilando mucho mi vida porque ya yo no vivo como vivía antes complicada, que todo me parecía raro y duro para hacerlo. Hoy por hoy me hallo con un ánimo distinto porque ya me toca aunque sea hablar... Medio Atrato, Chocó, 2004, P.420.

Aparte de las psicólogas que tenía, aprendí con los vecinos. Aprendí a que la vida no se quedaba ahí, que había que seguir luchando que la vida era grande y que, por los hijos, es capaz de hacer cualquier sacrificio. María La Baja, Bolívar, 2004, P.220.

Numerosas mujeres que han participado en estas experiencias colectivas muestran un impacto positivo en sus vidas, uniendo la revalorización de sí mismas con la reconstrucción de sus vidas y el cuidado de otros.

Nos hacía talleres de autoestima y todo eso, o sea, eso me ayudó a volver a revivir porque la verdad para mí la vida no tenía valor ninguno. Mis hijos, yo me acuerdo que mis hijos me decían “¡mamá pero es que usted no tenía solamente a Leo! ¡Usted nos tiene a nosotros!” El Carmen de Chucurí, Santander, 1998, P.709.

Pues venir aquí y enfrentar las dificultades, organizarnos y salir ahí adelante porque ya no daba más, qué otra cosa hacer. Pues a buscar ayuda psicológica y... porque mis hijos también, esto... quedaron traumatizados con todo lo que pasó. El Tambo, Cauca, 2002, P.761.

Si bien la atención se ha dado en grupos mixtos en muchas ocasiones, especialmente en los casos de violencia sexual el trabajo con grupos exclusivos de mujeres es fundamental para poder compartir sus experiencias.

Al psicólogo le decía, Carlos ¿no hay otro grupo? me decía, no Mónica ¿por qué?, a ya no me siento cómoda en este grupo, porque ahí también había hombres desplazados, donde uno no se siente cómoda, lo que le pasa a uno eso tan reciente y un hombre al lado que pereza, que hartó, yo decía a fuerza de lidiarme aguanto al psicólogo, pero yo no me siento cómoda... Vereda El Recreo, Antioquia, 1991, P.58.

La atención psicosocial puede proporcionar una mayor confianza en sí misma, y en la capacidad de enfrentar las situaciones difíciles, el impacto traumático o el duelo. La mejoría psicológica de las mujeres afectadas deber ir acompañada de un fortalecimiento personal. Ello no supone siempre la evitación del dolor, sino el aumento de la capacidad de manejarlo, y la capacidad de autoayuda como objetivo central del proceso de apoyo.

Siempre que hablaba de estas cosas me dolía mucho el alma, lloraba, hoy no estoy llorando no sé porque, pero hace como un mes conté esto, le conté esto a un psicólogo y lloré. Hoy tengo los ojos aguados pero no lo siento con la sensación y el ahogamiento de antes, como que uno de ir hablando las cosas uno mismo, como que es psicólogo de sí mismo. Quibdó, Chocó, P.429.

Me aferré a la atención psicológica, a un grupo de unas señoras consejeras que eran las que me levantaban el ánimo y a pesar de que el psicólogo no cura pero de pronto me dieron un poquito de ánimo como para seguir un poquito, como para tener un poquito de ganas para vivir. Bojayá, Chocó, 2002, P.478.

Como lo señala esta mujer, pensar en los detalles, es decir, pensar en la persona y sus necesidades, es lo más importante para poder proporcionar este apoyo.

De pronto yo vivo muy agradecida con la Ruta porque es una organización que si se da cuenta de esos detalles, por medio de ellas yo he pasado con la psicóloga he tenido muchos diálogos y es algo que me ha subido mi autoestima pero por parte de la Ruta Pacifica y que ojalá siga, sigamos adelante porque yo hago parte de la organización. San Miguel, Putumayo, 2000, P.536.

Después de que me vine para acá, me tuvieron con psicóloga, debido a que yo me acordaba de las cosas y me ponía chillona no me dejaba, y pues hoy en día, es muy poquito lo que me trata, pero ya no me afecta casi eso. Porque digo ya es el pasado, uno puede olvidar el pasado, y vivir p'adelante. Valle del Cauca, 1990, P.131.

También muchas mujeres a la vez que valoran el impacto positivo que esa atención tuvo en sus vidas, reconocen impactos y consecuencias que tienen que aprender a manejar por sí solas, o asumiendo que hay cosas que no podrán olvidar, ni situaciones que no se podrán recuperar de nuevo.

Nunca se olvidan los hechos, a pesar de vivir en Bogotá eso no se olvida, porque después de eso se me murió mi sobrino, y dejó consecuencias en nuestra vida. Yo busqué ayuda psicológica y todo pero eso no se olvida, queda grabado en su mente y su corazón, es como si se volvieran a vivir. Líbano, Tolima, 2006, P.163.

En muchos casos, el apoyo psicosocial forma parte de un proceso de acompañamiento más amplio de apoyo material.

Ya viendo a mis hijos más tranquilos, con el acompañamiento del Padre a mi hija Luisa, con psicólogos, hubo mucha solidaridad de la comunidad, el Padre William me consiguió una casita en arriendo en el barrio Porfidia, me regalaron estufa, camarotes, él me mandaba mercado, me ayudaba para todo, estaba tan pendiente de mí. Girón, Santander, 2001, P.137.

Esta visión más integral del apoyo, o la consideración de las necesidades de las víctimas de forma más global, ayuda a no descontextualizar la atención psicosocial del conjunto de situaciones que pueden ayudar a reconstruir sus vidas.

Volví donde la doctora y me pusieron en un tratamiento, estuve más o menos año y medio en esas pedagogías psicológicas, y por medio de ella me estuvieron ayudando económicamente y con un empleo. Bello, Antioquia. 1992, P.78.

En el caso de las comunidades indígenas, las mujeres describieron la importancia de los cuidados tradicionales y la sabiduría de los médicos tradicionales como parte de los mecanismos de apoyo. En estos casos, se necesita una atención psicosocial que sepa dialogar y complementarse con estas formas de apoyo insertas en la cultura y tenga en cuenta la perspectiva de la cultura en el proceso de acompañamiento.

A pesar de todos los golpes, yo pienso que en términos de salud hasta ahora no me he enfermado pero estuve a punto de enfermarme porque, con mi hija, había un momento donde ya no aguantábamos más tanta persecución, tanta amenaza, tanto señalamiento y esa zozobra de no estar tranquilas, yo creo que eso si nos afectó muchísimo, pero en eso me ayudaron los mayores espirituales y me han ayudado también el otro mundo, lo occidental que es el tema de la atención psicosocial, yo creo que en ese sentido no solamente para mí sino para muchas mujeres es necesario y, eso me ha ayudado a superar pero, lo que a mí más me ha tranquilizado, es el respaldo de esa juventud sencilla, noble, de esas mujeres también que buscan el mismo proceso y me han acompañado de manera decidida. El Tambo, Cauca, 2005, P.317.

¿Quién proporciona la atención psicosocial?

En la mayor parte de las mujeres entrevistadas, la atención psicosocial se dio a través de redes de apoyo que pusieron en contacto a las víctimas con grupos de mujeres con servicios de atención psicológica o a través de ONG que se dedican a la atención psicosocial.

Numerosas organizaciones de trabajo psicosocial y apoyo a las víctimas han nacido y crecido en los últimos años en Colombia.

No, yo gracias a Dios no, a mí en Bogotá me ha tratado mucho psicólogo de la fundación AVRE y pues... Me ha servido mucho si, pero en mis adentros yo digo pues que es algo que es imborrable. Buenaventura, Valle del Cauca, 2004, P.898.

Estas iniciativas de la sociedad civil son experiencias que necesitan ser apoyadas y tenidas en cuenta para proporcionar un apoyo a las víctimas que sea significativo y de confianza para ellas.

Bueno enfrenté el miedo, tuve capacitaciones, ayuda psicológica que nos prestaron algunas entidades. Como Tierra de Hombres que estuvieron aquí por tres años nos ayudaron mucho psicológicamente, aunque eso es algo que a uno no se le olvida, Tierra de Hombres y Rostros Felices que también nos ayudó mucho nos ayudó a superar parte de nuestros problemas. Cucal, Bolívar, 1996, P.206.

Sin embargo, otras víctimas han encontrado apoyo en servicios de atención psicológica que ofrecen diferentes entidades de salud.

Cuando mi esposo trabajó en Anvisalud él se consiguió unos amigos que eran médicos, había médicos, había psicólogos entonces debido a eso se hicieron bastante amigos y nos prestaron la ayuda psicológica, nos sirvió de mucho. Unguía, Chocó, 1995, P.260.

Este apoyo a las experiencias, y el trabajo de dichas organizaciones, tiene que estar orientado tanto a proporcionar atención a las víctimas como a potenciar los recursos locales de acompañamiento, bien a partir del fortalecimiento de servicios de salud o con el desarrollo de redes de apoyo locales. Si bien las necesidades psicológicas de las víctimas pueden ser diferentes la disponibilidad del apoyo psicosocial debería ser una condición básica, de forma que las víctimas puedan hacer uso de dicho apoyo cuando consideren necesario.

A mí sí, eso me ha servido bastante. Gracias a Dios eso me ha servido mucho, por lo menos ahora que venían los Médicos sin Fronteras, lo mismo yo pasaba con ellos, por lo menos hoy estaba preguntado, porque yo allá donde estoy como no sé nada, estoy bien retirada entonces les dijo: “¿ellos ya no vienen más?”. Me dijo: “ay no, a mí si me da pesar porque me ha servido hartito eso, la droga que le daban a la niña, si me da duro que ellos no vuelvan”. Samaniego, Nariño, 2001, P.337.

Sin embargo esta atención tiene que cuidar con no psiquiatrizar a las víctimas. Los apoyos farmacológicos y otras medidas psicoterapéuticas pueden ser de ayuda en casos graves, pero deben incluirse en una perspectiva terapéutica más amplia.

A los días de él haber... que ya no aparecía, yo ya me empecé a sentir muy mal, con esta ansiedad más que todo... la ansiedad y la depresión, lo que más me da a

mi es ansiedad y depresión. Entonces, ya fui a la EPS, le dije al doctor, entonces ya me mandó donde el psiquiatra, y el psiquiatra pues, empezó y me mandó la medicina, y ahora, pues, ya al menos el médico general me manda la medicina que tomo. Pereira, Risaralda, 2007, P.610.

La oferta de servicios institucionales está empezando a ser un elemento a tener en cuenta en el país, donde hasta ahora solo en los casos secuestro ha habido una atención por parte del Estado. En los últimos años, otros programas como municipios o la Defensoría del Pueblo se han enriquecido con un apoyo psicosocial en diferentes momentos, aunque de forma parcial. La experiencia que muestra este apartado de las mujeres víctimas señala la importancia de este apoyo, pero también de que los servicios públicos se enriquezcan de la experiencia que está en la sociedad civil y trabajen conjuntamente con dichas organizaciones. Además, un enfoque de derechos humanos y el fortalecimiento de las mujeres deber ser una perspectiva central en dicha atención. El trabajo conjunto con organizaciones de mujeres y el restablecimiento de redes de apoyo será en el futuro una medida de su eficacia y compromiso.

Ayuda psicológica todo el tiempo, tuvimos ayuda psicológica por la psicóloga del Gaula; eso sí no nos podemos quejar, de todo ese tiempo, y las visitas eran domiciliarias, y en caso de que, porque una llega el momento, en que una ya no quiere ir donde el psicólogo ni nada, entonces ella iba a la casa y nos hacia la visita domiciliaria, ese acompañamiento lo tuvimos hasta el día en que él llegó. Olaya Herrera, Nariño, 2008, P.879.

Entonces acá fue donde me dijeron, o sea, yo le comenté a una familia que a mí me habían corrido de allá, que yo estaba sufriendo mucho, entonces me dijeron que fuera a la UAO [Unidad de Atención y Orientación al Desplazado] que me dirigiera y pidiera ayuda, entonces ahí fue donde ya empecé a pedir ayuda... y psicológica también. Tibú, Norte de Santander, 2007, P.763.

Atención psicosocial y reconocimiento

Más allá de las diferentes experiencias de atención señaladas en este apartado, y del positivo impacto que la mayoría de las veces ha tenido esta atención psicosocial en las víctimas, esta no sustituye al valor de la justicia o el reconocimiento. Desde un punto de vista más amplio, la atención psicosocial debe contribuir al fortalecimiento de las redes de apoyo y de las propias mujeres víctimas como sobrevivientes, pero también muestra la necesidad de formas de reconocimiento más amplio a las víctimas, y espacialmente cuando para ellas tiene sentido, el reconocimiento por parte de los perpetradores de los hechos.

A mí me ha tocado ir al psicólogo no porque esté loca ni nada, pero he necesitado ir al psicólogo. Pero todo así, sí me gustaría que ellos me pidieran perdón y me dijeran por qué lo hicieron, porque ellos lo único que dicen es que se equivocaron y ese es el decir siempre de ellos, que se equivocan. Samaniego, Nariño, 2007, P.344.

X. Conciencia política y construcción de identidad de las mujeres

En este último apartado se recogen las reflexiones y experiencias de las mujeres que sintetizan su sentir sobre la guerra, la conciencia política y sus propuestas para la paz.

Desinvertir de la guerra

Acompañando los relatos de los impactos y resistencias de las mujeres, también se pueden escuchar los análisis del conflicto, de las responsabilidades en el mismo, así como de caminos para la paz que las mujeres han elaborado en su recorrido de toma de conciencia y compromiso. También en esa comprensión del contexto que ellas han adquirido al involucrarse en luchas y organizaciones, encontramos sus razonamientos acerca de las diferentes experiencias que mujeres y hombres tienen en un escenario de conflicto armado.

La posibilidad de formarse y de salir de los territorios de origen ha dado lugar a una apertura de horizontes para algunas mujeres indígenas que ahora analizan la situación de su país y de sus gentes con nuevas herramientas y perspectivas. La denuncia de las políticas de guerra que se han practicado bajo el nombre por ejemplo del Plan Colombia, donde las técnicas de guerra usadas contra las población civil han envenenado e ido agotando la capacidad productiva de la naturaleza y han hecho insostenible la economía de la subsistencia y el cuidado.

Este famoso llamado Plan Colombia que está trayendo plata de otros países, que solamente acá se ve en Familias en Acción es una migaja, el resto, todo lo están invirtiendo es a la guerra. Porque entonces si no fuese así, dónde están estas platas; por qué no se ha invertido en obras sociales, para la juventud, para las mujeres. Nosotras las mujeres necesitamos mucho, mucho de esta ayuda, porque como nosotros empezamos a formar a nuestros hijos, nosotros como mujeres tenemos al menos una huerta, porque nosotras sembramos, pero cómo hacemos para que seamos sostenibles, porque si no tenemos una ayuda, para nosotras en el campo es difícil. Porque ahorita con los bombardeos, que se hacen a los páramos, a las cordilleras, con el fumigamiento que hay, esto hace que nuestra tierra se deteriore, hace que esos químicos empiecen. Como sucedió en el Naya, y en esa entrada al Naya, que ahorita la comida no se está dando como era antes; antes no se sucedían estas cosas, ahora siempre se necesita una vitamina, una fuerza para la tierra también porque está explotada, por todo este veneno que traen las bombas, o sea este conflicto armado. Santander de Quilichao, Cauca, 2001, P.381.

La violencia y el sufrimiento colectivo experimentado por la población afroamericana se atribuyen en el siguiente testimonio a la falta de protección y aplicación efectiva de los derechos humanos por parte de las instituciones del Estado que tienen esa responsabilidad. La necesidad de un cambio social y político se cifra en la creación de políticas públicas que no se limiten a atender puntualmente a las poblaciones en situaciones extremas, sino que generen condiciones para una vida digna de toda la población, con equidad entre mujeres y hombres.

El gobierno, porque no les podemos quitar la responsabilidad al gobierno, y una violencia que nosotros hemos sufrido, por ejemplo la etnia afro. Generar un cambio socio-político, que no sea lo que están haciendo ahora, el asistencialismo a la gente, mientras que el país se está derrumbando por la violencia, por la falta de proyección, por la falta de programas, por la falta de una política pública clara, que realmente generen pautas para una vida digna de la comunidad, del pueblo. Y especialmente de las mujeres, que se les reconozcan sus derechos a las mujeres como debe ser, equitativamente. Melgar, Tolima, 2004, P.158.

La demanda de escucha por parte del gobierno se formula en este testimonio como un acto de reconocimiento de aquellas gentes que más han sufrido en el conflicto armado, en particular las mujeres, y también como un modo de ensanchar la democracia y acercar la justicia social.

Queremos tener un país con justicia social que realmente nuestras voces a donde quiera que vamos se sientan. Que realmente esto tome... que sea el gobierno o a quienes tengan que ver con estas situaciones, que ojalá nos llamaran e hicieran unos diálogos directamente con nosotros, con las personas que hemos sido las más perjudicadas, que somos las mujeres, que somos las que tenemos las familias al frente, que somos las que quedamos con hijos, que somos las que tenemos que mirar cómo tenemos que sacar adelante estos hijitos. Corinto, Cauca, 2000, P.897.

En otros testimonios procedentes de mujeres vinculadas a la actividad política orientada por un proyecto de transformación de la sociedad, se verbaliza la denuncia del genocidio político de la Unión Patriótica por medio de su estigmatización como partido que respondía a los mandatos de la FARC. La mujer entrevistada se educó en un medio social y en un momento histórico en que se creyó posible actuar desde las instituciones políticas colombianas para trabajar en favor de la justicia social.

Yo pienso que mi papá, mi mamá y mi familia pensaban en que era posible tener ideas políticas diferentes, porque pensaban que había unas situaciones que no eran justas. Y que esas situaciones, que ellos deciden tomar partido y no quedarse pues indiferentes ante lo que pasaba, y empiezan a hacer una incidencia política importante de ocupar cargos públicos importantes, de ser concejales, alcaldes, candidatos a la presidencia... Dos Quebradas, Risaralda, 1987, P.686.

Sin embargo, la operación de deslegitimación, represión y persecución desencadenada desde las instituciones del Estado, como señala el mismo testimonio, no sólo acabó con la vida de numerosas personas, sino con la libertad política exigible a cualquier estado democrático que supone la coexistencia de diferentes proyectos político-sociales y la protección de los derechos de todos los ciudadanos al margen de sus convicciones políticas.

Decir que la Unión Patriótica era el brazo político de las FARC, eso pues obviamente puso en mucho peligro la vida de las personas y toda la tristeza, por un lado, por la desaparición y por la muerte de toda esta gente. Pero ya después

cuando fui entendiéndolo un poco más, me asoma la tristeza por pensar que no podía haber una propuesta política diferente, porque quien piense políticamente diferente corre el riesgo de ser asesinado. Y, de hecho, así lo viví yo también, porque ya después, cuando estuve en la Universidad, yo tomo muchísimas cosas de mi familia, y yo decido militar también en la Juventud Comunista y ahí, aunque las cosas ya eran un poco más tranquilas, pero sí sufrí en carne propia unas agresiones muy particulares de la fuerza pública. Dos Quebradas, Risaralda, 1987, P.686.

La conciencia adquirida en contacto con las dinámicas del conflicto llevó a muchas mujeres, como muestra el siguiente testimonio, a denunciar la dicotomía impulsada por el Estado para enredar a la población en un juego polarizado. Partir de su experiencia de mujer le proporciona una visión política ajena a la falsa dicotomía, víctima-victimario; su visión política se focaliza en nombrar el carácter imprescindible de la actividad económica y política de las mujeres y la necesidad de constituirse en sujetas conscientes de su propia aportación.

El Estado, lo tengo bien claro, qué es lo que te está diciendo: o sos víctima, o sos victimario, y yo no entro en el juego de él. Yo entro en que él, con todo su atropello y su maquinaria, no tiene por qué seguir violando los derechos y, más incluso, violando los derechos de nosotras las mujeres. Porque nosotras las mujeres siempre, siempre, siempre, hasta en el trabajo, ganamos menos que los hombres. ¿Por qué si somos las que ponemos el frente, el pecho en toda la sociedad? Sin nosotras las mujeres no hay ninguna lucha presente. Nosotras siempre, siempre, siempre, en la historia, a nosotras nos han despreciado. Por eso yo le digo compañera, y les digo a mis compañeras de lucha, nosotras nos tenemos que dar a valer, porque si nosotras no nos damos a valer, nadie nos va a dar a valer. Buenaventura, Valle del Cauca, 2006, P.884.

Nuestras políticas como mujeres

La conciencia del valor civilizador de la tarea de educación y de cuidado que desarrollan mujeres en su mayoría es una de las facetas de la política de mujeres que se construye en el ámbito de los grupos feministas y las organizaciones de mujeres. En el testimonio siguiente se propone revertir la posición de carencia y minorización que el sistema de géneros atribuye a las mujeres como destino, y señalar el lugar único que ellas ocupan en el sostenimiento y la socialización de las hijas e hijos. Propone pues una operación de nueva significación del hacer de mujeres dejando atrás la miseria simbólica en que las sume el patriarcado.

Primero que todo, yo digo que es la cultura, porque lastimosamente como mujeres nosotras hemos venido como esclavas, siempre somos las menores, siempre somos las dedicadas amas de casa, las que tienen que luchar para sacar a sus hijos, o sea, traemos ese peso y no, nosotras...yo creo que un paso a seguir es que entre nosotras primero hallemos el valor que tenemos, porque eso es lo que vamos a inculcar, noso-

tras tenemos ese privilegio de que es por nosotras que nuestros hijos salen adelante. Habrá un papá y todo el cuento, pero somos nosotras las que muchas veces estamos ahí al frente dando valores. Barrancabermeja, Santander, 1999, P.692.

En la misma línea de hacerse sujetas de la política, el testimonio siguiente afirma que las políticas que sirven son las que practican las mujeres, con la exigibilidad que permanentemente hacen ellas, diferenciando entre lo que establece el texto constitucional y su implementación con respecto a las mujeres.

Pues las políticas que aplicamos nosotras en la organización, pero las políticas y todo lo que hay en la Constitución no, porque no se llevan a cabo. Para mí las que están sirviendo son las políticas que nosotras tenemos como mujeres, las que las mismas mujeres tenemos en cuenta, pienso pues lo escrito se queda allá en la Constitución y difícilmente se pone en práctica. Yolombó, Antioquia, 2000, P.73.

Una parte importante del trabajo desarrollado por las organizaciones de mujeres y los grupos feministas ha sido dar a conocer a las mujeres sus derechos, empoderándolas para que ellas los exigieran. Una actividad amparada en la jurisprudencia, en la legalidad y en el uso creativo del derecho, que sin embargo la violencia impide por medio de amenazas y persecuciones.

Nosotras no hacemos nada más que eso, empoderarlas políticamente, hacerlas reconocer sus derechos, y no más. Por eso somos amenazadas, a veces porque hacemos mucha exigencia, incidencia, pero siempre con la norma en la mano, siempre haciendo valer todo lo que es la jurisprudencia para la población y para las mujeres. Entonces sentimos que ahora que estamos tocando mucho el tema de la no violencia contra la mujer, hemos sido más perseguidas, y fuera de eso, han sido... más los feminicidios que se han dado. Algo, no sé, como que el hombre se va dando cuenta que la mujer ya tiene un espacio, digamos reconocido, entonces empiezan hacer sobre ella y a cogerla como botín guerra. San Miguel, Putumayo, 2005, P.895.

Frente a las violencias que se ejercen en el marco de la guerra, las mujeres quedan reducidas al sufrimiento si viven a merced de los actos de los hombres por obediencia. Ellos acostumbran a entrar en dinámicas que parecen desvalorizar la vida propia y la de los demás, tienen a menudo comportamientos que en lugar de proteger la vida, la ponen en peligro.

Las mujeres quizás somos las más afectadas siempre, somos las que más sufrimos porque los padres de por sí son padres, pero las mujeres tienen el temor de que de pronto le vayan a matar a un hijo y que de pronto le vayan a hacer algo a ella. Por ejemplo, en las veredas sucede mucho que existe mucho el machismo y los hombres son los que mandan, entonces pienso que son mujeres que no conocen sus derechos y siempre han vivido ahí estancadas y solamente piensan que si mi

marido no me deja salir... Y hay hombres muy tercos que les amenazan que desocupen y prefieren hacerse matar, y si a uno le dan una advertencia esa gente no está charlando, ellos no tienen piedad de nadie. Medellín, Antioquia, 2002, P.91.

En un recorrido de ida y vuelta que establece un continuo, en los diversos testimonios se ponen en relación las violencias ejercidas contra las mujeres en el marco del conflicto armado, con las violencias aceptadas en las relaciones entre mujeres y hombres en el ámbito de la convivencia.

Pues lo que yo pienso es en lo que ya me han enseñado y el todo es que se publique esto: hacer saber a las mujeres que tienen sus derechos y que no sigan más dejándose maltratar por ningún tipo de estas personas. Y que sigan adelante y que denuncien y dejen el miedo, porque a veces uno no dice nada por el miedo. Entonces, a mí me gustaría que fueran mujeres que sigan en la resistencia, como mujeres que sean resistentes y dejen el miedo y sigan adelante, que sepan a dónde ir. Páez, Popayán, 1986, P.308.

La adquisición de conciencia de algunas mujeres en el proceso de afrontamiento cambió la relación con ellas mismas; es decir, favoreció que se interpelaran acerca de sus opciones con respecto a la sexualidad, a la maternidad y, en general, que repensaran sus cuerpos y sus vidas de mujeres.

Tal vez por eso, las que tomaron conciencia de su ser mujer en contacto con grupos y organizaciones, valoran la autonomía que les proporcionó el hecho de adquirir conocimiento de sus derechos. Conocer sus derechos significó reconocer la propia dignidad, saberse merecedora de respeto y, en este sentido, poder preguntarse por el propio deseo y establecer los límites del consentimiento en relación con el otro.

Soy de las que pienso que el conocimiento es poder. Si tú conoces tus derechos, puedes exigirlos, puedes darte cuenta cuando te están violentando. Pienso que parte de las violencias que viví como pareja fue por desconocimiento. Para mí era normal, era normal que el día que yo no quisiera, él llegara y me cogiera a golpes porque era su mujer. Entonces, pienso que el conocimiento que tengamos todas las mujeres eso nos ayuda a protegernos de todo tipo de violencias. Barrancabermeja, Santander, 2001, P.166.

Buena nosotras las mujeres siempre hemos sido discriminadas por el hecho de ser mujeres, siempre, desafortunadamente. Nosotras eso lo hemos venido a notar y lo hemos venido a saber a raíz de las capacitaciones y estudio que hemos ido teniendo; porque yo sí fui violada y fui violada no solo una vez. Melgar, Tolima, 2004, P.158.

La participación en grupos de mujeres con una orientación feminista ha supuesto para muchas mujeres un proceso de fortalecimiento al adquirir conocimiento de las formas y

los canales de la exigibilidad de derechos. Pero también en estos grupos se ha trabajado en el reconocimiento del propio cuerpo. Por ejemplo, en el siguiente caso, una mujer indígena que se sitúa en el respeto hacia el carácter sagrado del cuerpo que le transmitieron sus abuelas, se abre también a los conocimientos que proceden de otras tradiciones culturales, en este caso el feminismo “occidental”, que ella siente como elementos de fortalecimiento personal.

Cuando entro aquí a la Ruta Pacífica me fortalezco más, porque aquí me enseñan cómo colocar una tutela, cómo hacer un derecho de petición, cómo nosotras y nosotros expresarnos ante una autoridad, cómo reclamar nuestros derechos que nos corresponden, aquí he aprendido muchas cosas. Mire que hay cosas que uno cree que porque ya está viejo no aprende, dicen que loro viejo no aprende a hablar y es mentira, y como uno tiene su conocimiento sagradamente, entonces nadie se lo va a quitar a una. Pero sí ha sido muy bueno el fortalecimiento de mujer, es que hay cosas tan bonitas que aquí uno ha aprendido como reconocer el cuerpo de una, eso es algo importante para nosotras que antes no permitían las abuelas, eso no le permitían a una, todo era muy sagrado. El cuerpo de una es muy sagrado, eso es cierto, pero también hay cosas que hay que conocer, dicen nuestros abuelos. Caserío Monserrate, Caquetá, 2005, P.299.

Asimismo, desde la conciencia política que proporciona el feminismo y la cultura de los derechos humanos, la mujer que dio testimonio defiende su opción sexual denunciando la criminalización de la homosexualidad y la negación de derechos a todas aquellas personas que trasgreden la norma patriarcal de la heterosexualidad obligatoria.

No soy una persona pervertida, soy lo que soy, lesbiana, homosexual, lo que sea. Pero yo nunca abuso de nadie, yo respeto muchísimo a las personas tal y como son, quiero la persona que está conmigo y me acepta, tengo mi pareja en este momento y el hecho que sea lesbiana no quiere decir que yo a todas las mujeres las irrespeto o anhele cosas con ellas o eso. Yo soy una persona muy respetuosa y sé hasta dónde llegar, mis límites. Pero por qué, por el hecho de uno ser solo homosexual, no tenemos los mismos derechos de una mujer común... lo anulan a uno por completo. Vereda Zapatero, Huila, 2000, P.773.

Para muchas mujeres, la conciencia feminista ha significado poner en cuestión el rol asignado a la maternidad que las limita a las tareas domésticas y de cuidado como una imposición cultural. En el siguiente testimonio la mujer se pregunta si el hecho de haber ido más allá del rol de madre, probablemente por su compromiso político, es el motivo de su persecución. Una persecución que se ejerce precisamente a través de la amenaza contra sus hijas.

¿Será que esto no me corresponde a mí? ¿Será que es un trabajo para los hombres? ¿Será que por eso es que me persiguen a mí? Porque saben que es fácil atacarme a mí porque yo tengo bajo mi responsabilidad el cuidado de mis hijas. Entonces, ¿ese

debe ser el rol mío, quedarme en la casa cuidando a mis hijas? Yo traspasé esos roles. De hecho, como mujer yo también me cuestiono. Turbo, Antioquia, 2000, P.134.

La toma de conciencia feminista se ha materializado en las vidas de numerosas mujeres como un cambio radical que les ha abierto posibilidades de acción en espacios cada vez más amplios.

Un cambio, un cambio total, para bien porque pude despertarme como líder social. Me he empoderado más en el tema de violencia sexual en el cual sufrimos las mujeres, discriminaciones que sufrimos las mujeres. He intentado hacerlo visible no solamente en los espacios nacionales, sino en los internacionales. Barrancabermeja, Santander, 2001, P.166.

Involucrarse en grupos de mujeres en el proceso de afrontamiento de las violaciones de derechos humanos sufridas ha favorecido el despertar de una conciencia que ha dado a algunas mujeres herramientas para pensar caminos de libertad. El cambio necesario es la profunda transformación de la cultura y, como señala el siguiente testimonio, este cambio tendrá lugar cuando las mujeres dejen de dar crédito a la cultura machista. Es decir, cuando ellas generen pensamiento y práctica propias sin depender de los hombres, dejando de ponerlos en el centro de sus vidas.

Entonces, yo creo que es más que nosotras las mujeres seamos totalmente dependientes de nosotras mismas, no de otras personas y que a través de eso la cultura cambie, o sea, que las mujeres de ahorita piensen. Uno se pone a hablar con una mujer casada, por ejemplo me pasa con mi familia, cuando con mi abuela empiezo a hablar, o con mis tías, y ellas dicen: “es que el marido la deja a una por otra es porque una no se puede portar bien”. ¿Cómo así? Yo creo que lo primero es que las mujeres tomemos conciencia de que hay que dejar atrás toda esa cultura machista. Barrancabermeja, Santander, 1999, P.692.

La apuesta por la paz

Muchas mujeres entrevistadas han canalizado los aprendizajes y la toma de conciencia derivados de la participación en grupos y las actividades en el terreno de la defensa de los derechos humanos, el feminismo o el desarrollo comunitario, hacia una firme defensa de la paz, y una explicitación de las condiciones y los procesos necesarios para alcanzarla.

Las mujeres que se han posicionado contra la dinámica de las armas, no se resignan a la impotencia. Ellas encuentran rendijas para seguir haciendo resistencia, denuncia y apoyo a las víctimas directas e indirectas de la violencia.

Lo que pasa es que yo lo asimilo desde este lado; yo me dediqué a prepararme, me dediqué a tratar de preparar a mis hijos, pero yo me dediqué mucho a la lectura, a los derechos humanos, a escribir, a hacer bachillerato y a saber que desde las armas esto no llega a ningún lado. Yo eso sí lo tengo muy claro y yo creo que ahí está la

valentía de nosotras las mujeres. Porque, a ver, quedarme quieta lamentándome, con lamentarme y quedarme quieta yo con lamentarme no puedo hacer nada, pero yo sí puedo poner la voz por las víctimas en otro sitio. Montería, Córdoba, P.90.

Otras mujeres trazan caminos hacia la paz situándose fuera de las dinámicas del conflicto, para contribuir con ello a abrir un espacio simbólico nutrido por el amor y exento de las dicotomías amigo/enemigo.

A mis amigas, no apoyar ningún bando ya sea legal o ilegal. No apoyarlos dándole hijos, tratar al máximo de no inmiscuirse con ningún bando que no trae nada bueno de ninguna parte. Ese sería mi mensaje y de brindar mucho amor a sus hijos para que no sean simpatizantes de esa gente, de ningunos. Puerto Asís, Putumayo, 2006, P.526.

Desde el lugar político de la ajenidad respecto de los bandos enfrentados en la guerra, muchas mujeres se interrogan sobre la falta de salida de una lógica que devalúa la vida y la muerte cuando se trata del enemigo. En su lógica, en cambio, los guerrilleros y los soldados son seres humanos iguales, en tanto que hijos de mujer.

A mí lo que me pone a pensar y esto me cuestiona es, y te lo tengo que decir, me cuestiono, desde mi lectura, desde mí, desde lo que leo, desde lo que escribo. Y es, cuando las FARC o cuando los grupos armados como la guerrilla, matan dos soldados, tres, cinco o los que sean, se arma un alboroto, pero cuando matan 15 o 20 guerrilleros, eso se tapa y son seres humanos. Yo me voy es porque son seres humanos, porque para mí vale tanto la mamá del guerrillero, para mí es tan ser el guerrillero con su ideología, para mí vale tanto el chico del ejército que le gustó la apuesta y que se fue pensando que le podía servir a la paz del ejército. Y ¿cuál de los dos está equivocado? Yo no sé cuál de los dos está equivocado, a lo mejor la equivocada soy yo, que no le ve a esto, como salida a la cosa. Montería, Córdoba, P.90.

Frente a la impotencia que genera la violencia al despojar a las personas de los vínculos y los medios de vida, las activistas proponen unirse para trabajar por la paz favoreciendo la participación y el trabajo comunitario para no quedarse al margen de los procesos colectivos que la construyen. La consecución de la paz y la garantía de no repetición de los hechos pasa por no consentir que continúe el sufrimiento de la gente. Esto significa romper el silencio, denunciar los hechos y a las personas que actuaron, y siguen actuando, como victimarios destruyendo otras vidas.

Va viendo más allá qué hay en la vida, porque si nos quedamos ahí no hacemos nada, si nos quedamos callados, por poner una comparación que otra persona esté sufriendo, está llevando y uno se calla ¿No? si ella está sufriendo lo mismo estoy haciendo sufrir. Lo que estamos viviendo hoy en día, es decir, que yo quisiera como gritar a los cuatro vientos ¡ya no más! ya no queremos más, queremos es vivir en paz y con tranquilidad, pero ya no más esto que estamos viviendo. Vereda la Petronila, Quindío, 1997, P.776.

La apuesta política por la paz emerge en muchos casos de lo intolerable de la violencia y la injusticia. Apostar por la paz es hacer que en el presente haya espacio para el amor, pero sobre todo hacer posible para la descendencia un modo de vida que no instrumentalice a las personas preparándolas para la guerra por medio de divisiones, estereotipos sexistas o formas de consumo forzado.

Es una apuesta política que valga la pena el amor y le apostemos a la paz. A que mi nieta, mis biznietos y toda mi descendencia de ahí para arriba, no se dedique a parir hijos para la guerra. Que nos podamos movilizar, que no tengamos fronteras invisibles, que puedan estudiar los muchachos, que las muchachas no sean vistas nada más porque se ponen la faldita, alta o cortica, no, sencillamente que podamos ser personas, es que no somos personas, somos objetos de un sistema global consumidor no más. Es que el ser humano se mida como tal. Montería, Córdoba, P.90.

En el camino hacia la paz se ha empezado a hacer un trabajo de memoria porque para alcanzarla hay que conocer la verdad para que las víctimas sean recordadas y para que las atrocidades cometidas no queden impunes.

Bueno, pues, inicialmente me apegué fue como a la memoria de las víctimas. Hicimos un trabajo muy grande en la recuperación de la memoria allá, con un salón, que se llama el salón del Nunca Más. Donde quisimos plasmar la memoria de todas las personas que fallecieron, que desaparecieron, o las víctimas de algún tipo de tortura. Entonces, en nombre de ellos, uno dice listo, ellos murieron allá, pero uno no puede dejar que esto siga impune. Entonces se apega uno mucho al trabajo de querer conocer la verdad, qué pasó, por qué nosotros, por qué a nosotras. San Miguel, Putumayo, 2005, P.895.

Desde la experiencia de la pérdida de seres queridos, en especial de hijas e hijos, numerosas mujeres entrevistadas manifiestan el deseo de que hechos tan dolorosos como los que ellas han vivido no vuelvan a suceder.

Entonces yo creo que sería muy importante que todas las mujeres colombianas nos uniéramos, hiciéramos, digamos así como lo digo yo, las niñas que todavía no son madres, que la juventud que va creciendo, unirse a este grupo para que el día de mañana de pronto no vaya a pasar con los hijos, los futuros hijos que vengan adelante no vaya a pasar lo mismo. Sardinata, Norte de Santander, 2003, P.788.

El trabajo de reconstruir, conservar y hacer emerger la historia de las víctimas responde a la voluntad de que la verdad se conozca y los hechos no queden impunes. También tiene una función de transmisión de esa historia entre generaciones, para que no se vuelva repetir.

En otra dimensión más reflexiva se da un sentido político a la memoria y el olvido como formas de aprender y desaprender de la experiencia humana. También se verbaliza la con-

ciencia de estar dando claves para componer el relato histórico que deben recibir las generaciones posteriores. Un relato que les ayude a comprender lo sucedido desde voces canceladas en los discursos históricos que habitualmente se escriben desde la mirada del poder.

Entonces no sé en qué irá esa cuestión, pero sí es rico y de verdad que me alegro que nos dejen todo este proceso [esta comisión de la verdad], para que los hijos, nuestras futuras generaciones, tengan qué leer. Y como nosotros miramos la historia de Simón Bolívar y todos esos patriotas, ellos también miren la historia. Porque nosotros también vamos a ser historia, los de esta época, los de este siglo, el siglo venidero ya son las nuevas generaciones, entonces nosotros pasamos a la historia, para que al menos haya una evidencia, para que haya ese relato, esa historia que nos tocó vivir en este siglo. Líbano, Tolima, 2001, P.162.

Los recorridos de experiencia de mujeres que sufrieron violaciones de derechos humanos y afrontaron sus impactos las llevaron a acceder a espacios y a jugar papeles no previstos para ellas por el sistema patriarcal predominante. En estas nuevas trayectorias abiertas en sus vidas entraron en contacto con organizaciones, grupos y personas que además de darles apoyo, las acercaron a otros modos de entender el mundo y de comprometerse contra la injusticia y en la defensa de los derechos humanos. Esto significó para muchas de ellas adquirir conciencia del hecho de ser mujeres y dar un significado político a su experiencia y a su compromiso.

Todas estas experiencias que muestran la riqueza de los recorridos de las mujeres y sus aprendizajes para afrontar el impacto de la violencia, deben ser ahora parte de los recursos y las experiencias para construir la paz.

El presente informe se basa en la experiencia de más de 1000 mujeres entrevistadas y de 9 casos colectivos, en el proyecto de Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas. Se trata de experiencias narradas en primera persona de un grupo muy amplio de mujeres de diferentes regiones del país, parte de la población civil, que han sido víctimas de graves violaciones de derechos humanos y que han sobrevivido en el contexto histórico de guerra interna que desde hace cinco décadas tiene lugar en el país.

La verbalización de la memoria de esta experiencia tiene una doble intención: decir “lo que ocurrió” dando a conocer “lo que me ocurrió”. No se trata sólo de dar testimonio sobre los hechos acaecidos, sino de contar la vivencia subjetiva de estos hechos en la experiencia única e irrepetible de cada mujer entrevistada, de recoger las consecuencias en sus vidas, sus visiones de la violencia, sus demandas y propuestas. Las mujeres víctimas no solo hablan de su sufrimiento, sino también de su resistencia, de sus esperanzas y sus ideas para hacer posible otra Colombia. Esta es una verdad y una memoria que no solo dan cuenta de lo que han vivido las mujeres, sino que se orientan a la transformación de sus vidas y de la sociedad.

La Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas contó con el apoyo financiero de:

